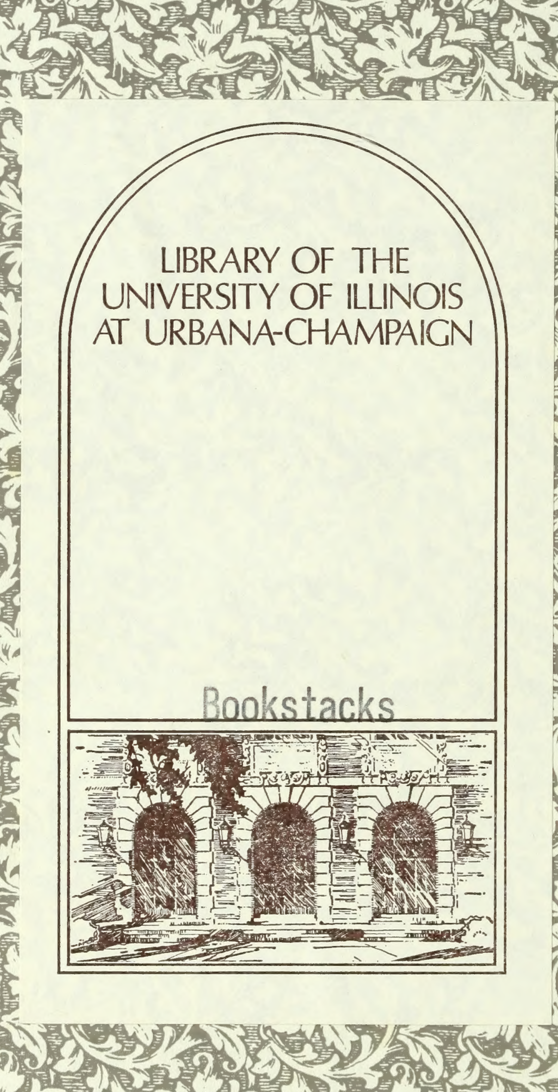

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN
Bookstacks






Continental
CONTINENTAL PNEUMATIC
20

INDICE



Los Reyes Modernos

Pierpont Morgan

En las galerías de fisonomías conspicuas de los Estados Unidos, el financista es un tipo aparte, extremadamente curioso para el estudio, siendo uno de los más interesantes Juan Pierpont Morgan. En 1857 tenía 20 años. Era un joven serio que rara vez sonreía. Ocupaba un modesto empleo en el banco de Duncan Cherman y Cía., los corresponsales del gran Jorge Peabody, que había fundado en Londres la más importante casa de crédito. Había nacido en Hartford, en el Connecticut, donde su padre tenía una tienda de novedades. Su familia se trasladó á Boston, donde cursó humanidades, pasando después á completar sus estudios á la Universidad de Gocttingue. Muy aventajado en matemáticas, causaba la admiración de su viejo profesor que quería darle su suplencia y más tarde su cátedra

Seréis una celebridad científica, le decía el buen hombre.

Pierpont Morgan tenía otros ideales sobre el porvenir. Por bien que un émulo de los Monge y de los Euler pueda calcular, la alineación de cifras y la combinación de figuras geométricas no bastaba para realizar la gran fortuna que el joven Morgan soñaba, quería. Prefirió volver á ocupar el empleo que antes desempeñaba en el banco donde se había iniciado. Allí en poco tiempo llegó á ser un contador eximio que obtuvo sucesivamente todos los puestos hasta el de cajero principal. En 1860, Pilabady le confió á agencia en los Estados Unidos.

En 1864 Dabney, un socio de Duncan, fundaba el banco Dabney, Morgan y Cía. No era un establecimiento de primer orden, pero gracias á sus relaciones con la

056
ATLA
no. 10-12

Latin Amer Sets 11 ap. 79

Inglaterrra, realizaba buenos negocios. Pronto se tuvo la prueba de ello.. En 1871, Dabney se retiró por motivos de edad y percibió en la liquidación, por su parte, por lo menos 2.000000 de francos. Morgan llegó á ser entonces el socio de los Drexel de Filadelfia que figuraban entre los más ricos banqueros de Estados Unidos.

El padre de Pierpont Morgan, después de varios años de actividad en el comercio de novedades, había entrado él también en el banco. Había negociado el empréstito francés de Gambetta en 1870, después de Sedán. Los negocios del banco Drescel-Morgan, tomaron mayor importancia. Pero los banqueros alemanes é israelitas le hacían competencia. Tenían después de la guerra de secesión una situación ventajosa en los Estados Unidos. Mientras que en Alemania no obtenían de sus capitales, sino cuatro y cuatro y medio por ciento, la América les aseguraba el diez. Habían atravesado el Attlántico para adquirir una fortuna en los estados sudestes; esta tierra prometida de la expeculación.

El gran empréstito en 1871 que se elevaba á un millón y medio de dólares, señala uno de los períodos decisivos en el mundo financiero americano. Los dos bandos israelita y yanqui se disputaban la preponderancia. Los yanquis con Drexel, Morgan, Marton, representaban los capitales ingleses; los israelitas, los fondos alemanes con Jay Cooke y los Rothschild.

Jay Cooke y sus cooperadores alemanes, habían firmado un contrato por ciento treinta millones del empréstito americano.

La campaña fué dirigida con entusiasmo. Cooke reconocía que el joven Morgan era de una energía notable. Al principio de 1873, la lucha cesó por un acuerdo que dividía 1.500.00.000 de títulos entre Cooke-Rothschild y Drexel-Morgan-Morton. La estrella de Pierpont Morgan comenzaba á adquirir mayor brillo

II

Las operaciones colosales del gobierno de los Estados Unidos y la manera de dirigirlos no podían menos de producir sensación á la vez en el mundo de las finanzas y en el mundo político. Hasta entonces se habían colocado los títulos de la deuda americana por intermediarios á quienes se pagaba una modesta comisión; ahora se asistía á la reunión de algunos financistas que tomaban la responsabilidad de centenares de millones de dólares, revendidos al público con prima. Hubieron interpelaciones en el congreso, y recién se pronunció el nombre misterioso del *sindicato*. No era sino una denominación, pero los demócratas la atribuían á una conspiración á expensas del tesoro. Un orador habló del Pulpo de Víctor Hugo y de sus tentáculos. El nuevo monstruo decía, había aparecido en Pensilvania y estaba tan ávido que devoraba toda la verdura (alusión á los green-backs (dorso verde), nombre popular de los títulos americanos). Tenía una cabeza de hierro, oos de níquel, miembros de cobre y un corazón de piedra. Era el Kaklux. Era extremadamente peligroso, pero se le había dejado crecer y ahora ya no era tiempo de reducirlo á la impotencia.

El sindicato se había desarrollado y Pierpont Morgan se hallaba á su cabeza. Con el temperamento y los recursos necesarios al cumplimiento de su obra iba á concentrar en sus manos, la más terrible potencia que había en el mundo. Retenía setecientos millones de dólares de obligacianes del estado. Vendiéndolas con una alza ininterrumpida había creado una oligarquía financiera en los Estados Unidos.

Una nueva era principiaba: Morgan y sus asociados la habían fundado. El año 1879 señala el advenimiento del sindicato de doscientos millones de dólares que debían suministrar los medios de explotar los recursos de los Estados Unidos. El mercado financiero de la América se había transformado totalmente. Otras veces el gobierno se dirigía, para cubrir sus empréstitos, directamente al público; ahora tenía que entenderse con una corporación que no era sino un mecanismo, pero un mecanismo sabiamente combinado. Pierpont Morgan hizo entrar en él los ferrocarriles americanos. Comprendió toda la ventaja que se obtendría con esa operación. Había asistido al gran fenómeno de la capitalización, al movimiento de la especulación que había creado con Gould y Vanderbilt las primeras fortunas americanas de 50 y 60 millones de dólares. Había tomado también parte en las batallas épicas, arrancando para Dabney-Morgan y Cía. á Gould y á sus cointeresados la línea de Albany y de Susquehaunarh que fusionó con la de Dela-

ware y de Hudson, cuya dirección tomó. Se había asegurado ventajas en otra línea y había cedido las obligaciones con provecho; en fin, se había familiarizado con los ferrocarriles y estaba preparado para el sindicato.

III

Hasta entonces los negocios financieros de los ferrocarriles americanos no habían tenido en vista más que la especulación. Se creaba el mayor número posible de líneas, sin tener en cuenta la necesidad del tráfico y no teniendo por objetivo sino la reventa de los títulos al más alto precio. Se lanzaba así sobre el mercado una cantidad considerable de valores que no respondían á ninguna realidad. En 1884, los documentos más autorizados afirmaban que la mayor cantidad de estos valores era ficticia y que su total de 20 trillones de francos no correspondía absolutamente á las garantías de las empresas. Era ya tiempo que otra mano se encargara de la salvaguardia de los títulos en el interior y en el extranjero. Morgan al tomar 250.000 partes del Nueva York Central, la mejor colocación en los Estados Unidos y colocándolos en el exterior, contrajo el compromiso de pagar aún, durante cinco años, el dividendo de ocho por ciento que había sido prometido sin interrupción durante los diez años anteriores. Pero antes del transcurso de este nuevo período quincenal, la tormenta estalló.

Había cinco vías en explotación independientes para el tráfico entre Chicago y el mar; otras dos estaban en construcción, ahora bien tres hubieran bastado ampliamente á las necesidades. La competencia había hecho bajar las tarifas en condiciones irrisorias. Se iba de Nueva York á Chicago por un dólar y se transportaban los trigos de Chicago á Nueva York por la mitad de los gastos de la manutención. Con estos precios todas las compañías periclitaban. Tres estaban en vísperas de la quiebra, otra había depositado su balance y la Nueva York Central se disponía á reducir su dividendo á la mitad. Morgan intervino entonces para tomar la defensa de los capitales comprometidos.

Al fin de la primavera de 1885 Guillermo Vanderbilt, seis meses antes de sus muerte, había visto la West-Shore comprometer las líneas que explotaba. Pierpont Morgan obtuvo una concesión.

La compañía Nueva York Central llegó á ser dueña de la West-Shore cuya explotación cedió por 99 años á Morgan, quien la reorganizó. Al mismo tiempo Morgan creó un sindicato para la capitalización de las sumas necesarias para la reorganización del ferrocarril de Reading en el cual la Inglaterra había comprometido sumas elevadas. En 1887 salvó la Baltimore y la Ohio que declinaba á causa de la competencia y el sindicato le suministró los millones para levantarla. En 1888 otro sindicato Morgan salvó á la Chesapeake Ohio. En esta misma época la casa Morgan se interesaba en las grandes líneas que conducían á Chicago y en aquellas afectadas al transporte de carbón en algunos estados. El nombre de Morgan se cotizaba muy alto en los Estados Unidos.

En la Bolsa y el Wall-Street donde se le llamaba Júpiter y se decía generalmente que iba á tomar la dirección de las grandes compañías centrales que se apoderarían de la gestión de toda la red americana.

Más enérgico y más audaz que su padre, Pierpont tomaba él mismo todas las decisiones, no aceptando asociados pero rodeándose de colaboradores escogidos por él y recompensados generosamente con la condición de dejarse aplastar por el trabajo. Quedó sólo hasta 1876 después tomó por auxiliares á Fabri, que desapareció en 1884, Gotfrey quien, entrado en 1878, le dejó el mismo año. Jorge Bowdoyn y J. H. Wright sucedieron al primero, con Carlos Coster que tomó sobre sí el peso de todos los detalles de los negocios.

Morgan, que había ya pasado la cincuentena no se había preocupado jamás, contando con su robusta constitución. Un día sintióse molestado y llamó á uno de los más notables médicos de Nueva York que lo sometió á un examen físico de pies á cabeza y le envió su receta al día siguiente. Aquella estaba redactada en los siguientes términos: "Renunciar al ejercicio bajo todas las formas; no caminar nunca si podéis tomar un coche. Os habéis acostumbrado á vivir sin ejercicio y á hacer depender toda vuestra energía de vuestro cerebro. Es demasiado tarde para cambiar de régimen." Este tratamiento ha sido rigurosamente observado. Morgan ha renunciado absolutamente al

ejercicio, come mucho, fuma mucho y gracias á este método ha enterrado á todos sus contemporáneos en negocios. Se ha librado exclusivamente á la gran conclusión de su plan de que toda su vida anterior no había sido el preliminar. De 1893, data la formación del mundo financiero americano tal como es hoy y la creación de su mayor potencia que se llama Pierpont Morgan.

IV

Los presidentes de las compañías de ferrocarriles y los banqueros que las financiaban tenían por proyecto de hacer converger hacia estas empresas todo el capital mundial. Era una idea falsa. Había muchos capitales á los cuales se les pedía rentas imposibles y demasiado personalidades comprometidas en la operación, ávidas de retirar de éstas provechos, sin participar en ellas activamente. Se necesitaba la concentración, si se quería obviar al peligro de la competencia. Los ferrocarriles perdían dinero sobre dinero y su deuda flotante se aumentaba por millones de dólares. El desastre inevitable llegó en 1893.

Sólo la casa inglesa Morgan hizo frente á la tempestad por sus tenedores de títulos y salió más fuerte de la contienda.

Pierpont desenredó la madeja, tomando con firme mano la dirección d elos ferrocarriles americanos.

Durante cuarenta años, los promotores de las compañías optimistas inconsiderados ó ladrones insignes, habían visto su individualidad aumentar cien veces ante los oos del público deslumbrado por la magnitud misma de sus operaciones. Habían manipulado, explotado, sin retroceder ante los peores engaños, ese formidable mecanismo, á su propio beneficio y en detrimento de todo el mundo, público y accionistas. Morgan tomaba el control á su cargo no para él, sino para sus clientes, por el capital que tenía confianza en él.

En los ferocarriles americanos la situación de los accionistas no tenía garantías. Teóricamente eran ellos los que suministraban los capitales y que hubieran debido tener su vigilancia, pero prácticamente carecían de derechos de ingeniería en la gestión de lo que era su propiedad. Los promotores de la Compañía se reservaban el derecho exclusivo del voto en las asambleas. En cuanto al capital gigantesto, teniéndolo á su disposición, lo malgastaban á su antojo. Morgan varias veces había tratado de resistir á estos abusos. Pero las promesas se habían deslizado entre sus dedos, con pérdida de su tiempo.— Vino el crack de 1893.—Antes de calmarlo con nuevos capitales para conjurar el desastre, quiso asegurarse el voto en las deliberaciones de las compañías.

Veinte años antes, la compañía del Erie se hallaba á la cabeza del sistema de engaños que el mundo civilizado estigmatizaba. La casa Junius Morgan era en Londres el corresponsal de esta compañía. Sobre 41 millones de dólares de títulos, existían 39 colocados en Inglaterra. En vano Junius Morgan reclamó durante diez años la vigilancia personal de los capitales de sus clientes. Los que manipulaban los fondos se aseguraban la impunidad comprando en Glasgow, en Manchester y en Liperpool procuraciones que pagaban un chelín y á menudo algunas peniques y cuando disponían de este modo de la mayoría de los votos en las asambleas, hacían votar lo que deseaban.

Cuando Pierpont Morgan asumió la gestión de los ferrocarriles americanos, insistió primeramente sobre la obligación de admitir el capital en la verificación de las cuentas. Así fué como entró á dirigir él mismo la Nueva York-Central; colocó su representante al frente de la Baltimore y de la Ohio, reorganizó la Reading y la Chesapeake-Ohio, según los mismos principios. "Los ferrocarriles, decía á las compañías, no pertenecen sino á los capitalistas que les proveen de medios de existencia."

Este sistema prevaleció. Todas las compañías se vieron sucesivamente obligadas á acercarse á Morgan y á sus clientes y de aceptar su modo de contralor; de esta manera, tuvo en sus manos 52.584 kilómetros de líneas férreas cuyo valor representaba 1.519.067.365 francos. Había sido particularmente secundado por Carlos Coster que murió en la brecha en 1900, por Wright y Burns que tuvieron idéntico destino. Ambos Drexel habían desaparecido. Morgan quedaba solo, de pié. Tenía más de sesenta años y hacía cuarenta que habíase iniciado en lo segocios. En este lapso de tiempo las condiciones de las finanzas habían cambiado considerablemente. En 1858 existían en los Estados Unidos en explotación

The Royal Mail Steam Packet Co

The Pacific Steam Navigation Co.

Buenos Aires, Reconquista 264
Rosario, Barnett y Cía,
Bahía Blanca, C. C. Cumming
Montevideo, Maclean y Staplepon



R. M. S. P.



P. S. N. C.

SERVICIO CORREO ENTRE

RIO DE LA PLATA, BRASIL, LISBOA, VIGO, CHERBOURG
É INGLATERRA

PERÚ, CHILE, COSTA SUD, RIO DE LA PLATA, BRASIL,
LISBOA, VIGO, LA ROCHELLE, PALLICE, INGLATERRA.

SALIDAS DURANTE ENERO 1912

Aragon	9.588 tonel.	5 Enero	Para Brasil, Lisboa, VIGO. Cherbourg é Inglaterra, (Southampthon).
Orcoma	11.545	6 »	Para las Islas Malvinas, P. Arenas. Coronel, Talcahuano, VALPARAISO. Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo y Callao.
Orita	9.290	13 »	Para Brasil, Las Palmas, Lisboa, Leixoes, VIGO. Coruña La Pallice. Liverpool,
Araguaya	10.537	19 »	Para Brasil, Lisboa, VIGO. Cherbourg é Inglaterra (Southampthon)
Oriana	8.086	21 »	Para P. Arenas, Coronel, Talcahuano. VALPARAISO, Coquimbo, Antofagasta, Iquique Arica, Mollendo y Callao.

Se han instalado en todos los paquetes de estas Compañias el telégrafo Marconi

OFICINA PRINCIPAL:

LA MALA REAL INGLESA

264 Reconquista, Bs. Aires

48.000 kilómetros de vías férreas que representaban cinco mil millones de capital con un beneficio de 800.000.000. En 1898 la red Morgan ,representaba en cifras redondas, 53.000 kilómetros, es decir, un sexto de la red toal americana aumentada considerablemente; su capital se elevaba á 13.500.000.000, un cuarto del capital total de la red nacional, y los beneficios anuales eran de 1.500.000.000, no siendo las rentas de los Estados Unidos sino diez veces mayores que las de las líneas Morgan.

El poder financiero es mayor que el poder político en los Estados Unidos. El Prest. Taft no iguala al de Pierpont Morgan. Este es rey. Por sus propios bancos cuyo capital es de 5.000.000.000, por sus intereses en las otras casas de crédito y que han sido valuados en más de 30.000.000.000, por sus filiales que representan por lo menos 13.000.000.000, dispone de más de de 50.000.000.000 de francos, cifra formidable y alarmante. Y aún estos cálculos no dan más que una idea incompleta de su influencia. Esta no se ejerce solamente en los Estados Unidos, sino en realidad en el mundo entero, pues, todos los negocios son tributarios de esta supremacia. Abiertamente ó tácitamente, depende de ella: los bancos, las compañías de seguros, las grandes industrias de metales, de petróleo, de conservas de carne, las compañías de electricidad, las de ferrocarriles, las sociedades mineras, las carboneras, los altos hornos, las de recursos naturales, todas las ramas económicas de las naciones, los empréstitos de los Estados. La imaginación queda confundida ante este gigantesco conjunto del cual un solo hombre es el motor. A su lado maniobran, es cierto, otras fuerzas que gravitan todas en su órbita. Son Harriman, Hill, Moore, Hawley, Vanderbilt, Fish, Gould, Yoanum, etc., que cada una por su parte, explotan miles de kilómetros de rieles representando millones de capitales. Morgan no reconocía más que un rival: Harriman, fallecido recientemente. No tiene

ya que temer otro competidor, pues será difícil que haya un segundo Harriman.

V

Pierpont Morgan á los 73 años de edad está siempre fuerte, vigoroso, activo. Es el luchador á quien no detiene ninguna fatiga. Atraviesa el Océano, no preocupándose de las distancias entre Nueva York, Londres y París, pero conociendo que necesita ayuda eficiente para dirigir el colosal mecanismo, ha repartido su rodaje entre manos experimentadas controlando sin embargo su funcionamiento.

La casa en 1911 se compone de Pierpont Morgan, de su hijo que lleva los mismos nombres, de Enrique Davidson, de Carlos Steele, de Tomás Lamont, de Guillermo Porter, de Eduardo Stotesbury, de Arturo Newbold, de Temple Bowdoin, de Guillermo Hamilton y de Herman Harjes.

Ha envejecido mucho desde hace algunos años, pero es de esas encinas que resisten. Se mantendrá de pié hasta el último momento. Desde hace tiempo ha preparado á su heredero para recoger su sucesión y su obra. Descarga sobre él una gran parte del pesado fardo. Su presencia real en Wall Street no es absolutamente necesaria. Puede viajar, pasar semanas enteras en Londres en su residencia urbana de Prince's Gute, en donde ha acumulado tesoros de arte, en Richmond en donde posee una maravillosa casa de campo. Puede visitar la Italia en donde goza recorriendo sus museos, pero no pierde una hora de vista sus oficinas de Nueva York, con las cuales está en contacto constante. A la menor alarma cruza el océano y se reinstala en Wall Strcet.

Tal es la gigantesca y resplandeciente constelación que figura en el cenit del cielo americano y cuya radiación se extiende sobre todos los países del globo, que le deben en gran parte su prosperidad económica.

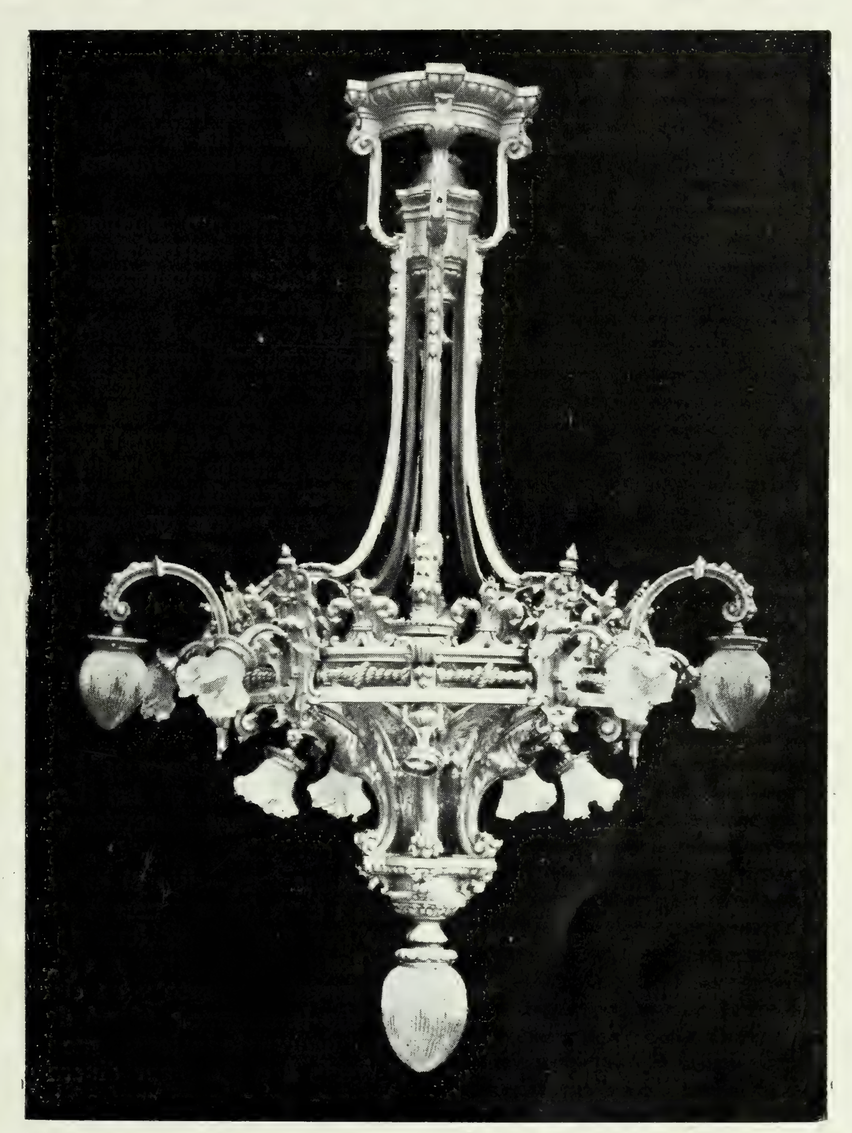
SU PRIMER PENITENTE

En un blanco desierto sacudido por la rugiente tormenta, en un desierto de millas y millas de pinos sombríos semisepultados en la nieve, se hallaba detenido el Expreso Transcontinental, casi oculto también bajo el espeso y blando manto que todo lo cubría.

Al obscurecerse la máquina y el tender se habían separado del resto del convoy, que no podían arrastrar á la vez que vencían la resistencia de la nieve, y se habían marchado hacia la estación más inmediata en busca de ayuda para rescatar á los wagones momentáneamente abandonados. Hacía dos horas ya que éstos estaban inmóviles, y la nieve que caía y formaba remolinos agitados por el huracán, los iba transformando poco á poco en una masa blanca y sin forma, de la cual irradiaban por las ventanillas las luces que iluminaban brillantemente los lujosos salones. Quien los hubiese contemplado desde la espesura de los pinos que se erguían á ambos lados de la vía habría visto docenas de rostros humanos, pegados á los vidrios que escudriñaban ansiosamente la oscuridad en espera del anunciado auxilio.

Los coches se iban enfriando rápidamente. Los hombres se habían puesto

AZARETTO H^NOS



ARAÑAS y ARTEFACTOS PARA LUZ ELECTRICA - Ultimas creaciones

Conviene á los compradores de artefactos de luz electrica y artículos y novedades para regalos visitar nuestras casas.

GRAN SURTIDO EN VENTILADORES

PIDAN CATÁLOGOS

SARMIENTO 1901 - FLORIDA 400 - SANTA FÉ 1799

SARMIENTO 1771 - Buenos Aires

los abrigos y las mujeres se envolvían cada vez más estrechamente en sus pieles. Sobre ellos y sobre la cima de los árboles se oían mugidos y silbidos que á veces parecían amenazar y otras remedaban salvajes carcajadas.

En el salón de fumar del Pullman estaban sentados hombres ,que conversaban amistosamente. Uno de ellos era Forsythe empresario de maderas; dos eran corredores de comercio; el cuarto era un pasajero que regresaba á su casa después de un viaje de recreo, y el quinto, el padre Carlos.

Todos fumaban y hacía una hora que trataban de matar con ello el tiempo, sin excluir el padre Carlos, que encendía su tercer cigarro mientras uno de los corredores de comercio terminaba la anécdota que había estado contando.

Trataban de olvidar la tediosa espera ralatándose mutuamente sus aventuras personales ó los acontecimientos curiosos que les sujería la memoria. Cada uno de ellos había contribuído al entretenimiento de los demás, con excepción del padre Carlos.

El rostro pálido y serio del sacerdote había manifestado sorpresa ó se había iluminado con una sonrisa, á la par de los demás, según fuesen los episodios traidos á colación; pero hasta entonces sus labios no se habían desplegado para contar ninguna anécdota de su repertorio. Era un hombre de pequeña estatura, vestido de negro, y un no sé qué hacía presentir á sus compañeros que su memoria debía conservar acopio de relatos que se habrían armonizado con los esfuerzos salvajes de la tormenta que sacudía las ventanillas iluminadas y con tumulto gimiente de los pinos atormentados por el viento.

De repente Forsythe se estremeció bajo la sacudida de una racha más violenta que las demás y dijo al sacerdote:

—Padre ¿esta noche no le inspira un texto de sermón que haría juego con la tormenta—y con la situación?

El Padre Carlos expelió lentamente por entre sus labios una espiral de humo azul; luego se irguió é inclinándose levemente hacia adelante, con el cigarro entre los dedos delgados y blancos, dijo:

—Tenía preparado un texto para esta noche, pero para nuestra situación no tengo ninguno. Iba á presidir un casamiento á doscientas millas de donde nos hallamos. Los convidados han de estar reunidos. Todo estará dispuesto pero yo estaré ausente. No habrá casamiento esta noche y por lo tanto el texto de mi alución no ha de servir. Pero se me ocurre otro que conviene á la situación—y á otras mil—"Aquel que está sentado en los Cielos mirará hacia abajo y decidirá." Esta noche debía haber casado á aquellos jóvenes. Hace tres horas no hubiese soñado en poner en duda mi presencia á la cita. Pero no los he de casar. La suerte ha intervenido. El Arbitro supremo ha dicho "No", y quien sabe qué consecuencias no han de resultar.

—Se casarán probablemente mañana—dijo uno de los corredores de comercio. —Será cosa de unas pocas horas de retraso nada más.

—Tal vez—dijo el padre Carlos, con su acostumbrada tranqullidad.—Tal vez, y... tal vez no. ¿Quién puede saber lo que este pequeño incidente ha de significar en la vida de aquel joven, de aquella joven y, acaso en la mía? Tres ó cuatro horas perdidas en una tempestad de nieve, ¿quién sabe qué importancia no han de tener para más de uno de los corazones humanos reunidos en este tren? El Supremo Arbitro mueve sus criaturas con motivo de intención. Para algunas de ellas el hecho más insignificante representa á veces la vida ó la muerte. Y esta noche, ésto ha de significar algo.

Una ráfaga violenta aulló en la noche y el viento gimió en los pinos con voces casi humanas. Forsythe chupó su cigarro apagado.

—Años hace—dijo el padre Carlos—conocí á un joven y una joven que estaban por casarse. El hombre se dirigió al Oeste para labrarse una fortuna. Así los separó la suerte y en el espacio de un año la desgracia afligió de tal modo á los padres de la joven que ésta se vió obligada á casarse por dinero—el canje de su cuerpo blanco contra el oro de un hombre viejo. Cuando el joven regresó del Oeste encontró á su novia casada, y ambos conocieron el infierno en la tierra. Pero la esperanza es tenaz en los corazones jóvenes. Esperó cuatro años; y luego, desalentado, se casó con otra mujer. Amigos míos, *tres días* después del casamiento, el esposo de su antigua novia murió, y ella se veía por lo tanto libre de su cadena. ¿No veís en ellos la mano del Arbitro Supremo? Si hubiese

esperado tres días más, habría podido realizar la felicidad soñada.

"Pero, ¡esperad! Un mes después de aquel día el joven fué detenido, conducido á un Estado del Oeste, juzgado por asesinato y ahorcado. ¿Ven ustedes el significado de todo esto? ¡Tres días más, y aquella joven que se había vendido como una esclava para salvar á los seres que amaba, no se habría visto libre de su cadena sino para caer en manos de un asesino!

II

Reinó un momento de silencio durante el cual los cinco viajeros escucharon los gemidos de la tormenta. Les parecía ahora que en él percibían algo... algo más que el ruido inarticulado del viento y de los árboles. Forsythe frotó un fósforo y volvió á encender su cigarro.

—Nunca había considerado las cosas desde ese punto de vista—dijo.

—Escuche el ruido del viento—dijo el sacerdote.—Escuche como aullan los pinos. Me recuerda cierta noche, años y años atrás—una noche igual á esta en que la tormenta rugía y se agitaba en torno de mi pequeña cabaña y en que el Arbitro Supremo me envió mi primer penitente. Amigos míos, hay en esto algo que les hará comprender mejor la voz y la mano de Dios. Este es un sermón acerca del significado trascendental de las pequeñeces. Es la historia de mi primer penitente. Si lo deseáis, voy á relatarla.

—Lo escuchamos,—dijo Forsythe.

Los viajeros se acercaron más al sacerdote.

—Era una noche igual á esta—repitió el padre Carlos—y estaba yo en una vasta soledad como la que nos rodea y que se extendía en milllas y millas. Había sido enviado para establecer una misión; y me hallaba solo, en mi cabaña, rodeado por la tormenta. Estaba ocupado activamente en disponer mis planes de sección. Al cabo de cierto tiempo me fuí poniendo nervioso. Entonces no

Maisón PRINTANIA

Gran surtido en Sombreros Modelos



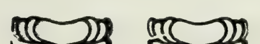
IMPORTACIÓN
DIRECTA
DE ARTICULOS
PARA
MODISTAS

MAYOR
y MENOR



PARIS

RUE ROYALE



BUENOS AIRES

ESMERALDA 236

fumaba y no tenía nada para entretenerme con excepción de mis propios pensamienttos; y á pesar de mis esfuerzos para darles otro giro, eran esa noche harto melancólicos. La selva llegaba hasta mi puerta. Cuando las rachas arreciaban oía como se cimbraban las cimas de los pinos. De vez en cuando el latigazo de una de sus ramas contra el techo de la cabaña me sobresaltaba y llenaba de temor. El miedo en la soledad es opresivo y terrible, sobre todo en medio de la noche y cuando los elementos se desencadenan como si el mundo quisiese partirse. Escuchaba el ruido de los pinos y á veces gritaban como mujeres, gemían como niños y se quejaban como almas humanas luchando con la agonía...

El padre Carlos se detuvo para escudriñar á través de la ventanilla la oscuridad de la noche, en la cual los pinos gemían y se quejaban en aquel instante. Cuando volvió á mirar á sus compañeros, Forsythe, el contratista de maderas, acostumbrado á pasar la vida en las soledades, le hizo con la cabeza un gesto de conformidad con sus palabras

—Y cuando gimen de este modo— prosiguió diciendo el padre Carlos — una voz humana en ese ruido no representa más que el chasquido de un guijarro en el ruido de un océano agitado. Cien veces en aquella noche me pareció que oía gritar; y más de doce me dirigí hasta la puerta, descorrí el cerrojo y escuché, mientras el viento y la nieve me azotaban el rostro.

"En un instante en que me dabía sentado junto al hogar y trataba de reaccionar contra los estremecimientos que me agitaban, asaltó de repente á mi mente el recuerdo de un cuento leido mucho tiempo atrás—relato de una hazaña imposible y de un imposible heroismo. Con tanta intensidad como si lo hubiese leído el día antes recordé la descripción de una noche de tormenta en que la heroina del cuento había colocado una lámpara encendida junto á la ventana de su casita á orillas del mar, para que sirviese de faro al hombre que amaba y le permitiese regresar á la costa en medio del mar embravecido. Amigos míos, el haber leido aquel libro en mi niñez no era evidentemente más que un hecho trivial. Había leído otros mil, y de todos ellos era tal vez el menos importante; pero el Arbitro Supremo no lo había olvidado.

"El recuerdo de aquel libro me impulsó á pararme y á colocar una lámpara encendida junto á la ventana de mi cabaña. Quince minutos después, oí un ruído raro junto á mi puerta y cuando la abrí cavó al suelo, á mis pies, dentro de la habitación una mujer hermosa y joven. Y detrás de ella, arrastrándose sobre las manos y las rodillas, cruzó el umbral un hombre.



Grandes Reducciones de PRECIOS Por cambio de local.

Una venta que Vd. recordará durante muchos años.

Invitamos cordialmente á todos los habitantes de Buenos Aires, á concurrir á la Gran Liquidación que estamos efectuando en todas nuestras exístencias con motivo de nuestro cambio de local. Próximamente nos trasladaremos á la Calle MAIPÚ 52 al 56, (local mucho más amplio y hermoso que el que ocupamos actualmente), y siendo nuestro vivo deseo no llevar con nosotros ni un sólo artículo de nuestra actual existencia, hemos rebajado muchos artículos á la mitad de su precio primitivo, y otros, más aún. De costumbre nuestros precios son bastante módicos; agréguese á esta modicidad de precios la notable rebaja que hemos hecho en los mismos, y así se tendrá una idea de las grandes ocasiones que hallarán en nuestra casa.

No dudamos que nuestros lectores se apresurarán á vísitarnos, á fin de no perder esta excepcional venta.

ALGUNOS PRECIOS:

**Lindos géneros de lana, de 1.20 cm. de ancho,
y sedas fantasía para vestidos de señora, á 0.80 metro.
Foulard de seda, de 1.20 cm. de ancho á 1.90 metro.
Puntillas, extenso surtido, á mitad de su precio original.
Ropa interior, para señoras y niñas, casi regalada.**

A. Auld & Cía. - Perú 162

"Cerré la puerta, mientras el hombre se desplomaba á su vez y caía de bruces, y luego me ocupé de la mujer. Estaba cubierta de nieve. Su largo y hermoso cabello estaba suelto y enmarañado, y la envolvía como un velo. Sus grandes ojos oscuros me miraban suplicantes y en ellos ví un terror que nunca había contemplado antes en miradas humanas. Me incliné sobre ella con intención de transportarla hasta mi lecho; pero ella se dejó caer sobre el cuerpo postrado del hombre, envolvió su cabeza con sus brazos y salieron de sus labios los primeros sonidos que emitía. No eran mucho más inteligibles que el gemido de los pinos, pero bastaron para que comprendiese que aquel hombre era para ella más que la propia vida .

"Me arrodillé junto á él, y vi que su respiración era corta y agitada y que sus ojos demesuradamente abiertos miraban á la mujer. Observé por primera vez que tenía el rostro herido y tumefacto y los labios hinchados. Tenía desprendida la ropa en torno del cuello y en este se veían manchas lívidas.

"—No tengo nada — murmuró, luchando por recobrar el aliento y dirigiendo una mirada en mi dirección. — Habríamos perecido dentro de pocos instantes, á no ser por la luz que vimos en su ventana."

"La joven se inclinó y lo besó, y luego permitió que la sostuviese mientras se dirigía hasta mi lecho. Cuando hube atendido el joven, y hubo éste recobrado suficientes fuerzas para mantenerse en pie vimos que la joven se había quedado dormida. El hombre se dirigió hacie ella y se dejó caer de rodillas junto al lecho. Con movimientos cariñosos apartó las pesadas crenchas de cabello negro que ocultaban el rostro de la mujer. Acercó su rostro al de la joven y así permaneció silencioso durante varios minutos; luego se puso de pie y me miró. La mujer—su esposa— nunca supo lo que pasó entre nosotros dos en la media hora subsiuiente. Durante esa media hora, amigos míos, recibí la primera confesión. Aquel joven pertenecía á mi religión. Fué mi primer penitente."

El frío era cada vez mayor en el vagón, y el padre Carlos se detuvo para envolverse más estrechamente en su capa negra. Forsythe volvió á encender su cigarro por tercera vez. El pasajero que regresaba á su casa, se estremeció de repente al oir el choque de una ráfaga de viento que agitaba los vidrios como si fuese una mano amenazadora.

"Un banco mal tallado fué mi confesionario — continuó diciendo el padre Carlos.—Me relató su historia, de rodillas á mis pies—ese relato permanecerá en mi memoria mientras yo viva, para recordarme siempre cómo las pequeñeces pueden ser grandes cosas, y cómo al detener á un tren en medio de la tormenta, puede el Arbitro Supremo cambiar la faz del mundo. No era un relato muy largo. Tampoco era una historia que saliese de lo común.

"Había llegado á esa región septentrional un año antes y se había cons-

truido para él y su mujer una pequeña casa junto á un río pintoresco á unas diez millas de mi cabaña. Su amor era de aquellos que se ven pocas veces, y eran tan felices como las aves que vivían con ellos en aquella soledad. Habían obtenido una concesión de maderas. Pocos meses más, y otro ser vendría á acompañarlos en su hogar; esta esperanza llenaba de alegría á la hermosa niña que era su esposa. Su vecino más cercano era un hombre que vivía á varias millas de distancia. Los dos se hicieron amigos, y el otro iba á verlos con frecuencia. Es la historia de siempre. El vecino se enamoró de la esposa del joven leñador.

"Como vereis, este hombre era un villano. El día que precedió á aquella terrible tormenta, el esposo se dirigió hacia la aldehuela en busca de provisiones. En cuanto se alejó, el villano penetró en la cabaña. Quedó solo con la mujer.

'A una milla de distancia de su cabaña, el marido se detuvo para encender su pipa. Y vean, amigos míos, como dispuso las cosas el Supremo Arbitro. Al tratar de destornillar el caño de la pipa, éste se rompió. En la soledad, fumar es una necesidad imperiosa. Podía encontrar pipas en la aldea, que se hallaba á una distancia de diez millas; pero también tenía otra en su cabaña, á menos de una milla. Resolvió volver en su busca. Se acercó tranquilamente á la puerta, pensando en la sorpresa que causaría á su mujer el verle regresar. Pero de repente oyó voces—una voz de hombre, gritos de mujer. Abrió la puerta, pero ni el hombre ni la mujer lo vieron ni lo oyeron. Estaban luchando. La mujer estaba en los brazos del hombre, tenía el cabello suelto, y con sus pequeños puños le golpeaba desesperadamente en el rostro, mientras que su respiración jadeante se escapaba en gritos de terror y de horror. En el segundo en que el marido se detuvo sorprendido ante ese cuadro, el hombre tomó en sus manos el rostro de la mujer, lo atrajo hacia sí y lo besó. Y entonces se produjo el drama. Fué una lucha corta y terrible

y el villano quedó tendido por el suelo, muerto y bañado en sangre. ¡Amigos míos, el Arbitro Supremo *rompió una pipa,* salvo un hogar!

III

Nadie pronunció una palabra durante el instante que empleó el padre Carlos en envolverse más cuidadosamente aun en su capa. Y de repente en medio del ruido de la tormenta se oyó un sonido distinto—el silbato lejano y agudo de una locomotora.

"El marido cavó una tumba en la nieve y en el suelo helado—dijo el padre Carlos, concluyendo su relato— y esa misma tarde reunieron en un bulto las cosas más necesarias y se dirigieron hacia la aldehuela. La tormenta los sorprendió. Acababan de dejarse caer por última vez en la nieve, resignados á morir en brazos uno de otro, cuando puse la lámpara junto á mi ventana. Esto es todo; excepto que seguí tratándolos durante varios años, que volvieron á conocer la felicidad—y que esta se completó con el nacimiento de una niña, retrato en miniatura de la madre. Luego se dirigieron á otro punto del desierto y mis ocupaciones me arrastraron á otro lado. Veís, pues, amigos míos, que la detención de un tren en la nieve puede significar mucho, pues si un cuento recordado á tiempo, ó una pipa rota..."

Se abrió de repente la puerta del salón de fumar. Por ella entraron á la vez una racha de viento, una nube de nieve desmenuzada y un hombre. Este estaba envuelto en un traje de piel de oso y mientras lo sacudía, su rostro enérgico y enrojecido por el frío miró con una sonrisa á los pasajeros.

Pero de repente se produjo un cambio en su expresión. Clavó un segundo la mirada en el padre Carlos. Este se ponía de pie más pálido que de costumbre y tendía sus brazos hacia el forastero.

Un segundo después se precipitaba hacia el sacerdote, no para apretarle la mano, sino para abrazarlo estrechamente en sus largos brazos musculosos, mientras lo sacudía y daba gritos de frenética alegría, en tanto que el rostro del padre Carlos se animaba con una sonrisa de felicidad.

Después de un prolongado abrazo, el forastero devolvió la libertad al padre Carlos, y volviéndose hacia los presentes, con una risa feliz y cordial, les dijo:

—Caballeros, es preciso perdonarme si los he interrumpido de este modo. Me comprenderán cuando les diga que el padre Carlos es un antiguo amigo, el mejor de los amigos que tengo en la tierra, y hacía años que no lo veía. Yo fuí su primr penitente.

El Diario de un Tío

¡No hay más remedio! Mi querida hermana Rosa ha escrito preguntándome si tendríamos inconveniente en recibir á los chicos por una semana, pues "hay aquí epidemia de sarampión", según me dice.

Propongo á mi querida esposa realizar un viaje á las provincias para tener una buena excusa pronta; pero Teresa se opone diciendo que se divierte mucho cuando los muchachos están acá. ¡Qué cosa particular! Sin embargo, si ella puede soportarlos, supongo que á mí me sucederá lo mismo. Suspiro y escribo á mi hermana aceptando mi destino de la mejor manera posible.

Carta de Tomasito á los dos ó tres
"Querido tío Luis:
días:

Acabo de recibir una carta de mamá, donde nos dice que en cuanto empiecen las vacaciones vayamos directamente á tu casa por lo del sarampión. ¡Qué bolada! Creo que tú y tía Teresa estarán tan contentos como nosotros.

¡Cómo nos vamos á divertir! En primer lugar saldremos á cazar. ¿Te acuerdas de aquella vez que Albertito y yo salimos á cazar con tus perros y nos llevamos por delante aquel escaparate de loza á la puerta del bazar de la esquina? (¡No me voy á acordar! ¡Como que tuve que pagar la loza rota!) y el petiso de Albertito se cayó en un arroyo? Qué farra, ¿no? Bueno, pues podemos hacer todo eso otra vez, es decir, no lo de caernos en arroyos y llevar por delante escaparates, sino lo de salir á cazar.

¿No te parece que en lugar de alquilar petisos como la otra vez nos debías dejar salir en tus caballos? (¡Qué preten-

siones!) y así no te saldría tan caro. De cualquier manera, nos pensamos divertir mucho y nos quedaremos en tu casa todo el tiempo posible (¡Dios me valga!).

La otra noche dieron una fiestita de despedida para los padres de los muchachos y te aseguro que los señores se divirtieron en grande. Yo no sé por qué no viene nunca papá á estas fiestas de colegio: dice que las masitas, las jaleas y cremas lo indigestan y que el Oporto y el Jerez son venenos. ¡Quisiera ser padre yo! Cuando papá me oyó decir esto, suspiró y dijo:

—Ah, hijo mío; no sabes las responsabilidades que tiene un padre!

¿Qué bobada, no? Ellos no van al colegio, tiene plata, comen todo lo que quieren. ¿Dónde están las responsabilidades de todo esto?

Bueno, después de la comida, hubieron declamaciones, y algunos de los muchachos que aprenden música (¿no te parece tío Luis que son unos maricones los que aprenden á gritar acompañados al piano como muchachas?) cantaron.

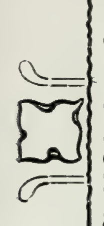
Me parece que un chico hace la figura más ridícula cuando canta. Y luego, á cada momento se levantaban de su asiento el director para decir, como las llama él, "unas breves palabras", para ponderarse y darse corte y hablar de la educación.

Después pasamos á la pileta donde uno de los maestros más jóvenes, pero más malos, iba á hacer una prueba que consistía en acotarse largo á largo en la tarima suspendida á tres metros del agua y dando media vuelta arrojarse al agua.

Bueno, Boots y yo, mientras los demás estaban oyendo la música, nos procuramos un serrucho y cortamos la tarima dejando solamente un pedazo sin serruchar y ¿qué resultó? Que cuando el maestro se acostó largo á largo para hacer la prueba, se partió por la mitad cayendo él junto con la tarima, al agua. Todo el mundo se reía á más no poder, pero el profesor se puso furioso. Por suerte ya vienen las vacaciones; así es que no tiene tiempo de entrar en averiguaciones de quién es el culpable.

Después de la fiesta nos fuimos al dormitorio; pero en vez de acostarnos, nos pusimos á asar chorizos en el pico de gas, comimos conserva de jamón con una horquilla.

Las vacaciones empiezan el viernes, saldremos por el primer tren y espero que llegaremos á tu casa para el almuerzo.



"ATLANTA"

MAGAZINE MENSUAL

Administración: 427 - MAIPÚ - 427

Unión Tel. 1755, Avenida - BUENOS AIRES - Coop. Tel. 4450, Central



ENERO



Toda la correspondencia deberá ser dirigida al Administrador del Magazine "ATLANTA", MAIPÚ 427, BUENOS AIRES

Condiciones de subscripción

CAPITAL FEDERAL É INTERIOR: por año	$	**6.00** m/n. c/l.
EXTERIOR: » »	£	**1-0-0-**

Los pedidos de subscripción. con excepción de la Capital Federal, deberán venir acompañados del importe correspondiente en BONOS POSTALES á nombre del Administrador, Señor **Luis J. Védére.**

NOTA. — La subscripción puede empezar desde cualquier mes.

A nuestros lectores

Las subscripciones del interior deben venir acompañadas del importe correspondiente ó sean **Seis pesos** m/n. c/l. en bonos postales y á nombre del Administrador.

Los números atrasados se venden en esta Administración á razón de $ 1.00 cada uno.

Las tapas que ofrecemos para coleccionar el Magazine son artísticamente trabajadas, siendo su tamaño para tres ejemplares del Atlanta.

Precio á cualquier pueblo de la República $ 2.00

„ para el exterior.................. $ 2.50

La Administración no se encarga de la encuadernación.

LA ADMINISTRACIÓN

Cariños para tía Teresa y para tí de
Tomasito."

Viernes.—Acabo de llegar de la estación con los muchachos. Terrible percance por el camino: Tomasito me catequizó para que lo dejara manejar; yo mismo tengo la culpa de todo. Dejó rienda suelta al caballo hasta que, al dar vuelta por un callejón, nos encontramos con el faetón de la señora de Pardo. Tomasito sujetó demasiado tarde las riendas; resultado: nuestro coche volcado, el caballo parado de cabeza, el lacayo idem. Yo caí sobre un matorral lleno de espinas, mientras que se halló á Tomasito sentado sobre la gorra de la señora de Pardo y á Alberto en el suelo con la cara llena de barro. Me desembaracé como pude de las espinas y corrí en socorro de la señora de Pardo. Esta se hallaba aún abrazada al cochero. Ambos vehículos, considerablemente destrozados. Montón de gente aglomerada alrededor; al fin conseguimos separar los coches y, con ataduras por aquí y por allá. ponerlos listos para continuar viaje.

Todos me miran furiosos. ¿Por qué á mí? Si yo hubiera manejado, nada de ésto hubiera sucedido. Pido disculpas á la señora, asegurándole que todo se arreglará por mi cuenta. La señora de Pardo parece pronta á desmayarse; tomo un almohadón del asiento y trato de hacerle aire; risas de los espectadores.

Un médico aparece oportunamente y después de tomar el pulso á la señora de Pardo, me informa en tono agresivo que casi he matado á la distinguida dama. ¿Por qué yo? Explico el asunto. El doctor firme en sus trece. ¡Qué obstinación! Por último ofrezco á la señora de Pardo conducirla hasta su casa en mi coche, que es el menos perjudicado de los dos; la señora rehusa diciendo que se guardará de confiarse á un cochero como yo.

Abatido, regreso á casa. Rechazo indignado el ofrecimiento de Tomasito de seguir manejando.

Al fin estamos en casa, y después de componer los trajes de los muchachos á expensas mías (como siempre), empiezan á jugar con mi mujercita, que es tan chica como ellos. No me gustan estos juegos. Tomasito exclama:

—¡Qué bobada, tío Luis!

Qué respeto, ¿no? Y Albertito agrega:

—Y al fin y al cabo qué importa si á tía Teresa le gusta?

Siento decirlo, pero Teresa está de par-



EXIJAN LA CAJA TRIANGULAR

Bargiela, Posadas & Cía.
ALSINA 970

te de los chicos, así es que me retiro al escritorio á fumar. ¡Cómo consuela un cigarro! Supongo que poco á poco me fuí quedando dormido. Estaba soñando con el jardín y en que mis cochinchinas favoritas se habían sacado los primeros premios cuando me despertó de improviso una algarabía en la escalera.

Corrí al hall y me encontré con Tomasito, yaciendo rígido al pie de la escalera y á Albertito y Teresa inclinados ansiosamente sobre el cuerpo inanimado. Corrí al comedor, tomé una botella de aguardiente regresando con ella en el momento en que el paciente se incorporaba.

—¿Qué ha sucedido?—exclama.

Vuelvo á llevar la botella de aguardiente y tratando de parecer severo, pregunto:

—¿Qué estabas haciendo?

—Estábamos jugando á la montaña rusa, dejándonos deslizar escaleras abajo, sentados en una bandeja cuando ésta tropezó en un clavo de la alfombra y yo salté fuera de ella para caer de cabeza al pie de la escalera. ¿Qué gracioso, eh?

Prohibo terminantemente las montañas rusas y sintiendo apetito pregunto cuándo estará pronto el lunch. Teresa me mira sorprendida.

—Pero, Luis, ¿no sabes que son cerca de las cinco y que hemos tomado el lunch ya? Lo mandé á Albertito á que te avisara y volvió diciendo que estabas durmiendo.

—Y así era—replicó Albetito. —Y estaba gruñendo como un chancho.

El sirviente se retira conteniendo á duras penas la risa. Me siento un poco irritado y protesto enérgicamente sobre lo de "Gruñendo como un chancho". Jamás ronco. Me retiro de nuevo al escritorio, donde no he permanecido cinco minutos, cuando entra Tomasito completamente repuesto de la caída.

—Tío Luis, Albertito se ha apoderado de tu escopeta y dice que te va á sorprender trayéndote un conejo ó una liebre.

No ha acabado de hablar cuando oímos una detonación.

Volé al jardín, mientras me dirigía al sitio de donde había salido la detonación; un mundo de posibles calamidades pasaron por mi mente. Al fin me encuentro con el culpable; éste se me aproxima escopeta al hombro y llevando en la mano un animal marrón. Me apresuro á examinar si es una liebre ó una perdiz... ¡Dios mío! Ha matado á la gallina cochinchina que obtuvo el primer premio el

año pasado y por la cual pagué un ojo de la cara!

Me dejo caer con desaliento sobre un banco; pero desgraciadamente caigo sobre una tachuela y el desaliento desaparece por encanto al incorporarme rápidamente.

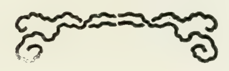
Furibundo me encaro con el chico:

—Alberto, me has dado un gran disgusto matando esa gallina tan valiosa...; pero aquí me interrumpe el chico.

—Pero tío Luis, la puedes comer. Oí que tía Teresa le decía á la cocinera que quería que asara una gallina para la comida y ésta le contestó que temía no poder conseguir porque están muy escasas; así es que quise ahorrale el trabajo, y ya ves el agradecimiento.

Es inútil discutir con los chicos, siempre tienen razón. Vuelvo al escritorio á fumar otro cigarro.

Gracias á Dios que estos chicos no viven en este pueblo.



Un reloj que no necesita cuerda



En la gran exposición de electricidad en Olimpia, Londres, ha sido exhibido un objeto que ha llamado la atención. Se trata de un reloj eléctrico que toma la fuerza motriz de la tierra y cuyo inventor es un relojero de Burton-on-Trent.

El reloj no necesita que se le dé cuerda y acumula por sí solo la energía eléctrica, sin el auxilio de batería que requiere renovaciones periódicas.

Se sabe de uno de estos relojes que ha marchado, sin interrupción y sin adelantar ni atrasar un minuto, durante diez años, y marchará todavía por los siglos de los síglos.

 Magazine Atlanta 

AÑO II ENERO 1912 No. 10.



El Negocio de Antigüedades

(Derecho de traducción exclusivo para "ATLANTA"; clichés originales traídos expresamente de Europa.)

Una buena mitad de la vida es letra muerta para el hombre que permanece soltero. Y hay quien dice que es la mejor mitad. Pero ésto depende de las circunstancias personales de cada cual.

Al iniciar su vida de casado Josiah Grigsby ocupaba una casa de doce habitaciones en Coveton-sobre-el Mar. A los treinta años de casado vivía en una buhardilla. Su vida matrimonial había tenido vicisitudes.

No debe suponerse, sin embargo, que "había venido á menos". Es cosa muy común, por supuesto, que un hombre progrese así al revés después de ingresar en el matrimonio; y esto se revela generalmente por el hecho de la disminución del alquiler pagado, que muy á menudo concluye por dar derecho á un cuarto, después de haber bastado para asegurar el uso de una casa. Pero la buhardilla en que Grigsby celebró su sexagésimo aniversario y otros varios después, se hallaba situada bajo el techo de la mismísima casa á que treinta años antes había conducido á su reciente esposa. Se había visto desalojado y relegado á aquellas habitaciones situadas inmediatamente debajo del tejado por la expansión de su negocio. En Coveton-sobre-el Mar, era cosa sabida de todos que Grigsby era hombre de dinero.

Lo cierto es que Grigsby ya no pagaba alquiler. Era su propio propietario. Sin embargo, á los treinta años de su casamiento vivía en una buhardilla, se hacía la comida, se ocupaba de los menesteres de su casa, vivía para sí y solitario. ¿Por qué? Sencillamente porque su vida matrimonial había sido una serie de fracasos. Tal vez fuese palabra más apropiada "tragedias" en vez de "fracasos".

En Coveton-sobre-el Mar, con su costa rocosa, la gente sabía lo que era un naufragio. Las tormentas de la vida de Grigsby habían sido como olas gigantescas que habían arrastrado consigo su felicidad, habían hecho de ella su juguete, y luego la habían separado á pedazos, como los trozos de un buque náufrago.

Del "Strand Magazine"

Y ningún hombre había soñado más que Josiah Grigsby con las dichas del hogar. Ese era el fondo de su carácter—recuérdese bien. El hogar, la esposa, los hijos, fueron en otrora sus dioses. Lo que anhelaba era la dicha común y tranquila. Nunca sintió grandes deseos de "vivir vida intensa".

Contemplemos un instante aquella mañana de Mayo de 1875, en que llegó en compañía de su esposa al jardín situado en el frente de su casa.

—Mira — le decía con su modo impulsivo y locuaz, porque era locuaz é impulsivo en aquella fecha — en cuanto mejore un poco mi situación construiré un negocio en el rincón de este jardín y tendremos toda la casa para nosotros y nuestro hogar.

Y esto lo pintaba. El negocio era el ensueño del porvenir únicamente porque con su ayuda conquistaría un hogar.

—Sí, Josiah — le contestó la joven con fervor. Lo habría abrazado allí mismo, sin más ni más, á no ser por las ventanas abiertas, y un mensajero que pasaba por la reja.

¡Y ese fué el punto de partida! El, de altura mediana, ni agraciado ni feo, pero con rostro inteligente y activo; de aspecto sencillo, pero de ningún modo falto de juicio: un joven comerciante en muebles en una ciudad de provincia, que estaba, según lo decía, destinada á prosperar. Y había prosperado. Entonces no era más que Coveton. Se la llama actualmente Coveton-sobre-el-Mar. Y Grigsby prosperó á la par de la ciudad. Inquilino en 1875, en 1908 era dueño de la casa desde hacía varios años. ¿Y la recién casada? Contempladla bien, porque ella es responsable de mucho.



Una esbelta y agraciada joven, de cuya cabeza pendía en soberbia negligencia un cabello ondulado y lujurioso

Una joven alta y bien proporcionada, su cabello abundante arreglado con soberbio descuido, en torno de su cabecita bien modelada y todo su ser excitado por la novedad de su nueva dignidad de "señora". Apasionada y amante, hela condensada en dos palabras. Sí, apasionada y amante hasta la exageración. Amaba á Grigsby, pero estuvo á punto de ser su ruina.

Podéis ver la casa de Grigsby actual-hablar así de ella, ahora que ha muerto y que el negocio es una pequeña mina de oro, y que Grigsby vive feliz y desahogado en su vejez.

No. Lucía Grigsby fué la causa de todo y es necesario comprenderla.

Podéis vel la casa de Grigsby actualmente, si vais á Coveton. Se halla en la calle Real, á buena distancia de la vereda, separada de ésta por un jardincito verde cubierto de césped, en el cual Grigsby sonó un día con construir su negocio. Si os detenéis en la vereda, os acercáis á la reja y miráis la casa, veréis dos palabras recientemente pintadas en grandes caracteres de estilo inglés antiguo sobre la pared amarilla, al nivel del primer piso, y que anuncian el negocio de antigüedades á que se dedica su dueño: *"Grigsby, antiques"*. Y á través de cada ventana pueden distinguirse antiguos platos azules, candeleros de bronce, trozos de alfarerilla ó vajilla. alguna mesa de baraja de otros siglos, una que otra espada ó alguna pieza tentadora de vidrio de modelo antiguo.

Si sois aficionado á los objetos antiguos que son también hermosos, no solamente porque son buenos y bien trabajados, sino porque son reliquias de épocas desaparecidas—en una palabra, si coleccionáis tantas antigüedades como vuestro bolsillo os lo permite, abrid la puerta, subid los escalones y entrad en la casa. Y aunque no lo hagáis, bastará que tengáis alguna imaginación y hayáis oído hablar de la historia de Grigsby para que al mirar la casa os parezca ver pasar duendes.

Porque esa casa está impregnada de la historia de Josiah Grigsby, desde el día de su casamiento.

Ese casamiento fué desgraciado. Eso ya lo sabéis, y cualquiera os lo dirá en Coveton. Algunos os dirán también que Lucía Grigsby era de belleza robusta y florida, alta y de buen porte, pero voluntariosa y apasionada. Amaba á Josiah tempestuosamente, y en los momentos de reacción le dejaba sentir los ángulos de un carácter arrebatado. Más tarde se dejó dominar por el gusto de beber y falleció prematuramente cuando sus dos hijitos, un varón y una mujer, eran todavía muy niños. De modo que el sueño de Josiah Grigsby, de un hogar con su negocio en el jardín del frente, terminó en día en que acompañó hasta el cementerio de Coveton el cadáver de su esposa. Regresó á su casa y reasumió su trabajo, viviendo para sus hijos.

Pero desearéis tal vez ver los cuartos en que ocurrió esto.

Ese que está al frente en el primer piso, era el dormitorio, y fué invadido por el negocio después que murió Lucía Grigsby; aquel del contrafrente fué de Tom, hasta el día en que arrastrado por un arrebato del carácter que heredara de su madre abandonó la casa y emigró al Canadá; y aquel otro situado al lado y en donde se encuentran ahora las mejores porcelanas fué el dormitorio de Maggie—hasta el día en que cayó en el oprobio—en opinión de su padre.

Y á medida que todo esto ocurría, uno tras otro los cuartos eran entregados al negocio, que aumentaba é iba subiendo desde el piso bajo por la escalera, desde los cuartos del frente hasta los del contrafrente. Y por fin, cuando Grigsby llegó á ser el único habitante de la casa, con nada que le interesase á la vida, excepto su negocio, ¿qué cosa era más natural sino que se retirase á la buhardilla? La única pasión de su vida era ahora coleccionar. Había llegado á ser muy hábil y entendido en antigüedades. A medida que pasaban los años, las iba comprando en mayor cantidad y en mejores condiciones, y á medida que pasaban los años le iban conociendo más los compradores de los condados del Este. En cuanto á los recuerdos — tal vez le obsediasen y tal vez no. ¿Los arrinconaba en el limbo de las cosas olvidadas? Nadie lo sabía. Era reservado en todo cuanto le atañía. Y á medida que pasaban los años, la casa parecía ensombrecerse y sentirse malhumorada bajo la acumulación de tanta mercadería.

Y así fué como llegó á vivir en una buhardilla. Y allí le hallamos en Noviembre de 1908, cuando llegamos á la última crisis de su vida accidentada.

Una tarde de Noviembre. La hora más muerta del día, y la estación más muerta del año en toda Inglaterra. Y, sin embargo, no deja Josiah Grigsby de tener una clientela en ese día. A pesar de que la calle Real está invadida por una niebla procedente del mar, una persona se acerca á la puerta de la casa, la abre y entra. Esta cliente, llegada en un instante tan inesperado, es una mujer vestida con elegancia, que lleva en su traje, su modo de andar, sus maneras, el sello de Londres ó de otra gran ciudad.

Se detuvo un momento, escuchando la campanilla cuyo sonido se iba apagando, y escudriñando los rincones obscuros. Parecía asombrada. La porcelana estaba apilada sobre la porcelana, las mesas puestas encima de las mesas, las sillas sobre las sillas; una cómoda de frente redondeado, soportaba dos cajones de encina, y sobre éstos se veían, no uno, sino cinco calentadores cuyos largos mangos se reunían en un rincón. Todo estaba cubierto con una espesa capa de polvo. Y era mucho más lo que estaba oculto que lo que se veía. Este desorden era mucho más sincero que el ordenado desorden que suelen simular los negocios en antigüedades. Era grotesco, caótico, desaseado. La cliente lo contempló, se sonrió al principio, pero luego frunció el gesto.

Se volvió al ruido de una persona que bajaba las escaleras. Josiah Grigsby se detuvo en la puerta, durante un segundo, y su aspecto desaseado hacía juego con el ambiente. Durante un instante cortísimo ella lo examinó y luego tomó en sus manos una antigua fuente oriental y dijo:

—¿Tal vez no tenga usted inconveniente en que eche un vistazo? Es posible que no compre, pero tal vez haya cosas de las cuales desearía saber el precio.

—No tengo inconveniente — dijo Grigsby, mientras avaluaba á su cliente, á la manera de un tratante en caballos que aprecia el valor de una posible adquisición.

El examen fué favorable. Llevaba un traje costoso y pieles de valor. Grigsby avaluó el total de una mirada, según era su costumbre. Podía esperarse sacar beneficio de las compras que hiciese. También observó otra cosa. Su cliente casual era alta y bien parecida. Había más todavía. Era distinguida en sus modales. Su cutis era muy blanco y luminoso, y su abundante cabello, del rico matiz rojo oscuro que tanto agrada á los artistas. Su traje de corte londinense daba realce á su belleza.

—No la conozco—pensó Grigsby.

Sus esperanzas iban creciendo. Tal vez hubiese visitado ella alguno de los grandes negocios de las inmediaciones y la hubiesen aconsejado que "viese en lo de Grigsby". Miró por la ventana y no vió que esperase ningún carruaje.

—Este plato convendría, si no estuviese remendado con tanta habilidad--dijo ella, después de examinar tres ó cuatro.

—Sí, señora; pero un plato de un servicio de postre que estuvo en uso en las Tullerías tiene valor, aunque esté compuesto.

Grigsby parecía evidentemente indiferente ante la idea de vender ó no vender. Conocía su negocio.

—Sea como fuere, nunca compro nada que no sea perfecto. Descarto de mi colección todo lo quebrado ó compuesto.

Habló con un tono decidido que hizo mella en Grigsby y dejó el plato donde lo había hallado.

Siguieron recorriendo el negocio y él comenzó á comprender á su cliente. Comenzaba á abrigar esperanzas por la suerte de un servicio de te "Crown Derby" que se hallaba encerrado en una vidriera en el piso alto, y que no había sido exhibido desde meses atrás.

—Tengo buena porcelana en algunas de las vidrieras. Tal vez encuentre usted algo que le guste.

—Temo mucho que esa sea la dificultad—dijo la cliente con una sonrisa.—Me es difícil ver nada. Está todo tan apiñado y hay tanto polvo.

Grigsby murmuró algo acerca de que "no tenía quien le ayudara" y trató de mover una mesa que impedía acercarse á una vidriera. Sus esfuerzos parecían destinados á ser inútiles, pues no había espacio donde trasladar la mesa.

—Veamos primero lo que pueda alcanzarse—dijo la cliente.

El anciano dejó traslucir su impacien-



"Bueno,—dijo el viejo traficante—usted puede llevárselo por veinticinco chelines."

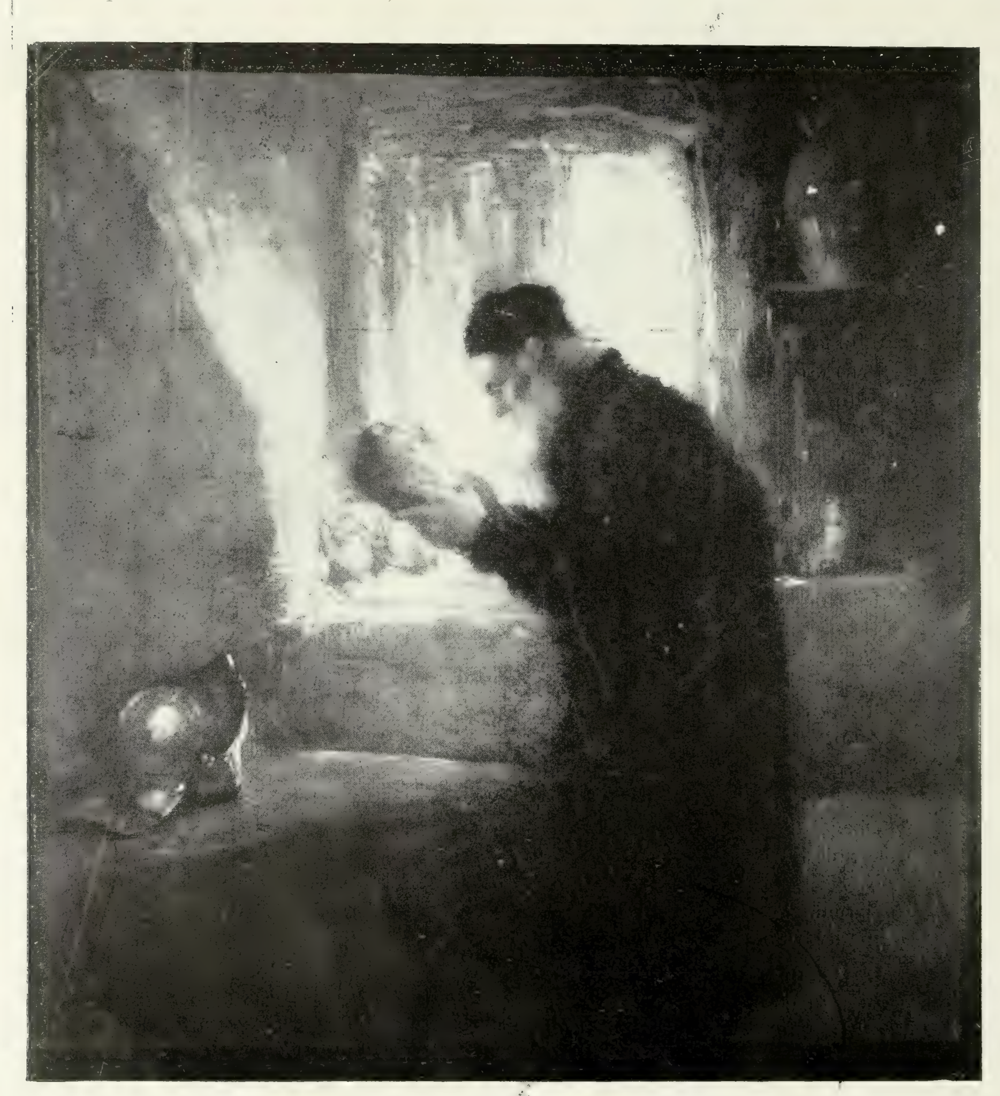
cia: "Voy á encender el gas",dijo. —

—No, no se dé el trabajo. Puedo ver muy bien. La luz del día atenuada es mejor que la del gas para examinar la porcelana.

—Sí—dijo él,—es muy cierto.

Pero algo le llamó la atención. No fué la opinión acerca de la luz, sino el apresuramiento con que habló su cliente. Después de todo, había elegido una hora del día en que sabía que la luz sería muy poca.

Josiah Grigsby era bastante perspicaz y observador para percibir ese exceso de apresuramiento y tratar de explicárselo. Durante un instante la examinó atentamente, volviendo á preguntarse quién podía ser, durante un instante recordó de un modo extraño á su esposa difunta, pero volvió á pisar terreno sólido en su base de apreciación de la riqueza de sus clientes—el valor aparente de su indumentaria.



Examinaba de nuevo uno de sus mejores negocios

—Por cierto — pensó — no es este el momento de pensar en Lucía. La actitud de hombros de esta mujer y el color de su cabello me la recuerdan, pero con otras muchas ocurriría lo mismo.

Volvió á pensar en su negocio. La luz le bastaba ampliamente para distin-

guir las cifras puestas en cada objeto y apreciar las que podían ser levemente aumentadas.

¡Acompañó á su visitante de habitación en habitación. De vez en cuando interponía él un hábil comentario. De vez en cuando se trataba una breve conversación.

Llegaron así al cuarto del piso alto, que contenía la mejor porcelana, el cuarto con mejor luz de toda la casa á esa hora. Hacía frente al Oeste, y cerca de la ventana se hallaba una pieza de porcelana de Nankin.

—Me gusta esto—dijo la cliente.

—Treinta chelines—dijo Grigsby. —Una pieza auténticamente antigua; Nankin verdadero. Salvada de un naufragio.

Pero ella sacudió la cabeza.

No era la primera vez que Grigsby sufría una decepción. Su cliente había rechazado numerosos objetos. Nada parecía ser bastante bueno. Los precios eran demasiado altos y las piezas imperfectas. La pausa durante la cual un negocio está á punto de cerrarse había terminado siempre en la misma forma.

—Pues, bien—dijo el anciano negociante, con un encogimiento de hombros;— puedo dejársela en veinticinco chelines. Las cosas no han andado bien en estos últimos tiempos. Apenas si he hecho una venta en la semana.

La verdad parecía trascender en su tono, y la cliente creyó reconocerla. Tuvo un gesto de sorpresa. Pero no abrigó dudas. Comprendía que la falta de método y el descuido traían sus resultados acostumbrados. El negocio concluía por no dejar beneficios.

Sin agregar palabra sacó de su bolsillo un soberano y medio, y tendió las monedas á Grigsby.

—No—dijo.—Vale treinta chelines. Me gustará llevármelo.

Luego miró hacia la pared.

—¿De modo que todavía tiene esas fuentes de Lowestoft?

—Sí; quince chelines cada una ¿Ya las había visto usted? No recuerdo...

—Las he visto muchas veces. Les he quitado el polvo. Y ahora lo necesitarían bastante.

—No comprendo—dijo Grigsby, lentamente.

—Antes estaban á dos chelines y seis peniques—dijo su extraña cliente.

Y su rostro se iluminó con una sonrisa. Sus miradas agudas y activas escudriñaban el rostro de su padre. Parecía ansiosa de leer sus pensamientos. Se volvió y se colocó frente á la luz.

Josah Grigsby se apoyó sobre su vidriera de porcelana Crown Derby y la miró:

—¡Margarita!—exclamó.

—Sí—dijo ella, tendiéndole una mano que temblaba.—Sí... ¡papá!

Tendió ella la mano, pero él no la tomó.

—Sí— dijo él por fin. — Sí, eres tú, Maggie. Pero no te reconocí. Me engañaste por completo. Al principio tuve como una idea... un parecido con tu madre. Pero lo hice á un lado.

Ella se sonreía... lastimosamente. Luego se puso á hablar con volubilidad, como con frenético apresuramiento de franquear esta crísis de su vida á fuerza de velocidad.

—¿No hice bien mi papel?—preguntó.—¿No hice bien de gran señora, de buena cliente? Me había venido preparando, ¿sabe? Quería ver cómo era usted ahora, sin que usted supiera. Venía diciéndome en el tren: "Tal vez le diga quién soy, y tal vez, no." Y luego, cuando usted rebajó esos cinco chelines no pude evitarlo. Tenía que decírselo. Temía que las cosas no anduviesen á su gusto. Quería ayudarlo, si usted me permitía. Para eso he venido.

Pero se detuvo, no por algo que se hubiese dicho, sino porque se dió cuenta de que seguía irritado contra ella—frío, duro é implacable.

—Nunca espero vender mucho en Noviembre—dijo su padre, con una sonrisa helada. — Esa pieza de Nankin es pesada y tosca. Necesitaba un poco de dinero al contado.

—No lo creo, papá—interrumpió ella con cierta zalamería inútil.

—Tengo mucho dinero en el Banco—dijo Grigsby.—Créelo ó no lo creas, he comprado esta casa desde que te fuiste.

Había pensado en emplear palabras más duras, pero estaba meditando mentalmente lo que convenía hacer, y por el momento no quería comprometerse.

—¡Oh! papá; ¡qué suerte!

Pero la voz de la joven revelaba temblor y ansiedad.

Con un gesto de la mano, Grigsby pareció hacer á un lado esa exclamación, como algo completamente fuera de lugar, y colocó las cosas desde su punto de vista.

—¿De modo que has vuelto? ¿Por qué?—preguntó.—¿No has tenido éxito? ¿Estás necesitada?

—¿Lo parezco?

Su traje, sus pieles, no solamente eran costosos y buenos, sino de moda y de excelente gusto.

—No. Deja que te mire.

Habla lenta y deliberadamente.

Ella parpadeó, pero sostuvo el examen con altivez, en toda la madurez de su belleza, consciente de haber cumplido con creces las promesas de su niñez y de que saldría triunfante de ese examen. No podía saber hasta qué punto se parecía á su madre; y, sin embargo, difería de ella. Era Lucía Grigsby refinada. Londres y París le habían enseñado á andar, á vestirse, á usar exactamente la cantidad de joyas que se asimilan al traje y á la persona. Y, sin embargo, en lo esencial, pensaba Grigsby, era Lucía, lo peor de Lucía. Y de repente todo el pasado resucitó y encegueció al hombre cuya vida había sido arruinada por Lucía Grigsby.

—¿Y en qué te ocupas? — preguntó brutalmente, seguro en su fortaleza de miras estrechas y en su armadora hecha con las rudas virtudes de una ciudad provincial inglesa; bien atrincherado, por lo que suponía que el pasado le había enseñado.

—Me gano la vida.

—¿Sí?

—No tengo por qué avergonzarme. Soy modelo. Soy la mejor modelo de los estudios de Londres ó de París.

—Lo mejor es muy poca cosa—dijo Grigsby friamente.

Lo dijo brutalmente. Pero lo dijo con la convicción de que hablaba rectamente. Las cosas se habían vuelto contra él toda su vida; su mujer, su hijo, su hija, todo. Pero nada le había herido tanto como la fuga insensata de su hija, desde las tristezas y vida solitaria que con él hacía en Coveton, hacía lo que llamaba el placer de vivir. Además se había llevado un billete de diez libras para llevar á cabo sus proyectos. Al año, ella le había escrito, pero él le contestó á la dirección que le indicaba diciéndole que nunca la perdonaría. Siete años habían transcurrido desde entonces y ahora, en aquel cuarto polvoriento y desaseado del piso alto, que antes fuera dormitorio de la joven, se sentía él en las mismas disposiciones.

Y todo volvía á su memoria. Ella era mala; lo había demostrado. Había ansiado lo que era alegre, loco y desordenado, y le había robado dinero para satisfacer su deseo de ver mundo. ¡Ver mundo! Sentía que la ira se apoderaba de él. Todo lo malo que había habido en su esposa volvía á resucitar en la hija. Lo veía bien claro.

Ella dió un paso atrás. La risa de su padre le endurecía el corazón. No tenía nada que reprocharse desde el día en que había huido del aburrimiento de Coveton. Pero él no parecía siquiera interesarse en saberlo. Parecía dar por supuesto que una modelo no podía ser honesta. Pues bien, ¡ella había vivido! ¡Había gozado del color, de la belleza y de la actividad de la vida! Pero ahora... se la condenaba sin oirla. Lo absurdo de este juicio estrecho y duro la anonadaba. Y el dinero que había venido á devolver podía quedarse en su bolsillo, y las palabras de arrepentimiento no serían pronunciadas. Se rió, amargamente.

—¿Qué pensabas que ganarías con venir?—preguntó Josiah Grigsby agriamente.

—Vine por mera curiosidad — dijo ella con tono lento, tranquilo y altivo, después de una pausa.—Quería ver cómo andaban las cosas en Coveton.

El se daba cuenta de que esto no era cierto. Pero perversamente lo aceptó como verdadero.

—¿Sigues robando dinero cuando alguna cosa te tienta?

Ella se asombró ante tanta dureza. Pero podía pagarle con la misma moneda.

—¿Siempre sigue echando las culpas á mamá cuando las cosas no andan bien? ¿Siempre sigue creyendo que la gente puede pasarse de los goces de la vida? Usted trató de privarme de cuanto hay bueno en la vida, de todo el placer de vivir. Le pedí el dinero y no quiso dármelo. Pero estaba decidida á irme. Y no siento haberme ido. Le vuelvo á traer el dinero. Tal vez haya regresado para algo más. ¿Pero para qué

hablar de eso ahora? ¿Cree usted que yo podría vivir con usted y ser feliz? Puedo hallar satisfacciones y se me paga bien por mi trabajo. Es un trabajo honrado aunque usted sea demasiado ignorante para saberlo, y es trabajo que vale la pena ser hecho. He tomado un día de descanso y vuelvo á mis tareas. Qué absurdo imaginar que podía salir de la corriente de la vida para sumirme de nuevo en las aguas estancadas de Coveton.



Como no recibiera respuesta, la joven comenzo á subir las escaleras

Con un gesto de la mano, Grigsby pareció hacer á un lado esa exclamación, como algo completamente fuera de lugar, y colocó las cosas desde su punto de vista.

—¿De modo que has vuelto? ¿Por qué?—preguntó—¿No has tenido éxito? ¿Estás necesitada?

—¿Lo parezco?

Su traje, sus pieles, no solamente eran costosos y buenos, sino de moda y de excelente gusto.

—[illegible] Deja que [illegible]

Hablaba lenta y deliberadamente.

Ella [illegible], pero sostuvo el examen con altivez, con toda la madurez de su belleza, [illegible] de haber cumplido con creces las promesas de su niñez y de [illegible] saldría triunfante de ese examen. No podía saber hasta qué punto se parecía á su madre; y, sin embargo, difería de ella. Era Lucía Grigsby refinada. Londres y París le habían enseñado á [illegible] á vestirse, á usar exactamente la cantidad de joyas que se asimilan al traje y á la persona. Sin embargo, en lo esencial, pensaba Grigsby, era Lucía, lo peor de Lucía. Y de repente todo el pasado resucitó y enceguecció al hombre cuya vida había sido arruinada por Lucía Grigsby.

—¿Y en qué te ocupas?—preguntó brutalmente, seguro en su fortaleza de miras estrechas y en su [illegible] hecha con las rudas virtudes de una ciudad provincial inglesa; bien atrincherado, por lo que suponía que el pasado le había enseñado.

—Me gano la vida.

—¿[illegible]?

—No tengo por qué avergonzarme. Soy modelo. Soy la mejor modelo de los estudios de Londres ó de París.

—Lo mejor es muy poca cosa—dijo Grigsby friamente.

Lo dijo brutalmente. Pero lo dijo con la convicción de que hablaba [illegible]te. Las cosas se habían vuelto contra él toda su vida: su mujer, su hijo, su hija, todo. Pero nada le había herido tanto como la fuga insensata de su hija, desde las tristezas y vida solitaria que con él hacía en Coveton, hacía lo que llamaba el placer de vivir. Además se había llevado un billete de diez libras para llevar á cabo sus proyectos. Al año, ella le había escrito, pero él le contestó á la dirección que le indicaba diciéndole que nunca la perdonaría. Siete años habían transcurrido desde entonces y ahora, en aquel cuarto polvoriento y desaseado del piso alto, que antes fuera dormitorio de la joven, se sentía él en las mismas disposiciones.

Y todo volvía á su memoria. Ella era mala; lo había demostrado. Había anhelado lo que era alegre, loco y desordenado, y le había robado dinero para satisfacer su deseo de ver mundo. ¡Ver mundo! Sentía que la ira se apoderaba de él. Todo lo malo que había habido en su esposa volvía á resucitar en la hija. Lo veía bien claro.

Ella dió un paso atrás. La ira de su padre le endurecía el corazón. No tenía nada que reprocharse desde el día en que había huído del aburrimiento de Coveton. Pero él no parecía siquiera [illegible] en saberlo. Parecía dar por supuesto que una modelo no podía ser honesta. Pues bien, ¡ella había vivido! ¡Había gozado del color, de la belleza y de la actividad de [illegible]! Pero ahora [illegible] la condenaba sin oírla. Lo abrumaba [illegible] de ese [illegible] estrecho y duro la [illegible]. [illegible] el dinero que había venido á devolver podía quedarse en su bolsillo y las palabras de arrepentimiento no serían pronunciadas. Se rió amargamente.

—¿Qué pensabas que ganarías con venir?—preguntó Josiah Grigsby agriamente.

—Vine por mera curiosidad — dijo ella con [illegible] tanto tranquila y altivo, después de una pausa—Quería ver cómo andaban las cosas en Coveton.

El se daba cuenta de que esto no era cierto. Pero perversamente lo aceptó como verdadero.

—¿Sigues robando dinero cuando alguna cosa te tienta?

[illegible] tanta dureza. Pero podía pagarle con la misma moneda.

—¿Siempre sigue echando las culpas á mamá cuando las cosas no andan bien? ¿Siempre sigue creyendo que la gente puede pasarse de los goces de la vida? Usted trató de privarme de cuanto hay bueno en la vida, de todo el placer de vivir. Le pedí el dinero y no quiso dármelo. Pero estaba decidida á irme. Y no siento haberme ido. Le vuelvo á traer el dinero. Tal vez haya regresado para algo más. ¿Pero para qué

hablar de eso ahora? ¿Cree usted que yo podría vivir con usted y ser feliz? Puedo hallar satisfacciones y se me paga bien por mi trabajo. Es un trabajo honrado aunque usted sea demasiado ignorante para saberlo, y es trabajo que vale la pena ser hecho. He tomado un día de descanso y vuelvo á mis tareas. Qué absurdo imaginar que podía salir de la corriente de la vida para sumirme de nuevo en las aguas estancadas de Coveton.



Como no recibiera respuesta, la joven comenzó á subir las escaleras

Josiah la contempló, pero siguió juzgándola según los impulsos de sus amargos recuerdos y de sus ideas estrechas.

—Las lindas palabras—dijo—no cambian las cosas.

A pesar de todo hizo ella una última tentativa. Sacó de su cartera un billete de diez libras y lo puso sobre la polvorienta vidriera.

—Vamos — dijo, tratando de olvidar su cruel y terca condenación.—¿Ya ve usted que no soy lo que usted cree. No soy mala; usted debería darse cuenta de ello. ¿Por qué no quiere que lo ayude? Usted está solo. Todas estas cosas deben ser limpiadas, arregladas y señaladas. Usted está viviendo solo entre todos estos tesoros muertos é inanimados. Necesita un poco más de vida, de felicidad, de comodidad. Deje que vuelva á su lado.

El no contestó inmediatamente y durante un instante reinó silencio en aquella casa solitaria.

—No derroches tu piedad en mí—dijo él por fin. — Elegiste tu senda hace siete años. Ve por esa puerta, baja esas escaleras y síguela. No puedo perdonarte.

Ella se irguió y abrochó su estola de pieles. Luego, con un movimiento de hombros, pero sin agregar palabra, se volvió y se fué. Estaba á punto de llorar.

Y Grigsby quedó solo de pie junto á la ventana, al lado de la vidriera polvorienta en que guardaba la porcelana Crown Derby. Escuchó como se cerraba la puerta exterior y dió rienda suelta á sus pensamientos. Era un anciano agriado, encorvado y desaliñado, encerrado en sus fórmulas absurdas de lo correcto y contentándose con la noción enjuta y árida de que se desquitaba en cierto modo de lo que le habían hecho sufrir en el pasado.

Y gradualmente la obscuridad fué llenando el cuarto, y la forma junto á la ventana pareció ir haciendo parte de los muebles que se acumulaban contra las paredes. Había olvidado que cuanto había de bueno en su difunta esposa, su corazón ardiente y amante, podía vivir aun en su hija, del mismo modo que lo que en ella había habido de desatinado y malo.

Mientras tanto, Margarita Grigsby tomaba boleto de vuelta para Londres. Era evidente que había venido con esperanzas y con boleto de ida solamente.

Y la cosa habría podido quedar terminada, á no haber sido por un milagro.

Desde aquella tarde de Noviembre. Grigsby siguió como si nada hubiese ocurrido.

Asistía á las ventas y remates, acudía á casa de los clientes que vivían en puntos alejados y atendía á los clientes ocasionales que se presentaban. La moda de las antigüedades se iba generalizando de más en más y, como otros muchos, Grigsby encontraba poca dificultad en vivir.

Pero vivía con tan poco, sin embargo, que iba atesorando para la vejez sin el menor esfuerzo. Por cada libra que recibía iban á parar diez chelines á sus ahorros. Estaba en buen camino de volverse avariento. Una de las ocupaciones favoritas á que se dedicó desde el día de su extraña entrevista con su hija fué calcular cuánto tiempo necesitaría para ahorrar mil libras esterlinas. Esto acabó por transformarse en una obsesión. Comenzó á hacer uso de la publicidad y en las semanas que precedieron la Navidad, su negocio fué excelente. Su cerebro concebía planes con el objeto de realizar cuanto antes su objeto. No perdía oportunidad de comprar buenos artículos. Sabía que cuanto mejores fuesen tanto mayores beneficios dejarían. Pero algo le preocupaba sobre todo. ¿Viviría lo bastante para llegar á la cifra? Pues la cosa presentaba un peligro. La rígida economía que se imponía iba minando su salud. La reducción de sus alimentos durante ese invierno podía muy bien acortarle la vida, y esto disminuía sus probabilidades de alcanzar á ahorrar las mil libras esterlinas.

Había días en que estaba ausente desde la mañana á la noche, ocupado en sus compras y entonces dejaba la puerta cerrada y un letrero atado del llamador de la misma. Ese letrero estaba siempre á la vista en sus ausencias.

"Regresaré á las 6". "Regresaré mañana por la mañana".

Cuando no se veía el cartel, era porque él se hallaba en algún rincón de la casa, ya en su buhardilla consultando libros sobre las marcas de la porcelana, ya cocinando su mezquina comida, ó ya en cualquiera de los cuartos atestados

de objetos, examinando sus últimas compras ó atendiendo á los clientes.

Esa fué su vida en los meses que siguieron á la visita de su hija, y fué suerte que no sufriese ningún percance. El invierno fué á veces cruel, y el frío no lo enfermó; gastaba menos y menos en alimentarse y su cuerpo mal alimentado seguía resistiendo al trabajo. Permanecía solo durante horas y horas y nadie lo habría extrañado si le hubiese ocurrido algún accidente. Pero no sufrió ninguna desgracia, y á medida que pasaban las semanas y los meses su cuenta en el banco iba creciendo y esa vida suya se proseguía, justificada—según parecía—por el éxito probable.

Pasó el invierno. La primavera cedió el sitio al verano y el verano al otoño. Comenzó otro invierno. La estación en Coveton había sido provechosa para Grigsby. Gracias á ello, á sus anuncios y á su economía cada vez más estricta en sus gastos personales, su cuenta en el banco alcanzó á cerca de trescientas libras y sus habitaciones estaban más atestadas que nunca. Pero el cuerpo de Grigsby era poco más que huesos y piel.

Era por la noche del último día de Noviembre de 1909. El crepúsculo se había transformado en obscuridad.

Sin duda alguna en muchas casas de Coveton se veían agradables escenas de vida familiar, hogares alegres, sillas cómodas en torno del fuego animado. Pero en la casa de Grigsby en la calle Real todo estaba sumido en la oscuridad. Y además de la oscuridad reinaban el frío y el silencio. Y sin embargo la casa no estaba vacía y la puerta exterior no estaba cerrada con llave ni con pasador. Con solo hacer girar el botón, cualquiera que quisiese podía entrar.

Y alguien entró por fin.

La campanilla sonó durante un rato y se calló y el silencio fué más profundo que antes.

—¡ Señor Grigsby!

Volvió á parecer de nuevo que el silencio aumentaba.

La joven que había entrado encendió un fósforo y con ella la vela que traía. La luz dejaba ver su rostro pálido, su cabello negro y su ropa mal cortada. Era una empleada de la casa de paños de enfrente.

—¡ Señor Grigsby!

Se notaba evidente ansiedad en su voz. Esta llegó al piso alto. Llegó hasta los oídos de Josiah Grigsby, pero éste no contestó—no habría podido contestar. En ese mismo día, más temprano, su vida había llegado á un punto crítico.

Como no recibiese contestación, la joven comenzó á subir las escaleras.

—¡ Señor Grigsby!—llamaba al llegar á cada descanso.

Miraba en todos los cuartos. Formas fantásticas se movían en los rincones con el movimiento de la luz. Pero no se veía huellas del dueño de todos esos objetos apilados unos sobre otros y que á la luz de la vela tenían aspecto tan extraño.

—¡ Señor Grigsby!

Por fin lo encontró al pie de la escalera que conducía á la buhardilla.

El la miró. Era todo cuanto podía hacer. Tenía el cerebro despejado. Se preguntaba quien había venido en su ayuda en esa extremidad. Pero no podía hablar. Se hallaba en uno de los pisos bajos cuando sintió el amago de un ataque de parálisis. Se había apresurado á dirigirse hacia su buhardilla, pero no había tenido tiempo y había caído al pie de la escalera y allí yacía ahora tendido de costado.

Ella dió un paso atrás, sobresaltada.

Hacía meses que temía que algo semejante ocurriese. Desde el negocio situado en la casa de enfrente había vigilado diariamente la casa.

Aquel día había visto que varias personas abrían la puerta, entraban y volvían á salir, siendo evidente que no habían sido atendidas. No se veía ningún cartel en el llamador. Ahora comprendía. Grigsby había estado tendido allí todo ese tiempo.

Vió inmediatamente que él no podía hablar pero que la veía y la comprendía.

Pasado su primer momento de horror, sus ideas se aclararon. Se dió cuenta de lo ocurrido y de que la crisis no había sido tan mala como habría podido serlo.

—¡ Cuánto me alegro haberlo vigilado, papá!—dijo ella. Hace tiempo que resido en Coveton en el negocio de enfrente. Es un disfraz, pero bueno. Si no hubiese vigilado se habría pasado toda la noche acá; podía... si podía haberse muerto acá, en la oscuridad, abandonado.

Se arrodilló junto á él. Ella siempre lo había querido. De un modo vago tenía conciencia de que ella y su madre tenían contraída una deuda que estaba en su poder pagar. Pero era casi un milagro que su cariño hubiese sobrevivido á la crueldad con que la había tratado su padre y que ahora se hallase allí. Uno de esos extraños milagros que demuestran los tesoros del corazón humano.

—No podía dejarlo solo en Coveton —dijo ella—Vine á ayudarlo por segunda vez. Desde el verano lo vengo vigilando.

Los ojos de Grigsby se llenaron de lágrimas. El cariño de su hija había vencido y ella se dió cuenta de ello. El había quedado tendido allí, sólo, tanto tiempo... pensando!

Ella se inclinó hacia él y lo besó.

Y es así como ha venido á cambiar la casa de Grigsby. La puerta está pintada de lindo color claro, el llamador de bronce brilla. Adentro, todos los objetos están en orden y limpios de polvo y todo tiene precio y número. El antiguo letrero "Josiah Crigsby, comerciante en muebles" se ha transformado en "Crigsby, Antiques" y las sombras del pasado están enterradas. Pero podéis entrar y daros cuenta de que las hubo en otro tiempo.



Famosas afinidades históricas

JORGE IV y Mrs. FITZHERBERT

En la última década del siglo XVIII, Inglaterra era tal vez la nación más brillante del mundo. Otros países habían sido humillados por los espléndidos ejércitos de Francia y estaban destinados á ser más humillados todavía por el emperador venido de Córcega. Francia había comenzado á asumir el cetro del poder; pero este cuadro tenía su reverso—terrible escasez, lamentable pobreza y los horrores de la Revolución. Rusia era demasiado remota y se la consideraba todavía como demasiado bárbara para que allí floreciese una corte brillante. Prusia gozaba del prestigio que debía á Federico el Grande, pero era todavía un estado comparativamente pequeño. Italia estaba en la condición de un caso político; las riberas del Rhin estaban ensangrentadas en todos los puntos en que los austriacos hacían frente á los bizarros franceses al mando de Moreau. Pero Inglaterra, á pesar de la pérdida de sus colonias americanas, era rica y próspera y sus flotas invencibles extendían su imperio por los siete mares.

En ninguna época de la moderna Inglaterra había ostentado la corte de Londres tanto esplendor regio y tan refinadas costumbres. Los emigrados realistas que huían de Francia traían nombres y estirpes anteriores á las Cruzadas, y muchos de ellos fueron acogidos con la hospitalidad más franca y liberal por los ingleses. Aunque uno que otro marqués ó barón de antiguo abolengo se viesen obligados por las circunstancias á enseñar música á las hijas de los comerciantes en las escuelas suburbanas, no dejaban por eso de hallarse mejor que en Francia, donde se habrían visto expuestos á las persecuciones de los proveedores de la guillotina. Más tarde, en la época de la Restauración, cuando regresaron á su país, habían tal vez aprendido más de una lección de los "bouledogues" de la Alegre Inglaterra, quienes acaso carecían de tacto, pero que eran por lo menos bondadosos y dispuestos á compartir lo que poseían con los forasteros, víctimas de la miseria y de la persecución.

La corte, como se dijo, era brillante y contenía muchas notabilidades del Continente y todo lo que significaba riqueza y la nobleza de Inglaterra. Sólo la ensombrecía una nube: era la condición mental del rey. Nos hemos acostumbrado á considerar á Jorge III como un ser estólido, casi siempre pronto á caer en la insanía, que acabó por obscurecer por completo su cerebro; pero el retrato de Thackeray es absurdamente contrario á los hechos. Jorge III no era de ningún modo una inteligencia obtusa ni presentaba tampoco el tipo de un hidalgüelo cualquiera, sin más entretenimiento que vagar por los jardines del palacio en compañía de una esposa desprovista de encantos.

Era señaladamente obstinado, y dispuesto á luchar contra los dueños del continente y contra la terquedad de sus

Del "Munsey's Magazine"

hijos; pero era un hombre de cerebro y de carácter, y Lord Rosebery lo ha definido muy bien al decir que era "la figura constitucional más notable de su tiempo". Si hubiese conservado la razón y si su hijo egoísta y malvado no le hubiese sucedido durante su vida, es probable que Inglaterra habría adoptado otra política que la que asumió después de la caída de Napoleón.

El primer caballero de Europa

El centro de la sociedad inglesa no era, sin embargo, Jorge III, sino más bien su hijo, que más tarde fué Jorge IV, que recibió el título de príncipe de Gales á los tres días de nacer y que llegó á ser príncipe regente durante la demencia del rey. Era la cabeza



"Jorge IV, rey de Inglaterra, famoso por su inmerecido título de "primer caballero de Europa"

del mundo social, el digno compañero del "Beau" Brummel y de un grupo excogido de calaveras, cazadores de zorros y grandes bebedores. Algunos le llamaban "el primer caballero de Europa". Otros que le conocían bien decían que nunca había cumplido la palabra dada á hombre ó mujer alguna y que carecía de las virtudes más elementales.

Sin embrago, tuvo la suerte, en los primeros años de su regencia, de gozar de una popularidad que muy pocos reyes ingleses disfrutaron antes que él. Para su pueblo personificaba á la antigua Inglaterra frente á la Francia revolucionaria; y muchos le querían por su juventud y alegría. Era bebedor y jugador; era dueño de muchos perros de caza y caballos de carreras; contrajo muchas deudas para poder dedicarse á los placeres y deportes de aquella época tumultuosa. Era amigo de aventuras de toda índole, frecuentador de los sitios en que se boxeaba y se hacía reñir



Maria Anne Smythe, Mrs. Fitzherbert, quien se casó con Jorge IV mediante una ceremonia sin carácter legal

gallos, y no existía tal vez un rincón de dudosa moralidad en Londres en que no fuese familiar su rostro.

Era muy dado á la galantería — no tanto, según parece, porque fuese mujeriego, sino porque le gustaba la alegría y la exterioridad caballeresca. Durante cierto tiempo, con sus amigos preferidos Fox y Sheridan, se aventuró en intrigas que recordaban los amoríos de su predecesor Carlos II. No poseía de ningún modo el arte de decir, la gracia, ni el valor de Carlos; y á la verdad, la casa de Hanovre careció de esa caballerosidad exterior que tanto brillo y encantos prestaba á los Estuardo. Pero era bien parecido y alto y cuando tenía junto á sí á media docena de compañeros robustos, era capaz de asumir actitud muy viril. Tal era Jorge IV durante su regencia y su juventud.

Hizo que esa época fuese famosa por sus partidas de cartas, su afición á la bebida, y la conducta disoluta de los cortesanos y los nobles, no menos que por la bizarría de sus soldados y sus importantes victorias por tierra y por mar. Sin embargo, llegó á ser notorio que todas sus hazañas consistían en aventuras, que su talento era locura y su "sensibilidad" mera simulación. Inventó nuevos broches, chalecos á rayas, y corbatas multicolores, pero no sabía nada de la ciencia de reinar ni de los principios en que se funda el gobierno de los Estados.

El hecho de que tuviese aventuras mujeriles halagó al principio el gusto popular por lo novelesco. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes que esos episodios fuesen arrastrados en el fangal del escándalo vulgar.

Uno de ellos comenzó por el envío de una carta firmada "Florisel", que el joven hizo llegar á manos de una artista llamada "Perdita" Robinson. Mistress Robinson, cuyo nombre de soltera era Mary Dardy y que fué el original de los famosos retratos de Gainsborough y Reynolds, era una mujer dotada de hermosura, talento y temperamento. Jorge, que deseaba mostrarse romántico en todo, insistió en obtener citas clandestinas en Kew, sobre el Támesis, con toda la "mise en scene" de las novelas populares—capas, velos, rostros ocultos y guardias armados para dar aviso en caso de peligro. La pobre Perdita tomó todo esto tan á lo serio que abandonó su vocación natural por el escenario y también á su esposo, confiada en que el príncipe no se cansaría nunca de ella.

Pero éste no tardó en cansarse, y, con la brutalidad de los hombres de ese tipo, la abandonó á su vez, con la promesa de un poco de dinero; después de lo cual hizo que no la veía cuando se encontraba con ella en el Park y no volvió á hablarle. En cuanto al dinero, tal vez fuese su intención darlo, pero Perdita tuvo mucho que luchar para obtenerlo. Puede suponerse que el príncipe tuvo que pedirlo prestado y que esa obligación formó parte de las deudas que más tarde pagó por él el Parlamento.

No es necesario recordar el número de las demás mujeres que trastornó. Son demasiadas para que las recordemos acá y no presentan interés especial, excepto una que, según opinión general, llegó á ser su esposa, tanto como podía la iglesia darle el título de tal. Un acta de 1772 declaraba ilegales los matrimonios de cualquier miembro de la familia real inglesa contraídos sin permiso del rey. Semejante matrimonio podía ser legal desde el punto de vista de la iglesia, pero los hijos que de él nacieran no podían heredar ninguna pretensión al trono.

Debe observarse aquí que esta obligación de obtener permiso se hizo efectiva en la práctica. Así fué como Guillermo IV, que sucedió á Jorge IV se casó antes de subir al trono con mistress Jordán (Dorothy Bland). Más tarde contrajo matrimonio legal con una mujer de sangre regia, conocida con el nombre de Reina Adelaida.

Con este motivo recordemos la circunstancia interesante que hizo que la Reina Victoria naciese, por verse obligado su padre, el duque de Kent, á renunciar prácticamente á una unión morganática que prefería á un matrimonio que había dispuesto el Parlamento. Con excepción del duque de Cambridge, el duque de Kent era el único duque de la familia real que podía llegar á engendrar vástagos de la rama regular. La única hija de Jorge IV había fallecido en la infancia. El duque de Cumberland era, por muchas razones, de descartar; el duque de Clarence, que más tarde fué el rey Guillermo IV, era casi demasiado

viejo; y por lo tanto para asegurar herederos al trono se pidió al duque de Kent que se casase con una joven y atrayente princesa de la casa de Sajonia Coburgo. Hacen mucho honor al duque los sentimientos que manifestó en esa ocasión. Según lo dijo muy bien:

"Esta señora francesa me acompañó en los malos como en los buenos tiempos, ¿por qué la abandonaría? Ha sido para mí más que una esposa. ¿Y qué me importan los planes del parlamento? Vayan en busca de uno de los Estuardos, son hombres mejores que todos los últimos reyes que han tenido."

Por fin, se cansó de luchar y consintió en casarse, pero insistió en que se señalase una suma liberal á la mujer que durante tantos años había sido su compañera y á la cual seguramente dedicó muchos recuerdos y añoranzas en su nueva pero poco familiar morada de Kensington Palace, que le dieron por residencia.

También el segundo duque de Cambridge, que falleció hace siete años, deseó mucho casarse con una persona que no era de estirpe real, aunque sí de buena cuna y de buena educación. Suplicó á su prima, en su carácter de jefe de la familia, que lo autorizase para ello, pero la reina Victoria se negó obstinadamente á otorgarlo. El duque se casó de conformidad con los ritos de la iglesia, pero no pudo hacer que su esposa fuese duquesa. La reina nunca le perdonó esa desobediencia á sus deseos, aunque la esposa del duque, que era llamada generalmente mistress Fitz George—fuese recibida casi en todas partes, y dos de sus hijos alcanzasen altos grados en el ejército y en la marina, respectivamente.

Los verdaderos amores de Jorge IV

El único amor verdadero de la vida de Jorge IV es el que dió lugar á su casamiento con una mujer que habría merecido ser la esposa de cualquier rey. Se trata de María Anne Smythe, más conocida con el nombre de mistress Fitz Herbert, quien tenía seis años más que el joven príncipe el día en que lo vió por primera vez en compañía de un grupo de caballeros y damas en 1784. El quedó inmediatamente enamorado de sus encantos.

María Fitz Herbert tenía un rostro que siempre se mostraba en la forma más favorable. Sus miradas eran particularmente lánguidas, y, como ya era dos veces viuda y tenía seis años más que él, tenía ventajas sobre un amante de menos experiencia. Era católica, y por un acta del Parlamento esto habría bastado para que fuese ilegal un casamiento con el príncipe. Pero, precisamente á causa de todas estas dificultades, el príncipe se sentía más atraído hacia ella y se manifestaba hasta dispuesto á abandonar el trono para conquistarla.

Su padre, el rey, lo llamó á su presencia y le dijo:

—Jorge, es tiempo que se establezca, con el objeto de asegurar la sucesión del trono.

—Sire—contestó el príncipe.— Prefiero renunciar á la sucesión y que ésta vaya á manos de mi hermano y vivir como cualquier caballero privado de Inglaterra.

Mistress Fitz Herbert no era mujer de consentir fácilmente á una unión morganática. Además, pronto llegó á amar lo bastante á Jorge, para no querer comprometerlo en una alianza dudosa con una persona de diferente religión. Poco después de conocerla, Jorge, que era muy dado á las simulaciones, envió mensajeros á caballo que llegaron con mucha agitación y premura á casa de la joven, para anunciarle que se había herido de una puñalada y quería verla inmediatamente, amenazando con renovar su tentativa si no venía. La joven cedió y se apresuró á llegar á Carlton House, residencia del príncipe; pero tuvo bastante prudencia para hacerse acompañar por la duquesa de Devonshire, que era una de las reinas de la belleza de la corte.

Lo que ocurrió en seguida fué más cómico que impresionante. Encontró al príncipe en su dormitorio, tendido, pálido y con manchas de sangre en los encajes del traje. Desempeñó el papel de joven enamorado, jurando que se casaría con la mujer que amaba ó se mataría. En presencia de sus mensajeros, quienes, así como la duquesa, hicieron de testigos, le dió formal palabra de casamiento, mientras Lady Devonshire sellaba el contrato con su anillo de casamiento. El príncipe reconocía, además, el hecho por escrito.

Mistress Fitz Herbert era, en reali-

dad, una mujer dotada de buen sentido. Poco después de esta escena melodramática, recobró su sangre fría y se dió cuenta de que no había asistido más que á un sainete sin significado. Devolvió por lo tanto al príncipe su anillo y el documento, y se dirigió al Continente, donde él no pudo dar con ella, aunque sus agentes secretos siguieron sus huellas durante un año.

Pero por fin ella cedió, y regresó á su país para casarse con el príncipe en la única forma que les era posible—casamiento de amor, y seguramente moral, aunque no legal desde el punto de vista de la ley parlamentaria. La ceremonia se efectuó "en el salón de la casa de la novia en Londres, en presencia de un sacerdote protestante y de dos parientes cercanos".

Esta es la formal declaración de Lord Stourton, que era primo y confidente de libras esterlinas, lo que causaba mucho disgusto al Parlamento, y también á la parte más razonable de Inglaterra.

Evidentemente, su casamiento con Mrs. Fitz Herbert no tenía carácter legal alguno; ni hay razones para creer que ella llegase á ser madre. No había tenido hijos de sus dos esposos anteriores y Lord Stourton afirmó positivamente que nunca tuvo hijos ni hijas de mistress Fitz Herbert. Esta afirmación nunca fué desmentida, y mistress Fitz Herbert fué tratada siempre con respeto y considerada como una persona de sas ocasiones el príncipe hizo que los amigos con que contaba en el Parlamento negasen el casamiento, con el objeto gran distinción. Sin embargo, en diverde que fuesen pagadas sus deudas y se votasen nuevos créditos en su favor.



El Pabellón de Brighton construído por orden de Jorge IV y en el cual vivió varios años en compañía de Mrs. Fitzherbert

La Corte del Príncipe en Brighton

Jorge se consideraba seguramente como casado. A semejanza de los demás príncipes en esa situación se ocupó de la construcción de un palacio en una residencia de campo. Mientras buscaba un sitio adecuado, conoció por casualidad

la "hermosa aldea de pescadores" de Brighton, en una visita á su tío el duque de Cumberland. No cabe duda de que el sitio le pareció atrayente, aunque tal vez no fuese tanto por la proximidad del mar como por el hecho de que Mrs. Fitz Herbert ya había vivido allí anteriormente.

Sea como fuere, en 1784, el príncipe envió á su principal cocinero para que adoptase disposiciones en vista de la próxima visita real. El cocinero alquiló una casa en el sitio en que existe actualmente el pabellón, y desde ese momento, Brighton comenzó á ser una residencia muy de moda. Los médicos de la corte, aconsejando lo que sabían que agradaba recomendaban á su cliente regio los baños de Brighton. En poco tiempo el sitio se hizo popular.

Al principio los habitantes vivían hacinados en las pocas casas que disponían de alojamiento y las comodidades eran extremadamente primitivas. Pero no tardaron en construirse hermosas villas por todas partes; surgieron los hoteles; se abrieron sitios de recreo. El príncipe, por su parte, ordenó la construcción de un edificio de mal gusto, pero vistoso, de estilo semi-chino y semi-indio, en el paseo del Steyne.

Mientras vivía en Brighton con mistress Fitz Jorge, el príncipe constituyó virtualmente una corte. Centenares de personas de la aristocracia, venidas de Londres, iban á residir allí temporariamente; mientras que millares que de ningún modo pertenecían á la corte, transformaban á la localidad en lo que hoy se llama popularmente una "Londres del mar". Allí se veía al duque de Chartres, de Francia; á hombres de estado libertinos como Fox, Sheridan y el conde de Barrymore; á una muy hermosa mujer, llamada Mrs. Couch, cantatriz favorita de la ópera, á la cual dió el príncipe en cierta ocasión joyas que valían diez mil libras esterlinas; y á una hermana del conde de Berrymore, que era tan notoria como su hermano. Esta asumía frecuentemente la presidencia en un club organizado por los amigos de Jorge y que había designado con el nombre del Club del Fuego del Infierno (Hell Fire Club).

Estas personas no eran las únicas que visitaban á Brighton. Hombres de conducta mucho más formal iban á ver al príncipe y le rodeaban de una sociedad más tranquila. Sin embargo, durante mucho tiempo, el sitio se caracterizó por sus escenas de orgía, en las cuales participó frecuentemente Jorge, aunque la vida en su hogar del Pabellón con Mrs. Fitz Herbert era perfectamente decorosa.

Nadie parecía poner en duda el casamiento de esas dos personas que tanto se asemejaban á un príncipe y una princesa. Algunos de los lugareños designaban á Mrs. Fitz Herbert con el nombre de la señora Príncipe. Sin embargo, el anciano rey y su esposa deploraban mucho las relaciones de su hijo con ella. Esto se debía en parte al hecho de que Mrs. Fitz Herbert era católica y había recibido á varias monjas francesas, que habían sido arrancadas de Francia durante la Revolución. Pero no les disgustaba menos la afición del príncipe á las carreras y á los dados que hizo crecer sus deudas hasta cerca de un millón de libras esterlinas, lo que causaba mucho disgusto al Parlamento, y también á la parte más radonable de Inglaterra.

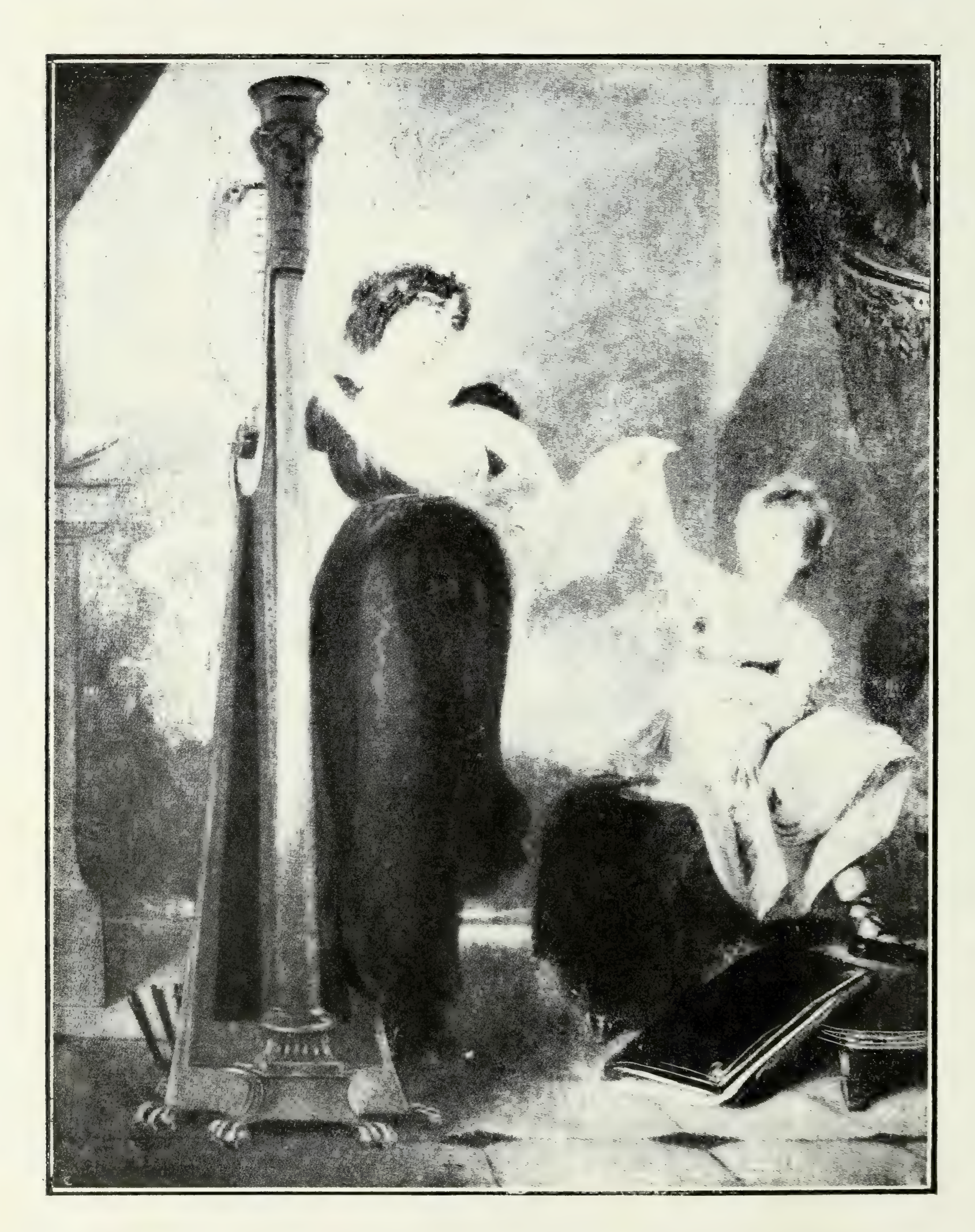
Evidentemnte, su casamiento con Mrs. Fitz Herbert no tenía carácter legal alguno; ni hay razones para creer que ella llegase á ser madre. No había tenido hijos de sus dos esposos anteriores y Lord Stourton afirmó positivamente que nunca tuvo hijos ni hijas de su unión con el príncipe Jorge. Sin embargo, más de un pretendiente americano ha surgido en diversas ocasiones para afirmar sus derechos al trono de Inglaterra, en su carácter de pretendido descendiente del príncipe Jorge y de Mrs. Fitz Herbert.

Ni el rey Guillermo IV ni la reina Victoria pasaron nunca mucho tiempo en Brighton. En lo que refiere al primero se decía que la humedad de pabellón no convenía á su salud; en cuanto á la reina Victoria, se dijo que la desagradaba el hecho de que parecía que los edificios habían sido construídos para ocultar la vista del mar. Es más probable, sin embargo, que desagradaban á la reina los recuerdos que allí se conservaban y que no quería recordar la época en que su tío había vivido allí tanto tiempo en estado de casamiento morganático.

Jorge IV y la Reina Carolina

Por fin llegó la época en que el rey, el Parlamento y el pueblo en general insistieron en que el príncipe de Gales contrajese un casamiento legal y se le eligió una esposa en la persona de Carolina, hija del duque de Brunswick. Este matrimonio se realizó diez años exactamente después de la unión del príncipe con la hermosa y gentil Mrs. Fizt Herbert. Esta le había proporcionado muchos días y horas de felicidad. Con la princesa Carolina no fué de ningún modo feliz.

El príncipe Jorge fué á esperarla al muelle, para saludarla á su llegada. Se dice que le besó la mano, y, luego, retrocediendo de repente, dijo en voz baja á uno de sus amigos:



Carolina de Brunswick, la desgraciada esposa de Jorge IV y su hija la princesa Carlota

—¡Por amor de Dios, Jorge, que me traigan un vaso de aguardiente!

Semejante exclamación era más brutal y bárbara que todo lo que habría podido concebir la novia, aunque es probable, afortunadamente, que no la comprendió, gracias á su ignorancia completa del idioma inglés.

Es inútil que insistamos en la historia desgraciada de esta esposa poco simpática, abandonada y rebelde. Su vida con el príncipe no tardó en trasformarse en guerra abierta; pero en lugar de abandonar Inglaterra, se quedó en ella para suscitar gran escándalo en el reino. En cuanto falleció su padre, Jorge entabló contra ella demanda de divorcio. La mitad del pueblo era partidario de la reina, mientras que el resto la consideraba como una mujer vulgar que tenía relaciones amorosas con los que la servían, y deshonraba á Inglaterra. Constituía un triste y sórdido contraste la comparación entre el joven príncipe Jorge cuando aspiraba á ser un galán caballero y ese anciano furioso, luchando con una mujer alemana más furiosa todavía.

Podía volver las miradas hacia aquella época en que se reunía junto al Támesis, á la luz de la luna con su "Perdita", y hacía el pepel de "Florisel", ó, mejor todavía, hacia la época en que gozaba del amor sincero y desinteresado de la dama gentil que en todo era su esposa excepto en las disposiciones legales. Carolina de Brunswick no obtuá la Abadía de Westminster, con el solo objeto de escandalizar con sus gritos y chillidos á la muchedumbre y al rey cuando pasase. En Agosto de 1821, un vo puesto en la coronación del rey. Alquiló una casa desde la cual dominaba mes después de la coronación, falleció y su cadáver fué trasladado á Brunswick para ser inhumado.

Jorge reinó nueve años. Cuando falleció en 1830, fué su albacea el duque de Wellington. Al examinar los papeles privados del rey vió este que Jorge había conservado con el mayor cuidado todas las cartas que le había escrito su esposa morganática.

Durante su última enfermedad ésta le envió una afectuosa esquela; que, según se refiere, Jorge leyó "con verdadera ansia". Mrs. Fitz Herbert deseaba que el duque de Wellington le devolviese sus cartas; pero éste no quería consentirlo á menos que ella devolviese las que le había escrito Jorge.

Quedó finalmente resuelto que lo que más convenía era quemar unas y otras y ésto se efectuó en casa de Mrs. Fitz Herbert y en presencia de esta señora, del duque y del conde de Albemarle.

De Jorge, puede decirse que no ha dejado más que tres cosas para recordarlo. La primera es el Pabellón de Brighton, con su absurdo y original decorado, sus minaretes y sus torrecillas. La segunda es el broche que inventó y que Thackeray inmortalizó con su sátira mordaz. La tercera es la historia de su casamiento con María Fitz Herbert y de la influencia que sobre él ejerció el afecto de una mujer buena.



La Isla Perdida

Muchos lectores recordarán sin duda alguna la desaparición de Krakatoa, en el estrecho de la Sonda, durante una terrible explosión volcánica. A continuación publicamos el relato de una catástrofe semejante, hecho por el segundo del buque que fué el primero en dar á conocer la noticia al mundo civilizado. El relato de Mr. Matson se refiere á la desaparición de la Isla Laysan, que estaba situada en el Pacífico, y de todos sus habitantes, en alguna tremenda catástrofe desconocida.

Hacía cuatro días que habíamos salido de Honolulú para la isla de Laysan con cargamento consignado á la orden de la Compañía de Plantaciones de Azúcar de Laysan. Yo estaba de guardia en el puente. El capitán dormia en el pequeño camarote de popa situado detrás del mástil principal. Nuestro cocinero, indígena de la isla Gilbert, y los dos kanakas que constituían la tripulación se hallaban comodamente recostados en los rincones más frescos y más tranquilos.

Tenía á bordo el cargo de segundo. Seis meses antes, en vista de que había poco que hacer al sur del Ecuador, nos habíamos venido al Norte con el *Olsen* desde Samoa. Había sido una decisión feliz, pues el capitán Warner había tenido la suerte de firmar un contrato con la Laysan Company para realizar viajes mensuales con el objeto de llevar provisiones á la islas y regresar con un cargamento de caña de azúcar destinada á las refinerías de Hawaii.

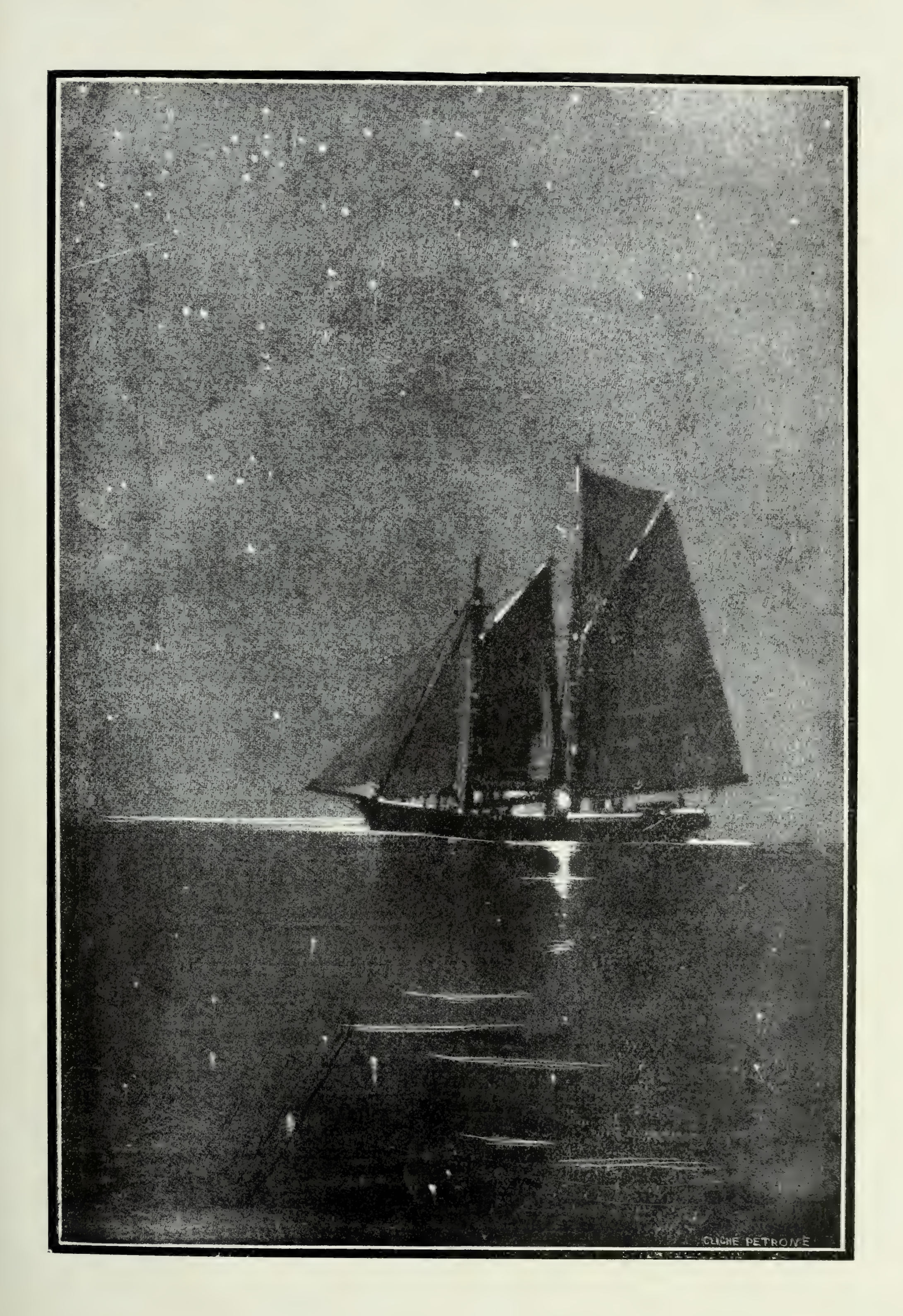
Durante cuatro años el capitán y yo habíamos viajado en el antiguo buque por todos los rincones del Pacífico, haciendo escala de vez en cuando en alguna de sus mil islas. Había concluído por considerarme uno de los miembros del ejército de lobos de mar que frecuentan las aguas ecuatorianas.

Eran las dos y media de la madrugada. Sobre mi cabeza la gran cúpula del cielo tenía reflejos de color de púrpura, estaba sembrada de esos puntos de fuego á que se asemejan las estrellas en la región de los trópicos. El viento que la víspera había soplado levemente desde el suroeste era casi nulo en aquel instante y tenía fuerza suficiente para impedir que las velas tocasen al mástil. La vasta superficie del mar, de color púrpura, como el cielo, y sin más movimiento que ondulaciones tan lentas que daban al mar aspecto aceitoso, reflejaba las estrellas del cenit. Nuestro casco se deslizaba en el agua sin rizar su superficie.

Miraba atentamente el horizonte hacia el Oeste, con el objeto de divisar cuanto antes á la isla, pues ésta debía estar á unas veinte millas de donde nos hallábamos, al oeste suroeste. No me sorprendía el no haberla columbrado todavía. En la escasa luz de una noche sin luna, cuando el mar y el cielo se confunden en el horizonte, es difícil distinguir objetos pequeños. Al alba, cuando el miraje desapareciese, distinguiríamos á la isla de Laysan, destacándose en la línea de horizonte, hacia el Oeste y podíamos esperar que echaríamos el ancla hacia mediodía.

Era nuestro primer viaje directo á la isla desde que habíamos firmado el contrato, pero en una ocasión anterior había navegado en torno de ella y la conocía muy bien. Como todas las islas volcánicas de aquellos mares era asombrosamente hermosa. Una línea de arrecifes, cubiertos de espuma y coronados de palmeras la rodeaban.

(Del Wide World Magazine)



De pronto el barco detuvo su marcha, hasta casi detenerse por completo

Detrás de ella la tierra se elevaba en mesetas sucesivas cubiertas de verde vegetación, que se iban elevando hasta las montañas centrales que desaparecían bajo espesas arboledas. Algunas construcciones estaban desparramadas en torno de una amplia bahía, barrancones pintados con cal para los coolíes, uno ó dos galpones, y en la cumbre de una pequeña colina la casa blanca del gerente, á la sombra de unas palmeras. En una pequeña ensenada azul, al pie de la colina, solía verse un yate anclado.

La isla tenía quince millas de largo, con una circunferencia de treinta y cinco, era un pequeño trozo de paraíso, que había caído en el mar; una esmeralda en un mar de zafiro.

A las siete, el alba se anunció hacia el Oriente con matices rosados y anaranjados. Me volví y busqué con la vista el doble pico de montañas que conocía también. El horizonte estaba despejado, y sólo formaba una línea clara, neta, de color gris de acero. Pero ¿dónde estaba la isla? Valiéndome de un anteojo recorrí todo aquel rincón del horizonte. Ni una mancha, ni una huella, ni siquiera una sombra de irregularidad que modificase la línea clara que limitaba al mar y se destacaba netamente en la cúpula del firmamento.

¿Dónde estaba la isla? ¿Nos habíamos salido de nuestro rumbo? ¿Acaso alguna corriente súbita, que se había puesto en movimiento durante la noche nos había arrastrado hacia el Norte ó hacia el Sur? ¡Imposible! Sin despertar á mi jefe rectifiqué la posición en la carta. No; el buque había seguido el debido rumbo, desde la última vez que habíamos verificado nuestra ubicación.

Regresé al puente y volví á registrar el horizonte con el anteojo. Allí debía estar Laysan. Allí á medio punto á estribor á una distancia de quince millas. Pero no se veía. Ni una mancha, ni un punto; ninguna vela de buque ni humo alguno de vapor lejano quebrantaba la tersura del mar ó se destacaba en el cielo.

El agua en que navegábamos era blanca. Parecíamos movernos en una mar de leche. Hasta entonces habíamos recibido el impulso de un viento de cinco millas. De repente el buque acortó el andar y casi se detuvo por completo. El mar, que con la brisa debía presentar ondulaciones rizadas con leves espumas blancas, estaba liso y terso como si fuese de aceite. Se sentía una especie de rozamiento extraño, leve, pero poco tranquilizador, en los costados del buque como si navegásemos entre hielos flotantes.

Me dirigí hacia la proa, llegué á la serviola y dirigí la mirada hacia la roda Medio sumergido debejo de la superficie, flotaba una especie de pavimento de trozos de piedrra pómez, los cuales á veces se apartaban para dejar paso al buque y á veces se acumulaban y rascaban ruidosamente las planchas de cobre del casco.

Me apresuré á despertar al capitán, y le conté lo que ocurría.

—¿No puede usted divisar á la isla? ¿El mar, color de leche? ¡Qué disparate! Debe ustd tener la vista enferma, ó haberse vuelto daltoniano.

Tres minutos después, y mientras la tripulación entera, miraba boquiabierta el horizonte vacío, subía al puente el capitán y asestaba hacia el oeste sus anteojos.

—¿Qué piensa usted de esto, Mr. Mason? Me parece que es un caso semejante al que ocurrió en el Estrecho de la Sonda, cuando toda una isla fué volada por la explosión de un volcán Ese agua blanca, es ceniza de volcán.

Durante una hora ó dos seguimos marchando en el mismo rumbo, retardados por la piedra pomez. A mediodía cuando el capitán hizo sus observaciones con el sextante busqué nuestra posición en la carta. "Latitud 22° 20' N. Longittud 175° 50' O".

Laysan había desaparecido. En aquel mar despejado cruzamos del Norte al Sur varias veces, siguiendo el meridiano exacto de la isla ¡Nada! Las cumbres de color púrpura, las palmeras, los arrecifes blancos, toda Laysan — con sus vidas humanas, sus obras, ambiciones y esperanzas—había desaparecido tan completamente como si una mano de gigante ha hubiese asido para hundirla en las profundidades del mar.

Sondeamos muchas veces el mar, y no hallamos fondo á doscientos brazas. Durante seis días enteros seguimos buscando sin esperanzas, extendiendo nuestra busca hasta uno ó dos grados al Norte, al Sur, al Este y al Oeste.

Era evidentemente inútil. ¿Quién oyó decir jamás que una isla abandonase su

Un monton de jarcias yacía en el puente y colgaba hasta el mar.

Detrás de ella [illegible] elevaba en meseta sucesivas cubiertas de verde vegetación, que se iban elevando hasta las montañas [illegible] espesas arboledas. Algunas construcciones estaban desparramadas en torno de una amplia bahía, barracones pintados con cal para [illegible] uno ó dos galpones, y en la cumbre de una pequeña colina la [illegible] á la sombra de unas palmeras. En una pequeña ensenada azul, al pie de [illegible] solía ver [illegible]

La isla [illegible] con una circunferencia de treinta y cinco [illegible], era un pequeño trozo de paraíso que había caído en el mar: una esmeralda en un mar de zafiro.

A las siete, el alba se anunció hacia el Oriente con nubes rosados y anaranjados. Me volví [illegible] la vista hacia el doble pico de montañas que [illegible] también. El horizonte estaba despejado y sólo formaba una línea clara [illegible] color gris de acero. Pero ¿dónde [illegible] ba la isla? Valiéndome de un [illegible] corrí todo aquel rincón del horizonte [illegible] una mancha, ni una hu[illegible] una sombra de irregularidad que [illegible] ficase la línea clara qu[illegible] y se destacaba netamente [illegible] del firmamento.

¿Dónde estaba la isla? [illegible] mos salido de nuestro rumbo [illegible] alguna corriente súbita [illegible] puesto en movimiento [illegible] che nos había arrastrado hacia el Norte ó hacia el Sur? ¡Imposible! [illegible] tar á mi jefe, rectifiqué la posición [illegible] carta. No, el buque había [illegible] debido rumbo desde la última vez que habíamos verificado nuestra ubicación.

Regresé al puente y [illegible] registré el horizonte con el anteojo. Allí debía estar Laysan. Allí á media [illegible] á una distancia de [illegible] millas. Pero no se veía. Ni una mancha [illegible] ninguna vela de buque ni [illegible] de vapor lejano quebrantaba la [illegible] del mar ó se destacaba en el cielo.

El agua en que navegábamos era blanca. [illegible] hasta entonces habíamos recibido [illegible] impulso de un viento de cinco millas [illegible] de repente el buque acortó el andar y casi se detuvo por completo. El mar, que con la brisa debía presentar ondulaciones rizadas con leves es[illegible] pumas blan[illegible] liso [illegible] de aceite. Se sentía una especie de [illegible] miento extraño, leve, pero poco [illegible] en los [illegible] del buque [illegible] navegásemos entre hielos flotantes.

[illegible] hasta [illegible] sumergido debajo de la superficie [illegible] una especie de pavimento [illegible] de piedra pómez, los cuales á [illegible] apartaban para dejar paso al [illegible] veces se acumulaban y ras[illegible] losamente [illegible] casco.

[illegible] Me apresuré á despertar al capitán [illegible] lo que ocurría.

—¿[illegible] puede usted divisar á la isla? [illegible] color de leche? ¡Qué disparate! [illegible] tener la vista enferma, ó [illegible] vuelto daltoniano.

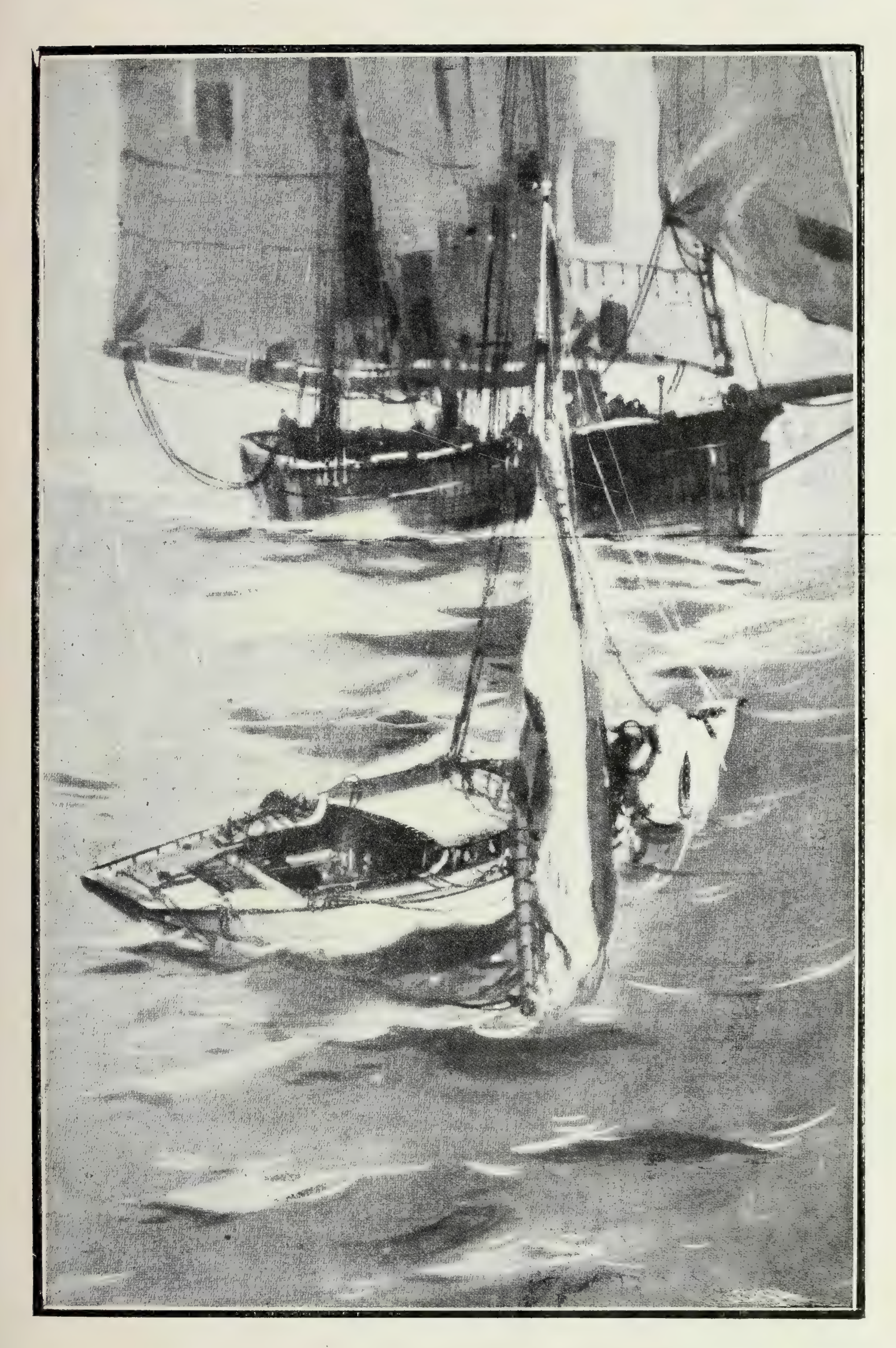
[illegible] minutos después, mientras [illegible] entera, miraba [illegible] entreabierta [illegible] subía al puente [illegible] hacia el oeste sus [illegible]

[illegible] usted de esto, Mr. Ma[illegible] es un caso semejante [illegible] en el estrecho de [illegible] una isla que vo[illegible] de un volcán [illegible] ceniza de volcán. [illegible] seguimos mar [illegible] retardados [illegible] piedra [illegible] medioda cuando [illegible] observaciones [illegible] posición [illegible] 20' N. longitud [illegible]

[illegible] Laysan había desaparecido. En aquel [illegible] Norte [illegible] meridiano [illegible] cumbres [illegible] palmeras, los arre[illegible] Laysan —con sus [illegible] ambiciones [illegible] desaparecido tan com[illegible] una mano de gigante [illegible] asido para hundirla en las profundidades del mar.

Sondeamos muchas veces el mar, y [illegible] hallamos [illegible] cientos brazas. Durante seis días enteros seguimos buscando sin esperanzas, extendiendo nuestra busca hasta uno ó dos grados al Norte, al Sur, al Este y al Oeste.

Era evidentemente inútil. ¿Quién oyó decir jamás que una isla abandonase su



Un monton de jarcias yacía en el puente y colgaba hasta el mar.

fondeadero y se pusiese á navegar por el mar? Sin duda alguna, el capitán, ante la idea de tener que ser portador de la noticia del desastre, prolongó su busca tanto tiempo como le fué posible; pero por la tarde del sexto día, ya no nos quedaba otra cosa que hacer, á no ser dirigirnos á Honolulú para decir á los dueños de las plantaciones que Laysan, los obrajes, su gerente, su esposa, y doscientos japoneses con máquinas y construcciones se habían hundido en las aguas del Pacífico.

Tuvimos buena brisa, y viajando hacia el Este, recorrimos unas cincuenta millas antes que me tocase el turno de abandonar la guardia, por la mañana.

No haría diez minutos que me había dormido, cuando fué despertado por violentos golpes á la puerta del camarote, y oí la voz de un marinero:

—Mr. Matson, Mr. Matson, — gritaba.—El capitán le llama desde el puente.

—Está bien, Kata,—le contesté soñoliento y disponiéndome á levantarme de mi cucheta.—¿Qué ocurre?

—Un bote á estribor, señor.

Salté del lecho en un segundo, y sin preocuparme de vestirme del todo, me dirigí al puente, con la vaga intuición de que ésto estaba relacionado con la tragedia de Laysan.

Había aclarado completamente; el viento era casi nulo, y la goleta se mecía perezosamente sobre la superficie del mar, casi sin arrugas, y no andaba á más de dos millas. Al llegar al puente, ví hacia estribor, y á una distancia de dos millas, una mancha más clara en el azul sin límites.

El capitán Warner me pasó el anteojo.

—¿Qué piensa usted de eso, Mr. Matson?

Apoyé el anteojo en los obenques, y miré ansiosamente.

Era un pequeño yate, pintado de blanco, de unas tres toneladas, con velamen de esmaque. Sus velas flojas y sueltas se arrastraban en el agua. El bichero había quedado sobre el sollado, donde parecía haber caído, y la abertura del medio puente á proa estaba semioculta bajo los pliegues de la vela principal. Un montón de jarcias entreveradas yacía en el puente y colgaba hasta el mar, donde se sumergía una parte, cuando el yate rolaba.

La bandada de aves marinas que revoloteaba en torno del buque y á veces se precipitaban hacia el hueco del medio puente para volver á salir volando, revelaban con evidencia á cualquier marinero, que algo trágico se ocultaba en su interior.

El capitán tomó la rueda del timón en sus manos y con ayuda del viento se acercó algo más. La tripulación alineada á lo largo de la borda miraba con penosa ansiedad cómo se iba acortando la distancia. Todos se daban cuenta de que allí, en aquel pequeño casco pintado de blanco, se hallaría toda la explicación que alcanzarían á conocer los mortales del misterio de la isla perdida.

De pie sobre la cadena del bauprés, gritaba indicaciones. Llegado á buena distancia arrojé un garfio. Este hizo presa de lar jarcias del yate y la pequeña embarcación quedó remolcada.

Con ayuda de un cabo me dejé deslizar hacia su puente. Después de quitar los cordajes que ocultaban la escotilla, bajé al interior. Una capa de ceniza blanca, de tres pulgadas de espesor, solidificada por el sol y el agua de mar, crugía bajo mis pies. En algunos puntos el entarimado del puente estaba carbonizado como si hubiesen dejado caer ascuas sobre él.

El pequeño espacio despejado del sollado conservaba huellas de una lucha desesperada. La pintura estaba arrancada en varios puntos, y por el suelo se veían trozos de ropa y salpicaduras de sangre. La barra del timón rota y manchada de sangre mezclada con cabellos, había caído en un rincón.

En la cantina no se veía huella alguna de provisiones, ni de que las hubiese contenido recientemente. El depósito de agua estaba seco y resquebrajado por el sol, como si estuviese vacío desde más de una semana.

Bajo el puente reinaba oscuridad casi completa, y durante medio minuto no pude discernir nada en el desorden que allí reinaba.

Pero, cuando mi vista se fué acostumbrando á la luz atenuada, el espectáculo que descubrí me arrancó un grito y me cortó la respiración. Medio tendido en el piso, medio recostado contra el casco, se veía el cadáver de una mujer blanca. Sobre su pecho yacía el cuerpecito de un niño. Ella lo sostenía con uno de sus

brazos; el otro rodeaba el pescuezo de un hombre, muerto también, cuya cabeza estaba apoyada sobre las faldas de la mujer. Esta hundía los dedos en el cabello del hombre. El hombro de este último presentaba una profunda herida de cuchillo, y una mancha roja se extendía desde el grupo y se destacaba en el entarimado blanco.

Al oir mi exclamación, el capitán bajó hasta donde yo estaba, y juntos hicimos un prolijo registro. El hombre y la mujer eran jóvenes; la última conservaba huellas de gran belleza. El niño tendría un año de edad. La mujer estaba descalza, y tenía los pies cortados y lastimados como si hubiese corrido por encima de rocas y de conchas de mariscos cortantes. El niño estaba envuelto en una camisa de dormir; el hombre y la mujer llevaban también ropa de dormir hecha jirones,—prueba evidente del terror y de la precipitación desesperada con que se habían embarcado. El hombre había fallecido, aparentemente, unas veinticuatro horas antes que los demás, á causa de su herida; la mujer y el niño habían sucumbido de sed, de hambre y de horror. No se veía una línea, un trozo de papel, nada que diese la menor indicación acerca de lo ocurrido.

Con intensa emoción cerramos esos ojos que nos miraban, esos ojos que parecían dirigirnos una muda pregunta, y volviendo á trepar por los cordajes de la goleta, regresamos á nuestro buque. Sólo nos quedaba llenar un último deber.

Hicimos cerrar la escotilla del yate, y, después que se hubo arrancado una tabla debajo de la línea de flotación, contemplamos cómo se hundía, mientras el capitán Warner leía las oraciones con que suele despedirse á aquéllos cuyos cadáveres son sepultados en el mar.

Cuando el agua llegó á cierta altura, el yate se sumergió más de prisa, y pronto no dejó más huella que un remolino que indicaba dónde había desaparecido con los muertos y su secreto.

> It is reported that an isolated island called Laysan Island situated 700 miles west of Hawaii has disappeared. On a voyage to the island the schooner Olsen failed to find it in a six days search. It was inhabited by a few Japaneso

Facsímil de un recorte de diarios á que alude el autor

Esa noche me hallaba yo en el timón cuando se acercó el capitán:

—He pensado mucho en lo ocurrido—dijo—y creo que me lo explico con exactitud. Al primer indicio del peligro, cuando la isla comenzó á sacudirse y sintieron que se hundía bajo sus piés, corrieron hasta el yate; cómo consiguieron llegar á bordo en medio del maremoto, es cosa que no comprendo. Pudieron embarcarse y con ellos uno, y tal vez dos japoneses.

Hubo una pausa, mientras el capitán clavaba su mirada en la mía.

—El hambre, la sed y la sal de un un mar solitario, son muchos infiernos juntos, Mr. Matson. ¡Los hombres se enloquecen! Luchó con aquellos demonios, por su mujer y su hijo. Después, con una puñalada en el hombro, se reunió con ellos bajo el medio puente y para morir junto con ellos.

Al llegar á Honolulú, la desaparición de Laysan y de sus plantaciones de azúcar ponía fin á nuestro contrato. El capitán Warner dirigió su goleta hacia el Sur y llegamos á Pago-Pago.

Algún tiempo después, hallándome en el salón de lectura del All-Nations-Club de aquella ciudad, leí, bajo el título de "Perturbación sísmica en el Pacífico" el párrafo que aquí se reproduce, publicado por un diario de los Estados Unidos, de dos meses atrás.

Con ese corto suelto la atareada prensa mundial, ocupada en tantas actividades de la vida, en campos de acción más cercanos, dió cuenta de la tragedia de la Isla Perdida.





Las Mujeres de los Césares

Por GUILLERMO FERRERO

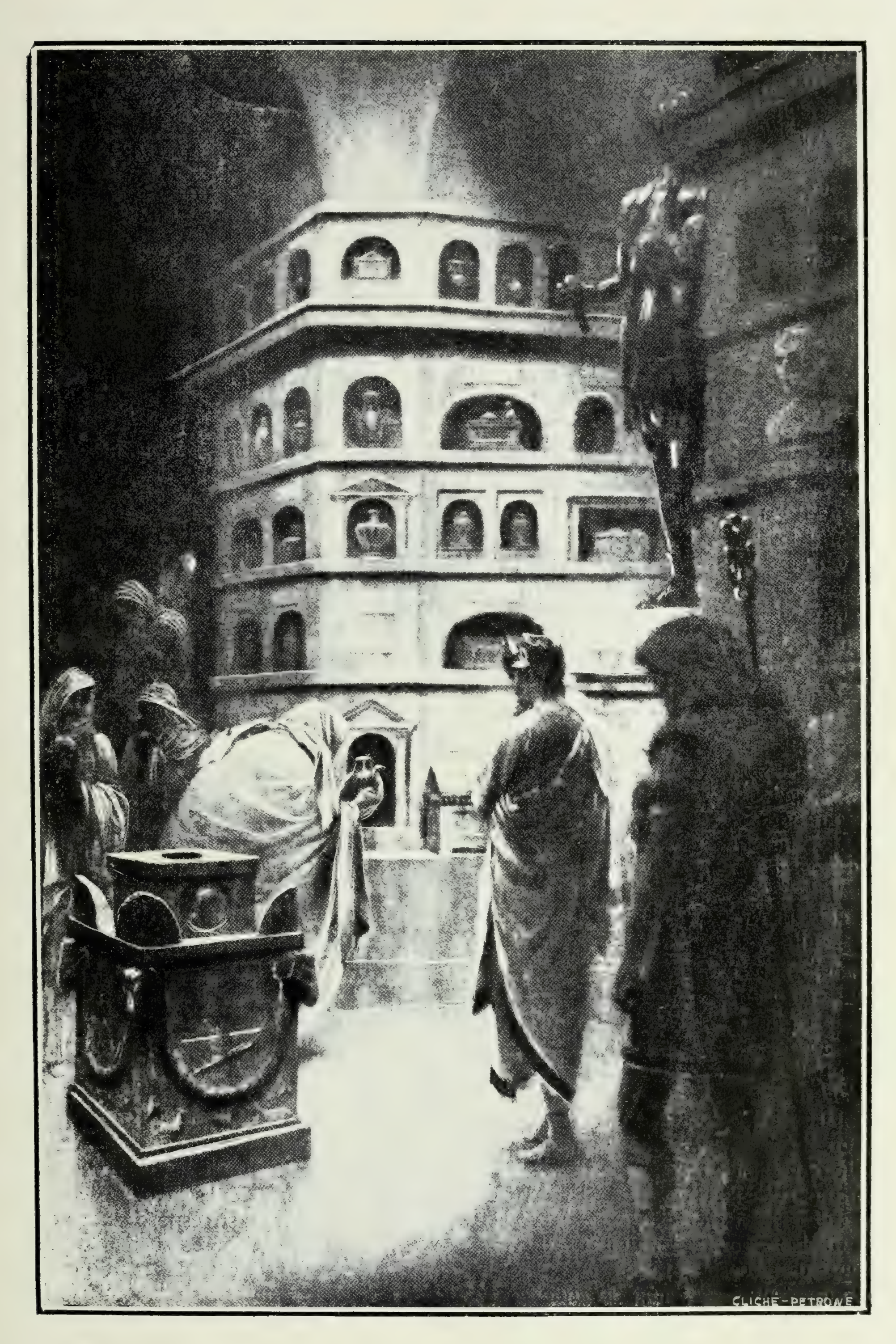
Quinta Parte

A la muerte de Tiberio, ocurrida en el año 37 de nuestra era, el problema de la sucesión presentado al Senado no era fácil de resolver. En su testamento, Tiberio adoptaba y por lo tanto designaba por sucesores á Cayo Calígula, hijo de Germánico, y á Tiberio, hijo de su propio hijo Druso. Este último no tenía más que diecisiete años. Calígula tenía veintisiete y, á pesar de ser también muy joven, estaba casi en edad de ser emperador; pero no gozaba de buena reputación. Fuera de él, no existía ningún otro miembro de la familia con suficiente edad para gobernar, con excepción de Tiberio Claudio Nerón, hermano de Germánico, y único hijo sobreviviente de Druso y de Antonia. Se le tenía generalmente por un imbécil, servía de hazmereir á los libertos y á las mujeres y su aspecto era tan zafio que ni siquiera se le había dado un puesto en la magistratura. En realidad no era senador cuando Tiberio falleció.

No pudiendo el senado tenerlo en cuenta, sólo quedaba Calígula, á menos que quisiese buscar fuera de la familia de Augusto, cosa, que aunque no era imposible, era por lo menos difícil y peligrosa. En efecto, las provincias, los bárbaros de Germania y especialmente los soldados de las legiones se habían acostumbrado á considerar esta familia como la heredera del imperio. Las legiones sentían especial apego por la memoria de Druso y de Germánico, que seguían viviendo en la mente de los soldados como testigos de sus antiguas hazañas y virtudes. Durante las largas horas de guardia nocturna, cuando citaban sus nombres en sus relatos y anécdotas, les parecía que sus sombras, idealizadas por la muerte, volvían á visitar los campamentos de las orillas del Rhin y del Danubio. La veneración y el afecto que los ejércitos tuvieran en otro tiempo por la nobleza romana, se hallaban entonces reconcentradas en la familia de Augusto. Por lo tanto, de dos males, el Senado eligió el menor, y, anulando una parte del testamento de Tiberio, eligió á Calígula, hijo de Germánico, por emperador.

La muerte de Tiberio demostró á los romanos por primera vez que si era difícil hallar á un emperador, era más difícil todavía hallar á una emperatriz. Ese problema se presentó por primera vez al advenimiento de Calígula; en primer lugar era de esperar que un hom-

Del "Century Magazine"



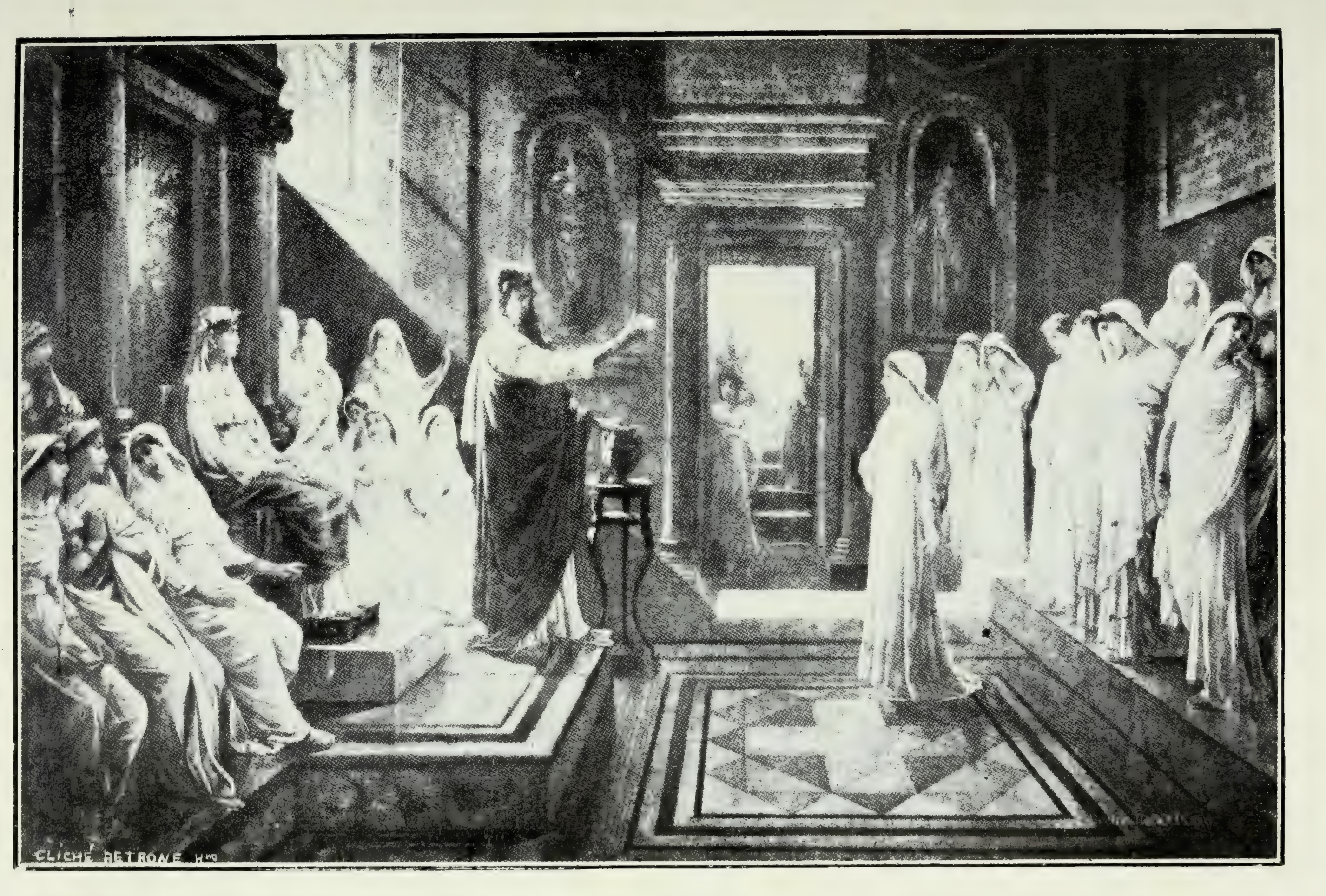
Colocación de las cenizas de un miembro de la familia imperial en un "columbiarum" romano.

bre de esa edad fuese ya casado; en segundo lugar la *lex de maritandis ordinibus* se lo exigía, como á cualquiera otro de los senadores; además el jefe del Estado debía tener junto á sí á una mujer, si quería desempeñar todos sus deberes sociales.

Una opinión pública muy exigente, que vacilaba entre los ideales de dos épocas, deseaba ver reunidas en la emperatriz la mejor parte de las antiguas y de las nuevas costumbres. Era necesario que fuese de noble cuna, es decir, que perteneciese á una de aquellas grandes familias romanas que cada vez se hacían menos numerosas, menos prolíficas, menos virtuosas y más divididas por odios inconciliables. Esto último implicaba para el emperador el riesgo de ser objeto del antagonismo de todas las familias enemigas de aquella con la cual se uniría. Además, la emperatriz debía ser modelo de todas las virtudes; fecunda, para obedecer á la *lex de maritandis*; religiosa, casta, sencilla y modesta, para no faltar á la *lex de adulteriis* ó á la *lex sumptuaria*. Debía ser capaz de gobernar con tino el vasto hogar del emperador lleno de esclavos y libertos, y debía ayudar á su esposo en el cumplimiento de los deberes sociales—tales como recepciones, comidas y fiestas—á que estaba obligado por su rango. Estaba por supuesto fuera de cuestión que fuese poco inteligente ó ignorante. En realidad, desde ese momento hasta la caída de Nerón, las dificultades de la familia imperial y de su autoridad fueron debidas



GALIGULA



Sorteo de una vestal entre un grupo de veinte jóvenes elegidas por el pontífice máximo.

no tanto á los emperadores como á sus esposas; de modo que puede decirse con verdad que fueron las mujeres quienes arrastraron á la ruina á la gran casa julio-claudiana.

Pero si la dificultad era grave, tampoco existió nunca un hombre menos apto para afrontarla que Calígula. Cuatro años antes de ser elegido emperador se había casado con cierta Julia Claudilla, mujer que sin duda alguna, perteneció á una de las grandes familias romanas, pero acerca de la cual no poseemos informaciones precisas. No podemos decir por lo tanto si junto á un segundo Augusto habría llegado á ser una segunda Livia, pero de todos modos es cosa segura que Calígula no era un segundo Augusto. Es posible que no fuese un demente tan frenético como lo han descrito los antiguos escritores, pero ciertamente poseía una mente extravagante y poco equilibrada; era dado á los excesos, y fué presa del delirio de las grandezas que fué creciendo con su elevación á la primera magistratura. Durante mucho tiempo, ni siquiera había esperado Calígula ser sucesor de Tiberio. Lejos de soñarlo, toda su ambición se limitó á no terminar sus días desterrado en alguna isla del Mediterráneo, pues recordaba la suerte de su madre y de sus dos hermanos. Su inesperada fortuna, después de tantas persecuciones, perturbó profundamente sus facultades mentales, y suscitó en él ese delirio de las grandezas que le llevó á copiar las costumbres del lejano Egipto, en las cuales, más que en las de Roma, había de hallar satisfacción por los productos y los hombres de aquella comarca, muy admirada y temida entonces por los romanos. Sabemos por ejemplo que todos sus servidores eran egipcios y que Helicon el más fiel é influyente de sus libertos era de Alejandría. Pero poco después de su elevación, esa admiración por la tierra de los Ptolomeos y de los Faraones se trasformó en un furor de exotismo egipcio que le arrastró á introducir en Roma las ideas, las costumbres, la suntuosidad y las instituciones de aquella monarquía; á crear en su palacio una corte semejante á la de Alejandría y á transformarse en un rey divino, adorado en vida, según lo eran los soberanos en las orillas del Nilo.

No cabe duda que Calígula era un demente, pero su demencia habría parecido menos incoherente é incomprensible si se hubiese observado que la mayor parte de sus famosas extravagancias eran suscitadas é inspiradas por esa tendencia egipcia. Por ejemplo, en cuanto fué electo el nuevo emperador, vemos que introdujo la adoración de Isis entre los cultos oficiales del estado romano y señaló en el calendario un día para la fiesta pública de esa divinidad. Favoreció todos los cultos egipcios que Tiberio, con su espíritu de antiguo romano había combatido tenazmente. Además, vemos que Calígula prohibió que se siguiese celebrando el aniversario de la



Traje de la principal vestal

batalla de Actium, que venía siéndolo desde hacía medio siglo. Esto, que á primera vez parece absurdo, indica que Calígula trataba de resabilitor á Marco Antonio, quien había tratado de transportar el centro de la política romana, de Roma á Alejandría.

Del mismo modo que la dinastía de los Ptolomeos había estado rodeada de una veneración semi-religiosa, Calígula, trató de obtener que igual veneración

fuese dispensada á su familia. No solamente se apresuró á enviar en busca de los restos de Agripina, su madre, y de su hermano, para que fuesen depositados piadosamente en la tumba de Augusto—deber natural de piedad filial—sino que prohibió que fuese nombrado entre sus ascendientes el gran Agripa, constructor del Panteón, pues le parecía que este origen muy oscuro era una mancilla para la pureza casi divina de su raza. Hizo que el título de Augusta y todos los privilegios de las vírgenes vestales fuesen otorgados á su abuela Antonia, hija de Marco Antonio; é hizo que también correspondiesen esos privilegios de las vestales á sus tres hermanas, Agripina, Drusilla y Livilla; les señaló un sitio privilegiado, igual al suyo, en los juegos de circo; y hasta decretó que sus nombres fuesen mencionados siempre en los votos que los magistrados y pontífices hacían cada año por la prosperidad del príncipe y de su pueblo y que en las oraciones por la conservación de su poder se incluyesen preces por su felicidad.

Todo esto constituía en Roma una innovación contraria á su espíritu y tradiciones republicanas. No puede negarse que esa transición de las persecuciones atroces á los honores divinos fué algo súbita, pero esto no es más que una nueva prueba de que Calígula estaba dotado de un carácter violento, impulsivo é irreflexivo. Sea lo que fuere, no suscitó ni escándalo ni protestas en su tiempo. El gobierno económico y sombrío de Tiberio había cansado á todos y en sus primeros meses de reinado, Calígula fué muy popular.

A la verdad si se hubiese contentado con rodear á su familia, y especialmente á las mujeres, de un respeto que las protegiese contra esas infames acusaciones y persecuciones inicuas que tantas víctimas habían hecho antes, su acción habría podido ser considerada como buena, justa y útil para el Estado. Pero Calígula no era hombre de mantenerse dentro de límites razonables, aun en sus propósitos más sensatos. El poder, la popularidad y la adulación excitaron todo lo que en su carácter había de torcido y excesivo y á fines del año 37, manifestó una idea que debe haber parecido á los romanos una horrible impiedad. Su esposa había fallecido poco después de su advenimiento. Parecía ser obligatorio otro casamiento y resolvió casarse con su hermana Drusilla.

Los historiadores han presentado este proyecto como el efecto perverso de una sensualidad desenfrenada. Era ciertamente un acto de demente, pero había tal vez más espíritu político que perversidad en esta insensatez; pues era una tentativa para introducir en Roma los matrimonios dinásticos entre hermanos y hermanas que habían sido constante tradición entre los Potolomeos y los Faraones de Egipto. Esa costumbre oriental nos parece seguramente una horrible aberración, pues hemos sido educados de acuerdo con las doctrinas estrictas y austeras del cristianismo que, al heredar en estas cuestiones lo mejor de las ideas grecolatinas, las ha purificado y hecho aun más rigurosas. Pero durante siglos y siglos, en Egipto—es decir en la más antigua de las civilizaciones mediterráneas—esta horrible aberración fué considerada como un privilegio soberano que ponía á la dinastía real en relación con los dioses. Por ese medio, esta familia conservaba la pureza semidivina de su sangre; y tal vez esa costumbre, que perduró hasta la caída de los Ptolomeos, fuese la prolongación de ideas y costumbres, que, en tiempos anteriores, tuvieron mucha mayor difusión en el mundo mediterráneo, puesto que hallamos rastros de ella en la mitología griega. ¿No eran Júpiter y Juno, que constituían la augusta pareja del Olimpo, esposos á la vez que hermano y hermana?

El demente Calígula se propuso de repente transplantar esa costumbre á Roma y transplantarla con toda la pompa religiosa de la monarquía egipcia, transformando así á la familia de Augusto en una dinastía de dioses, y semidioses cuyos miembros se casarían entre sí para que no fuese contaminada la pureza celestial de su sangre. Su intención de casarse con Drusilla queda demostrada por un testamento que hizo durante una enfermedad que sufrió en el otoño del año 37, y por el cual designaba á Drusilla como heredera, no solamente de sus bienes, sino también del imperio; lo que era una insensatez desde el punto de vista de los romanos, que no admitían á las mujeres en el gobierno

Es fácil comprender que la paz y la armonía restablecidas un momento en la agitada familia imperial con el advenimiento de Calígula, no habían de durar mucho tiempo. Su abuela y sus hermanas eran romanas, educadas en ideas romanas, y esta insensatez exótica, no podía dejar de inspirarles irresistible horror. Nacieron disturbios en la familia imperial, después de haber sufrido las persecuciones de Sejano y de su partido, las desgraciadas hijas de Germánico fueron objeto de los terribles caprichos de su hermano. En el año 38, ya se había producido la ruptura entre Calígula y su abuela Antonia, que el año anterior había proclamado Augusto; y en los años 38 y 39 las catástrofes se precipitaron en la familia con espantosa frecuencia. Su hermana Drusilla falleció muy joven por efecto de una enfermedad desconocida. No es improbable que su salud fuese quebrantada por el horror de los propósitos de su hermano. Calígula declaró que había sido transformada en una diosa, á la cual todas las ciudades debían tributar honores. Hizo que se le construyese un templo y designó un colegio de diez sacerdotes y diez sacerdotisas para celebrar su culto; decretó que el aniversario de su nacimiento sería día feriado y quiso que la estatua de Venus colocada en el Foro fuese su retrato.

Pero á medida que crecía la adoración de Calígula por su hermana muerta, se enconaban sus desaveniencias con las dos otras hermanas. Julia Livilla, fué desterrada en el año 38; Agripina, esposa de Domicio Enobarbo, en el año 39, y en aquella fecha, más ó menos, falleció la venerable Antonia. Circuló la versión de que Calígula la había obligado á suicidarse y que Agripina y Livilla habían tomado parte en una conspiración contra el emperador. Es difícil decir hasta qué punto eran ciertos esos rumores, pero puede darse con certeza la razón de tantas catástrofes. La vida en el palacio imperial se había hecho imposible, especialmente para las mujeres, con este insensato que estaba transformando á Roma en una Alejandría y quería casarse con su hermana. El mismo Tiberio, hijo de Druso y coheredero del imperio fué derrotado en esa época en un pleito oscuro y desapareció.

Calígula, pues, quedó solo en Roma para representar en el palacio imperial á la familia que solo por ironía podría ser considerada como la más afortunada de Roma. De tres generaciones de la misma sólo quedaba Claudio, el viejo que servía para la risa de las mujeres y los libertos, y á quien nadie perseguía por su misma insignificancia. Un loco y un imbécil—ó por lo menos uno que tenía reputación de tal—era todo cuanto quedaba de la familia de Augusto, setenta años después de la batalla de Actium.

Solo, y sin hermanas á quienes elevar á los honores divinos del Olimpo romano, Calígula se vió obligado á buscar una esposa entre las familias de la aristocracia. Pero parece que ni siquiera entre ellas hubiese gran abundancia de mujeres que poseyesen las cualidades necesarias para ser las consortes olímpicas de un dios tan caprichoso. En tres años se casó con tres y las repudió. Livia Orestilla fué la primera, Lollia Paulina la segunda y Milonia Caesonia la tercera, figuras sin relieve, sombras de emperatrices. En vano esperó el pueblo que surgiese en el palacio imperial una digna sucesora de Livia. Calígula, como todos los dementes, era solitario por naturaleza y no podía vivir con otros seres humanos; estaba destinado á quedar solo, presa de su delirio, que cada vez era más extravagante y violento. Quería imponer ahora á su imperio la adoración de su propia persona; sin considerar la oposición ni las tradiciones y supersticiones locales. Con ese propósito violentó no solamente el sentimiento cívico y republicano de Italia, que detestaba esa adoración de un hombre viviente como una innoble adulación oriental, sino también el sentimiento religioso de los hebreos para quienes este culto parecía horrible é idólatra.

Así fué como las dificultades, el descontento y la sedición surgieron en todo el imperio. Las extravagancias, los despilfarros insensatos, los placeres orgíacos y las crueldades de Calígula aumentaron la oposición y el disgusto. No debemos aceptar literalmente todos los relatos de crueldad y de violencia que los antiguos escritores nos han transmitido—pues el mismo Calígula ha sido calumniado—pero es cosa segura que en sus dos últimos años su gobierno degeneró en una tiranía desenfrenada, ex-

travagante, violenta y cruel. Cierto día el imperio despertó horrorizado ante el hecho que la familia imperial—esa familia que para las legiones, las provincias y los bárbaros era la piedra fundamental del estado—ya no existía; que en el vasto palacio imperial, vacío de mujeres, vacío de niños, vacío de esperanzas, vagaba un demente delirante de treinta y un años, que se divorciaba cada ceis meses, que derrochaba sin tasa los tesoros y la sangre de sus súbditos y que no abrigaba más idea que la de ser adorado en carne y hueso como un dios por todo el imperio. Se preparó una conspiración en el palacio mismo y Calígula fué asesinado.

Grande fué la perplejidad del Senado al saber la muerte de Calígula. ¿Qué convenía hacer? La mayoría se mostraba inclinada á restaurar el antiguo gobierno republicano mediante la abolición de la autoridad imperial y devolver al senado la dirección suprema del Estado, que poco á poco había ido pasando á manos del emperador. Pero muchos reconocían que ese retorno á la antigua forma de gobierno, ni era fácil ni dejaba de presentar peligros. ¿Podía el senado, olvidado, dividido, y poco considerado como estaba, tener éxito en el gobierno de tan inmenso imperio? Por otra parte, no era mucho más fácil hallar un emperador, puesto que era necesario designar uno. De la familia de Augusto no quedaba más que Claudio, demasiado ridículo para que pensasen en ponerlo al frente del Estado. Parece que un senador eminente propuso su candidatura, fundándose en que, si la autoridad de los miembros de la familia de Augusto era tan incierta, tan detestable y tan temida, mucho más había de serlo la de un nuevo emperador, desconocido por el ejército y las provincias, y sin el apoyo de la gloria de sus antecesores. Mientras el senado discutía con tanta incertidumbre, los pretorianos descubrieron á Claudio en un rincón del palacio, en el cual se escondió por temor de que también él fuese asesinado. Reconociendo en él al hermano de Germánico, los pretorianos los proclamaron emperador. Un acto de voluntad es siempre más poderoso que mil escrúpulos y vacilaciones: el senado cedió á los deseos de las legiones y reconoció como emperador al imbécil Claudio.





Sextercio de bronce (algo mayor que el tamaño natural) con el retrato de las hermanas de Calígula de un lado (Agripina, Drusila y Julia Sivilla) y el de Germánico del otro.

Pero Claudio no era imbécil, aunque pareciese tal á muchas personas. Era más bien, para decirlo así, un hombre cuyas facultades intelectuales estaban altamente desarrolladas, pero cuyo carácter seguía siendo siempre el de un niño, tímido, caprichoso, impulsivo, é incapaz de dominarse á sí mismo. Intelectualmente, era instruido y hasta cultivado; era aficionado al estudio de la historia, de la literatura y de la arqueología y hablaba y escribía bien. Pero Augusto se había visto obligado á renunciar á sus tentativas de hacerle ingresar en la carrera política, pues le había sido imposible conseguir que adquiriese siquiera ese aspecto exterior que confiere la dignidad necesaria á aquellos que ejercitan un gran poder, para no necesitar de la firmeza, la precisión y la fuerza de voluntad necesarias para gobernar á los hombres.

Crédulo, impresionable, timorato y al mismo tiempo obstinado, glotón y sensual, este muchacho viejo, erudito, se había vuelto en el palacio el juguete de todos, especialmente de los esclavos, quienes, conociendo sus defectos y debilidades, hacían de él lo que querían.

No careció de cualidades intelectuales para gobernar bien, pero no poseía más que una de las cualidades morales: era inteligente y parecía estúpido. Era capaz de considerar las grandes cuestiones de política, guerra, finanzas con espíritu amplio, con inteligencia aguda y original, pero nunca consiguió que le tomaran en serio las personas que le rodeaban. Se atrevió á emprender grandes proyectos, como ser la conquista de Bretaña y perdía la cabeza ante las fábulas más inverosímiles que acerca de supuestas conjuraciones le contaban las personas íntimas. Tenía mente suficiente para gobernar el imperio tan bien como lo hicieran Augusto y Tiberio, pero no lograba que le obedeciesen cuatro ó cinco esclavos ó su propia mujer.

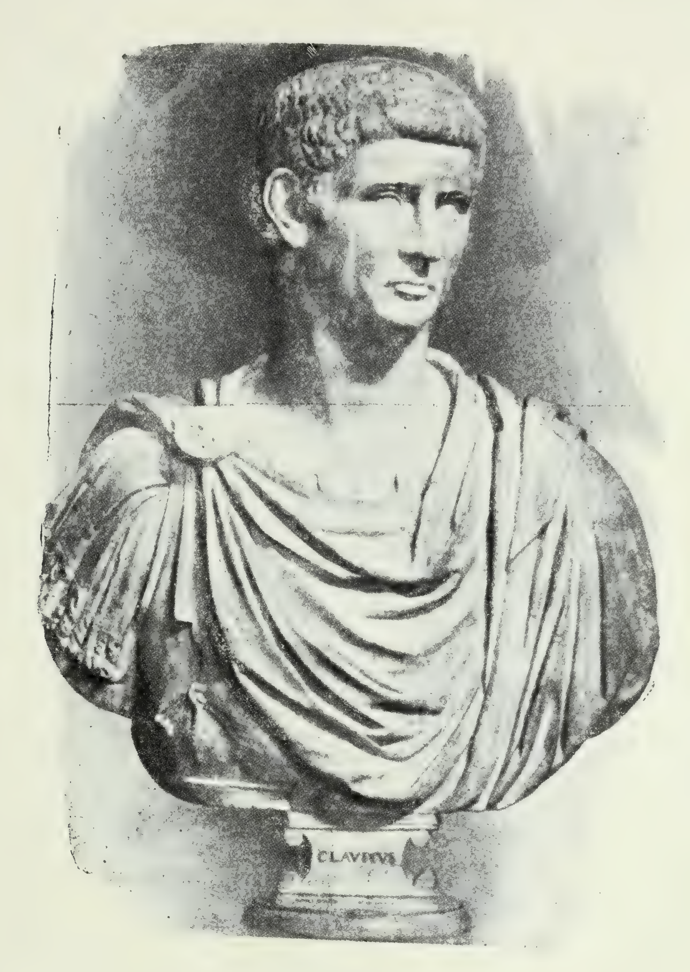
Semejante hombre estaba destinado á ser un raro emperador, á la vez grande y ridículo. Promulgó importantes leyes, emprendió obras públicas colosales; pero en su hogar fué un marido débil, incapaz de ejercer autoridad alguna sobre su esposa. Con esta debilidad conyugal comprometió seriamente la autoridad imperial, á la vez que la consolidaba é ilustraba con hermosas y atinadas empresas, especialmente en los siete primeros años de su vida y mientras vivió con Valeria Mesalina.

Debemos admitir, para justificarlo, que no había sido muy afortunado desde ese punto de vista; pues la suerte le había dado por esposa una mujer que, á pesar de sus ilustres antecesores, pertenecía á una de las más grandes familias de Roma, relacionada con la de Augusto—no en la dignidad imperial. Por todos es sabido que el nombre de Valeria Mesalina, era la que convenía para acompañarlo y que ha llegado á ser en la historia el sinónimo de todas las faltas y de todos los vicios en que puede incurrir una mujer. Esto, como en otros casos, es el resultado de la envidia y la malevolencia que nunca perdonaron á la familia de Augusto mientras vivió alguno de sus miembros. Pero muchas de las infamias que le son atribuídas, son evidentemente fábulas, repetidas con complacencia por Tácito y Suetonio creídas fácilmente por la posteridad. Pero lo cierto es que Mesalina no era un monstruo. Era una mujer hermosa, caprichosa, alegre, poderosa, despreocupada, ávida de lujo y de dinero, que nunca tuvo escrúpulo en abusar de la debilidad de su esposo ya para engañarlo, ya para obligarlo á obedecer en todo á sus caprichos y á su voluntad. Mujeres así se encuentran en todas las épocas y en todas las clases, y son generalmente consideradas por la mayoría de la gente, no como monstruos, sino como variedades agradables, aunque peligrosas, del sexo femenino. Sin embargo, en condiciones normales, cuando el esposo emplea cierta energía y sagacidad, el peligro que ofrecen es relativamente reducido.

Pero quiso el azar que Mesalina fuese emperatriz, y Mesalina no era suficientemente inteligente ó seria para comprender que, si había podido abusar impunemente de la debilidad de Claudio mientras era éste el miembro más oscuro de la familia imperial, era cosa mucho más difícil seguir haciéndolo ahora que era jefe del Estado. De este terror nacieron todas las dificultades. Embriagada por su nueva situación, Mesalina más que nunca aprovechó la debilidad de su esposo. Comenzó por hacer nacer nuevas disensiones en la familia imperial. Claudio había vuelto á llamar á Roma á las dos víctimas de los caprichos egipcios, Calígula, Agripina y Julia Livilla; pero si éstas ya no tenían hermano que las persiguiese, en cambio tenían una tía, y muy poco ganaron con el cambio. Mesalina no tardó en sentirse celosa por la influencia que ambas hermanas adquirieron sobre la mente de su tío, y no tardó en conseguir que Julia Livilla fuese acusada de haber quebrantado la *lex de adulteris,* y fuese desterrada con Séneca, el famoso filósofo, que con una mujer virtuosa, según queda demostrado por el hecho de que no dió asidero á semejantes ataques y pudo permanecer en Roma, aunque tuvo que resguardarse prudentemente de su enemiga, y mucho más cuanto que había enviudado recientemente y no podía por lo tanto contar siquiera con la protección de un esposo. Aunque permaneciese en Roma, se veía pues aislada y reducida á una situación desamparada.

Mesalina sola, con cuatro ó cinco libertos inteligentes y sin escrúpulos, permaneció junto á Claudio, y comenzó el período de su gobierno común—gobierno de

cierto que entre esos libertos había hombres como Narciso y Rallas, inteligentes y sagaces, que no trataban únicamente de llenar sus bolsillos, sino que ayudaban á Claudio á gobernar debidamente el imperio. Mesalina por su parte, sólo trataba de adquirir riqueza para disiparla en lujo y placeres. Se vió entonces á la mujer del emperador vendiendo su influencia á los soberanos aliados y vasallos, y á todos los personajes acaudalados del imperio que deseaban obtener cualquier favor de la autoridad imperial; se la vió recibir dinero de los empresarios de obras públicas, mezclarse en los negocios financieros del Estado, cada vez que podía sacar de ello algún provecho pecuniario. Y con las sumas reunidas de ese modo se la vió violar con ostentación la *lex sumptuaria* y llevar una vida de placeres indecorosos, en medio de la cual es fácil imaginar qué clase de ejemplo de las virtudes femeninas podía suministrar; Claudio no sabía nada de todo esto, ó consentía en ello sin protestar.



CLAUDIO

Sin embargo era difícil que semejante emperatriz lograse agradar al público. Si bien aquellos que sacaban provecho de sus disipaciones le mostraban mucha admiración, entre el pueblo comenzaba á producirse un activo movimiento de protesta. Fieles á las grandes tradiciones latinas, Roma é Italia no podían tolerar semejante vacante disipada, que habría debido ser condenada á la infamia y al destierro con tantas otras mujeres que habían sido menos infieles á sus esposos y que con la osadía de su impunidad des-

honraba y ponía en ridículo á la autoridad imperial. Además, á todos parecía escan- increíbles derroches y extorsiones. Es daloso que un emperador pudiese á la vez ser un esposo débil; pues el sencillo buen sentido de los latinos no podía admitir que un hombre capaz de gobernar un imperio no pudiese hacerse obedecer por una mujer. Pronto llegaron á pensar las personas razonables que Mesalina constituía no solamente un escándalo, sino también una amenaza continua para el público.

A pesar de todo, no habría sido fácil aún cuando el emperador lo hubiese querido, acusar á una emperatriz de infidelidad y desobediencia á las grandes leyes de Augusto. Calígula había sido un insensato que había logrado tres divorcios, pero un emperador con más tino había de pensarlo mucho antes de hacer pública la vergüenza y el escándalo de su familia. Pero el problema no tenía solución cuando el emperador no veía ó no quería ver las faltas de su esposa. ¿Quién iba á atraverse á tomar sobre sí el acusar á la emperatriz?

La situación se hizo cada vez más grave y peligrosa. El Estado gobernado con inteligencia, pero sin energía, con muchas contradicciones y vacilaciones, se robustecía, desde ciertos puntos de vista, y se deshacía en pedazos bajo otros aspectos. El poder y las extorsiones de los libertos suscitaban descontento en todas partes. Fuese por lo que hacía realmente, ó por lo que el populacho creía que hacía, Mesalina se iba transformando en un personaje legendario cuyas infamias despertaban indignación general, pero todo era inútil. Pronto se hizo evidente que la emperatriz era virtualmente invulnerable. Exasperado el público, acabó por dirigir contra Claudio la ira que la mala conducta de Mesalina había suscitado. Declaró que la debilidad del emperador era la causa de la mala conducta. Las intrigas, las violencias, las conspiraciones y las tentativas de guerra civil, llegaron á ser, según dice Suetonio; hechos diarios en Roma.

La inseguridad y la duda reinaba en el Estado á consecuencia de la indecisión del emperador, y todos comenzaban á preguntarse cuánto tiempo podía durar un gobierno que estaba en manos de una disoluta. Se daban cuenta que una pequeña conspiración ó una rebelión de los legionarios podían derrocarlo de la noche á la mañana, como lo habían hecho con el de Calígula. Todos los corazones estaban llenos de sospechas, desconfianza y miedo; y muchos pensaban que puesto que Claudio no lograba librar al imperio de Mesalina, convendría librar al imperio de Claudio.

Durante siete años, pues, Mesalina fué la gran debilidad de un gobierno que poseía méritos señalados y realizaba grandes cosas. De todos los emperadores de la familia de Augusto, Claudio fué ciertamente aquel cuya vida fué amenazada más seriamente, pues vivió en continuo peligro y principalmente á causa de su esposa. Esa situación no podía prolongarse.

Quedó resuelta por fin, mediante un escándalo trágico, que, si pudiésemos creer á Suetonio y á Tácito, constituiría ciertamente la más monstruosa extravagancia á que podía dejarse arrastrar una imaginación depravada por el poder. Según dichos escritores, Mesalina, no sabiendo ya qué nuevo entretenimiento inventar, concibió cierto día la idea de casarse con Silio, joven de quien estaba muy enamorada, que pertenecía á una familia distinguida y estaba designado para ser cónsul. Según los mismos, por darse el gusto de escandalizar á la ciudad imperial con el sacrilegio de una bigamia, se casó con él en Roma, con las ceremonias religiosas más solemnes mientras que Claudio estaba en Ostia. ¿Pero es esto creíble, á menos que Mesalina hubiese enloquecido de repente? ¿Con qué objeto y para qué habría cometido semejante sacrilegio que había de herir en lo más hondo el sentimiento popular? Disoluta, cruel, avara, todo eso era Mesalina, pero no era demente. Y aun suponiendo que hubiese enloquecido, ¿es concebible que todos aquellos que debían intervenir en esta forma repelente, hubiesen enloquecido también? Es difícil suponer que procedieron por temor, puesto que la emperatriz no disponía de tanto poder en Roma como para obligar á personajes á cometer públicamente semejante sacrilegio.

Este episodio constituiría probablemente un enigma indescifrable si por casualidad no nos diese Suetonio la clave de su solución: "Nam illud omnen fidem excesserit quod nuptiis, quas Messalina cum adultero Silio fecerat, tabellas dotis et ipse consignaverit." ("Pero

lo que excede de todo lo que puede creerse es el hecho que, en el casamiento que Mesalina contrajo con el adúltero Silio, él mismo (Claudio) subscribió las cifras de la dote.").

Si Claudio dió personalmente una dote á la novia, es pues que sabía que había de realizarse el casamiento entre Mesalina y Silio; y este es precisamente el hecho que parece increíble á Suetonio. Pero sabemos que en la aristocracia romana un hombre podía entregar su propia esposa en casamiento en esa forma. ¿No hemos visto en esta misma historia que Livia recibió una dote y fué entregada en matrimonio á Augusto, por su primer esposo el abuelo de Claudio? El pasaje de Suetonio nos demuestra que ya no se comprendía esa costumbre matrimonial y es dudoso si el mismo Tácito la entendió debidamente.

En breves palabras, Claudio había convenido en divorciarse de Mesalina y en casarla con Silio. El pasaje de Suetonio, cuidadosamente interpretado nos lo dice. No sabemos qué medios fueron puestos en uso para que Claudio diese su consentimiento. Suetonio hace alusión á ello, pero no de un modo claro. ¿Por qué quiso Mesalina, á los siete años de imperio divorciarse y casarse luego con Silio? El problema no es fácil de resolver, pero después de examinarlo detenidamente he decidido aceptar con una leve modificación la explicación suministrada por Humberto Silvagni en su hermosa obra: "El imperio y las mujeres de los Césares", libro que contiene muchas ideas originales y mucha observación aguda.

Silvagni, que es un excelente estudioso de la historia romana, ha demostrado muy bien que Silio pertenecía á una familia de la aristocracia, famosa por su adhesión al partido de Germánico y de Agripina. Su padre, que había sido muy amigo de Germánico, fué una de las víctimas de Sejano, pues al ser acusado en tiempos de Tiberio, de alta traición, se había suicidado. Su madre, Socia Salla, se había visto condenada al destierro por su adhesión á Agripina. Partiendo de esas bases y examinando con sagacidad los relatos de todos los antiguos historiadores, Sivagni llegaba á la conclusión que tras ese matrimonio se ocultaba una conpiración para arruinar á Claudio y poner á Cayo Silio en su lugar. Mesalina debió de darse cuenta de que la situación era insostenible; que Claudio no era un emperador suficientemente fuerte y enérgico para imponeral imperio el gobierno desorganizado de sí mismo y de sus libertos, y que algún día sería víctima de alguna conspiración ó de un asesinato. ¿Qué sucedería en ese caso? Ella correría probablemente igual suerte. En consecuencia se propuso arruinar personalmente al emperador con el objeto de contribuir á la elevación de su sucesor y conservar así junto á éste el puesto que había ocupado en la corte de Claudio. Muerto Claudio no habría habido ningún miembro de la familia de Augusto con edad suficiente para gobernar. Resolvió, pues, elegirlo en una familia famosa por su devoción á Germánico y á la rama más popular de la casa imperial, esperando de ese modo que le sería más fácil obtener de las legiones y de los pretorianos que se adhiriesen al nuevo emperador.



El filósofo Séneca

Puesto que los descendientes de Druso habían muerto, ¿qué recurso los quedaba sino elegir un sucesor entre las familias de la aristocracia que le habían demostrado mayor devoción y cariño?

Así, por primera vez, una mujer se vió al frente de una vasta conspiración política, y mostró tanta sagacidad en la organización de su plan que los más inteligentes é influyentes de los libertos

vacilaron mucho tiempo entre unirse á ella ó al emperador. Permitieron que Mesalina y Silio alistasen amigos y partidarios en todas las clases de la sociedad romana, se pusiesen de acuerdo con los guardias, obtuviesen el divorcio de Claudio y celebrasen su matrimonio, sin descubrir á éste lo que ocurría. Es probable que Claudio habría sido asesinado si, en el último instante, Narciso no se hubiese decidido á acudir á Ostia, é infundiéndole horrible terror, no le hubiese inducido á destruir la conspiración con un golpe atrevido é inesperado. Siguió uno de esos períodos de asesinatos judiciales que durante treinta años habían costado tanta sangre á Roma y en esta carnicería cayó también Mesalina.

Después del descubrimiento de la conspiración, Claudio arengó á los soldados y les dijo que puesto que no había sido feliz en sus casamientos, no tenía la intención de tomar otra esposa. El propósito era sensato, pero difícil de cumplir, puesto que muchas razones inducían á un emperador á casarse.

Muy pronto vemos á Claudio consultando á sus libertos acerca de la elección de otra esposa. Hubo mucha discusión é incertidumbre, pero la elección recayó finalmente en Agripina. Era significativa la designación. Agripina era sobrina de Claudio y los casamientos entre consanguíneos de ese grado, si bien no eran exactamente prohibidos, eran considerados por los romanos con profunda repulsión. Claudio y sus libertos no se habrían decidido á afrontar esa repugnancia á no ser por razones muy importantes. Entre ellas la más seria probablemente era que después del ejemplo de Mesalina lo mejor era no salir de la familia. No era probable que una emperatriz perteneciente á ésta conspirase contra los descendientes de Augusto como lo había hecho aquella mujer que pertenecía á una de las familias aristocráticas que odiaban más profundamente á la casa imperial. Agripina además era hija de Germánico. Esto era muy importante desde el punto de vista del pueblo, de las cohortes pretorianas y de las legiones. También era inteligente, cultivada, sencilla y económica; había crecido en medio de los asuntos políticos, sabía como era gobernado el imperio, y hasta aquel día había llevado una vida irreprochable. Parecía ser la mujer destinada más que cualquiera otra á hacer que el pueblo olvidase á Mesalina y á restablecer entre las masas el respeto por la familia de Augusto, seriamente comprometido por tantos escándalos y disensiones. Además no parecía sufrir mucho en la comparación con Livia.

Claudio se dirigió al senado diciéndole que autorizase los casamientos entre tíos y sobrinas, pues no se atrevía á asumir la responsabilidad de ir en contra del sentimiento público. Y así fué como la hija de Germánico y hermana de Calígula llegó á ser emperatriz.



El Secreto

Derecho de traducción exclusivo para "ATLANTA": clichés originales traidos expresamente de Europa.

—Si yo fuese supersticiosa—dijo ella—tendría miedo.

—¿Miedo de qué? No estamos sentados debajo de una escalera, ni somos trece.

Se interrumpió y agregó con ternura:

—Somos uno, ¿no es verdad? Uno solo, Enid.

—Sí—dijo ella.

Bajó su mirada hacia él, que estaba acostado sobre la gran roca chata, y luego hacia las demás rocas que se elevaban en torno de ellos á gran altura, grandes moles cubiertas de musgo, puestas una sobre otra en enormes masas majestuosas: grises, con tiernos líquenes verdes y con reflejos dorados y rojizos á la luz del sol; y luego miró al pie del acantilado, donde las olas venían á romperse contra otras rocas menores, en-



Ella se sentó á su lado y paseó la tranquila y soñadora mirada por el mar, el cielo y las rocas.

Del "Strand Magazine."

viando hacia arriba como chorros de espuma desmenuzada, cubriendo y descubriendo las piedras mojadas, cuyas puntas revelaban con cruel sugestión la presencia de más rocas escondidas en el agua. Un viento fresco soplaba del mar y las olas presurosas se sucedían unas á otras sin descanso y se deshacían en hermosas espumas al chocar contra el pie del acantilado.

—¿No es todo esto hermoso?— dijo él.—No veo de qué habrías de tener miedo en un día como éste.

Ella se volvió sonriente hacia él.

—Por eso mismo. Es demasiado hermoso—dijo.

—¿Qué dices? No te vuelvas profunda, querida mía. Recuerda que prometiste explicarte siempre.

—Eres un niño—dijo ella riendo. —Bueno, no es esto solamente... Ya sabes, Dick, que mi vida no ha sido siempre feliz.

—Ya me encargaré yo de que lo olvides.

Ella le agradeció con un gesto de la cabeza.

—Sí. En eso estaba pensando. Miraba este hermoso mar de un verde tan profundo y... pensaba en...

—¿En el martes pasado?

—Sí. En el día en que nos casamos. Y todo es tan hermoso y feliz y admirable que yo... yo casi tuve miedo. ¡Oh! durante un minuto no más. Tuve miedo de que esto sea demasiado, sí, demasiado hermoso.

El la atrajo hacia sí.

—¡Pobre queridita mía!

. . . .

—¡Mira á aquel hombre! ¿No parece un mosquito?

Ella siguió la dirección de su mirada fija en la cumbre de la roca más alta, sobre la cual estaba parado un hombre que contemplaba el mar.

—¿No es el hombre que pasó esta mañana por el hotel?—dijo ella.—¿Recuerdas? Yo te dije que tenía una cara parecida á una muñeca holandesa.

—No alcanzaba á reconocerle. No puedo imaginarme cómo haces para distinguirlo tan bien á semejante distancia.

—Por sus piernas. Tiene piernas muy raras. Parece que estuviesen vueltas al revés. Mira cómo se destacan en el cielo.

El miró con ojos soñolientos hacia aquel par de piernas cubiertas con medias largas hasta las rodillas, y que podían ser cualquiera otra cosa, por lo que alcanzaba á distinguir.

—No alcanzo á ver nada de todo eso.

—Porque estas medio dormido.

El se sonrió.

—¡Se está tan cómodamente aquí! Pero no estoy durmiéndome... Estoy pensando.

—¿En qué?—preguntó ella.

—¡Oh! En mi tía Luisa, por supuesto. Dame la mano. Vaya, no seas tonta. No hay nadie en una milla á la redonda. Aquel individuo no puede vernos. No creo que tenga tanta imaginación como tú, y de todos modos eres mi esposa. Enid, ¿qué me prometiste el viernes pasado? Me llenas de sorpresa y de pesar.

Sentada junto á él, con la mano entre las suyas, seguía ella contemplándolo todo, el mar y el cielo y las rocas, y á impulsos de ese miedo que seguía abrigando en lo más profundo del corazón, se sentía inclinada á imaginar tragedias. Dijo:

—Dick, supongamos que aquel hombre de allá arriba—ahora está trepando—supongamos que se cayera. ¿No tratarías de salvarlo?

—Por supuesto que trataría. Pero no lo conseguiría.

Ella miró hacia las puntas agudas de las rocas que las olas cubrían y descubrían y se estremeció.

—No podrías ir nadando hasta él—dijo ella.—El mar...

—El mar me desharía en pedazos —agregó él riéndose.—No iría muy lejos. Pero no creo que tenga la intención de caerse. ¿Para qué imaginar horrores?

—Yo no sé nadar—dijo ella.—Desearía que tú tampoco supieses.

—Enid, esas son imaginaciones mórbidas.

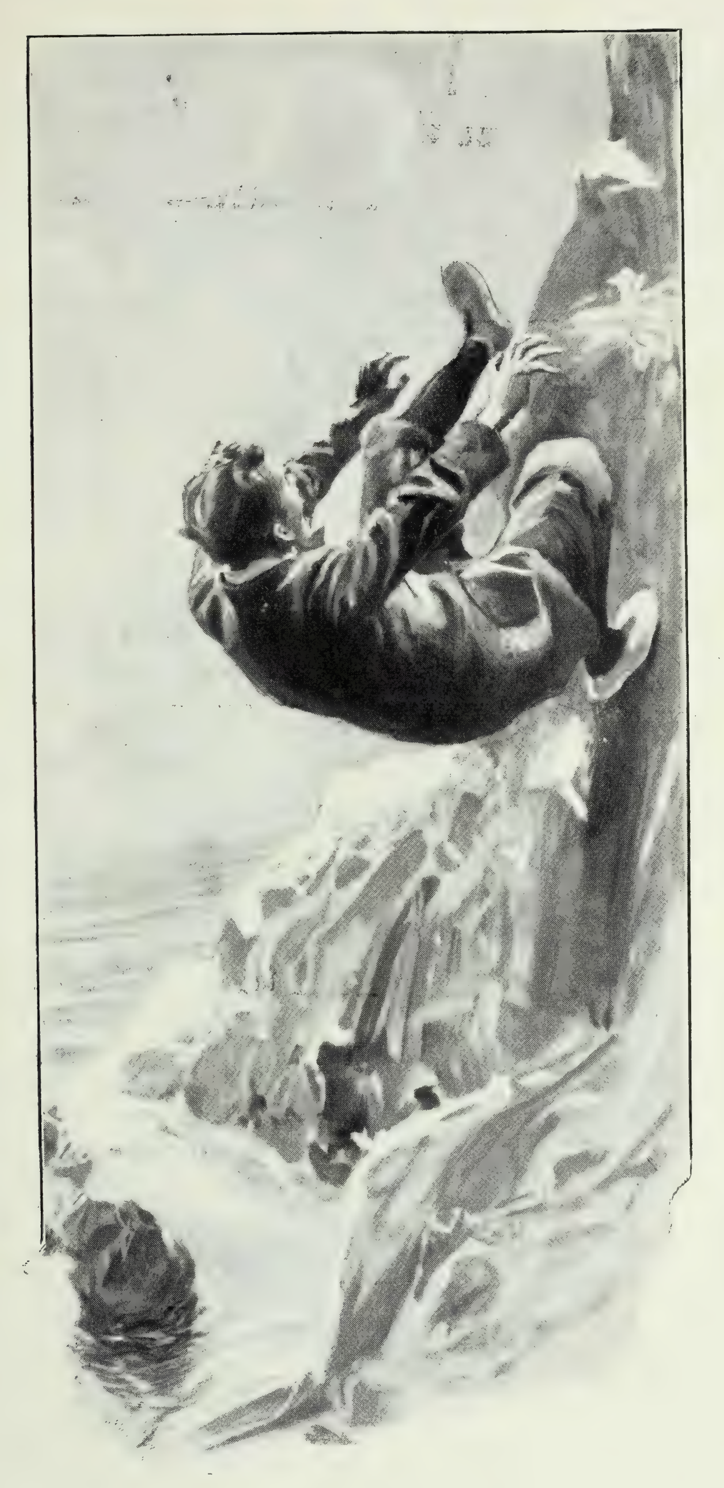
Ella tuvo como una risita de excusa.

—Ya lo sé. Y lo siento.

—Por supuesto que debes sentirlo.

—Pero, Dick, deja que te pregunte: ¿Crees tú que harías bien en arriesgarte? No lograrías salvarlo y... y me dejarías...—se interrumpió, sin poder seguir su frase. — A nadie sería útil tu tentativa. Sería un verdadero suicidio.

Dick se echó el sombrero hacia atrás y sus ojos azules la miraron con súbita seriedad.


De pronto perdió el equilibrio y cayó.

—Pero debería hacerlo..... sin más, — dijo sencillamente.

Ella exclamó con ¡apasionada vehemencia:

—¿Por qué? ¿Cómo puedes pretender que me quieres como yo te quiero? Me quieres... y harías eso? ¡Transformarías mi vida en una tragedia..... me matarías...! ¿Y para qué? Para satisfacer á un instinto convencional. Te matarías... ¡muerte horrible!.. ante mi vista, por no ser bastante valiente..... por no amarme lo bastante... para contenerte..... porque no te atreverías á vivir con lo que algunos locos convencionales podrían llamar una consciencia de cobarde! Tal vez no valga ese hombre la pena de salvarle; pero aunque lo valiese... aunque tuviese mujer é hijos para llorarlo... sería lo mismo. No podrías salvarlo. Sabes muy bien que no podrías nadar entre estas rocas. ¡Y para eso me dejarías!

Su voz se interrumpió. Dick se había sentado y la miraba, con una especie de perplejidad curiosa y asustada. Ro-

deó su talle con el brazo.

—Querida mía... me causas mucha pena—dijo.—No comprendo lo que te pasa. Vamos, ¿supongo que esto va pasando?

Ella se sonrió entre sus lágrimas.

—Pobre mi Dick—dijo ella con voz temblorosa. — No sé lo que tengo esta mañana. Merecería una azotaina.

—Sí, de veras—dijo él, volviendo á su habitual jovialidad.—Ya lo veremos más tarde. ¿Ahora está concluido y olvidado, verdad?

—Sí, pero... dijo ella tomándole la mano con zalamería. — ¿Lo harías, Dick?

—Hacer, ¿qué?

—¡Oh, no me mires tan serio! No voy á volver á empezar, solo que... quería saber si... tratarías de salvarlo.

—Sí—dijo él con cierta sequedad.

Ella suspiró.

El agregó, tratando de explicar lo que para él no tenía explicación:

—Comprende, querida mía, tendría que hacerlo... no podría dejar de hacerlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tú misma no querrías que yo fuese cobarde. ¿No es cierto?

Ella lanzó una deliciosa risita:

—¡Oh! querido mío, no! Quiero que seas siempre como eres. El más valiente y el mejor.

—Bueno, ya ves. ¡Oh muchacha sin lógica!

Ella le sonrió mirándole con ternura.

Volvió á reinar el silencio entre ellos. El extendió la mano, asió la suya y murmuró: "Querida manecita". Luego cerró los ojos. Ella se recostó contra la roca, y siguió contemplando lo que la rodeaba, contenta de que sus pensamientos se asemejasen á un sueño hermoso y feliz. Sus miradas después de vagar perezosamente se dirigieron hacia la roca más alta y vió que el hombrecito semejante á una muñeca holandesa estaba siempre allí, sentado ahora sobre el musgo y mirando hacia el mar. Ella tuvo un movimiento de impaciencia. Le parecía de un modo indefinible que constituía una nota discordante en aquel mundo de belleza.

—¿Qué hay... querida?

Ella contestó á la pregunta hecha con voz soñolienta.

—Nada; sigue durmiendo. Tal vez esté componiendo un soneto.

Le resultó imposible apartar sus miradas de aquellas altas rocas, sobre cuya cumbre estaba sentado el hombrecito. Sintió como un alivio al ver que se ponía al fin de pie y, después de estirar los brazos, se internaba. Lanzó un suspiro de alivio, que quedó interrumpido, pues el hombre volvió sobre sus pasos y se detuvo otra vez en el sitio en que había estado sentado, y comenzó á ir y volver en corto espacio, con la cabeza inclinada, como si buscase algo que hubiese perdido. Ella le observaba con impaciencia. El se acercó á la orilla y miró hacia abajo. Ella no lo perdía de vista. El extendió la cabeza, y de repente, perdió el equilibrio y cayó. Ella le vió caer. Vió como se asía ansiosamente del ángulo de la roca, como se le deslizaba entre las manos, y cómo desaparecía en medio de las rocas. Lo vió y no se movió ni gritó. Una gran ansiedad la acongojaba... deseaba con toda su alma que Dick no despertase. Se mantuvo inmóvil, conteniendo la respiración, medio desvanecida, luchando contra el impulso que la llevaba á apretar la mano que tenía asida á la suya. El hombre gritó al caer, y ella temió un segundo que despertase á Dick. Más tarde había de resonar con implacable insistencia ese grito á sus oídos, pero ahora solo veía en él un peligro de que despertase el hombre que dormía junto á ella. No hubo más. En menos de un minuto, todo estuvo concluído, pero ella no se movió por largo rato. Se alegraba al pensar que Dick no podría ver nada al despertar. Luego una debilidad se apoderó de ella y se desvaneció.

Cuando volvió en sí, se incorporó y miró en torno suyo, tratando de comprender, de recordar. El sitio junto á ella en que había estado Dick, estaba vacío. Con la sorpresa consiguiente se acordó de lo ocurrido. Se apoderó de ella un horrible miedo de que Dick hubiese notado algo y hubiese acudido á salvar al hombre. Sus miradas recorrieron con ansiedad las rocas semicubiertas ahora por la marejada, y sus gritos le llamaron desesperadamente.

El llegó corriendo de entre las rocas que tenían detrás, y ella se arrojó en sus brazos sollozando, rogándole que no volviese á dejarla sola.

El estaba pálido y deprimido; pero con todo la consoló y consiguió secar sus lágrimas.

—Estabas durmiendo, querida mía, y



"¡Usted! ¡Es usted! ¡Oh, gracias Dios mío!".

creí poder volver antes de que despertases. ¿Qué te pasa, Enid? ¿Alguna pesadilla?

—Sí, sí... ¡Oh, qué horrible sueño, Dick! No te apartes de mí... prométeme que no volverás á hacerlo. Volvamos pronto.

Regresaron al hotel. Ese día salían de aquella localidad, prosiguiendo su viaje. Ella apresuró los preparativos febrilmente. Los días siguientes no le dejaron más que recuerdos confusos. Solamente dos cosas quedaron en su memoria: una de ellas era el eco de la voz desesperada del hombre al caer; otra, las tretas vergonzantes de que se valió par impedir que Dick leyese los diarios. Ella no se atrevió á mirar ninguno durante muchos días.

II

La gente de Fordingham decía que era muy triste que fuese tan delicada la joven señora de Renrose. Otros opinaban que era enfermiza, y otros que debía de haber algo y que ese casamiento parecía destinado á concluir mal. Muchas personas conocían á Dick desde su nacimiento; todos podían dar testimonio de su jovialidad, de su buen humor antes de casarse, y ahora meneaban la cabeza al ver lo cambiado que estaba. Era obvio que estaba muy preocupado por el estado delicado de su esposa, ó por lo que pasaba á su esposa, fuese lo que fuese.

Al entrar Enid en relaciones con todos los antiguos amigos de su esposo, se convencía cada vez más de que nunca habría de confesarle lo que había hecho aquel día de su viaje de bodas. Había momentos en que el deseo enfermizo de descargar su conciencia, de descorrer el velo que los separaba, llegaba á hacerse tan intenso que casi estaba á punto de correr el riesgo de su indignación y desprecio y confesarle la verdad. Había otros en que habría preferido cualquier tormenta al de esa sombra que los separaba esa hipocresía que la agobiaba. Pero consiguió callar. Al oir relatar los hechos en que había quedado demostrado el valor de su esposo y el valor de sus mayores, le fué imposible desplegar los labios. Los amigos, los antiguos servidores, los aldeanos, le contaban incidentes que atestiguaban el arrojo de Dick. El la despreciaría si supiese. Las mujeres de la familia habían sido tan valientes como los hombres. Habían sabido sonreir al despedirse de los que marchaban á la guerra. Habían perdido á los suyos con valor. Al recorrer los retratos de mujeres hermosas, de miradas claras y valientes, que llenaban la antigua galería, Enid se estremecía ante la idea de confiar su secreto. Esa galería ejercía sobre ella una especie de atracción mórbida Allí pasaba una buena parte de su tiempo; á veces Dick la hallaba en ella y le relataba los hechos de aquellos antecesores suyos. Allí la encontró cierta mañana fría de Febrero. Parecía estar preocupado.

—¿Qué ocurre, Dick?

—Nada. Es el socialista aquél, ¿sabes?... Barker. Vino á este distrito para tratar de hacer propaganda entre nuestra gente.—Se rió y agregó. —No creo que la recepción que encuentre sea particularmente calurosa.

—No—dijo ella, señalando los retratos.—Quedan demasiados recuerdos de tu familia.

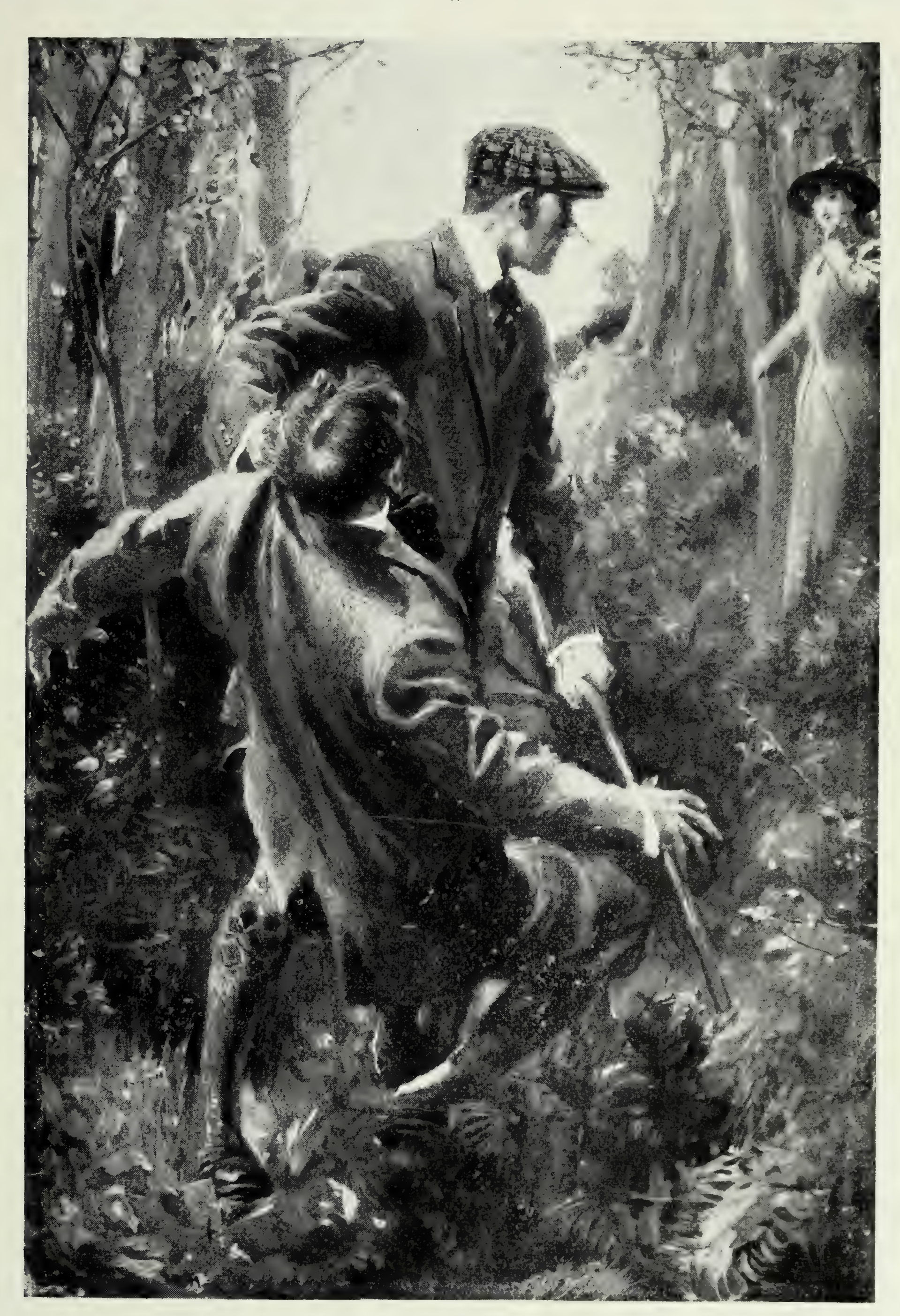
Permanecieron un minuto silenciosos. Ella tuvo un estremecimiento.

—Hace frío; vámonos á la biblioteca.

—Me gustaría ver al hombre ese... Barker—dijo algo más tarde.

—Es bastante fácil—dijo él riéndose. —Hará bastante ruido y se hará ver suficientemente. No se contentará con una modesta retirada.

Ella tuvo ocasión de verlo esa misma tarde. Iba sola, paseándose por el bosque; el aire era seco y tonificante, y la selva estaba muy hermosa. Su serena belleza, su paz y tranquilidad parecían calmar su constante desasosiego. De repente oyó un paso que se acercaba y hacía crugir las hojas secas, y, volviendo sorprendida la cabeza, vió á un hombre que se dirigía hacia ella. Aun estaba á cierta distancia. Era un hombre bajo, grueso, cuya cabeza permanecía en la sombra, mientras que sus piernas mal formadas y cubiertas con medias hasta las rodillas se destacaban en la luz de un claro del bosque. Enid se detuvo. Las palpitaciones de su corazón parecían sofocarla. El se fué acercando y lo reconoció del todo. Era el rostro que había comparado con el de una muñeca holandesa. Sus labios se entreabrieron, pero ningún sonido salió de ellos. Se quedó tiesa, pálida, muda, sin alientos, mirándole con fijeza. El creyó notar altanería en su actitud. Se encogió de



Ella lo vió moverle violentamente de un lado para otro como si fuera una rata.

—¿Supongo que va á decirme que no hombros y observó con insolencia: tengo derecho de pasar por acá? Me niego á admitirlo. Tengo tanto derecho como usted, tanto derecho como el hombre que se cree dueño de este sitio y de las almas de los millares de aldeanos que viven en el distrito...

Ella no le oía. Su respiración se volvía anhelosa. Por fin pudo exclamar:

—¡Usted! ¡Es usted! ¡Gracias, Dios mío!

El más profundo asombro se pintó en el rostro ancho y chato del hombre; la miró boquiabierto sin comprenderla.

—¡Usted está vivo! ¡Usted no se ahogó!

Pareció que él la iba reconociendo.

—¡Oh! Ahora la recuerdo—dijo.

Se detuvo de repente, observándola con fijeza.

Ella estaba temblorosa por efecto de la impresión que le había causado su vista.

Una sonrisa de desprecio se dibujó en los gruesos labios del hombre.

—No, no me he ahogado—dijo con voz ruda.—Pero no fué por culpa suya, ni por la de su valiente marido.

—Oh, cállese, cállese. El dormía. Yo fuí. Yo sola.

—Sí. Usted estaba sentada en las rocas. La voy recordando muy bien. Ya los había visto antes, tan anchos y orgullosos como si el mundo entero fuese de ustedes. No, no me ahogué. Pero recibí un buen golpe. ¿Por qué no despertó usted á su marido, eh?

Ella retrocedió. Todo su orgullo habitual la abandonó. Miró temerosamente en torno suyo mientras él la observaba con mirada astuta.

—No quería... ¡que se ahogase! —dijo ella en voz baja, cubierta de vergüenza.

—Conque no, ¡eh! ¡Qué le importaba de mí! Bueno, aquí tengo una bonita anécdota para los locos de la región. Esto les quitará las ganas de adorar á sus héroes. Una linda anécdota, de veras y ya sabré contársela como es debido. Sabrán que la mujer...

—¡Cállese!

Durante un instante, á pesar de sí mismo, esta orden le enmudeció. Al volver á hablar cambió de tono y de expresión.

—De todos modos vendrá de perillas—dijo con obstinación.—No me intimida, aunque me mire como si fuera el barro de sus zapatos. Supongo que poco le importaba que yo me hubiese ahogado. No valía la pena de correr riesgos...

—Oh, ¡cállese! Alguien podría oir.

Hubo otra pausa. Las miradas astutas del hombre no se apartaban del rostro cubierto de rubor de Enid. Dió un paso hacia ella y habló en voz más baja.

—Bueno. Renunciaré á valerme de esto, si usted hace lo que corresponde.

Ella lo miró sin comprenderlo.

—Es cuestión de dinero—agregó el hombre.—¿Comprende? Deme cincuenta libras y cerraré el pico.

. . . .

Al regresar á su casa se sentía como aliviada de un peso, feliz. No la atormentaba ya una conciencia de homicida... ¡el hombre estaba vivo! No le sería posible confesarse á Dick, pero ya no existiría entre ellos aquella sombra. El hombre se marcharía; había quedado convenido entre ellos. Ella le mandaría el dinero á una dirección que le indicó en Londres. Alzó la frente y aspiró con ansias el aire fresco y puro. ¡El hombre estaba vivo! Vivo, sano, y repelente! Si hubiese despertado á Dick no estaría por eso más vivo y Dick tal vez..... Apresuró el paso. Corría hacia él. Cuando estuvo junto á él sus miradas brillantes se fijaron ya sin remordimiento alguno en su rostro. ¡Cómo le había causado pena y preocupación! Lo envolvió en sus brazos, apoyó su mejilla contra la suya, como si quisiese aplanar los surcos que la preocupación habían trazado en sus facciones, y lo besó una y cien veces apasionadamente.

Una semana después recibió una carta en que Barker le exigía otras diez libras. Y se dió cuenta de la dificultad en que se había puesto. Rechazando la idea de los engaños á que debería recurrir para obtener el dinero que Barker seguiría pidiéndole, le escribió declarándole que no le mandaría más dinero y que había resuelto contarlo todo á su esposo. La carta que recibió en contestación de la suya la sobresaltó terriblemente, pues comprendió con qué pillastre tenía que habérselas. Porque Barker la amenazaba, en caso de no recibir las diez libras antes de dos días, con publicar el episodio, sin olvidar el pacto que había mediado entre ellos; y agregaba que persentaría la cosa de tal modo que á nadie cupiese dudas de que su esposo era un cobarde que se ocultaba tras de las polleras de su mujer. Ella le mandó las diez libras y un mes después otras veinte. Sabía que cada vez se hundía más en aquel tembladeral y esa idea la enfermaba. Llegó un momento en que se vió obligada definitivamente á rehusarle el dinero que le pedía. No lo tenía y por nada habría mentido á Dick para obtenerlo.

Barker fué á Fordhingham en busca





de ella; la acechó en el bosque hasta que dió con ella. El encuentro ocurrió en uno de los senderos. El se dirigió hacia ella y le reclamó con insolencia el dinero. Sabía Enid que Dick venía detrás, que sólo se había detenido á hablar con un guardabosques, y que de un momento á otro la alcanzaría. Se estuvo callada, esperando, hasta que oyó los pasos de Dick que se acercaban. Vió que el hombre con cara de muñeca holandesa se volvía y echaba á correr, vió que Dick corría tras él, lo alcanzaba, lo sacudía por el cuello, como si fuese una rata y lo arrastraba hasta donde estaba ella.

—He oído la voz de este hombre. ¿Qué te estaba diciendo, Enid?

Ella habló con desmayo, consciente del deseo de hallar un sitio en donde dejarse caer sentada, pues las piernas le flaqueaban.

—Es el hombre que se hallaba en la cima de la roca. Mientras tú dormías, se cayó al mar, y yo no te desperté porque no quería que te ahogases...

Y prosiguió así su relato hasta el fin. Reinó luego un corto silencio. Ella miró el rostro de su esposo y lo vió muy pálido. La conciencia de su falta la oprimió:

—¡No me mires así!—exclamó.

—¡Vamos, cállate, Enid!—dijo él. Se volvió luego el hombre que todavía tenía asido.

—Entrégueme todas las cartas que tenga.

El hombre vaciló y masculló algunas frases amenazando con publicar el hecho.

Dick se rió.

—Es inútil tratar de emplear esos medios conmigo. No me costaría mucho hacerlo condenar por extorsión, pillastre. Enid, ¿cuantas cartas escribiste á este hombre?

—Dos.

—¡Entréguemela inmediatamente!

—No las he traido conmigo.

—Ya lo veremos bien pronto.

Dick levantó el látigo, luego miró á Enid por encima del hombro.

—Tú, vete á casa—le dijo con dulzura.

—Oh, no, Dick... No hagas eso...

—Te ruego que te vayas, Enid.

Ella se alejó.

Esperó en el cuartito blanco que había sido dispuesto con tanto cariño para ella y en el cual había pasado tantas malas horas. Experimentaba un gran deseo de que llegase Dick y la perdonase.

Cuando regresó, no acudió á su en-



Ella, con los ojos llenos de lágrimas, le miró.

cuentro. Se quedó de pie esperándolo.

—Dick—murmuró,—trata de no despreciarme... demasiado.

El la tomó en sus brazos exclamando:

—¡Querida mía! ¡querida mía! ¡Yo también le ví caer!

Pasó largo rato antes que ella le interrogara. Ella se contentaba con permanecer en sus brazos, y sentía una inmensa paz. Pero por fin, su imaginación comenzó á excitarse y dijo:

—¡Pero estabas durmiendo!

—No, yo no dormía y creía que tu dormías.—Se pasó la mano por los ojos. No me puedo dar cuenta todavía—agregó.—Y pensar que tú también le viste... tú también... ¡pobre hija mía!

—Dime, Dick—dijo Enid con infinita ternura.—¿Has sufrido mucho?

—¡Si supieses cuánto, y las tentaciones que tenía de confesártelo todo! Pero me parecía que sería cobardía á que la única reparación que estaba en mis manos consistía en no dejarte saber nunca lo que tú... lo que yo había hecho...

—Lo que te hice hacer—corrigió ella suavemente.

A veces estuve á punto de decirte; pero tenías tan alta opinión del valor... siempre estabas en la galería de cuadros... Te contaba hechos de arrojo y observaba tu rostro. Me parecía que te hubiese causado una inmensa pena si tú hubieses sabido...

—Dímelo todo-dijo Enid.

—Aquella mañana tú estabas recostada contra la roca y creí que te habías dormido. Yo me estaba durmiendo... No lo ví caer... le oí gritar...

Ella se estremeció y se acercó más á él.

—Enid, no sé lo que pasó por mí. No lo puedo explicar. Permanecí tendido. Las palabras que habías pronunciado co antes repetían en mi mente. En aquellos cortos segundos, me pareció que sería felonía el abandonarte, mientras dormías con tu mano en la mía. Querida, tú sabes que se asegura que cuando un hombre se ahoga desfila toda su vida por su mente. En aquellos momentos ví... no la mía... sino la tuya... todos los incidentes y penas que me habías relatado... Ví tu desgracia y... parece una estupidez ahora, me parecía que era un testimonio... una prueba de mi cariño que te daba... un gran sacrificio en aras de nuestro amor. Supongo que en realidad tuve miedo.

Ella le miró en los ojos, con miradas que brillaban á través de las lágrimas.

—¡Tú!—exclamó.

Y fué todo, pero su rostro se serenó maravillosamente.

—Después... cuando ya era demasiado tarde... acudí hasta la orilla para ver si veía ú oía algo.

—¿Cómo se salvó?

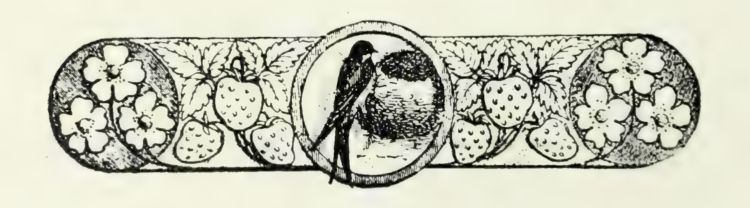
—No cayó hasta abajo; quedó detenido en alguna punta, y volvió á trepar después del susto. No me doy cuenta de cómo no lo ví.

Un poco más tarde, cuando ella le hubo manifestado todo lo que sentía, le dijo muy gentilmente:

—Querida mía, si volviese á presentarse el caso, tú...

Ella levantó valientemente la cabeza.

—No te volvería á reñir—dijo.—Bastante te sacrificaste aquel día. La próxima vez habré de ser yo.



Julieta y la Enfermera

Miss Mac Alister, encargada del pabellón de cirugía del Hospital Eliott, sabía muy exactamente, gracias á muchos años de experiencia, lo que le reservaba la próxima primavera. Significaba para ella la necesidad de abrir ventanas con lo cual daba entrada al ruído de la ciudad, elevado á una octava más alta y quintuplicado en volumen. Significaba el principio de las noches calurosas en que los enfermos no hallan descanso ni sosiego y se vuelven caprichosos. Significaba el retorno de los aullidos de los vendedores ambulantes. Y sobre todo significaba nubes de polvo cargado de microbios venido de las calles sucias y barridas por el viento. Esto último significaba además la obligación de trabajar doblemente, puesto que las precauciones antisépticas ya penosas de por sí, debían ser empleadas con un cuidado cien veces mayor.

La estación del calor molestaba además á la antigua y ambiciosa enfermera, absorbida en cuerpo y alma por su profesión, porque relajaba notablemente la disciplina entre los miembros más jóvenes del personal del hospital. Esto significaba un aumento de vigilancia por parte de los médicos y de las enfermeras que como ella comenzaban á encanecer en el servicio.

Le causó por lo tanto verdadero temor, á principios de Abril, el anuncio de que el jefe la destinaba á un servicio fuera del hospital. La costumbre de obedecer sin observaciones contuvo sin embargo su lengua, pero probablemente su rostro trasparentó su consternación pues el viejo cirujano le dijo en tono perentorio:

—¡No se le ocurra rehusar! Es por el bien del hospital. Además le tengo reservado un caso.

La mención del trabajo hizo brillar los ojos pequeños de Miss Mac Alister.

—Si se trata de un caso.... fué á decir.

El doctor se rió.

—Ya sé como interesar á una fanática del trabajo como usted. Sí; se trata de una paciente; un caso que una enfermera como usted puede tratar con los ojos cerrados y con una mano atada. ¿Oyó usted hablar de los Alexanders?

Miss MacAlister meneó la cabeza. Durante años no había conocido nada del mundo exterior fuera de los muros brillantes de los corredores del hospital.

El doctor describió profesionalmente á los Alexanders en pocas palabras

—Una familia antigua... riquísima gente de sociedad, muy exclusiva... constitución deficiente... predisposición tuberculosa. La paciente es una de las hijas... joven ociosa y nerviosa, caso común... ningún síntoma, por lo que he podido determinar, pero la acumulación de debilidad constitucional en la última generación.

—Demasiadas fiestas—diagnosticó la enfermera con confianza.

—No; no creo que éste sea el caso. Ella no se interesa en la sociedad. Muy diferente en esto de sus demás hermanas que son altas y hermosas. Ella es pequeña, retraída y tímida. Motivo evidente de mucha perplejidad y decepciones para sus padres. Supongo que es de aquellas que se figuran que tienen ideas, ó cosas por el estilo... religiosa, tal vez, de aquellas que á veces nos llegan con vocación irresistible para ser enfermeras y renuncian en cuanto se ven obli-

Del "Munsey's Magazine"



"¡No se le ocurra rehusar! Es por el bien del Hospital"

gadas á frotar un piso. ¿Conoce usted el tipo?

Todas las fibras contraídas de la quijada de Miss MacAlister indicaban muy evidentemente que harto conocía ese tipo de muchacha.

El doctor volvió á reirse.

—Está muy decaída desde hace algún tiempo—dijo el cirujano—Viene perdiendo peso y no duerme. La tendencia de la familia á la tuberculosis me obliga á preocuparme más de lo que merecerían estos síntomas. Aconsejé á los Alexanders que mandasen á la joven con usted á pasar un tiempo á los Montes Verdes, donde tienen su residencia de verano.

Vaciló un momento y prosiguió:

—Tal vez convenga que la ponga al corriente de todo el asunto. El hermano de la señora de Alexander, el tío de la joven, es el viejo Baxter Bond, quien donó el dinero para construir el nuevo hospital de Center Street. Es de aquellos filántropos siempre atareados, ¿sabe? que dan dinero por el gusto exclusivo de ocuparse en algo y todo lo manejan personalmente. Deseo que usted se ocupe de la sobrina porque esto atraerá su atención sobre usted, y no cabe duda de que decidirá la cuestión de su nombramiento para enfermera principal del nuevo hospital.

Miss MacAlister respiró con fuerza al recibir esa noticia de sopetón y sus mejillas se colorearon intensamente.

—¡Oh!—exclamó—¿Cree usted que es posible?

El doctor se sonrió al ver su contento.

—Pero ¿pongamos el caso de que no puedo aliviar á la sobrina?

El médico hizo sonar los dedos.

—¿Aliviarla? ¡Si no tiene nada! La tendrá usted sana y buena en un mes. Se lo aseguro. Dele huevos crudos y carne jugosa, haga que se acueste temprano y tome mucho aire. No necesita remedios. Tal vez baste el cambio de aire, sin necesidad de más. Puede usted proceder en la forma que mejor le parezca.

II

Acostumbrada como estaba á los enfermos nerviosos típicos, con su "yo" tan inflado como reducido se halla su cuerpo, la robusta enfermera consideró su nuevo caso como asombrosamente fácil de manejar. Julieta Alexander comía dócilmente lo que se le daba, se sometía á toda clase de masajes con completa resignación, hacía todos los paseos que se le indicaba, se acostaba por la noche y se levantaba por la mañana á cualquiera hora que prescribiese Miss MacAlister.

Y se debilitaba cada vez más. Los campesinos del lugar, que con su aspecto impasible no dejaban de sentir interés por aquella criatura delgada y demacrada, llegaban á contemplarla con ansie-

dad cuando la veían pasar tan pálida y endeble.

Jamás en toda su carrera se había sentido tan herido el amor propio profesional de la enfermera, poseedora del bastón de mariscal de la autoridad absoluta; esa "dirección completa de un caso", tan apetecida por las enfermeras ejercitadas, sin médico para censurarla por el fracaso de los resultados; ya había agotado todos sus recursos al fin de una semana. Había momentos en que consideraba á la joven suave y débil que le estaba encomendada, con la mente perdida en un vértigo de conjeturas tan intenso que era difícil distinguirlo de la exasperación ante la falta de reacción por parte de la joven á la aplicación de los recursos terapéuticos usuales.

No le quedaba esperanza de que la misma Julieta la ayudase á resolver el enigma, que persistía en decir que no se sentía enferma; que no tenía nada. No, no sentía dolores en la espalda, ni se sentía pesada después de comer. Nunca se desvanecía; "se sentía cansada solamente", dijo un día después de un largo interrogatorio y con cierto temblor en los labios. "Si, cansada, siempre cansada".

La enfermera pensaba con irritación esa noche que preferiría tener que librar diez batallas declaradas con la neumonía ó la fiebre tifoidea, que ofrecían asidero, más bien que estar tanteando así á ciegas y á oscuras. Se sentía perpleja y perturbada, como un ejército bien adiestrado que se ve desorganizado ante un nuevo método de guerra. No podía concentrar sus ideas con su acostumrado y firme dominio de si misma, frente á un caso que no le ofrecía nada que hacer.

Con más ocios tal vez que en cualquiera otra época de su vida, tenía menos en que distraer sus pensamientos, nada, á no ser esa joven herida en forma tan inexplicable por un mal contra el cual no hallaba recursos, y el esplendor silencioso de la primavera entrante que se imponía lentamente. Se sentía, según se lo confesaba á sí misma, "algo rara".

Era parte de un programa diario inducir á Julieta á que efectuase algunos paseos cortos y esas excursiones producían un efecto extraño sobre sus nervios usualmente impasibles. La debilidad de su paciente las obligaba á menudo á sentarse para descansar largamente. El silencio profundo que las rodeaba constituía una sensación curiosamente nueva para aquella mujer activa acostumbrada á la vida de las ciudades. Se ocupaba cuanto le era posible en la comodidad de su paciente, disponía su silla plegadiza al abrigo del viento y á los rayos del sol, cubría sus rodillas con una manta y cuidaba de que sus pies estuviesen en sitio seco; pero por más que se detuviese en esos pretextos de ocupación, sólo duraban cortos instantes y la dejaban entregada á un ocio desconcertador.

No le quedaba más que hacer sino estarse inmóvil, objeto inconsciente de mil influencias traídas por la calma tibia y las brisas aromáticas.

Después de esos largos descansos la enfermera volvía á la realidad con un sobresalto, como una persona que despierta de un sueño hipnótico, consciente de que no le era posible darse cuenta de la marcha de sus pensamientos. Siempre hallaba á su paciente en la misma actitud de abatimiento, con la cabeza profundamente inclinada, el rostro pálido é inexpresivo y la mirada perdida; disonancia intolerable en la vida irradiante de la selva..

La enfermera se sentía irritada ante su inutilidad. Con la persistencia nacida de una larga lucha contra los fenómenos físicos, recorría repetidas veces el ciclo de los recursos propios para robustecer á su paciente y cada vez hallaba nuevos fracasos. No había nada que no hubiese ensayado inútilmente.

Al acercarse el fin del primer mes, su perplejidad, su intranquilidad, y ese extraño y excitante fermento que la dominaba se hicieron tan intensos que una acostada y despierta durante mucho tiempo, escuchando el dúo sonoro que constituían la brisa en los pinos y el arroyo al murmurar entre los guijarros de su cauce.

Finalmente se decidió á dar pretexto profesional á su insomnio yendo á ver si su paciente estaba debidamente arropada. Encontró las colchas firmemente envueltas, así como las había dejado después de la fricción alcohólica que constituía el último de sus fútiles recursos diarios. Aparentemente, la joven es-

taba profundamente dormida, pues no se movió cuando la mano de la enfermera rozó su cuerpo, tendido y rígido, debajo de la ropa de cama. Su inmovilidad era á la verdad tan profunda que al llegar á la puerta, la enfermera, á pesar de la larga práctica que la insensibilizada hasta la médula de los huesos contra toda fantasía nerviosa, se detuvo, se estremeció y se volvió hacia el lecho, á la vez que encendía un fósforo.

Al surgir la llama vió que la joven estaba completamente despierta, que tenía la cabeza levemente apoyada en la almohada y qu sus ojos negros estaban clavados con mirada lamentablemente triste en el vacío.

La enfermera se sobresaltó de tal modo que el fósforo se deslizó de sus dedos y se apagó al caer en el suelo. La luz no habíadurado más tiempo que un latido del corazón, pero el aspecto de las cosas había cambiado por completo para la enfermera desde ese momento. Su apasionada ansía de curar, esa única emoción de su vida, la impulsó á obrar iluminando su iniciativa. Se precipitó hacia adelante, exclamando con voz que le parecía ser ajena.

—¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh!...

Llegó al lecho y tomó en sus brazos el cuerpecito rígido. No dijo nada durante un momento pero apretó el abrazo como si temiese que se la arrancasen. En el silencio que reinó en ese instante se oyó el ruído claro del agua que corría en el arroyo vecino.

Y el largo y obstinado mutismo de la niña cedió. Estalló en sollozos y apoyó su rostro sobre el hombro de la enfermera.

—¡No puedo olvidarlo!—exclamó, como si prosiguiese una conversación iniciada—Hice cuanto pude, pero fué inútil... ¡fué inútil!...

La enfermera no habló, pero la joven prosiguió como contestando á una pregunta. "Pienso en él continuamente. ¡No puedo evitarlo!" Y finalmente, sacudida por estremecimientos, castañeteando los dientes, y con manos frías como hielo, dijo en voz muy baja y tono lamentable: "Me besó una vez. ¡No puedo olvidarlo!"

III

Miss Mac Alister estaba reclinada sobre la baranda del puente, el sol de principios de Mayo le calentaba los hombros, y ella contemplaba los movimientos del agua. El tren debía llegar dentro de una hora, de modo que tendría tiempo de pensar en muchas cosas. Y era mucho lo que tenía que meditar. Hacía tres noches que no dormía bajo la insistencia de las complicaciones que tanto dentro como fuera exigían solución. Pero ahora, cuando su perplejidad llegaba al período crítico, le parecía como que su ansiedad se desvanecía en un vago letargo, bajo la tibieza del sol y el ruído monótono del pequeño río.

El tren llegaría dentro de veinte minutos y no se hallaba más próxima á una decisión que guiase su conducta que en la incertidumbre de los cuatro días anteriores. No le era posible pensar, acabó por decirse con impaciencia, con ese sol que reverberaba en el agua. Le producía una autohipnosis, según pensaba con exactitud técnica, y para evitarlo se alejó unos pasos, sacó una carta del bolsillo de su delantal, y leyó una parte de ella á media voz, forzando deliberadamente su atención en lo que decía.

"Se trató del asunto en una conversación con Mr. Baxter Bond, esta tarde, y le sondée prudentemente, mencioné su nombre y llamé su atención sobre el hecho de que usted se halla en compañía de su sobrina. Pareció muy favorablemente impresionado por sus antecedentes y dijo que tenía gusto en saber que Miss Alexander había sido confiada á una persona de carácter firme que no permitiría disparates. Me figuro por su modo de expresarse que no mira por el momento con muy buenos ojos á su sobrina. Aun no ha quedado decidida la elección de la enfermera principal. Se ha tratado de obtener de él que designe á una de las enfermeras del hospital de Stanford, pero creo que hemos de triunfar".

La enfermera dejó colgar la mano en que tenía la carta, y, fijando la mirada en el camino, trató por fin de llegar á una resolución definitiva. Se mantenía inmóvil con la cabeza inclinada, y los labios apretados; cuando oyó que el tren se anunciaba, se le escapó un suspiro de perplejidad.

—No poseo antecedentes—dijo, dirigiendo su mirada hacia la estación.—

nada en que basarme, mientras no haya hablado con él.

El tren entró en la estación, con un ruído que repetía el eco de las colinas, y de él bajó un hombre con una balija.

El recién llegado se acercó á un empleado de la estación, le preguntó una dirección y se dirigió por la pendiente que conducía al puente. Todo lo que la mujer podía ver era que era un hombre robusto, joven y pelinegro; á mitad de camino se detuvo para tomar aliento y

El se apoyó contra la baranda, muy aliviado, respirando con fuerza, y se acordó entonces de ascarse el sombrero.

—Al ver que usted venía á buscarme me asusté—dijo en tono de disculpa—Creí que tal vez ella...

—No—volvió á repetir la enfermera—no está peor. Vine en su busca porque no quería que ella supiese su llegada. No sabe que he telegrafiado. No sabe nada. Nadie sabe una palabra. Lo hice bajo mi propia responsabilidad.



¿ Qué clase de persona es su tío Baxter Bond ?

se quitó el sombrero para darse aire con él, dejando divisar una cabellera negra y un rostro que hasta á la distancia parecía tostado por el sol.

Volvió á ponerse el sombrero y reanudó su camino. Levantando la vista vió á la enfermera con su delantal y su cofia blancas y se detuvo un instante, como sobresaltado. Dejó caer luego á sus pies su equipaje y se dirigió corriendo hacia ella.

Llegó en un instante, alarmándola con el impulso con que venía:

—¿Está peor? ¿Está peor?

—¡No! ¡No!—se apresuró á decir ella tranquilizándolo.

—¿Y no podré verla ahora?—preguntó él con tono desesperado.

—Eso dependerá, contestó Miss Mac Alister con sequedad. Si lo hace, será únicamente en carácter de visitante casual. Dirá que viaja por el Este por sus negocios y aprovecha la circunstancia para saludarla.

Mientras hablaba, la enfermera examinaba al joven, el cual se sonrojó bajo tan agudo escrutinio, pero la miró cara á cara con ojos honrados y boca firme bajo el bigote recortado. Parecía de más edad que lo que ella había creído al principio y la mirada de la enfermera apreciaba la pureza de su cutis

tostado por el sol, el vigor de sus ademanes, el desarrollo de su tórax y la robustez de su cuello.

—Bueno—dijo él—¿Porqué telegrafió usted?

Ella contestó con otra pregunta que no pudo reprimir.

—¿Qué hay entre ustedes? ¿Porqué no permiten que se casen?

Su contestación pasó por encima de los preámbulos convencionales de un solo salto y fué tan directa como la pregunta:

—Por ninguna razón que valga la pena de ser tenida en cuenta—dijo con tono de confianza tranquila—Pero soy un novio imposible. Soy un agricultor. Vivo en Kansas. No tengo posición social, ni necesito tenerla. Mi padre era herrero. Me llamo Perkins. Ni siquiera le fuí presentado de acuerdo con la etiqueta.

—Sí, sí: todo eso me lo dijo ella, y me contó como se habían conocido, cuando ella residía en el Oeste por su salud.

—¿Le dijo ella que se sentía buena, perfectamente buena en aquella tierra de Dios, sin huellas siquiera de esa maldita enfermedad que sus antepasados de la ciudad le transmitieron como herencia? ¿Le contó qué fuerte se había puesto y qué lindos colores tenía? ¿Le contó nuestros paseos á caballo? ¿Nuestros...

Se detuvo ante la inutilidad de sus esfuerzos para impedir que su voz temblase.

—Sí—dijo la enfermera.—Todo me lo ha contado.

Reinó un momento de silencio, al cabo del cual, mirando ella su ropa bien cortada y su sombrero de moda.

—¿Es usted tan pobre?

Esta forma poco ceremoniosa de llevar la conversación parecía ponerlo á sus anchas.

—No soy nada pobre.—dijo tranquilamente—aunque no tengo la centésima parte de "su" dinero, evidentemente. Mis alambrados encierran un millar de acres de la mejor tierra del valle de Kawan y tengo dos automóviles.

La enfermera le dirigió otra de sus preguntas á quema ropa:

—Es usted persona bien? Es decir... ¿persona decente?

El pareció presa de un súbito arrebato de ira contenida.

—¿Acaso pensaría en casarme con ella si no lo fuese? ¡Míreme usted bien!

La carta que tenía la enfermera en la mano crugía bajo sus dedos. Una oculta irritación la llevó á desafiarlo.

—Entonces ¡por Dios! ¿qué están ustedes esperando? ¿Porqué no hace que ella se case con usted? ¡Lo podría!

Durante un instante pareció que ni siquiera se detendría á explicar el porqué. Pero dijo:

—Ese no es mi modo de proceder. No quisiera arrastrarla á hacer lo que no piensa hacer.

—Ella no recibiría un centavo del dinero de los Alexander.

El joven tuvo un gesto de disgusto.

—No tiene fuerza de carácter, ya lo sabe usted.—dijo la enfermera—sinó no habría cedido ante la imposición de sus padres. Es mayor de edad; podría hacer lo que quisiese si no fuese más débil que el agua.

El rostro enérgico del joven manifestó casi milagrosamente una expresión de intensa dulzura.

—La conozco bien—dijo en voz baja —Sí, la conozco bien.

La enfermera le miró con ojos escrutadores.

—¿Y usted la quiere? ¿Y usted quiere casarse con ella?

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó él, incapaz de dominarse más, y ocultando su rostro entre los brazos que tenía apoyados sobre la baranda del puente.

La mujer le miró un instante, como perdida en sus pensamientos, moviendo hacia arriba y hacia abajo la mano en que tenía la carta, como si la sopesase. Una brisa errante le traía el aroma de las flores de los manzanos y el olor de la tierra húmeda de un campo recientemente arado.

Miss MacAlister volvió á guardar la carta en su bolsillo con un suspiro de incertidumbre y se desprendió de sus pensamientos.

—Pues bien—dijo en tono aparentemente indiferente—podemos ver en todo caso qué efecto le produce su presencia.

IV

Miss MacAlister disfrutaba su primera cena campestre al aire libre. Estaba sentada algo rígidamente en una

manta de viaje colocada sobre una piedra apropiada. A corta distancia chisporroteaba un fogón. Sobre su cabeza, entre el delicado encaje de las hojas de abedul comenzaban á brillar las estrellas. Las primeras sombras del crepúsculo parecían poner como una niebla entre las ramas.

Hasta aquella silenciosa mujer de cabellos gris, para quien hasta entonces el yodoformo había sido casi el único perfume, llegaba un incienso compuesto de muchos olores; el apetitoso tufo del tocino que se estaba tostando, el humo acre y perfumado de la leña, el aroma del café, el tenue olor del musgo mojado y de las agujas de los pinos. A sus oídos sonaba el rumor soñoliento del vecino arroyo, notas lejanas de pájaros que se dormían, y las risas y charla de dos voces jóvenes.

Julieta Alexander llegó corriendo, sin alientos, trayendo en su mano un trozo de corteza de abedul sobre el cual había algo que echaba humo.

—Pronto, pronto! Hay que comerlo bien caliente y crujiente. Póngalo dentro de un trozo de pan y clave sus dientes en él. Es la mejor manera de comer tocino frito. Así hacíamos en nuestros "picnics" del Oeste.

La joven se estuvo junto á la enfermera para cerciorarse de que comía el tocino de acuerdo con las costumbres campestres, riéndose de tiempo en tiempo y volviendo la cabeza hacia el fuego, para dar cuenta de los progresos de la enfermera.

—¡Da gusto verla! Nadie creería que ha comido en un plato en toda su vida. ¡Superior!

Volvió á apoderarse de la corteza de abedul y corrió hasta el fuego en busca de nuevas provisiones.

—¡Qué aroma delicioso tiene este café!—exclamó, riéndose sin saber porqué é inclinándose sobre el fuego—¡No puedo esperar más!

El hombre sentado sobre sus talones junto al fuego la miró con una sonrisa. La enfermera sorprendió la expresión apasionada de ese rostro y cerró los ojos con un suspiro.

—No; coma usted ahora,—dijo cuando volvió á acercarse la joven—Ya he tenido todo lo que necesitaba. Lo único que necesito es estarme aquí sentada y descansar. Esta larga caminata me ha fatigado. ¿No está usted cansada?

—Cansada, ¿yo? ¡Nunca!—exclamó Julieta.

Mientras los dos jóvenes comían al fuego, Miss MacAlister los contemplaba de lejos, perdida en intensa meditación.

Al cabo de un rato la joven se acercó á ella y se sentó á sus pies.

—Fué en busca de madera seca para hacer una gran fogata—explicó ella, con un gran suspiro y reclinándose contra las rodillas de la enfermera.

Estuvieron silenciosas durante un instante y de repente miss Mac Alister dijo:

—¿Qué clase de persona es su tío Baxter Bond?

La joven se movió un poco.

—¡Oh! es un caballero anciano de carácter muy arrebatado; excelente con la gente cuando se hace lo que él quiere, pero que rompe los muebles cuando se hace lo contrario.

Después de una corta pausa agregó la joven:

—¿Me pregunta usted esto porqué ha de tener que hacer con él? ¿No ha dado hace poco mucho dinero al hospital?

Miss MacAlister sacó la carta del bolsillo como con intención de tenderla á la joven; pero después de un instante de vacilación y con un profundo suspiro volvió á colocarla en el bolsillo y contestó:

—Estaba pensando en un ofrecimiento que hoy me hicieron, de...

Pero Juieta estaba tan evidentemente absorbida en otros pensamientos que la enfermera no concluyó su frase. Al cabo de un rato, sin embargo volvió á hablar, pero con tono distinto y voz tan tranquila y firme como si aconsejase un cambio de régimen ó más abrigo á su paciente.

—Creo que lo mejor sería que usted se casase con él—dijo.

La joven se estremeció violentamente.

—¿Cómo podría?—exclamó—¿Acaso me atrevo á pensar en ello? Me contento con vivir y ser feliz y trato de olvidar que ésto ha de concluir.

—¿Porqué ha de concluir?

—¡Oh! ¡Usted no los conoce! No me

dejarían. Mamá se enoja tanto cuando yo... ¡Nunca me dejarán! El tío Baxter dijo que...

—¡Qué importa lo que dice el tío Baxter!—interrumpió la enfermera con cierta vehemencia—Deje á su tío Baxter fuera del asunto, por favor. Usted tiene edad de casarse con quien quiera. ¿Porqué no lo hace?

La joven se incorporó de rodillas con una exclamación de asombro.

—¡Oh! ¡Miss Mac Alister! ¿Qué dice usted?... ¿Sin que ellos me lo permitan? Así ¿sola? ¿Sin que nadie asista á mi casamiento?

—Pero por Dios, ¿no le basta con tener á ese hombre que tanto la quiere?

Julieta, de repente, rrompió á llorar histéricamente.

—¡No me atrevo! ¡Tengo miedo! ¡No puedo soportar la idea de que se vaya, y, sin embargo... ¡Oh! ¡No sé qué hacer! ¡No sé qué hacer! ¡Nn sé qué hacer!...

La voz de Miss MacAlister asumió tono de decisión. Por primera vez desde que se hallaba fuera del hospital sus modos revelaban su antigua firmeza y autoridad profesional. Parecía que estuviese ordenando á un enfermo delirante que absorbiese su correspondiente dósis de remedio.

—Pues bien, yo le diré lo que ha de hacer—dijo sin vacilaciones—Se casará usted con él, mañana, aquí mismo, con el traje que tiene puesto. Yo asistiré al casamiento; y cuando se haya marchado con él regresaré á la ciudad, y hablaré con su papá y su mamá... y su tío Baxter... y le contaré todo lo ocurrido. Les diré que el casamiento fué conveniente, con ministro y con flores; y les diré que yo fuí quien la aconsejé para que se casase, porqué era mi deber profesional, y porqué era lo único que usted debía hacer.

La joven se precipitó sobre el pecho chato de la enfermera, llorando y riendo á la vez, abrazándola, y tratando inútilmente de hablar con coherencia.

—¡Oh! ¡Si usted lo hiciese! ¡Si usted les hablase por mí! ¡Si no estuviese yo obligada á verlos! ¡Si usted lo hiciese!

—Lo haré—dijo Miss MacAlister, un poco secamente—Y ahora, aquí tiene á su...

Al ruído de los pasos que se acercaban, la joven se puso de pie de un salto, y huyó entre los abedules. El hombre se detuvo asombrado.

—Me pareció ver...—dijo dejando caer una brazada de ramas secas y mirando en torno suyo—¿Dónde está Julieta?

La enfermera tosió para aclararse la voz.

—Lo mejor es que usted la alcance—dijo, sin poder agregar más.

El la miró un segundo sin comprender y, de repente:

—¿Quiere usted decir que...? ¡Oh! —exclamó y salió corriendo.

La enfermera de cabellos grises siguió sentada donde estaba, perdida en sus pensamientos. No se oía más rumor que el de la brisa en las ramas y el del arroyo sobre su lecho de guijarros. Ambos parecían cuchichear.

Al rato largo la llama tuvo un último fulgor y se apagó transformándose en una nube de humo blanco. Ella lo miró se puso de pie con cierta dificultad, y dejó caer una carta en las brasas.



Misterios de los avisos personales

El Corderito

Acababa de pasar un período de varias semanas tristes y tediosas, lo que equivale á decir que no había dado con ningún anuncio de la columna de avisos personales de los diarios que valiese la pena ser descifrado.

Tal vez fuese que mi último éxito me había infundido la ambición de no ocuparme más que de cosas sobresalientes; baste decir que había dejado descuidados uno ó dos anuncios cuya solución habría tratado probablemente de hallar, en otras circunstancias.

Y, de repente, cierto día, halagó muy especialmente mi curiosidad este mensaje enigmático que aparecía en uno de los diarios de la mañana.

PRIMO SEGUNDO—Cordero pronto para matadero. Enviar pequeño Ullick á nuevo colegio. Ciudad del rey—DAN.

Supongo que confesaréis que en esto había con que suministrar á mi mente campo de acción. Corté el aviso, lo pegué en media hoja de papel de cartas, comprometiéndome de este modo, por decirlo así, á encontrar su solución antes de ocuparme de cualquiera otra cosa.

Luego lo coloqué delante de mí, saqué de su estuche mi juego de baraja y me dediqué á ensayar repetidas veces uno de mis solitarios preferidos, el del Demonio. Me jacto de la facilidad con que consigo generalmente llevarlo á buen fin, pero en aquella ocasión no tuve éito una sola vez: el Demonio se negaba en absoluto á dejarse vencer.

No me dejo absorber fácilmente por una sola ocupación, de modo que iba pensando en mi aviso, aún cuando manipulaba rápidamente mis cartas rebeldes. Pero al cabo de un rato volví á colocarlas en su estuche, y éste en mi bolsillo, dándome cuenta de que ese día todo parecía destinado á fracasar.

Pero, fuese ó no por influencia del solitario, había encontrado una base de acción. Sabía que en Londres no existen más que cuatro ó cinco agencias que dedican su especialidad á los empleos para maestros ó á la venta de colegios particulares. Determiné visitarlas. La primera á la cual me dirigí, no me ayudó de ningún modo, á pesar de que pregunté mañosamente si no podían recomendarme alguna nueva escuela, para colocar en ella á un niño completamente imaginario, hijo de una hermana mía. Me hicieron observar que ya se habían abierto las clases, que no se efectuaban cambios y que casi todos los colegios estaban llenos; además persistieron en recomendarme colegios antiguos y bien establecidos.

Pero la idea de los cambios en los colegios me sugirió otra idea, así fué que en la agencia que visité en seguida declaré audazmente que deseaba adquirir una escuela, si había alguna en venta á un precio razonable. Y allí, en forma bastante rara, hallé la clave que debía suministrarme la solución completa de mi problema.

—Queda muy poco que hacer en esta

(Del Royal Magazine)

época del año—me dijo el agente, consultando su registro.—Si usted se hubiese presentado una semana antes habría podido hacer algo por usted. Pero ese colegio ya está vendido. Un establecimiento muy conveniente, que contiene unos veinte pupilos—á cierta distancia de Georgeville (1).

—Todo esto me ha de servir muy poco,—dije yo simulando contrariedad—puesto que el colegio ya está vendido.

—Fué un negocio rápido—agregó el hombre, que parecía en vena de conversar—Figúrese que llega un hombre y me anuncia que quiere comprar, completo y funcionando, con discípulos y maestros, un colegio cualquiera. Dejaba que yo fijase el precio, que sería el suyo.

—¿Y cerraron trato?—pregunté yo, por decir algo.

—¡Ya lo creo! Precisamente teníamos un colegio disponible, él lo conocía, y estaba dispuesto á pagar nuestro precio. Le diré que el colegio pertenecía á un hombre ya anciano, deseoso de descansar; el precio ofrecido lo dejó tan satisfecho que consintió el efectuar el traspaso en un plazo de una semana para que pudiese ocuparlo el nuevo director. Un lindo negocito, señor. Y una muy bonita comisión. Vaya... hablando de Roma... ¡Aquí tenemos á nuestro hombre!

Me volví hacia la puerta que acababa de abrirse, y vi que entraba un hombrecito, de aspecto benévolo é indumentaria sacerdotal. Me produjo la impresión de un hombre que está mal vestido porque no ha tenido oportunidad de gastar en ropa, pero que está impaciente por mostrarse bajo otro aspecto. En otras palabras parecía un hombre que acaba de ser acariciado por la prosperidad después de mucho tiempo de comparativa pobreza.

—Vea qué casualidad, señor Twyford—dijo el agente—aquí tiene otro caballero que se interesaba por su colegio; pero he tenido que decirle que llegaba demasiado tarde.

—Así es—dijo el maestro, inclinando la cabeza á un lado para mirarme—Siento mucho que usted se presente demasiado tarde. He obtenido muy buen precio por mi escuela, y venía precisamente á dejar concluído el negocio con el señor. Tal vez—agregó con cierto sentimiento—me haya apresurado demasiado, y hubiese podido obtener mejor precio. Pero es inútil hablar de ello, puesto que es asunto concluído.

Permanecí un rato más, mientras simulaba interesarme en las litografías de las paredes. Como tengo excelente oído, pude escuchar la conversación que en voz más baja sostenían el agente con el maestro, y oí el nombre de la escuela, así como la distancia á que se hallaba de Georgeville. Esto lo hice sin segunda intención, mientras pensaba en si podía aprovechar de cualquier modo la buena voluntad de aquel agente tan dispuesto á hablar, y sin figurarme que lo que oía pudiese serme útil para la solución que buscaba.

De regreso á mi casa, me sentí algo desalentado, y como solía hacerlo en semejantes circunstancias recurrí á mi juego de baraja. Mientras lo sacaba de su estuche mi mirada cayó sobre el aviso que había depositado en la mesa. Y de repente abandoné las cartas y golpeé las manos impulsado por una idea feliz que acababa de asaltarme.

¡"Ciudad del Rey" era evidentemente una forma enigmática de indicar á Georgeville, y por lo tanto la escuela que se había comprado con tanto apresuramiento era precisamente aquella á que se refería el aviso!

Me sentía presa de la mayor excitación y resolví seguir esa pista hasta donde condujese. Pensé que lo primero que convenía hacer era ir á Georgeville y ver personalmente el colegio. Preparé mi valija, coloqué cuidadosamente mis cartas en su estuche, y éste en mi bolsillo, y me dirigí á la estación de Waterloo.

Era una noche ventosa y algo lluviosa. Mientras recorría el andén en busca de un wagón que me ofreciese un rincón cómodo, un nombre, pronunciado casi á mi oído, pero dirigido á otra persona, me impulsó á volverme inmediatamente para mirar al que hablaba.

—Como decía, Ullick...

El hombre que hablaba no parecía hallarse acompañado por una persona de su clase social, pues en tanto que estaba muy bien vestido, y llevaba un costoso gabán de pieles, el otro llevaba ropa gastada por el uso, y sus modales, humildes y obsequiosos, eran los de un hombre que habla con otro mucho más poderoso. Este segundo individuo tenía en realidad el aspecto de un pillastre; y ni siquiera su traje negro, á pesar de su corte seve-

ro podía darle superficial respetabilidad.

Era un gigante por el tamaño; sus ojos negros eran los más hundidos que he visto jamás en rostro humano. No oí nada de la conversación que sostenía, pues, después de llamarlo por su nombre, el hombre del gabán se puso á andar por el andén, hablándole con mucha animación; y, por fin, lo hizo subir á un wagón de tercera clase. Pidiendo disculpa, yo también penetré en el compartimento y me senté frente al gigante. Simulé inmediatamente que me absorbía en la lectura de mi diario, no siendo apa rentemente para ello más que el hombrecito de aspecto inofensivo, algo debilitado y avejentado, que soy en realidad.

El tren se puso lentamente en marcha, y el hombre del gabán, que había quedado en la plataforma con la mano en la portezuela, lo acompañó unos pasos mientras daba sus últimas órdenes al viajero.

—Esté siempre listo, y mándeme un telegrama si ocurre cualquier contratiempo. Cuidado con lo que hace; no le tengo mucha mayor confianza que la que me inspira Dan...

El tren apresuró su marcha y el del gabán se quedó atrás, mientras que yo, con el corazón agitado por violentos latidos, y semi escondido por mi diario, observaba furtivamente al otro hombre.

Este, por su parte, no se preocupaba de mi presencia, pero se mordía nerviosamente las uñas mientras miraba por la ventanilla los techos y jardines que iban pasando. Luego murmuró algo entre dientes, y sus facciones se agitaron con movimientos convulsivos, mientras parecía hablarse á media voz. Quedó así absorbido en sus pensamientos hasta llegar á Georgeville. Al ser anunciada esa estación, se incorporó, recogió de la red su valija deformada por el uso, abrió la ventanilla y bajó al andén. Yo hice otro tanto y le seguí.

Pareció no saber hacia qué lado dirigirse; después de mirar durante un instante de un lado para otro, se acercó á un empleado y le dirigió una pregunta. El hombre contestó algo que no alcancé á oír y señaló en determinada dirección, más allá de la estación, á la vez que con un movimiento de la mano parecía indicar á su interlocutor que le convenía valerse de un vehículo. Pero el hombre sacudió negativamente la cabeza y con paso ágil salió de la estación. Yo volví á seguirle.

Caminamos largo trecho. Salimos de la ciudad y llegamos á las inmediaciones de un pueblito.

Yo me mantenía á cierta distancia de aquella silueta que marchaba delante de mi silueta que á veces se desvanecía en la sombra de la tarde, pero que volvía á destacarse en el cielo cuando llegaba á algún punto culminante del camino. Por fin el hombre penetró por la puerta de una reja y se dirigió hacia un edificio, separado del camino por un extenso jardín solitario y mal cuidado.

Yo coloqué mi valija á un costado del camino, me senté sobre ella y esperé un instante, para darle tiempo de entrar en la casa y evitar que sospechase que le había seguido. Observé que encima de mi cabeza; á uno de los costados de la puerta se veía un letrero semiborrado, que en otrora ostentara letras de oro, con el nombre del colegio y el de su dueño precedente — el reverendo Calvino Twyford. Dejé trascurrir media hora, penetré en el jardín, llegué á la casa y llamé con la campanilla.

Abrió la puerta una mujercita, de aspecto bondadoso é insignificante, que me consideró con curiosidad. Me causó sorpresa ver qué clase de persona hacía las veces de sirvienta y abría la puerta; pero había de llegar en momento en que nada de lo que ocurriese en aquella casa había de sorprenderme ya.

—¿Qué desea usted?—me preguntó en voz muy baja y sibilante.

—Soy el nuevo maestro—contesté animosamente, pues había preparado mi papel—La agencia Angel y Mark me indicó que viniese, he dejado arreglado el asunto con ellos esta tarde.

Ella dió un paso atrás, dejando la puerta abierta y yo entré.

—Acaba de llegar un maestro nuevo —no hace media hora—dijo ella mientras yo penetraba en el vestíbulo.—No sabía que debía venir otro.

—Le aseguro que así es la cosa—dije yo; y ella me indicó que la siguiese hasta una habitación situada á la derecha del vestíbulo; habitación amueblada en la forma peculiar que caracteriza la sala de recepción de los colegios; un cuarto que sugería la idea de separaciones lacrimosas entre padres y niños, cuando el

terror del primer día de escuela amarga los días de las criaturas.

No quedé mucho tiempo en la incertidumbre de lo que sería de mí. Oí pasos pesados en el vestíbulo, después que la mujer se hubo alejado para anunciar mi llegada, y casi en seguida se abrió la puerta y entró un hombre. Llevaba toga y birrete universitario, este último estaba encasquetado en la parte posterior de una cabeza redonda y cubierta de pelo negro, corto pero espeso y la toga mal puesta colgaba de un hombro. No se podía tener menos semejanza con un maestro, á pesar de la indumentaria.

—Veamos, ¿qué demonios quiere usted?—me preguntó con irritación, mientras me examinaba con mirada suspicaz.

Le contesté con el tono más suave:

—He sido enviado por los agentes Angel y Marks, para llenar una vacante. Espero que no me habré equivocado de colegio.

—Me llamo Calvino Twyford—dijo el hombre; de lo cual colegí que no se había contentado con el colegio y los discípulos, sino que además se había apropiado el nombre de su predecesor.—Además,—agregó—no necesito ningún asistente. Este es un colegio pequeño y tengo todo el personal que necesito.

Sospeché con cierta perspicacia que si se tramaba algo en aquella escuela, este hombre habría tenido el cuidado de rodearse de individuos completamente á sus órdenes. Arrojé una flecha al azar y tuve la suerte de dar en el blanco:

—El agente me dijo—agregué con voz más blanda que antes—que usted había creído conveniente despedir á todo el personal y reemplazarlo por otro. Me aseguró que había una vacante.



El hombre se revolvió bruscamente en su silla... asió un cuchillo con la mano derecha

El hombre meditó durante uno ó dos segundos:

—Esa gente es demasiado habladora—dijo.—Pues bien, no voy á ponerlo en la calle puesto que usted vino con la idea de que había una vacante. Puede permanecer provisionalmente. Voy á decir á la señora que le señale su cuarto.

La comida fué presidida esa noche por el hombre que se hacía llamar indebida-

mente Calvino Twyford; la señora se sentó en la otra extremidad de la mesa. El hombre á quien había oído dar el nombre de Ullick se colocó á la derecha del director y del otro lado de la mesa, junto á mi asiento, se hallaba un hombre de aspecto abandonado y anciano que miraba al que presidía la comida con los ojos medrosos de un perro que teme ser golpeado.

La comida se desarrolló en silencio y constituyó una operación bien poco agradable.

Estábamos por concluir, cuando mi mirada fué atraída por una puerta situada detrás del asiento del hombre de cabello negro. Esa puerta se iba abriendo lentamente. Por ella entró un niño de unos once años. Pareció deslizarse en el cuarto á la manera de un duende; entró furtivamente, aunque se esforzaba, como niño bien educado que parecía ser, en entrar con naturalidad y sin miedo. Y luego, colocándose junto al hombre que presidía la mesa y que no lo había visto, despachó de un solo golpe lo que había venido á decir:

—¡Señor, no puedo dormir más en aquel cuarto!

El hombre se volvió bruscamente en su silla, y miró de hito en hito al niño. Ese rostro era el de un demonio. Durante un segundo asió un cuchillo con la mano derecha: luego esa mano lo dejó sobre el mantel y su rostro se esforzó por remedar una sonrisa que era más terrible, si es posible, que la expresión de ira que la había precedido:

—¿Conque no puede dormir, Arturo? —preguntó—¿Y por qué no puede dormir? ¿Qué tiene su cuarto?

—Estoy completamente solo, y por la noche oigo ruidos—dijo el niño mirándonos uno por uno—No voy á incomodar. Quisiera que usted me dejase volver al dormitorio con mis compañeros.

—Usted dormirá allí donde le han dicho que duerma—exclamó el hombre—y si vuelve á molestar recibirá tal azotaina como nunca la ha recibido en su vida. ¡Retírese inmediatamente!

El niño se encaminó hacia la puerta; pareció cobrar algún valor al llegar á ella, y se volvió para arrojar esta frase al hombre:

—Yo sé lo que usted quiere—dijo—Usted trata de matarme. Usted lo intentó esta tarde cuando tropezó conmigo en el paseo y casi me hace rodar debajo del automóvil. ¡Sí; usted quiere matarme!

El hombre, reprimiendo un juramento, se precipitó hacia la puerta; pero el niño ya había desaparecido. El individuo llamado Ullick puso la mano sobre el brazo del otro, le retuvo y le habló en voz baja tratando de calmarlo:

—Estése tranquilo—dijo—Hay otros métodos. Sea prudente.

—Sígalo, Pannell—dijo el hombre que se hacía llamar Calvino Twyford, dirigiéndose al anciano, que era un extraño para mi—Vea que se acueste en su cuarto, y estése con él hasta que se duerma. ¡Apúrese!

Pannell salió de la habitación y cerró la puerta. Es probable que el hombre sentado á la cabecera de la mesa creyese que se me debía alguna explicación; se sonrió como si no diese importancia á la escena que acabábamos de presenciar y se dirigió á mí:

—Es un muchacho de una sensibilidad enfermiza—dijo—Desde hace algún tiempo su salud no es muy buena y es presa de raras ideas. En realidad hoy le salvé de una horrible muerte; lo saqué casi de debajo de las ruedas de un automóvil, en un sendero estrecho. Y ya vé usted como interpreta los hechos. Le dí un cuarto separado, porque sus compañeros abusan de la facilidad con que se asusta y la hacen bromas pesadas.

Conservo un recuerdo indeleble de aquella noche. No sé exactamente á que hora ocurrió la cosa. Debía de ser en las primeras de la madrugada. Era una noche de invierno, terriblemente fría y silenciosa. De repente fuí despertado por una serie de espantosos y agudos gritos como nunca los había oído en mi vida.

Eran gritos de frenético terror. Salté de mi lecho, me precipité hasta la puerta de mi cuarto y la abrí. Por el corredor, sin dejar de gritar, llegaba corriendo una silueta blanca que alzaba los brazos al cielo.

Así al niño en el instante en que pasaba por delante de mi puerta y le retuve, aunque con dificultad, pues se debatía como un insensato. Persistía yo en tratar de tranquilizarlo cuando de repente su cuerpo se deslizó de entre mis brazos y cayó desvanecido al suelo. Allí le dejé, mientras acudía al ruí-

do de otra persona que corría por el corredor.

—¿Qué demonios ocurre?—exclamó el hombre de cabeza redonda, dirigiéndose hacia mí.—¿Qué sucede?

—El niño se ha asustado—dije—voy á llevarle á su cuarto, lo acostaré y me quedaré con él un momento. En cuanto á usted, señor Twyford—agregué—creo que le convendría avisar á la familia.

—Sí; pero no tiene familia alguna —dijo el hombre.—Llévelo á su cuarto de todos modos.

Me indicó donde se hallaba el cuarto; llevé cargado al niño hasta el piso superior y así llegué á una gran habitación en la cual repercutía el eco y en uno de cuyos rincones se veía una camita. El hombre á quien Ullick había dado el nombre de Dan, se retiró después de encogerse de hombros.

—¿De qué tuvo usted miedo?—pregunté al niño con tono tan bondadoso como pude, después que hubo vuelto en sí y se hubo tranquilizado un poco.

—Había una cara... allí, en la oscuridad... que me miraba... Abría la boca y movía los ojos... parecía flotar en el aire.

—¡Qué ocurrencia!—dije yo con tono de severidad—Vamos, acuéstese y duérmase; no tiene nada que temer.

Confieso que no sabía en absoluto como explicar todo esto. De qué algo se estaba tramando, no tenía la menor duda; pero ¿cómo estaba envuelto aquel inocente en lo que parecía ser una vasta conjuración? Cuando volví á hallarme seguro en mi cuarto, tomé la hoja de papel sobre la cual había pegado el aviso y, á la luz de la vela, volví á leerlo cuidadosamente. ¿Qué hallaría en él que pudiese guiarme en semejante circunstancia?

Acudí de nuevo á la guía é inspiración que nunca me había sido infiel. Saqué las cartas de su estuche, comencé un "Demonio" y, ¡felicidad! desde la primera tentativa comenzó á prometer éxito. Y en el momento en que llegaba á su punto culminante, dirigiendo por casualidad la vista hacia el aviso una idea me asaltó tan súbitamente que casi se me escapó un grito.

—¡"Cordero pronto para matadero"! Me puse de pie, sintiéndome bañado en sudor frío. Ese niño desgraciado era el cordero que querían sacrificar; por algún motivo oculto aquellos villanos trataban de provocar su muerte. Y me sentía tan seguro de ello como si toda su maquinación infame me fuese revelada.

Las cartas parecían haber despejado mi cerebro y haberme suministrado un dato más para mi solución. Esa tarde, como tuviese una hora disponible, me dirigí á Georgeville y compré en la farmacia un narcótico. Me fué muy fácil disolver la droga en un vaso de agua y, por la noche, al ir á dar las buenas noches al niño en su cuarto solitario del último piso, hice que bebiera la solución. Así tenía la seguridad de que durante algunas horas no correría peligro. Hecho esto, tomé conmigo la sola arma que pude hallar, un bastón que encontré en un rincón del vestíbulo y me deslicé en el cuarto en que se hallaba la camita del niño, con el propósito de ocultarme detrás de ella y esperar.

Fué una suerte que se me ocurriese ocultarme. Media hora más tarde oía hablar junto á la puerta, ésta se abrió y percibí confusamente, á la luz de una vela sostenida en alto, á dos hombres que entraban. Uno de ellos era Dan, el de la cabeza redonda; y en el otro reconocí, casi sin sorpresa, al hombre de gabán de pieles y ojos negros que se hablaba con Ullick en el andén de la estación de Waterloo.

—Me parece que han dispuesto muy bien las cosas—dijo el visitante.—Esa fué una excelente idea de Ullick. Si el muchacho sale corriendo y llega á aquella ventana... pues bien, será un accidente y nada más. Vine porque me sentía algo impaciente. Cuando se trata de ciento cincuenta mil libras que dependen de la vida de un niño, no cuesta mucho sacarle del camino. Me quedaré para ver cómo resulta la cosa; tendré tiempo de irme después.

La sombra de los dos hombres se destacó en el cielo raso, mientras se dirigían á la puerta, llevando consigo la vela. Coloqué el oído cerca de los labios del niño y me cercioré de que éste dormía profundamente. Resolví esperar.

Estaba semidormido cuando de repente me despertó por completo un curioso gemido que se oía en el cuarto. Yo estaba agachado entre la cama y la pared. Me incorporé y casi arrojé un grito de espanto. Allí, en la noche, se

veía un rostro horrible, cuyos labios se retorcían, cuyos ojos giraban y que hacía espantosas muecas; era un rostro y nada más. Parecía flotar en la oscuridad y se acercó á mi, inclinándose un momento sobre el lecho. En un arranque frenético, tanto de miedo como de ira, alzé el bastón que tenía en la mano, y lo dejé caer con toda la fuerza de que podía disponer sobre aquel horrible rostro.

Oí un grito y luego los pasos de alguien que se alejaba tropezando en dirección á la puerta y arrojando maldiciones. El niño se agitó un poco en su sueño pero no me preocupé de ello. Llegué tan rápidamente como la oscuridad me lo permitió hasta la puerta, guiado por la leve claridad que por ella entraba. Llegué á tiempo al corredor para presenciar un cuadro inesperado.

Parecía que la pared en que remataba el corredor estuviese abierta en la noche, y sobre el fondo claro que formaba la relativa claridad del cielo vi destacarse la silueta de dos hombres que parecían luchar; de repente uno de ellos arrojó un grito, cayó hacia atrás por la abertura y desapareció. El otro pareció bambalear en la orilla y luego se volvió, y pasando junto á mí se dirigió hacia el interior de la casa. Sin un instante de vacilación le seguí.

Detrás de él entré en la habitación en que habíamos comido esa noche. Allí encontré á un hombre sentado en una silla con la cabeza asida con ambas manos y que se mecía, gimiendo, hacia adelante y hacia atrás. Sobre la mesa se veía una vela y parado en un rincón estaba Dan, que contemplaba al hombre que gemía y se quejaba.

Dejándome arrastrar por un impulso súbito me acerqué á la mesa, apagué la luz y volvió á aparecer ante mi vista en la oscuridad aquella cara horrible que flotaba, según parecía, por el aire sin que nada la sostuviese. Froté un fósforo, volví á encender la vela y fijé mi mirada en Ullick, en cuyo rostro se veía una gran mancha lívida, y en el hombre que parecía querer esconderse en el rincón del cuarto.

—Pues bien, caballeros—pregunté—¿qué significa todo esto?

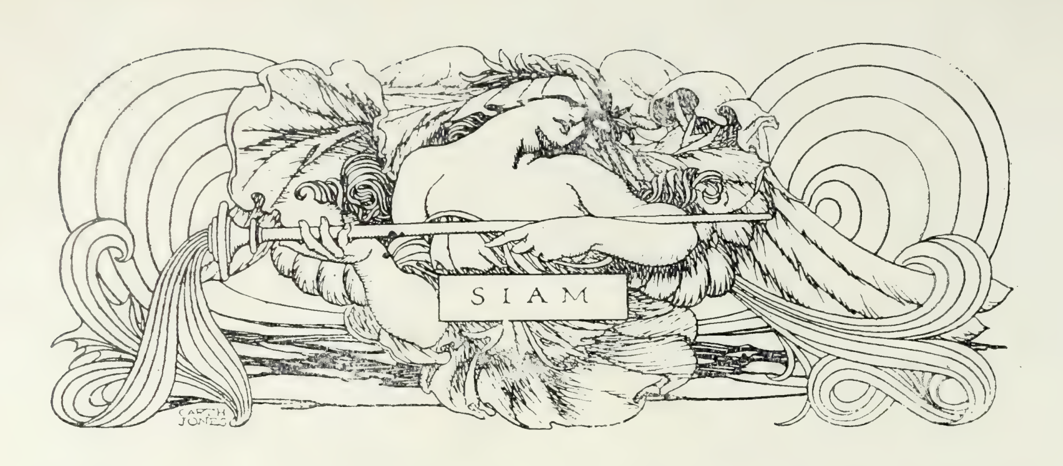
—¿Lo qué significa?—exclamó Ullick sin dejar de frotarse el rostro tumefacto—¿cómo ha logrado usted acertar, es lo que no entiendo? Me parece que está más al corriente de lo que podíamos suponer. Aquel niño es heredero, por testamento de su padre, de algo más de ciento cincuenta mil libras esterlinas. Se le designó por tutor un primo segundo; Jarratt Aves; en caso que muriese Aves debía heredar de todo. El tutor mandó al chico á esta escuela, y luego la compró. Debíamos cobrar mil libras esterlinas si moría de muerte natural en nuestras manos.

—¿De modo que el rostro era mera fosforecencia?—comenté con tono tranquilo—¿Dónde está el tutor?

—Tendido y muerto en el jardín—contestó Dan, con una risa amarga—El niño debía caer por la ventana y romperse el pescuezo; Jarratt Aves cayó y se mató. Y ahora Ullick, cuanto más pronto nos alejemos, mejor será.

Y aquí concluye mi relato. Regresé á Londres, acompañado de Arturo Overton, y conseguí dar con los abogados encargados de administrar sus propiedades. Y esa noche, al regresar á mi humilde alojamiento, saqué de su estuche mi juego de baraja, ensayé un solitario y... cosa maravillosa... el "Demonio" salió á la primera tentativa.





UNA CREMACION REAL

La cremación de los restos del último rey de Siam se efectuó en Bangkok el 16 de Marzo pasado, en condiciones de pompa y esplendor tales, que no tenían probablemente precedentes en una tierra acostumbrada, sin embargo, á espectáculos de magnificencia semibárbara.

En Siam, como sabrá ó no sabrá el lector, la cremación es costumbre general, pues el entierro de los cadáveres no se efectúa más que en los casos en que la muerte ha sido debida á determinadas enfermedades. Cuanto más alto es el rango del difunto, tanto más imponente es la ceremonia y la *mise-en-scene* de la cremación. Cuando la familia regia suministra el personaje principal y mudo de esta solemne ceremonia, los pormenores son tan elaborados como costosos. Es lo que ocurrió en el caso que vamos á describir.

La muerte del rey Chulalongkorn se produjo hace más de un año. De acuerdo con la etiqueta de la corte siamesa, el cadáver embalsamado fué conservado en el palacio y custodiado día y noche, durante todo el tiempo que medió hasta la cremación, por una guardia de honor. De paso puede observase que el intervalo entre la muerte de los personajes regios y su cremación ha sido reducido considerablemente en estos últimos años. Los restos del abuelo del rey actual fueron conservados durante dos años antes de ser entregados á las llamas. Los del que entonces era príncipe heredero y que falleció en 1895 no fueron cremados hasta 1901.

Los preparativos de una cremación real son los siguientes: se erige su crematorio, ó *phra moro* ó *premane*, según se le llama á veces, y se le decora con prodigalidad. El sitio en que se erige el *phra moro* es un vasto espacio de terreno situado frente al palacio de Bangkok y conocido con el nombre de plaza del Premane. El resto del tiempo, ese terreno es aprovechado por los extranjeros para jugar al golf, al cricket y dedicarse á otros deportes. En torno del crematorio, que es de madera, se construyen otros edificios, también de madera, que aprovechan los sacerdotes para las exhibiciones y fiestas tanto seculares como religiosas que constituyen una parte importante de la solemnidad total. Las ceremonias duran varios días. Se inician cada mañana con ritos religiosos en los cuales intervienen centenares de sacerdotes. Siguen funciones teatrales, los equivalentes siameses de las zarzuelas, concursos de lucha, y espectáculos semejantes; y por la noche se queman grandes cantidades de fuegos artificiales. El nuevo rey, la familia real, los nobles y los funcionarios de la corte se hallan entre los espectadores, desde el principio hasta el fin de las funciones diarias.

El último día de estas fiestas religio-

Del "Century Magazine"

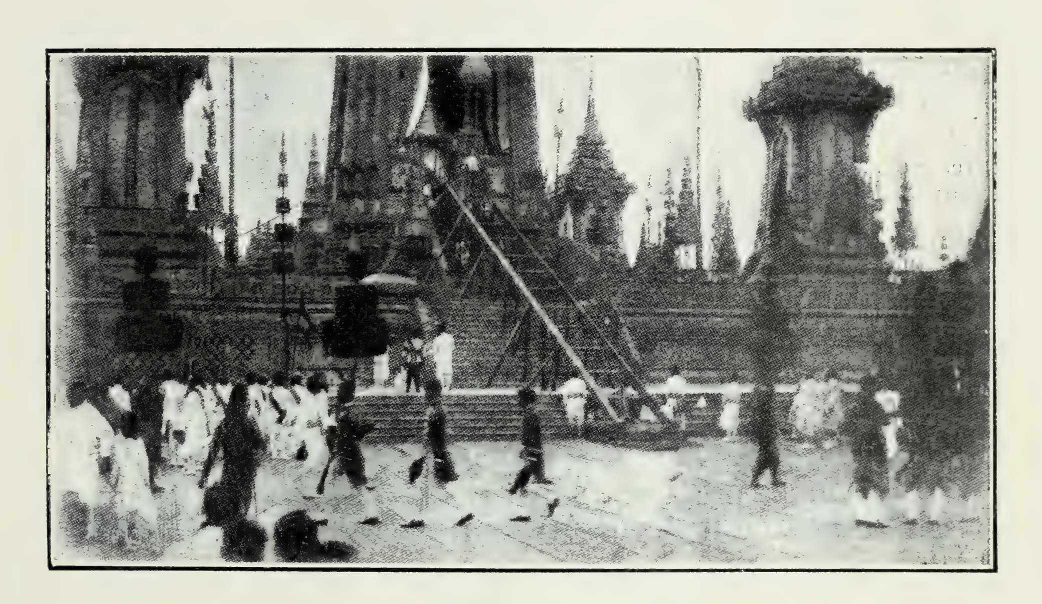
sas, que duran generalmente ocho ó diez, los restos del difunto son colocados en una urna adornada con piedras preciosas que es colocada á su vez sobre una pira de leños secos. El rey enciende el fuego, espectadores invitados especialmente á hacerlo arrojan en las llamas velas sagradas y trozos de madera de sándalo, y los sacerdotes cantan oraciones, mientras se consume el cadáver.

Después que la pira ha quedado enteramente consumida, las cenizas del cadáver son recogidas con nuevas ceremonias, colocadas en una urna y llevadas á un pabellón del palacio en que se conservan las urnas de la familia reinante.

En la madrugada del día fijado para la reciente cremación real, los cañones comenzaron á disparar un tiro por minuto en diferentes puntos de Bangkok. No se oía ningún otro ruido, pues el tráfico quedaba paralizado, y los siameses, tan risueños y conversadores de naturaleza, se mostraban excepcionalmente callados y graves. Desde muy temprano por la mañana, las calles presentaban un espectáculo único. El blanco es el color de luto entre los siameses, y el espectáculo de varios millares de personas vestidas de ese color y en compacta muchedumbre que se dirigían lenta y reverentemente hacia la plaza del Premane, daba la impresión, visto de arriba, de un río blanco sobre el cual flotaban las cabezas de la gente.

Lo que hacía que la ceremonia fuese especialmente interesante era el empeño notable manifestado tanto por los siameses como por los forasteros para que el ocontecimiento resultase un testimonio apropiado de la carrera de un gran monarca y la terminase dignamente. El rey Chulalongkorn era generalmente amado y respetado; se interesó personalmente mucho por el bienestar de su pueblo y por sus dotes naturales estaba naturalmente llamado á hacer un buen gobierno. Contribuyó á que el país pasase de un estado semibárbaro al de un reino independiente; abolió la esclavitud, y lo que es más asombroso todavía gracias á su energía y á su constante dedicación inspiró á su pueblo un entusiasmo que incuyó sobre el carácter nacional, pues el siamés de nuestros días no es el pueblo indolentte y aficionado á los placeres de hace treinta años.

Los siameses se asemejan en algo á los japoneses, en su amor por los efectos artísticos y por los espectáculos. Se nota en ellos igual cuidado minucioso de los detalles; igual tacto para armonizar los colores brillantes, é igual apego ferviente al estilo, y las convenciones nacionales.



Colocación de la urna en el crematorio.

En la construcción del crematorio real, demostraron que el estilo de arquitectura siamés—que puede ser caracterizado por su riqueza de ornamentación, pues todo es sacrificado al ornato — es capaz, sin embargo, de mucha dignidad y grandeza.

Durante varios meses, muchos centenares de hábiles artesanos que trabajaban bajo lo dirección del arquitecto del rey, se ocuparon día y noche en la construcción del *meru* ó edificio central y de los pabellones que lo rodeaban. El *meru* estaba destinado á contener la gran urna dorada y adornada con piedras preciosas en que estaba colocado en actitud arrodillada el cadáver del rey. Alcanzaba á ciento diez pies de alto, se elevaba sobre una base de noventa pies de ancho, y consistía en tres plataformas destinadas, la más alta y la del medio, á sostener un armazón dorado para la urna real, debajo del cual, en la cámara cerrada del medio, se hallaba una pila apretada de leños secos.

En cada una de las cuatro eskuinas de la gran plataforma principal, se hallaban torres de plegarias, en las cuales los sacerdotes vestidos de amarillo, recitaban los textos sagrados budistas.

Los pilares y tabiques del crematorium se hallaban hermosamente ornamentados con pinturas sobre fondo de oro, sobre el cual se veían escenas tomadas de los libros sagrados, bordadas con seda, resultando un conjunto de exquisito buen gusto. En cada plataforma se veían esculturas de ángeles y *yaks* (demonios) primorosamente tallados, los prmeros en actitud de devoción y oración y los otros sosteniendo los grandes parasoles en forma de pagoda que son emblemas de la realeza. Los cielos-rasos estaban adornados con oro y azul, formando hermosos dibujos, alternados con nácar, y en cada frente se veían grandes cortinas doradas, forradas de rojo.

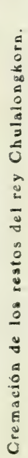
Si consideramos que no había pulgada de ese enorme edificio que no fuese ornado primorosamente con pinturas á mano, esculturas ó marquetería, nos haremos una idea del tiempo y el dinero empleados en él—para que quedase destruído en pocos minutos.

Tomamos asiento en uno de los pabellones que rodeaban el crematorio, y mientras esperábamos la llegada de la procesión real, contemplamos al mar de trajes blancos que nos rodeaban y en el cual reinaban el silencio y la expectativa. Ya habían comenzado los sacerdotes de las torres de plegarias sus preces monótonas. Se sentía en el aire un leve perfume de incienso, y los lacayos terminaban los últimos preparativos para la recepción de los deudos del difunto. Reinó un momento de espectativa y luego se oyeron rumores de música, que fueron sonando cada vez con mayor intensidad, á medida que la banda Tamruet, compuesta de trescientos ejecutantes, vestdos de escarlata, se acercaba á pasos lentos, por el ancho camino del palacio, con los tambores al frente, seguidos de los trompas con clarines de plata, luego de una larga hilera de músicos que hacían sonar conchas marinas y por fin los clarinetes y las flautas. A cierta distancia detrás de la banda, muy pomposos y majestuosos, marchaban los altos funcionarios, con sus grandes espadas adornadas con piedras preciosas, sus largas lanzas de plata, su vajilla de oro y los emblemas de sus funciones. En seguida venía el santo sacerdote princpe (hermano del difunto rey) conducido en su elevado palanquín y rectando trozos de los libros sagrados.

Inmediatamente detrás del palanquín del príncipe seguía un grupo de 220 hombres, vestidos de escarlata y oro, que arrastraban por medio de una doble cuerda la gran carroza de gala, en la cual se hallaba la urna de oro con los restos del dufunto rey. Dos de los hijos iban arrollados en la parte delantera del carruaje y otros dos detrás. De cada lado iban los funcionarios del palacio del difunto rey, llevando los emblemas de la realeza—parasoles blancos, en forma de pagodas—grandes mazos de plumas de pavo real y enormes abanicos.

Dos porta-estandartes seguían, y luego el principal deudo del difunto, el joven rey Kajiravuhd, con uniforme de mariscal de campo. Inspiraba simpatía su aspecto y su actitud. Marchaba solo, con la cabeza muy inclinada, y visiblemente conmovido ante el recuerdo de la pérdida sufrida. Pocos pasos detrás marchaban un grupo de príncipes con los trajes pintorescos de la corte del rey Mongkut, con flotantes capas de seda blanca y curiosos sombreros cónicos de color verde.

Detrás venían los diversos representantes de los países extranjeros, en sus trajes convencionales que ofrecían un marcado contraste con el carácter

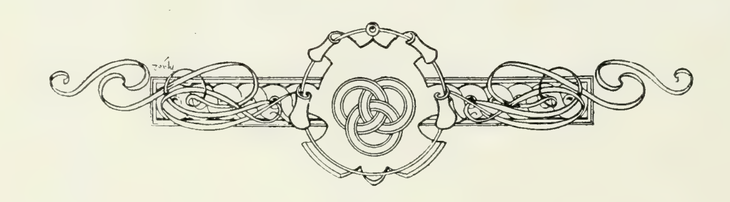


Cremación de los restos del rey Chulalongkorn.

oriental del cuadro y con los trajes muy pintorescos del grupo que marchaba detrás, compuesto de los jefes de los diversos estados secundarios del reino. La longitud de la procesión militar y naval que siguió puede deducirse del hecho que tardó una hora en desfilar y tomar colocación en el terreno.

Después de las gradas del crematorio el sacerdote príncipe presidió un servicio religioso y predicó un corto pero elocuente sermón que pareció impresionar marcadamente á los nobles y á los miembros de la familia real y luego, entre muchas ceremonias, arrojó agua sagrada sobre la urna, que se iba trasladando lentamente de la carroza de gala á su puesto elevado sobre la pira.

Un momento después, y hallándose todo dispuesto, se vió al joven rey que subía por la escalera que conducía á la parte media del crematorio. Fueron abiertas las grandes cortinas y por última vez se halló sólo con el cadáver de su padre. Reinó un silencio impresionante. Luego, de repente, el sonido cristalino de un clarín se hizo oir con notas vibrantes. Era la señal de que el rey había prendido fuego á la gran pira. La banda hizo oir el himno nacional. El pueblo de Siam se despedía por última vez de un gran monarca.



MIDNIGHT DREAMS

Anoche estando solo y ya medio dormido
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.
Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades, que nunca han sido mías,
se fueron acercando en lentas procesiones
y de la alcoba oscura poblaron los rincones.
Hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndula detúvose un momento.
La fragancia indecisa de un olor olvidado
llegó como un fantasma y me habló del pasado.
Ví caras que la tumba desde hace tiempo esconde,
y oí voces oídas ya no recuerdo dónde.
¡Los sueños se acercaron y me vieron dormido;
se fueron alejando sin hacerme ruído,
y, sin pisar los hilos sedosos de la alfombra,
fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra!

José A. Silva



Felices Instantáneas

Hace pocos meses mientras se realizaba en Memphis, Estado de Tennessee, la Conferencia de gobernadores, el gerente de un establecimiento fotográfico de Nueva York, resolvió enviar á aquella ciudad un representante para que sacase una serie de fotografías. La decisión fué adoptada rápidamente y el fotógrafo fué enviado más rápidamente todavía, como ocurre generalmente en esas empresas. El hombre disponía de menos de una hora para preparar su equipaje, almorzar á toda carrera y tomar el tren.

Al llegar á Memphis supo que la conferencia estaba reunida en sesión ejecutiva, después de lo cual se disolvería. La sesión se efectuaba á puertas cerradas. No había que pensar en interrumpirla. Los funcionarios á quienes el fotógrafo habría podido dirigirse no pudieron ser hallados. No era posible obtener licencia para penetrar en el recinto. Era demasiado tarde. ¡Un viaje de mil millas para nada!

Era como para desalentar á cualquiera—con excepción de un fotógrafo de nuestros días.

Alquiló un departamento situado directamente enfrente de la habitación en que se reunía el Congreso en el mejor hotel de Memphis. Allí, á pesar de las órdenes expresas del gerente del hotel, y casi á las barbas mismas de éste, dispuso su lámpara de magnesio sobre una mesa, y la cubrió como al descuido con su sobretodo.

Cuando se abrieron las grandes puertas del salón situado frente á su habitación, estaba él en el vestíbulo con un plan preparado.

—¡Por aquí, caballeros, por aquí! —dijo con voz sonora á los gobernadores que salían de la sesión.

Estos, sin darse cuenta de qué se trataba, siguieron la indicación del fotógrafo y penetraron en la habitación que les señalaba.

¡Zas! ¡Puf! Fué cosa de un segundo, el magnesio ardió, el grupo quedó impreso en la película, y mientras los graves personificadores del poder ejecutivo de los estados se miraban asombrados unos á otros, un hombre enérgico, con una cámara fotográfica en la mano, se deslizaba hasta el cuarto nmediato donde tenía dispuesto lo necesario para revelar la placa.

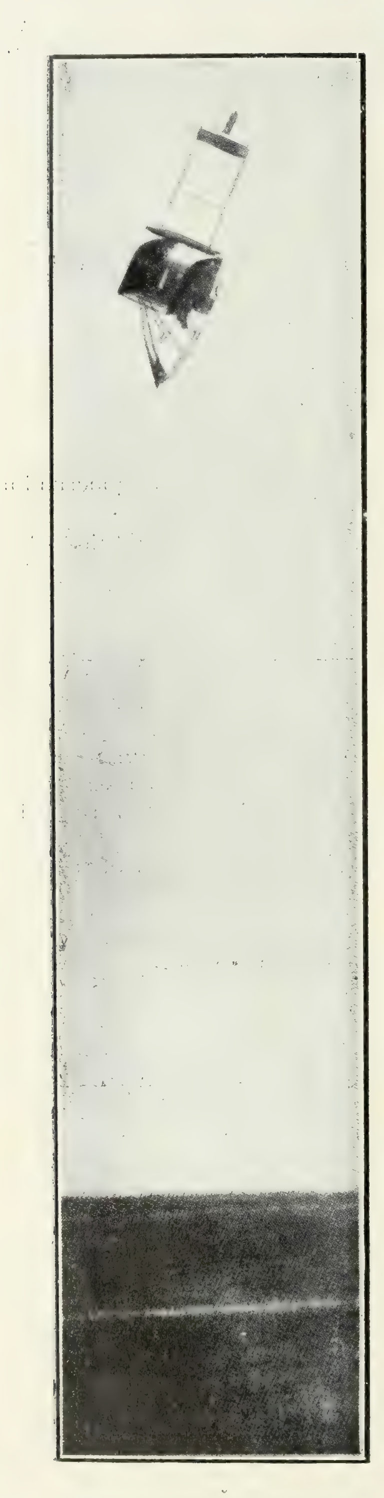
En pocos minutos puede obtenerse hoy día un negativo. El fotógrafo ya había conseguido el suyo y se disponía á partir cuando el gerente del hotel llegó, tarde, para oponerse á sus proyectos.

Sólo le faltaba obtener los nombres de los que constituían el grupo. Algunos le fueron suministrados por un empleado del hotel, otros por algunos de los que formaban el grupo de curiosos reunido en el vestíbulo, y los demás por los redactores de un diario situado en las inmediaciones. Sólo le quedaban veinte minutos para tomar el tren de regreso. Y llegó á tiempo á la estación, aun cuando tuvo que abandonar en el hotel su ropa, su máquina fotográlca y todos sus accesorios. Pero no llevaba consigo lo que había venido á buscar.

Veinticuatro horas después, los diarios de Nueva York publicaban grabados de la conferencia de los Gobernadores, obtenidos de ese negativo único.

Fecundidad de recursos, atrevimiento, tenacidad, ingeniosidad — esas son las

Del "Munsey's Magazine"



Caida del volador Hoxsey y de su biplano en Los Angeles, Diciembre 31 de 1910.

cualidades que exlge el éxito en esta rama del arte fotográfico. Y sobre todo la época pide rapidez.

El año pasado, cuando Hamilton emprendió su vuelo de Nueva York á Filadelfia, fué enviado un fotógrafo á Trento para que tomase una fotografía del volador en el instante en que pasaba por encima de esta ciudad. Consiguió una excelente instantánea, pero erró el tren... por un minuto. Y por un minuto llegó tarde en todo y consiguió muchos disgustos. A su llegada á Nueva York, los diarios de la noche—que le fueron ofrecidos por los vendedores á su bajada del tren—ya contenían grabados en los cuales se veía la manchita oscura formada por el aeroplano en el cielo encima de Trento, y debajo, la muchedumbre reunida para verlo pasar y *en la cual el fotógrafo se reconoció á sí mismo, ocupado en tomar su instantánea.*

Victorias semejantes fueron conseguidas por los fotógrafos yanquis cuando la visita hecha á América hace dos años por el príncipe Enrique de Prusia. El príncipe tenía un fotógrafo oficial; pero éste se veía trabado en su acción por las necesidades del ceremonial. Cada vez que tomaba una fotografía se veía obligado á acercarse al príncipe, saludar, y pedir permiso. Como consecuencia de esto, las mejores fotografías del príncipe Enrique fueron conseguidas por sus colegas yanquis más activos, y en ellas se le ve á menudo en el acto de saludar y de pedir permiso.

En Europa, el arte fotográfico ha alcanzado un alto desarrollo, y los procedimientos de reproducción son muy esmerados; pero en cuanto á audacia y á decisión, los fotógrafos de los Estados Unidos conservan el primer puesto.

Los Fotografos especiales de Guerra

La guerra ruso-japonesa ofreció excelentes oportunidades para demostrarlo. Fué un fotógrafo yanqui el que obtuvo la primera vista de Chemulpo, su reflector en medio de la noche obscura de Corea arrancó á la muchedumbre reunida en la orilla gritos de: "¡Los japoneses! ¡Los japoneses!" Tambien fué un fotógrafo yanqui el único que pentró en las soledades de Corea, luchando en astucia con los sutiles japoneses, y, á pesar de muchos obstáculos casi insupera-



Bomberos de Nueva York salvando á una mujer.

bles, consiguió sus preciosas vistas de los vivaques y de los campos de batalla.

Cuando las amenazas de guerra se hicieron más intensas, y que los telegramas indicaron que la conflagración era inminente, el director de un semanario ilustrado llamó á sus fotógrafos. Algunos tenían gran reputación. El director puso el dedo en el mapa y dijo:

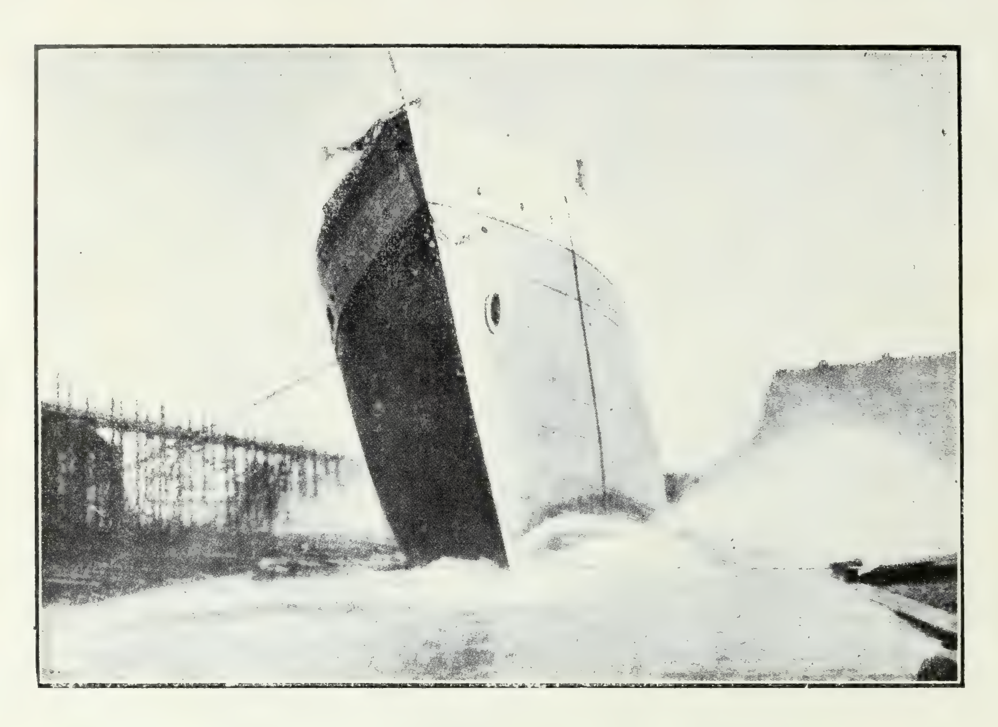
—Vayan á este punto. Salgan inmediatamente. No puedo indicarles cómo han de llegar; eso es cosa de ustedes. Pero ¡vayan!

Dos de los más jóvenes no parecieron recibir la orden con entusiasmo.

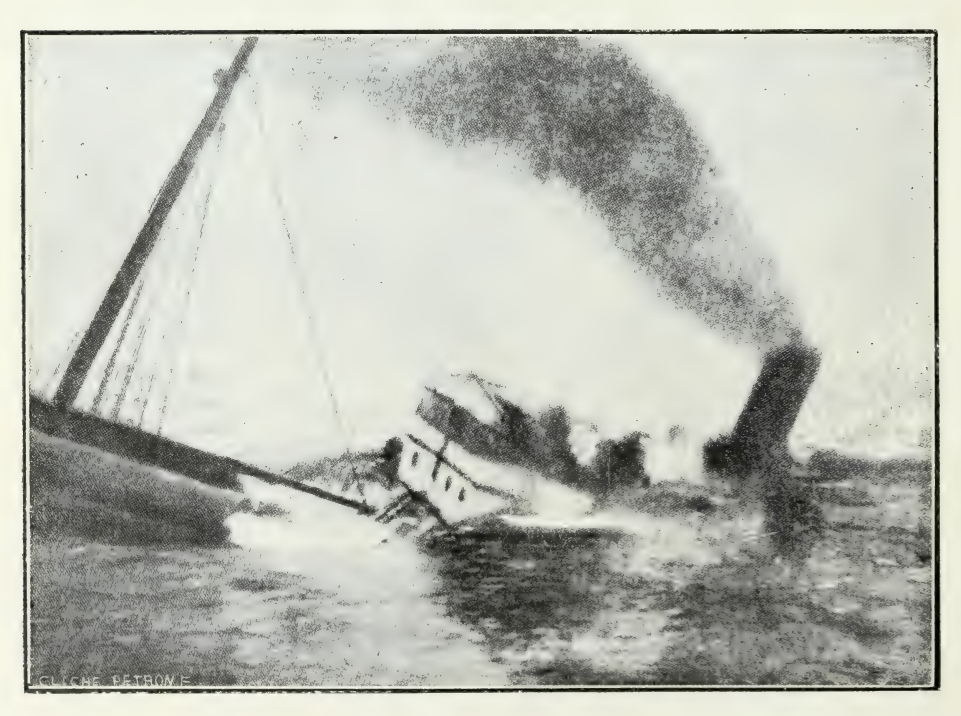
—¿Puede usted sugerirnos los medios que debemos emplear para llegar?—preguntaron.

El director les sugirió otras tareas inmediatamente, y envió á Corea á los demás que no habían hecho preguntas. Cuesta dinero el enviar media docena de hombres al Extremo Oriente, sin más objeto que obtener fotografías. El director opinaba que sería dinero malgastado en hombres que necesitaban ayuda de consejos cuando ni siquiera se habían puesto en marcha, y probablemente tenía razón.

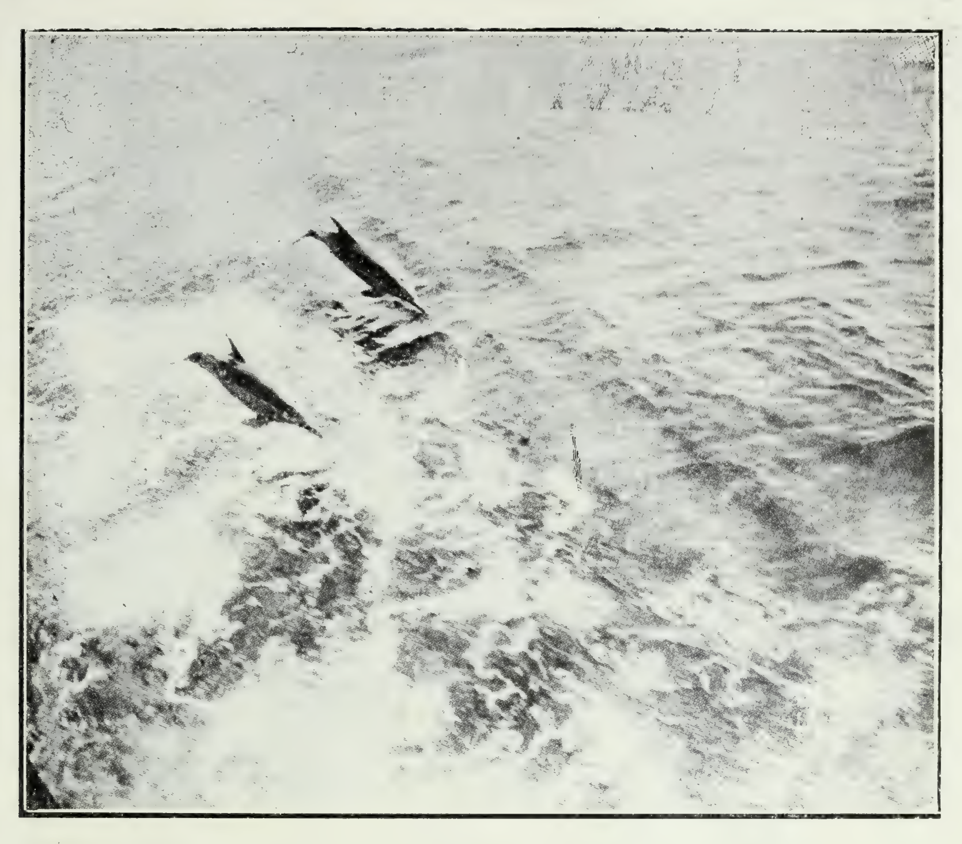
Tres de los restantes—sin consultarse mutuamente—tomaron el mismo tren para Chicago esa misma tarde. Después



Lanzamiento del vapor Hamonic.



Notable instantánea de un naufragio. El buque noruego Frogner yéndose á pique después de su colisión con el Geelong en el canal de Inglaterra en 1908.



Fotografía tomada desde el puente de un trasatlántico. Masoplas en el acto de saltar fuera del agua.

de descubrise se reunieron amistosamente hasta que el tren se acercó á Chicago. Luego volvieron cada cual á su vagón. La amistad había cesado. Desde aquel momento cada cual entraba en lucha con los otros dos y trataba de vencerlos. Claro está que ninguno había de hacer nada para obstaculizar á sus rivales, era una lucha completamente leal, y que tenía por objeto, no su propio interés, sino el de la revista á que pertenecían.

Uno de ellos perdió tiempo en Chicago. Tenía un boleto para el viaje entero, y su instinto de economía fué causa de su derrota. Trató de acomodar sus planes á las facilidades que le ofrecía ese pasaje. Los otros arrojaron sus boletos y tomaron un tren más rápido después de una carrera desesperada en carruajes se alquiler.

Desde el tren y cada cual por su cuenta, telegrafiaron á las agencias marítimas de San Francisco. El vapor *Siberia* debía partir de San Francisco el día anterior á su llegada. Telegrafiaron á los agentes para tratar de que fuese aplazada su partida. Y telegrafiaron al director de la revista para que los ayudase en su propósito.

—¿Quiénes vienen?—preguntó por telégrafo el agente marítimo.

—Un grupo de americanos distinguidos—contestó uno de los fotógrafos. El otro afirmó otro tanto. El director del diario, aunque sin mentir tan abiertamente, no dejó de insistir para obtener el aplazamiento de la partida.

A la llegada *del grupo de americanos distinguidos*, los agentes se mostraron muy irritados y su lenguaje fué deplorable; pero los fotógrafos tenían vapor para efectuar la travesía.

Uno de ellos perdió tiempo en Tokío, adonde llegaron ambos á media noche. Resolvió dormir para estar dispuesto al día siguiente. El otro se embarcó á las dos de la madrugada; y él fué quien hizo brillar su luz en Chemulpo en el momento en que los japoneses desembarcaban. Seis semanas más tarde los lecto-

res de los Estados Unidos vieron esa primera fotografía de la guerra—la concedieron tal vez una mirada y dieron vuelta la hoja. Tres hombres habían efectuado seis millas para conseguir ese grabado.

Dos semanas antes de la llegada de esa fotografía ya se había publicado otra; pero no tardó en ser conocida como apócrifa—era una vista retocada de un encuentro anterior en Chemulpo—por la sencilla razón de que había llegado demasiado pronto á Nueva York. La fotografía es muy rápida en nuestros días; pero no puede andar más pronto que los vapores y los expresos.

También las empresas cinematográficas trabajaron activamente en aquella época. En Nueva Jersey fueron aprovechados diferentes puntos apropiados desde el punto de vista topográfico y allí se efectuaron simulacros de las diversas batallas, á medida que se recibían las noticias telegráficas.

Esas vistas cinemotográficas fueron muy bien preparadas. Pero á su debido tiempo llegaron verdaderas vistas de la guerra. La historia de un fotógrafo especial de guerra, es la historia misma. En primera línea de los hombres que han conquistado una reputación en este ramo azaroso se halla James Ricalton, el decano de los fotógrafos de los Estados Unidos; James F Hare, más conocido con el nombre de Jimmy Hare; William Dinwiddie, John T. Bass y Robert Lee Dunn.

Ricalton, que tiene más de 60 años, regresó no hace mucho de un viaje á pie por Africa. Una de sus más notables hazañas consiste en una serie de vistas en que se ve estallar las bombas á corta distancia, en lo más arduo de la guerra ruso-japonesa.

Algunos de los mejores negativos obtenidos por Dinwiddie y Bass, que estuvieron en casi todas las guerras recientes, fueron tomadas desde las peligrosas trincheras construidas por los japoneses á medio alcance de las baterías rusas y bajo el fuego de los cañones—trincheras que de tiempo en tiempo eran barridas por los shrapnels y quedaban llenas de cadáveres.

Dunn fué el hombre que alcanzó más laureles en esta guerra, consiguiendo penetrar en Corea, y á pesar de todos los obstáculos y privaciones que puede imaginarse siguió tenazmente la marcha del ejército japonés hasta Manchuria.

Con el objeto de llegar á Liao-Yang. antes que los rusos evacuasen esa ciudad, Hare *huyó* del ejército japonés, y virtualmente sin provisiones, ni esperanzas de conseguirlas por el camino, se puso valientemente en marcha para un viaje que había de durar por lo menos cuatro días. Habría podido acondicionar suficientemente provisión de carne conservada y de chocolate en sus maletas, pero necesitaba el sitio para sus películas y accesorios fotográficos. Y consiguió su objeto, como era de esperar en un fotógrafo.

La última hazaña de Hare consistió en fotogralar los *rascacielos* de Nueva York desde una barquilla de globo á una milla de altura. La aeronáutica no es la forma más azarosa de locomoción para un fotógrafo moderno; pero los globos libres á lo largo de la costa son considerados como extremadamente peligrosos.

Esa expedición casi tuvo terminación fatal. El globo fué arrastrado por el viento hacia el mar, y fué necesario luchar enérgicamente por la vida. Fueron arrojados todos los objetos pesados, para salvar las placas, que fueron envueltas en cauchú y cubiertas con un forro de cuero. El fotógrafo pinta en esta forma la situación:

"Habríamos podido abandonar la barquilla y salvarnos, pues llevábamos salvavidas, pero resistí, porque quería conservar mis placas."

Las placas fueron salvadas, y las fotografías aparecieron en su debido tiempo. Los aeronautas fueron recogidos por un buque.

La cámara fotográfica llega actualmente á todas partes, y figura en todos los acontecimientos. Fué hasta el polo Norte, y ha llegado al extremo Sur. Ha llegado á la mayor altura alcanzada por el hombre, y á las mayores profundidades. En el momento en que escribo estas líneas, un hombre está casi enterrado entre el hielo y la nieve en un *igloo* cerca del polo Norte. Su presencia en aquel punto tiene por objeto conseguir fotografías de la noche ártica. Y en las malezas del Africa y de la India, otros afrontan los peligros del clima y de la fiebre.

En Nueva York, á medida que la ciudad se eleva hacia los cielos, ó se hunde en la tierra, el fotógrafo debe acompa-

ñarla. Los escritores pueden describirnos el vértigo de la altura y los túneles sofocantes, con solo entrevistar á los que los han visto. Pero el fotógrafo debe ir personalmente si quiere hacérnoslo ver.

El hombre que fotografió las vigas más altas del edificio Singer, durante su construcción, tuvo que trepar audazmente hasta donde los obreros más temerarios no se atrevían á subir. El no tuvo miedo, según decía después, "porque tenía la cabeza dentro de su cámara fotográfica". No pensaba en sí mismo, pensaba en su tarea.

El capataz de los remachadores lo contempló con curiosidad mientras colocaba su aparato fotográfico en la extremidad de una viga de seis pulgadas de ancho y situada á seiscientos pies encima de la cabeza de la calle.

—¡Deje esa cámara! — le gritó. — Y venga á trabajar. ¡Usted ha nacido para construir puentes!

Ese mismo fotógrafo propuso en cierta ocasión al director de la revista en que trabajaba una serie de fotografías de Nueva York durante la noche. Para esa se proponía encaramarse sobre una de las torres del puente de Brooklyn, trepando para ello por los cables, después de puesta la noche.

El director se negó á permitirle que corriese ese riesgo. Además no quería provocar dificultades con la policía.

Reglas observadas en este arte

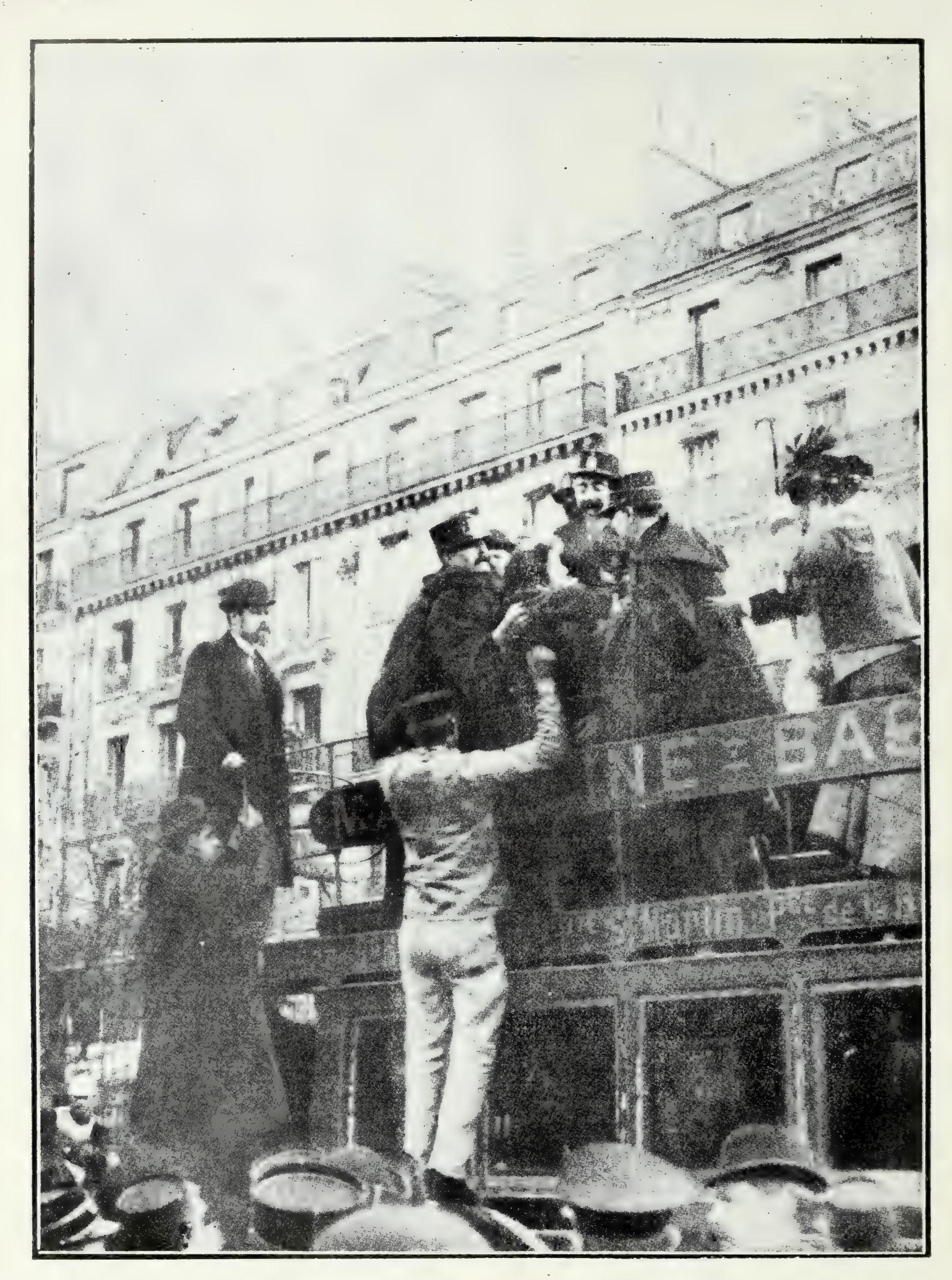
Las compañías fotográficas consideran conveniente observar las restricciones que les imponen la policía y otras instituciones, y ajustarse á un cierto código en su trato con el público en general.

Las fotografías de las personalidades eminentes son sometidas á la aprobación de los interesados antes de ser publicadas. En caso de escenas de tribunales, casamientos de personas distinguidas, y acontecimientos privados de toda clase, se solicita previo permiso.

Esta política conservadora de la cual depende en gran parte el mantenimiento de su negocio, no es siempre fácil de seguir. Los fotógrafos luchan en continua competencia unos con otros, y especialmente con los fotógrafos de los diarios, que se ven virtualmente obligados á conseguir sus resultados como puedan.



Jockey Kelleher arrojado por su caballo Rufus, al saltar en un steeplechase en la pista del Brooklyn Jockey Club, Setiembre 26 de 1908.



Detención de Jacob Law que acababa de disparar contra soldados franceses desde lo alto de un omnibus hace pocos años.

En general, el público es más indulgente actualmente con respecto á los fotógrafos, que en épocas anteriores. La publicidad se considera hoy como inevitable y se la mira con cierta filosofía.

La campaña de Mr. Tatf para la presidencia fué calificada de *campaña fotográfica*. El presidente Mc Kinley no era enemigo de que se le fotografiase. El coronel Roosevelt se presta de buena gana á ello y personalmente es amigo de sacar instantáneas. John D. Rockefeller, que antes se daba mucho trabajo para evitar que se le retratase, se ha vuelto *muy buen muchacho,* según dicen los fotógrafos y recibe la explosión del magnesio con una sonrisa.

Cierto fotógrafo notable consiguió su

primer éxito al obtener una instantánea de Roosevelt, en el recinto de la convención en Filadelfia, inmediatamente después de que fué electo vicepresidente. Este fotógrafo se abrió paso, con tal aire de autoridad que nadie pensó en detenerlo, llegó á la plataforma y la fotografía muestra á Rooseveldt con la mano levantada en ademán de ordenarle que se retire.

Es el mismo fotógrafo que—según su propia afirmación—fué objeto de la primera orden dada oficialmente por Roosevelt, como presidente de los Estados Unidos. Había logrado deslizarse en el tren que transportaba el cadáver del presidente Mc Kinley desde Buffalo á Washington. Cuando ya el tren estaba en marcha fué descubierta su presencia por el Secretario Mr. Cortelyon, quien le obligó á prometer que no trataría de obtener ninguna fotografía durante el viaje.

Esto, sin embargo, no le imponía limitaciones después de llegar á Washington; y en cuanto los vagones se detuvieron en la estación, salió de ella corriendo, tomó suficiente distancia de ventaja y se trepó á un poste telegráfico. En el momento en que la comitiva fúnebre, encabezada por el grupo de ministros, con el presidente Roosevelt al frente, llegaba lentamente á donde se hallaba el fotógrafo, la explosión de un cartucho de magnesio se produjo. La procesión tuvo un segundo de sobresalto, y el nuevo presidente, señalando en dirección de la llamarada, ordenó con irritación:

—¡Que arresten á ese hombre!

Pero cuando llegó la policía "ese hombre" había desaparecido, dejando como huellas de su presencia los restos del cartucho de magnesio.

Una de las fotografías más notables que se hayan obtenido es la del Intendente Gaynor, pocos segundos después de recibir el tiro que le disparó un asesino á bordo del *Kronprinzessin Cecilie*. Fué tomada por el fotógrafo de uno de los diarios de la tarde, de Nueva York. Este acababa de sacar una instantánea del Intendente, y disponía sus placas para sacar otra á menor distancia, cuando sonó un tiro.

Oyó la detonación subconscientemente, pues "tenía su cabeza en la cámara". Estaba absorbido en su tarea y como el Intendente se hallaba á buena distancia, apretó maquinalmente el botón.

El disparo de la pistola y el chasquido del obturador fueron casi simultáneos. El Intendente Gaynor se había llevado la mano al cuello, la acababa de retirar manchada de sangre, y la fotografía nos lo muestra en esa postura, con las rodillas semidobladas y á punto de desplomarse.

Esta instantánea fué obtenida completamente por casualidad, como otras muchas de índole sensacional. En este caso, si el fotógrafo hubiese tenido plena consciencia de lo que ocurría, es muy probable que la sorpresa y el horror le habrían paralizado y habría dejado escapar la oportunidad. Muchas oportunidades fueron perdidas en esa forma.

Muchos de los triunfos de los fotógrafos son debidos á los progresos realizados por todas las ramas de la fotografía y á la perfección científica de las cámaras. La electricidad los ha venido á ayudar, suministrando la poderosa luz de arco en substitución del sol, y el ventilador eléctrico para secar las pruebas. Es posible actualmente desarrollar un negativo en pocos minutos, cuando antes se necesitaban horas.

Los antiguos fotógrafos de guerra estaban sometidos á muchas limitaciones. Su verdadero trabajo comenzaba á menudo después de la ardua dificultad de sacar la fotografía. La cuestión principal era desarrollar en medio de circunstancias contrarias de toda clase. Actualmente puede llevar con facilidad todo lo necesario para realzar su trabajo cómodamente.

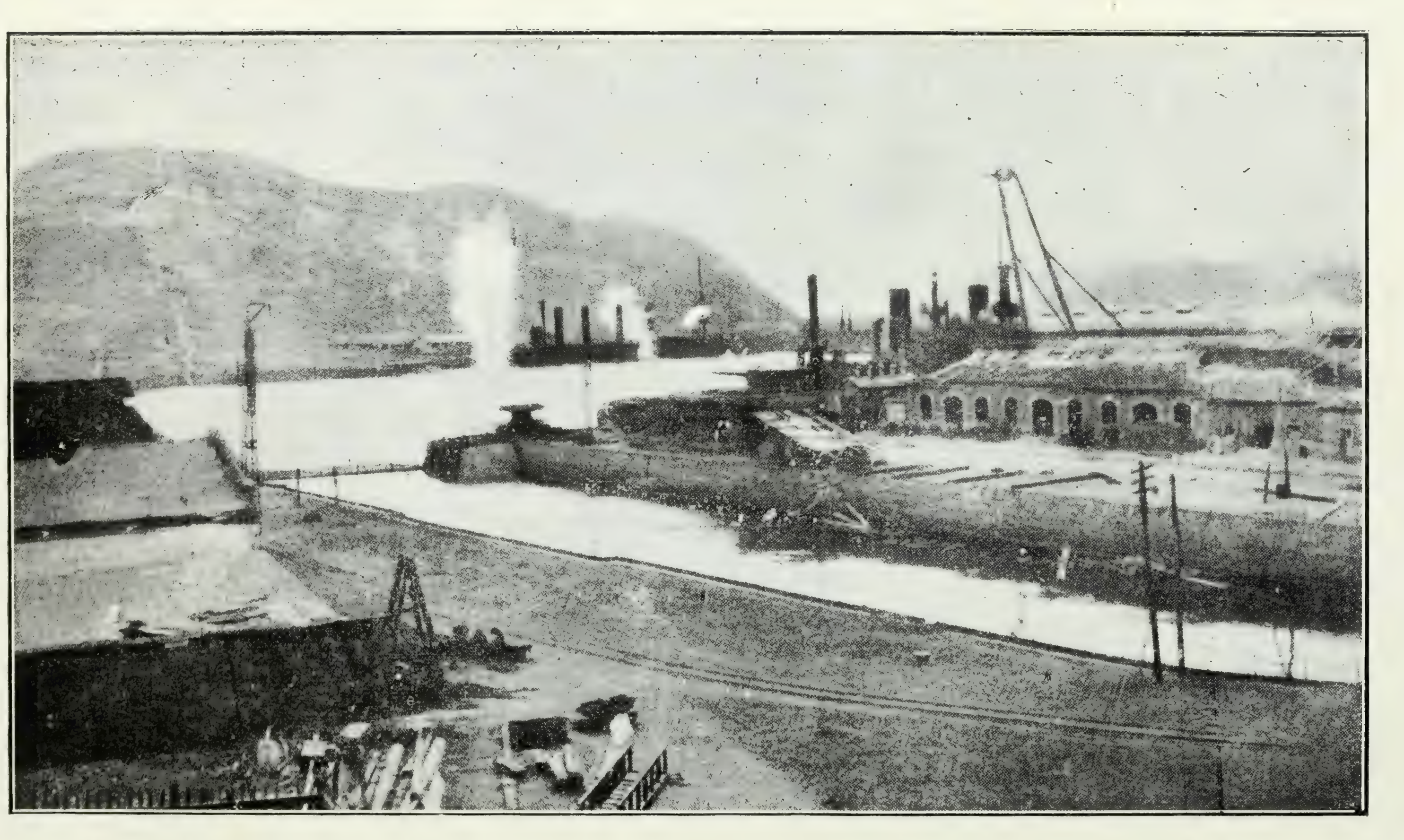
—Cualquiera puede obtener una fotografía actualmente, decía uno de los antguos fotógrafos que goza de una reputación conquistada á duras penas.

Declaran que ya no es necesaria la ingeniosidad que le colocó al frente de su profesión. Pero esto no es cierto, más que hasta cierto punto. Las facilidades han mejorado mucho, pero también han mejorado mucho los resultados.

Felices instantáneas obtenidas por aficionados.

Muchas fotografías han sido conseguidas por aficionados que "se hallaban casualmente presentes". A continuación damos algunos ejemplos característicos.

La fotografía en que se ve el vapor *Frogner* en el instante en que se hunde, con el humo que todavía sale de la chi-



El puerto de Port-Arthur durante la guerra, en momentos en que los japoneses arrojaban granadas de gran calibre junto á los buques rusos Bayan (tres chimeneas) y Sevastopol (dos chimeneas).

menea, fué tomada inmediatamente después de su colisión con el *Geelong*, por un pasajero que se hallaba en este último. Vendió su placa en cuanto llegó á Londres á los agentes de una compañía fotográfica de los Estados Unidos.

La detención del anarquista Jacob Law, después que hizo fuego contra los sodados franceses en la Plaza de la República, fué también tomada por un aficionado.

Por otra parte, la notable fotografía del jockey Kelleher, que se cae de cabeza al franquear un foso fué obtenida por un fotógrafo que trabajaba pacientemente desde varios días para obtener, no necesariamente la vista de un accidente, sino una serie de fotografías de las diversas fases del salto de los caballos. A veces se emplean semanas en trabajos de esta índole; mientras que la fotografía del vuelo de las aves y de los movimientos de los animales necesitan no solamente mucho tiempo y paciencia, sino también accesorios mecánicos hábilmente dispuestos.

En el momento de la tentativa de asesinato contra el rey Alfonso en las calles de Madrid, no se conoció ninguna fotografía íntimamente relacionada con el hecho. Seis meses después un semanario ilustrado de Nueva York recibió una fotografía que mostraba la explosión de la bomba arrojada contra el carruaje real. Si esa instantánea hubiese sido ofrecida á tiempo á los diarios, su autor habría sacado fácilmente de ella varios centenares de dollars.

Algunas fotografías remuneradoras

Algunos negativos han producido mil y hasta dos mil dollars cada uno. Claro está que á ello contribuía la organización y facilidades de venta de las compañías fotográficas.

Cierto domingo, en Nueva York, un grupo de fotógrafos esperaban pacientemente frente á la aristocrática iglesia de Saint Bartholomew, para obtener retratos de varias notabilidades mientras entraban y salían del templo. Se trataba principalmente de obtener algún retrato de los Vanderbilts; pero aunque otras personas fuesen reconocidas fácilmente y fotografiadas, era imposible siquiera identificar el carruaje de los Vanderbilts.

Por fin, mucho después de terminado el servicio religioso, no quedaron más que tres carruajes, frente á la iglesia—todos muy modestos, y varios fotógrafos desalentados, tomaron sus aparatos y se retiraron. Uno de ellos, mirando, hacia atrás, vió que el único que permanecía sacaba rápidas instantáneas de una señora de edad y de una joven, vestidas de un modo poco vistoso, que salían de la iglesia y se dirigían hacia uno de los coches.

—¿Quiénes son?—preguntó, en el momento en que el carruaje se alejaba.

—No sé—contestó su colega;—pero tengo una *corazonada*.

Y la corazonada resultó cierta. La joven era Gladys Vanderbilt, y cuando, pocas semanas después, se anunció el noviazgo con el conde Széchanyi, esta fotografía casual, la única de que se disponía, fué vendida á los principales diarios y semanarios ilustrados del mundo entero. Valía más de mil dollars.

En la época del terremoto de la Jamaica, una firma fotográfica de los Estados Unidos hizo el gasto extraordinario necesario para que un buque modificase su rumbo y desembarcase uno de sus fotógrafos, que por casualidad se hallaba á bordo, en el sitio de la gran calamidad. Pero aun así, éste llegó demasiado tarde para obtener las mejores vistas. Un escritor de magazine de los Estados Unidos, de carácter emprendedor, que también se hallaba en aquel sitio, había recorrido toda la ciudad arruinada y comprado todos los negativos disponibles en que se veían los efectos del terremoto. Más tarde consiguió venderlas en varios millares de dollars.

Un buque especial fué fletado en Londres en veinticinco mil dollars para dirigirse á Messina, por cuenta de una empresa fotográfica, cuando ocurrió el desastre que la dejó en ruinas. Y cuando se produjo la catástrofe de San Francisco, el tren más rápido de Nueva York que salió una hora después de conocerse la noticia, llevaba una docena de fotógrafos.

La erupción del Mont Pelée no había terminado cuando los fotógrafos llegaron y establecieron su base de operaciones sobre las cenizas calientes. Y se conocen casos de fotógrafos que plantaron sus aparatos en la orilla misma de los cráters.



Tentativa de asesinato del Intendente Gaynor en Nueva York á bordo del Kronprinzessin Cecilie en Hoboken, 9 de Agosto de 1910.

En la competencia de los fotógrafos cuando el desastre de San Francisco, un diario de Nueva York tuvo la idea de *fabricar* una fotografía de la ciudad destruida. Se empleó para ello una antigua fotografía de San Francisco, y un dibujante hábil la retocó, agregando fuego, humo, y ruinas. El trabajo fué hecho tan hábilmente que habría pasado fácilmente por auténtica, á no ser por la cifra "1903" que se veía en un rincón de la ilustración.

Se creyó generalmente en esa fecha que este error ridículo era debido á una distracción. En realidad no era así. Las primeras ediciones del diario salieron sin la fecha; fué agregada en el segundo cliché por un empleado del diario en vísperas de abandonarlo, y por el espíritu de venganza.

Los fotógrafos de diarios

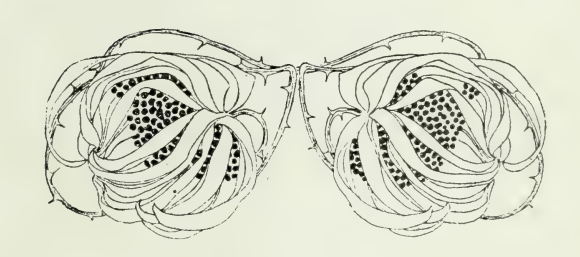
Los principales diarios de los Estados Unidos emplean de uno á seis ó más fotógrafos, y los tienen ocupados activamente. El trabajo es principalmente local y en los días más ocupados les es difícil á veces hacer frente á todas las exigencias de la localidad. En esos casos y cuando se trata de asuntos extranjeros, los diarios se valen de las empresas fotográficas.

Estas últimas están organizadas necesariamente de modo á ser tan eficaces como sea posible. No solamente están obligadas á competir diariamente con los activos y no siempre muy escrupulosos fotógrafos de los diarios, sino que deben preparar de antemano lo referente á los acontecimientos anunciados. A veces toman grandes series de fotografías por las cuales no hay demanda por el instante. Pero tarde ó temprano, puede presentarse un pedido para esas fotografías.

Como resultado de esta iniciativa, sus archivos contienen á veces más de un millón de fotografías, de las cuales puede decirse que incluyen el mundo entero con todos sus pueblos. Tiene agentes regulares en todos los centros del mundo y otros agentes especiales efectúan jiras de tiempo en tiempo, al valle del mar Muerto, á la Patagonia, á los Himalayas ó al Polo.

Esos caballeros de la cámara viajan á pie, á caballo, en globo, en automóvil, en caravanas de camellos. Arriesgan la fiebre en los valles y la puna en las alturas. Esperan durante semanas en campamentos sin abrigos, para fotografiar un campo de batalla ó corren los riesgos de los soldados. En las malezas donde pululan las fieras hacen estallar sus cartuchos de magnesio en las moradas mismas de los animales de presa, y durante el día plantan su trípode en el camino por donde ha de dar su carga el rinoceronte.

Están dispuestos á cualquier tarea con sólo sugerírseles la idea de algo nuevo, cualesquiera que sean las dificultades ó los peligros. Son los verdaderos repórteres de las realidades del mundo entero.





La belleza y el talento en las tablas

Por ALAN DALE

Suponed que fueseis una muchacha terriblemente bonita (no digo que lo sois, sino que lo supongo), y tuviéseis grandes deseos, lo que natural y ciertamente ocurriría, de haceros conocer en el escenario, ¿á qué nacionalidad preferiríais pertenecer? ¿Preferiríais ser Gabrielle Deslys, con su auditorio de reyes; Lantelme (1), Lily Elsie, Gabrielle Bay, ó su equivalente norteamericana, como ser Julia Sanderson, Bessie Mc Coy, ú otra cualquiera de la media docena que podría citar?

Esta pregunta os intrigaría y tal vez os veríais perpleja para contestar inmediatamente. Sin embargo, me figuro que la mayor parte de las muchachas hallarían más gloria en ser una de las favoritas europeas (tal vez porque se le ocurriese que podrían contar con América como suplemento), y es porque así lo imagino que me propongo manifestaros mi opinión al respecto. No es más que mi opinión personal. No he de tratar de imponérosla como una ley, hijas mías. Pero la cuestión ha sido suscitada tantas veces, y se halla tan frecuentemente "sobre el tapete" que me parece muy oportuno debatirla.

Cuando se recorre la larga lista de bellezas teatrales que adornan á Europa no deja de parecer muy brillante. La joven que se dedica á este estudio halla en ella mucha notoriedad que confunde á menudo con fama, del mismo modo que podría confundir un trozo de tiza con un pedazo de queso. Lee el relato de los magníficos casamientos contraido con "pares del Reino". Descubre que la duquesa Fulana de Mengánez fué en otrora la pequeña Miss Cabriolas del Empire, y que Lady Clara Vere de Vere bailó en otro tiempo en las tablas de un George Edwardes. Y esto excita la imaginación de la joven. ¡Todo esto es tan interesante y tan asombrosamente novelesco! Además esto no ocurre á las lindas muchachas de América, porque no disponen ni de reyes, ni de duques, ni de lores—nada más que de hombres normales y cuerdos, dotados de mucha facultad razonadora. Así, pues, á primera vista, parecen ser algo mayores las probabilidades gloriosas de las favoritas europeas, por más que esa gloria sea más aristocrática que intelectual. No es que yo censure á los reyes, duques y lores porque se casen con muchachas descubiertas en el escenario. No, de ningún modo. Creo

(1) Este artículo fué publicado poco antes de la desgracia que costó la vida á esta encantadora actriz.

Del "Cosmopolitan Magazine" de Nueva York



Julia Sanderson

que proceden muy cuerdamente, pues tendrán esposas que merecen esa felicidad por más razones.

¿Preferirías ser Gabrielle Deslys, más bien que Bessie Mc Coy, ó Lily Elsie, más bien que Jul a Sanderson? Pues bien, yo no soy de ningún modo de vuestro parecer. Creo que estáis completamente equivocadas.

En primer lugar, la muchacha norteamericana que es bonita, se contenta muy pocas veces con esa cualidad. Por supuesto, la belleza es un regalo de los dioses, siempre lo ha sido y siempre lo

será, pero en este país no está permitido descansar sobre sus laureles; la belleza es considerada como un peldaño para llegar á algo más. En otros países la belleza es siempre la belleza, aun cuando la fe de bautismo date de cuarentta años. Si no ha llegado á ser la Sra. Fulana de Menganez, sigue siempre en las tablas haciendo eternamente las mismas cosas y eternamente del mismo modo.

Miss McCoy, por ejemplo, era una pequeña bailarina extremadamente graciosa. Si el hado hubiese decretado que naciera en Londres habría seguido siendo una bailarina hasta el fin de sus días; ó por lo menos hasta que casase. Habría seguido teniendo un número de danza, intercalado en el programa de las funciones del George Edwardes. Habría seguido haciendo su entrada con pasitos graciosos, entreteniendo al auditorio du-



Miss Mc. Coy

rante cinco minutos, para retirarse después con sus pasitos graciosos, como lo hicieron Letty Lind y Topsy Sinden y muchas otras.

Pero Miss Mc Coy tiene ambiciones muy diferentes. En vez de seguir siendo relativamente una *doña nadie,* se halla actualmente al frente de una compañía que le pertenece y en vías de establecerse una reputación que podrá ser explotada más tarde. Canta, y representa y baila con mucha inteligencia, y seguirá probablemente perfeccionándose. Miss Julia Sanderson, en lugar de contentarse con ser "bonita" alcanzó un éxito muy legítimo en "The Arcadians" y se transformó en una personalidad considerable. Es actualmente mucho más que una muchacha bonita.

Otras jóvenes americanas que eran bastante bonitas para la zarzuela (y todos los empresarios son buenos jueces en cuanto á belleza femenina, aun cuando no sepan distinguir diferencia entre Maeterlinck y Theodore Kremer), han llegado á ser actrices de nota y de talento. Esto siempre me ha parecido extraordinario. Vemos á muchachas que han aprendido á cantar, á bailar, y á ser graciosas, que se empeñan en ascender á la categoría de actrices de comedia y llegan á ser excelentes hasta en los papeles más difíciles. No lograrían las actrices dramáticas ingresar á la categoría de actrices de zarzuela, pero estas últimas pueden y consiguen hacerse una personalidad en el poema y la comedia.

En otros países, las muchachas bonitas son disciplinadas, pero solamente en lo que se refiere á su belleza. Se ensalza de tal modo su belleza que, si tuviesen inteligencia, esta clase de alabanzas concluiría por enfermarlas. Pero felizmente para ellas, estto no ocurre frecuentemente. Son retratadas de mil maneras. Las modistas, los joyeros, los comerciantes en pieles, luchan unos con otros para valerse de su belleza para su publicidad comercial. Su traje, en cada una de las obras que se estrena, es objeto de profundas meditaciones, con exclusión de cualquiera idea más elevada.

Los libretistas y los compositores tratan de adaptar sus producciones á los recursos de la actriz bonita, de acuerdo con la idea que tienen de esos recursos —y que generalmente es muy limitada. Solo le reconocen talento para esto ó para aquello. Puede producir muy buen efecto en determinadas circunstancias. Ella viene á quedar completamente bajo su dependencia, sin esperanza alguna de hacer obra de voluntad propia, pues cuidan de mantenerla en su sumisión y á ello encaminan todos sus esfuerzos. Y ella se contenta con esto, pues sabe que es terriblemente bonita. Pongamos por ejemplo á Cabrielle Bay. Es ciertamente una belleza y posee mucho más inteligencia de la que se le permite desplegar. Hace años que trabaja ante el público inglés, pero éste no reconoce en ella más que á una muchacha bonita. Lily Elsie ha hecho valer por cierto tanta voluntad propia como se le ha permitido. Ella imagina probablemente que ha realizado grandes cosas; pero en tal caso, me atrevería á manifestarme de opinión distinta.

Todas estas muchachas extranjeras siguen siendo bonitas el mayor tiempo posible. ¿Y qué sucede entonces? Desaparecen y nadie más vuelve á hablar de ellas. La arena movediza de la belleza exclusiva se ha consolidado bajo otras plantas, pues podéis estar seguras de que nace una muchacha bonita por minuto. Podeis estar tan convencidas de ello como de que nace solamente una muchacha inteligentemente bonita en cada hora. Podría citar una docena de celebridades parisienses y londinenses que fueron en otrora asombrosamente bonitas, y que actualmente se ganan la vida en cualquier cosa, menos en el escenario. Y esto no deja de inspirar melancolía, ¿no es cierto? Han fundado sus esperanzas en el más perecedero de los bienes y el resultado ha sido el que podía ser previsto de antemano, hasta por ellas mismas.

La salvación de las muchachas bonitas norteamericanas reside en que no se contentan, ni querrían contentarse, ni permitirían que se las incitase á contentarse, con ser bonitas, á menos que también fuesen unas tontas—lo que no son. Podrán deber el principio de su carrera á su belleza, pero no son tan indolentes que se dentengan en ese punto. Cultivan su voz, toman lecciones de baile, adquieren el arte de decir versos, y luego —¡adelante!

Se niegan á aceptar una disciplina que coloca á las muchachas en el segundo plano hasta que ya han dejado de ser muchachas. Es cierto que también se dan cuenta de que han de habérselas con



Lily Elsie

un público que no es leal, fiel ni constante. En otros países, una muchacha que ha sido reconocida una vez como una belleza, sigue siendo tenida por tal hasta que no existe más rastro de lo que ha sido. Entre nosotros, la boga es caprichosa é inconstante. Sabemos qué edad *no* tiene la gente; y tenemos un terrible apetito por carne fresca. No nos deleitamos particularmente con "antiguas canciones" y nos gustan las novedades.

Por poco que una muer sea conocida del público durante diez años, nos sentimos dispuestos á creer que hace veinte que la conocemos. Siempre he creido que ero una indecencia publicar en los almanaques la edad de las actrices. Y tengan en cuenta que por muchos años que disimulen la primera vez, llegará siempre un día en que serán terriblemente viejas, aun valiéndose de esa base de apreciación. Y entonces el público las olvidará por otras, lo que no dejará de ser triste.

Si tuviese que escoger entre el porvenir de Julia Sanderson y de Lily Elsie, no dearía de optar por la primera. En estos momentos, Miss Elsie, con su pálida belleza parece llevar ventaja, pero no dejaría de apostar por la otra.

Esta carrera entre la muchacha inglesa y la americana, es para mí una "fija". Podéis aceptar mi "dato", y apostar hasta el último dólar en favor de la última. Ha de ganar. La veremos al frente de una compañía, cuando la muchacha inglesa seguirá todavía envolviéndose en lujosos trajes, cubriéndose con sombreros monumentales, y recorriendo todo el universo en forma de tarjetas postales. La americana podrá dejar á un lado la canzonetta y el baile, y dedicarse al drama y á la comedia, cosa totalmente imposible para la inglesa.

Claro está que no puede dejar de envidiarse á algunas de las artistas extranjeras. Da gusto observar á la pequeña Gabrielle Bay, que puede ser linda, y hacer tan poco; ó á la escultural Lantelme, de París. Nunca ví á Deslys y os aseguro que no fué culpa mía. No pierdo nunca ocasión de conocerla. Muy formalmente—y hablando con completa imparcialidad—pueden hallarse muchas de esta clase entre nosostros y hasta en las últimas filas de las coristas. Esto es un hecho positivo. Hace un par de años, cuando me hallaba en Berlín, casi enfermé de risa al contemplar á las muchachas del coro en una función del Kerker. Eran demasiado grotescas. Sus cuerpos parecían hechos con pasta de pudding, y sus pies habrían podido soportar la estación de Pennsylvania ó el puente de Queensborough. ¡Y eran tenidas por muy bonitas en Alemania! Creo sinceramente que si se transportase

á aquel teatro un lote de nuestras coristas, teníamos que lamentar un motín en Berlín y era necesario apelar á la fuerza pública.

En cuanto á belleza, la suerte nos tiene terriblemente mal acostumbrados. Es tanta la que hallamos en nuestros teatros, que acaba por empalagarnos. Nos volvemos epicúreos al respecto. Nos deja perplejos tanta riqueza. Y ocurre que cuando llega á nuestras riberas una de aquellas bellezas extranjeras tan pregonadas, permanecemos ante ella fríos é insensibles. No comprendemos á qué deben tantas alabanzas. La pobrecita ensaya gestos y actitudes, con la indumentaria que ha entusiasmado á los reyes, pero no alcanza á hacer las delicias de los corredores, banqueros y público corriente de nuestros teatros. Esto ha ocurrido una y muchas veces. Y cada vez pensamos: "Es cierto, es bonita, pero encontraríamos muchachas mucho más bonitas entre nuestras coristas." Y son los gestos y las actitudes los que nos irritan.

La muchacha americana pocas veces deja ver que sabe que es bonita. Es animada, vivaz, espontánea y tiene talento y gracia. Su objeto es llegar á más. Le causará satisfacción el ser bonita, pero solamente porque es un poderoso hincapié. Ser bonita, y atenerse únicamente á su belleza—¡eso jamás! Esto no pega con su temperamento. Y, sin embargo, las muchachas que no son bonitas, tienen todavía menos probabilidades de llegar á algo en los Estados Unidos que en los demás países. La cuesta de su carrera es escabrosa y ardua. Podrán tener la voz de un ruiseñor ó todo el talento de una Sarah Bernhardt, pero á menos que cuenten con un asomo de belleza, se verán obligadas á luchar terriblemente para conseguir la primera oportunidad de hacerse valer. Esto no ocurre en forma tan invariable y desalentadora en otras partes. No es tanta la exigencia al respecto en otros países. Tal vez sea porque el público es menos dado á juzgar por los sentidos.

¡Que ninguna muchacha bonita americana se deje llevar por el deseo de buscar fortuna fuera de su país! El ruido que parece rodear la carrera de una actriz europea no es más que ruido. Exige muchísimo trabajo hasta que la belleza se marchita, y luego se cambia en desesperación y soledad. Aquí significa



Gabrielle Deslys

toda clase de probabilidades activas y provechosas—hermosos papeles en hermosas obras, la apreciación de aquellos que no se contentan con encantos físicos y los aplausos de "la muchedumbre". Así, pues, miss Todo-lo-sé, reflexione y piense antes de decidirse. Mírese en su espejo, véase ataviada como la Cenicienta en el baile del Príncipe y recuerde que cuando suene la hora fatídica, como sonó para la Cenicienta, se volverá á encontrar envuelta en harapos y con la desesperación que trae con sigo el haber sido y no ser más. Esta sería su suerte en otros países.

La muchacha de teatro americana tiene muchas ventajas en su favor. No se ve obligada á esperar hasta que alguna favorita reinante haya perdido su cetro. Podría hablaros de muchas muchachas inglesas que han tenido que abstenerse de trabajar en Londres y resignarse á las provincias, solamente porque cierta y determinada belleza se negaba á retirarse. No podían contar con niguna probabilidad mientras ésta conservaba su puesto. En Londres y en París no hay más que un número muy limitado de bellezas reconocidas. Las que se creen más hermosas, y que á veces lo son, se ven obligadas á esperar. La lista de las que esperan es larga. ¡Y cuántas lamentaciones!

Aquí, cualquiera muchacha puede tener el atrevimiento de ser bonita. Es po-

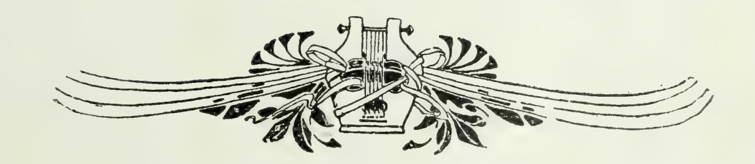


Gabriela Bay

sible que alguna estrella en su apogeo se niegue á ceder el paso á alguna belleza que aspira á manifestarse, pero ésta no esperará mucho tiempo. El empresario es quien decide, y el empresario americano, según dije antes, podrá tal vez no ver diferencia entre Maeterlinck y Theodore Kremer, pero sabe muy bien descubrir á las muchachas hermosas. Y ésta hallará su oportunidad. Es posible que para empezar no tenga más voz que un cuervo, ni más gracia que un elefante, pero hallarán su oportunidad y base con que tratar de ascender. Toda la inteligencia de sus pequeñas personitas ambiciosas será aplicada con tenacidad á completar con otras cualidades esa belleza que les habrá sido tan útil para principiar. A las pocas temporadas, llegarán á ser estrellas y nadie lo negará.

Aquí las muchachas hermosas tienen un porvenir. En otras partes no tienen más que un presente. Este podrá ser tan brillante como se quiera, pero no es garantía para el porvenir. ¿Qué será de Gabrielle Deslys dentro de diez años? ¿Os lo imagináis? Yo podría, pero no quiero. ¿Dónde estarán las hermosas Miss Elsie ó Miss Bay? Si fuesen americanas no sería difícil pronosticarlo. La belleza europea es bastante insensata para contentarse con marchitarse. ¿Por qué marchitarse? ¿Por qué permanecer pasiva y esperar que desaparezca la frescura de las mejillas y los encantos de la figura? (Veo que me estoy volviendo patético, y pido mil disculpas).

Es absurdo envidiar la carrera de una belleza profesional europea. Podrá brillar y deslumbrar. Pero es juguete de las circunstancias. En realidad es como la fruta del Mar Muerto—ceniza y amargura. La muchacha americana saca de su belleza todo lo que vale—y creed que aprecio su calidad superior—y cuando se ha valido de ella para abrirse camino, muy poco le importa de que se marchite. No ha sido más que un medio de llegar adonde quería y es de poco valor intrínseco. Fué la escalera para llegar á la altura. Ha sido muy útil como medio para llegar á un fin. Pero nunca la ha considerado como un fin y ésto merece ser puesto eternamente en crédito de la muchacha americana.





El bajo Chaliapine

UNA VIDA AVENTUROSA

UN GRAN ARTISTA

El la temporada del teatro Scala de Milán, recientemente inaugurada, da, volverá á actuar el bajo ruso Teodoro Chaliapine, al que ya conoce nuestro público por haber actuado en la temporada inaugural del Colón.

Ha sido contratado para cantar varias óperas de su repertorio.

El público milanés volverá á oir con placer á este gran artista, cuya vida es toda una serie de extraordinarias aventuras, según sus propias declaraciones.

— —

En las cercanías de Viatka, en Rusia, vivía un pobre campesino que de la vida conocía solamente sus miserias. Pero tenía buen corazón y mucha voluntad, y la providencia le envió un compañero, un verdadero hermano en Cristo. Era el escribano del *pope* de la aldea: lo confortó, dióle instrucción y lo estimuló tanto, que el pobre campesino llegó á saber leer y escribir. Con el bagaje de estos conocimientos quiso entonces alejarse del lugar natal, lo que efectuó trasladándose á pie hasta Kazan, la antigua ciudad tártara del Volga.

Una vez allí, trabajó de aguatero, portero, cochero y otros muchos oficios, pero sin conseguir ganarse completamente el sustento. Hallándose solo, desesperadamente solo en esa miseria, casóse. Siguieron tiempos mejores; esto es, cuando el campesino de Viatka obtuvo trabajo en la cancillería del Zemstvo, donde día tras día escribía actas para ganarse los 25 rublos mensuales que le asignaban. De su matrimonio nació un hijo, al que siguieron bien pronto otros dos de incansables mandíbulas.

Los pequeñuelos comían, devoraban cual lobos... y el poco dinero disponible desaparecía. La familia habitaba distante de la ciudad, en un suburbio donde pagaba por un departamento tan sólo dos rublos por mes. En el año 1873, nació un cuarto hijo, que llegó muy pronto á ser el niño mimado de toda la familia. Todavía pequeño, se distinguía entre todos por la destreza y la gracia con que danzaba, como así por la frescura argentina de su voz. En cierta ocasión lo oyó cantar el *pope*, quien, prendado de su voz, lo hizo entrar á formar parte del coro de la iglesia; el pequeñuelo no era otro que Teodoro Chaliapine.

De los 10 á los 15 años de edad, el pequeñuelo cantó en todas las iglesias de Kazan. Contemporáneamente iba á la escuela, en la que su temperamento de semisalvaje proporcionóle numerosas pe-

nitencias del maestro. Chaliapine padre, pretendía hacer del hijo un literato; pero cambió luego de idea y lo destinó á zapatero. El muchacho fué un zapatero tan calavera como estudiante ligero de cascos. Unicamente el canto ejercía atractivo sobre él y lo halía feliz. Ahora, Teodoro ya ganaba, término medio, un rublo diario, con grande regocijo de la madre, que veía con ello mejoradas las condiciones financieras de la familia.

Mas, llegó el día en que la voz del niño se hizo ronca y cambió de timbre. No pudo formar ya parte del coro de la iglesia y tuvo que adaptarse al mismo trabajo del padre. Teodoro Chaliapine, aun muy joven, tuvo que doblar el lomo sobre la mesa para copiar actas del tribunal y del consistorio. Continuaba, no obstante, cantando canciones amorosas á las niñas de Kazan.

Hacia los 16 años se apoderó de él el deseo de viajar, de gozar una vida más libre; esa manía de vagabundaje propia de tantos rusos: embarcóse en calidad de marinero en el Volga; convirtióse en mozo de cuerda, vagabundo, padeció el hambre, y después de innumerables sufrimientos y privaciones llegó á Astrakán. Fué en Astrakan que inició, puede decirse, su carrera artística. Ahí fué que rogó á un empresario para que lo aceptara, aunque gratuitamente, entre las comparsas de su teatro. ¡Era feliz!

¡La vida del teatro era precisamente su ambicionado destino, su vida!

Pero no podía alimentarse cuanto necesitaba... puesto que el empresario no le pagaba nada; y entonces convirtióse en... cantor ambulante.

Ante el público cantaba y gesticulaba po calles y plazas. Los infaltables personajes de sus narraciones eran un aldeano, un judío y un armenio. Reanudó la vida del vagabundo pasando de ciudad en ciudad sobre el Volga, hasta que llegó á Nijni Nowgorod, donde fué escriturado por 20 rublos mensuales en una compañía, que un individuo estaba formando para el teatro de Uga. Hubiera aceptado una escritura aun en condiciones inferiores, pues no le quedaba más que la camisa puesta... Pero era un astista y cuando embarcóse con seis rublos en el bolsillo y un pasaje de segunda clase, en el vapor que lo debía conducir á destino, miró el mundo como un guerrero que emprende el asalto de una ciudad. Sus primeros triunfos los logró en las operetas *Mascotte, Campane di Corneville* y *Bella Elena.*

Finalmente, le fué confiada una parte en una ópera de Monusko. En la primera representación hallábase poseído talmente de temor pánico, que cantó cual autómata, con las manos colocadas rígidamente sobre el pecho, sin apartarse un ápice del frente de la concha del apuntador, y con la vista clavada en la batuta del maestro. Y cuando terminó, y el público, admirado por la belleza de su voz, aplaudió, doblóse ligeramente para agradecer y caminando hacia atrás para salir de escena, volcó una silla, y luego resbaló al suelo, en melio de grandes risotadas y aplausos de los espectadores.

Su fortuna estaba asegurada, porque algunos ricos señores lo tomaron en casa para educarlo. La cosa duró algún tiempo. Pero, una noche, sintiéndose sofocar por esa monótona y metódica vida, fugóse de casa de sus benefactores, y, recorriendo muchas *verstas* á pie, volvió á Kazan, donde reanudó su existencia nómada, asociándose á una compañía ambulante de cómicos rusos, que representaban comedias y operetas. Con ellos recorrió toda la Rusia europea y toda la Rusia asiática, acompañado de privaciones y miserias, como en tiempos anteriores.

En Bakú, la compañía se disolvió, y Chaliapine tuvo que ir á Tiflis. Fueron estos tiempos muy dolorosos para él. En una ocasión vióse obligado á ayunar por cuatro enteros días! Por fin, encontró ocupación en la oficina de una estación ferroviaria. Allí trabó relación con un cantante del teatro Imperial de San Petersburgo, el profesor Ussatoff, el cual, notando su maravilloso talento musical y su magnífica voz, lo tomó bajo su protección.

"A él—dijo Chaliapine — debe todo! Fué él que me sacó del fango y me arrancó á la desesperación.

Después de haberlo instruido por más de un año, el profesor Ussatoff, lo hizo entrar en la célebre compañía de Mutoff, el fundador de la ópera de Mosca. A partir de aquí, hallóse aviado. Los triunfos se sucedieron uno trás otro. La primera tentativa de cantar en el extranjero fué hecha por Chaliapine, en el teatro Scala de Milán, con un memorable éxito. Desde entonces, su fama se ha extendido por todas partes, cantando en los grandes teatros de las principales ciu-

Grandes Compositores Musicales



GLUCK MEYEBEER

STRAUSS

BELLINI ROSSINI

VERDI

D'ALEMBERT DONIZETTI

Celebridades [Líricas de antaño



RUBINI
TENOR

GANDINI
TENOR

TAMBURINI
TENOR

TAMBERLICK
TENOR

MARIO
TENOR

MARIA TAGLIONI
FAMOSA BAILARINA

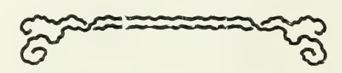
dades del mundo, confirmando sus excelentes condiciones de artista.

Ha actuado en el Colón como hemos dicho al principio de esta crónica, habiendo dejado un grato recuerdo de su paso por el teatro municipal. En "Mefistófele" fué la obra donde Chaliapine alcanzó un éxito artístico notable.

Durante la temporada de Chaliapine en el Colón se le pagaron 10.000 francos por función, precio verdaderamente extraordinario, no alcanzado hasta ahora por ningún bajo de los que han existido.

También en Europa la *paga* de Chaliapine es como la de un célebre tenor.

Y pensar que este gran artista que hoy hállase en el apogeo de su fama, por poco, hubiera quedado en la obscuridad, y que por una de esas casualidades providenciales, se ha puesto en evidencia alcanzando el lugar que hoy ocupa!



Recuerdos Artísticos

JAN KUBELIK

En las memorias de Schurmann, hay una referente á Kubelik, el célebre violinista que últimamente estuvo en Buenos Aires contratado por el empresario Faustino Da Rosa y cuyos conciertos en el Odeón despertaron tan vivamente la atención de nuestro público.

Pocas veces en mi larga vida de empresario—dice Schurmann—he obtenido éxitos tan asombrosos como con este joven virtuoso.

Rubinstein, Paderewki, Kubelik: son estos tres artistas los que en todas partes han despertado la más viva admiración y á los cuales debo parte de mi fama y ganacias asombrosas.

A pesar de que Francia no pasa por ser un país musical y que no existe en ella demasiado entusiasmo para los virtuosos del piano ó del violín, en todas sus ciudades he dado conciertos con las salas llenas y con buenos resultados.

Jan Kubelik, que debutó conmigo con un honorario regular, pronto llegó á cobrar 3.500 francos por concierto|

Tuve que renunciar á la dirección de sus conciertos cuando quiso cobrarme más, vislumbrando ya honorarios de cinco mil francos por día.

No soy más empresario de este gran violinista; pero sigo siendo su amigo y admirador.

Mientras dábamos conciertos en Ginebra, recibí la visita del intendente de la baronesa Rotschild, que veraneaba en una quinta de los alrededores.

Venía á pedirme el precio de un concierto particular en el domicilio de la baronesa.

—Seis mil francos para Kubelik y su acompañante.

Unas horas más tarde, volvía diciéndome que el precio pedido parecía muy elevado á la baronesa.

—Lo siento mucho. Es lo que acostumbramos cobrar.

—Vamos á ver, Mr. Schursmann, no se trata de una gran *soirée*. A la señora baronesa le gusta fumar un cigarro oyendo buena música. No le es posible hacer esto en público; de lo contrario hubiera ido á vuestros conciertos en el Vic-

toria-Hall. Quiere oir á Kubelik. Invitará solamente á dos ó tres amigos.

—Podrá invitar á todos los que quiera. Sea ella sola ó con quinientas personas, el precio es el mismo.

—Voy á decírselo á la baronesa.

—Como guste.

Estábamos almorzando, cuando volvió el intendente.

—La señora baronesa ofrece tres mil quinientos francos; será una audiencia íntima.

—Hágame usted el favor de decir á la baronesa que yo no tengo casa de compra y venta y que no acostumbro á regatear.

Nunca más volví á ver al intendente de la señora baronesa de Rotschild.

———

Mi hijo tenía entonces cinco años.

Kubelin paraba con su señora en el Grand Hotel y me había pedido que todos los días le mandara á mi hijo con su aya, para pasar una hora con él.

Intrigado de lo que estaría haciendo con el niño, un día, fuí de improviso á verlo á la hora de su visita. La señora Kubelik, sentada en un sillón, se reía á más no poder.

Mi hijo bailaba el cake-walk y Jan Kubelik lo seguía por el salón, acompañándolo con su stradivarius.

Todos los días, durante un mes, se repitió la misma escea. El gusto de Kubelik era tocar el violín para divertir á mi hijo, y acompañarlo mientras cantaba ó bailaba.

———

Kubelik vió finalmente realizado su deseo: él ambién era padre.

En Diciembre de 1904, sus dos mellizas tenían seis meses. Estábamos haciendo una jira por España y Portugal.

En Lisboa, en el teatro Amelia, en cuatro conciertos tuvimos una entrada de 50.000 francos. Un suceso colosal.

En Oporto nos fué muy bien, como en Lisboa.

En el Apolo de Maddrid, habíamos dado tres conciertos con el teatro siempre lleno.

El día antes del cuarto y último concierto, Kubelik dijo á mi administrador:

—Acabo de consultar el horario de los ferrocarriles. Tengo que salir ahora mismo para estar en mi castillo de Kolin, en Bohemia, la noche de Navidad.

—Esto es imposible. Para el concierto de mañana hemos ya cobrado 11.000 francos de entradas. Después tenemos que salir en seguida para Barcelona, en donde ya están vendidas todas las localidades para los conciertos que vamos á dar. Usted no podrá irse hasta despues de haber dado el último cocierto en Barcelona.

—He dicho que esta noche me voy. Quiero preparar un árbol de Navidad para mis hijitas.

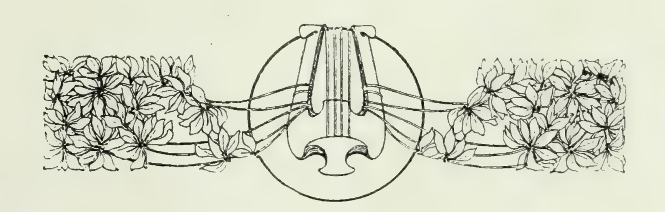
—¡Pero si apenas tiene seis meses!

—¡No importa! Son hijas mías. La Noche Buena es una fiesta de familia. Quiero pasarla en mi casa. Me voy.

—¿Y las localidades vendidas? Y el público? Y vuestro contrato con monsieur Schurmann.

—Todas cosas sin importancia. Usted pagará por mi cuenta una indemnización al director. Al público puede prometerle que yo volveré. En cuanto á Schurmann, él no dirá nada. Es un amigo. Ya ha ganado bastante dinero conmigo y hará con gusto este pequeño sacrificio. Adiós!

Y se fué tranquilamente para Bohemia sin preocuparse para nada de la triste situación en que me dejaba frente al público y al director.





La aventura de Elena

El señor Bundlestone poseía todas las características que aseguran la popularidad suburbana. Tenía treintaicinco años, era soltero, de costumbres metódicas, evidentemente próspero, y siempre prefectamente vestido. Agréguese á estas buenas cualidades una leve predilección á las habladurías en torno de la mesa de te, y un algo de misterio en cuanto á la fuente de sus rentas y se tiene inmediatamente el tipo del buen partido ideal suburbano.

Como la mayor parte de la población masculina de Torbiton, el señor Bundlestone tomaba el tren de las 9 y 34 para dirigirse á la ciudad todas las mañanas. Generalmente regresaba temprano por la tarde; pero los miércoles se permitía una excepción y regresaba por el tren de los teatros ó permanecía en la ciudad hasta el día siguiente. En esos casos era cosa entendida que pasaba la noche en el club.

Hasta aquí el señor Bundlestone es un sujeto perfectamente normal; pero la opinión de los vecinos de Torbiton difería esencialmente en un punto importante. El señor Bundlestone había ocultado por completo la rama de los negocios á que se dedicaba y escapado hasa entonces á los motes tales como *carne conservada, horquillas, Stock Exchange*, con que se designaba á otros vecinos de ocupaciones conocidas. *Hacía* algo; eso era cosa segura. También se suponía que lo hacía perfectamente bien; pero las discretas investigaciones de los torbitoneses no habían logrado descifrar el misterio.

Y no era simple *snobismo* lo que excitaba la curiosidad de los vecinos. En verdad, Torbinton se jactaba de ser libre de *snobismo*. No excluía, como los hacen otras sociedades, al hombre vulgar que venden cosas. Torbiton tenía espíritu menos estrecho. Consideraría tal vez de mal gusto el vender cosas por docenas; pero venderlas por miles daba una respetabilidad inatacable.

No, la curiosidad á que nos referimos quedaba reducida á las conversaciones y pensamientos de las mamás que tenían hijas casaderas. Cuando el señor Bundlestone se estableció en el lugar, temieron que tanto brillo exterior ocultaba algo temible—un corredor de bolsa clandestino, un editor ó un periodista.

—porque también tenía límites la amplitud de espíritu de los torbitoneses.

Pero con el tiempo, y gracias á la habilidad del señor Bundlestone para desviar la conversación cuando se hacía demasiado inquisitiva, esas sospechas se fueron desvaneciendo; y en la época en que se desarrolla nuestro relato, el señor Bundlestone, envuelto en su misterio, era uno de los personajes más populares del lugar, dueño de una de las casas de mayor tamaño, en las cuales ofrecía asombrosas comidas, confeccionadas por un genio culinario, y acompañadas de cigarros y de un vino oporto que revelaban á un conocedor.

Era también un bebedor inveterado de te vespertino, y esta costumbre le hacía mirar con mucho favor por parte de las mamás de Torbiton, pues aun cuando habían renunciado casi por completo á la esperanza de verle embarcarse

Del "Pearson's Magazine"



"Yo siempre pienso - dijo Elena—que debe ser horrible no haber corrido siquiera una aventura en la vida".

en alguna aventura matrimonial, comenzaban á creer que prefería su compañía á la de sus hijas, y apreciaban el cumplimiento. Así es como el señor Bundlestone comenzaba á ser tenido por los demás, y hasta por sí mismo como un soltero perpetuo, cuando Elena Morgan, hija del Morgan de *Botines sin crujido*, regresó á casa cierta hermosa mañana de Mayo, después de completar su costosa educación en Alemania.

El señor Bundlestone recordaba á Elena de un modo muy vago. Había partido de Torbiton diez años antes, muchachuela delgaducha, con largas piernas y trenza á lo chino. Ahora regresaba, bien desarrollada, sin trenza visible, ni piernas aparentes, para recordar al señor Bundlestone que estaba en peligro de perder de vista que... para recordarle que tenía corazón.

Sólo puede presentarse en sus líneas generales el proceso de este descubrimiento hecho por el señor Bundlestone en el campo de su propia psicología. Vió por primera vez á Elena junto á la mesa de te de su mamá, le pasó el pan con manteca con la mayor sangre fría, cambió con ella media docena de banalidades, y descubrió al regresar á su casa que no tenía apetito para comer. Por el momento lo atribuyó al te, pues Elena había insistido para que tomase otro merengue; pero al día siguiente, después de recorrer con ella toda la extensión de la calle Real, volvió á verse en la imposibilidad de hacer honor á los meritorios esfuerzos de su excelente cocinera. Por lo tanto examinó sin apasionamiento todos los síntomas mientras fumaba su cigarro de sobremesa y consideró con calma los resultados probables. El, que por tanto tiempo había resistido á las asechanzas femeninas, había caido por fin, víctima de los encantos de una mera colegiala.

Durante mucho rato reflexionó el señor Bundlestone acerca de la situación; la melancolía que le causaba su debilidad estaba mezclada con la satisfacción de ser capaz todavía de algo tan juvenil como era el enamorarse—y á primera vista, todavía. Sin embargo, sus meditaciones no dieron resultado muy definido; él no era amigo del matrimonio en abstracto; ni quería cambiar de estado. Por lo tanto, resolvió contemporizar, para ver si sus sentimientos cambiaban, y si Elena, al ser mejor conocida, resultaba tan dulce, hermosa, y apetecible como le pareció á primera vista. Y así quedó cancelada su suerte.

El hombre enamorado no razona con perspicacia. El señor Bundlestone, durante la semana siguiente, se encontró con Elena en tres tes vespertinos, un garden-party y un baile. En este último renunció á su sitio acostumbrado cerca de las mesas de juego y anduvo errando como una ánima en pena junto á las puertas del salón de baile, arrojando miradas sombrías sobre los compañeros de Elena.

Y estaba tan seguro de que no se poyos de viaje todas las mañanas en el tren de las 9 y 34. Estos últimos organizaron rápidamente apuesas aerca de la fecha probable en que se anunciaría el noviazgo.

Pero la fecha en cuestión no parecía ser muy próxima. El señor Bundlestone no tardó en abandonar su actitud de indecisión, y en la primera semana decidió dedicarse seriamente á su papel de pretendiente. Pero le pareció infernalmente difícil comenzar. Se sentía, por pri-



....sacaba del bolsillo un manojo de llaves y trataba de abrir la cerradura

nía en evidencia como el avestruz que esconde la cabeza en la arena. Le habría causado tanta perturbación como sorpresa el saber que dos días después del regreso de Elena ya había dirigido la madre de la joven una sonrisa misteriosa á la señora de Wanklyn cuando ésta mencionó su nombre; que la señora de Wanklyn había comunicado á la señora de Bendigo que el pedido de Elena era inminente; y que por intermedio de dichas señoras el rumor había alcanzado á los esposos que eran compañeros su-

mera vez en su vida, maduro y común. Se decía con pesar que Elena no vería en él más que un amigo cualquiera de su padre. La joven parecía en verdad muy dispuesta á conversar con él, pero Elena era una de aquellas personas que siempre están dispuestas á hablar con la gente y abundaba en brillantes insustancialidades que completaban el hechizamiento del señor Bundlestone.

La humildad de éste era asombrosa, pues no podía adivinar que algunas indirectas maternales, presentadas con per-

fecto tacto y buen gusto habían sido administradas, y por ellas se había dado á entender á la joven que él (el señor Bundlestone) era un ave rara, algo tímida y arisca, pero que valía la pena ser cazada.

Elena, por su parte, no se había resuelto todavía. Caracterizaba al señor Bundlestone con el calificativo de *pesado*. No dejaba de gustarla, pero toda la vida de la joven había sido ajustada á normas tan convencionales que tenía ansias de salir alguna vez del camino trillado. Temía que su casamiento con el señor Bundlestone no sirviese más que para hacerla andar por vías tan comunes como las que había recorrido hasta entonces. Y lo peor fué que el señor Bundlestone no tardó en darse cuenta de los temores de la joven, y no le era posible hallar medio de demostrarle que eran infundados. Aun más, en el fondo de su corazón, se daba cuenta de que estaban justificados y aun cuando se daba cuenta de las aspiraciones de Elena, hacia lo atrevido y lo original, se sentía completamente incapaz de satisfacerlas.

Observó que las ideas de Elena eran extraídas de un mundo de ficción literaria, con la cual no estaba de ningún modo familiarizado—aquella clase de novelas en las cuales se ven príncipes que se disfrazan en sus propios sirvientes; gerentes de banco afiliados á sociedades secretas que los obligan á hacer saltar sus propias cajas de hierro con dinamita, y hombres de sociedades, en apuros, que se hacen de recursos asaltando y desvalijando las casas de sus amigos.

Ella le reveló sus sentimientos más íntimos al respecto cierta tarde en que, gracias á una súbita jaqueca de la señora de Morgan, estaban tomando te en tete-a-tete.

—Siempre pensé que es espantoso —decía la joven—pasarse la vida entera sin una sola aventura. Crecer, esperar que la pidan en casamiento en la forma más convencional, aceptar por temor de que no se presente otra oportunidad, casarse y morir, sin que haya ocurrido jamás nada que salga de lo común.

El señor Bundlestone tuvo un leve estremecimiento. Más de una vez había estado á punto de suministrar el pedido en la forma más convencional; por lo menos era algo saber que debía evitar dar ese paso en esa forma.

Mientras tanto, Elena seguía charlando alegremente:

—Acabo de leer un libro en el cual hablan de una muchacha que se vistió de hombre é ingresó en el ejército. No fué descubierta durante dos años enteros. Y según parece esta novela está fundada en un hecho cierto. ¿Por qué no me ocurrirá aventuras semejantes?

El señor Bundlestone hizo oir protestas corteses. La idea no le merecía mucha aprobación.

—Bueno, no quiero decir que me gustaría alistarme en el ejército y tener que matar gente. Pero quiero tener una aventura; una sola, aunque sea. Me parece que lo tengo en la sangre. Ya sabe que se supone que nuestra familia procede de Sir Henry Morgan, el famoso filibustero. Cuando voy á hacer compras, y especialmente en las tiendas... siento algo así como... bueno, no puedo explicarlo exactamente. Pero estoy casi segura que no me importaría cometer una ratería... si estuviese segura de que no me habían de descubrir.

El señor Bundlestone tuvo una sonrisita algo forzada; sabía muy bien por experiencia que había muchas personas que se ajustaban á ese código. Sabía también que la descendencia de los Morgan del antecesor pirata era un descubrimiento que sólo databa del éxito de lo transformación de la empresa de Botas Sin Crugido en una compañía limitada .Hasta sabía cuánto habío costado el árbol genealógico destinado á demostrarlo.

Pero Elena seguía hablando:

—Uno sola aventura, señor Bundlestone; una aunque sea chiquitita, y después me resolvería á ser convencional toda la vida. ¿No podría usted fraguar una? Se lo agradecería lo que usted no se figura.

Elena se reía ahora... se reía con la exuberancia de la juventud y del buen humor; pero el señor Bundlestone observó que había cierta sinceridad en sus palabras "se lo agradecería lo que usted no se figura". Las había pronunciado de un modo tal que casi le hacía creer que esa era la prueba decisiva á que lo sometía, y que ella sería en persona el premio del éxito. Se despidió con abatimiento, pues le parecía que la tarea era de las más difíciles de realizar.

. . . .

Pasaron varias semanas. Semanas durante las cuales el señor Bundlestone se sentía cada vez más hechizado, y cada vez más desgraciado. Elena, á medida que le iba conociendo mejor, hablaba cada vez más libremente de su héroe ideal perpetuamente mudable. El señor Bundlestone hacía lo posible por imitar las inconsecuencias que Elena parecía apreciar. Compró una colección de novelas cubiertas de tapas de colores chillones, y recargó cruelmente de trabajo á su contador de gas en las horas que dedicó á leerlas. Pero se sentía cada vez con menos esperanzas.

—Lo que Elena busca realmente — se decía amargamente—es una combinación de un caballero cruzado con armadura, un jefe de caníbales y un ratero.

Por lo tanto, en vez de exponerse á lo que consideraba como una negativa inevitable, el señor Bundlestone seguía contentándose con las migajas de satisfacción que le proporcionaba el placer evidente que tenía Elena en hallarse en su compañía. Así iba transcurriendo el tiempo hasta el día en que la señora de Morgan, esa madre sensata y de tacto, le tomó de la rienda. Sabía ella muy bien que el caballo que á veces no quiere beber cuando le llevan hasta el agua, decide de repente cuando quieren apartarlo de ella. Por lo tanto alejó á Elena mandándola á Kensington para que tuviese de compañía á una tía enferma.

La desesperación del señor Bundlestone fué inmensa. No hallaba alivio á su pena ni en los cigarros ni en el oporto ni en el bridge. Su único consuelo consistía en frecuentar la mesa de te de la señora de Morgan y contemplar desconsoladamente el asiento vacío de Elena. La señora de Morgan dejó que el tratamiento suministrase su efecto durante tres días, y luego, con tacto seguro, le dió encargo de que pasase á ver á Elena con un mensaje suyo. Y no fué todo. Antes de que se despidiese—y el nunca supo cómo se había atrevido á pedirlo, ni estuvo muy seguro después de que lo había pedido—le dió permiso para que acompañase á Elena una noche al teatro.

Cuando su visitante se hubo retirado la señora de Morgan se sonrió y luego suspiró. Deseaba que los acontecimientos marchasen más de prisa. Tenía otra hija que esperaba en Alemania para ocupar el sitio de Elena.

El señor Bundlestone, por su parte, fué haciendo proyectos mientras regresaba á su casa. Se le ofrecía una oportunidad. El pedido convencional de salón que Elena temía podía ser evitado—pero la frente del señor Bundlestone volvió á nublarse al llegar á este punto. Según podría prever, sus oportunidades quedarían limitadas á su viaje en automóvil desde la casa de la tía hasta el teatro y á los entreactos. Ni lo uno ni lo otro convenía. Lo primero era demasiado prosaico y lo segundo demasiado público. Y entonces fué cuando el señor Bundlestone llegó á la heroicidad. Le quedaba un medio, mediante el cual, y sacrificando su querido incógnito, podía pedir á Elena en una forma completamente fuera de lo trillado á la vez que llamada á excitar la imaginación de una joven romántica. Cuanto más meditó su plan, tanto más le agradó; y esa noche, por primera vez en muchas semanas cenó con verdadero apetito.

El señor Bundlestone se dirigió al día siguiente á la casa de la tía enferma. Esta estaba en uno de sus malos días, y Elena le recibió sola. Se mostró sinceramente contenta de verlo. En Torbiton podía parecerle poco interesante, pero allí, como contraste con su decrépita pariente, Elena lo halló verdaderamente brillante. Se mostró encantada con la invitación para el teatro, y consultaron juntos la columna de espectáculos del *Standard,* mientras ella escogía la función á que habían de asistir y fijaba la fecha. La primera era una zarzuela y la segunda el Miércoles siguiente; y el señor Bundlestone, después de prolongar su visita todo el tiempo que permitían las conveniencias, se despidió con ánimo feliz.

Le parecía que tenía el éxito á su alcance.

. . . .

Lleguemos á la noche tan ansiada. Los preparativos del señor Bundlestone para el éxito de su plan habían sido adoptados de antemano. Sólo le quedaba entregarse á su hado. Su proyecto, y se daba de ello perfecta cuenta, no era tan brillante como Elena podía esperar; pero era absurdo esperar que la vida real suministrase hechos tan sensacionales como las novelas de aventuras. Estaba convencido de que si revelaba á Elena el secreto de su profesión, en una forma discreta y nada convencional, y si redon-

deaba esa confidencia con un pedido de su mano hábilmente presentado, llenaría sus aspiraciones románticas la anhelada respuesta.

El teatro constituyó un éxito completo. Elena escuchó todas las palabras de los actores con avidez casi infantil, y charló alegremente en los entreactos. Las aptitudes del señor Bundlestone para hacer frente á una conversación animada tuvieron pocas ocasiones de manifestarse, pues el diálogo se redujo casi á un monólogo, y mientras tanto tenía tiempo de preparar mentalmente la escena decisiva que había meditado. Después que el telón cayó por última vez y que Elena hubo salido del vestuario envuelta en su salida de teatro, la hizo subir á un automóvil de taxímetro que se dirigía rápidamente hacia el Oeste.

El señor Bundlestone no sabía leer en el pensamieno, y por lo tanto no podía adivinar lo que pasaba por la mente de la joven. Ella en realidad se iba preguntando cómo haría el señor Bundlestone el inevitable pedido; pues, además de su propia intuición, una carta de la señora de Morgan, recibida esa mañana, le aseguraba que el señor Bundlestone se moría por declararse y sólo esperaba la oportunidad de hacerlo. Elena le dió amablemente las gracias por la invitación y el rato agradable que le había hecho pasar... y esperó. El taxímetro se había apartado de la bulliciosa calle de Piccadilly y se internaba por la comparativamente tranquila Bond Street, cuando el señor Bundlestone se inclinó hacia Elena. Esta contuvo la respiración, pero él no dijo más que: *Aquí bajamos,* en tono que consiguió hacer misterioso. Antes que Elena pudiese contestar, el automóvil se detenía y el señor Bundlestone la ayudaba á bajar del coche.

—Siga otras cien varas y espere—dijo al chauffeur, con el mismo tono misterioso; y teniendo á Elena asida firmemente de un brazo, cruzó la vereda y penetró en un paraje situado entre dos altos edificios.

—¿Adónde vamos? — preguntó ella, con cierta nerviosidad; pero el señor Bundlestone se contentó con un misterioso *Chito*. Un segundo después sacaba del bolsillo un manojo de llaves y trataba de abrir la cerradura.

Elena abría ojos desmesurados y respiraba difícilmente. "Es una ganzúa", pensaba con asombro, y recordaba los procedimientos de Sir Hugo Castonville, el noble ladrón de Mayfair, cuyas aventuras ocupaban esa misma mañana su atención. ¡De modo que los libros decían la verdad! Y Elena pensaba que si el aspecto tranquilo y respetable del señor Bundlestone ocultaba tan hábilmente á un ladrón, era probable que todos los demás conocidos de Torbiton tenían de igual modo existencias dobles ó triples. Se puso á considerar qué impresión le causaría ser esposa de un caballero ratero; pero no tuvo tiempo de llegar á conclusión alguna, pues la puerta se abrió y el señor Bundlestone, sin soltar su brazo la hizo entrar en un corredor completamente á obscuras.

Siguieron andando, pasaron puertas, siempre en completo silencio, hasta que llegaron á un cuarto pequeño y bien amueblado, donde á la luz de dos globos eléctricos se reveló un espectáculo cuyo efecto sobre Elena fué hacer pasar sus mejillas del rojo al pálido, mientras el señor Bundlestone le indicaba perentoriamente que guardase silencio. Era natural que tratase de evitar que despertase el sereno. Sea como fuese, Elena no tenía alientos para gritar: estaba boquiabierta, pues detrás de las vitrinas y bajo vidrio, en torno de la habitación, centelleaban con mil chispas de fuego asombrosos collares de diamantes, perlas y turquesas, tiaras inverosímiles y magníficos solitarios.

Su primer pensamiento fué que si el señor Bundlestone era realmente un ladrón, lo era evidentemente de muy alta categoría; pero, claro está no le era posible decirle semejante cosa; además le era difícil encontrar las palabras apropiadas, y por consiguiente, le consideraba en silencio, mientras que con habilidad abría él una de las vidrieras y extraía de él una colección de anillos. Un anillo debía desempeñar un papel imporante en su proyecto.

—Señorita de Morgan... Elena — dijo, y se interrumpió muy cohibido.

Los ojos de Elena brillaban como debieron de brillar los de su famoso antecesor en el saqueo de Panamá. Se precipitó hacia la vitrina abierta y arrebató de ella un collar de diamantes. Hasta en su turbación observó el señor Bundlestone que había sabido escoger de un modo excelente. Las piedras eran de primer agua, y sin una falla.

—Elena—volvió á decir, mientras la

observaba con cierto desmayo. — Hace mucho tiempo que deseaba...

Pero no pudo proseguir, pues la joven, apretando entre sus manos el collar, se volvió hacia él con rostro animado y vehemente exclamando:

—¡Vámonos, vámonos pronto! ¡tengo miedo! ¡Tome pronto lo que necesita y vámonos!

Mientras el señor Bundlestone tartamudeaba en busca de una explicación de lo que ahora comprendía ser un absurdo equívoco, se oyeron resonar pasos. El ruido procedía de la vereda, pero repercutían con penosa claridad hasta en aquella habitación interior. Elena recogió sus faldas, y, sin soltar el collar, se precipitó corriendo por el corredor y hasta la calle, mientras el señor Bundlestone se quedaba con la colección de sortijas entre las manos y sin concluir la frase tan cuidadosamente elaborada de antemano.

Durante un instante permaneció así espantado del desastre causado por su tentativa de originalidad. Elena le tomaba por un ladrón y por lo tanto se había sentido perfectamente justificada al ayudarla á robar. Hasta allí todo era claro. Pero lo que no era evidente era lo que ocurriría después. Y el señor Bundlestone no se atrevía siquiera á imaginarlo. Cerró la vitrina con llave y se apresuró á llegar á la calle sin olvidarse de cerrar también la puerta.

Llegó exactamente á tiempo para ver que el automóvil se desvanecía á lo lejos. El señor Bundlestone no tuvo el valor de perseguirlo. Con ánimo decidido y abatido llamó un coche y pudo tomar el último tren para regresar á Torbiton.

. . . .

Por supuesto, la señora de Morgan había confiado á la de Wanklyn que el señor Bundlestone llevaría á su hija al teatro. La señora de Wanklyn transmitió naturalmente la información á la de Bendigo, y por intermedio de ambas y de sus esposos la nueva circuló rápidamente con el resultado natural de que el señor Bundlestone fué objeto de agudo examen al día siguiente cuando tomó el tren de las 9 y 34.

Los organizadores de la apuesta, que con el tiempo había llevado á proporciones colosales estaban sobre todo muy alerta. Antes de que llegase, aquel que había apostado para ese día entraba entusiasmado con las probabilidades á su favor. Pero en cuanto le vieron llegar, triste y abatido, con todos los síntomas del desalientto y de la preocupación, la opinión pública cambió por completo.

El señor Bundlestone estaba demasiado absorto en sus propios pesares para observar las expresiones de condolencia de sus compañeros de viaje. Se dirigió directamente de la estación de Walterloo á casa de la tía enferma, y, aunque no fuesen todavía las once, hizo llegar su tarjeta á manos de Elena. Como le recibiría ella después de lo ocurrido la víspera, era cosa que no se atrevía á imaginar. Lógicamente debía sentirse muy satisfecha al descubrir en él á un lobo disfrazado de oveja, pero... la mucama volvió con la contestación:

—La señorita Morgan está almorzando y ruega que se la disculpe.

El señor Bundlestone se retiró y durante una hora dió vueltas y vueltas por el jardín de Kensington. Regresó á la casa y dió su nombre. Recibió por respuesta:

—La señorita Morgan está ocupada. No estaría en casa para nadie ese día.

Con una desesperada tentativa para sonreirse, el señor Bundlestone se retiró. Su útima esperanza consistía en escribir para explicarlo todo á Elena.

Temía mucho, sin embargo, que su explicación no pareciese muy plausible sobre papel. Y además estaba á obscuras en cuanto á los motivos que tuviese Elena para negarse á recibirlo. Era posibe que se hubiese dado cuenta súbitamente de que los ladrones, aunque muy románticos y agradables en las novelas, eran decididamente muy distintos cuando se les consideraba como futuros esposos, ó, tal vez, temiese sencillamente que viniese á reclamarle su parte en lo robado.

Pero de repente tuvo una idea luminosa el señor Bundlestone. Ya había recorrido media cuadra desde la puerta de la tía enferma, pero volvió sobre sus pasos y entregó á la mucama, no ya una tarjeta extraida de su tarjetero particular, sino un cartón de mayor tamaño y de aspecto comercial, procedente de su cartera.

Creo que la señorita Morgan me concederá unos instantes, si usted le entrega esta tarjeta—dijo.

Los labios de la mucama tuvieron un mohín algo desdeñoso mientras leía la tarjeta, que decía:

BUNDLESTONE & BAGMATER

Negociantes en Diamantes

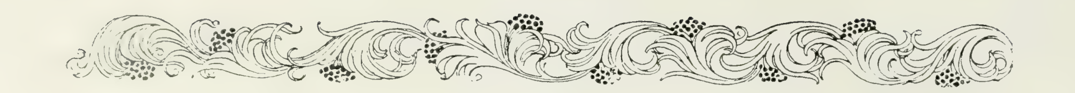
41a, Old Bond Street

Dos minutos después subía el señor Bundlestone la escalera. La tarjeta había llenado su cometido. No eran necesarias mayores explicaciones. Elena, exhausta á fuerza de llorar, puso el collar en manos del señor Bundlestone, pero de repente se dió cuena de que el mejor sitio para verter lágrimas era el hombro del mismo caballero.

De modo que después de todo la declaración tomó forma convencional. Torbiton recibió la noticia el mismo día. Las únicas personas que no se mostraron muy satisfechas fueron los organizadores de las apuestas, pues resultó que el boleto correspondiente á ese día estaba en manos del señor Morgan. Pero fueron una minoría y el casamiento alcanzó notable brillo.

Los Bundlestone siguen viviendo en Torbiton, y si jamás se os ocurre vivir en los suburbios, podríais caer en peor sitio. En caso que escogiéseis aquel lugar os aconsejo que cultiveis las relaciones de los Bundlestone. Son gente encantadora; un poco estirada, y convencional por demás, tal vez. Elena tiene á su cargo las clases de religión de los domingos, é insiste mucho al inculcar á los niños el octavo mandamiento.



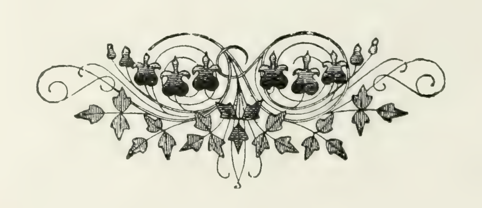


"Bañistas sorprendidas por un Cisne"

Píntado por W. ETTY

Guillermo Etty nació en York, Inglaterra, en 1787, y murió en su ciudad natal en 1849. Sus cuadros se caracterizan por su exquisito colorido, y este pintor ha escogido la mayor parte de sus temas ó motivos con el exclusivo objeto de desplegar esa habilidad. Pueden habérsele encontrado fallas respecto de ciertas sutilidades de técnica, pero jamás en lo tocante al colorido. Muchas de sus composiciones fueron puramente imaginativas ó sirvieron para ilustrar algún poema ó leyenda. Tuvo para esto una concepción brillante que bastó para acreditar la excelencia de su obra. Pintó gran número de cuadros, como puede colegirse de la circunstancia de que no menos de doscientos treinta — y algunos de gran tamaño — se exhibieron en años sucesivos en la Real Academia. Para alcanzar la notoriedad anhelada hubo de trabajar muchos años desconocido y oscuro. Su estilo no concordaba con el gusto de aquel entonces. Pero á despecho de las poco alentadoras acogidas que merecieron sus primeras obras, él continuó, sin desmayar en su entusiasmo, la ruta emprendida, hasta ganar por último — bien que un poco tarde — la victoria más completa. Varias de sus mejores producciones se conservan en la Galería Nacional Escocesa, mientras otras se hallan esparcidas en numerosas colecciones privadas del Reino Unido. Es lástima que muy pocas de esas obras se hayan dado á imprimir, pues la mayor parte de los temas son apropiados para la reproducción.

Admirable muestra del estilo general del artista es el cuadro *Bañistas sorprendidas por un cisne* que presentamos á nuestros lectores. La idea predominante está concebida en una forma poética y delicada, y si bien este grabado carece de los encantos de color que cautivan á quien observa el original, la unidad de composición, en cambio, y la exquisita delicadeza de los matices han sido fielmente reproducidos.



EN LA SELVA

Era mi abuelo uno de esos vascos, más criollo que vasco, para quien la vida del campo, con sus hábitos sencillos, formaba una pedazo de la suya propia.

Iniciado desde joven en negocios de ganadería, con una actividad incansable y una buena suerte nunca desmentida, adquirió en pocos años patrimonio suficiente para satisfacer sus modestas ambiciones. Toda vez que mis tareas estudiantiles me dejaban disponible un período de tiempo más ó menos considerable, corría al lado de mi abuelo en cuya compañía pasaba instantes de felcidad verdadera. Gran amante de los jóvenes y conocedor de sus inclinaciones, amenizaba nuestros paseos diarios por el jardín y nuestras excursiones á las orillas del cercano arroyo, con anécdotas de su vida, salpicadas de chistes agudos y de detalles novelescos. En América, cada existencia era una novela; mejor dicho una historia de intenso y palpitante interés. Hoy ya no. Concluyeron los salvajes y las fieras y las clásicas revoluciones encabezadas por caudillos. Esto sucede en la Argentina, al menos. Hablo sólo de lo que siento y veo... ; pero volvamos al tema. He aquí uno de esos episodios que, entre muchos, recuerdo con mayor exactitud.

—Contaba apenas veintiún años—esto pasaba el año cincuenta — empezó mi abuelo, cuando por conveniencias de or-

den privado abandoné Concepción del Uruguay para radicarme en el departamento de Concordia, sin disponer de otro medio de transporte que un buen caballo y sin otro guía que un joven pero valiente paisano.

No ignoras los múltiples riesgos que amenazan al viajero en travesías por selvas inmensas, casi vírgenes, habitadas solamente por fieras y reptiles; refugio de malhechores perseguidos que, conociéndolas palmo á palmo, se ocultan en el seno de ellas seguros de la impunidad, hiriendo y matando sin lástima para saciar sus instintos brutales de venganza y quebrantar, siquiera por un momento, la aplastadora monotonía de su vida errante.

Yo, abstraído por entero en preocupaciones de índole muy diversa, no me cuidaba de lo que pudiera acontecer. Por otra parte, el guía, gaucho experto y conocedor de todos los peligros que entrañan para el viajero las circunstancias enunciadas, caminaba atento, sin apartarse un instante de mi lado, mostrando un celo que obligaba mi reconocimiento. Anduvimos todo el día sin que ningún suceso desagradable, ningún hecho de importancia hubiera turbado la tranquilidad de nuestra marcha y justificado los temores, aparentemente infundados, de mi celoso guía.

Bien pronto las primeras sombras de la noche cercana nos hicieron comprender que la jornada tocaba á su fin. Nuestras cabalgaduras, agotadas por la penosa travesía, trotaban sin dificultad y era forzoso evitarles el completo aniquilamiento que el exceso de trabajo podía proporcionarles.

Llegados á un claro del bosque, donde la vegetación raleaba y la luz de las estrellas permitía vernos las caras, las desensillamos y después de atarlas á soga, cerca de nuestro improvisado campamento, preparamos una cena frugal pero reconfortante, que obró como enérgico reactivo sobre nuestro organismo debilitado.

Satisfechas las urgentes necesidades del estómago, formamos con los *recados* una cama que me pareció deliciosa y, envolviéndonos en las mantas, nos entregamos al descanso, ante las no menos apremiantes exigencias del sueño que nos invadía.

Yo, fatigado en extremo por lo largo del viaje, que jamás había realizado en esa forma, me dormí profundamente, ajeno en absoluto al drama terrible de que, en un instante no lejano, iba á ser testigo. No sé cuánto habría dormido; sólo puedo decirte que las indecisas claridades del alba iuminaban ligeramente el mundo, cuando sentí á mi lado un rugido vibrante, inmenso, aterrador, que, repercutiendo por todos los ámbitos del bosque, interrumpió bruscamente mi pesado sueño. Sin darme cuenta exacta de lo que pasaba, me senté maquinalmente. Una sombra cruzó ante mis ojos con la rapidez del relámpago, yendo á caer sobre mi guía que, con el *facón* en una mano y el *poncho* enrollado en la otra esperaba á pie firme la embestida. La fiera —era un jaguareté el inoportuno visitante—recibida con todos los honores, vaciló un momento; pero repuesta de su breve indecisión, como avergonzada de su cobardía, atacó de nuevo con la pujanza de un atleta colosal.

Fué aquella una lucha inaudita en que la nerviosa agilidad del tigre contrastaba admirablemente con la impasible serenidad del gaucho. Frente á frente y cuerpo á cuerpo, impelidos por el instinto de conservación, se debatían en el paroxismo de su furor salvaje. Bramando, teñidos con la sangre que manaba de sus heridas, rodaron confundidos por el suelo, cual si quisieran, aun en su agonía, decidir el dominio de la selva.

Mudo de espanto, contemplaba el soberbio espectáculo digno de la grandiosa virginidad de aquella naturaleza inculta, y cuando libre de la estupefacción que me produjo, corrí al sitio del combate, sobre el pecho palpitante del felino que conservaba aun entre sus fauces un *poncho* hecho girones, vi el cuerpo inanimado del gaucho, en cuya frente pálida se reflejaba la íntima satisfacción del vencedor.

Con la solicitud de un hermano, empapé su cabeza en agua fresca. Bien pronto, pasado su desmayo, se irguió con agilidad, miró á la fiera, sonriendo desdeñosamente y luego de ofrecerme la hermosa piel de su presa, que yo acepté, púsose á secarla, tranquilo, sereno, tal vez feliz, tarareando entre dientes un aire nacional.

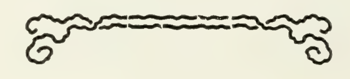
Este rasgo del gaucho, característico de la raza que encarna, da una idea precisa de su valor indómito y del profundo desprecio de a vida. Nacido en el peligro, desafiándole desde pequeño, encon-

trándole á cada paso en su camino, en una palabra, habituado á él, no le huye ni le teme; muy por el contrario, lo espera impaciente y lo recibe con los brazos abiertos de la propia manera que á un viejo y buen amigo. Sencillo y rudo, acepta sin dudar, hasta las leyendas más absurdas. Susceptible en extremo, jamás perdona una ofensa; pero cuando consagra su amistad ó su cariño, nada ni nadie podrá arrancar de su corazón un sentimiento que considera inviolable. Su carácter tiene en sí la indomable fiereza del tigre y la inquebrantable fidelidad del perro...

La segunda jornada del viaje no ofrece circunstancias dignas de mención. Extenuados de cansancio, empapados en sudor, huyendo del calor verdaderamente tropical que nos acompañó durante todo el día, llegamos al punto de destino, donde, olvidando las peripecias de la travesía, formé mi familia, labré mi porvenir y aseguré mi tranquilidad que, en muchos casos, desaparece al salir las primeras canas."

La presencia de un sirviente que anunciaba la hora de la cena, interrumpió la interesante conversación de mi abuelo, cuya voz, debilitada por la fatiga, se hacía cada vez menos perceptible. Apoyado en mi hombro, emprendió el regreso hacia las habitaciones, bajo la impresión no sé si placentera ó dolorosa de algún recuerdo lejano.

Entretanto, yo, satisfecho de su cariño, forjaba mil proyectos con ese optimismo propio de los quince años.



Médicos Recomendados



RINCÓN INFANTIL

MUFLÚ

I

Los amos de Muflú, eran seis muchachos que formaban un pequeño mundo, muy pobre y muy alegre. Vivían en una casa vieja, negra, medio destruída; hacía cinco años que habían perdido á su padre. No les quedaba en el mundo más que su madre para amarlos. Tasso, el mayor de la familia, tenía cerca de veinte años; era tan suave, tan bueno, tan trabajador, tan alegre y tan simpático, que todos los humanos lo adoraban. Tasso era peón jardinero. Aun cuando era el mayor, el que sostenía á la familia, no era más dueño de Muflú que el pequeño Rómulo que tenía diez años y era inválido. Era Rómulo conocido más generalmente por el nombre de Loló. El había enseñado á Muflú todo lo que sabía—y sabía muchas cosas—pues jamás se vió un ser de cuatro patas más inteligente que aquél.

Y ante todo ¿por qué se llamaba Muflú.

Pues bien, cuando el perrito fué regalado á los niños por un soldado piamontés que regresaba á su país, era un animalito de un año, blanco como la nieve y todo rizado. La madre de los niños, nacida en Córcega, les había dicho que parecía un moufflou, nombre que se les da á los carneros en su país. El perro se conservaba blanco y rizado y había llegado á ser el perro más grande y más hermoso de toda la ciudad de Florencia

De moufflou, los niños habían hecho Muflú, y este nombre le había quedado. Se pensará quizá que es un nombre muy raro; pero el perro se conformaba con él, de manera que no se le llamaba de otro modo.

Habitaban un viejo barrio de Florencia, en ese laberinto pintoresco de calles en zis-zás, que rodean la gran iglesia de Or San Miguel.

Allí era donde vivía Muflú, en esa gran casa que podéis ver desde aquí, con un cordero de hierro forjado encima de la puerta. Esta muestra indica que la gran casa había servido en otro tiempo de depósito á la antigua corporación de "El arte de la lana." Todas las casas son antiguas en este barrio y se agrupan alrededor de la gran iglesia de Or San Miguel, que se puede comparar á un cofre de plata oxidada.

El templo se levanta firme como una roca, cuadrado como una fortaleza; los vientos y las lluvias del cielo pueden atacarlo durante siglos sin llegar á turbar jamás, su reposo sublime.

Los pequeños amos de Muflú vivían, por decirlo así, á la sombra de este noble edificio, en el sitio en que el puente de piedra, á mitad de la altura, pasa por encima del espacio, uniendo las casas á la iglesia; Loló sentía una afección profunda por Or San Miguel.

Le amaba á toda hora y en todo tiempo, y sin saber por qué le llamaba *"la mía chiesa"* (mi iglesia).

Como Loló era cojo y enfermizo, no podía ir á la escuela, ni entregarse á un trabajo continuado; sin embargo, se

ocupaba con mucho celo y destreza en tejer la paja con que se cubren las botellas de vino y entrenzar esteras.

Pero casí siempre hacía lo que quería. Pasaba la mayor parte del día sentado sobre el parapeto de Or San Miguel, mirando á los alfareros, ó bien caminaba á saltitos, apoyado en su muleta, y Dios sabe cuantas millas podía hacer así, cuando quería; entonces, en compañía de Muflú ganaba la campiña del otro lado del Arno. En la estación de los asfodelos pasaban allí, medios y días enteros. Loló volvía á la casa con grandes ramilletes de flores de oro: él y Muflú eran muy felices juntos .

La madre de Loló no le hablaba jamás con severidad, pues ella era la causa de que el pobre niño fuera cojo. Lo había dejado caer cuando era pequeñito; se había herido en la cadera y los médicos no habían podido curarlo. Por eso no le respondía nunca, aunque amonestaba á menudo á los otros; Cereco el grueso de cabello ruliento, la bonita Dina de los ojos negros, la impertinente de Bice y el vigoroso Beppo. No consideraba ni siquiera al buen Tasso, que era ya un hombre y que trabajaba tan duramente siendo el sostén de toda la familia, á pesar de que no era más que peón jarlinero. Trabajaba en Cascine, por algunos sueldos al día. Pero todo lo que ganaba lo entregaba fielmente á su madre; él solo era capaz de mantener en el deber al haragán de Sandro que se encolerizaba tan fácilmente, de moderar el amor desordenado de Bice por las toilettes; él sólo á fuerza de habilidad y de cuidado, llegaba á proveer á las necesidades de la familia y hacer hervir la olla.

Cuando su madre pensaba, (y pensaba en ello casi sin cesar) que dentro de algunos meses le tocaría el sorteo, y que si sacaba un mal número se lo llevarían por tres años, la pobre mujer, sentía oprimírsele el corazón.

Muy á menudo, á la hora del crepúsculo, se iba, sin decir nada, á arrodillarse y rezar fervientemente ante el tabernáculo blanco.

Pero rezaba inútilmente. El buen Dios no podía hacer un milagro para salvar á Tasso del servicio militar; si sacaba un mal número, se vería obligado á abandonarlos, aun cuando debieran morir de hambre, una vez que no lo tuvieran ya para ganar el pan cuotidiano.

Una mañana Loló estaba sentado, como de costumbre, sobre el parapeto de la iglesia y tenía á Mufiú sentado. Eran cerca de las once, una brillante mañana del mes de Septiembre; los pobres se iban á pedir limosna á la puerta de la cofradía de San Juan Bautista: el barbero de la esquina empezaba á afeitar á un gandul que tenía una servilleta atada al cuello; los alfareros gritaban hasta enronquecerse: "un sueldo pieza, dos sueldos las tres", las campanas tocaban; algunos hermanos de la Misericordia llevaban un féretro pintado de negro. Loló miraba todo esto, y Muflú hacía lo mismo. Un extranjero que salía de la iglesia se puso á mirar á los dos.

—Tenéis un hermoso perro, jovencito, — dijo á Loló.

—¡Muflú es hermoso—respondió Loló con orgullo. — Si lo viérais cuando está recién lavado! Pero no podemos lavarlo más que el Domingo,porque en los demás dias de la semana, Tasso no está en su casa.

—¿Qué edada tiene vuestro perro?

—Tres años.

—¿Sabe hacer pruebas?—

—¡Oh, sí! — respondió Loló con una risa un poco sarcástica — Muflú sabe hacer de todo; sabe marchar largo tiempo en dos patas, sabe hacer el ejercicio, se hace el muerto, baila y pide limosna. ¡Sabe hacer todo! ¿Queréis que le haga hacer alguna cosa en vuetra presencia?

—Mucho me gustaría—dijo el extranjero.

Muflú y Loló estaban en la calle, absolutamente como en su casa. La plazoleta de la iglesia, tan completamente desierta á ciertas horas, y otras tan alegre y viva, no era para el niño y para el perro más que una prolongación y un anexo del umbral de su puerta.

Loló mandó, y Muflú obedeció. Mostró todo lo que sabia hacer. El don de aprender era innato en Muflú, como en la mayor parte de los perros de aguas. Heredaba su destreza de sus padres, que habían sido perros inteligentes, y como nunca se le había amenazado ni obligado todo era un juego para él. Se desempeñó, pues, admirablemente en todos sus ejercicios, los alfarereos se acercaban para mirarlo, un sacristán salió sonriendo de la iglesia, el barbero, abandonando á su cliente, que tenía la barba llena de espu-

ma de jabón, vino á mirar, también, riendo: los buenos vecinos estaban orgullosos de Muflú, y jamás se cansaban de verlo trabajar.

El forastero se divertía por su cuenta. De pronto, dijo á Loló:

—¡Como divertiría á mi pobre Víctor este perrito!

¿Querríáis traérmelo, para divertir á un niño enfermo que tengo en casa?

Loló respondió sonriendo que no deseaba otra cosa: pero ¿donde vivía el enfermo?

—En el Hotel de la Gran Bretaña, —respondió el forastero.—Venid hoy al medio día, y preguntad por el viajero, cuyo nombre es este.

Le deslizó en la mano su tarjeta, con una moneda de dos francos, y se marchó. Loló seguido de Muflú, corrió á su casa. Al trepar la escalera, su muleta hacía un ruido terrible.

—Madre, madre, — gritó — ved lo que me han dado, por haber hecho hacer á muflú todas sus pruebas. Ahora podéis comprar zapatos, café, ropas para Tasso y camisas para Sandro.

Dos francos eran para Loló, como quien dice dos millones, un tesoro inagotable.

Al medio día, Loló y Manflú bajaron las arcadas de los Uffice; y el Lung'Arno, para llegar al Hotel de la Gran Bretaña. Enseñó Loló la tarjeta del forastero, y fué conducido á un gran salón donde había dorados, frescos y muebles de terciopelo. Pero Loló, como buen florentino, jamás se turbaba con las exterioridades: se hubiera necesitado otra cosa que sillas y divanes, para intimidarlo. Comenzó, pues, á mirar á su alrededor con la más perfecta tranquilidad. Muflú, que fuera de sus pruebas poseía una gravedad senatorial, se sentó tranquilamente y miró á su alrededor con toda calma.

Casi inmediatamente entró el extranjero que había visto Loló por la mañana

y lo llevó á otro cuarto, donde se encontraba acostado en un diván un niñito muy pálido, que tendría poco más ó menos siete años. Era este pobrecito heredero de un gran nombre, y de una gran fortuna, pero toda la ciencia de los médicos no conseguía ponerlo en estado de correr con los otros niños y hacerlo respirar sin sufrimiento. Una débil sonrisa iluminó su rostro, al ver á Muflú y á Loló. Pero aquella sonrisa no hizo más que aparecer y desaparecer.—

—El muchacho es cojo como yo — dijo en un idioma que Loló no comprendía.

—Sí, — respondió el señor, que era el padre del pobre inválido; pero este muchachito es vigoroso: puede ir y venir, y espero que el sol de este país te fortalecerá en breve como á él. He traído su perro para divertirte. ¡Qué hermoso perro! ¿verdad?

El pobrecito inválido extendió sus delgadas manos hacia Muflú, que consintió en dejarse acariciar su melena de león.

Comenzó Loló la representación, y Muflú se lució como siempre. El enfermito reía y gritaba de alegría, gritos bien débiles, por cierto; jamás se había divertido tanto. El amo y el perro fueron obsequiados con tortas y bizcochos, que comieron de buena gana sin hacerse rogar.

Cuando se levantaron para marchar, el enfermito empezó á agitarse en medio de gritos y lamentos.—¡Quiero el perro, quiero el perro! — repetía sin cesar.

Pero como no lo decía en italiano, Loló no lo comprendía; sentía sólo compasión al verlo tan desdichado.

—Tendrás el perro mañana — dijo el señor á su hijito para calmarlo, se apresuró á hacer salir á Loló y á Muflú, haciéndolos acompañar con un criado, después de haber deslizado cinco francos en la mano de Loló.

—¡Qué tal, Muflú!— dijo Loló con ri-

sita satisfecha. — Si encontráramos cada día un forastero, podríamos añadir cama á nuestra cena, é iríamos todas las noches al teatro.

Loló hacía resonar su muleta más fuerte que de costumbre sobre las piedras, tan dichoso y apurado por llegar estaba. Muflú, trotaba á su lado, haciendo flotar alegremente al viento las cintas azules, conque Bice había sujetado sus rizos. Pero, ¡ay! ni siquiera los cinco francos de Loló podían consolar á su familia. Todos gemían y lloraban, sumergidos en un amrago dolor que nada podía atenuar.

Tasso había sido sorteado esa misma mañana; había sacado el número ocho; estaba condenado á servir y á partir por espacio de tres años.

El pobre muchacho estaba de pie en medio de sus hermanas y hermanos: su madre se apoyaba en su hombro; Tasso lloraba. Iba á partir; iba á perder su colocación en los jardines públicos, y á dejar á todos los suyos expuestos á morir de hambre.

Tasso era el muchacho más bueno del mundo. Tenía la dulzura de un cordero. Para él la felicidad perfecta, consistía en rastrillar las hojas secas, en las grandes alamedas de Cascine. en segar los verdes prados, á la sombra de las avenidas de encinas, y encontrar en su casa, á la hora de la cena, los rostros risueños de sus hermanitos y de esa valerosa mujer, su buena madre, á quien tanto amaba. Estaba contento, no pedía más; su aspiración era que lo dejaran tranquilo; pero no podía conseguirlo.

Iban á arrancarlo del lado de los suyos, ponerle un pesado fusil al hombro, la mochila á la espalda, obligarlo á hacer ejercicio, hostigarlo, todo esto, todo esto para llegar á transformarlo en un blanco viviente.

Nadie tomó en cuenta á Loló y á sus cinco francos. En cuanto á Muflú, comprendiendo que algún gran pesar había caído sobre sus amigos, se sentó en el suelo y empezó á aullar con todas sus fuerzas.

—Tasso estaba condenado á partir, he aquí todo lo que comprendían las pobres gentes. Durante tres años no lo verían más, estarían privados del socorro de su brazo vigoroso, y del encanto de su sonrisa bondadosa. ¡Tasso se iba!. Esta sola frase lo decía todo. Cuando Loló hubo comprendido lo que sucedía, se sentó en el suelo, estrechó á Muflú contra

su corazón, y lloró tanto y tanto que se hubiera creído que no acabaría de llorar jamás.

Nadie podía evitarlo, era una de esas desgracias que cae sobre la cabeza, como una teja. La pobre cabeza que la recibe, no tiene más que inclinarse bajo el golpe, que no ha visto venir. He ahí todo.

—¿Para qué puede servirnos esto?—dijo la madre con vehemencia, cuando Loló le mostró los cinco francos. — No es con esto con lo que pagaremos un sustituto para Tasso.

Loló sintió que su madre era injusta en aquel momento y fué á deslizarse á la cama, en compañía de Muflú, que dormía siempre sobre los pies de Loló.

A la mañana siguiente, Loló estuvo en pie, antes de salir el sol; Muflú y él acompañaron á Tasso, cuando se fué á Cascine á su trabajo.

Loló amaba á su hermano y no quería perder uno solo de los instantes que podía pasar todavía con él.

¿No habría medio de hacerle quedar con nosotros, preguntó á su hermano con desesperación. Caminaban en este momento bajo el tupido follaje de las alamedas, y el sol naciente transformaba el Arno en un río de oro.

—Nada, querido mío, á menos que Jesús me envíe mil francos para pagar un personero.

Loló se estuvo muy apenado, recostado sobre la hierba de la pradera en que Tasso trabajaba, Muflú se había acostado á su lado.

Cuando Loló volvió á su casa para almorzar, Tasso llevaba su almuerzo en un pañuelo, encontró á su madre agitadísima.

De pronto se mostraba irascible y áspera, luego tierna y jovial; había en su conducta algo de febríl y forzado, que los niños notaban sin poder comprender qué significaba. Era una mujer poco inteligente, y ahora tenía un secreto que era incapaz de ocultar y no sabía que hacer con él: solamente los niños no podían adivinarlo. Su inexplicable conducta, hacía nacer en ellos una vaga sensación de inquietud y timidez.

Terminado el almuerzo (compuesto en todo y por todo de una sopa de porotos, que fué despachada bien pronto), dijo la madre dirigiéndose á Loló:

—Tu tía Anita te necesita esta tarde. Tiene que salir y es preciso que vayas á quedarte con los niños. ¡Vamos, en marcha!

Loló era un niño obediente, tomó su sombrero, y llamó á Muflú que dormía la siesta.

—Deja el perro—le dijo secamente su madre, á tía Anita no le gusta que vaya á revolver en su casa, ni que se la llene de lodo, cuando está tan limpia; me lo ha dicho ella misma. Déjalo, ¿oyes?

—¡Dejar á Muflú!—exclamó Loló.

Nunca desde que tenía aquel perrito, se había separado de él, ni por una hora. ¡Dejar á Muflú!

Miraba á su madre, con la boca abierta y desencajados ojos. ¿Qué novedad era esta?

—Déjalo, e digo—le repitió ella, más secamente todavía que la primera vez — ¿Será necesario que repita la misma orden dos veces á mis hijos? ¡En marcha! y deja el perro, ¿oyes?

Asiendo á Muflú por su larga y edosa melena, lo atrajo hacia ella, y puso al mismo tiempo en la puerta á Bice y á Loló.

Loló empezó á dar fuertes golpes con su muleta contra la puerta que acababa de cerrarse bruscamente sobre él, pero Bice lo calmó á fuerza de caricias.

—La pobre mamá está tan triste á causa de Tasso — dijo con tono conciliador, — y además, ¿qué puedes temer que le pase á Muflú? Creo que está cansado, Loló; Cascine queda lejos de aquí, y es muy cierto también que tía Anita no pue-

Galería de damas conocidas



Sra. María Luisa Quintana de Rodriguez Larreta



Sra. Mirian Rocher

FOT. C. MERLINO
LIBERTAD 1219

de sufrirlo. Consiguió al fin decidir á su hermano, caminaron casi sin hablarse hasta la casa de tía Anita. Era al otro lado del agua, cerca de la cúpula de Santo Spiritu.

Era verdad que la tía Anita los necesitaba para cuidar los niños y la casa; tenía que ir á entregar un encaje á una villa, fuera de la Puerta Romana; lavar encajes era su oficio.

Tuvieron que quedarse mucho tiempo con los niños en la pequeña habitación sombría y estrecha, sin más distracción que el sonido de las campanas de la iglesia vecina y los gritos de los vendedores de limonada, que pasaban por la calle.

Cuando volvió la tía Anita, era yá tarde, y las calles estaban yá obscuras,: los dos niños regresaron de la mano; Loló arrastraba penosamente su pobre pierna enferma; le faltaba Muflú.

Cuando llegaron cerca de Or San Miguel estaban los faroles encendidos.

Loló subió penosamente la escalera: había en su pobre corazoncito algo como un vago terror.

—¡ Muflú, Muflú!—gritó desde el primer peldaño de la escalera.

¿Dónde podía estar el perro?—¡ Muflú, Muflú!—gritaba mientras subía la sombría y tortuosa escalera. Empujó la puerta violentamente y siguió llamando:

¡Muflú, Muflú!

Pero Muflú no respondió á su llamamiento.

—¡Madre! ¿dónde está Muflú?—preguntó á su madre que tegía, sentada.

Deslumbrado por la luz de la lámpara, al salir de la escalera obscura, pestañeaba mirando á todos lados. Tasso no había vuelto todavía. La madre continuaba tegiendo; parecía contrariada.

—Madre, ¿qué habéis hecho de Muflú, de mi Muflú?—preguntó Loló con una expresión casi severa en su carita de niño de diez años.

Entonces la madre, imprimiendo á sus agujas un movimiento más rápido, respondió sin levantar la cabeza:

—He vendido á Muflú.

Y la pequeña Dina, que era una personita muy viva y muy despabilada, gritó con voz aguda:

—Madre, lo ha vendido en mil francos al señor extranjero.

—¡Vendido!

Sólo palideció, se quedó helado, levantó las dos manos por encima de su cabeza, hizo un esfuerzo para respirar y cayó desmayado, sobre su pobre pierna encogida.

II

Cuando Tasso volvió de Cascine y encontró á su hermanito con todo su cuerpo temblando, gimiendo y hablando á tontas y á locas, como una persona que delira, experimentó un gran pesar. ¡Oh, madre!—exclamó—¿cómo habéis podido hacer esto? ¡Pobre, pobre Muflú! ¡Y Loló que lo quería tanto!

—Tengo el dinero—respondió la madre, con voz febril;—no serás soldado, podremos comprarte un reemplazante. ¿Qué es un perro, para ocuparte tanto de él? Buscaremos otro para Loló.

—Otro no será Muflú—dijo Tasso; y al mismo tiempo, la idea de no ser soldado le infundía una especie de alegría frenética la cabeza le daba vueltas, como si se hubiera embriagado con vino nuevo, y no tenía ya corazón para hacer reproches á su madre.

—¡Mil francos! — murmuraba—¡mil francos! *¡Dios mío!* Hubiéramos podido imaginar jamás que alguien diera semejante precio por un perro ordinario? Por ese precio el señor habría podido comprar la iglesia y el tabernáculo.

—Los locos están siempre apurados por separarse de su dinero—le respondió la madre, con mezcla de desprecio y de malhumor.

Así era, en efecto; ella había vendido á Muflú.

El señor inglés vino á buscarle, mientras Loló y Muflú estaban en Cascine. Le había manifestado el deseo de comprar el perro; el enfermito se había divertido tanto con él, que estaría inconsolable mientras Muflú no fuera suyo. En toda otra ocasión, la pobre mujer hubiera rehusado categóricamente; pero aquel día no tenía más preocupación que los mil francos para comprar el rescate de Tasso. Cuando oyó las proposiciones del extranjero, su corazón saltó, sintió como un aturdimiento á la idea de que quizá el extranjero consentiría en dárselos. Por más desconcertada que estuviese, la buena mujer no perdió la cabeza, é hizo ver que no había habitado tanto tiempo Florencia sin adquirir algo de la proverbial astucia de los florentinos. No habló una palabra de su angustia ni confesó que tenía una necesidad terrible de dinero. Al contrario, se mostró fría y reservada, afectó una gran repugnancia en separarse del perro, é inventó toda una historia: el director de un circo le había hecho las más seductoras ofertas; en una palabra, por menos de mil francos no podía decidirse.

El señor acordó tan fácilmente los mil francos, que se reprochó inmediatamente no haberle pedido el doble. El le dijo

que si quería llevarle el perro al hotel, al mediodía, recibiría en el acto el dinero. He ahí por qué había enviado á sus hijos en distintas direcciones después del almuerzo. No podía creer en lo que veían sus ojos cuando el señor le puso los diez billetes de cien francos en la mano. Cuando hubo firmado "Rosina Calabucci" en un recibo en buena forma, llevó su dinero. Mientras bajaba la escalera y aun en la calle, oía las quejas y los aullidos de Muflú. No se hallaba satisfecha pensando en lo que acababa de hacer.

—Me parece—se decía á sí misma —que he vendido á un cristiano.

Pero también, ¡qué inmensa alegría la de conservar su hijo mayor! Bajaba el Lung'Arno, ya llorando, ya riendo de tal manera, que dos ó tres veces los transeuntes se dieron vuelta, tomándola por loca, y hasta un guardián la interpeló severamente.

Entretanto, Loló estaba enfermo de pesar y deliraba. Veinte veces saltó de su cama para ir en busca de Muflú; veinte veces su madre y su hermano lo volvieron á acostar sujetándolo á la fuerza en la cama. En vano trataban de calmarlo.

El niño estaba fuera de sí, á fuerza de dolor; á cada instante llamaba sollozando á Muflú; toda la noche fué presa de una fiebre ardiente. Cuando la madre, asustada, corrió en busca del médico del barrio, el digno facultativo movió la cabeza, habló de una conmoción nerviosa y pronunció la palabra menengitis.

Loló tomó ojeriza á su hermano mayor y á su madre, y éstos se vieron obligados á salir del cuarto.

—Por tu causa han vendido á Muflú —decía á su hermano; entonces rechinaba los dientes y apretaba los puñitos.

A los dos ó tres días, Tasso encontró pesada la vida; fué al hotel, para ver si el señor extranjero consentiría en prestarle á Muflú por media hora; la vista del perrillo haría seguramente bien á su hermanito. Pero en el hotel le dijeron que el milord inglés que había comprado el perro se había marchado esa misma noche á Roma.

—¿Y se llevó á Muflú?—preguntó el pobre Tasso.

—Se llevó el perro que había comprado—respondió el dueño del hotel.—¡Qué animal! No ha cesado de aullar, de gritar, de enfurecerse, y con sus uñas ha sacado toda la pintura de la puerta del salón!

¡Pobre Muflú! Tasso sentía oprimírsele el corazón, pensando en el dolor y desesperación del favorito de sus hermanitos.

—¿Qué significa esto?—gritó su madre, cuando él le refirió su expedición.—Un perro es un perro. Estará mejor alimentado en casa de ellos que en la nuestra. Dentro de ocho días habrá olvidado...

Pero Tasso no estaba seguro que Muflú pudiera olvidar; hasta tenía miedo de estar seguro de lo contrario. El médico visitaba á Loló dos veces diarias. Constantemente mojaban y ponían hielo sobre la pobre cabecita ardorosa. Casi continuamente Loló permanecía inmóvil, insensible, como embrutecido; á veces, sin embargo, se ponía á llorar, á sollozar, y llamaba á Muflú con violenta agitación.

—¿No podríais—dijo el doctor—procurarle lo que pide? Eso lo calmaría.

Pero esto no era posible, y la pobre madre se cubría la cabeza con su delantal, comprendiendo toda la enormidad de su falta.

—Siquiera no tendrás que marchar—dijo á Tasso.

Se aferraba á esta gran alegría para hallar algún consuelo.

—Piénalo, podremos pagar á Guido Squarcione, para que vaya en tu lugar. Muchas veces ha dicho que partiría de buena gana si le pagaran. ¡Oh! Tasso mío, la vida de un perro no es nada comparada con la dicho de conservarte.

—¿Y la vida de Loló? — respondió tristemente Tasso.—No, madre mía, es una cosa mala tratar de contrariar nuestro destino; saqué mal número y he de-

bido partir. El cielo se habría encargado de arreglar las cosas en vuestro favor.

—El cielo me ha enviado un forastero, es la Virgen misma, la que lo ha puesto en mi camino para socorrer á una madre en su desesperación—repuso vivamente Rosina, con un movimiento de cólera.—Tengo los mil francos en la mano, ¿quieres decirme qué es lo que nos falta después de esto? Un perro que se parece á un carnero, un animal que nos traía carretadas de todo cuando llovía y que comía tanto como cualquiera de vosotros..

—¿Pero Loló? — dijo Tasso en voz baja.

La madre estaba tan irritada y tan atormentada por su propia conciencia, que derramó la sopa de coles, sobre los carbones encendidos.

—Loló ha sido siempre un tontuelo—dijo con ira.—Nunca se ha ocupado más que de la iglesia, del perro y de las ruines flores del campo. Lo he mimado demasiado á causa de sus dolencias.

Entonces la pobre mujer empeoró aún el estado de las cosas, derramando abundantes lágrimas dentro de la cacerola, y avivando el fuego con tanta energía que se le encendió la pantalla de hojas de cáñamo. Se hubiera quemado la mano si Tasso no hubiera estado allí

—Tú eres mi apoyo y mi sostén—dijo sollozando. — Lo que he hecho yo, ¿quién no lo hubiera hecho en mi lugar? La misma Santa Felicitas no hubiera dejado de hacerlo.

Pero todo esto no curaba al pobre Loló. Transcurrían los días y las semanas, y el enfermito estaba siempre en peligro. El estrecho y encerrado cuartito en que dormía con Sandro, Beppo y Tasso, no era adecuado para su enfermedad. Tasso se iba muy triste á trabajar á Cascine; las flores animaban las praderas con sus suaves colores, las hojas de los fresnos y las de los olmos empezaban á adornarse con los colores del otoño. Pensaba que Loló no se salvaría y el pobre muchacho se consideraba como el asesino de su hermanito.

Cierto es que no había tomado parte alguna en la venta de Muflú; pero no era menos cierto que el perro había sido vendido por causa suya.

Tenía, pues, remordimientos como un culpable; era enteramente desgraciado, y se juzgaba indigno del sacrificio que habían hecho por él.

—¡No se debería tratar nunca de corregir la suerte!—pensaba Tasso. Sabía que su abuelo había muerto en el asilo de San Bonifacio. Se había enloquecido á fuerza de leer y releer el libro de los sueños, á fin de adivinar los números que serían premiados en la lotería, habiéndosele puesto en la cabeza el enriquecerse de golpe.

Sin duda era para él una gran felicidad saber que estaba exento del servicio militar al menos por algún tiempo; que podría entregarse tranquilamente á sus ocupaciones; que acabarían por subirle el sueldo; que viviría feliz en medio de los suyos; que tal vez un día ganaría bastante para casarse con la gentil Biandina, la hija del barbero de la Piazzetta. Sí, sin duda, era una gran felicidad para él; ¡pero el pobre Muflú!, el pobre Loló! Parecíale á Tasso que su exención había sido comprada al precio de la sangre de los dos.

¿Y dónde etaba el pobre Muflú? Había partido en uno de esos trenes que van tan rápidos, que hacen tanto ruido, lanzan gritos tan salvajes y cuya sola vista daba miedo á Tasso al verlos pasar por la pradera, en la parte baja de Cascine, en su carrera precipitada.

—Si él pudiera ver el perro que reclama con tanta insistencia, tal vez lo salvaríamos—dijo un día el doctor, que de pie, al lado de la cama, lo examinaba con aire grave.

Pero era imposible. Nadie sabía dónde encontrar á Muflú. Estaba tal vez en Inglaterra ó en Francia, ó en Rusia ó en América. No se sabía dónde había ido el señor que había comprado á Muflú. Quizá el perrito había muerto.

La pobre madre al oir las palabras del doctor salió del cuarto y contemplando los billetes que le habían parecido antes ángeles de salvación, les dijo:

—Hijos de Satanás, ¿por qué me habéis tentado? Para teneros he vendido á ese pobre animal inocente, y fiel, y ahora se me muere mi hijo.

Sin duda el mejor se quedaría en la casa; pero si el otro fuera realmente á morir? Ella hubiera consentido en devolver los mil francos y en no poseer en su vida cinco francos, si hubiera podido volver atrás, rescatar á Muflú y ver al enfermito correr al sol en compañía de su perro.

Loló continuaba en el mismo estado; sus cabellos rubios habían sido cortados,

sus ojos, ahondados, no tenían expresión alguna, vivía con una cucharada de leche, un trozo de hielo y un trago de limonada; cuando abría la boca, era para murmurar: ¡Muflú, Muflú! ¿Dónde está Muflú? Luego permanecía dias enteros en un estado de somnolencia é insensibilidad, mientras que la fiebre devoraba su cerebro, y un peso enorme como una piedra lo abrumaba.

Los vecinos le demostraban cariño, le traían fruta y otros pequeños obsequios, y se sentaban al lado del enfermo durante horas; su charla habría bastado para matarlo; de este modo demuestran algunos amigos su simpatía por los enfermos...

Pero Loló no mejoraba; parecía que no veía ni oía, y el doctor dijo claramente á la madre que el niñito iba á morir. ¿Morir, cuando la iglesia estaba á dos pasos? Ella no podía creerlo. ¿Cómo no harían nada por él San Jorge, San Marcos y los otros santos á quienes había querido tanto?

—No decía el médico: ellos nada pueden hacer. Sólo el perro podría hacer algo, porque el cerebro está penetrado de esta única idea. —Pero el perro había sido vendido.—¡ Sí, lo he vendido!—dijo la pobre madre, á quien el remordimiento hacía derramar abundantes lágrimas.

En fin, el pobrecito enfermo llegaba á su última hora; entonces hacia la tarde, el sacerdote salió de la iglesia por la gran puerta abovedada, que queda cerca de San Marcos; llevaba en sus manos el Santísimo Sacramento; un monaguillo caminaba delante de él tocando la campanilla; atravesó la Piazzetta, subió la obscura escalera, pasó en medio de los asustados niños que lloraban y se acercó á la cama de Loló.

Loló había perdido el conocimiento; pero el sacerdote tocó sus miembros con los santos óleos, rezó por él y permaneció largo rato muy triste, con la cabeza inclinada.

Loló había hecho su primera comunión el verano anterior, y había demostrado tanta inteligencia y devoción que había conmovido al buen sacerdote.

De pie al lado de la cama, el santo hombre recomendaba esa alma inocente á Dios.

Era el único servicio que podía hacerle, salvo el que le prestaría, al leer el oficio sobre su pequeña fosa, en medio de los millones de muertos sin nombre que pueblan las sepulturas de los muertos sin nombre en Trebbiano.

Todo estaba tranquilo cuando cesó de oirse la voz del sacerdote, turbaban solo el silencio los sollozos de la madre y de los niños que estaban arrodillados.

De pronto se oyó un rápido trotecito que subía la escalera. Muflú, cubieto de polvo y de lodo, penetró en el cuarto, se lanzó por encima de la cabeza de los asistentes arrodillados y saltó sobre la cama de Loló.

Este levantó sus pesados ojos y un destello de inteligencia semejante á un rayo de sol, brilló en sus ojos.

—¡ Muflú!—murmuró con su pobre vocecita.

El perro se estrechó contra su pecho y lamió sus mejillas descarnadas.

¡¡ Muflú había vuelto!!

Loló volvió también, pues la muerte retiró la mano que había extendido ya sobre él.

Poco á poco volvió la vida al cuerpecito y la inteligencia á su pobre cerebro. El médico que lo había curado era Muflú, que no era más que un esqueleto bajo sus lanas enmarañadas, no se movía del lado de Loló; todo el día lo contemplaba con sus ojos obscuros, en los que brillaba un cariño indecible.

Loló era feliz, no hacía preguntas; ni siquiera tenía fuerzas para sorprenderse. Tenía á Muflú, y esto bastaba.

¡Ay! por más que no se atrevieran á decirlo en su presencia, eso no bastaba á su madre y á Tasso.

Sabían ambos que el perro había sido vendido y pagado y que no tenían derecho á quedarse con él, que seguramente su legítimo propietario la haría buscar y lo reclamaría. Y entonces, ¿cómo podría soportar Loló esta segunda separación? Loló estaba tan débil, que no pesaba más que un pajarito.

Se veía que Muflú había hecho un largo viaje y que había sufrido mucho en el camino. No tenía más que piel y huesos; había recibido golpes, cuyas cicatrices conservaba. Su pelaje, tan blanco y sedoso antes, estaba enredado y había cambiado de color. ¿Pero cómo había vuelto de tan lejos? Y, sin embargo, si su dueño viniera á reclamarlo un día ú otro, habría que devolvérselo de buena voluntad, si no querían verse obligados por la ley.

La madre y Tasso, sin atreverse á decir nunca nada delante de los niños, se sentían desfallecer cada vez que oían pasos en la escalera. Cuando Tasso volvía á la tarde de Cascine, su primera pregunta era:

—¿Han venido á reclamar á Muflú?

Diez días habían pasado, y nadie había venido. El temor empezaba á calmarse. El undécimo era día de fiesta y Tasso no había ido á trabajar á Cascine. Se presentó un hombre con aspecto extranjero y pronunció las palabras que temían oir: ¿Ha vuelto aquí el perro que vendísteis á un señor inglés?

Sí, había vuelto. Entonces su amo, lo reclamaba. El criado refirió que el perro había desaparecido cuando estaban en

Roma, algunos días después de su llegada. Lo habían buscado por todas partes sin poderlo hallar, y su amo había pensado que quizá había vuelto á su antiguo domicilio. Se citaban rasgos de sagacidad de esta clase, sobre todo en los perros de aguas. Habiendo regresado á Florencia el señor inglés, lo había mandado á toda prisa á tomar informes. Entonces el criado, sacando una cadena del bolsillo, declaró que tenía orden de llevarse el perro inmediatamente, porque el señorito que estaba enfermo había tenido gran dolor por la pérdida del perro.

Tasso sufría un suplicio escuchándolo. Quitar ahora el perrito á Loló, sería matar al pobre niño.

Estaba tan débil, tan incapaz de comprender, vigilaba á Muflú con atención apasionada, permaneciendo largos ratos inmóvil sin hablar, contentándose con sonreirse ó con murmurar de cuando en cuando una palabra en la oreja del perrillo.

—El perro ha vuelto — dijo por fin Tasso,—y seguramente los ángeles le han enseñado el camino, ¡pobre animalito! ¡Desde Roma! ¡Pensadlo bien, desde Roma! Y un animal que no puede preguntar su camino! Os digo con toda franqueza que está aquí. ¿No podríais concederme una cosa que os voy á pedir? ¿Queréis permitirme que vaya con vos y que hable con el señor inglés, antes de llevaros el perro? Tengo un hermanito que está muy enfermo. . . . No pudo decir más, las lágrimas le impidieron continuar hablando.

El mensajero terminó por acordarle lo que pedía. Tasso iría á ver al señor, pero por temor de que hicieran desaparecer al perro, quedaría el criado vigilándolo. ¡Un perro que ha costado mil francos, y que puede volver de Roma á Florencia, no es cualquier cosa! . . . .

Tasso le dió las gracias, contento de que su madre estuviese en misa, porque así no podría oponerse á su designio. Pulletes de mil francos y salió corriendo. so en el bolsillo del costado los diez bi-

No era más que un pobre obrero, pero había tomado una resolución heroica, puesto que el sacrificio de sí mismo tiene siempre algo de heroismo. Fué derecho al hotel de la Gran Bretaña, y solo al llegar á él, pensó que ignoraba el nombre del dueño de Muflú. Pero la servidumbre del Hotel lo conocía y se lo indicaron. Le dijeron que el señor extranjero estaba arriba y que podía subir á hablarle.

Tasso esperó un rato, su corazón latía con violencia contra el paquete de dinero. Por fin le hicieron subir; se encontró en presencia de un extranjero, de rostro hermoso y benévolo, de una señora muy bonita y de un niño delicado en un sofá.

—¡Muflú! ¿Dónde está Muflú?—exclamó con impaciencia el muchachito, apenas vió á Tasso.

Tasso se quitó el sombrero y permaneció respetuosamente en el umbral de la puerta.

—Si os place, ilustrísimo—balbuceó—el pobre Muflú ha vuelto á casa.

El niño lanzó un grito de alegría; el señor y l aseñora dejaron escapar exclamaciones de sorpresa.

¡Había vuelto á la casa! Había hecho todo el camino desde Roma hasta Florencia!

—Sí, ilustrísimo—dijo Tasso, á quien volvía el ánimo y con él el valor y la

---

elocuencia. Y ahora voy á haceros una súplica. Somos pobres, y yo he sacado un mal número; por esta razón mi madre vendió á Muflú.

No tuve conocimiento de esto, fué ella quien pensó comprarme un reemplazante. Pero Muflú ha vuelto á casa, y mi hermanito Loló, el niño que vuestra señoría vió jugando con el perro, por haber perdido á Muflú. Ha permanecido un mes enfermo, no hacía más que llamar al perro y nuestro abuelo murió por haberse fatigado la cabeza, y haberse enloquecido en pensar en combinaciones de la lotería. ¡Mi hermanito ha estado tan cerca de morir, que le han administrado el Santo Sacramento; se le había administrado la Extrema Unción, cuando de pronto, Manflú se precipitó en el cuarto, no tenía más que los huesos y la piel, estaba cubierto de lodo. Inmediatamente Loló recobró el conocimiento.

Hace de esto diez días. Aunque Loló esté tan débil todavía como un niño recién nacido, conserva siempre su razón, toma lo que le damos de comer: constantemente mira á su perro, sonríe y dice:

—Muflú, Muflú. Muy ilustrísimo, yo sé muy bien que vos habéis comprado el perro, que la ley os proteje y que en nombre de la ley lo reclamáis. Pero he pensado que quizás, sabiendo cuánto lo ama Loló, nos permitiréis conservarlo y consentiríais en recibir los mil francos: yo iré al ejército. ¡Que Dios bendiga á los que quedan en la casa!

Habiendo hablado así, casi de un tirón, Tasso tomó los mil francos de su bolsillo y los ofreció tímidamente al señor extranjero, que los rechazó con un gesto.

—¿Habéis comprendido, Víctor? —preguntó á su hijito.

El niño ocultó el rostro entre los almohadones.

—Sí, he comprendido; que Loló le guarde, Muflú no era feliz conmigo.

Pronunciando estas palabras prorrumpió en llanto.

Muflú se había escapado de su lado. No lo había querido nunca, á pesar de

---

las tortas y de las tiernas caricias que le prodigaba y de los buenos platos de sabrosa carne. Se había escapado y había sabido hallar su camino; había hecho más de doscientas millas, para volver al lado de esos muchachitos hambrientos, que no tenían bastante de comer para ellos mismos, y que por consiguiente debían tener muy poco para alimentar á su perro. ¡Pobrecito niño! Ser tan rico, tan adulado, tan poderosos y no poder hacerse amar de Muflú!

Tasso, que no comprendía una palabra de cuanto se decía, colocó los billetes de banco sobre una mesa.

—Si quisiérais volverlos á tomar, muy ilustre—dijo tímidamente — y devolverme lo que mi madre escribió el día en que vendió á Muflú, yo rogaría por vos día y noche, y Loló también. En cuanto al perro tomaríamos otro y le enseñaríamos pruebas para divertir á vuestro pequeño signorino. Todos los puros de aguas aprenden fácilmente, les viene de raza. Yo iré al ejército con buena voluntad; no se debe tratar de contrariar el destino. Todo lo que os pido es que no llevéis á Muflú.

Tasso, conmovido, llevó la mano á sus ojos húmedos.

Los señores ingleses estaban conmovidos también.

—Pobre perro fiel—dijo el señor; — hemos sido crueles con él, lo temo mucho, á pesar de nuestro deseo de demostrarle bondad. No, no lo reclamaremos; pero vos no seréis soldado; me parecéis un buen muchacho, y vuestra madre debe necesitaros mucho. Guardad el dinero, amigo mío, y en cambio amaestrad un perro para mi hijo. Iré á ver á vuestra madre y á Loló mañana temprano.

Podéis imaginaros sin que os lo diga, la alegría que reinó en casa de Muflú, cuando Tasso entró con tan buenas noticias. Se le contrató sin demora un reemplazante. En cuanto al perro no contó jamás sus riesgos, sus carreras, sus peligros; no pudo explicar jamás por qué maravilloso instinto había encontrado su camino á través de la Italia, desde las puertas de Roma hasta las de Florencia. Pero recobró en hermosura y su alegría y parecía que su amor por Loló se hubiera acrecentado aún.

El invierno siguiente, toda la familia fué á habitar una propiedad que el señor inglés había comprado cerca de Spezia, y Muflú se encontró más feliz que nunca. Gracias á la dulzura del clima, el jovencito inglés recupera sus fuerzas día á día; él y Loló son grandes amigos. Pasan la mitad de sus días jugando al sol sobre las terrazas y á la sombra de los naranjos con Muflú y el perrito de aguas. Tasso es jardinero en la propiedad; tendrá probablemente que servir como militar en una categoría ó en otra; pero por el momento es feliz. Loló, cuya dolencia lo exceptúa del servicio militar, declara que se hará florista, gran florista.

Ha empezado por aprender á leer; éste es el primer paso en la vía por donde lo impulsa su ambición.

AÑO II

Núm. 11



MAGAZINE ATLANTA
PUBLICACIÓN MENSUAL

MAIPU 427
BUENOS AIRES

Número Suelto:

CAPITAL FEDERAL	$ 0.60
INTERIOR	,, 0.70
EXTERIOR	,, 1.00

Subscripción anual:

REPÚBLICA ARGENTINA	$ 6.00
EXTERIOR	£ 1-0-0



Nº 11

INDICE

EN LIBERTAD

Se verificó esta tentativa el último año de mis trabajos forzados. De este postrer período me acuerdo tanto como del primero, mas ¿para qué acumular pormenores? A pesar de mi impaciencia por acabar mi tiempo, aquel año fué el menos penoso de mi destierro. Tenía numerosos amigos y conocidos entre los presidiarios, que habían resuelto que yo era un buen sujeto, y muchos de ellos estaban como consagrados á mí y me querían sinceramente. Cuando el gastador nos acompañó á mi compañero y á mí á fuera del correccional, sintió ganas de llorar, y cuando ya estuvimos definitivamente en libertad, vino casi todos los días á verme á un aposento del Estado que se nos había señalado durante el mes que pasamos en la ciudad. Con todo también había fisonomías repulsivas y duras de que nunca pude, sabe Dios por qué, sacar partido. Nos separaba, por decirlo así, una barrera.

Durante este último año gocé de inmunidades. Entre los funcionarios militares de nuestra ciudad encontré conocidos y también antiguos compañeros de colegio, con quienes reanudé mis relaciones, pudiendo, merced á ellos, recibir dinero, escribir á mi familia y hasta tener libros. Ya hacía muchos años que no había tenido ni uno solo y por eso no es fácil darse cuenta del extraño efecto y de la emoción que en mí excitó el primer volumen que pude leer en el correccional. Cuando cerraron las puertas por la tarde, comencé á devorarlo y pasé toda la noche hasta el alba leyéndolo. Aquel número de una *Revista* me pareció un enviado del otro mundo: se presentaba ante mis ojos mi vida anterior de relieve y con claridad; procuraba adivinar si me había quedado muy atrás, si habían allá abajo vivido mucho sin mí; preguntábame qué era lo que les agitaba, en qué cuestiones se ocupaban. Me fijaba con ansia en las palabras, quería leer en el pensamiento, me esforzaba por hallar el sentido misterioso, las alusiones al pasado que me era conocido; buscaba los


CORSETS DE PARIS
PREMIERE MARQUE DU MONDE
FORME DROITE RATIONNELLE
C.P.
A LA SIRÈNE
PARIS
EN VENTA EN
A la Ciudad de Mexico
Modelo CAVATINE
Corsé muy largo de abajo, sistema especial de ligas que permiten todas las posiciones del cuerpo sin molestia. Para talles desde el 30 hasta el 73
$ 30.00
Modelo LOLLA
Corsé de ultima moda largo del bajo envolviendo el cuerpo dejandole una entera libertad de movimientos. Para talles desde 50 hasta 78, . $ 15.50
Modelo REX
Incomparable para Señoras gruesas y de alta estatura, muy elegante. En rica batista de seda blanca, celeste y rosa á
$ 36.50
Á LA
CIUDAD DE
MEXICO
Modelo DEA
Corsé gran chic para vestidos ajustados dibujando admirablemente las formas. Para talles desde el 50 hasta el 70 á
$ 27.50
Modelo FELINE
Elegante corsé envolvién do las partes bajas sin ninguna molestia en cu alquier posición. Para talles desde el 50 hasta el 78 á $ 25.00
Florida esq. Sarmiento

vestigios de lo que en mi tiempo causaba emoción. ¡Cuánto me entristecí cuando hube de confesarme que era extraño á la vida nueva, y que ya era un miembro lanzado de la sociedad! Estaba atrasado; me era preciso relacionarme con la nueva generación. Me lancé sobre un artículo, á cuyo pié encontré la firma de un hombre que me era querido..., pero la mayor parte de los otros nombres me eran desconocidos; nuevos trabajadores habían entrado en escena; me apresuraba á entrar en relaciones con ellos, y me desesperaba por tener tan pocos libros á mano, y tanta dificultad para conseguirlos. Antes, en tiempo de nuestro antiguo mayor, era muy expuesto llevar libros al correccional, y si al verificar las pesquisas se encontraba alguno, ya había caído que hacer: se os preguntaba quién os lo había dado. — ¿Tienes cómplices sin duda? — Y qué iba yo á contestar en ese caso? Así es que viví sin libros, reconcentrado en mí mismo, proponiéndome cuestiones que intentaba resolver, y cuya solución me atormentaba muchas veces... Mas ¿cuándo acabaría yo de expresar todo aquello?...

Como mi entrada se verificó en invierno, en invierno tenían que darme la libertad, en el aniversario del día en que entré. ¡Con cuánta impaciencia aguardaba aquel venturoso invierno! ¡Con qué satisfacción veía acabarse el verano, amarillear en los árboles las hojas y secarse la hierba en la estepa! Pasó el verano..; aulla y gime el viento de otoño, y la primera nieve cae volteando... ¡Por fin ha llegado este invierno por tanto tiempo esperado! Mi corazón palpita sorda y precipitadamente con el presentimiento de la libertad. ¡Cosa extraña! Cuanto más tiempo transcurría y más se aproximaba el término, más sereno y paciente me iba sintiendo. Asombrábame yo mismo y me acusaba de frialdad é indiferencia. Cuando acabados los trabajos muchos presidiarios se encontraban conmigo en el patio, se paraban á hablarme y me felicitaban.

—¡Vamos, padrecito Alejandro Petrovitch, que pronto van á poneros en libertad! Nos vais á dejar solos como á pobres diablos.

—Y bien, Martynof, ¿le queda á usted mucho que aguardar todavía? — le pregunté.

—¿Yo? ¡Ya! ¡Ya! ¡Siete años de zancajeo!...

Suspira, se detiene, y con aspecto distraído, mira á lo lejos como si mirase al porvenir...

Sí, muchos de mis camaradas me felicitaban sincera y cordialmente. Me pareció que tenían conmigo más afabilidad; entonces que ya no les pertenecía, no era su igual y me daban su adios. Ki-tchinski, noble joven polaco, de dulce y pacífico carácter, gustaba de pasearse como yo en el patio de la cárcel. Esperaba conservar su salud haciendo ejercicio y respirando allí aire fresco, para compensar el daño que le hacían las sofocantes noches de las casernas. "Aguardo con impaciencia que os pongan en libertad — me dijo sonriendo cierto día, estando paseándonos, — porque cuando salgáis del penal, *sabré ya* que me falta un año justo de trabajos forzados."

De paso diré aquí que gracias á la idealización perpétua, la libertad nos parecía más libre de lo que es en realidad. Los presidiarios exageraban la idea de la libertad, ni más ni menos que ocurre á todos los presos. El desarropado ordenanza de un oficial se nos antojaba una especie de rey, el ideal de hombre libre comparado con los presidiarios, pues no tenía hierros, ni rapada la cabeza, y á donde quería iba sin escolta.

La víspera de mi liberación, en el crepúsculo, dí *por última vez* la vuelta á nuestro correccional. ¡Cuántos miles de veces había rodeado aquella empalizada en el transcurso de diez años! Por allí, detrás de las casernas, erré solo y desesperado todo el primer año. Me acuerdo de cómo contaba los días que había de pasar allí. Eran muchos millares. ¡Oh, Dios! Cuánto tiempo hace ya de todo aquello. En este rincón vegetó aquella águila, prisionera nuestra; en aquel otro sitio me encontraba muchas veces á Petrof, que ya ahora no se separaba de mí, corría al lado mío, y como si adivinase mis pensamientos, se paseaba silencioso á mi lado, asombrándose á solas, sabe Dios de qué. Me iba despidiendo mentalmente de las escuadradas vigas negras de nuestras casernas. ¡Cuánta juventud pues para ellos me había convertido en é inútiles fuerzas había enterradas y perdidas en aquellos muros sin provecho de nadie! Necesario es decirlo: acaso todas aquellas personas fuesen las mejor dotadas y más fuertes de nuestro pueblo;


Packard
AUTOMOVILES AMERICANOS
Registrados en Europa
desde Abril 1 á Octubre 1 / 1911
PACKARD 353
Pierce-Arrow 146
Peerless 63
Locomobile 32
Lozier 9
Franklin 6
Cadillac 5
Ford 4
Thomas 4
Stoddard-Dayton 4
Stevens-Duryea 3
Mitchell 2
Chalmers 2
PIDA CATALOGO
L. R. MACK - LIBERTAD 482 -
URUGUAY
UNICO AGENTE
ARGENTINA

pero aquellas poderosas fuerzas estaban perdidas para siempre. ¿Quién tenía la culpa? Sí, ¿quién tenía la culpa?

Al día siguiente de aquella velada, muy temprano, antes que se pusieran en fila para ir á trabajar, recorrí todas las casernas para despedirme de los presidiarios. Muchas callosas y robustas manos se extendieron hacia mí con benevolencia. Algunos me daban amistosas palmaditas, pero eran los menos; los demás comprendían perfectamente que yo era ya otro hombre, que no era uno de los suyos. Sabían que tenía en la ciudad conocidos, que me iría en seguida á casa de aquellos *señores,* á cuyas mesas me sentaría como igual á ellos; lo comprendían, y aunque sus palmadas fuesen cordiales y afables, no eran las de un igual, pueh para ellos me había convertido en un señor. Otros me volvían ásperamente la espalda y ni siquiera á mi adios contestaban. Algunos me miraban hasta con odio.

Sonó el tambor y todos los presidiarios se fueron á trabajar. Quedéme solo. Suchilof se había levantado antes que todos y andaba hecho un zarandillo para prepararme por última vez el té. ¡Pobre Suchilof! Cuando le dí mis vestidos y camisas, las correas de mis hierros y un poco de dinero, se echó á llorar. ''No es esto... no es esto... — decía mordiéndose los temblorosos labios. — ¡Si es que os pierdo, Alejandro Petrovitch! ¿qué haré ahora sin vos?...'' También me despedí de Akim Akimytch.

—No tardará — le dije — la hora de vuestra partida.

—Tengo que permanecer aquí mucho tiempo, mucho tiempo todavía — murmuró apretándome la mano. Me eché á su cuello y nos abrazamos.

Diez minutos después de la salida de los presidiarios, abandonamos el penal mi compañero y yo para *nunca* volver á él. Fuímos á la herrería donde habían de quebrar nuestros hierros. No teníamos escolta armada, y fuímos allá acompañados de un sargento. Presidiarios fueron los que quebraron nuestros hierros en el taller de ingenieros. Aguardé á que desherrasen á mi camarada y luego me acerqué al yunque. Los herreros me hicieron poner de espaldas, me cogieron la pierna y la pusieron sobre el yunque.... Se rebullían y agitaban queriendo hacer aquello con presteza y habilidad. ''¡El remache! ¡Vuelve primero el remache! — mandó el maestro herrero. —¡Ponlo así, bueno!... Dale ahora un martillazo....

Cayeron los hierros. Los levanté.... quería tenerlos en mi mano, mirarlos todavía una vez. Me sorprendía enteramente de que un minuto antes estuviesen en mis piernas.

—¡Ea! ¡Adios! ¡Adios! — me dijeron los presidiarios con sus voces groseras y guturales, pero que parecían gozosas.

¡Sí! ¡Adios! La libertad, la nueva vida, la resurrección de entre los muertos... ¡Inefable momento!

Reforma del Calendario Chino

Noticias de Pekín nos hacen saber que el gobierno chino está en vías de abandonar la trabajosa luna para el cálculo de su calendario, y seguir la práctica de las nacione sde occidente que utilizan el sol para ese objeto. El presente año chino ha comenzado el 30 de Enero, y es el 48 del ciclo septuagésimo, comprendiendo cada ciclo sesenta años y arrancando el año 1 del ciclo 1 de 2637 A. J. Pero á consecuencia de basarse en la luna, el número de días de cada año varía considerablemente. Por lo común un año comprende doce lunaciones ó meses, pero á cada treinta lunaciones se agrega al año una décimatercia lunación, por lo cual un año puede constar de 354 días como mínimo ó 384 como máximo. Los meses son más regulares que los nuestros pues alternan entre veinte y nueve y treinta días.

Las Cinco Barras de Oro



Quartsville estaba situado en un rinconcito de las colinas cuyas cumbres, muy escarpadas, formaban hileras de empalizadas que convergían hacia una montaña celeste y hermosa. Manantiales de aguas minerales curativas — pozos de Bethesdá — brotaban de las faldas de la montaña; estos, y ricos filones de cuarzo de oro y cinabrio, hacían que cruzase bastante tráfico por el pueblo.

Este era el único movimiento, pues el pueblo era tan tranquilo como puede serlo cualquier embarcadero de ferrocarril. Hasta el mismo crugido y rodar de las galeras, el monótono sonido de los cascabeles que llevaban los caballos de los pesados carros, y el retintín cadencioso de un yunque que sonaba desde una punta de la calle principal, eran ruidos que incitaban al sueño. Formaban una especie de "arrorró" que arrullaba á los holgazanes, quienes olvidando por completo que debían trabajar, adoptaban actitudes lánguidas y perezosas.

Pero cuando llegaba al pueblo la diligencia ó galera que traía, desde la mina de Buckeye, el balance mensual de barras de oro, todos los ociosos se preocupaban y charlaban. Inmediatamente se aglomeraban los curiosos alrededor de la oficina del expreso, donde quedaba toda una noche el cajón oblongo que contenía las cinco barras de oro. Recién á la mañana siguiente se enviaba por tren á la fundición de Selby.

A veces José Dean, el agente del expreso, con todo descaro abría la caja de hierro — lo cual estaba prohibido terminantemente — y permitía que el gentío se regalase la vista, ó que alguien levantase una de las barras que valían mil pesos. Estas escenas eran animadas con bromas referentes á los deseos vehementes de poseer riquezas, y se hacían alusiones frecuentes á que estos tesoros podrían crear alas alguna noche, y desaparecer.

El contenido del cajón-expreso hubiera sido una fortuna para cualquier habitante de Quartsville. La vista de tanto oro, era algo parecido al suplicio de Tántalo. José Dean, el agente, podría haber usado el equivalente de casi dos de las barras, y asimismo no habría estado más rico de lo que fuera antes de contraer cierta obligación que lo mortificaba muchísimo.

Dos años antes José Dean había enviado á su esposa enferma al Colorado. Este viaje le había costado bastante dinero. Ella ya había vuelto, y en apariencia gozando de buena salud. Para poder hacer frente á estos gastos tuvo que hipotecar su casa. El interés fué tan alto, que le llevaba lo poco que conseguía ahorrar pues su sueldo era escaso.

Dean comprendía que su esposa se afligía al pensar que ella había sido la causante de la deuda. Como bien se comprende el pobre Dean se hallaba muy apremiado. Un día que contemplaba las barras de oro colocadas dentro de la caja consideró mentalmente toda la crudeza de su situación.

"Ahí tienes una oportunidad, José", dijo uno de los presentes.

Dean se estremeció y contestó sonriendo:

"Sí, con dos de las barras, arreglaría perfectamente mi asunto. Algún día, talvez haga el cuento de que se han perdido".

"Si á mí se me ofreciesen las mismas oportunidades muy pronto pagaría todo lo que debo", observó uno y todos festejaron la ocurrencia.

II

No era solamente en Quartsville, donde el oro había despertado codicia. En San Francisco que quedaba á unas setenta millas de distancia, un hombre llamado Conway estaba sentado en un rincón del Parque Golden Gate, leyendo un recorte de diario.

"¡Mil quinientos pesos!", dijo lentamente como uno que después de largo

(Del *Munsey's Magazine*).

The Pacific Steam Navigatión Co.

The Royal Mail Steam Packet Co.

Buenos Aires, Reconquista 264
Rosario, Barnett y Cia.
Bahia Blanca, C. C. Cumming
Montevideo, Maclean y Staplepon

R. M. S. P.



P. S. N. C.

SERVICIO CORREO ENTRE

RIO DE LA PLATA, BRAZIL, LISBOA, VIGO, CHERBOURGO É INGLATERRA

PERÚ, CHILE, COSTA SUD, RIO DE LA PLATA, BRASIL, LISBOA, VIGO; LA ROCHELLE, PALLICE, INGLATERRA

SALIDAS DURANTE FEBRERO 1912

AMAZON	11.037 tonel·	2 Febrero	Para Brazil, Lisboa, VIGO, Cherbourg, y Inglaterra (Southampton.
ORISSA	5.360 «	3 »	Para las Islas Malvinas, Punta Arenas, Coronel, Talcahuano, VALPARAISO, Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, y Callao.
ORONSA	8.050 «	10 «	Para Brazil, Las Palmas Lisboa, Leixoes, VIGO, Coruña, La Pallice, y Inglaterra (Liverpool).
ASTURIAS	12.002 «	16 »	Para Brazil, Lisboa, VIGO, Cherbourg, y Inglaterra (Southampton).
ALBANIA	7.682 «	17 »	Para VIGO, LONDRES,
GALACIA	5.896 «	18 »	Para Bahia Blanca, Puerto Madryn, y Costa Oeste.
ORTEGA	8.058 «	18 »	Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano, Valparaiso, Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo y Callao.
ORCOMA	11.546 «	25 »	Para Brazil, Las Palmas, Lisboa Leixoes, VIGO, Coruña La Pallice, y Inglaterra (Southampton).

Se han instalado en todos los paquetes de estas Compañias el telégrafo Marconi.

OFICINA PRINCIPAL:

LA MALA REAL INGLESA

264 Reconquista - Buenos Aires

Maclean y Stapledon
MONTEVIDEO

Barnett y Cia.
ROSARIO

C. C. Cumming
BAHIA BLANCA

cálculo resuelve un problema satisfactoriamente. "Sí, ofrecerán más ó menos esa cantidad y yo no corro riesgo alguno. No veo como pueda perder. No hay como los pueblos rurales, para ganar dinero fácilmente!"

Volvió á leer con todo cuidado el último párrafo del recorte, que decía como sigue:

Cada una de las cinco barras tiene un valor aproximado de mil pesos. La linda suma se remite mensualmente á la Compañía de Fundidores de Selby, desde la Mina de Buckeye, por vía de Quartsville. Este oro se refina en la Fundición, después se envía á la Casa de Moneda de San Francisco, donde el Tío Sam lo pesa y lo paga con moneda corriente.

Conway dobló el recorte, y lo guardó en el bolsillo del chaleco, poniéndose luego á estudiar un horario de ferrocarril que había en un diario que tenía á su lado. Siguió recorriéndolo con el dedo hasta llegar á Quartsville.

"Sale á las cuatro y diez de esta tarde", dijo. "Tengo el tiempo justo para arreglar el asunto".

Se puso de pie, y siguió un camino que llevaba hacia una colina cubierta de matorrales. Una vez allí, se acercó á un avellano y cortó una rama de forma de horqueta. Retrocedió el camino que había andado y subió á un tranvía que le llevó á la esquina de Market y Powell. Allí penetró en una droguería, compró un frasquito de azogue y una barra de lacre. Los puso en el bolsillo y saliendo á la calle caminó mirando con toda precaución á un lado y á otro, hasta llegar á un portal obscuro donde subió una escalera que conducía á su habitación.

Partió la rama un poco más arriba de la horqueta, é insertó el frasquito lleno d eazogue. Lo sujetó con un piolín, dejando visible el contenido como una media pulgada arriba de la punta de al rama. Luego cerró el frasquito herméticamente y ucbrió el piolín con lacre. Envolvió todo en un pañuelo de color, y abriendo una valija bastante deteriorada, la colocó cuidadosamente entre un surtido misterioso de llaves y artículos de ferretería peculiares á su oficio.

"Mil quinientos pesos — dinero fácil de ganar!", dijo, al salir á tomar el tren.

Cuando Conway con su valija deteriorada, llegó á Quarsville, no llamó la atención. Se hospedó en el Hotel Deport, y juzgando por su conversación, las personas que lo trataron creyeron que iba de paso, camino de las minas. Dijo que venía del pueblo de Amador, é hizo muchas preguntas referentes á las minas vecinas. Cuando se le contó lo de los envíos mensuales de oro que venían de la Mina de Buckeye, demostró sorpresa y fingió escepticismo. De esta manera obtuvo toda la información que deseaba.

—"Pues, sí, señor, pasa por aquí el primero de cada mes", — reiteró Carlos Berry, un vecino del Hotel Depot. — "Si está usted por acá unos cuantos días más verá con sus propios ojos las cinco barras en la oficina del expreso. Cada una vale mil pesos. Las dejan una noche en la oficina, y puede usted estar bien seguro que José Dean no está tranquilo — tiene los ojos bien abiertos. Duerme en la oficina, y tiene siempre un fusil cargado junto á la cabecera. A no ser José mismo, me parece imposible que otro se lleve las barras. Sí, señor, aquel agujero de Buckeye da cinco mil pesos todos los meses. ¡Yo lo he visto, y por eso lo digo!"

Al llegar á este punto Conway fingió no interesarse mayormente.

—"Puede ser que así sea, — dijo, encogiéndose de hombros — pero no me rinde ningún beneficio. Tengo la intención de dirigir mis pasos hacia las montañas á establecerme en algún punto conveniente. He inventado un aparato para encontrar cuarzo de oro; le aseguro que no hay cosa que se le parezca Me ha costado bastante dinero, pero lo vale. Es una preparación científica excelente. Lo he estudiado muchísimos años, pero ahora he conseguido el resultado, y con él voy á encontrar por aquí algunos depósitos de oro, que han de valer la pena á no ser que ya no haya

en las montañas. Pero me parece que debe haber quedado algo todavía!''

''¡Oh! Usted es entónces geólogo'', dijo Berrg.

Conway se sonrió.

''¡Qué esperanza! — dijo — No soy un diplomado de Universidad, á quien se le dan cien pesos por minuto, por hablar de ángulos y cuadrados, y que miran por telescopios de tres patas, apuntando donde ellos dicen que hay oro.

¡No, no! usted sabe cómo una brújula señala hacia el Norte, ¿no es así? ¡Tenía en la palma de la mano, una pequeña brújula sujeta á la cadena del reloj. ''Según se ve algo la atrae. ¿Ha visto, usted como un imán atrae las agujas? Es la ley de la atracción, amigo mío. Pues bien, el azogue se amalgama con el oro, según usted debe saber; pero lo que ignora usted es lo que hay que hacer para que pueda indicar donde está escondido el metal. Y eso es lo que yo sé! Echó una ojeada á su derredor como temeroso de ser oído. Si me promete guardar secreto le mostraré mi invento, y ya verá usted como trabaja cuando haya indicios de oro en las cercanías.

Salieron del hotel y se dirigieron á un corral vecino. Una vez allí, sacó del bolsillo la rama del avellano con el frasquito. Luego colocó una moneda de oro en el suelo y tomando los palitos de la horqueta una en cada mano, empezó á dar vueltas en torno de ella.

Carlos Berry alcanzaba á ver con toda claridad que el frasquito siempre se inclinaba hacia el centro del círculo donde estaba colocada la moneda. No había la menor duda en cuanto á eso. Conway con al ayuda de los músculos de los dedos pulgares y la muñeca, lo manejaba con toda habilidad.

— ''Esa es la manera en que obra'', dijo Conway alzando la moneda, y volviendo á guardar la *barita mágica* en el bolsillo. Usted es la primera persona á quien le he hecho ver, pero estoy seguro de que no va á difundir la noticia por ahí. Pienso alquilar un caballo y salir á reconocer los terrenos que rodean el pueblo.

Berry lo llevó á su casa é hizo que se le ensillara su mejor caballo; la conversación de Conway lo había impresionado mucho. Este al alejarse, se sonreía complacido:

—El charlatán más grande del pueblo, dijo. — Dentro de una semana, todos me calificarán de hechicero. ¡Conque el agente del expreso duerme junto á las barras de oro — y con su fusil cargado! ¡Ah! no había contado con ese inconveniente.

III

Varios días después Conway se había instalado en una mina abandonada. Surtió á su rancho con provisiones para un mes. Una vez por semana iba al pueblo. En una de sus visitas, llevó un pedazo de oro en bruto, que había traído á Quartsville cuando vino de Nueva York. Dijo que era una muestra de un filón que había encontrado donde vivía. Lo que contaba sorprendió á los habitantes del pueblo.

—¿No les dije que esa varita mágica era algo maravilloso? dijo Carlos Berry á unos holgazanes que comentaban el hecho después de haberse ido Conway. Tiene una combinación que descubre el oro donde quiera que se encuentre. No sé cómo lo hace, pero yo he visto el resultado. Dice que tiene una atracción como la aguja magnética. Es una cosa magnífica.

La siguiente visita que hizo Conway al pueblo fué en un día sábado. Carlos Berry le dijo, que el envío mensual de barras de oro que venía de Bucke llegaría el miércoles siguiente.

Véngase á la tarde, — dijo — y yo se las haré ver, si es que no me cree.

Conway bostezó y estiró los brazos.

No quiero perder tiempo, contestó. De qué me sirve mirar esas barras, si tengo una fortuna en el filón que he descubierto. No, trabajaré fuerte toda la semana, y no volveré al pueblo hasta el sábado próximo.

Antes de alejarse del pueblo, pasó por la oficina del expreso, á preguntar si no había llegado un paquete para él. Echó una ojeada por el cuarto, fijándose en el fusil que estaba recostado en un rincón, pero á lo que más prestó atención fué á las cerraduras de las puertas.

Ninguna de las dos eran muy fuertes á juzgar por su apariencia. La oficina estaba en uno de los edificios más antiguos del pueblo. Cuando Conway entró el piso tembló y crujió al sentir su peso, pues era un hombre alto y robusto.

José Dean miró atentamente á Con-

way pues ya había oído decir que el forastero había encontrado un rico filón en la mina abandonada que había comprado.

Es extraño, pensó, con qué facilidad encuentran dinero los que no lo necesitan tanto como yo. Si yo pudiera conseguir lo suficiente para pagar mis cuentas mi esposa dejaría de afligirse, y yo andaría siempre contento. Pero así es el mundo.

Y se volvió á sentar, ocupándose en su trabajo.

El miércoles siguiente, el cajón que contenía el oro de la mina de Buckeye, llegó por el expreso. Como siempre se reunió el grupo de curiosos en la puerta de la oficina, pero esta vez Dean no les permitió ver las barras.

—¡Qué desconfiado se ha puesto usted! — dijo uno.

—Me parece que no le gustaría á la compañía si llegase á saber, fué la única contestación que dió Dean.

Esa noche, cuando habló con su esposa por teléfono, le contó el disgusto de los curiosos, al no dejarles ver las barras.

—He sido un tonto en habérselas dejado ver tantas veces, dijo. Esta tarde no quise abrir el cajón y parece que algunos se enojaron, pero el reglamento lo prohibe. Perderé mi popularidad, pero no importa.

Echó llave á la puerta de la oficina y se sentó, colocando sobre la tapa del cajón que contenía el tesoro varios libros, arreglándose para pasar la noche.

Al cabo de unas horas, oyó el rechinar de una puerta que alguien cerraba y sacudía para cerciorarse de que estaba segura; afuera oíase el ruido sordo que producía el paso de un carro sobre la alcantarilla de la calle, y los pasos de uno que otro trasnochador.

Cansado de leer, bajó la luz de la lámpara hasta que apenas se veía. El eco del galope de un caballo que se perdía en la distancia. Luego el pueblo quedó

sumido en el silencio formando parte de la obscuridad de la noche.

IV

Cuando se supo á la mañana siguiente muy temprano, que el cajón que contenía las cinco barras de oro había desaparecido, todos los habitantes de Quartsville, algo ofuscados, salieron á la calle frotándose los ojos. Pronto rodearon la oficina, investigando y hablando al respecto, criticando mordazmente la versión que daba José Dean acerca del misterio.

Este bastante pálido, hacía la siguiente declaración de una parte de lo que había sucedido.

—Esa noche no pude dormir, apenas dormité un poco; amanecía cuando sonó la campanilla del teléfono. Atendí y resultó ser mi esposa la que llamaba muy apresurada, díjome que alguien había entrado en la sala de la casa y que el perro ladraba mucho. Tomé el fusil, abrí la puerta, cerrando el candado del lado de afuera. Corrí todo el camino. Cuando llegué á la casa, mi esposa se había desmayado después de un rato volvió en sí, entonces me contó que había oído pasos en la sala, y que le pareció que alguien trataba de apaciguar al perro. A mi llegada el perro todavía estaba furioso, con los pelos de punta; pero la puerta se hallaba cerrada con llave, y no había nadie en la habitación. Llamé á una vecina para que acompañase á mi esposa, y volví apresurado á la oficina. La puerta estaba conforme la había dejado, las ventanas del fondo con pasador, no había rastro alguno de que hubiese entrado gente extraña en el cuarto, pero el cajón con las cinco barras de oro había desaparecido. Para todo esto solo había faltado una media hora.

—Parece que lo hubiera aprendido de memoria, dijo uno de los curiosos estirando el cuello para oir. Lo cuenta demasiado lijero. ¡Cuentos, amigos míos! El perro de Dean es tan viejo que se ha olvidado de ladrar. ¡No debo talvez decirlo, pero estoy seguro que José podría contar mucho más si quisiera!

Todos los que habían estado presentes dieron su opinión sobre la conversación de la tarde anterior, cuando llegó el cajón con las barras de oro. Estaban de acuerdo sobre el punto de que Dean parecía estar excitado, y contrariamente á su costumbre no les había permitido ver el contenido del cajón. Comentaron todo lo que había dicho en otras ocasiones.

—No recuerdan ustedes, dijo uno, el mes pasado, cuando nos mostró las barras, yo le dije riéndome: ¡ahí tienes una oportunidad, José! Y él me contestó todo apresurado: ¡Sí! tienes razón, dos de ellas me sacarían de apuros; me dan ganas de decir que se han perdido!

—Lo decía en broma, dijo uno.

—No lo crea! añadió otro.—José debe mucho dinero al Banco de Napa. Ha tenido su casa hipotecada desde la enfermedad de su esposa. En una ocasión le oí decir que no sólo había sido bastante doloroso el contraer deudas para poderla curar, sino que ahora para colmo ella se afligía tanto pensando como iban á pagar el dinero, que le era imposible recuperar la salud. No me van á decir ustedes que un hombre que tiene que hacer frente á tantos compromisos, y por cuyas manos pasa tanto oro, no va á pensar en lo bien que le vendrían dos de las barras. El solo hecho de estar encerrado con un tesoro semejante es capaz de tentar al mejor de los hombres. A más puedo contarles algo más. Anoche pasaba por la oficina y guiado por la curiosidad me asomé á la ventana, alcancé á ver á José inclinado sobre el cajón, como si estuviese muy interesado por el contenido. No puedo asegurar que estaba abierta, pero tengo la intuición de que así era. Hice ruido, él se dió vuelta asustado, todo turbado, algo parecido á aquella vez que dijo que su salvación sería el poseer dos de las barras.

La desaparición de las barras fué el tema de conversación todo el día. Dean telegrafió á la oficina de San Francisco, dando cuenta del robo de ellas.

Esa misma noche llegaron dos pesquisas á Quartsville y sometieron á Dean á una minuciosa interrogación. El les hizo el mismo relato que había repetido más de una docena de veces aquel día. Le hicieron las mismas averiguaciones á su esposa. Ella confirmó todo lo que se relacionaba al mensaje telefónico que le había trasmitido, su llegada apresurada á la casa, y los incidentes consiguientes.

Examinaron cuidadosamente la cerradura de la puerta de calle de la casa de Dean, lo mismo que las de las dos puer-

tas de la oficina. Se levantó un plano del interior de la oficina, marcando la posición exacta en que había quedado el cajón al salir el agente. Se interrogó á todos los vecinos charlatanes, pero ninguno de ellos pudo adelantar noticia alguna. Se insinuaron varias teorías y se imaginaron soluciones posibles: pero se pasaron dos días, y el paradero del cajón con las barras permanecía aún en el misterio.

V

Como la compañía del expreso era responsable por el oro mientras estaba en trásito, esta ofreció una gratificación á la persona que llegase á encontrarlo ó diese noticias de su paradero. Se colocó un aviso en el frente en la oficina de correos, anunciando que se entregaría la suma de mil quinientos pesos á cualquiera que pudiese suministrar indicios que condujesen á la recuperación de las barras. En un caso como éste, que empañaba la eficacia y cuidado de la compañía, esta no repararía en gastos, y estaba dispuesta á invertir cualquier suma con tal de salvar su honorabilidad.

Esta gratificación tan grande, unida al misterio que rodeaba el asunto, fué forzosamente el tema de la conversación en todo el pueblo. Conway y su "varita mágica" cuyos méritos habían sido tan comentados y discutidos gracias al extenso réclame que había hecho Carlos Berry, fué relegado al olvido por el momento. Recién el sábado por la tarde este se acordó del individuo y su aparato para encontrar oro. De pronto se golpeó la rodilla.

— ¿Recuerdan ustedes — exlamó dirigiéndose al grupo que estaba allí parado — aquella "varita mágica" que les conté que tenía Conway? Esta noche debe venir él y les apuesto lo que quieran á que descubre el oro si está escondido por aquí. Siempre la lleva consigo, por lo que pudiera suceder; al menos así lo ha dicho. Cuando llegue esta noche, nos vamos á divertir un rato, porque con toda segunridad el frasquito de la varita va á señalar adonde se encuentran las barras, aunque sea á una milla de distancia. Lo digo porque lo he visto trabajar. Es algo muy seguro. En cuento esté aquí le vamos á proponer que ponga manos á la obra, y no ha de rehusar.

Enseguida se oyó un cuchicheo de comentarios. Aquí al menos se presentaba una oportunidad para arreglar todas las discusiones acerca de las propiedades de los llamados "indicadores para localizar el oro", y además podría suceder que resolviese el misterio de las barras desaparecidas.

Prevaleció una gran agitación en Quartsville mientras se esperaba ansiosamente el arribo de Conway. Llegó muy tarde; ya lo esperaba una delegación; entre una babel de voces se volvió á relatar la historia de la desaparición del valioso cajón venido por el expreso, y se mencionó la gratificación ofrecida por la compañía por su rescate.

Conway encogióse de hombros y silbó suavemente.

—¿Pero quién más puede habérselo llevado, dijo, sinó ese?... Y bueno, no quiero mencionar nombres. ¿Pero dónde puede haber escondido las barras?

Ese es el misterio, dijo uno de los curiosos. Según nos han dicho, usted tiene un "varita mágica" y si no es capaz de descubrir un montón tan grande de oro, ya puede usted tirarlo como inservible.

Conway se rió desdeñosamente.

—No es cuestión de que yo lo encuentre, si es que está por aquí, dijo. La cuestión es, si el oro está escondido en este ó no. Si es que está — sacando la varita del bolsillo — pueden estar seguros que se descubrirá. Jamás ha fallado. Tomó las ramas del avellano una en cada mano, y siguió diciendo. Vean como tiembla.

—¡El oro no puede estar muy distante!

El grupo de curiosos se abrió para darle paso y él siguió caminando lentamente, deteniéndose de vez en cuando, como si estuviese en duda. Dobló hacia la izquierda, cruzó la calle, pero sacudió la cabeza al ver que el frasquito parecía inclinarse más bien á la derecha. Volvió á cruzar á la vereda opuesta y se detuvo un momento, permitiendo al grupo que viesen como la "varita" con un movimiento rápido, parecía apuntar á lo largo de al calle.

Aparentando estar satisfecho y bien seguro de lo que estaba haciendo, Conway empezó á caminar rápidamente en dirección á la oficina del expreso. Al llegar ahí se detuvo bruscamente, la

''varita'' apuntaba hacia la puerta.

Un comedido se apartó del grupo y adelantándose, explicó rápidamente á Dean lo que sucedía. Este estaba parado frente á la caja de hierro, no tan serio y afligido como lo había estado los días anteriores.

—Está bien, dijo. Que haga la prueba, pueda ser que las encuentre. Antes de empezar dijo Conway, quiero tener la seguridad de que la compañía realmente me dará los mil quinientos pesos, si yo llego á descubrir el oro.

—Puede Vd. tener la seguridad de que la compañía del expreso lo gratificará si es que llega á encontrarlo, contestó Dean. Todas estas personas pueden servirle de testigos.

Conway dijo dirigiéndose al grupo de curiosos que estaban á la expectativa: ¿Han oído ustedes? Si yo encuentro las cinco barras, soy acreedor á la gratificación. La voy á ganar fácilmente, con la ayuda de esta ''varita'' que tiene la virtud de descubrir el oro, aunque esté á una milla de distancia. A juzgar por la manera en que se mueve ahora, debe existir una pequeña fortuna en este cuarto, parece ser por aquel ricón. Empezó á pasearse. No, más bien creo que debe estar por acá, dijo, dando vueltas alrededor de una silla, la ''varita mágica'' se torcía siempre para ese lado.

Conway movió la silla é inclinándose sobre el sitio donde había estado, se puso á examinar las tablas del piso con todo cuidado.

Estos clavos parecen estar flojos, dijo. Sáquenlos y alcen las tablas, vamos á ver que es lo que hay debajo de ellas.

Dean trajo un hacha y sacó las tablas. Los curiosos se abalanzaron para ver que era lo que había y cual no sería la sorpresa de todos cuando alcanzaron á vislumbrar dentro de la abertura, la tapa del desaparecido cajón.

—¡Ya me lo suponía! dijo Conway lacónicamente, mientras Dean y otro lo sacaban á la luz.

Pero les esperaba una gran sorpresa á todos. El agente tomó el manojo de llaves, eligió la que correspondía al candado, hizo rechinar la llave en la cerradura, alzó la pesada tapa, y con gran asombro de los que presenciaban esto, se vió que el cajón estaba vacío.

Conway se apresuró á avanzar hacia la puerta, en la esperanza de pasar desapercibido.

—No se apure usted tanto,—dijo un forastero deteniéndolo suavemente. —Voy á tener el placer de acompañarlo. En cuanto á la gratificación, dijo dirigiéndose á Dean, es suya. Me parece que anoche los dos nos apercibimos de los clavos flojos al mismo tiempo. Yo estoy satisfecho con la que me darán por haber aprehendido á Conway. Hace tiempo que la policía lo buscaba pues tiene unas cuentas pendientes que arreglar. Ese pequeño compás que encontró usted al lado del cajón servirá también de prueba. Vuelva á guardar las cinco barras dentro de la caja de hierro, mañana se enviarán á su destino.

Volviendo á la vida á un muerto

Un hombre de ciencia inglés, el profesor A. Abrams, ha realizado un estudio especial del sistema de restauración de la vida practicado por los japoneses, y aunque no explica la razón de porqué vuelven en sí los ujetos, él nos dice la forma en que se opera, y ésto por sí sólo es interesante.

En jiu-jitsu si un hombre queda sin sentido, muerto ó más bien desmayado por un golpe recibido ó si un hombre ha sido muerto por un síncope el operador le frota el rostro y le mueve los brazos. Luego le golpea con la muñeca fuertemente y regularmente en la septagésima vértebra cerebral, hasta que el paciente recobra el sentido.

Inmediatamente se le pone de pie, se le mueven los brazos y se le ayuda á caminar, porque si sufre una súbita recaída, pierde de nuevo el sentido y á veces muere instantáneamente.

El sistema de golpear la vértebra septagésima ha sido utilizado con éxito en los desmayos causados por ataques al corazón, y los resultados que obtienen los japoneses con el tratamiento rayan á menudo en lo maravilloso.

Si bien todavía la ciencia médica no ha esclarecido completamente la razón de estos efectos extraordinarios, las narraciones de curas increíbles hechas por los viajeros, han sido establecidas científicamente por las investigaciones del profesor Abrams.

La Familia Astor de Nueva York

Poseedora de 500.000.000 de pesos

Los Astor — es decir, el coronel Juan Jacobo Astor, su primo Guillermo W. Astor, que actualmente es ciudadano inglés y vive en Inglaterra, y los bienes de Guillermo Astor, padre de Juan Jacobo — poseen diversas fastuosas propiedades que solamente en la ciudad de Nueva York montan á la estupenda suma de 107.959.300 dólares. Nueva York es el lugar que prefieren los Astor para la inversión de sus capitales.

De los tres Astor mencionados el más acaudalado es Guillermo Waldorf Astor, cuyas propiedad en N. York están tasadas por la municipalidad en dólares 50.000.000. Le sigue de cerca Juan Jacobo Astor que paga contribuciones sobre 41.202.800 dólares, en tanto que los bienes de Guillermo Astor han sido tahados en 16.466.500 dólares. Sin embargo, estas tasaciones no representan ni el 60 por ciento del valor real de las propiedades que se estima no baja de dólares 150.000.000. Descartando algunas grandes construcciones, como ser espléndidos hoteles, edificios ocupados por oficinas, residencias privadas, etc., que son harto conocidos del público, pocas personas tienen una noción definida y precisa del monto de los bienes de los Astor.

Propiedades en toda la City

El número de ellas alcanza á 700, muchas de las cuales están situadas en los barrios y lugares más céntricos y preferidos de la ciudad. En cualquier barrio que tomemos, hemos de ver flamear sobre sus mejores edificios la bandera de los Astor.

Sus propiedades en la Fifth Avenue son enormemente; lo mismo las situadas mente las del distrito de Times Square que han experimentado alzas de valor en estos últimos años. Encuéntrase también propiedades de los Astor en las mejores manzanas del West Side y del East Side.

El Waldorf - Astoria Hotel es el más suntuoso de los edificios de los Astor. En la calle Treinta y cuatro (Thirty Fourth street) Juan Jacobo Astor posee propiedades que se valúan en dólares 8.360.000, mientras que Guillermo Astor posee en Thirty third street dólares 5.350.000 ó sea un total que pasa los 13.000.000 de dólares. El Hotel Astor de Times Square está tasado en 4 050.000 dólares.

El fundador de la fortuna Astor hace apenas sesenta y tres años que ha muerto y los 20.000.000 de dólares que dejara se han octuplicado.

Ninguna estimación se hace de los bienes de las familias Chanier, Van Allensjay, Drayton, Kan, Langdon, Delano que heredaron de tiempo en tiempo porciones valiosas de los antiguos bienes de los Astor.

El considerable aumento de la fortuna Astor se debe en primer término al maravilloso desarrollo de Nueva York.

Principio de la fortuna

El primer Juan Jacobo Astor acumuló su pequeño capital con sabiduría, cuando la ciudad de Nueva York estaba en la infancia de su desarrollo. Compró grandes quintas que ahora forman parte integrante de la ciudad, y lo que á él le costara unos cuantos cientos de dólares la hectárea vale ahora cientos y hasta miles de pesos el metro. Asegúrase que aquel Juan Jacobo dedicaba su capital á la compra de quintas, lo que motivaba la risa de sus amigos que no

se explicaban la inversión de tanto dinero en terrenos cubiertos de pasto y lejanos del radio de la ciudad en aquel tiempo. Muchas anécdotas se cuentan del modo en que se han operado los éxitos financieras de los Astor. En cierta ocasión Juan Jacobo vendió un lote de terreno en Wall Street por 8.000 dólares; y el comprador considerando su adquisición un magnífico negocio no tuvo reparo en confesarlo al mismo vendedor.

—Sí, respondió Astor, pero con esos 8.000 dólares compraré terrenos en Canal Street, que alcanzarán á valer 80.000 dólares en el tiempo en que apenas si su terreno alcanzará á los 20.000 dólares.

Juan Jacobo Astor llegó á New York, de Alemania en 1780, sin un centavo en el bolsillo. Su hermano Enrique que poseía una carnicería en la ciudad le prestó su ayuda. No tardó Juan Jacobo en entregarse á un activo comercio en pieles, con tanta fortuna que poco después pudo volver la vista á los negocios de tierras en que cifraba toda su ambición.

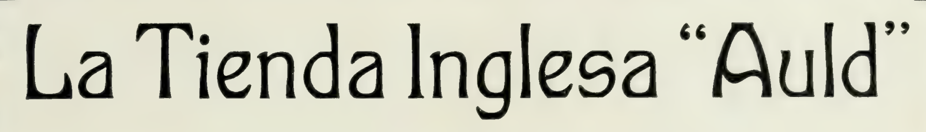
Se hallaba siempre dispuesto á prestar dinero con garantía hipotecaria, y puede decirse que levantó una espléndida cosecha en la guerra de 1812, pues los servicios de las hipotecas no pudieron hacerse y él ejerció sus derechos sobre terrenos que en aquel tiempo tenían valor irrisorio. Este es el modo por que adquirió los dos tercios de los terrenos de Greenwich Village. Por 75.000 dólares compró la mitad de esos bienes y prestó dinero con hipoteca sobre el resto. La deuda no fué pagada y los terrenos pasaron á propiedad de Astor. Una gran parte de esos bienes permanecen aún en poder de los Astor.

De 20.000 á 8.000.000 de dólares

Las propiedades de los Astor situadas en el lado este provienen en su mayor parte de la compra que el primer Juan Jacobo Astor hizo á Juan Samler y su esposa Catalina, por la suma de 20.000 dólares. Valen ahora unos 8.000.000 de dólares.

Los terrenos en Broadway, uno de los lugares más céntricos y populosos de Nueva York, y en los cuales están situados sus magníficos hoteles Knickerbroker y Astor, fueron adquiridos cuando eran chacras.

Una de las chacras se extendía por



A SUS FAVORECEDORAS

EN PRUEBA DE GRATITUD

Al inaugurar la apertura de nuestro establecimiento, nos sentimos en el deber de agradecer á nuestra numerosa clientela por la confianza con que nos ha honrado hasta el presente, confianza que esperamos querrá continuar acordándonos en lo sucesivo, asegurándole que no escatimaremos esfuerzos ni medios que esten á nuestro alcance para no desmerecerla nunca.

Con el objeto de celebrar este acontecimiento, y de dar otra prueba de gratitud á nuestras favorecedoras, á cuyo valioso apoyo debemos nuestra creciente prosperidad, hemos marcado todos nuestros artículos á precios excepcionalmente bajos. Esta oferta durará sólo por algunos días, por cuyo motivo rogamos á nuestras amables lectoras que quieran aprovecharse de la misma, á visitar cuanto antes les sea posible nuestra Gran Exposición, que comprende las más exquisitas creaciones de la moda.

Aprovechamos la ocasión para participarles haber recibido otra remesa de la tan solicitada lana para tejer marca "PAVO REAL".

PRECIOS DE RECLAME

4 hilos,	$ 3.80	.... el paquete	Shetland	$ 1.20	......paquete
3 »	» 1.25	.... »	Vest Yarn	» 1.50	...... »
2 »	» 1.25	.... »	Lady Betty	» 1.50	...... »

52 al 56

Nuestra Nueva Direccion

MAIPÚ

Buenos Aires

donde es ahora Broadway, desde la calle Forty - second (Treinta y dos) á Forty - sixth, en diagonal, y hasta el Hudson por el oeste. El primitivo propietario se hallaba en dificultades financieras. Astor compró primero una parte y finalmente el total en a suma de 25.000 dólares.

Junto á ésta se hallaba otra chacra, que se extendía desde Fifty - third (Cincuenta y tres) á Fifty - sixth (Cincuenta seis) y desde Broadway hasta el río. El propietario la había heredado en 1809, pero por espacio de varios años anduvo enredado en pleitos y Astor aprovechando el momento más crítico adquirió la finca en 23.000 dólares. El valor que en plaza tienen esas dos antiguas chacras oscila hoy entre los 20 y los 25.000.000 de dólares.

El Waldorf - Astoria Hotel y toda la vecindad de Forty - fourth street y Fifth avenue fueron también chacras de pastoreo en su tiempo. Una mitad de ellas fueron compradas por el hijo de Juan Jacobo, Guillermo J. Astor, en 1826, por 26.000 dólares.

Mr. Astor, en su juventud, compró una chacra sobre Hell Gate y construyó allí una preciosa residencia de campo, cerca de las actuales, Eighty - eighth street (calle ochenta y ocho) y Second Avenue; donde pasó sus últimos años y donde vivió Washington Irving cuando escribió ''Astoria'' en que relataba la vida y milagros de Astor, desde que éste comenzara con sus negocios en pieles en el Far West.

Guillermo Waldorf Astor, escribió pocos años ha en el *Pall Mall Magazine* sobre las adquisiciones del primer Juan Jacobo, lo siguiente:

''Estas compras eran hechas con tal acierto en lo que se refería al probable incremento y progreso de los lugares, que son numerosos los ejemplos en que esas propiedades alcanzaron á duplicar y triplicar su valor en poco tiempo. Una de las chacras que comprara en 1811 por 900 dólares, vale actualmente 1.400.000 dólares''.

El colmo de la ingenuidad

CANDIDA.—(*Recoge su saco de mano.*) Y ahora tengo que dejarles un momento. Supongo, Eugenio, que es usted demasiado poeta para figurarse el estado de ánimo en que se encuentra una mujer al volver á su casa después de una ausencia de tres semanas. Haga el favor de darme mi manta. (*Eugenio coge la manta rayada del sofá y se la dá. Ella la toma con la izquierda, llevando el saco en la derecha.*) Ahora ponga usted mi abrigo aquí. (*Indicando el brazo derecho; él obedece.*) Ahora venga mi sombrero. (*El se lo dá en la mano izquierda.*) Ahora abra usted la puerta. (*El se precipita á abrir la puerta.*) Muchas gracias. (*Sale, y Eugenio cierra la puerta.*)

MORELL. — (*Leyendo unas cartas.*) Supongo que se queda usted á almorzar.

MARCHBANKS. — (*Tímido*) Me parece que... (*Mira bruscamente á Morell, pero al mismo tiempo evita su franca mirada y añade sin pizca de sinceridad.*) No voy á poder.

MORELL. — Vamos, es que no quiere.

MARCHBANKS. — (*Serio.*) No, me quedaría con mucho gusto, pero... pero...

MORELL. — (*Concluyendo de leer las cartas y acercándose á él.*) Pero... pero... pero... Vaya usted á paseo. Si quiere usted estarse se está. ¿Me vendrá usted á decir que tiene que hacer? Vamos, lo he dicho, lo mejor será que se dé un paseíto por el parque y escriba poesías hasta la una y media. Luego viene usted y comemos á gusto.

MARCHBANKS. — Se lo agradezco. Con mucho gusto haría lo que usted dice, pero no debo. La verdad es que su señora me ha dicho que no la haga. Dijo que no creía que usted me invitaría á almorzar pero que, en caso de hacerlo,

no era su deseo sincero. (*Lastimero*) Digo que yo debía comprender eso, pero, sin embargo, no comprendo. No le diga usted nada de eso.

MORELL. — (*Riendo.*) ¡Hombre, y eso es todo! Me parece que si sigue usted mi indicación y se dá el paseíto por el parque, como dije, todo se resolverá.

MARCHBANKS. — ¿Cómo?

MORELL.—(*De buen humor*) ¿Cómo? Vamos, pillín... (*Pero esta expresión de confianza le asusta á él lo mismo que á Eugenio. Se reprime y prosigue con seriedad cariñosa*). Broma aparte, querido, mire usted, en un matrimonio feliz como el nuestro hay algo muy sagrado en el regreso de una esposa al hogar. (*Marchbancks le mira vivamente adivinando á medias lo que le va á decir*). Pero un antiguo amigo ó una persona verdaderamente noble y simpática no estorba en tales ocasiones como lo haría una visita casual. (*Al oir esto, una expresión de terror y de susto se refleja en la cara de Eugenio. Morell, ocupado en sus propios pensamientos, prosigue sin reparar en él.*) Cándida se figuró que preferiría yo tal vez no estuviese usted, pero se equivocó. Le quiero y le aprecio mucho, hijo mío, y por usted mismo quisiera que viese usted qué cosa más buena es el estar casado como yo.

MARCHBANKS. — De modo que cree usted que su matrimonio es feliz. ¿Se lo fiiura usted?

MORELL. — (*Con énfasis*). No me lo figuro, lo sé . hijo mío. Larochefoucauld dijo que hay matrimonios convenientes, pero que no los hay dichosos. No sabe usted cuanto gusto da poder desmentir los dichos de aquel cínico. ¡Ja! ¡ja! Pero basta por ahora de pláticas. Fuera, al parque, y escriba usted su poema. A la una y media en punto, no lo olvide. No esperamos nunca á nadie.

MARCHBANKS. — (*Decidido*). No, espere usted, lo quiero decir todo de una vez.

MORELL. — (*Riendo*). ¿Qué es lo que va usted á decir?

MARCHBANKS. — Tengo que hablar. Hay un asunto que arreglar entre usted y yo.

MORELL. — (*Con una mirada extraña hacia el reloj*). ¿Ahora mismo?

MARCHBANKS. — (*Con animación*). Sí, ahora mismo. Antes de que se marche usted de esta habitación. (*Retrocede unos pocos pasos y se pone como si quisiera impedir á Morell la salida*).

MORELL. — (*Sin moverse, serio, comprendiendo que el asunto puede ser grave*). Si no pienso salir, hijo mío. Creí que usted era el que iba á salir. (*Eugenio, confundido por el tono severo de Morell, le vuelve la espalda furioso. Morell va hacia él y le pone la mano en el hombro, fuerte, pero cariñosamente, sin hacer caso de su intento de sacudirla*). Vamos, siéntese tranquilamente y dígame lo que pasa. Y no olvide usted esto: somos amigos y no tenemos que temer que uno no pueda escuchar al otro sino con bondad y paciencia, sea lo que sea lo que tengamos que decirnos.

MARCHBANKS. — (*Volviéndose hacia él*). ¡Oh! no, es que no sé lo que me digo, sólo que (*Tapándose desesperado la cara con las manos*). estoy horrorizado. (*Luego bajando las manos y mirando fieramente á Morell, prosigue en tono amenazador*). Ya verá usted si le conviene tener bondad y paciencia. (*Morell, sin alterarse, le mira con indulgencia*). No me mire con tanta complacencia. Se figura que es más fuerte que yo, pero le conmoveré, si es que late un corazón en su pecho.

MORELL. — (*Confiado*). Conmuéveme, hijo mío. Vamos, empieza.

MARCHBANKS. — Primero...

MORELL. — Bueno, ¿qué?

MARCHBANKS. — Quiero á su mujer. (*Morell retrocede y, después de mirar con extrañeza á Eugenio, estalla en estrepitosa risa. Eugenio se queda parado, sin desconcertarse, y pronto se vuelve indignado y despreciativo*).

MORELL. — (*Se sienta para acabar de reir*). Pero, muchacho, eso es lo natural. Todo el mundo la quiere, no hay más remedio. Me alegro. Pero, (*Mirándole fijamente*). Dígame, Eugenio, el caso de usted, ¿cree que tiene que discutirse? Usted no tiene todavía veinte años. Cándida ya tiene más de treinta. Esto se parece algo así como á un amor filial.

MARCHBANKS. — (*Con vehemencia*). ¡Se atreve usted á hablar así de ella! ¿Cree usted que ella sólo pueda inspirar esa clase de amor? ¡Eso es insultarla!

MORELL. — (*Levantándose brusca-*

mente, y hablando con tono alterado). ¡A ella! ¡Eugenio, cuidado! He tenido paciencia y espero seguir teniéndola. Pero hay cosa que no puedo permitir. No me obligue usted á demostrarle la indulgencia que se tiene con un niño. Sea usted hombre.

MARCHBANKS. — (*Con un ademán como si tirara algo detrás de sí*). Dejemos esta conversación absurda. Me espanta el pensar las muchas por el estilo que la pobre ha tenido que sufrir durante los años en que usted la ha sacrificado á su egoísmo y presunción extremada... usted, (*Volviéndose hacia él*). que no tiene un pensamiento... ni un sentimiento de común con ella.

MORELL. — (*Filosóficamente*). No parece que le prueba mal. (*Mirándole á la cara*). Eugenio, hijo mío, está usted loco, completamente loco. Se lo digo con toda franqueza.

MARCHBANKS.—¡Oh! ¿Cree usted que no lo sé? ¿Cree usted que las cosas que enloquecen á los hombres son menos reales y verdaderas que las que conservan la cordura? (*Morell vacila primero, vuelve instintivamente la cara y se queda escuchando, encogido y pensativo*). Son más verdaderas, son las únicas cosas verdaderas que hay. Usted tiene calma y juicio y moderación para conmigo porque cree que soy un loco, en lo que concierne á la mujer, lo mismo que el anciano que acaba de marcharse no se enoja por su socialismo de usted, porque cree que está usted chiflado. (*La perplejidad de Morell aumenta evidentemente. Eugenio aprovecha su ventaja acosándole con preguntas*). ¿Prueba eso que está usted equivocado? ¿Prueba su complaciente superioridad de usted que estoy yo equivocado?

MORELL. — (*Volviéndose hacia Eugenio*). Marchbanks, algún demonio está inspirándole esas palabras. Es fácil, terriblemente fácil, conmovedor en un hombre la fe en sí mismo. Aprovecharse de eso para destrozar el alma de un hombre es obra diabólica. Tenga cuidado con lo que está haciendo. Tenga cuidado.

MARCHBANKS. — (*Implacable*). Sé lo que hago. Lo hago de intento. Ya le dije que le conmovería. (*Se miran mutuamente amenazadores por un momento. Entonces Morell recobra su dignidad*).

Morell. — (*Con noble ternura*). Eugenio, escúcheme. Algún día, lo espero y lo deseo, será usted un hombre feliz, como yo. (*Eugenio rechaza con impaciente ademán esta suposición. Morell, profundamente ofendido, se reprime haciendo un esfuerzo, y prosigue impertérrito*). Se casará usted y entonces trabajará con todo su poder y valer para que cada hogar en este mundo sea tan feliz como su propio hogar. Será usted uno de los hacedores del reino de los cielos en la tierra y — ¿quién sabe? — tal vez sea usted constructor y arquitecto donde yo sólo soy un humilde jornalero. No crea usted, Eugenio, que no veo en usted los gérmenes que prometen cosa mayor que la á que yo puedo aspirar. Sé muy bien que en el poeta es donde el Espíritu Santo mora, un destello de su divinidad. Debiera estremerce al pensarlo, al pensar que pueda usted ser un elegido de Dios, un poeta.

Marchbanks. — (*Sin impresionarse y luchando con juvenil falta de consideración contra la oratoria de Morell*). No me estremezco. Lo que me hace temblar, es la falta de sentido poético en los demás.

Morell. — (*Redobla su fuerza oratoria bajo el estímulo de sus puros sentimientos y la obcecación de Eugenio*). Entonces ayude usted á fomentar ese sentido en ellos, en mí, no á extinguirlo. En el porvenir, cuando sea usted tan feliz como soy yo, seré su fiel correligionario. Le ayudaré á creer que Dios nos ha dado un mundo que sólo por nuestra locura deja de ser un paraíso. Le ayudaré á creer que cada rasgo de su pluma está sembrando venturas para la gran cosecha que algún día todos — hasta los más humildes — han de disfrutar. Y por último, créame, le ayudaré á creer que su mujer le quiere y es feliz en su hogar. Necesitamos semejante ayuda, Marchbanks, la necesitamos, grandemente y siempre. ¡Hay tantas cosas que nos hacen dudar cuando una vez se perturbó nuestro corazón! Aun en casa estamos como en un campamento, rodeados por un ejército hostil de dudas. ¿Quiere usted hacer el papel de traidor y dejar que lleguen á mí?

Marchbanks. — (*Mirando á su alrededor*). ¿Es eso lo que ella tiene que oir aquí á todas horas? ¡Una mujer, con un alma grande, anhelante de realidad, verdad, libertad, tiene que contentarse con metáforas, sermones, peroraciones huecas, mera retórica! ¿Se figura usted que el alma de una mujer puede alentar sólo por sus talentos de predicador?

Morell. — (*Muy ofendido*). Marchbanks, me hace usted cada vez más difícil el reprimirme. Mi talento se parece al suyo si es que vale algo. Es el don de encontrar palabras para expresar verdades divinas.

Marchbanks. — (*Impetuoso*). Es el don de mover la boca, ni más ni menos. Su habilidad en ensartar palabras, ¿qué tiene que ver con la verdad? ¡Tanto como tocar el órgano! Nunca he puesto los pies en su iglesia de usted, pero he asistido á sus asambleas políticas, y he visto que sabía usted lo que se llama despertar el entusiasmo del público; es decir, que excitaba usted á la gente hasta que se portaban como unos borrachos.

Las mujeres miraban á los hombres y veían que se habían vuelto locos. ¡Oh! esto es una historia antigua, la puede usted encontrar en la Biblia. Se me figura que el rey David en sus arrebatos de entusiasmo, se parecía mucho á usted. (*Apuñalándole con las palabras*). "Pero su mujer le despreciaba en su corazón".

MORELL.—(*Furioso*). ¡Fuera de aquí! ¿Me oye usted? (*Se precipita amenazador hacia él*).

MARCHBANKS. — (*Retrocediendo hacia el sofá*). Déjeme, no me toque. (*Morell le agarra con fuerza de la solapa. Eugenio se cae en el sofá y grita desesperado*). ¡Conténgase usted, Morell; si me pega, me mataré; no lo soportaré! (*Casi loco*). ¡Suelte, quite usted las manos!

MORELL. — (*Con sereno desprecio*). Mocosuelo, deslenguado. (*Le suelta*). Márchese antes de que el susto le haga desmayarse.

MARCHBANKS. — (*En el sofá, jadeante, pero aliviado al verse libre de las manos de Morell*). No me asusto de usted; usted es el que se asusta de mí.

MORELL. — (*Calmoso, de pie á su lado*). Está visto.

MARCHBANKS.—(*Con vehemencia petulante*). Sí, señor. (*Morell se aparta con ademán de desprecio. Eugenio le sigue, después de ponerse en pie*). Se figura usted que porque me da miedo el ser tratado brutalmente — porque (*Con lágrimas en la voz*). no sé sino llorar y gritar de rabia cuando se emplea la violencia conmigo — porque no puedo subir un baúl pesado desde el pescante de un coche hasta aquí arriba, como usted — porque no puedo pegarme con usted por su mujer como un ganapán — por todo eso cree que me asusto de usted. Pero está usted equivocado. Si no poseo lo que se llama el arrojo inglés, tampoco poseo la cobardía inglesa: no me asustan las ideas de un clérigo. Combatiré sus ideas, libraré á Cándida de la esclavitud de sus ideas y pondré en frente las mías. Me echa usted de su casa porque no se atreve á dejarla escoger entre las ideas de usted y las mías. Se asusta usted de que yo la vuelva á ver. (*Morell, iracundo, se vuelve de repente hacia él. Eugenio, amedrentado, se precipita hacia la puerta*). No me toque usted, que ya me voy.

MORELL. — (*Con desprecio*). Espere un momento, no pienso hacerle nada, no se asuste. Cuando mi mujer vuelva querrá saber por qué se ha marchado usted. Y cuando se entere de que no ha de volver usted á pisar el umbral de esta casa, querrá que le explique la razón. Ahora yo no quisiera esperarla diciéndole que usted se ha portado como un canalla.

MARCHBANKS. — (*Volviendo con renovada vehemencia*). Usted debe, usted no puede obrar de otra manera. Si dice usted otra cosa que la verdad, es usted un embustero y un cobarde. Dígale lo que dije y cuéntele como fué usted fuerte, varonil y me sacudió como un perro de presa sacude una rata, y cómo me asusté y me desmayé, y cómo me llamó usted mocosuelo y deslenguado y me echó fuera de casa. Si no lo hace usted, yo lo haré, se lo escribiré.

MORELL. — (*Encogido*). ¿Por qué desea usted que sepa todo eso?

MARCHBANKS. — (*Con arrebato lírico*). Porque ella me comprenderá y sabrá que la comprendo. Si le oculta usted una sola palabra de ello — si no está usted dispuesto á poner la verdad en sus pies, como yo — entonces sabrá usted al fin de sus días que realmente ella me pertenece á mí, no á Vd. Adiós. (Sale).

MORELL. — (*Terriblemente intranquilo*). Aguarde usted. No quiero decirle nada á mi mujer.

MARCHBANKS. — (*Volviéndose desde la puerta*). Tendrá usted que hablar á la fuerza si me voy, sea verdad ó mentira.

MORELL. — (*Contemporizando*). Marchbanks, hay casos en que es disculpable el...

MARCHBANKS. — (*Interrumpiéndole*) Ya sé... el mentir. Será inútil. Adiós, señor clérigo. (*Al querer salir, ve que la puerta se abre y entra Cándida en traje de casa*).

CANDIDA.— ¿Se va usted, Eugenio? (*Mirándole con más atención*). Pero, por Dios, ¿va usted á salir á la calle en ese estado? ¿No se ha mirado al espejo? No hay duda, es usted un verdadero poeta. Mírale, Jaime. (*Coge á Eugenio de la americana y lo empuja hacia Morell*). Mira cómo tiene puesto el cuello, mírale la corbata, mírale el pelo. No parece sino que alguien ha querido estrangularle. (*Los dos se guardan de*

revelar la verdad). Vamos, espere usted un momento. (*Le abrocha el cuello, le anuda la corbata y le alisa el cabello. Así.* Ahora está usted tan majo que lo mejor sería que se quedase á almorzar con nosotros, por más que dijo que no quería. Dentro de media hora estará el almuerzo. (*Vuelve á arreglarle el nudo de la corbata. El le besa la mano*). No sea usted tonto.

MARCHBANKS. — No tengo inconveniente en quedarme, si su reverendo esposo no se opone.

CANDIDA. — Puede quedarse, ¿verdad, Jaime? si promete ser bueno y ayudarme á poner la mesa. (*Marchbanks vuelve la cabeza y mira por encima del hombro con firmeza á Morell, desafiando su contestación*).

MORELL. — (*Con tono seco*). Sí si, que se quede. (*Va hacia la mesa y hace como que se ocupa en leer las cartas*).

MARCHBANKS. — (*Ofreciendo el brazo á Cándida*). Vamos á poner la mesa. (*Ella acepta el brazo y salen juntos. Al salir, añade*). Soy el más feliz de los mortales.

MORELL. — Lo era yo... hace una hora.

—¿Quién habrá inventado la frase: "¡El silencio es oro!"

—Probablemente algún pobre desgraciado que tenía una mujer, un loro, un hijo llorón y un peluquero charlatán".

López — Los hombres envejecen más que las mujeres.

Martínez — Tiene usted muchísima razón: Mi mujer y yo teníamos la misma edad cuando nos casamos; ahora tengo cuarenta y cinco años y ella dice á todos que sólo tiene treinta.

El limosnero: — "Pídole mil disculpas señora, pero créame que no es mía la culpa, sino de mi secretario. Se ha olvidado de borrar su nombre de la lista de mis relaciones".

—Se me cae el cabello, querido — dijo cierta persona á un doctor amigo suyo — ¿puedes recomendarme algo para conservarlo?

—¡Ciertamente! — contestó el doctor sonriendo — ¡una caja de cartón!



Toda correspondencia deberá ser dirigida al Administrador del Magazine "ATLÁNTÁ, CÁLLE MÁIPÚ 427 - BUENOS ÁIRES

Condiciones de Suscripción

CAPITAL FEDERAL É INTERIOR: por año.......... **$ 6.00** m/n. c/l.
EXTERIOR.. £ **1-0-0-**

Á NUESTROS LECTORES

Los pedidos de subscripción del interior deben venir acompañados del importe correspondiente, ó sea **Seis pesos** m/n. c/l. en bonos postales y á nombre del Administrador: Sr. Luis J. Védére.

Avisamos á los interesados en la compra de números atrasados que se han agotado las ediciones de Abril y Junio de 1911, quedando un reducido número de los demás meses, que se venden en esta Administración, á razón de $ 1.00 cada uno.

Las tapas que ofrecemos para coleccionar el Magazine están artísticamente trabajadas, siendo su tamaño para tres ejemplares de **Atlanta.**

Precio para cualquier punto de la República...... $ 2.00
» » el exterior.................................. » 2.50

La administración no se encarga de la encuadernación. Los subscriptores del interior que no reciban con regularidad los ejemplares de **Atlanta**, deben apersonarse al correo local y quejarse inmediatamente. En esta forma el correo prestará mayor atención y las irregularidades serán subsanadas.

La Ádministració

KRONDORF



Agua Mineral Natural de Mesa

La Mejor - La mas pura



Venta anual 1.200.000 botellas

PIPER-HEIDSIECK

EL CHAMPAGNE DE LOS CONOCEDORES

Bargiela, Posadas y Cia.

Buenos Aires — Alsina 970

Horrores de la plaga en Harbin

Harbin, (Rusia), comienza recién á cobrar animación y á reaccionar de los estragos producidos por la terrible plaga negra. El comercio revive al fin, se abren los teatros; los restaurants, hoteles y mercados se ven nuevamente concurridos por muchedumbres sonrientes. De los cuarteles de Moskovski, los temidos hospitales para las víctimas de la plaga han salido ya los últimos pacientes. Y todavía un aire de misterio rodea la causa ó causas que motivaron la cruenta epidemia.

"Muy poco ó nada hemos adelantado en nuestros conocimientos sobre la peste pneumónica, después de tan terrible experiencia", decía un oficial del ejército ruso-asiático, hablando de la reciente epidemia de Harbin.

"Es tan incierto saber la causa de infección. Tomemos por ejemplo, el caso del estudiante de medicina Mameloff. Este joven vino una tarde á la estación á despedir á unos parientes. Al hacerles el último saludo los besó uno por uno. A la noche experimentó los síntomas de la fiebre, muriendo al día siguiente. Se telegrafió inmediatamente á las autoridades sanitarias del lugar á que se habian dirigido los parientes, y se puso á estos en cuarentena. Ninguno de ellos, sin embargo, fué víctima de la enfermedad".

Hace pocos meses Harbin tenía una población de 110.000 habitantes — 30 mil europeos y 80.000 chinos. Numerosos chinos huyeron durante la plaga. Se estiman en 10.000 chinos y 200 europeos los muertos á causa de la epidemia. Pueblos enteros han sucumbido y desaparecido en toda la costa de la Sungaría. Cuando la fiebre pneumónica hacía los mayores estragos, las tropas rusas bajaron á los pueblos y fusilaron á todos aquellos á quienes la peste había atacado más fuertemente, dejando huir á otros hacia los barrios no atacados donde hacían cundir la infección.

Se asegura que los chinos podían haber tomado medidas y circunscripto la peste en los sitios que fueron primeramente atacados. Pero no lo hicieron. La tomaron como cosa leve y sin importancia. Se contentaron con reir y bromear al respecto.

"¿Porqué?" se pregunta uno,

Los Skyscrapers de Nueva York pierden dinero

Todo el mundo sabe que los neoyorquinos parecen empeñados en continuar su marcha ascendente con respecto á las enormes construcciones conocodas por el nombre de "skyscrapers". Lo que tal vez ignorarán muchos es que los propietarios de estos edificios experimentan pérdidas en sus rentas por darse el gusto de poseerlos. Esto no quiere decir que no se deban hacer tales construcciones en lo sucesivo, sino que se harán sobre bases más científicas

Parece mentira que la inversión de capitales en la construcción de skyscrapers que alcanza á la suma de veinte billones de dólares, se haya librado tanto al azar, sin procurar que los edificios puedan ser habitados por familias; con el resultado de que en Nueva York hay ahora una superabundancia abrumadora de locales para oficinas comerciales.

Las construcciones hechas con el único objeto de invertir dinero, no producen las rentas que se esperaban, sea por las dificultdaes en la administración, por la falta de comodidades, tipo de estructura poco gracioso, etc.

Los propietarios aseguran que para que el negocio de los skyscrapers resulte beneficioso sería menester que cesasen las construcciones durante tres ó cuatro años.

Lo que cuesta una guerra

Las enormes expensas que originaría una guerra entre dos de las grandes potencias europas puede deducirse examinando el costo de la guerra franco-germana de 1870.

Los gastos, resultados exclusivamente de la guerra, desde el 17 de julio de 1870, hasta el 18 de mayo del año subsiguiente fueron de 1.912.000.000 de francos, es decir, cerca de 385.000.000 de pesos oro, lo que da un gasto diario de 1.560.000 pesos oro.

Pero si á esto se agregan los gastos para el aprovisonamiento de París, asistencia de las familias de los soldados, manutención de los ejércitos invasores, contribuciones impuestas por el enemigo, empréstitos, socorro á las víctimas de la guerra, reparación de los perjuicios causados, y otros gastos indirectos, adicionado todo esto á la enorme indemnización de los cinco mil millones de francos, el costo total de la guerra asciende á la cifra colosal 1.983.000.000 de pesos oro, siendo por lo tanto el gasto diario de 8.100.000 pesos oro.

Se calcula que la guerra ha costado á Alemania, 685.000.000 de pesos oro por concepto de movilización y reorganización del ejército, sin contar la suma para gastos militares asignada ordinariamente en el presupuesto.

En las condiciones modernas en que se encuentran esos dos países un año de guerra costaría á Francia pesos oro 2.200.000.000, mientras á Alemania costaría aproximadamente la cuantiosa suma de pesos oro 5.500.000.000.

Magazine Atlanta

AÑO II Enero 1912 Núm. 11

Compañeros de Viaje

Derecho de traducción exclusivo para "ATLANTA"; clichés originales traídos expresamente de Europa

Nunca he podido darme cuenta de porqué han de ocurrirme siempre á mí, esa clase de cosas. Muchísimos hombres parecen recorrer toda la existencia sin encontrarse jamás en una situación verdaderamente difícil, pero mi carrera, desde mi más tierna juventud, no ha sido más que una serie de aprietos y enredos singulares. Supongo que tal vez es mi sino, pues ciertamente no soy de aquellos que corren en busca de las perplejidades. La serie comenzó cuando tenía yo tres años de edad, cierto día que jugaba á la casita y me metí en un carretón de mudanzas, siendo transportado á un barrio apartado de la ciudad antes que consiguiese que se notase mi presencia. No fuí devuelto á mis desconsolados padres hasta varios días después pues no tenía edad suficiente para explicar quien era y solo sabía que mi niñera se llamaba Betty y que el número de mi casa era sesenta y tres. Y desde entonces se han venido precipitando los acontecimientos por el estilo. Siempre he perdido mi equipaje al dirigirme donde me esperaban para asistir á un casamiento de etiqueta, ó recibido telegramas urgentes cuando estaba sumido en la inconsciencia debida á un anestésico, ó equivocándome de día al acudir á las invitaciones; y desde hace mucho tengo jurado que el día de mis bodas llevaré un anillo en cada uno de mis bolsillos para evitarme perplejidades en caso de accidente.

Es inútil sin embargo luchar contra lo inevitable y me jacto actualmente de aceptar los contratiempos, cualesquiera que sean, con cierta filosofía tranquila, cierta ecuanimidad y generalmente con la determinación optimista de salir del paso. Y no he dejado de conseguirlo frecuentemente. En los dos años que pasé en América tuve ocasión de hacer de cocinero en cierto hotel de moda de los Montes Rocosos; no porque entendiese de cocina cuando asumí esa tarea, sino porque se había producido una huelga entre el personal; el gerente no quería cerrar sus puertas en lo mejor de la estación, y no parecía que se presentase nadie capaz de llenar el puesto. También me encontré sepultado bajo la nieve durante diez días en el tren del Pacífico Canadiense, y estuve á punto de morirme de tifoidea en Klondike. Y por fin compré un establecimiento de campo en el Canadá y me asocié con Jim Holland. Esto sucedió seis meses escasos antes de que se produjese un gran incendio en las selvas y quedase transformada toda la región en un desierto. Logré escapar con un caballo y mi pyjamas, pero el resto de mis cosas se quemó y Jim perdió la vida.

Fué entonces cuando resolví regresar á casa para tomar un descanso bien merecido antes de embarcarme para mi proyectada gira por México. Otra razón que á ello me inducía era que Jim había dejado una viuda y yo me había ofrecido para acompañarla así como á su nenita hasta la casa de sus padres en el condado de Dorset. La nena tendría ocho ó nueve meses. Sólo había visto una ó dos veces á la señora de Holland, puesto que nuestra instalación campestre no estaba todavía en situación de recibirla en la fecha en que se produjo el incendio. Tomé pasajes á bordo del *Gigantic* y resolvimos reunirnos en Nueva York. Poco sospechaba lo que había de ocurrirme.

En cuanto estuve seguro de que mi equipaje se hallaba á bordo, me dirigí al camarote de la señora de Holland, quien acababa en aquel instante de abrir sus baúles y disponía su instlación.

—¡Qué contrariedad! — me dijo. — Mi niñera se enfermó á última hora y me he visto obligada á embarcarme sin ella.

Le dije que lo sentía mucho, y me ofre-

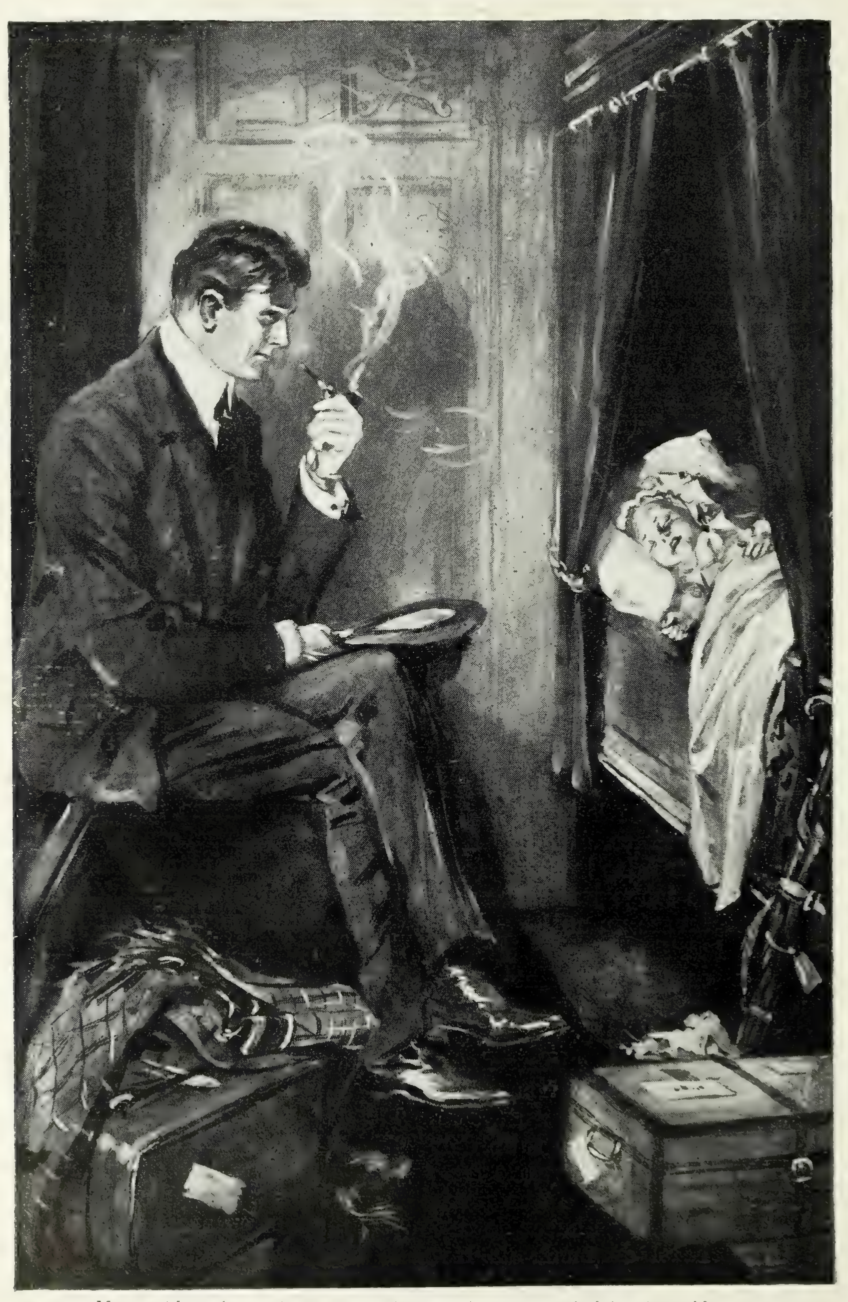
cí para ayudarla en lo que pudiese durante el viaje.

—Es usted extremadamente amable, señor Norwood — dijo ella con sonrisa encantadora. — Creo sinceramente que usted entendería mucho más de cuidar á un niño que otros muchos hombres.

Le dí las gracias y le manifesté que estaba dispuesto á llenar esa tarea en cuanto se me indicase.

—Pues bien — me dijo riéndose — voy á abusar de su buena voluntad. No saldrá le buque hasta dentro de una hora y más, y desearía bajar á tierra para ver si doy con mi prima, la señora de Cernou. Me prometió que vendría á despedirse. ¿Quiere usted cuidar á la nena hasta que yo regrese? No tardaré mucho y espero que no se despertará.

La nena dormía tranquilamente y yo me tendí en la otra cucheta, determinado á no abandonar mi puesto, bajo ningún pretexto, mientras no regresase la señora de Holland. El camarote se halla-



Me senté en la cucheta, encendí una pipa y examiné la situación



Conseguí entretenerla con una serie de juguetes

ba en la extremidad de un corto corredor en un rincón tranquilo del buque y todo el movimiento ruidoso de las personas que iban y venían por los corredores y puentes se hallaba atenuado por la distancia y transformado en un murmullo confuso. Debo observar que acababa de pasar dos noches de viaje fatigosas, pero de todos modos no merezco disculpas por lo que me sucedió. La cosa fué que me dormí. No tengo porque maravillarme. Eso es exactamente lo que había de ocurrirme á mí. Cuando por fin me despertó un grito de mi compañera de camarote, dos hechos se presentaron inmediatamente á mi conciencia — el buque surcaba resueltamente las olas y la señora de Holland no aparecía.

Después que hube comprobado, sin dejar lugar á dudas, que la viuda había quedado en tierra, regresé al camarote y cerré la puerta. Luego me senté en la cucheta, encendí una pipa y examiné la situación. La criatura se había vuelto á dormir, muy afortunadamente para mí, y permanecía en su bendita ignorancia del cambio trágico que acababa de arrojar una sombra en su inocente existencia, de modo que pude pensar en el intríngulis hasta llegar á una conclusión.

Me parecía que podía adoptar dos líneas de conducta distintas. Podía dar á conocer mi situación á los pasajeros, encomendándome á la merced de alguna alma maternal y confiar la criatura á sus cuidados. No me cabían dudas de que se presentarían voluntarias á granel. O bien haría frente á la situación con mis solos recursos. Instintivamente me apartaba del primer método. Me hacía extremecer la terrible notoriedad á que me expondría una confesión. Mi imaginación veía á la inocente angelita transformada en la heroína del buque. La veía pasar de mano en mano por el círculo de más mamás jóvenes. Las oía repetir "¡qué pesada es!", retada alegremente por deshacerse de sus escarpines á puntapies y sometida á una lista lamentable de gracias como si fuese un perrito sabio. La veía inmergida en su bañito en medio de un círculo de espectadores. Veía como la besaba el capitán y hasta me parecía leer los párrafos de los diarios que á su llegada la bautizarían de "la hija del buque" á la vez que suministrarían relatos humorísticos de su orfandad momentánea.

Por otra parte yo tenía la culpa de lo ocurrido y á mí solo tocaba desfacer el entuerto. Yo, que había confeccionado una comida para noventa huéspedes en el Gran Hotel Panorama, sin más conocimientos en el arte que lo que había leído en la noche anterior del "Manual de las Cocineras" podría seguramente cuidar á una criatura durante una semana. Lo cierto es que los pasajeros en general llegaron á convencerse de que la niña era mía. Eso lo observé más tarde. Pudo parecer excéntrico el que viajase solo con una niña de esa edad y sin niñera, pero nadie abrigó la menor duda de que yo fuese el padre. Me decidí por fin. Solemnemente — y por una semana adopté á la criatura.

Me parecía que, dadas las circunstancias, tenía por lo menos derecho de darle un nombre á mi gusto. Al principio pensé en llamarla Gladys como mi madre, pero luego se me ocurrió otra idea y la llamé Rebeca, como cierta joven que había conocido en el Colorado.

En cuanto despertó Rebeca me levanté, tomé aliento, apreté los dientes, la alcé y la puse sobre mis rodillas. Luego en pocas palabras concisas le describí la situación, apelé á su mejor voluntad y á sus mejores sentimientos y — según me pareció — llegamos á entendernos satisfactoriamente. Tomó la cosa maravillosamente bien, pero algo había en su sonrisa satisfecha que me hizo comprender que sabía tan bien como yo que me hallaba entregado enteramente á su merced. Y emprendí mi tarea. Después de colocar á la criatura en un ángulo de la cucheta comencé á desenvolver varios de los accesorios y aparatos destinados á la crianza de los chicos. Durante esta operación que ocupó buena parte de una hora, conseguí entretenerla con una serie de juguetes; pero antes que yo hubiese terminado había ella agotado todo el interés que podían ofrecerle mi reloj, mi pipa, mi tabaquera, mis anteojos y un vaso de metal perteneciente á la compañía White Star; había roto en girones todo un diario, diseminado por todo el camarote una caja de fósforos, hecho esfuerzos heroicos para tragarse una correa y arrastrándose hasta el borde de la cucheta para ir á caer en un baúl abierto.

Después de contemplar todo lo que había extraído de los baúles y había colocado sobre la otra cucheta, se apoderó de mí con irresistible fuerza la noción de que en cuestión de crianza de niños, tenía mucho que aprender. Aquello constituía un arsenal perfecto de aparatos complicados. Había botellas, termómetros, lámparas de alcohol, esponjas, un bañito de caucho, ropita diminuta de las formas más extraordinarias, y otro medio centenar de cosas cuyos nombres ni siquiera conocía. Pero hizo un gran descubrimiento al cual atribuyo casi todo el éxito de mi empresa. Era un librito en muy mal estado titulado "El Nene, día por día", publicado según parecía por aquellos grandes bienhechores de la humanidad, los señores Bollins y Cía., y que debía ser usado á la vez que su conocido alimento "para niños y enfermos'. No parecía que el alimento Bollins era cosa de confianza y que si la niña llegaba á marearse, constituiría merecidamente un doble campo de experimento, desde ambos puntos de vista.

Rebeca se volvía muy ruidosa mientras yo terminaba de investigar mi precioso librito y llegaba á un párrafo acerca de "El modo de preparar el biberón". Esta vez estaba en lo interesante de la cosa y las horas pasaron sin sentir

mientras yo resolvía un sin número de problemas y Rebeca pasaba por todas las fases del resentimiento, desde la resistencia pasiva hasta la rebelión vociferadora. Nunca olvidaré aquellas horas en que el instinto de la batalla se despertó en mí y en que todas mis facultades tanto mentales como musculares eran puestas en juego. En cualquier instante habría podido llamar á la camarera; más de una vez pensé en consultar al médico de á bordo. Pero tengo el placer de acariciar actualmente el recuerdo de que vencí todas esas situaciones desesperadas sin ayuda alguna, preparé y administré el biberón, desnudé, bañé y sequé á la nena y finalmente—después de una terrible crisis de gritos que no duró menos de una hora—conseguí que se durmiera meciéndola y cantándole alternativamente himnos religiosos, canciones de café concierto, concluyendo por instalarla firmemente en su cucheta. El baño fué un episodio singularmente activo, y nada me causó mayor sorpresa que el modo de agitarse y retorcerse de Rebeca mientras la tenía en mis rodillas, moviéndose con la agilidad y las contorsiones de una anguila. Parecía casi imposible hallar asidero en su cuerpecito.

Encendí mi pipa y contemplé aquella escena de caos indescriptible, que sugería á la vez una ''nursery'' descuidada y una oficina de equipajes perdidos combinados y mezclados en el menor espacio posible. Personalmente no estaba poco desarreglado, pero concluí por extraer mi reloj de debajo del lavatorio, me puse el saco, me peiné como pude con ayuda de un cepillito suave de cerdas blancas, y me compuse mal que mal.

Hasta que no oí la campana que anunciaba la comida no recordé que no había comido nada desde mi desayuno tomado muy de madrugada, si no se tienen en cuenta las pequeñas cantidades de alimento Bollins que tragué para cerciorarme de que la temperatura era conveniente. Luego, por fin, toqué el timbre y expliqué á la camarera que acudió que me había visto en ciertas dificultades esa tarde pues la niña no estaba acostumbrada á viajar, pero que todo andaba bien actualmente. Le agradecería que arreglase un poco el cuarto mientras yo comía y cuidase al niño hasta mi regreso. Luego huí sin darle tiempo de replicar.

Estaba comiendo con muy buenas ganas y casi había conseguido desterrar de mi mente mis graves responsabilidades, cuando al alzar la vista ví de pie junto á mí á la camarera.

Era esta una mujer de aspecto bueno y sensato, que no manifestaba en su rostro aquella expresión de compasión que tanto temía yo; pues abrigaba algo así como la intuición de que se descubriría mi incapacidad. Ella me preguntó en voz muy baja y discreta si no creía yo que la niña estaba demasiado arropada. Según parece transpiraba muchísimo. Recordé que había acumulado una enorme cantidad de colchas sobre la nena, pues la última frase que había leído en ''El nene día por día'' era una terrible advertencia contra el peligro de que los niños cogiesen frío. Le contesté que no tardaría en bajar al camarote y le pedí mientras tanto que hiciese lo que le pareciese más conveniente al respecto.

El camarote presentaba un aspecto de orden admirable cuando yo bajé y la camarera terminaba silenciosamente su tarea. En el momento de salir se detuvo en el umbral de la puerta y me preguntó con cierta vacilación.

— ¿No cree usted, señor, que la niña estaría más cómoda con su ropita de noche?

Experimenté la desagradable sensación de ser pillado en falta. No podría decir ahora en qué clase de ropa había envuelto á Rebeca. Ciertas consideraciones me impidieron investigar más de cerca. Pero yo habría jurado que era ropita de noche. Según parece estaba equivocado, pero no era mi intención traicionarme.

— Bueno, bueno —dije yo, en tono meditativo — Tal vez fuese mejor. Lo cierto es que se aproximaba la hora de la comida y no pude hallar su ropita de noche en aquel instante.

— Podría yo venir y cambiarla, cuando usted la despierte para darle el biberón — agregó aquella utilísima camarera, y tuve de nuevo materia de reflexión. ¿Parecía, pues, que debía darle otra mamadera? Era bueno saberlo.

La camarera acudió á las diez y me ayudó á servir á Rebeca su cena y á instalarla definitivamente para que pasara la noche. Me sentía muy aliviado

al compartir mi responsabilidad, pero al mismo tiempo me humillaba mi debilidad. Había llegado al punto crítico. Desde aquel momento la camarera fué invadiendo de más en más el campo de mis obligaciones, hasta que por fin concluí por acostumbrarme á encontrarla en el camarote en todo momento, calmando á Rebeca con un idioma de idiotas, preparando mamaderas, y siempre dispuesta á dar consejos, que, aunque adoptaba sin vacilar no dejaban de provocar mi más cordial resentimiento. Por fin, el tercer día, tuve que convencerme



Le pregunté muy formalmente si se figuraba que ella había comprado esa criatura

de que si deseaba que aquella niña siguiese siendo mía debía hacer un trato. Le pregunté formalmente si se figuraba que había comprado esa criatura, y le negué con indignación el permiso de bañarla. Después me dí cuenta de que había procedido como un bruto, porque ella lo tomó muy mansamente. Se contentó con decir que no sabía resistir á los chiquillos, y que esta le nena le recordaba una sobrinita suya que vivía en Boston. Acabamos por llegar á un acuerdo amigable, por el cual le era permitido cuidar á la nena durante algunas horas por día. Era muy discreta y no mostraba tendencias á chismografiar lo que constituía una buena cualidad en su favor. Porque, por supuesto, cometí errores. El peor de todos ocurrió al día siguiente cuando llevé á Rebeca sobre el puente. No necesito contar personalmente la anécdota. Creo que el capitán del buque es dado relatarla con gusto, entre las que recuerda de dos pasajeros que ha conocido en su carrera. Lo cierto es que me equivoqué de criatura. No puedo darme cuenta, cuando trato de recordar, cómo pude engañarme de ese modo. Pues actualmente me parece no ya que todos los chicos son parecidos, sinó que son los adultos quienes se parecen entre sí y que los niños van perdiendo su individualidad á medida que van creciendo. Pero, por supuesto, esas cosas eran nuevas para mí, entonces. La criatura que yo bajé al camarote se durmió sin protestas en la cucheta y sólo descubrí mi error algo más tarde cuando oí contar en el salón de fumar la trágica historia de una madre que recorría desesperada el buque diciendo que había perdido á su criatura y negándose á darse por contenta con la única nena sobrante que había quedado en el puente. También sé yo ahora que no hay que sacudir á un chico después que ha comido. Eso lo aprendí por experiencia. E incurrí en otras equivocaciones sobre las cuales prefiero correr un velo. Pero no habíamos efectuado la mitad de la travesía cuando ya estaba yo completamente absorbido por Rebeca. No conocía virtualmente á mis compañeros de viaje, aunque tengo motivos para creer que el joven viudo que viajaba á solas con una nenita debía de ser consiedrado por ellos como un tipo tan interesante como patético. Tenía siempre muchísimo que hacer y, á falta de otra ocupación, iba á pedir prestada la balanza de la cocina para pesar á la nena. Aún conservo entre mis papeles el precioso documento en que anoté los pesos y que acusa curva ascendente inflexible. Debo admitir que para conseguir una curva que me satisfaciese me vi obligado á reducir la escala á cuartos de onza. ¡Es tan poco lo que puede conseguirse en una semaña!

En el cuarto día se produjo un incidente memorable. Se me avisó de que el capitán deseaba hablar conmigo. Le hallé en su camarote y me pidió que tomase asiento.

— Según parece, este telegrama es para usted, señor Norwood. Llegó esta mañana por el telégrafo Marconi.

Me tendió un papel en el cual leí:

"¿Cómo está la nena?"

Levanté la vista y miré con asombro al capitán.

— ¿De dónde ha sido trasmitido ésto? — pregunté.

— Acaba de llegar. Procede del *Ruritania*. Es probable que ese buque nos alcance hoy. Salió de Nueva York un día después que nosotros, pero es más rápido que el nuestro. Viene firmado "*Holland*".

La correspondencia ulterior entre la señora Holland y yo, á través de muchas millas de mar desierto, llamó profundamente la atención de la compañía á que pertenecía el buque y fué publicada en una forma horriblemente caricaturada en uno de los diarios londinenses. Pues ni siquiera en medio del Océano puede escaparse hoy á los emprendedores periodistas. Supe que la señora había sido detenida por la muchedumbre que se había reunido para presenciar el incendio de un depósito cerca del puerto y no había logrado llegar á tiempo para embarcarse antes de la salida del vapor. Se había apresurado á tomar el buque que salía al día siguiente y esperaba llegar á Liverpool veinticuatro horas antes que yo. A medida que fué trascurriendo la tarde fueron saliendo del horizonte las cuatro grandes chimeneas rojas del *Ruritania* y durante la noche pudimos ver sus luces que nos fueron alcanzando y pasando lentamente. Subí á Rebeca al puente y le señalé el hecho, pero no pareció despertar su interés, y se resistió á

que distrajese su atención de mi cabello que tenía asido á puñados.

Contesté al primer telegrama que la nena estaba en buenas manos, que prosperaba desde todo punto de vista y que esperaba encontrar á la señora de Holland en el muelle de Liverpool á mi llegada.

Grandes son los progresos de la ciencia moderna puesto que permitió que quedasen calmadas las menores dudas y ansiedades en el pecho de una madre apartada de su nena. Entre las preguntas que recibí se hallan las siguientes:

"Usa usted la ropita de dormir Jaeger?"

"Sí, y los escarpinitos".

"Hay señales de otro diente?

"Lamento ausencia señal diente, pero peso aumentó una onza y tres cuartos".

La pregunta siguiente fué hecha por mí.

"Nena tomó solamente mitad mamadera esta noche. ¿Cree usted que esté mareada?"

"No. Eso suele suceder cuando está excitada. Debe tenerla tranquila antes de la hora de dormir. Ensaye un poco más de azúcar".

Océano antes de que terminase esa correspondencia llegó á eso de las diez de la noche.

El último telegrama que atravesó el

"Ningún inconveniente en darle un poquito de plantilla".

Pero tuve que consultar también á la camarera acerca de este punto.

A pesar de todos mis esfuerzos, la nena se hizo célebre. La camarera y yo, unidos en defensa de una causa, común, tuvimos que defender casi por la fuerza la entrada del camarote para impedir la intrusión de una muchedumbre de admiradores y al terminar el viaje un hermoso y noble vaso de plata que había sido comprado por telégrafo sin hilos desde á bordo del *Gigantic* fué regalado á la nena por los pasajeros y la tripulación.

A pesar de todo conseguimos que se respetase nuestra intimidad durante muchas horas por día y Rebeca y yo pasamos buenos momentos juntos. Inventamos un juego intensamente interesante para los dos y que consistía por su parte en arrojarse al espacio desde lo alto de una cómoda, con los ojos cerrados, y nunca dejaba de expresar sorpresa y delicia al ver que un par de brazos estaban siempre dispuestos á recibirla y salvarla. Y ella jugaba á buscar una aguja en una parva de pasto — la parva era mi pelo — y trataba de arrancarlo uno por uno. Manifestaba un desdén encantador hacia las leyes de la gravedad y nada me divertía más que el modo con que depositaba las cosas en el espacio cuando habían dejado de interesarle y se sobresaltaba con sorpresa cuando caían ruidosamente al suelo. Y pasamos bulliciosas horas de diversión acariciando y tratando de asir á la nena en el espejo. No estoy seguro de que el mejor momento no fuese de seis á ocho de la mañana. Rebeca estaba entónces en sus mejores bríos. También era incomparable cuando se bañaba.

Y así, corriendo el tiempo, llegó el buque á Liverpool, y una madre agradecida se llevó á la nena. Dormía cuando nos separamos, con su manecita gorda — un montoncito de deditos rechonchos — vuelta con la palma hacia arriba para dar apoyo á su mejillita. ¡Era una preciosura esa Rebeca!

. . . .

. . . .

No me gusta recordar los quince días terribles de soledad que pasé en mi casa. Nunca en mi vida me sentí tan intranquilo y descontento, ni tan deseoso de ocuparme é interesarme en algo. Creo que desde el primer momento me dí cuenta de que la cosa solo podía concluir de un modo. Resistí tanto tiempo como pude y por fin preparé mi equipaje y me fuí á ver á Rebeca. Era la primera de una serie de frecuentes visitas.

El mes entrante me casé con la señora de Holland y la única nube que empaña nuestra felicidad es que no he logrado convencerla todavía de que la quiero con todo el corazón y por sí sola. Para decir la verdad es así. Y es una suerte pues hay momentos en que me siento impulsado á creer que en estas circunstancias peculiares me habría contentado con una novia menos perfecta. Porque no existía otro modo de volver á adquirir por completo mis derechos de posesión sobre Rebeca.



La vida de Jorge Sand

Afinidades de Historia

Para los estudiosos de la psicología femenina no existe problema más curioso ni complejo que el que nos sugiere la vida de la talentosa escritora francesa conocida con el nombre de Jorge Sand.

El solo análisis de esta mujer como escritora constituiría una tarea pesada y ardua. Escribió con fecunda abundancia y con pluma más rápida que fácil. Escandalizó á sus contemporáneos con sus teorías y con la forma en que las aplicaba en sus novelas. Su capacidad de creación la colocó en la historia de la literatura francesa en un puesto que sólo es superado por Victor Hugo. Y hasta podría desafiar á Hugo por cuanto mientras éste traza sobre su tela figuras extrañas y monstruosas exageradas más allá del límite de lo que puede dar la vida, Jorge Sand retrata hombres y mujeres existentes cuyos instintos y deseos comprendre y que nos hace ver como si viviésemos en su intimidad.

Pero Jorge Sand nos intriga con peculiaridades con las cuales es difícil conciliarnos. Como mujer no parece poseer el sentido de la castidad; y sin embargo por otra parte no era groseramente sensual. Poseía en alto grado el instinto maternal y prefería ser una madre más que una querida para los hombres cuyo amor solicitaba. Pues buscaba el amor de los hombres abierta y francamente hasta que se cansaba de él. En muchos casos parece haber sido arrastrada por la vanidad y por el espíritu de conquista más que por la pasión. Su naturaleza contenía también elementos espirituales é imaginativos y era mucho mejor como compañera que en calidad de algo más íntimo.

Tal vez hallemos la explicación de estas contradicciones en parte en sus ascendencia, en parte en la historia de sus primeros años y en parte en las influencias de que estaba rodeada cuando era muy joven.

El nombre que recibió este extraño talento al nacer fué Amantine Lucile Aurore Dupin. Las circunstancias de su ascendencia y nacimiento fueron muy extraños. Su padre era teniente del ejército francés. Su abuela fué hija natural del mariscal de Saxe, quien á su vez era hijo natural de Augusto el Fuerte de Polonia y de la encantadora condesa de Königsmarck. Es un curioso árbol genealógico. Significaba fuerza de caracter, erotismo, terquedad, imaginación, valor y osadía.

Su padre el teniente Dupin vino á complicar las cosas al casarse con una parisiense de las clases bajas, una pajarera llamada Sophie Delaborde. Su hija, que nació en 1804, se jactaba más tarde de que por una parte procedía de reyes y nobles y por la otra era hija del pueblo y apta, por lo tanto para entender los sentimientos de la aristocracia y también los de los hijos del suelo.

Era también amiga de relatar las circunstancias que acompañaron á su nacimiento. Sus padres se hallaban en un baile en una residencia de campo de un compañero de armas. De repente madame Dupin abandonó el salón. No se atribuyó importancia al hecho y el baile continuó. Menos de una hora más tarde se llamaba á Dupin y se le anunciaba que su esposa había dado á luz una niña. La nueva fué traída por la tia de la cria-

Del "Century Magazine"

tura, la cual agregó este alegre comentario:

—Será una niña afortunada pues nació entre rosas, danzas y música.

Esto ocurría durante las guerras napoteónicas. El teniente Dupin servía á las órdenes del príncipe Murat y la niña á los tres años de edad acompañó al ejercito con su madre. Esta niña fué adoptada por uno de aquellos regimientos veteranos y aguerridos. Los rudos sargentos de pelo gris la acariciaban y mimaban. El príncipe mismo acabó por interesarse en ella y para agradarle se vestía á la niña con el uniforme verde de los húsares.



Aurora Dudevant, una de las novelistas más famosas del siglo XIX, más conocida con el nombre de Jorge Sand

Niñez de Aurora Dupin en Nohant

Pero todo esto no tardó en pasar y fué enviada á casa de su abuela, á la propiedad cuyo nombre está íntimamente asociado con el suyo, á Nohant, en medio

de una rica comarca, hermosos alrededores, aire puro y saludable. Allí cobró una afición á la vida rústica que no alcanzaron á disminuir las peripecias de su vida ulterior. Siempre fué muy amiga de los aldeanos y de los seres sencillos. Allí leyó mucho y estudió mucho todas aquellas cosas que podían contribuir á desarrollar sus dotes naturales. Su padre tenía mucha influencia sobre ella y ya desde que era niña solía gustar de su compañía. Le enseñaba millares de cosas sin que pareciese que se ocupaba en enseñarla. De él escribió Jorge Sand:

El carácter es cuestión de herencia. El que quiera conocerme á de conocer á mi padre.

Su padre, un hombre inteligente y cultivado, murió á consecuencia de una caída de caballo y desde ese día la niña creció sin ser sometida á una educación determinada. Un tutor que también administraba la propiedad pensaba con Rousseau que los niños debían ser criados de acuerdo con sus preferencias. Por lo tanto, Aurora leía poemas é historias infantiles; alcanzó ciertas nociones de latín y se dedicó á la música y á los elementos de las ciencias naturales. Durante el resto del tiempo vagabundeaba con los niños del campo, aprendía sus juegos y era su jefe en todo lo que hacían.

Su único pesar era saber que su madre estaba excluída de Nohant. La aristocrática abuela no quería admitir bajo su techo á esa nuera de baja extracción; pero quería mucho á su nietita. La niña manifestaba muchísima sensibilidad. Según nos dice Mr. Storr:

El estribillo sencillo de una canción pueril ó el canto monótono de un labrador bastaban para excitar sus fibras ocultas y arrancarle lágrimas. Como Blake caía en éxtasis involuntarios, veía visiones y oía voces, pero con esta diferencia que nunca confundió sus alucinaciones con realidades. Inventó una divinidad propia, una misteriosa "Corambé", semipagana y semicristiana, y le erigió un altar rústico con el césped más verde, los musgos más delicados y los guijarros más brillantes.

Esta vida se adaptaba á su naturaleza. Alimentaba su imaginación con nociones perfectamente sanas; y por vivir tanto al aire libre adquirió ese temperamento robusto que conservó durante toda la vida.

Cuando alcanzó los trece años su abuela la envió á un convento de París para que se educase. Podría suponerse que esta súbita transición de los bosques y los campos á la clausura de una casa religiosa le habría sido difícil de soportarla y que con su temperamento apasionado se dejaría arrastrar á manifestaciones ruidosas capaces de escandalizar á las monjas. Pero, allí, como en todas partes, demostró su asombrosa facilidad de adaptación. Hasta pareció que estaba en camino de volverse devota. Se dejó arrastrar por pensamientos místicos y manifestó el deseo de hacerse monja. Sin embargo su confesor era un conocedor perspicaz de la naturaleza humana y observó que era demasiado joven para comprender lo que era renunciar á las cosas terrestres. Además su abuela, que no deseaba que su nieta entrase definitivamente en un convento, acudió presurosa y volvió á llevársela consigo á Nohant.

La niña tenía diez y seis años á la sazón y su naturaleza compleja comenzaba á revelarse. No había nadie que la dirigiese, porque su abuela se veía im posibilitada para salir de sus habitaciones. Y así Aurora Dupín, provista entonces de soberbia salud y deseosa de reaccionar contra su vida de convento, se entregó á todos los entretenimientos con el ardor de la juventud. Leía con voracidad, libros religiosos, filosóficos, poesía. Era excelente música, hábil en el piano y en el arpa. Cierta vez, con inconsciente egotismo escribió á su confesor:

"¿Cree usted que mis estudios filosóficos son compatibles con la humildad cristiana?"

El agudo eclesiástico contestó con un algo de sana ironía:

"Abrigo dudas, hija mía, de que sus conocimientos filosóficos sean suficientemente profundos para suscitar orgullo intelectual."

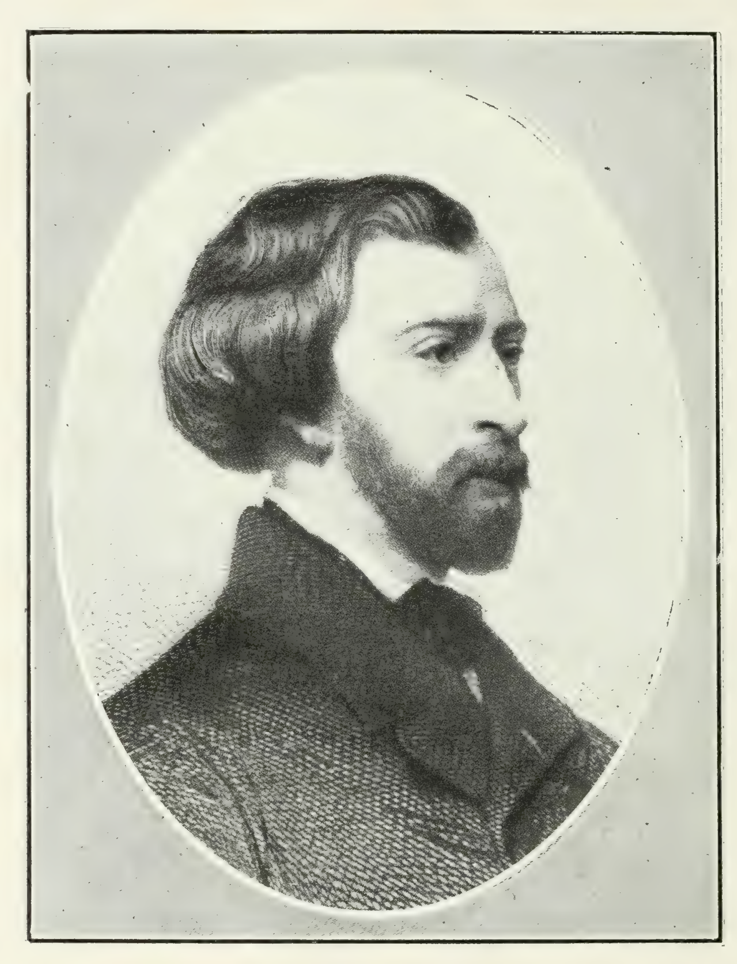
Esto picó el amor propio de la joven y la condujo á no tener tan alta opinión de sus propias habilidades; pero tal vez la disgustó también de sus libros.

Durante algún tiempo pareció haberse olvidado de su sexo. Dió en vestirse de varón y en fumar mucho. Su hermano natural, que era oficial, fué á Nohant, la enseñó á montar á caballo, á lo hombre, á horcajadas, y á domar potros. Se paseaba sin ninguna clase de compañía y flirteaba con los jóvenes de las inmediaciones. Las costumbres severas de la región hacían de ella una piedra de escándalo y el cura de la aldea hablaba de ella de un modo que revelaba poco tacto. Como represalias se negó á seguir asis-

tiendo á misa.

Este era su género de vida cuando su abuela murió en 1821, dejando á Aurora toda su fortuna que alcanzaba á quinientos mil francos. Como la joven no tenía más que diez y siete años fué colocada bajo la tutela del pariente más cercano de su padre, un caballero de posesión. Cuando fué leído este testamento, *grisette*, tendría que vivir entre las *grisettes*, y buscar sus amigos entre los amigos que visitaban á su madre. No podía pertenecer á ambos mundos á la vez. Debía decidir una vez por todas si prefería ser una mujer de sociedad ó una mujer enteramente excluída de los círculos á que había pertenecido su padre.

Debe respetarse á la niña por haber



Alfredo de Musset, poeta y dramaturgo francés cuyas relaciones con Jorge Sand son muy conocidas

después de las exequias, la madre de Aurora protestó violentamente y promovió una escena muy desagradable:

—Soy la tutora natural de mi hija—exclamó.—Nadie puede privarme de ese derecho.

La joven comprendió muy bien que en ese punto de su vida bifurcaban dos caminos. Si permanecía con su tío se hallaría para siempre clasificada entre la aristocracia. Si escogía á su madre que, aunque casada, era esencialmente una escogido en la forma en que hizo. Muy enterada de la situación, escogió á su madre; y tal vez no gustaría saber que hiciese de otro modo. Y sin embargo, á las largas, esto resultó un error. Entre ella y su madre no había nada de común. Aurora era talentosa, refinada, instruída, y había sido educada en un convento á la moda. La madre era ignorante y basta, como era inevitable en quien antes de casarse había sido en parte empleada de tendujón y en parte cor-

tesana. Las dos no podían vivir juntas mucho tiempo y por lo tanto no es de extrañar que Aurora Dupin se decidiese á casarse para hacer vida nueva.

Un casamiento desgraciado

Su fortuna era considerable para la época, y sin embargo no era suficiente para atraer hombres que fuesen sus iguales. Interesó sin embargo á una especie de hidalgüelo solariego llamado Casimir Dudevant. Era el hijo natural del varón Dudevant. Había estado en el ejército y estudiado derecho; pero no poseía aficiones intelectuales. Como joven, era elegible desde el punto de vista de las apariencias, pero pertenecía á un tipo rudo — era un hombre que con los años estaba predestinado á dedicarse á la bebida y á los vicios y que no se interesaba más que por su ganado, sus caballos y sus cacerías.

Sin embargo, parecía presentable. poseía cierta festividad de carácter que gustó á aquella niña de diez y ocho años; y por lo tanto quedó concertado el enlace. Aurora Dupin se casó en 1822 y él obtuvo el manejo de su fortuna.

Los primeros años de casados no fueron desgraciados. Tuvieron un hijo, Mauricio Dupin, y una hija, Solange, y ella les cobró cariño. Pero le era imposible seguir vegetando en una granja con un esposo que era un necio, un borracho y un avariento. Este iba degenerando, su esposa era cada vez más talentosa é instruída. Otras personas elogiaban su arte para la conversación. El le decía rudamente que no fuese tonta y callase. Si no callaba la obligaba a ello á bofetones.

Esto creó entre ambos una escisión que fué en aumento. Dudevant bebía cada vez más y con mayor frecuencia, y se burlaba de su esposa por que "parecía buscar las doce á las catorce". Siempre había sido dado á festejar las muchachas del campo y pronto dió en tener relaciones con la camarera de su esposa.

Madame Dudevant, por su parte, se sentía cada vez más ajena á este rústico brutal. Entabló lo que se llama amistad platónica — y en realidad lo fué — con cierto M. de Séze, abogado general en Burdeos. Con él, por lo menos, esta mujer de talento podía hablar sin ser tratada de tonta y él encontraba placer sincero en su compañía. El podría en realidad haber ido mucho más lejos si ambos no hubieran estado en una situación imposible.

Aurora Dudevant creía en realidad que estaba embargada por una pasión pura y mística. De Seze, por su parte creía que esta pasión mística era verdadero amor. Era un hombre de imaginación sensible y extremado refinamiento. En una visita que le hizo en Nohant le inspiró repulsión la clase de marido con quien vivía. Le causó una especie de repugnancia estética el pensar que había tenido hijos de semejante bruto. Por lo tanto se fué alejando de ella y sus relaciones se fueron desvaneciendo en la nada.

Poco después ocurrió que halló Aurora un pliego cerrado sobre el escritorio de su esposo. En el sobre se leía esta recomendación: "No se abra hasta después que yo haya muerto". En su correspondencia ella escribe lo siguiente con respecto á este episodio:

"No tuve la paciencia de esperar la viudez. Nadie puede estar seguro de sobrevivir á nadie. Supuse que mi esposo había fallecido y tenía mucho deseo de saber lo que pensaba de mí mientras vivía. Puesto que el pliego me estaba dirigido no había nada deshonroso para mí en que lo abriese."

Y lo abrió. Resultó que era su testamento, pero contenía en forma de preámbulo maldiciones contra ella, expresiones de desprecio y todo el torrente de imprecaciones vulgares de un carácter malvado y de un odio enconado. Concibió inmediatamente la gran resolución de su vida.

Madame Dudevant se dirige á París

Fué en busca de su esposo, lo halló en momentos en que destapaba una botella y arrojó el documento sobre la mesa. El se acobardó ante sus miradas, su firmeza y sus palabras de odio. Suplicó, se humilló y argumentó, pero no obtuvo más que una contestación:

—Quiero que usted me fije una pensión alimenticia. Me voy á París. Mis hijos quedarán aquí, en Nohant.

Por fin él cedió y ella se fué inmediatamente á París, llevándose consigo á su hija y la promesa de una pensión anual de mil quinientos francos sobre el medio millón que le pertenecía de derecho.

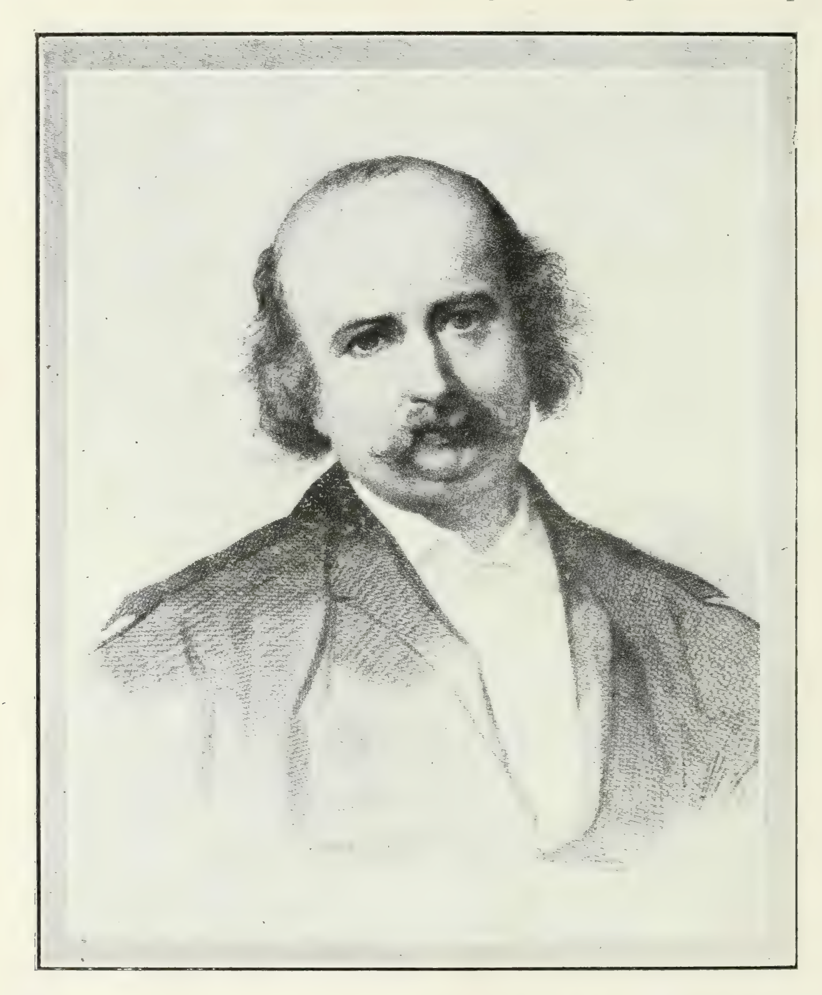
En París se transformó en una bohemia. Trató de ganarse la vida de diver-

sos modos y concluyó por dedicarse á la literatura. Vivía en una buhardilla, tenía muy poco que comer y frecuentemente se pasaba sin fuego en lo peor del invierno. Contaba con algunos amigos que la ayudagan lo mejor que podían, pues aunque colaboraba en el *Fígaro* sus ganancias el primer mes alcanzaron solamente á quince francos.

Sin embargo no se desalentó. Los editores y directores de diarios podían no hacerle caso, pero no desistiría de sus ambiciones. Vivió en el barrio latino é hizo á un lado todas las convenciones sociales. Usaba indumentaria masculina y con su inteligencia vivaz acabó por ser tan conocida en la margen izquierda del Sena como en los alrededores de Nohant ó en el pequeño mundo de su vida conventual. No tenía ya esperanzas de volver á tratarse con mujeres de la categoría á que había pertenecido. La influencia maternal dominó de más en más en ella. Escribió lo siguiente:

> ''Los convencionalismos son los principios guiadores de la gente sin alma ni virtud. La buena opinión del mundo es una prostituta que se entrega al mejor postor''.

Seguía en su profesión de periodista, permanecía todo el día en las oficinas del Fígaro y escribía todo lo que se le pedía — párrafos humorísticos artículos de revista y novelitas cortas — mientras que de noche erraba por las calles, visitaba los cafés, seguía vistiéndose de hombre, bebía vino agrio y fumaba cigarros baratos.



Jules Sandeau, novelista francés, que colaboró en la obra que constituyó el primer éxito de Jorge Sand

Uno de sus compañeros en esta clase de periodismo del día al día era un joven estudiante, escritor llamado Jules Sandeau, que tenía siete años menos que ella. Era en aquella época tan pobre como ella y las privaciones compartidas en común les acercaron más. Era talentoso, juvenil y sensible, y no pasó mucho tiempo sin que cayese á sus pies, besase sus rodillas y le pidiese que compartiese el amor que por ella sentía. Según ella le resistió durante seis meses y por fin se rindió. Los dos vivieron en el mismo alojamiento y durante algún tiempo se sintieron maravillosamente felices. Compartían sus tareas y sus diversiones y por primera vez sentía ella emociones que probablemente nunca había conocido antes.

No puede decirse qué importancia debe prestarse á los flirteos anteriores de Jorge Sand. Probablemente muy poca, puesto que ella no trató nunca de hacer callar las maledicencias. Aun antes de que abandonase á su esposo se le atribuían cuatro amantes. Cuando llegó el rumor á sus oídos, todo lo que dijo fué lo siguiente:

—Cuatro amantes para una mujer con pasiones como las mías no son nada.

Esta misma franqueza hace suponer que se complacía en escandalizar á sus vecinos de costumbres severas de Nohant. Pero si entonces se divertía con esos amores ahora se entregaba con entero abandono á su pasión, embriagada y fascinada por ella.

Hé aquí lo que escribe:

"¡Cómo quisiera hacerle comprender esta intensidad y alegría de vida que tengo en las venas y en el pecho! ¡Vivir! Qué dulce es y qué bueno, á pesar de las contrariedades, esposos, deudas, relaciones, habladurías, sufrimientos é irritaciones. ¡Amar y ser amada! ¡Es la dicha! ¡Es el cielo!"

En colaboración con Jules Sandeau escribió una novela llamada "Rose et Blanche". Ambos amantes no sabían que nombre colocar debajo del título pero concluyeron por decidirse por el pseudónimo de Jules Sand. El libro tuvo éxito, pero más tarde escribieron por separado, Jules Sandeau bajo su propio nombre y Madame Dudevand bajo el de George Sand, que ilustró más tarde.

Como novelista había hallado su verdadera vocación. Todavía no era muy conocida pero estaba en vísperas de alcanzar fama. En cuanto escribió "Indiana" y "Valentine" Jorge Sand se conquistó un puesto en el mundo de las letras. La grave revista que todavía existe bajo el nombre de "*Revue des Deux Mondes*", retuvo su colaboración por cuatrocientos francos por año y muchas fueron las publicaciones que le pidieron que escribiese folletines para ellas.

La vena que se notaba en todo lo que escribía era nueva y mordaz. Se decía de ella: "En las novelas de Jorge Sand, cada vez que una mujer desea cambiar de amante, siempre se halla Dios á mano para facilitar la transferencia".

En otras palabras predicaba el amor libre en nombre de la religión. No era una doctrina nueva en ella. Desde su primera ruptura con su esposo había fijado sus opiniones acerca de ciertas cuestiones y nos dice:

"No se tiene más derecho de invocar la propiedad de un alma que de invocar la propiedad de un esclavo".

Según ella los lazos entre un hombre y una mujer no son sagrados más que cuando están santificados por el amor; y distinguía entre el amor y la pasión en esta frase:

"El amor tiene tendencia á dar, mientras que la pasión trata de tomar."

En aquella época Jorge Sand tenía veintisiete años. No era hermosa aunque había en ella algo que llamaba la atención. De altura mediana, era muy delgada. Sus ojos eran algo saltones, y su boca tenía gesto triste cuando estaba en reposo. Sus modos eran peculiares y combinaban la osadía con la timidez. Su trato era casi tan abierto como el de un hombre de modo que era fácil entrar en relaciones con ella; pero cierta altivez y algo de orgullo aristocrático hacían comprender que tenía trazada una línea que no había de ultrapasar. Cuando estaba profundamente excitada hablaba con extraordinaria vivacidad, revelando una naturaleza ricamente dotada y deseosa de compartir sus tesoros.

Se ha descrito muy bien en una de sus novelas cuando dice:

"Es un pensamiento terrible y Jules no lo comprende. Se ríe de ello, y en medio de las

mejores dichas esa idea me sobrecoje, hiela mi sangre en mis venas y él me dice que esa es la muerte de que quiere morir. En semejantes momentos promete todo lo que yo quiero que prometa.''

La existencia que entonces llevaba era curiosa. Seguía visitando á su esposo en Nohant, con el objeto de ver á su hijo, y á veces, cuando se hallaba en la ciudad, iba M. Dudevant, á visitarla al alojamiento que compartía con Jules Sandeau. Había aceptado la situación y con toda su crudeza y falta de sentimiento parecía considerarla, sino como natural, por lo menos como divertida. Ocurriese lo que ocurriese mientras pudiese conservar el medio millón no era hombre de preocuparse de la manera de vivir de su esposa.

Se separa de Jules Sandeau

Mientras tanto comenzó á observarse una pequeña sombra en la novela de su vida. ¿Era su amor por Sandeau verdadero amor ó solamente pasión? En su ausencia por lo menos su sentimiento persistía. Aquí vimos antes que nada, el intenso placer trasformarse en una especie de cariño maternal. Desde Nohant enviaba á Sandeau cartas de adoración. Temía que su apetito delicado no fuese satisfecho en la forma que convenía. Hasta le enviaba dinero.



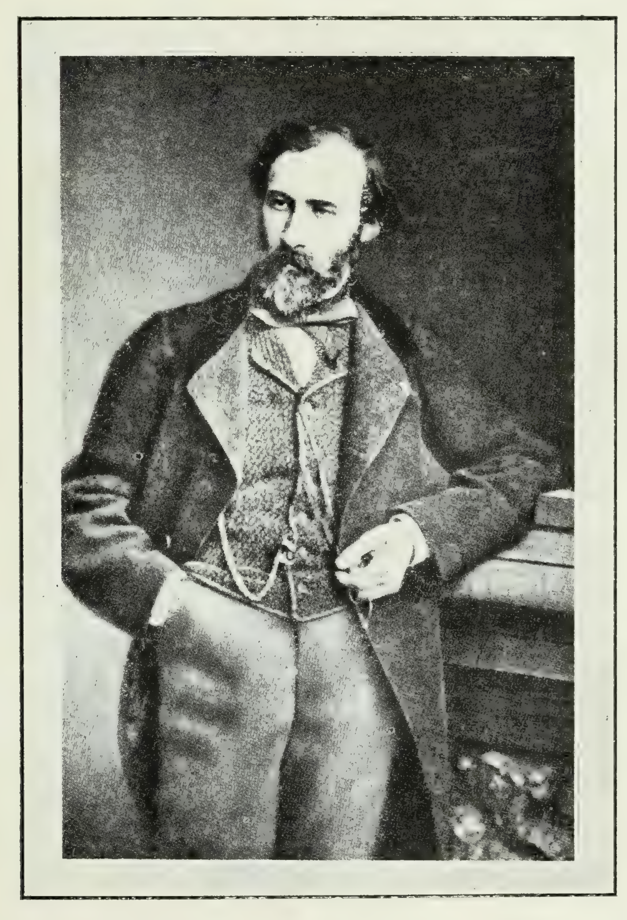
La célebre cantante de la Opera de quien se enamoró Alfredo de Nusset después de separarse de Jorge Sand

Y sin embargo hay momentos en que él la irrita. Aquellos que los conocían nos dicen que la naturaleza de Jorge Sand era demasiado apasionada y su amor demasiado exigente para él. Una de sus cartas parece decirlo con claridad. Escribe que se siente molesta y hasta con remordimientos al ver que Sandeau se consume. Sabe, confiesa que lo está matando, que sus caricias son un veneno y su amor un fuego devorador que lo destruye.

"La vida, — la vida palpitante — parecía moverse entre los rizos de su hermoso cabello negro; y ardía algo así como un fuego oculto gajo su cutis delicado y transparente. La expresión de sus ojos ardorosos, revelaba las terribles luchas internas, incesantes pero ocultas."

El lector de experiencia hallará en todo lo que se ha dicho la verdadera explicación de Jorge Sand. Exhuberante de vida, pero incapaz de amar ardientemente por mucho tiempo, fué la mujer que buscó conquistas sin dar en cambio más de lo que su temperamento le permitía. Amó á Sandeau tanto como amó jamás á cualquier otro hombre; y sin embargo le dejó el pesar de que nunca había sido enteramente suya. Tal vez sea esta la razón por la cual terminó tan abruptamente su novela y en forma no del todo apropiada á sus principios.

Ella había pasado algún tiempo en Nohant y regresó á París sin previo aviso. Era su intención dar una sorpresa á su amante, y se la dió por cierto. Lo halló en el aposento que había



Octave Feuillet, el novelista y dramaturgo francés que fué uno de los amigos íntimos de Jorge Sand

No es necesario comentar esta carta. Basta decir que arroja una gran claridad sobre la naturaleza del temperamento de Jorge Sand.

sido de ambos en momentos en que envolvía en sus brazos á una bonita planchadora. Así concluyó lo que fué probablemente la más sincera novela de

amor de la vida de Jorge Sand. Más tarde tuvo muchos amantes y mucho mayor número de admiradores, pero para ninguno fué realmente una verdadera compañera.

Desde aquel día cada uno de los jóvenes prosiguió independientemente por la vía de la fama. Sandeau fué más tarde un conocido novelista y dramaturgo. cesa. La mujer á quien había sido in- Fué el primer escritor del género que obtuvo ingreso en la Academia Franfiel á ser más grande todavía, pues su fama no fué solamente nacional sino cosmopolita.

Es interesante recordar una anécdota que se refiere á unos veinte años después. Cierta tarde, en las oficinas de la redacción de la "*Revue des Deux Mondes*" un caballero pequeño y calvo tropezó al entrar con una señora más bien gruesa y de cutis trigueño. El se disculpó con mucha cortesía y ella aceptó su disculpa de muy buen humor. Luego Sandeau sentándose junto al director, le preguntó en voz baja:

— ¿Quien es esa señora?

—¡Cómo! — exclamó el otro — ¿Lo pregunta usted en serio? Pues bien, es Jorge Sand.

Después de ser engañada por Sandeau, Jorge Sand se mostró insensible durante algún tiempo. No admitía el trato de los hombres y buscó la amistad de Marie Dorval, la talentosa actriz destinada á destrozar más tarde el corazón de Alfred de Vigny. Ambas se fueron al campo; y allí Jorge Sand escribió asiduamente, sentada junto al fuego, y demostrando ser una tierna madre para su hijita Solange.

Esta vida duró algún tiempo pero no podía contentarla. Recibía muchos visitantes procedentes de París, entre ellos Sainte Beuve, el crítico, quien trajo consigo á Prosper Mérimée, desconocido todavía, pero más tarde famoso como director de fiestas del tercer Napoleón y como autor de "Carmen". Mérimée poseía cierta fascinación en sus modales y los instintos de conquista de Jorge Sand volvieron á despertarse. Cierto día en que se sentía fastidiada, Mérimée le hizo la corte, ella le escuchó, según dice madame Karénie, "sin saber exactamente porqué". Esta fué una de sus más notables relaciones puesto que comenzó, se desarrolló y terminó en menos de una semana. Cuando Mérimée regresó de Nohant estaba destinado á no volver á ver á Jorge Sand, excepto mucho tiempo después en una comida en que ambos se miraron mucho, pero no se hablaron. Esta aventura le demostró sin embargo á las claras que no podía permanecer mucho tiempo en Nohant y que sentía nostalgia por París.

Regresó á la capital y se dice que fijó los ojos en Víctor Hugo, el cual estaba sin embargo demasiado enamorado de sí mismo para interesarse en nadie y especialmente en una mujer que era su rival en literatura. Se asegura que durante algún tiempo sus relaciones fueron con Gustavo Planche, crítico dramático; pero ella siempre lo negó, y su negativa puede ser tenida por sincera. Muy pronto, sin embargo inició el episodio que había de hacerla más famosa que cualquiera otra de su curiosa historia, pues conoció á Alfredo de Musset, que era entonces un joven de veintitrés años, pero bien conocido ya por sus poemas y sus comedias.

Jorge Sand y Alfredo de Musset

Musset era de familia noble. Tal vez le habría convenido más ser de estirpe plebeya pues había en él algo de degenerado. Su abuelo materno había publicado un poema humanitario sobre los gatos. Su tío abuelo escribió una novela muy pecular. El joven Alfredo era nervioso, delicado, algo epiléptico, y es auténtico que era dado á calaverear, lo que hasta entonces no había tenido sobre su salud más efecto que el de volverlo algo histérico. Era un joven muy hermoso, de modales exquisitos, ojos más soñadores que brillantes, nariz de ventanas dilatadas y labios bermejos siempre entreabiertos.

Tal era cuando Jorge Sand, que entonces tenía siete años más que él, le conoció y se interesó por él.

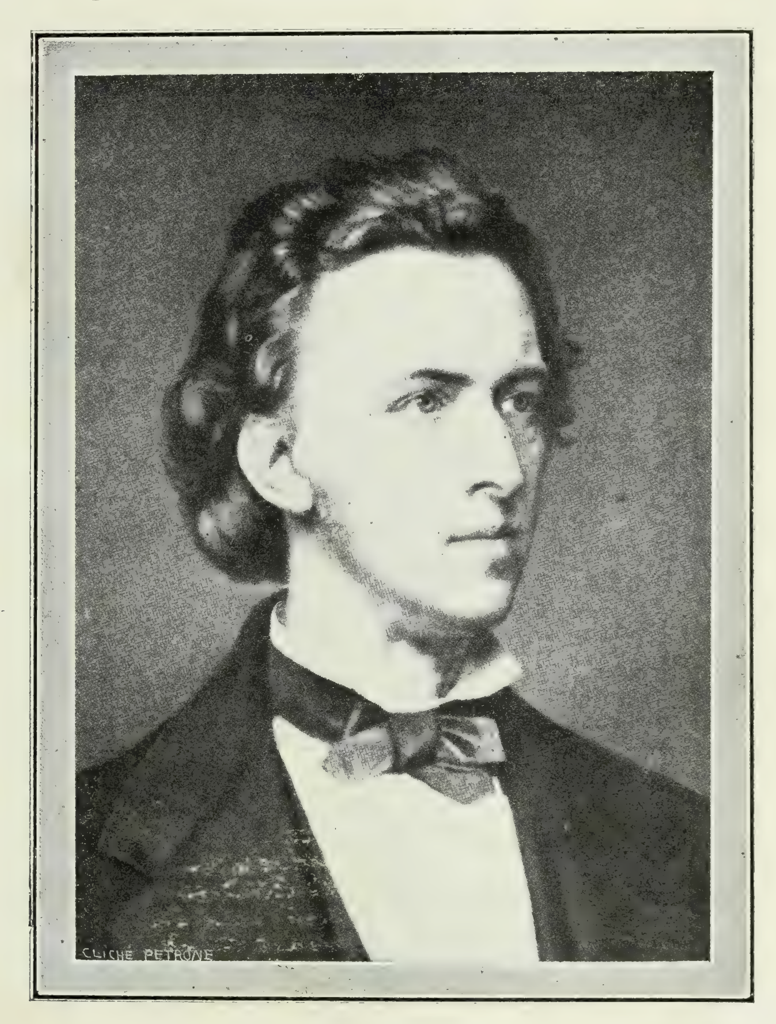
Hay algo que para la mente anglosajona parece mucho más absurdo que patético, en los acontecimientos que luego se desarrollaron. Una mujer como Jorge Sand á los treinta años tenía virtualmente doble edad de este joven nervioso de veintitrés, que hasta entonces conocía poco del mundo. Al principio pareció ella darse cuenta del hecho; pero su vanidad la llevó á iniciar la intriga, que debe haberle ofrecido muy escaso interés del principio al fin; pero

que para él, por algún tiempo, fué todo en la vida.

Hé aquí lo que ella escribió — pues nunca dejó de escribir:

"Me he enamorado — muy seriamente esta vez — de Alfredo de Musset. No es un capricho sino afecto sincero. De que soy capaz ahora, no lo sé."

Experimentado, según su costumbre y según nos dice Dumas, fué con Musset á pasar la "luna de miel" en Fontainebleau. Pero no podían permanecer allí



Federico Chopin, el famoso músico polaco, el mayor de los talentos cuya vida estuvo asociada con la de Jorge Sand

continuamente y decidieron más tarde hacer un viaje á Italia. Pero, sin embargo, antes de partir creyeron necesario obtener permiso formal... ¡de la madre de Alfredo!

Como es natural madame de Musset lo rehusó. Había leído las novelas de Jorge Sand y solía preguntar desdeñosamente.

— ¿No ha conocido esa mujer á ningún caballero en su vida?

Aceptaba esas relaciones, pero que se le pidiese que las sancionase era mucho exigir, aún á una madre francesa acostumbrada á muchas cosas. Y ocurrió algo verdaderamente raro. A las nueve de la noche Jorge Sand tomó un coche, se hizo conducir á casa de madame de Musset, á quién envió un recado diciendo que una señora deseaba hablarle. Madame de Musset bajó las escaleras y viendo que se trataba de una señora sola en un carruaje, subió al mismo. Jorge Sand prorrumpió entonces en un torrente de

elocuencia sentimental. Acabó por vencer la resistencia de la madre de su amante, le prometió que cuidaría mucho á ese joven delicado y por fin fué en busca de Alfredo que la esperaba en la estación de postas.

Partieron á la madrugada, pues su coche era el décimotercero en partir; pero los dos amantes estaban en disposiciones alegres y se divertieron durante todo el camino de París á Marsella. Hicieron en buque el viaje hasta Liorna; y finalmente, en enero de 1834, tomaron un departamento en un hotel de Venecia. A qué se debió que con su llegada á Venecia surgiese una rencilla entre ambos es cosa que nadie sabe. Jorge Sand nos ha contado el hecho y Paul de Musset, hermano de Alfredo, nos lo ha contado también, pero es evidente que tanto el uno como el otro omitieron una buena parte de la verdad.

Es probable que ese largo viaje había concluído por excitar sus nervios, y los hiciese conocerse demasiado bajo aspectos y en condiciones poco favorables. Así es como Pablo de Musset nos dice que la conversación de Jorge Sand era demasiado cínica y que se complacía en relatar á quien quería oirla las aventuras de su madre en el ejército de Italia, incluyendo sus relaciones con el general en jefe: También declaraba que había nacido al mes de casados sus padres. Es probable que dijese todas esas cosas, fuesen ciertas ó no. Se había empeñado en declarar la guerra á la sociedad convencional y hacía cuanto podía para escandalizarla.

Por otra parte Alfredo de Musset se enfermó después de haber perdido diez mil francos en un garito. Jorge Sand no sentía cariño por las personas cuando estaban enfermas. Personalmente trabajaba como un esclavo, escribiendo de ocho á treces horas por día. En breves palabras era intensamente práctica. Cuando Musset se enfermó mandó en busca de un joven médico italiano llamado Pagello, que había conocido por casualidad. Este concluyó por curar á Musset, pero también curó á Jorge Sand de su amor por Musset.

No tardaron mucho ella y Pagello en ponerse en camino de regreso á París, dejando al pobre, febricente, y gimiente poeta, mordiéndose las uñas y pensando cosas indecibles. Pero habría debido conocer mejor á Jorge Sand. Después de esto todos la conocieron. Supieron cuánto quería cuando pretendía querer y cuando se comportase como se comportó con Pagello, ninguno de sus amantes ulteriores debía quejarse más que de sí mismo.

Una historia repelente

Solamente los sentimentales pueden tomar á lo serio esta historia. Para ellos ofrece cierto interés mórbido. Les gusta recordar y el cuadro de Musset, gritando en su delirio, y saber que mientras tanto Jorge Sand, sentada en la rodilla de Pagello le besaba y bebía con él en una sola copa. Pero para las imaginaciones sanas toda esta historia es repelente, desde la visita de Jorge Sand á madame de Musset, hasta el fin de la aventura, la llegada de Pagello á París, donde su manera de hablar francés le ponía en ridículo.

Hay algo de sentiminto sincero en sus relaciones con Jules Sandeau, pero en lo demás sólo puede verse en Jorge Sand una especie de grisette semilibidinosa, como su madre lo había sido antes que ella. En cuanto á Musset, cuyo corazón se suponía que había quebrantado ella para siempre, un año más tarde estaba perdidamente enamorado de madame Malibran, y escribía para ella poemas que daban á conocer á todos sus relaciones.

Después del episodio con Pagello no puede decirse que la vida de Jorge Sand ofrezca nada de edificante, pues nadie puede suponer que fuese sincera. Había amado á Jules Sandeau tanto como era capaz de amar á nadie; pero todas sus demás afinidades tuvieron carácter de experimentos. Hasta volvió á ver á Musset, cuando no podían dejar de tratarse con suspicacia. Jorge Sand se cortó el cabello y lo regaló á Alfredo de Musset, ansiosa de conservar al poeta como una especie de conquista; pero él ya estaba cansado de ella, y este golpe teatral no surtió efecto.

Tuvo aventuras menos conocidas y menos humillantes. Trató de fascinar al artista Delacrix. Fijó los ojos en Franz Liszt que la maravilló al decirle que solamente Dios merecía ser amado. Manifestó deseos de conseguir el afecto de Dumas padre; pero este gigante bien humorado se contentó con reirse de ella, le dió buenos consejos y la invitó á fu-

mar y dejarse de sentimentalismos. Estuvo bastante enamorada de un ruidoso demagogo llamado Michel, abogado de Bourges, quien en cierta ocasión se encerró con ella en su aposento y le



Honoré de Balzac, el gran novelista francés, amigo de Jorge Sand que la describió diciendo que era un "soltero mujer"

espetó un discurso sobre sociología tan largo y tan pesado que acabó por cansarse de su charla y de sus zuecos de madera, de su gran saco sin forma, de sus anteojos, y de su gorra. Balzac sintió su facinación, pero no se preocupó de ella, pues dedicaba todo su amor á madame Hanska.

Mientras tanto visitaba á su esposo en Nohant, y reñía con él por cuestiones de dinero. En cierta ocasión habría hecho fuego contra él á no ser por las personas presentes que se interpusieron. Reconquistó su dote mediante un pleito de modo que estaba en situación desahogada, aún prescindiendo de sus ganancias literarias. Estas no eran tan importantes como podría suponerse por la popularidad y la cantidad de los libros que escribió. Se calcula que todas sus ganancias alcanzaron á un millón de francos en un período de cincuenta y cinco años. Es exactamente la mitad de lo

que Trollope ganó en el mismo período y la calificó con justicia de "adecuado pero no espléndido".

Una de las breves y extrañas intimidades que señalaron la carrera de Jorge Sand se produjo en forma curiosa. Octave Feuillet, hombre de familia aristocrática se dedicaba á escribir novelas en que pintaba el cinismo y dureza de las clases superiores en Francia. Una de esas novelas "Sybille" excitó la indignación de Jorge Sand. Esta no había conocido hasta entonces á Feuillet, y sin embargo le buscó con el objeto al principio de reñirlo por su libro, pero más tarde para agregarlo á su variada lista de amantes.

Se ha dicho de Feuillet que era una especie de "Musset domesticado". Sea como fuese era mucho menos sensible que Musset, y Jorge Sand tenía cerca de diez y siete años más que él. Se separaron después de algún tiempo, ella siguió escribiendo novelas muy diferentes de sus primeras producciones y Feuillet haciéndose cada vez más cínico y severo al fustigar á los hombres y mujeres anormales y neuropáticas que le rodeaban.

Jorge Sand y F. Chopin

La última crisis emocional de la vida de Jorge Sand fué la que se refiere á sus relaciones con Federico Chopin. Este fué el más grande de los genios que la amaron. Es hasta extraño que la haya amado. Ella lo conocía desde hacía dos años y no había pensado seriamente en él, aunque circula una versión según la cual en su primer encuentro ella lo besó aun antes de que le hubiese sido presentado; pero esto es probablemente inexacto. Esperó dos años y durante esos dos años tuvo tres amantes. Luego volvió á encontrar á Chopin en un momento en que estaba muy melancólico porque una muchacha polaca le había sido infiel.

Era el momento psicológico; pues le halló esta devoradora de corazones sentado al piano é improvisando una lamentación. Jorge Sand se estuvo de pié junto á él, escuchando. Cuando él terminó, alzó la vista y sus miradas se cruzaron. Ella se inclinó sin una palabra y lo besó en los labios.

¿Cómo era ella, cuando la conoció? Grenier nos la describe de este modo:

"Era baja y gruesa; pero su rostro atrajo toda mi atención, y especialmente sus ojos. Eran ojos asombrosos — tal vez demasiado juntos, grandes, con grandes párpados, y negros, muy negros pero de ningún modo lustrosos; me recordaron el mármol sin pulir, ó mas bien el terciopelo, y esto daba una expresión extraña, rara y hasta fría á su cara. Sus finas cejas y esos grandes ojos plácidos le daban un aire de fuerza y dignidad que no era sostenido por la parte inferior del rostro. Su nariz era un poco espesa y no muy bien formada. Su boca tampoco era bien dibujada y su menton era pequeño. Hablaba con mucha sencillez y sus ademanes eran muy tranquilos.

Tal como era, su afecto á Chopín duró ocho años. Al principio viajaron juntos y muy tranquilamente hasta Mallorca; y allí, así como Musset se había enfermado en Venecia, Chopín fué presa de fiebres. "Chopin tose con mucha gracia" escribía de él Jorge Sand y en otra ocasión:

"Chopin es el más inconstante de los hombres. Nada es permanente en él, excepto su tos".

Cierto día escribió con irritación:

"¡Chopín no es más que un inválido detestable!"

No era de sorprender que á veces se dejase llevar por sus nervios. Haciendo de enfermera, escribiendo con dedos atacados de reumatismo, robada por todos los que la rodeaban, y mirada con suspicacia por los aldeanos porque no iba á misa, puede perdonársele algunas palabras irritadas, cuando en realidad sus acciones eran bondadosas.

Más tarde regresó á París con Chopín y ambos vivieron abiertamente juntos durante siete años más. Una montaña de páginas han sido escritas acerca de sus relaciones. A esta literatura contribuyó en una buena parte Jorge Sand en persona. Chopin, que era un caballero, no escribió nunca una palabra; pero lo que él no dijo sus amigos y discípulos lo dijeron sin reparos.

Tal vez lo cierto esté en lo que era de esperar. Durante el primer período de fascinación Jorge Sand fué para Chopín, lo que había sido para Sandeau y para Musset; y concluyó por minar su salud. Pero más tarde esa especie de amor se desvaneció y fué reemplazado por algo semejante á la amistad. Sea lo que fuese, esta mujer le demostró como

no había hecho con ningún otro, una gran ternura maternal.

Pero en 1847 se produjo un rompimiento entre ambos. Cualquiera que fuese su motivo, parece que Chopin dijo de Sand:

"Nunca maldije á nadie, pero ahora estoy tan cansado de la vida que estoy muy á punto de maldecirla. Y ella sufre también, y más, porque se va haciendo más vieja á medida que se hace más perversa".

En 1848, Chopín dió su último concierto en París y en 1849 murió. Según algunos fué víctima de Mesalina. Según otros sólo se debió á Mesalina que viviese tanto tiempo.

De todos modos á su muerte se produjo un cambio en el modo de ser de Jorge Sand. Desde el punto de vista emocional era un volcán extinguido. Intelectualmente estaba en su mejor período. Escribía entónces naturalmente, sencillamente, historias de la vida rústica y cuentos para los niños. En uno de sus libros traza una pintura duradera de la guerra franco-prusiana, la cual vió una parte. Muchas agradables descripciones se encuentran en sus libros acerca de su vida en Nohant, donde constituía una figura singular, en trajes mal cortados, y fumando un sinnúmero de cigarrillos.

Había vivido mucho y bebido profundamente en la copa de la vida, cuando falleció en 1876. Puede creerse que no fué más que una mujer de perpetuas "liaisons". Aparentemente fué así, y sin embargo veamos lo que dice de ella Balzac en la intimidad de una correspondencia privada:

"Es "el soltero" mujer. Es una artista. Es generosa. Es abnegada. Es casta. Sus principales características son las de un hombre y por lo tanto no debe mirársela como una mujer. Es una excelente madre, adorada por sus hijos. Moralmente se asemeja á un muchacho de veinte años; pues en lo más recóndito de su alma es más que casta, es mojigata. Solamente desde el punto de vista exterior se conduce como una bohemia. Todas sus locuras son títulos de gloria á los ojos de aquellos cuya alma es noble".

Curioso veredicto. Su vida amorosa parece casi no ser la de un hombre ni la de una mujer, sino la de un animal. Y sin embargo ¿era en realidad responsable de lo que hacía, sin consideramos su extraña ascendencia, su casamiento desgraciado, las desilusiones de su vida anterior? — ¿Quién puede pronunciar sentencia, cuando nadie lo conoce todo por completo?

La cocinera (que recién viene del campo y no conoce las costumbres de la ciudad):

"¿Dígame señora, el carnicero me ha dicho que me dará el cinco por ciento sobre todas las compras que le haga por cuenta de usted.? ¿Qué quiere decir esto?"

*La patrona*s "Eso quiere decir, María, que vamos á cambiar de carnicero".

Un viejo enamorado dice á una preciosa joven: "Si usted me lo permite señorita, tendré el placer de hablar á su mamá...

La joven sin inmutarse:

— No tengo inconveniente en ello. Pero sin embargo dudo mucho que mi madre quiera volverse á casar.



Imogen se arregló el sombrero frente al espejo del Juzgado de Paz. Se sentía muy contenta al ir á casarse con el hombre que amaba

Casados y Enamorados

A no haber sido por el dinero de Bannerman se habrían dirigido inmediatamente sin más tardar y cruzando campos á la pequeña aldea de Tarrywell, donde existía un juzgado de paz.

Era extraño que un hombre que tanto había andado por el mundo hubiese conservado á tal punto sus preocupaciones juveniles contra la riqueza adquirida indebidamente. Pero no era de ningún modo extraño que una joven que durante dos años de su vida había disfrutado de todo el lujo y todos los privilegios que el dinero puede proporcionar mostrase adversión á volver á la mediocridad.

Cuando Imogen Darall se casó con el joven muy conocido Krizly Bannerman, tenía veinticinco años, y era bastante grandecita, según decían sus amigas, para saber lo que hacía.

— Hace mejor — decían — en casarse con un joven advenedizo presentable, con el cual sabrá desempeñarse con un millón ó algo así por año, por no escoger al joven Archie Butherford, del cual tal vez no esté realmente enamorada, y que sigue siendo pobre.

Rutherford había hecho cuanto había podido, excepto propalar habladurías, para impedir ese casamiento. No solamente el dinero de Bannerman, heredado de un padre que era un pillastre, era tan sucio como era posible, sino que el mismo Bannerman no era muy trigo límpio. Si Imogen Darall hubiese conocido la verdad en cuanto á él se refería, no habría podido casarse con él.

Pero no supo la verdad—ninguna joven la sabe en iguales circunstancias—y se había casado. Su luna de miel duró menos de veinte minutos. Salieron para Leroux en un automóvil ultrapoderoso de Bannerman. Este no estaba en condiciones de manejarlo. Precipitó su automóvil contra un sólido pilar de mampostería, y murió pocos minutos después, vomitando sangre mezclada con champagne.

Imogen había tenido tiempo de arrepentirse de su casamiento en cuanto se dió cuenta de que se había casado con un borracho, pero el sobresalto y emoción causado por esta muerte causó tanto desorden en su sistema nervioso que tardó un año en reponerse. Viajó fuera del país en compañía de su mamá no hizo ni recibió visitas, residió en los balnearios de Alemania, y conoció á la mitad de los especialistas en dolencias nerviosas de Europa. Su curación fué súbita é inesperada. Se acostó una noche en un

(Del *Cosmopolitan Magazine*).

estado de nerviosidad é irritabilidad extraordinarios y su memoria se complugo en evocar ante sus ojos épocas pasadas en que conociera á Archie Rutheford. Concluyó por dormirse profundamente y despertó completamente calmada y con gran apetito. Fué á llamar á la puerta del dormitorio de su madre:

—Mamá — gritó — ¡Qué felicidad! ¡He dormido toda la noche de un tirón y tengo hambre!

No sufrió recaídas. Agradables recuerdos y proyectos agradables para el porvenir fueron apoderándose de su pensamiento. Hubo conciencia por primera vez de la inmensa riqueza que le había dejado su esposo poco lamentado. Y se regocijó de que sú casamiento fuese tan corto.

— Si era su destino matarse en esa forma tan horrible — pensaba — doy gracias al cielo de que su muerte no haya ocurrido uno ó dos días más tarde.

Su mamá y ella partieron para París donde los millones de la hija causaron sensación. Sus visitas anteriores á dicha capital habían pecado desde el punto de la base financiera. El cambio en las circuntancias les pareció asombrosamente delicioso. Compraron ropa y perlas. Gastaron el dinero á cuatro manos. Cierta mañana Imogen fué otra vez á llamar al cuarto de su madre:

— Quiero ir á Londres, mamá.

Había sabido que Archie Rutherford estaba en Londres.

En cuanto se establecieron en el Ritz, ella envió por él. Desde ese día recorrieron todas las tardes las calles de Londres en automóvil de taxímetro y visitaron toda la capital. Los medios pecuniarios de Rutherford eran ilmitados y los taxímetros, las meriendas y cenas con Imogen y la señora de Darall redujeron su estadía en Inglaterra había proyectado una pequeña cacería en Agosto) pero juzgaba que la cosa valía el sacrificio.

— Siempre lo he querido, Archie, pero he tenido que sufrir contratiempos para darme bien cuenta de ello. Sería actualmente una pobre ruina sacudida por los nervios, á no haber sido por su recuerdo Cierta noche me decidí á pensar en usted sin reprimir mis pensamientos y al día siguiente estaba curada.

Esto ocurría en Westminster, al obscurecer, detrás de una tumba. Archie cuyo corazón se había venido llenando de desengaños y amargura, la envolvió en sus brazos, la besó y fué besado á su vez. Y ese primer abrazo fué muy largo en deshacerse.

Al regresar á Londres esa noche hablaron de casamiento y convinieron en que la muerte de Bannerman era demasiado reciente.

— Creo que debemos esperar otros seis meses ó un año, — dijo Imogen — Pero, querido mío, si se pudiese hacer lo que se desea, hoy mismo sería. Podríamos irnos á vivir á algún sitio agreste de Escocia, donde hay ''grouses'' y venados, y salmones y fresas.

— Por favor — dijo Archie — No hable usted así. Ya sabe que yo no podría.

— ¿No podría qué?

— No podría darme vida lujosa con el dinero de Bannerman.

— No es el dinero de Bannerman — dijo ella. — Es mi dinero. Y lo que es mío es de usted.

—No he de criticar á ninguna muchacha — dijo Rutherford — y á usted menos que á nadie, porque gaste cualquier dinero que caiga en sus manos. Pero tratándose de mí es cosa distinta. El dinero de los Bannerman es dinero muy sucio. No podría tocarlo. Usted sabe lo que siempre he opinado de algunos ricos y de sus fortunas. Usted parecía estar conforme conmigo al respecto. Pero no piensa ya lo mismo. Yo no he cambiado.

— Pero ¡qué idea, Archie!

— Mire — dijo él — Tengo lo suficiente para que vivamos los dos decentemente. Si usted me quiere esto ha de bastarle.

—¿Volver á la mediocridad, á la economía, á las privaciones, á contar peniques? ¡Oh, Archie! — La voz estaba llena de reproches, medio humorísticos y medio apenados.

— Allá, en la Abadía — dijo Archie —¿importaba que fuésemos ricos ó pobres?

Los ojos de la joven brillaron como estrellas y los colores subieron á sus mejillas.

—Hasta nosotros mismos, no podríamos pasarnos la vida besándonos.

El se rió y dijo: ''Podríamos poner en ella nuestra ambición y hacer lo que pudiésemos''.

— La experiencia humana — dijo ella — nos aseguraría el fracaso. Querido



Se incorporó temblando y volvió á caer inmediatamente en el heno, como si hubiese sido herida por un trueno mas violento y estruendoso que estalló en ese instante.

mío, ahora que soy otra vez dueña de mis nervios, el tener océanos de dinero es para mi una gran dicha. Y si miramos bien las cosas no es posible que con su ayuda dejemos de hacer algun bien en torno nuestro.

— ¿Conoce usted por casualidad el orígen de la fortuna de los Bannerman?

— ¡Pues no! — dijo ella — Lo de siempre, acero, cobre, ferrocarriles, tranvías, la Bolsa.

— Eso fué en los últimos tiempos — dijo Rutherford — ¿Pero sabe usted

de donde sacó el viejo Judas su primer millón?

— No — dijo Imogen — No lo sé.

— No me gusta mucho decírselo; pero es cosa bien conocida.

— Hágame el favor de decirlo.

Rutherford frunció las cejas mientras meditaba:

— Pues bien — dijo por fin — Salió de la trata de blancas.

— ¡Qué horror! — exclamó Imogen — ¡Oh, qué horrible! ¿Y piensa usted que papá y mamá lo sabían?

Tal vez no se habría atrevido Rutherford á hablar, pero Imogen no le dió tiempo de decidirse.

—¡No conteste! — exclamó — Prefiero no saberlo. — Sí; lo prefiero.

—¿Y así fué como obtuvo su primer millón? ¿De ese modo?

— Dificilmente habrá hombre peor que el viejo Bannerman — dijo Rutherford. — ¿No me censurará ahora por no querer aprovechar ese dinero?

— No — dijo Imogen — Pero daré un millón de dollars... dos millones... para construir casas en Nueva York para las jóvenes sin protección.

— ¡Y guardará el resto!

— ¿Es posible que yo, ó cualquiera otra persona, deshaga lo que hizo Bennerman? ¿Si él no lo hubiese hecho, no lo habría hecho cualquier otro? No veo en realidad lo que ganaríamos con resolvernos deliberadamente á ser pobres. Yo lo amo Archie, pero me gustan las casas grandes, y las rosas, y los caballos y los hermosos cuarto de baño.

— ¿Y todo eso lo prefiere á mí?

—¡Bien sabe usted que no! Pero por naturaleza soy gastadora. No me pida que haga lo que concluiría por hacerme desgraciada. ¡Oh, querido mío, usted no sabe como somos las mujeres! No puede figurarse qué placer tenemos en gastar. Ese terno que tiene puesto... recuerdo cuando lo estrenó... fué antes de mi casamiento. Está tan chic como hace tres años. Pero qué parecería yo con un traje de tres años. Deje que dé esos dos millones. Eso bastará para aplacar la conciencia... y después viviremos felices y contentos juntos.

Y meneó la cabeza. Y reinó un silencio molesto para ambos.

— Es decir que no quiere usted que sea como yo le pido — dijo ella por fin con voz casi suplicante.

— Usted y yo, y lo que yo tengo — dijo él — Eso es lo que deseo. No puedo, no; no puedo aceptar nada de lo que perteneció á Bannerman. Cuando supe que usted estaba decidida á casarse con él, debatí mucho conmigo mismo para saber si le mataría ó no. Pero parece que alguien más poderoso que yo había resuelto que no era digno de vivir.

— Por favor...

— ¿No es admirable Londres — dijo él — cuando ponen por primera vez en las ventanas los tiestos de flores? ¿Quién pensaría que algo tan antiguo y perverso podría parecer tan joven é inocente?

— Mi querido Archie, ¿está usted realmente determinado á no casarse conmigo tal como soy... quiero decir, con lo que poseo?

— Querida mía — dijo Archie. — No puedo. No está en mi hacerlo. No me casaré mientras tenga ese dinero.

— ¡Oh! — dijo ella — Si yo hubiese nacido rica, ¡que fácil me sería abandonarlo todo y seguirlo á usted! Pero nací pobre. Sé lo que representa la pobreza... con sus miserables expedientes y recursos para conservar las apariencias..... con todos los impulsos generosos ahogados en su germen. ¡Si solamente no lo supiese! Pero la conozco demasiado. No quiero volver á ella, Archie. No lo haré. Ni siquiera por usted, querido mío.

Transcurrió un año durante el cual ambos se habían empecinado más en sus respectivas determinaciones. Pero no había disminuído el cariño que los unía... más bien había ocurrido lo contrario. De modo que por momentos, Archie llegaba hasta á pensar que era peligroso para ambos que se viesen muy frecuentemente.

—Estamos en camino de arruinar mutuamente nuestras existencias — se decía á sí mismo. — Debería renunciar á esto... irme á cualquiera otra parte... para olvidar y ser olvidado. ¡Porque no lograré que entienda lo que es razonable!

Imogen no quería entender nada. En otras palabras no se cansaba de su dinero.

En las propiedades de Bannerman, que rodeaban á la pequeña aldea de Tarrywell había hecho construir una hermosa casa blanca y establecido deliciosos jardines verdes en los cuales los aras y los papagayos ostentaban ventajosamen-

te su plumaje, Ponía á contribución toda su imaginación, que era activa aunque poco ejercitada, para gastar cuanto pudiese.

La propiedad conservaba todavía huellas de las antiguas granjas de que había sido compuesta. En uno que otro sitio se veía algún caserón antiguo que todavía no había sido demolido, y en algunos puntos era necesario rellenar antiguos sótanos y derribar paredes viejas. Pero Imogen tenía numerosas cuadrillas de italianos que trabajaban constantemente, y acre por acre, el hermoso aunque rústico paisaje antiguo se iba transformando en cultivos refinados y en parques.

Archie había ido ese día á almorzar, y por ser ese día de Junio fresco y tonificante, ambos habían resuelto dar un paseo en torno del lago donde se estaba construyendo un nuevo dique, y lo continuarían tal vez hasta la parte no transformada todavía.

—Allí es donde comienza el parque zoológico, dedicaré diez mil acres á los animales.

Mientras se dirigían al lago, y también después que se internaron en la parte rústica de la propiedad, conversaron de aquellas cosas que más les interesaban; es decir que trataron de llegar á un acuerdo que los conciliase á ambos, y como de costumbre fracasaron. Llegaron por fin á lo alto de una colina rocosa, que dominaba una pradera invadida por las malas hierbas, en medio de la cual aún subsistía medio arruinado un antiguo depósito de heno y la chimenea ennegrecida de una casa quemada mucho antes. El cielo se había encapotado. El viento que ahsta entonces había sido fresco y fuerte se había aplacado por completo. El calor se había hecho intenso. Hacia el noroeste se iban acumulando grandes nubes de tormenta que avanzaban rápidamente.

—Usted y yo — dijo Archie, riéndose —vamos á mojarnos en grande.

—No; si podemos llegar á tiempo á aquel galpón — dijo ella. Y riéndose como niños se pusieron á bajar la cuesta de la colina á todo correr.

A cortos intérvalos se hacían oir los truenos prolongados y distantes, pero la lluvia, salvo alguna que otra gran gota pesada, no se descargó antes que llegasen al antiguo galpón. Durante un instante se detuvieron en la puerta, contemplando como se obscurecía rapidamente el paisaje, y el brillo extraordinario que el verde de Junio tiene bajo las nubes de tormenta. Estaban excitados y risueños como ocurre generalmente cuando se producen perturbaciones eléctricas, y los primeros relámpagos y truenos cercanos les causaron una especie de placer medroso.

Algunas personas sostienen que nunca se han sentido atemorizadas durante una tormenta. Es porque los rayos no han estallado á suficiente proximidad de donde se hallaban.

Hasta el mismo Archie, que sin embargo poseía mucha sangre fría, llegó á sentirse asustado. La pradera frente al antiguo galpón era muy oscura, y gracias á los rayos perpendiculares de la lluvia se asemejaba en algo á los esbozos de Rembrandt. Y hasta para el oído más obtuso era evidente que cada trueno era marcadamente más sonoro y poderoso que el anterior. Por fin estalló, acompañado de un estruendo espantoso. Imogen lanzó un grito, y Rutherford dió un paso atrás como por el efecto del retroceso de una escopeta patera.

—Esto no me gusta nada, Archie — dijo Imogen, casi sin alientos — Creo que sería mejor cerrar la puerta.

Rutherford interpuso entre la tormenta y ellos la endeble y desvencijada barrera. Y se hallaron en completa obscuridad.

—Lo peor ha de haber pasado — dijo Rutherford. Y no había concluído de hablar cuando cuatro detonaciones sucesivas y ensordecedoras estallaron casi juntas, y pareció que la construcción que los guarecía se mecía como una cuna.

Se retiraron, sin saber exactamente porqué, hasta el medio del galpón, donde Imogen tropezó con un montón de heno seco, y cayó de rodillas. Se incorporó temblando y volvió á caer inmediatamente en el heno, como si hubiese sido herida por un trueno más violento y estruendoso que los demás que estalló en ese instante. La luz de los rayos penetraba á través de las grietas y hendiduras de las ventanas, y alumbraba sus rostros.

La lluvia caía ahora á torrentes y golpeaba ruidosamente el techo. El viento aullaba y silbaba. Archie al ver el terror que expresaba el rostro de Imogen se

arrodilló y la envolvió en sus brazos. Ella ocultó su rostro en el pecho del joven, temblorosa y estremecida.

—No es nada — decía él — No se asuste.

El valor le había vuelto, y su espíritu estaba más ocupado de la mujer que tenía en sus brazos que de las terribles

resistió. Y con palabras entrecortadas, donde el afecto se mezclaba con el miedo, le devolvió sus besos.

La tormenta pasó y se alejó con rugidos que se fueron perdiendo á la distancia. De repente la granja pareció extraordinariamente iluminada.

—¡Archie, Archie, El fuego!



Se estuvieron sentados en la terraza después de comer, tomando café y contemplando el lago

manifestaciones de la tormenta. La hablaba, tratando de tranquilizarla como si fuese un niño. Y ella le tenía abrazado con fuerza. De repente las palabras le faltaron y sintió que la sangre latía en sus venas como tambores. La tomó del mentón, le hizo descubrir el rostro que ocultaba en su pecho y la besó. Ella no

Un rayo había caído sobre el edificio pero no lo había notado. Salieron del galpón y llegaron á la pradera empapada. Luego se volvieron y contemplaron sin hablar como ardía su reciente refugio.

—¿A dónde me lleva Archie, querido mío? — dijo ella.

—No regresemos á la casa, hija mía — le contestó él. — Vamos á Tarrywell.

—¿Para qué?

—¿Y tienes que preguntarlo?

—¿Vamos á casarnos, Archie?

—Por supuesto.

—Archie, querido mío, no.. no me desprecias?

—¿Yo! ¡Despreciarte!

Volvieron á abrazarse estrechamente, de pie en el pasto mojado.

II

No había porqué extrañarse de que un hombre que exigía tanto dominio de sí mismo y rectitud en los demás hubiese pecado y escapase con muy leves reproches de su propia conciencia. Haga lo que haga el hombre, sólo se avergüenza realmente de sí mismo cuando su conducta es conocida y se le pone frente á sus delincuencias morales. Y también es difícil, en estos días de ilustración, para un hombre sensato, comprender cómo el espacio de pocas horas puede representar la diferencia entre cumplir un mandamiento y quebrantarlo. Así habría po-

dido preguntarte Rutherford qué diferencia hay entre un hombre y una mujer que no están casados y viven el uno con el otro toda la vida, y son constantemente fieles, y un hombre y una mujer que están debidamente casados. Y habría llegado á convencerse á sí mismo de que no hay ninguna. Los contratos, pensaba, no son necesarios para la gente de honor. Cuando se realizan negocios con ciertas personas es necesario un contrato escrito y firmado, para no ser engañado y estafado, pero cuando se trata de un caballero, basta con su palabra.

Mientras el juez de paz de Tarryville buscaba los testigos necesarios, Imogen telefoneaba á su casa para que le mandasen un automóvil, y se arreglaba el sombrero frente al espejo del juzgado. Estaba muy contenta de casarse con el hombre que amaba. Y no sentía la necesidad de aplacar su conciencia con sofismas. Lo que la gente pensaría de un casamiento tan súbito era cosa que la preocupaba muy poco. Tenía el marido que amaba, y conservaría el dinero necesario para su bienestar; y lo demás no importaba. Lo único que temía era que Rutherford tuviese dificultades con respecto al dinero.

—Me parece — se decía con una sonrisa oculta — que ahora ya no podrá decir nada de la moral de los demás.

Y estaba contenta. Quería un marido y no un censor. Se imaginaba que Rutherford telefonearía á New York para que llegase su mucamo y le trajese su ropa y que se instalaría en su casa nueva.

—¿Para qué? — dijo ella. — Parker podrá seguramente reunir tus cosas y traértelas. No es necesario que regreses á Nueva York. Y además tienes los pies empapados.

Entre el juez de paz, que se había ido á despedir á la puerta de los recién casados, y el chaffeur que los esperaba en el automóvil no había más que unas cinco varas de camino enarenado, de modo que no podía prolongarse la discusión. Era necesario abreviar argumentos.

—Nada ha ocurrido — dijo Archie— que me haga cambiar de opinión acerca del dinero de Bannerman.

Ella irguió un poco la cabeza y su actitud se hizo más rígida.

—Si esa es su opinión no tengo nada que decir.

—Comprenda...

—Comprendo, — dijo ella — que lo que lo usted hizo no fué casarse conmigo, sinó reparar nuestra culpa. Se lo agradezco mucho.

—Usted no me comprende. Ahora no podemos hablar.

El la ayudó á subir al coche, y ella dijo al chaffeur que los condujese á la estación. Archie trató de tomarle la mano; pero ella estaba ofendida y no se lo permitió. Mandó al chauffeur á la boletería para que se informase acerca de la hora en que salían los trenes y se volvió hacia su esposo.

—¡Pronto! — le dijo — ¿Cuál es su idea?

—Ya lo hemos discutido demasiadas veces.

—Hijo mío, almorzaste conmigo esta mañana. Fué pagado, ó será pagado con el dinero de Bannerman. Estás sentado en un automóvil comprado con el dinero de Bannerman. Estos no son más que montoncitos de tierra, Pero las montañas están hechas de lo mismo. No veo la diferencia.

—Si renunciase usted al dinero de Bannerman — dijo él — Podría yo darle de almorzar y probablemente un automóvil. Lo que me es imposible es aceptar cosas que yo no podría comprar personalmente.

—¿No hemos de vivir juntos, entonces?

—No en las condiciones en que vives.

—¿Ni siquiera me visitarás?

—Claro que sí. Pero también habrás de visitarme, de modo que quedemos siempre á mano.

Ella se sonrió y se sonrojó levemente.

—Creo que sería lindo si mandases ahora mismo á buscar tus cosas, y me hicieses la primera visita. No está bien ser recién casada y que el marido se vaya por el primer tren.

Dejó ella caer su mano en las del joven, y este sintió que su resolución flaqueaba.

—¡Hay tantos telegramas que mandar! — dijo ella. — Sería preferible que lo hiciésemos juntos. Y ahora que pienso, por buenas que sean tus razones, si me abandonas inmediatamente después de casados, la gente lo sabría seguramente y se sentiría intrigada, y se pondría á pensar quién sabe cuantas cosas desagradables.

—No había pensado en eso — dijo él. —¿Puedes recibirme durante algunos días? Claro está que tengo muchísimas ganas de quedarme. Pero después habrás de venir á pasar algunos días conmigo... lo bastante para que puedas darte cuenta de si te es posible vivir con lo que puedo darte.

El chauffeur volvió diciendo que habría un tren dentro de tres cuartos de hora.

—No nos conviene — dijo Imogen — regresamos á casa. ¡Ah! MacCalthine, le diré que el señor Rutherford y yo acabamos de casarnos.

Se estuvieron sentados en la terraza después de comer, mientras tomaban café y contemplaban el lago. El mecanismo de la casa de Imogen estaba bien aceitado. Y nadie sabía mejor que Rutherford hasta qué punto una renta inmensa puede dar comodidades á un hombre. Tenía todos los gustos de los multimillonarios, ó más bien tenía todos los gustos que deberían tener los multimillonarios. Felicitó á su esposa.

—Imogen — le dijo. — Te desempeñas admirablemente.

—¿Lo sabías?

—Mucho mejor que algunas personas que disponen de recursos ilimitados.

—Te gustaría mi manera de disponer mi casa.

—Me gustan sobre todo tus sirvientes. Nunca se les vé cuando no se les necesita. ¿Los elijes personalmente?

—Sí. Tenerlos como es debido es tan importante para mí como llevar ropa bien hecha. Y no tendré muchas dificultades. Es muy fácil tenerlos contentos y satisfechos sin echarlos á perder.

—No conozco á nadie que ame más que yo al dinero — dijo Rutherford. — Es un verdadero suplicio para mí no poder vivir en la forma en que vives.

—No hablemos de esto ahora. Nos pertenecemos uno á otro, eso es lo principal. Y será un gran placer ir á todas partes contigo... con tu dinero.

—Si viajamos — dijo él — podremos hacerlo en primera clase; pero tendremos que ser muy cuidadosos con los hoteles y con las cosas costosas. Estoy nervioso. No puedo estarme quieto. Desearía dar un paseo teniéndote asida por el talle.

—¿Te gustaría? — dijo ella poniéndose de pie.

—¡Cuántas veces he soñado con esto! —dijo Archie. — Sólo que en mis ensueños era mía la terraza, y la casa de mármol y el lago, y todo te lo daba yo... en vez de darte solamente un nombre.

—Rutherford es un hermoso nombre —dijo ella. —Estaba enferma de oirme llamar Bannerman. ¿Sabes, Archie, que dí los dos millones para la casa destinada á las muchachas sin protección? — Se rió y se sonrojó. — Los dí anónimamente. Era solamente para satisfacer á mi conciencia. No era necesario que los demás supiesen lo que pensaba del dinero de los Bannerman.

—Opino que te has portado espléndidamente.

—Y esto no.. esto no te hace pensar de otro modo, del resto — dijo ella. — ¿No te parece más límpio?

—Hemos convenido en no hablar de ello esta noche.

Ella suspiró.

—No debemos pensar en nada que nos moleste. Esta es nuestra luna de miel.

—Yo debería no sentirme tan feliz — dijo ella. — Yo debería sentirme culpable, pero no puedo. Hemos sido culpables ¿sabes?

—Yo lo fuí — dijo él. — Pero no había amargura ni sentimiento en su voz. Su tono era más bien triunfante.

Ella se rió.

—Los hombres son tan fatuos.... siempre creen que la culpa es de ellos.

—No comprendo. Claro está que la culpa es mía.

—Archie, — dijo ella — ¿Cuando viste que iba á haber tormenta, en qué pensaste?

—En que nos mojaríamos — contestó él.

Imogen volvió á reirse.

—¿Porqué? — dijo él — ¿en qué pensaste tú?

Por toda contestación ella se desasió de su brazo y le rodeó el cuello con los suyos.

—Bueno ha de ser — dijo — todo lo que concluye bien. Dime que también piensas lo mismo, Archie.

—No lo pienso. — Dijo él. — Estoy convencido de ello. ¡Oh, querida mía!

. . . .

Si se tiene en cuenta la gran diferencia entre sus rentas respectivas, se arre-

glaron para estar juntos mucho tiempo. Y había gente que sostenía que los Rutherford estaban casados en una forma ideal. Los amigos de Rutherford decían: "Tiene la mujer que quería, sin renunciar del todo á su libertad ni su independencia de soltero. Conserva su antiguo apartamento, y cada vez que ella viene á pasar uno ó dos días en la ciudad la recibe en su casa. Si él desea respirar un poco de aire de campo se vá á la residencia de su esposa, y esta lo mima tanto como puede. El no acepta más que lo que puede devolver con intereses. Claro está que es muy absurdo — el dinero es el dinero. Pero Archie siempre tuvo ideas quijotescas, y vivió de acuerdo con ellas, y no por eso deja de ser simpático."

Claro está que había algo que decir en favor de este arreglo. Evitaba esa familiaridad continua é incesante que trae consigo la frialdad si no el desprecio. Siempre eran nuevos, frescos é interesantes el uno para el otro, y siempre deseaban inmensamente su mutua sociedad. Cuando se reunían, Imogen decía: "¡Por fin!" y cuando se separaban "¿Tan pronto?"

Siempre tenían mucho que contarse y temas que se habrían agotado si se hubiesen tratado más cotinuamente. Cada vez que se veían se sentían sinceramente felices. Su casamiento tenía todo el delicioso aspecto del noviazgo: reuniones llenos de arrebatos, interminables despedidas. Núnca se veían en sus malos ratos. Cuando Archie visitaba á su esposa sentía que era también su huésped, y tenía placer en conducirse con toda la corrección que ese papel le imponía. A veces, aunque no siempre, cuando se sentía con disposiciones puerilmente románticas, iba á verla sin avisarla. Cierta vez lo hizo tan tarde en la noche, que todos estaban acostados en la casa y tuvo que arrojar arena á su ventana para despertarla. Ella se asomó al balcón é hizo que no le reconocía. Tuvieron un delicioso flirteo. Y por fin ella se rindió y le permitió que entrase.

Cada vez que sonaba el teléfono de Archie, se apresuraba éste á acudir con la esperanza de oir la voz de su amada: "¡Archie, estoy en la ciudad! ¿Puedes convidarme á comer? ¿Y tienes alojamiento para mí?

Era un casamiento delicioso.

Pero fué mientras viajaban fuera del país con el dinero de Rutherford, cuando aparecieron las primeras dificultades en este Edén excéntrico.

III

Aunque Imogen era naturalmente gastadora, la falta de recursos de sus padres la había acostumbrado al conocimiento y á la práctica de la economía doméstica. Nada sin embargo le había sido más fácil que descartar, desconocer, y hasta olvidar esa práctica y ese conocimiento. Había disfrutado demasiado tiempo del dinero de los Bannerman para ser ya un éxito como mujer de un hombre pobre.

Porque había hallado delicioso y romántico el visitar á su esposo durante un día ó dos de tiempo en tiempo, pensaba que le sería fácil y agradable reprimir sus inclinaciones derrochadoras durante seis meses ó un año. Proyectaron, en caso que aún les durase el deseo después de visitar á Londres y París, un viaje al rededor del mundo. La desilusión de Imogen comenzó al observar las condiciones en que su esposo había arreglado el viaje á bordo del Mauretania.

La última vez que había atravesado el Océano, había ocupado con su madre uno de los departamentos de lujo — con dormitorio, cuarto de baño, sala, comedor y repostería. Eso se asemejaba mucho á la vida en una bonita residencia de playa. Actualmente se veía obligada á dormir en una de las dos estrechas cuchetas, ó en un sofá todavía más estrecho, á comer en público, y hacer uso de una bañadera á la cual tenían acceso media docena de personas. Pero consiguió disimular su disgusto y descontento y sonreírse y hacer que "sí" con la cabeza cuando Rutherford le preguntó si estaba satisfecha.

—Claro que sí — dijo ella — dos travesías lujosas no han hecho desaparecer de todo otras que no lo fueron. La primera vez que fuímos á Europa, cuando yo era una criaturita, papá, mamá y yo no teníamos más que un camarote, y mamá se mareó, y papá estaba resfriado y roncaba tanto que yo solía soñar que éramos atacados por leones. Y en cierta ocasión compartí el camarote de la mucama de una señorita rica.

Pero á pesar de toda esta alegría aparente, Imogen sufría profundamente las incomodidades y las humillaciones de ese

viaje. Y Rutherford, á quien sin embargo no se quejaba, se daba cuenta de lo que ella pensaba.

—Pero — se decía — ¿Qué puede hacer un pobre diablo? No me es posible gastar mis rentas de dos meses en un viaje que ha de durar cinco días.

En su trayecto á Londres, Imogen dijo:

—Pero la cosa puede decirse de dos modos, Archie. Ninguna suma de dinero podría reemplazar en tí la falta de atenciones ó de cuidados. Ciertamente si tuviese que escoger entre el dinero y tú, no escogería el dinero... Ya lo sabes. Cuando me tomas en tus brazos y me besas, y me hablas con cariño, es para mí lo mejor que puede dar la vida. Pero



La maternidad encantó á Imogen, quien hizo todo en la forma más derrochadora

—Archie, ¿sabías que yo era muy desgraciada á bordo del Mauretania?

—Lo sabía — dijo él. — Y eso me hacía pensar que yo era un avariento emperrado. ¿Pero, qué puede hacer un hombre, cuando no posee lo suficiente?

—Una mujer — dijo ella — no puede ser feliz con el hombre que ama. si es desgraciada con él... ¿Lo puede?

Archie se rió:

—Presentas la cuestión en forma muy cómica — dijo.

—¿No piensas que estábamos mucho mejor, cuando nos visitábamos uno á otro?

Su esposo pareció estar muy molesto.

—No creas que yo no te amo — dijo ella — por que te quiero mucho.

—No es eso. Me humilla ver que todas mis atenciones y cuidados no pueden compensar mi falta de dinero.

no pienso que sea cuestión de escoger. Te tengo. Y sea como fuere, tengo dinero á montines. ¿A quién hacen bien alguno tus principios? ¿Porqué no los dejas á un lado? Sé mi convidado en un viaje al rededor del mundo. ¡Oh, Archie, sería tan lindo! No es que te guste vivir como un espartano. Lo detestas tanto como yo.

—Ya sé — dijo él.

—Por favor — dijo ella. — No te hagas rogar más.

El no contestó, pero se estuvo meditando hasta que llegaron á Londres.

Ella se divertió en Londres, pero no tanto como habría podido. Durante la última semana de su permanencia preguntó á su esposo si había escrito á París para que les dispusiesen alojamiento.

—No — dijo él. — Todavía no. ¿Porqué?

—No me gusta decirte porqué, querido mío — dijo ella. — Pero lo cierto es que si una mujer no vive con lujo en París, tanto le valdría quedarse en su casa zurciendo medias.

—Lo que significa que ya no puedes aguantar esto por más tiempo.

—Archie, — dijo ella juntando mucho su rostro al de él, y hablando por encima de su hombro. — Voy á alquilar una casita muy bonita en París, y tendré un par de automóviles, y si estás absolutamente resuelto á no vivir en mi casa y compartirla conmigo, puedes alquilar un cuarto en el hotel más cercano, y volveremos á ser novios. Deploraría que lo sintieses. He hecho lo posible.

El se encogió de hombros y su rostro reveló perplejidad y pesar. Se sentía amargamente decepcionado. Pero le era difícil explicar por qué. La vida con ella en condiciones económicas tampoco le había parecido muy rosada. Y además había gastado más de lo que le permitían sus recursos en los lujos y comodidades menores.

Ella se sintió afectada por la expresión de su rostro y su silencio.

—¿No estás enojado conmigo?

—Estoy apenado — contestó, y se sonrió. — Por lo menos, puesto que hemos de separarnos y quedar cada cual con lo suyo, puedo darte lo mejor que hay en París durante pocos días, mientras encuentras casa.

—Tienes mucha paciencia conmigo, Archie. Soy una niña que los mimos han echado á perder. He tratado de ser distinta, pero no puedo.

La sonrisa de Archie, era casi angelical. Y Imogen se sentía dispuesta á llorar, al darse cuenta de lo egoísta que era. No quiso precipitarse en sus brazos cuando él la llamó.

—No quiero ser feliz — dijo ella. — Tengo demasiada vergüenza.

—No debes tenerla — dijo él. — Después de todo nuestro casamiento es el mejor de cuantos he conocido. Creo que vivir nuestras propias vidas, de acuerdo con nuestros propios gustos, nos ayuda, si es necesaria ayuda, á seguir amándonos. Esto es lo principal. Es como si yo, un pechero, me hubiese casado con una princesa real.

—¡Tú, un pechero! — exclamó ella.— ¡Pues me gusta la idea! Debería no ser más que tu amante, de modo que pudieses deshacerte de mí cuando te sintieses cansado de mis caprichos.

—Eres lo mejor que puede ser un hombre — dijo él — una esposa y una amante, todo en una sola persona.

Salió al poco rato y desde la casa de la florista más inmediata le mandó una gran brazada de hermosas rosas.

IV.

No fueron más allá del Cairo en su viaje al rededor del mundo. Imogen tenía un gran departamento en el Shepherd's y Archie que había gastado en Londres y en París más de lo que convenía, economizaba en un caravanserai mucho más modesto. Cierta noche ella lo mandó á buscar. Estaba transportada de júbilo.

—Querido mío — exclamó — ocurre la cosa más deliciosa. ¡Tendremos un Rutherfordito! ¡Si supieses cuánto he rezado para que esto ocurra!

El la abrazó durante un largo rato, en silencio. No quería que ella le viese la cara. Un hijo era una circunstancia en que nunca había permitido que su imaginación se detuviese, puesto que de algún modo sutil, era evidente que concluiría por influir en su rigurosa actitud con respecto al dinero de los Bannerman. ¿Podía esperar que impondría sus ideas quijotescas á la generación siguiente? No podría jamás negar á su esposa el derecho de educar á sus hijos en la forma lujosa que seguramente le parecería conveniente. No podía esperar que sus hijos se desheredasen á sí mismos si su madre llegaba á fallecer. ¿Qué sería para sus hijos un padre que quisiese deliberadamente que fuesen pobres?

Un loco deseo de meterse en negocios y completar una inmensa y honrosa fortuna personal le pasó por la cabeza, pero le arrancó en seguida una amarga sonrisa. El solo hecho de su animadversión contra el dinero de los Bannerman le demostraba que no poseía ninguno de esos elementos de carácter que aseguran el éxito en los negocios. Y lo sabía muy bien.

—Es preferible — dice el promedio de sus compatriotas — tener una fortuna límpia, más bien que una sucia. Pero es inmensamente preferible tener una fortuna sucia, antes de no tener ninguna.

Archie Rutherford habría encontrado millones de hombres de acuerdo con esta doctrina; muy pocos habrían imitado

su conducta y se habrían abstenido de tocar una fortuna que les parecía ser vil. Si Jesucristo tubiese recibido la millonésima parte de la adoración que se rinde al dinero, el mundo sería un sitio excesivamente santo. Brown es un gran pintor. Claro que sí. ¿No le pagan cinco mil dollars por un retrato? Smith es un gran dramaturgo. ¡Smith! ¡Ya lo creo que es un gran dramaturgo! ¡Cómon o! Sus "Ligas de Lottis" se representaron doscientas cincuenta noches seguidas y "Los pecadillos de Susana", doscientas ochenta.

—¿Estás contento?

—Estoy contento.

Le dejó ver un rostro en el cual su adoración brillaban ahora sin sombras. En aquellos pocos minutos se había transformado. Conservaría las manos límpias hasta el fin, pero había aceptado de antemano para sus hijos lo que se necesitase para esta edad del oro. Ella los educaría como príncipes y princesitas. Era inevitable. Por lo tanto lo aceptaba.

—Por supuesto — dijo Imogen — tendremos que regresar á América en lugar de proseguir nuestro viaje. No tengo miedo alguno. Estoy contenta, nada más que contenta. Pero es necesario que tenga á mi gente junto á mí y especialmente á mis médicos que saben hablar "americano".

Y se puso á reir deliciosamente.

—Seré una madrecita extraordinaria —dijo — créeme, querido mío. Pero no podría tener un niño en.... japonés.

El niño (muy brillante, precoz, y de nueve libras) nació en la bonita casita de Imogen en Tarrywell. A escondidas de su esposa, Rutherford gastó una buena parte de su renta y pagó todas las cuentas relacionadas con el nacimiento del niño.

—Todo lo que un hombre pobre puede por su hijo — se decía á sí mismo — es hacer que empiece su vida limpiamente.

La maternidad encantó á Imogen, quien lo hizo todo en la forma más derrochadora. Y el mundo tuvo la sensación de ver á un nene vestido exclusivamente con encaje de Irlanda, y un padre que había renunciado á los cigarros y á los automóviles de alquiler para que su pequeña, pero límpia renta, pudiese soportar la situación.

Y sin embargo, cierta vez que se tragó una píldora, pagada con dinero de los Bannerman, para inducir al hijo á hacer otro tanto, se sintió enormemente feliz.

Y las estrellas de cierta media noche de Junio, le vieron, como un amante, agacharse para recoger un puñado de arena en el sendero rodeado de rosas que pasaba por debajo de la ventana de su amada, en su casita blanca de Tarrywell.

Niñito (escribiendo una composición) "Quiero poner ese proverbio que hay de muestra en los cuadernos, pero no lo recuerdo bien. Empieza: "El hombre se envanece de su fuerza". "La mujer se enorgullece de... ¿Cómo será lo demás?"

La hermanita: — ¡Yo me acuerdo! ¡La mujer se enorgullece de su sombrero!

González: — Mi hija se casa con el joven Domínguez.

Carreras — Pero, ¿no has dicho siempre que lo aborrecías.

González — Y así no más es. Precisamente por eso es que he dado mi consentimiento. ¿Qué mejor venganza que el de darle mi mujer por suegra?"

Estaban los dos paseando una noche espléndida á la claridad de la luna que brillaba de una manera excepcional. De pronto, él se detuvo y tomándola de las manos, dijo con entusiasmo:

"¡Oh, María! contempla la luna. ¿No es cierto que es hermosa, admirable?"

"Es cierto, Guillermo", replicó ella con el mismo entusiasmo "Se parece á un enorme huevo frito."

LA PRUEBA

Derecho de traducción exclusivo para «ATLANTA»; clichés originales traído expresamente de Europa

El coronel cerró sus anteojos de campaña, dió media vuelta sobre sus talones y se encogió de hombros con desaliento. Le dolía la vista de tanto escudriñar aquella gran llanura que tenía por delante, en busca de indicios de seres humanos. Colinas rocosas se elevaban por tres lados del pequeño campamento y lo transformaban en una fortaleza casi inexpugnable. Por delante el terreno estaba relativamente despejado, aun cuando accidentado por un sinnúmero de hondonadas y de pequeñas colinas.

—Es imposible ver con claridad, — dijo el coronel, algo nervioso. — Lo mismo puede estar á un cuarto de milla de nosotros, escondido por uno de esos malditos montículos, como hallarse á muchas millas de distancia. ¿Qué idea habrá impulsado á aquel joven atolondrado á alejarse del campamento?

—¿Dónde dejamos el respecto á la realeza, señor?—preguntó Chetwynd, riéndose. — Este estaba apoyado contra el tabique de hierro galvanizado del hospital, acompañado de su subalterno Benton.

El coronel mascull´ó algunos juramentos, extensos y sinceros.

—¿Para qué demonios nos lo habrán mandado? — preguntó — ¿Acaso no tenemos bastantes cosas que atender, sin hacer el papel de conductores de este cachorro de príncipe? ¡Oh! de él no hay nada que decir! Es un muchacho valiente que tendría mucho gusto en probar lo que es un combate, si me atreviese á permitírselo. Pero me vería en serios compromisos con el gobierno si recibiese el menor rasguño en la punta de un dedo. Creo que está emparentado con todas las familias reinantes de Europa! Y ahora resulta que ha vuelto á salir del campamento y que no tendremos un momento de tranquilidad mientras no haya vuelto sano y salvo. ¿Con quiénes iba?

—Con Pender solamente y un ordenanza, creo. — contestó Benton.

—Bueno, no hay que hacerle. Es necesario que ustedes dos vuelvan á hacer de niñera y vayan á buscarlo. Dentro de una hora ó dos habrá obscurecido y no conoce la región tan bien como ustedes. Vayan muchachos.

Los dos subalternos se incorporaron y se dispusieron á ponerse en marcha.

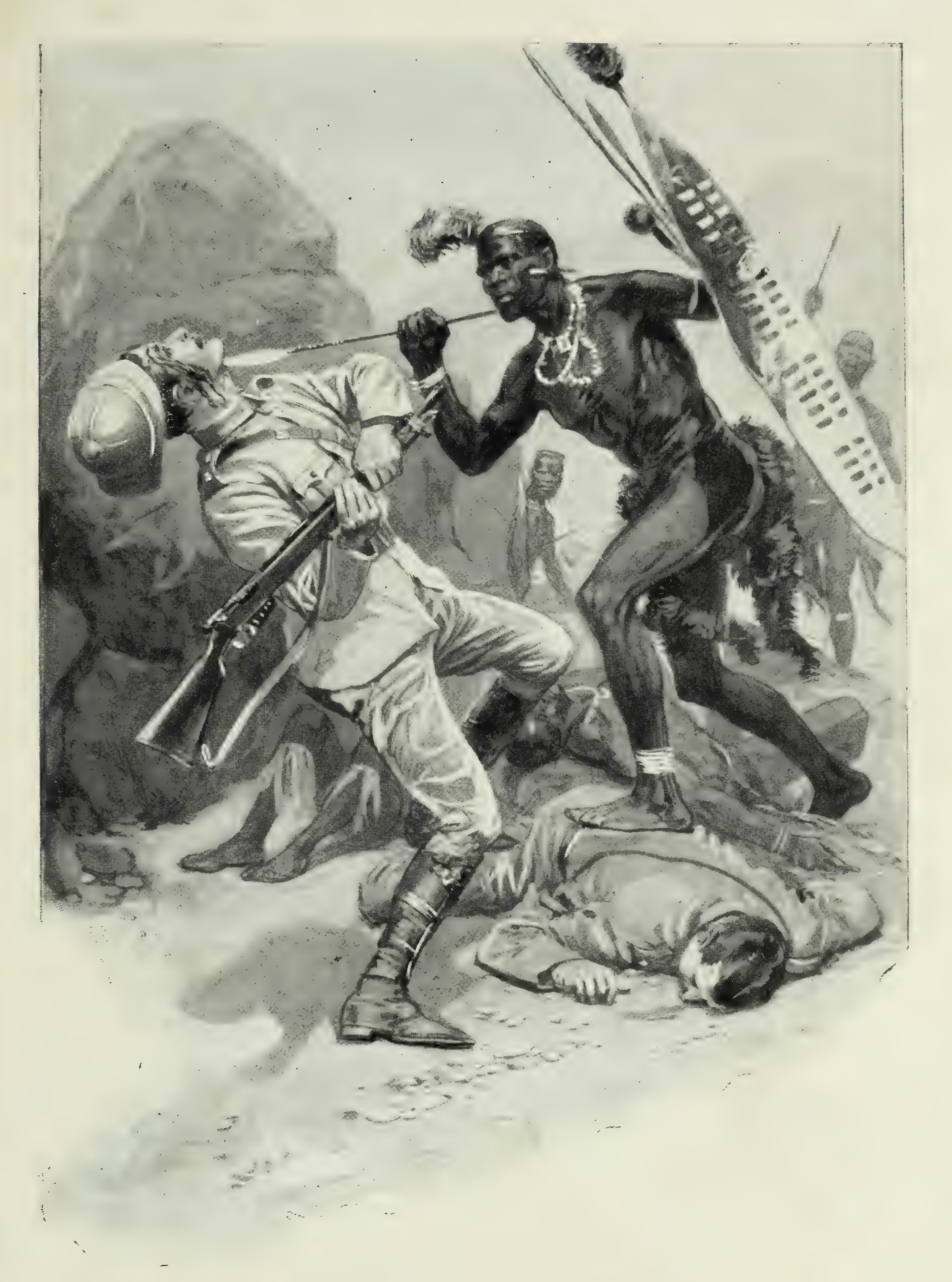
—Está bien, señor — dijo Chetwynd, saludando militarmente. — Y pierda usted cuidado. Hemos de traerlo, sano y salvo, antes de media hora.

En cuanto se hubieron alejado lo bastante para que el coronel no pudiese oirlo, Benton estalló en enérgicas protestas. Lo que los oficiales subalternos de Haynes' Drift llamaba "traer á Willie á casa", comenzaba á ser una diversión que empezaba á serles cargosa. El tener que cuidar al príncipe William de Manneim, conmenzaba á tener muy nervioso al coronel, y todo el regimiento sufría de este estado de cosas.

Chetwynd marchaba en silencio; probablemente comprendía mejor que su compañero que el coronel tenía buenas razones para estar ansioso. Se había tenido noticias de una fuerza de zulúes se hallaba esa madrugada á corta distancia del campamento, y aún cuando la guarnición de Haynes' Drif no había visto ni oído á los enemigos, era posible que algunos merodeadores, y hasta algunas partidas importantes estuviesen ocultas entre las desigualdades de la llanura.

Benton seguía quejándose. Era un joven rubio, bien parecido, de rostro agradable aunque de facciones que acusaban debilidad, y su carácter correspondía á estos indicios. Física y mentalmente constituía completo contraste con Chetwynd, con su saliente mandíbula y men-

Del "Strand Magazine"



La azagoya de un zulú le hirió en la garganta y cayó

tón dominador, y ojos profundos. Este era un hombre tenaz que tenía mucho del perro de presa en su composición.

—¡Oh, vamos, Benton! — exclamó con impaciencia, interrumpiendo el chorro de palabras del otro. — ¿Para qué hablar tanto? ¿Mejor sería que nos apurásemos y tratásemos de dar con el muchacho, en vez de malgastar nuestro aliento.

—Me figuro que andará cogiendo flores por algún lado — murmuró Benton. —Estoy cansado de todas estas tonteras.

—Son gajes del oficio — observó Chetwynd lacónica y filosóficamente. — Y, después de todo si diésemos con él en momentos en que se halla en apuros, y le rescatásemos con bizarría..... pues bien, nuestra carrera estaba asegurada,

amigo. El hombre que se distinguiese en esta circunstancia quedaría indicado para el ascenso. ¿Quién puede decir qué suerte nos espera?

Con el objeto de explorar mayor cantidad de terreno, Chetwynd y Benton no tardaron en separarse y dirigirse en direcciones opuestas. Convinieron en mantenerse en comunicación de tiempo en tiempo, mediante un código de silbidos, que significarían éxito, fracaso ó necesidad de auxilio.

Diez minutos después, Chetwynd andaba por la ladera de una colina abrupta, esperando ardientemente que su busca no se prolongaría mucho. En la parte más apartada de la colina, terminaba esta en un barranco rocoso, lecho seco de un torrente. En el instante en que Chetwynd llegaba á la llanura llegaron á sus oídos ruídos de una lucha, y se dió cuenta de que había quedado satisfecha su plegaria, aunque no en la forma deseada.

Una roca erguida obstruía la extremidad de la hondonada, y apoyados en ella tres blancos sufrían la embestida de una docena ó más de zulúes.

Uno de los balncos, en quien Chetwynd reconoció al ordenanza cayó de bruces y quedó inmóvil. El capitán Pender, con las espaldas apoyadas en la roca, se defendía contra sus asaltantes con la culata de su mosquete que usaba como si fuese una maza. La sangre le corría por el rostro y provenía de una terrible herida que tenía en la frente. El tercero, el príncipe William, había caído al suelo á los pies de Pender, y estaba semioculto por los cadáveres de varios enemigos.

Chetwynd se lanzó á toda carrera. Mientras corría hizo oir los tres silvidos que constituían la señal convenida con Benton para anunciar la necesidad inmediata de ayuda. Gritó á Pender para alentarlo, pero llegó demasiado tarde para salvarlo. Se hallaba Chetwynd á pocos pasos del pequeño grupo cuando una de las azagoyas de los zulúes fué á herir al capitán en la garganta. El oficial cayó dando un grito sobre la pila de muertos que tenía por delante.

En ese mismo instante caía Chetwynd sobre los indígenas. Su revólver sonó dos veces y rodó un salvaje á cada tiro. Pasó por encima del cuerpo postrado del príncipe, se volvió y esperó un nuevo ataque.

Este no se produjo inmediatamente. El enemigo estaba desalentado por la llegada de este nuevo adversario. Ocho de los suyos habían caído muertos; sólo quedaban cinco, y uno de ellos muy mal herido. Se retiraron hasta las rocas y dieron á Chetwynd tiempo de respirar. Esa pausa, por lo menos, podía dar tiempo para que Benton acudiese en su ayuda.

Chetwynd se hincó junto al cuerpo del príncipe y le puso una mano sobre el pecho. ¡Gracias á Dios, no estaba muerto! Se había desvanecido probablemente á causa de la sangre perdida. Tenía una terrible herida en un muslo.

¡Y Benton no llegaba! Era posible que no hubiese alcanzado á oir. Chetwynd miró ansiosamente en torno suyo. Los zulúes se habían retirado á corta distancia. Si le era posible, tal vez conviniese que tratase de lelgar al campamento. Este se hallaba á media milla de distancia, y la única salvación residía en llegar antes que fuese de noche. Sabía que los salvajes no se atreverían á seguirle hasta ponerse al alcance de la guarnición de Haynes' Drif.

Chetwynd se inclinó y tomó en brazos el cuerpo inconsciente del muchacho. El era un hombre alto y robusto y el príncipe era liviano. Rápidamente se lanzó á correr por el valle, antes que el enemigo tuviese idea de lo que se proponía.

Como lo había supuesto Chetwynd, su movimiento fué seguido de un aullido de rabia. Una azagoya le hirió en la espalda y otra pasó rozándole la frente. Apretó los dientes y siguió corriendo. Si era necesario se volvería cuando se sintiese muy acosado. Mientras tanto cada vara ganada representaba mucho, y de un momento á otro podía llegar Benton. El joven herido que llevaba en los brazos gemía y se agitaba. Sus ojos se abrieron á medias pero la mirada no indicaba que tuviese consciencia de nada.

Oyó un silbido en el aire detrás de él y otra azagoya fué á clavarse en sus espaldas. Tambaleó y casi se cayó, pero logró conservar el equilibrio gracias á un esfuerzo desesperado.

Mientras trataba de reunir fuerzas para seguir corriendo vió á Benton que acudía.

Chetwynd sólo pudo murmurar: "Gracias á Dios que ha llegado!" Sus fuerzas le abandonaron rápidamente.

Al ver que acudía otro adversario los zulúes perdieron coraje. Suponían pro-

bablemente que el regimiento lo seguiría. Se volvieron y huyeron desapareciendo entre las rocas.

Chetwynd pudo arrastrarse otros cuantos pasos más. Había logrado salir del valle y se hallaba en la llanura y consiguió colocarse al abrigo de una gran roca. Allí cayó de rodillas.

—Es inútil Benton, estoy perdido —dijo — Tome al muchacho y regrese al campamento... luego vengan á buscarme. ¡Por amor de Dios, vaya pronto!... No podría llevarme á mí... no lo deje acá ó estaría perdido... vaya pronto!

Y cayó de bruces, inconsciente.

Benton vaciló. Le parecía una cobardía abandonar á Chetwynd, pero su deber estaba netamente indicado. Debía conducir al príncipe á sitio seguro. Levantó al muchacho en sus brazos y se puso á andar, lentamente y con dificultad.

Llegó á Haynes Drift, sin ser molestado, pero completamente exhausto. En un instante se vió rodeado por la mitad de la guarnición, y veinte manos presurosas lo aliviaron de su carga, en el instante en que caía rendido sobre las trincheras de bolsas de arena.

—No... No estoy herido — dijo. — ¡Chetwynd!... tuve que abandonarlo. Está herido... ¡Hay que ir á buscarlo!

Pocos minutos después había recobrado suficientes fuerzas para guiar á los que salieron en busca de Chetwynd. Le hallaron, todavía inconsciente, en el sitio en que Benton lo había dejado, y lo llevaron al campamento. También trajeron consigo los cadáveres del capitán Pender y de su ordenanza.

En aquel momento Benton se daba escasa cuenta de que las aclamaciones y felicitaciones le iban dirigidas. Cuando regresó por primera vez al campamento estaba demasiado exhausto para darse cuenta de nada. Pero más tarde comprendió que todos creían que era él y solamente él quien había rescatado al joven príncipe.

Al comprender el error un amargo sentimiento se apoderó de él. Lamentaba que la oportunidad no hubiese sido suya. Recordó las palabras de Chetwynd: "El hombre que se distinguiese en esta circunstancia quedaría indicado para el ascenso". Se dió cuenta de que estaba envidioso de su amigo.

La vista del doctor que salía del pequeño hospital sacó á Benton de sus cavilaciones. Fué á su encuentro y le preguntó cómo seguían los dos heridos.

—La herida del príncipe no es grave —contestó el doctor . — Perdió mucha sangre, pero no corre ningún peligro. Pero Chetwynd... ¡Ah! ¡Es cosa distinta!

—¿Está muy mal herido?

—Muy mal herido. Lo cierto es que temo que le queden muy escasas probabilidades de salvar. Recibió dos heridas muy graves. Cualquiera de ellas podría ser fatal.

El sentimiento que estas informaciones causaron á Benton fué sincero. Sólo más tarde, y después que se hubo separado del doctor, invadió su mente otro pensamiento.

Si Chetwynd había de morir, ¿de qué le serviría que hubiese salvado la vida del príncipe? Nada se aprovecharía... el ascenso seguro, el agradecimiento de los parientes regios hacia el salvador del muchacho.

Y todos creían que él, Benton, había realizado la hazaña. Lo consideraban como demostrado. Por supuesto era su deber desengañarlos; pero... ¿Había necesidad de ello?

Si Chetwynd había de morir, la cosa no tendría importancia para él; ciertapara algo.

No tenía necesidad de decir nada; todos le consideraban ya como el salvador del príncipe.

Mientras su mente vacilaba todavía, la fatalidad le obligó á decidirse rápidamente. Se encontró frente á frente con el coronel, quien le felicitó calurosamente asiéndole de la mano.

—Le debo á usted mucho.. muchísimo, Benton — le dijo — Usted me ha prestado, personalmente, un servicio que nunca olvidaré. Será ese un buen día para usted, aunque, temo, nos ha de costar la vida de Chetwynd.

—¿Ha muerto?

El otro meneo la cabeza con tristeza.

—Todavia no... pero está moribundo. Bueno, bueno. De todos modos es muy bueno para usted, y para todos nosotros que haya usted tenido éxito en aquello en que él fracasó. Más tarde le pediré pormenores.

Benton se quedó muy perplejo después que el coronel se hubo retirado. Todos daban por demostrado su heroismo, y no los había desengañado. Le sería difícil



Tambaleó y casi cayó pero conservó el equilibrio gracias á un esfuerzo desesperado

explicar las cosas ahora, y Chetwynd se estaba muriendo. ¿Porqué había de decir nada?

Al día siguiente Benton fué llamado junto al lecho del príncipe, para que el joven pudiese darle personalmente las gracias. Claro está que el agradecimiento demostrativo de los extranjeros no deja de cohibir á los ingleses, parecia natural á los que peresenciaban la escena que Benton se mostrase cortado y mal á sus anchas. Lo cierto es que nadie pudo inducirlo á suministrar muchos pormenores, y si se hablaba de la hazaña en su presencia parecía estar muy molesto.

Y con todo, Chetwyn no murió. Salió del paso, en contra de todo lo que se esperaba, y llegó un día en que Benton se dió cuenta de que lo lamentaba... de que lamentaba que su amigo estuviese por fin fuera de peligro.

Por algún tiempo el joven tuvo horror de sí mismo. Luego el interés propio subió á la superficie y ocultó todos los demás pensamientos. Si Chetwynd curaba ¿qué sería de él?

Las semanas que siguieron fueron como una prolongada pesadilla para Benton. Esperaba á cada momento que se le opondría la versión de Chetwynd acerca de lo ocurrido.

Por fin llegó á adoptar una resolución desesperada. Vería á Chetwynd á la primera oportunidad que se presentase, le confesaría la situación en que se hallaba y se colocaría en sus manos.

La oportunidad se produjo antes de lo que pensaba Benton. Por la mañana siguiente recibió la noticia de que Chetwynd deseaba hablarle en particular.

Benton se sintió profundamente avergonzado al pensar en esa primera entrevista con el hombre que había perjudicado.

Chetwynd estaba sentado en unsillón de lona junta á la ventana, bien sostenido por almohadones. Estaba delgado y pálido, pero su rostro expresaba más obs-

tinación que de costumbre. Con la cabeza muy erguida miró á Benton, y su voz era muy severa cuando tomó la palabra sin el menor saludo:

—Necesito saber algo, Benton. Se me ocurre que existe un equívoco. ¿Quien es considerado como el salvador del príncipe William, usted ó yo?

Benton vaciló, se puso muy pálido y luego se sonrojó. Chetwynd no apartaba la mirada de su rostro, y sus labios estaban comprimidos.

—Me gustaría obtener una contestación, si es que puede darla,— dijo con frialdad.

Benton hizo un esfuerzo y logró hablar.

—Creo, como usted dice que ha habido un equívoco—tardamudeó.— Se cree que he sido yo.

—Eso me pareció. ¿Y quién es responsable de esta equivocación?

—Al principio... yo fuí quien lo traje, sabe... y estaba completamente exhausto. El príncipe estaba inconsciente y usted... se creía que usted estaba moribundo. Todos creyeron pues que era yo... el príncipe y los demás.

—Incluyéndose usted mismo.

—No, no; ciertamente no; pero... decían que no era posible que usted se restableciese...

—De modo que usted pensó que era excelente la oportunidad de robar á un hombre el mérito que le correspondia... puesto que no era posible que se restableciese. Me voy dando cuenta.

Benton se retorció las manos.

—Todos creían que era yo — repitió, impotente. — Y me parecía una lástima todo quedase inutil, el ascenso y lo demás si usted moria. Al principio no fué mas que todo quedase inútil, el ascenso y lo demás si usted moría. Al principio no fué más que una equivocación. Se lo aseguro por mi honor.

—¡Su honor!

Reinó un silencio antes que Chetwynd volviese á hablar con severidad.

—Y ahora ¿qué corresponde hacer? ¿Seré yo quien diga la verdad, ó será usted?

Otro silencio prolongado y pesado siguió; luego Benton contestó en voz sorda y trabada:

—¿Se da usted cuenta de lo que significa para mí explicar ahora lo ocurrido?

—¿Cómo?

—Será mi ruina. Nada menos. Como andan las cosas, estoy seguro del ascenso. El príncipe prometió velar por mis intereses. Pero... pero... si confieso...

—¿Cómo si...?

—¿Qué se dirá de mí? Me veré obligado á abandonar el ejército.

—No sería una gran pérdida... para el ejército.

—Pero usted quedaría como antes, si no se dijese nada.

Chetwynd se inclinó hacia adelante, y miró con cierta incredulidad á Benton.

—Usted quiere decir... entiendo que usted me sugiere que dejemos las cosas como están... para que usted pueda sacar todas las ventajas de algo que yo hice, y yo solo? Usted confesará que es pedirme desmasiado.

Benton exclamó con desesperación.

—¡Por amor del cielo! Chetwynd¿ no me ayudará usted un poco?

—¿Conservando el silencio? No. ¡Por Dios que no lo haré! Diré la verdad inmediatamente.

¡El joven volvió hacia Chetwynd un rostro pálido y desesperado. Tenía el aspecto de un ratón caído en la trampa.

—Y si usted dice la verdad ¿Quien lo creerá?

Las cejas de Chetwynd se unieron y sus ojos arrojaron una mirada terrible. Pero se reprimió y trató de hablar con calma.

—¿Quiere usted dar á entender que persistirá en su mentira?

Benton miró hacia todos lados, como buscando por donde escapar, y contestó con voz casi imperceptible:

—¡Sí!

Chetwynd se incorporó á medias en su asiento:

—¡Ah, perro despreciable!— exclamó en voz baja é iracunda—Supone usted...

—Supongo que mi palabra será creída tanto como la suya— Benton hablaba con más audacia.— Recuerde que usted no tiene prueba alguna. El príncipe estaba inconsciente y yo fuí quien lo traje hasta el campamento. Dirán en el mejor caso que usted deliraba; y en el peor caso... pues bien, ya puede usted imaginar lo que se creerá.

Chetwynd se quedó callado, absorbido en sombríos pensamientos. A pesar de la ira que lo embargaba, poseía un cerebro desmasiado perspicaz para no darse cuenta de la impotencia en que estaba.

También desde el punto de vista físico se sentía en condiciones desventajosas. Si hubiese estado bueno habría sabido hacer salir la verdad de los labios de aquel embustero.

Por fin habló, lentamente:

—Pues bien, así sea. Por el momento la ventaja está por su parte, pero espere... espere. Algún día me hallaré tal vez en situación de suministrar la prueba que demostrará la verdad de mi versión. Mientras tanto, pueden las cosas quedar como están, pero... en cuanto tenga esa prueba en mis manos, puede usted estar bien seguro de que no le tendré lástima.

Benton se estremeció al oir hablar á Chetwynd, con voz seca y desapiadada; pero volvió á reunir valor. Después de todo ¿qué otra prueba podía presentarse? Se volvió para retirarse, pero se detuvo en el dintel. Chetwynd había vuelto á reclinarse en su asiento, con el rostro fatigado y pálido, los ojos cerrados. Un remordimiento impulsó á Benton á murmurar:

—Chetwynd, lamento...

El otro volvió á erguirse, sus ojos de color de acero miraron con implacable severidad.

—Hay un límite en lo que puedo aguantar de usted, Benton...

Sin decir otra palabra Benton se retiró.

Más de un año había transcurrido, cuando intervino una mujer en esta historia. Penetró la vida de Chetwynd á la vez que entraba tímidamente en un va-



¿Quiere usted dar á entender que persistirá en su mentirá?

gón del Sudoeste en que ya se hallaba él instalado.

El restablecimiento de Chetwynd había sido largo y lento en efectuarse. La guerra había terminado antes que volviese á ser lo que era antes. Su aspecto acusaba más edad y más dureza de carácter. Los largos meses de tediosa inacción habían contribuído á enconarlo contra Benton, y sólo habían servido para robustecer sus deseos de vengarse en cuanto dispusiese de la prueba de la falsedad del otro. La noticia de la prosperidad y éxito crecientes de Benton—éxito que por derecho debía corresponderle á él— todo contribuía á excitar su rencor.

En esta disposición de carácter se hallaba Chetwynd cuando aceptó una invitación para una recepción, cuyo principal huésped debía ser el príncipe William de Manheim. Sabía que también se hallaría presente Benton, y eso le producía cierta amarga satisfacción. Podía imaginarse que su presencia infligiría una especie de refinado tormento á aquel joven.

En el instante en que el tren iba á ponerse en marcha, se abrió la portezuela y una señora entró.

Chetwynd alzó la vista frunciendo un tanto el ceño. Había esperado que quedaría solo en el compartimento. Pero sus facciones se distendieron al notar la expresión de disculpa que se veía en el rostro de la que llegaba.

Era una señora anciana y pequeñita, bien vestida aunque llanamente. Su rostro era singularmente suave y bondadoso, y sus facciones parecieron curiosamente conocidas á Chetwynd. Sus primeras palabras le desarmaron.

—Siento mucho. Usted esperaba tal vez quedar solo en el vagón. Pero el tren está lleno. Pero no deje de fumar... si tiene ganas. No se preocupe por mí. No me molesta. No deje usted su pipa.

La voz amable y la confianza de su actitud habrían desarmado á un hombre más duro que Chetwynd. La ayudó á colocar su equipaje, arregló sus mantas con bondadosa solicitud y gradualmente entraron en animada conversación, como si fuesen amigos de muchos años. Pronto supieron que se dirigían á la misma casa, y este descubrimiento agradó á ambos.

De repente la anciana se inclinó hacia adelante al oir el nombre de Chetwynd.

—Le pareceré muy indiscreta—dijo—pero ''Chetwynd'' vamos, me parece que usted está en el mismo regimiento que mi hijo. Me parecía que le reconocía. Claro está que he visto su fotografía. Mi apellido es Benton y... ¿No estaba en lo cierto?

Chetwynd hizo que ''sí'' gravemente, con la cabeza, después de un instante de pausa. Así se explicaba que aquel rostro le pareciese conocido. Era muy grande su semejanza con su hijo.

—Siempre he oído hablar mucho de usted— seguía diciendo la señora de Benton— Pero en estos últimos tiempos Tony no lo mencionaba tan á menudo. Usted regresó herido, hace algunos meses. ¿No es cierto?

—Sí—contestó Chetwynd.—No he visto muy frecuentemente á su hijo en estos últimos tiempos.

—¿Pero habrá sabido como le ha ido?—preguntó la anciana con entusiasmo, y sin esperar contestación dió cuenta de todos los dichos y hechos de Tony. Contó á Chetwynd que estaba en vísperas de casarse immediatamente con una niña á quien amaba desde años atrás, las cartas encantadoras que había recibido de los parientes reales del príncipe William, y que su porvenir parecía absolutamente asegurado.

—Y todo esto lo debe á aquel feliz rescate— concluyó diciendo con orgullo.

Chetwynd sentía amargos deseos de reírse ante la absurda ironía de todo aquello. Pensar que la madre de Benton le contaba á él todo esto... ¡que esperaba que simpatizase con la buena fortuna de su hijo!

—Puede usted figurarse lo orgullosa que me siento de mi Tony. Me parece—tal vez esté mal decirlo— pero me parece que si algo le ocurriese, eso me mataría. Piense usted que es mi hijo único. Cuando veo á tantas madres que sufren desengaños con sus hijos, me siento agradecida para con el mío. ¿Ha pensado usted alguna vez, Señor Chetwynd, en lo horrible que ha de ser para una madre ver que su hijo se va trasformando en un asesino, ó un ladrón ó un tramposo?

El tren se detenía en la estación en que debían bajar. La señora de Benton apoyó un segundo su manecita enguantada sobre la manga de Chetwynd.

—Le doy muchas gracias por haberme escuchado con tanta paciencia —le dijo sonriéndose. — Debo haberle parecido muy fastidiosa... pero creo que su ma-



¿Dónde se hizo Vd. esa herida? preguntó con intenso interés

má habría tenido placer en verlo.

El recuerdo de su última entrevista estaba muy presente en la mente de Benton y de Chetwynd cuando se vieron esa noche.

En el momento en que Chetwynd entró en la sala, vió á la señora de Benton y á su hijo cerca de la puerta. La señora se apresuró á acercarsele y Benton se vió obligado á imitarla.

Los dos hombres se saludaron con fría cortesía, peró Chetwynd notó con satisfacción la verguenza que invadía el rostro del otro.

No hubo tiempo de cambiar más que cortas palabras antes de que se anunciase que estaba servida la cena.

Hasta muy tarde de la noche no volvieron á verse reunidos. Su huésped había organizado partidas de whist y Chetwynd se vió colocado en la misma mesa que el príncipe William, con Benton por compañero.

La casualidad intervino activamente en la vida de Chetwynd esa noche. Le tocó dar las cartas, pero mientras barajaba, el príncipe William se inclinó de repente y con una brusca exclamación le asió de la muñeca.

—¿Dónde se hizo usted esta herida?—preguntó con vehemente interés.

Los otros dos hombres alzaron la vista.

Sobre el dorso de la mano de Chetwynd se veía una cicatriz blanca muy marcada, en forma de V.

—Voy á decirle porqué le pregunto—dijo el príncipe, hablando con cierta excitación.— Todos saben como salvó mi vida el capitán Benton en Zululandia. El recordará que me transportó desvanecido hasta el campamento, pero no estuve completamente inconsciente todo el tiempo. Puedo recordar que fuí llevado en brazos y me parece que ví en la mano del hombre que me llevaba una cicatriz exactamente igual á ésta. Por supuesto, pronto observé que el capitán Benton no tenía ninguna señal semejante, de modo que lo atribuí á mi imaginación febricente; pero al ver su mano la recordé.

Benton permanecía inmóvil, con la mirada fija en Chetwynd, apretando nerviosamente el borde de la mesa con las manos. Grandes gotas de sudor corrían por su frente.

¿Y Chetwynd?

Chetwynd escuchó en completo silencio las palabras del príncipe William. Desde el primer momento había adivinado lo que el joven iba á decir y esto le había permitido reflexionar durante unos segundos.

Al principio sólo pensó en su triunfo. Había llegado el momento tanto tiempo anhelado. La prueba ansiada le había sido traída por milagro. Una palabra suya ahora, con los recuerdos del príncipe en su apoyo y Benton sería conocido por el mentiroso y el tramposo que era. Bastaba mirarle el rostro en aquel momento para que la prueba fuese completa.

Sí... sí... Y sin embargo el roce de la mano del príncipe sobre su muñeca le recordó de repente á la ancianita que esa tarde había puesto sus dedos sobre su manga al darle las gracias.

Las gracias ¿de qué? Del interés que había manifestado por su hijo único, aquel joven pálido que ahora tenía por delante, y que clavaba miradas de agonía sobre el rostro de un hombre que con una sola palabra podía arruinarlo.

Pero Chetwynd seguía callando, un gran conflicto se desarrollaba bajo la máscara impasible que se imponía, y para Benton esos momentos de espera parecieron eternidades.

En realidad fueron suficientes para causar cierta sorpresa al príncipe William. Volvió á interrogarlo con interés.

—¿Puede usted decirme cómo se hizo esta cicatriz?

Y Chetwynd contestó por fin, con tono ligero riéndose:

—Seguramente, Su Alteza Real. Vacilaba solamente por temor de destruir su pequeña novela... y decirle la verdad prosaica. Lo cierto es que no hace más que seis meses que tengo esta cicatriz, y fué causada por la explosión de un sifón de soda. Siento mucho que la cosa resulte tan vulgar. Pero es un hecho.

El príncipe William le lanzó una mirada aguda, pero las miradas de Chetwynd se cruzaron tan francamente con las suyas, que no había lugar á dudas. Después de pocas palabras el asunto quedó olvidado y se atribuyó á una curiosa ilusión optica por parte del príncipe.

Una hora más tarde Chetwynd se hallaba sentado y cavilaba frente al fuego en su dormitorio. Todavía no se había dado cuenta del todo de los móviles que le habían arrastrado á proceder de aquel modo, cuando un llamado á su puerta le arrancó á sus meditaciones.

Un segundo después entraba Benton, y se detenía frente á él, pálido y tembloroso.

—Chetwynd—dijo—¿Habló usted formalmente esta noche ó estaba usted atormentándome por gusto?—Usted juró que en cuanto tuviese la prueba... Y ahora la tiene... completa.

Chetwynd lanzó al joven una mirada grave y severa.

—Hablé formalmente — contestó.—A pesar de la prueba no haré nada más en este asunto. No tiene nada que temer, Benton.

Una luz brilló en los ojos de Benton. Un destello de esperanza. Durante un instante no pudo hablar, pero cuando volvió á alzar la voz lo hizo en tono bajo y tembloroso.

—Sería absurdo que le diese las gracias, Chetwynd, Dios sabe que no tengo el derecho de aceptar el sacrificio, por mí, pero hay otros... y usted me ha salvado. No pudo proseguir.

—No es á mí á quien debe usted dar las gracias,—dijo Chetwynd con calma. —Quien lo salvó fué su madre sin saberlo ella misma. En usted reside el recompensarla... ya sabrá usted cual es el mejor medio. Y en cuanto á mí se refiere...

Se detuvo un instante y agregó con mucha gravedad.

—...estoy persuadido Benton, que me salvó á mí también.



Un Monstruo Marino

Historia de una serpiente de mar

POR

H. T. WEBSTER WORRELL

Recibimos de Burnham, condado de Essex, noticias extraordinarias acerca de un hecho ocurrido en alta mar. En cuanto entró al puerto ayer por la tarde la goleta pescadora *Merry Widow,* su capitán dió cuenta de que á las once de la noche anterior había visto un monstruo marino de enormes dimensiones. Calcula que su largo sería de 300 á 400 pies y su circunferencia de unos 50 á 60 pies. Según su descripción, se asemeja á una serpiente, posee una enorme cabeza con dos grandes ojos prominentes, del tamaño de las lentes de un heliógrafo. El monstruo se movía en el agua á la manera de una serpiente y las sinuosidades de su cuerpo, en cuya parte inferior había grandes aletas semejantes á las de un pez formaban arcos que se elevaban á muchos pies por encima del agua. Persiguió á la goleta durante algunas millas, pero como esta tenía en popa un viento muy fresco, el animal concluyó por renunciar á alcanzarlo y disminuyó su andar.

A primera vista, esta historia se asemeja mucho á todos los cuentos acerca de serpientes de mar que suelen publicarse; pero, por increíble que parezca, existen circunstancias que le prestan cierta verosimilitud. El relato del capitán fué corroborado en todos sus detalles por los tripulantes, con excepción de uno solo, que fué desembarcado en lamentables condiciones de extravío mental, resultado, según se cree, de lo que vió. Este hecho ha despertado mucho interés y parece imposible poner en duda que algo muy fuera de lo común fué visto por el capitán Ecoles y sus marineros, cuyas versiones coinciden en todos sus puntos, excepto únicamente en sus cómputos acerca del tamaño del monstruo.

Este suelto fué publicado cierta mañana por un diario londinense. En general, sólo fué recibido con sonrisas de incredulidad y observaciones escépticas y la mayor parte de las personas que ocupaban uno de los trenes directos de la mañana entre Wimbleton y la City no constituían excepción á esta regla.

— ¡Es extraordinario el desparpajo con que estos periodistas tratan de hacer tragar semejantes albóndigas á sus lectores! — exclamó uno de ellos — Y siempre vuelven con las mismas, aunque algo modificadas. ¿Porqué no tratarán de buscar algo nuevo?

El que así hablaba era un corredor de bolsa de aspecto jovial. Un joven de rostro inteligente le miró con cierta expresión extraña.

— No estoy tan seguro como usted de que no haya algo de cierto en ello — observó con calma.

— ¡No habría creído que usted fuese tan cándido para prestar fé á estas cosas, Camlin! — observó otro de los jóvenes riéndose.

— Para decir la verdad no le prestaría ninguna á no ser por algo que vieron mis propios ojos no hace mucho. Y por eso creo que ha de haber mucha verdad en lo que se dice.

La expresión del que así hablaba revelaba que el recuerdo que evocaba estaba muy lejos de ser agradable y los de-

(Del *Royal Magazine*)

más, adivinando una anécdota interesante, le reclamaron mayores pormenores.

— Pues bien — dijo Camlin — les contaré todo lo que hay que contar; pero si lo creen ó no, será cuestión muy distinta.

"Según recordarán algunos de ustedes pasé algunos días de descanso en Bélgica el mes pasado; regresé hace un mes por mar, de Amberes á Hardwich, é hice la travesía en el vapor que sale á las siete de la tarde. Era una noche desapacible, muy distinta de lo que podía esperarse en el mes de Julio, aún en el mar del Norte. Hacía cinco horas que el buque había partido de Amberes y ya hacía rato que estabamos fuera del Escalda.

"Con todo, no sentía disposición para retirarme á mi camarote — lo que habían hecho todos los demás pasajeros — y, á pesar del mal tiempo, me quedé sobre el puente. De repente vi algo que me llevó á preguntarme si en realidad estaría en mi cucheta y sería presa de una pesadilla. A unas treinta varas del buque iba saliendo del agua una cabeza colosal.

"Los ojos eran enormes y parecían brillar con tenue luz verde y fosforescente. Tenía la boca entreabierta y ostentaba dos filas de horribles dientes encorvados hacia adentro. Oí que la cerraba con un chasquido que me causó escalofríos. Un poco más lejos podía ver la silueta semiborrosa de una serie de arcos, que probablemente constituían el cuerpo del monstruo — exactamente como lo describieron los tripulantes de la *Merry Widow*.

"Me estuve cortos instantes mirándolo como petrificado y luego fuí en busca de alguien con quien hablar del hecho. Me dirigí al puente de guardia donde había un oficial de servicio y mientras andaba me volví para contemplar otra vez al monstruo, pues atraía mi mirada como un imán. Me detuve asombrado, pues había desaparecido y en el sitio en que había estado sólo se veían grandes remolinos de agua.

"Quise evitar de que se burlasen de mí, puesto que no tenía ninguna prueba de lo que había visto, y me abstuve de referirlo á nadie. Permanecí sobre el puente durante una hora más, y luego me retiré, pero no pude cerrar los ojos en toda la noche. Parece que nadie más vió al animal, y hasta este momento no había hablado de él con nadie.

Un coro de comentarios burlones saludó la conclusión del relato de Camlin. El se encogió de hombros.

— Si no quieren creerme, hagan como les guste, — observó. — La único que sé es que vi al mónstruo y que no he agregado un solo detalle en lo que les conté.

Y volvió á sumirse en el silencio.

II

Se habló mucho de la serpiente de mar ese día en Londres. Esa mañana se había hecho un estribillo la frase que se oía por todas partes "¿Vió usted la serpiente?" A la hora del almuerzo aparecieron ediciones especiales de los diarios que decían lo siguiente:

La serpiente de Mar

Avistada por un vapor

SORPRENDENTES RELATOS

Si los relatos hechos por los tripulantes de la *Merry Widow* son inventados, y si el extravío mental de uno de ellos es una mera coincidencia, resulta que otras personas deben de tomar parte en la broma. El vapor *Luisa,* con cargamento de pescado, llegó al puerto esta mañana procedente de las pesquerías de Dogger Bank y sus tripulantes relatan que han avistado á un monstruo cuya descripción es igual á lo que refieren los del *Merry Widow*.

El buque se hallaba frente á Fulness y el tiempo era malo en aquel momento. Cuando fué avistado el animal se hallaba á unas cuatrocientas yardas y se dirigía hacia el sudoeste, en dirección paralela á la del *Luisa*. No parece haber notado la presencia del buque. Al poco rato desapareció bajo la superficie del agua y no volvió á dejarse ver."

Aún cuando la mayor parte de los que leyeron estos párrafos lo hicieron con incredulidad, hubo sin embargo unos pocos que creyeron que alguna verdad había de haber en estos relatos. Pero la gran masa de la opinión cambió por completo de actitud cuando fué publicado un nuevo telegrama — telegrama de carácter trágico, que al llegar después de los otros dos venía á dar á la cuestión un aspecto que excluía la posibilidad de que el asunto fuese considerado como una broma, excepto por personas muy frívolas.

Esta era la noticia recibida:

"Cierto Mr. Parsfield, rico comerciante retirado, realizaba una excursión de recreo con un

grupo de convidados á bordo de su yate *Chamaleon* frente á la desembocadura del Támesis. A las once de la mañana, cuando se hallaban á unas tres millas al sur de la isla de Sheppey, los viajeros fueron alarmados por una gran agitación que se notaba en el agua á corta distancia á estribor.

''De repente salió del agua la cabeza enorme y repelente de un monstruo marino y se elevó hasta muchos pies de la superficie. Las señoras, que eran tres, arrojaron grandes gritos, y dos se desmayaron. Los hombres estaban poco menos sobresaltados y alarmados.

''Se modificó rápidamente la dirección en que iba el buque, pero cuando trataba de alejarse, el monstruo, parte de cuyo cuerpo se veía entonces, se dirigió hacia el yate y cuando su cabeza llegó á dominarlo arrancó de una dentellada al hombre que estaba en el timón, un marinero llamado Martín.

''En el momento de retirar la enorme cabeza, dentro de cuyas fauces había desaparecido la desgraciada presa, su mandíbula inferior rozó contra la regala de la borda que redujo á astillas y puso al yate en grave peligro de zozobrar. El monstruo desapareció y como por supuesto nada podía hacerse en favor de su desgraciada víctima el yate se dirigió á todo andar hasta Warden.''

Así decía el informe publicado. Otros más le siguieron á cortos intervalos y daban cuenta de nuevas apariciones de la serpiente. Unos eran traídos personalmente por los capitanes y marineros de buques que llegaban á los puertos, otros eran trasmitidos por los buques que se alejaban, mediante la telegrafía sin hilos y otros desde las estaciones de la costa.

El público se dió cuenta no solamente de que el animal existía en realidad, sino que constituía una amenaza, y la gente comenzó á hablar de la conveniencia de que las autoridades se ocupasen del asunto.

Las ediciones de la tarde de los diarios contenían el anuncio de otro caso fatal. La serpiente de mar había hecho zozobrar un pequeño barco piloto cerca del Norte y los cuatro hombres que lo tripulaban habían desaparecido, muertos del golpe, ahogados ó devorados por el monstruo. La tragedia había sido presenciada desde un buque carbonero de Sunderland, que escapó con dificultad á una colisión con el animal.

La excitación iba creciedo rápidamente. Ya no subsistía ninguna duda; la gran cuestión era decidir lo que había que hacer. Ya se observaban los efectos de la presencia del monstruo en los diferentes diques de Londres; muchos de los buques menores que debían haber zarpado al producirse la marea se quedaron sin salir. Era evidente cierta nerviosidad y capitanes que habrían hecho frente á un peligro bien definido con completa impasibilidad no se sentían dispuestos á arriesgar un ataque de semejante horror marino, capaz de causar un desastre con tanta rapidez.

En las ediciones de la noche se anunciaba que dos destroyers habían recibido la orden de hacerse inmediatamente á la mar en busca del monstruo y de matarlo si se presentaba la oportunidad. Los diarios de la mañana relataron que uno de ellos lo había avistado y se había abierto el ataque con sus cañones de tiro rápido, pero los proyectiles no hicieron más que deslizar por las escamas lisas, semejantes á una armadura que cubrían al animal y sólo habían servido para irritarlo. Se decía que esas escamas parecían poseer extraordinario espesor y resistencia.

El monstruo se lanzó con gran velocidad contra el destroyer, el cual gracias á una hábil maniobra evitó su embestida. Se disparó un torpedo, que desgraciadamente pasó por debajo de uno de los grandes arcos que formaban las sinuosidades del cuerpo de la serpiente. Volvió á atacársele de nuevo con los cañones de tiro rápido pero tan inútilmente como la primera vez. El animal replicó á los disparos de la artillería con otra embestida que también pudo evitarse y luego después de erguir la cabeza y el cuello hasta gran altura los hundió en el mar y desapareció, dejando un gran remolino mezclado de espuma que persistió durante largo rato.

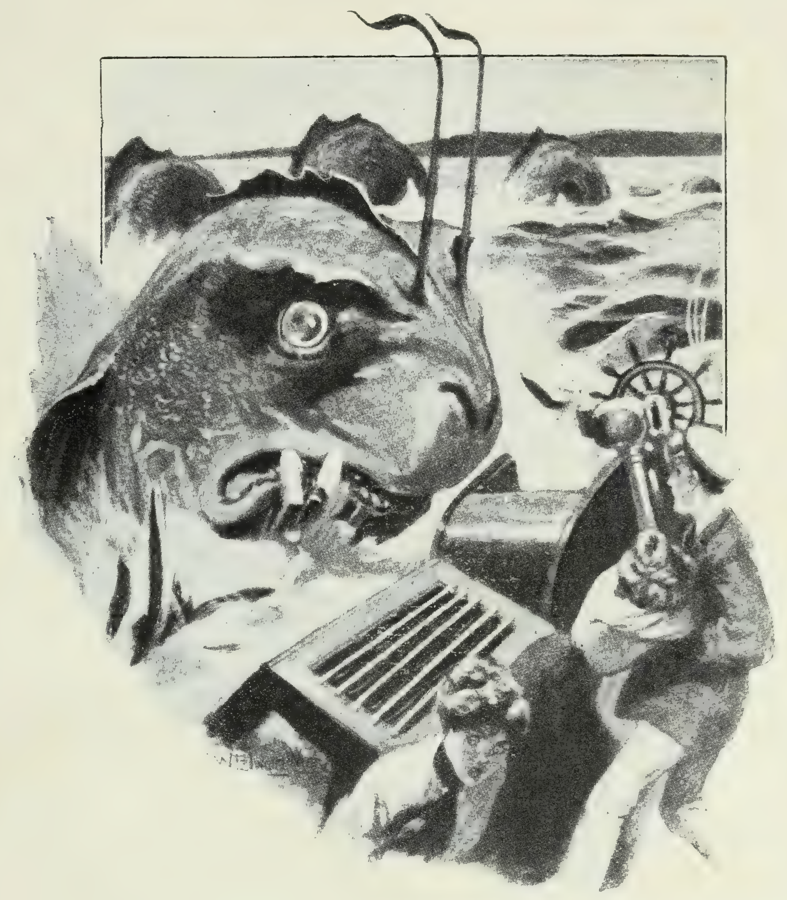
No solamente la cosa era seria, sino que la situación se volvía crítica. Ningún buque estaba seguro frente á semejante peligro: todo aquel día la parte baja del río estuvo virtualmente abandonada por las embarcaciones menores. Solamente los muy audaces se atrevían á apartarse de la costa, pero evitaban de alejarse mucho. Hasta los buques de gran tamaño y sobre todo los que estaban destinados á transportar muchos pasajeros se abstenían de salir del puerto, y se supo que más de uno de los viajeros que tenían pasaje tomado se negaron á embarcarse mientras no se supiese que había sido destruído el monstruo.

III

Durante algunas horas no se tuvo más detalles y los diarios de la mañana si-

guiente no pudieron suministrar nuevas noticias acerca de los movimientos del animal. Pero hacia mediodía, varios telegramas fueron llegando y siguiéndose los unos á los otros rápidamente, fechados de Tilbury, Gravesend y otros puntos aún más arriba en el río, y todos ellos decían que se había visto al monstruo y que se dirigía rápidamente aguas arriba y contra la corriente del río. Por fin se recibió de Woolwich y millares de personas acudieron á la orilla para presenciar el paso del monstruo.

Y este siguió avanzando con grandes ondulaciones serpentinas de su enorme cuerpo, llegó más arriba de Woolwich y de Bugsby, más arriba de la isla de los Perros llegó á los diques comerciales de Surrey, dejando en el río al andar como huella de su paso una larga línea de espuma. En ambas márgenes del río se notaba una agitación extraordinaria en el agua, y grandes olas iban á romperse contra los diques y los malecones causando graves daños á los buques atracados, algunos de los cuales fueron destruídos.



El monstruo arrancó de una dentellada al hombre que estaba en el timón

Dos de las partes de los diques secos fueron rotos por el choque de agua agitada por el enorme monstruo, y grandes buques que estaban en compostura sufrieron averías; varios obreros, que felizmente para ellos habían abandonado los diques secos para observar el leviatán escaparon al peligro de ahogarse por la entrada brusca del agua á través de las puertas deterioradas.

El muelle de Limehouse sufrió graves perjuicios debidos al choque del agua, y el distrito bajo, al sur de Commercial Road East quedó anegado, muchas chatas zozobraron y numerosos depósitos de mercadería sufrieron daños.

La muchedumbre amontonada á orillas del río, disminuía rápidamente al acercarse el monstruo; cada vez que éste erguía la cabeza fuera del agua con su

extraño movimiento serpentino y parecía reconocer el sitio en que estaba, las mujeres chillaban, se desmayaban ó huían despavoridas, los niños se asían á las polleras de sus madres con abyecto terror y no eran pocos los hombres que volvían los talones y huían ante tan espantosa visión.

Manteniéndose, como por instinto, en el centro mismo del río el mónstruo recorrió la gran curva situada á la altura de la calle Botherhithe y llegó á la vista del hombre apostado como vigía en el muelle de Cherry Garden y que estaba en directa comunicación telefónica con el puente de la Torre.

Fueron levantadas inmediatamente las básculas de este, pues se había convenido apresuradamente en que no había tiempo de disponer los medios de destruir al mónstruo antes de que llegase á la Torre de Londres.

A unas cien yardas más abajo del puente, la gran serpiente se detuvo pocos instantes y, elevando la cabeza con una de esas series particularmente espantosas de movimientos sinuosos que le eran propios, pareció estudiar la situación.

Sus grandes ojos en forma de lentes, que resplandecían con siniestro fulgor miraban hacia un lado y otro alternativamente. Luego volvió á agachar la cabeza y prosiguió su ruta con un extraño ruido metálico (debido á las escamas al rozar unas con otras) bastante intenso para ser oído por el sinnúmero de millares de espectadores semiaterrorizados y semifascinados por lo que veían.

IV

Mientras tanto se hacían presurosos preparativos en el puente de Londres. Las autoridades habían resuelto rápidamente que era necesario emplear medidas enérgicas para deshacerse del mónstruo.

Además de las espantosas tragedias de que era responsable, ya había causado considerables perjuicios á la navegación y á los propietarios de la costa, y si se le permitía que prosiguiese su ruta aguas arriba era probable que concluiría por destruir alguno de los puentes.

Ninguna construcción ordinaria por sólida que fuese podía resistir á su enorme fuerza y su peso colosal, y cuanto más pronto se pusiese fin á sus depredaciones mejor sería. Todo el Londres de la ribera era presa del pánico y urgía intentar una acción inmediata.

Gracias á lo que se sabía de la incapacidad de la artillería de tiro rápido de los destroyers para penetrar la armadura escamosa con que estaba protegido el mónstruo de la cabeza á la extremidad de la cola, se pensó en otro método de lucha. Se trajo de un matadero un caballo muerto y por medio de sogas se le ató de tal modo que colgase del centro del puente, á pocos pies de la superficie del agua.

Con mucho cuidado se trajeron bombas cargadas con poderosísimos explosivos y dos artilleros, — escogidos entre los que se habían ofrecido voluntariamente porque su papel no ofrecía pocos peligros — se hallaban apostados sobre el puente, con misión de arrojar bombas dentro de la boca del monstruo en el instante en que la abriese para apoderarse de la presa que constituía el cebo.

Densas muchedumbres se habían reunido á ambas extremidades del puente, y con mucha dificultad conseguía la policía á caballo reprimir á los más audaces que trataban de atravesar sus filas. Todas las inmediaciones del río estaban atestadas de espectadores, presa de gran excitación ante la escena que esperaban.

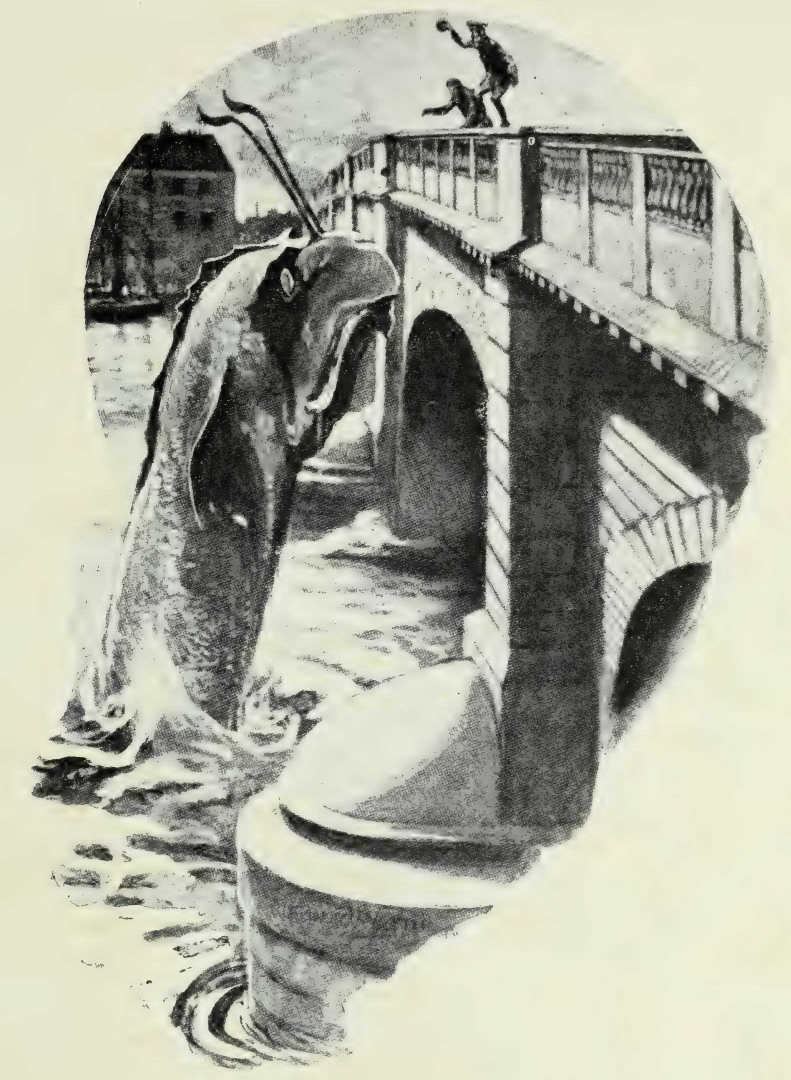
Fué un momento de angustia aquel en que el leviatán, llegado á unas cincuentas yardas del puente, se detuvo y volviendo á levantar su repelente cabeza inspeccionó de nuevo lo que le rodeaba. Al principo no pareció ver el cebo que colgaba en la forma más tentadora frente á él, pero de repente los movimientos sinuosos de su cuello se interrumpieron y el fulgor fosforescente de sus ojos se hizo más brillante.

Durante pocos segundos permaneció casi inmóvil; luego agachó un poco la cabeza, todo su cuerpo gigantesco se puso en movimiento y con fauces suficientemente abiertas para que se viesen las dos hileras de enormes dientes en forma de ganchos, se precipitó hacia el cadáver del caballo.

Los dos artilleros estaban de pie sobre el parapeto, cada cual con una bomba en la mano; las frandes fauces se abrieron algo más para dar cabida á la presa; los rayos del sol se reflejaban en el esmalte de los dientes. Todas las miradas estaban fijas en el mónstruo ó en los dos hombres intrépidos prontos á luchar con él.

Por fin llegó el momento crítico. La

serpiente avanzó las mandíbulas y el caballo desapareció entre ellas. Los artilleros después de apuntar cuidadosamente arrojaron sus mortíferos proyectiles en el momento en que la cabeza se retiraba.



Los artilleros, después de apuntar cuidadosamente arrojaron sus bombas mortíferas

Pero una de las bombas no dió en el blanco; el artillero había apuntado mal y el proyectil cayó en el agua sin causar daño alguno.

El otro, dirigido con demasiada certeza pareció hundirse en el cavernoso gaznate sin estallar. Rápidos como el pensamiento los dos soldados arrojaron otras dos bombas pero estas no tuvieron tiempo de alcanzar al animal antes que desapareciese debajo de la superficie.

El propósito buscado había sido que la explosión se produjese en la boca cuyo paladar probablemente constituiría un punto vulnerable y á través del cual se esperaba herir el cerebro; pero por desgracia el plan había fracasado, ¿Qué ocurriría ahora? Pocos fueron los que formularon la cuestión, pero estaba en la mirada de todos.

En el sitio en que había desaparecido el monstruo se veía una violenta agitación en el agua. Era evidente que estaba devorando su presa. El resto del cuerpo había desaparecido también debajo de la superficie pero de vez en cuando se producía un remolino en algún punto del trecho que había ocupado y parecía deberse á los movimientos hechos por el monstruo al tragar.

De repente, volvió á aparecer la cabeza y simultáneamente ambos artilleros, tanto más empeñados en la lucha, cuanto que habían fracasado la primera vez, arrojaron sendas bombas. Pero las fauces del mònstruo estaban cerradas y sus ojos constituían el único punto vulnerable.

Dos resplandores indicaron que las bombas habían estalaldo. Una de ellas hizo explosión en el medio mismo de la cabeza de la serpiente; la otra estalló entre la armadura de escamas situada en el cuello. Las detonaciones fueron seguidas de un gran clamor.

Durante algunos segundos no pudieron verse los efectos de las bombas. Pero cuando el humo se desvaneció pareció que la cabeza del monstruo estaba intacta. Pero uno de los grandes ojos estaba muy seriamente herido; la expresión del que quedaba era terriblemente feroz. La armadura de escamas que cubría el resto del enorme cráneo había resultado á prueba de las bombas.

El mónstruo hundió la cabeza en el agua, y pocos minutos después volvió á sacarla y la elevó hasta pocos pies del parapeto. El animal parecía adivinar que aquellos dos seres vestidos de uniforme kokhi, erguidos allá arriba, eran sus enemigos.

Del seno de la muchedumbre partió un sordo clamor; se gritaba á los valientes soldados que huyesen cuanto antes. Pero se les presentaba una oportunidad y con ella la victoria. La horrible boca se abrió con terrible gesto, revelando los espantosos dientes encorvados. Los artilleros apuntaron bien y arrojaron sus bombas, á la vez que saltaban á la vereda del puente. Habían afrontado al monstruo con intrépido valor pero no querían exponerse á ser alcanzados por los trozos de sus proyectiles.

Las bombas estallaron al chocar contra los dientes de la mandíbula inferior. Sus fragmentos destrozaron la bóveda del paladar, y llegaron hasta el cerebro del leviatán.

Su agonía fué terrible. Los artilleros, dándose cuenta de que habían realizado su empresa volvieron á treparse al parapeto y contemplaron al mónstruo que en las convulsiones de su cuerpo colosal trasformaba al río en un caos de agua y espuma. Mientras tanto la multitud aclamaba sin cansarse. Los matadores del terrible visitante de Londres, eran los héroes del día.

Todo el río estaba agitado en muchos centenares de yardas; las olas batían el muelle de Old Swam, como si este hiciese frente al mar. Varias chatas que se hallaban cerca de la orilla de Surrey se llenaron de agua y se fueron á pique. Las pilas del puente sufrieron algún daño pero no fué de mucha importancia.

Gradualmente, las convulsiones se fueron debilitando; una serie de temblores recorrió el cuerpo cubierto de escamas, y en el momento en que la muchedumbre invadía el puente por ambas extremidades se undió lentamente bajo la superficie, impotente y sin vida. Era el fin.

Y mientras los artilleros eran llevados en brazos entre la muchedumbre que cubría los terraplenes, se adoptaban medidas para que con ayuda de buzos, explosivos y conductores eléctricos quedase destruído el obstáculo que el cadáver del mònstruo podía constituir para la navegación.

Ese horror la desaparecido, pero la visión del siniestro fulgor del ojo sano del monstruo durante su agonía subsistirá por mucho tiempo en la memoria de aquellos que lo vieron.

El esposo (con voz quejumbrosa): "Me vuelven los dolores reumáticos, no puedo mover la pierna".

La esposa (incomodada)—"¡Qué fastidio! Quería salir á hacer unas compras, y ahora seguramente lloverá; pues siempre que te quejas del reumatismo llueve enseguida".

SIRVIENTAS MODERNAS

Señora (á la nueva cocinera) — De manera que, si toco el timbre una vez, vendrá usted y si llamo dos veces es para la mucama...

Cocinera — Y ¿cuántas veces debo llamar yo cuando quiera hablar con la señora?"

El Misterio de Grenville Park



Granville Park, según era en la época en que ocurrió esta historia

En la sala de una encantadora residencia á la antigua situada á tres millas de la ciudad de Calway, Irlanda, estaba sentada una joven de unos diez y ocho años. Era alta, esbelta, graciosa, de rasgos clásicos y grandes y dulces ojos pardos. Era evidente que sus pensamientos eran agradables pues una sonrisa jugueteaba sobre sus labios.

El ruido de un caballo que llegaba al galope por la avenida la arrancó de sus pensamientos. Se puso de pié y pasando por la puerta del jardín que estaba abierta se dirigió al encuentro del que llegaba. Este se apeó rápidamente y teniendo de la rienda al caballo se acercó y sin ceremonia alguna besó las mejillas sonrosadas de Mónica, no una, sino varias veces.

— ¡Querida mía! — exclamó — me alegro de encontrarte en casa, pues tengo mucho que hablar contigo y me queda poco tiempo para tantas nuevas como te traigo.

— ¿Y no te parece que estás perdiendo mucho de ese tiempo tan precioso? — le dijo Mónica Lynch, con picardía. — ¡Dios mío, aquí viene Bat! — agregó indicando á un caballerizo que se acercaba. — Espero que no ha visto tu modo de portarse tan escandaloso. Dale tu caballo, Francis, y vente conmigo á la sala.

Francis Kiernan, cirujano de la marina de Su Majestad, era un hombre de aspecto decididamente distinguido, y de quien muchas muchachas habrían tenido orgullo de ser novias. Alto, pelinegro, hermoso, de rostro completamente afeitado, que revelaba inteligencia y firmeza, todo indicaba que era hombre valiente y franco. Llevaba el traje de montar que se estilaba en aquella época, y que hacía resaltar almirablemente lo bien proporcionado de su cuerpo.

— Me alegra mucho de haber salido esta mañana — dijo Mónica. — Y el placer de verte es tanto mayor cuanto que es inesperado. Pero tengo curiosidad de saber lo que tienes que decirme.

— Pues bien, querida mía — dijo él haciéndola sentar á su lado en un sofá de estilo anticuado. — Estas son mis noticias. He comprado una casa, que espero será en breve tu futuro hogar. ¿Qué te parece Mónica?

—¡Que estoy encantada! ¡Qué delicia! ¿Dónde está y cómo es?

— Es una linda casa, con muchos cuartos grandes y bien ventilados y un magnífico vestíbulo de entrada. Estoy seguro que ha de gustarte la propiedad que la rodea, pues es muy bonita y muy bien arreglada y cuidada y los jardines son encantadores. La tierra también está en buen estado de cultivo. El dueño anterior vivió continuamente en Inglaterra y dejó la propiedad entregada á manos de un mayordomo. Oí hablar de esa propiedad por mera casualidad, fuí á visitarla y como encontré la ocasión de hacer una buena compra me decidí inmediatamente. Me siento muy feliz, querida mía, al pensar que, puesto que nos hemos de casar dentro de tres semanas, una dichosa circunstancia permite que nos instalemos desde el principio en nuestro hogar definitivo.

— Y de antemano me parece un hogar delicioso — dijo Mónica — Dime dónde está situado. Espero que no será muy lejos de acá.

—No querida mía; esta es la sorpresa que te reservaba; su proximidad á estas inmediaciones es uno de los atractivos que me incitó á no demorar la compra. Es la propiedad de Grenville Park, cerca de Castleblakeney, en este mismo condado de Calway.

Un grito de asombro arrojado por la joven le sorprendió.

— ¡Oh, que lástima! — exclamó ella con voz sorda y manifestando horror — Cuanto siento Francis que no me hayas hablado antes de tu intención de

(*Del Wide World Magazine*)

comprar esa propiedad. Por nada del mundo te lo habría aconsejado.

— ¡Pero hija mía! — exclamó él, riéndose — ¡Qué te ha hecho esa casa? ¿Qué es lo que tiene? No puedo comprender que le tengas tanta repulsión. Tanto la casa como la propiedad me parecieron deliciosas, y dignas de satisfacer á las personas más descontentadizas.

— Discúlpame, querido amigo, no es por eso. — dijo Mónica, y su rostro estaba muy pálido mientras hablaba — ¿No has oído hablar de la historia de Greenville Park? Se dice que ronda en ella un terrible duende, y mucha gente del pueblo dice que es el mismo demonio quien la habita. Muchos lo han visto y nadie se atreve á acercarse á ella después de oscurecer. ¡Qué cosa terrible! Nunca podré vivir en ella; me moriría de miedo!

Y la joven estalló en violentos sollozos.

Francis Kiernan se sentía muy alarmado ante esta actitud de Mónica, y Viendo que sus nervios comenzaban á sobresaltarse hizo lo posible para calmarla.

— Vamos, — le dijo — Deja á un lado esas preocupaciones. ¿Cómo puedes creer en semejantes tonteras? Deberías saber que la gente de campo es muy amiga de inventar esas leyendas absurdas, y propalarlas como hechos. En cuanto queda una casa sin alquilar por algún tiempo hacen correr la especie de que está embrujada. Ven demonios, fantasmas, duendes, ánimas, y qué se yo cuantas cosas más, en cuanto asoman sus narices fuera de la ventana por la noche. Deja pues á un lado esas ideas, queridita mía.

— Si, si; ya sé, — contestaba ella — La gente es muy supersticiosa, pero en lo que se refiere á Grenville la cosa es muy cierta. Hace dos años algunos ingleses ricos la alquilaron para la estación de la caza, y la hicieron arreglar y amueblar lujosamente; pero no había trascurrido un mes cuando la abandonaron precipitadamente. Mr. Robinson, que era muy amigo de papá, le dijo que era imposible vivir en ella y que su esposa y su hija estaban enfermas del miedo que les causaba lo que oían y veían por la noche. Además todos sus sirvientes ingleses abandonaron la casa, y les fué imposible hallar en la región quien se atreviese á reemplazarlos.

Francis hizo un gesto de impaciencia.

—¡Qué tanda de cobardes debía de ser! Pero, por Dios, ¿qué había que tanto los asustaba?

Con tono medroso, Mónica le contestó.

— Papá me contó que una noche la señora de Robinson oyó golpear á la puerta de su dormitorio. Era cerca de la una de la mañana, y el señor Robinson que había invitado á varios caballeros esa noche estaba todavía con ellos en la sala y no había subido á acostarse. Volvió á repetirse el golpe, pero cuando vió que decía ''adelante'' y que nadie entraba, la señora creyó que debía ser alguna sirvienta. Se levantó de la cama y abrió la puerta. No se veía á nadie pero un penetrante olor de azufre hirió su olfato. No se daba cuenta de donde procedía y trataba de cerciorarse de si algo ardía, cuando de repente vió en el corredor la visión más terrible que podía imaginarse. La extremidad del corredor estaba iluminada por una extraña luz fosforescente, y en medio de ella se veía un terrible monstruo, con cuernos, pezuñas y ojos resplandecientes. Era el demonio. La señora arrojó agudos gritos de terror que hicieron acudir á todos los que se hallaban en la casa, quienes al llegar no vieron más que á la señora de Robinson, desvanecida y como muerta, junto á la puerta de su cuarto.

—¡Qué extraña aventura!—dijo Francis — ''Pero, ninguna otra persona de la casa vió á aquella espantosa figura?

—Ninguna. Había desaparecido por completo.

— ¡Ah! ¡Ya me lo figuraba! Mucho me temo que la pobre señora Robinson sufriese en aquel momento de un agudo ataque de indigestión, debido probablemente á que no había moderado su apetito en la comida ofrecida esa noche á sus huéspedes.

— ¡Qué antipático es usted! — exclamó Mónica — El doctor O. Grady dijo exactamente lo mismo. Declaró que solamente las personas de carácter débil y los que tenían el hígado enfermo creían en los duendes.

— ¡Ah! El doctor O'Grady es un hombre razonable, y sabe de qué habla. ¿Volvió á dejarse ver esa terrible aparición?



Hizo cuanto pudo por calmarla

— Sólo oí hablar de ella otra vez más y fué después de una gran cacería. El punto de cita había sido en Grenville Park, y la cacería había tenido éxito completo. Los Robinson ofrecieron una gran comida esa noche. Concluída ésta, la señorita de Robinson se dirigió á su cuarto. No hacía mucho rato que estaban en él, cuando con gran sorpresa suya oyó un ruido extraño en el corredor. Se asemejaban al que hacen las cadenas al arrastrarse. Escuchó un instante, luego le pareció que algo pesado caía al suelo. Suponiendo que sería alguno de los huéspedes que se había extraviado en la oscuridad, abrió la puerta y miró fuera. Al principio no vió nada, pero de repente la parte alta de una ancha escalera situada frente á su casa fué iluminada por una luz siniestra y en medio de ella apareció la terrible figura que su mamá había descrito antes. Paralizada por el horror, miraba la joven la espantosa aparición, sin poder gritar siquiera y mientras tenía clavados en ella los ojos, notó que se iba desvaneciendo y que por fin desaparecía á la vez que volvía á producirse ese extraño ruido de cadenas que antes oyera. Se precipitó sin alientos hasta el cordón de la campanilla que tenía en su cuarto y llamó sin detenerse hasta que los sirvientes, su mamá, su papá y varios de los huéspedes llegaron presurosos. Les contó lo que había visto, y todos juntos se pusieron á registrar la casa de la buhardilla á los sótanos, pero no descubrieron nada que los ayudase á resolver el misterio. La señora de Robinson fué la única en creer en lo que contaba su hija, y el doctor O'Grady que volvió á ser llamado atribuyó lo ocurrido á un exceso de excitación debida á las peripecias de la cacería.

— Y por supuesto que O'Grady tenía perfectamente razón. — dijo Kier-

nan — Es muy frecuente que la imaginación se extravíe y nos haga ver los fenómenos más extraordinarios. He visto muchos casos por ese estilo en mi vida. Pero no quiero que te alarmes. Que queden olvidadas estas imayinaciones. Me tienes á mi para protegerte en lo sucesivo, y te aseguro que no me inspira miedo alguno ningún duende. He viajado demasiado para creer en esas cosas de viejas. Lo que debes hacer es tener confianza en mí. Seca esos ojitos y olvida todas esas leyendas. Iba á proponerte que te vistieras con traje de montar y que nos fuésemos juntos á Calway á elegir las cosas con que hemos de alhajar á Grenville Park. Vamos, dame un beso, y prométeme que desecharás todos esos temores.

Con una brillante sonrisa y un beso cariñoso la joven prometió lo que le pedía y luego dirigiéndose á su cuearto se puso el traje de montar, y poco después se dirigían ambos hacia Galway.

Pocas semanas después se casaron y fueron á pasar la luna de miel cerca de los lagos de Killarney, y luego vivieron algunas semanas en Dublin en donde pasaron alegremente el tiempo ocupados en comprar las mil y una cosas que necesitaban en su nuevo hogar. Como conocían á mucha gente en aquella ciudad fueron muy obsequiados y festejados y fué con cierto sentimiento que vió Mónica llegar el día en que debían establecerse en Grenville Park. La casa parecía deliciosamente atrayente, y la recién casada se declaró encantada con todo lo que en ella había y todo lo que la rodeaba. Durante varias semanas estuvo activamente ocupada en arreglarle y en recibir y retribuir visitas de las familias de las inmediaciones. Fueron dadas muchas fiestas en su honor, y la esposa á su vez ofreció varios brillantes recibos en Grenville Park. La idea de que la residencia estuviese hechizada parecía haber abandonado por completo la mente de la joven, pues ningún duende había perturbado la serenidad de su vida feliz, y Francis Kiernan había olvidado por completo los relatos que ella le hiciese. De repente se produjo un hecho que vino á cambiar por completo el aspecto de las cosas.

Esa noche había habido comida en Grenville Park. Las señoras ya se habían retirado á la sala y los caballeros seguían charlando en el comedor mientras saboreaban generoso oporto añejo, cuando de repente se precipitó entre ellos Miguel McShee, el sumillero. El pobre hombre parecía presa de intenso terror, y todo lo que pudo hacer fué tartamudear:

— ¡El diablo! ¡El diablo! ¡Lo he visto! ¡Nos estaba esperando en el fondo del corredor! ¡Allí está, señor, con cuernos y cola y una cara de fuego!

Y dominado completamente por el terror, é incapaz de agregar otra palabra McShee se dejó caer de rodillas y comenzó á mascullar con tono lastimoso las oraciones aprendidas.

Los huéspedes se pusieron de pié y contemplaron al hombre, con asombro y sobresalto.

— ¡Qué demonios está diciendo este loco, Kiernan? — exclamó el capitán Rorke.

— Parece haberse asustado de algo— contestó el dueño de casa que parecía ser el que conservaba más tranquilidad y sangre fría de todos los presentes.

Y asiendo al sumillero por la solapa le obligó á ponerse de pié.

— Vamos á ver, McShee, explíquese. ¿Qué nos viene á contar?

— Silencio, silencio, señor, — tartamudeó el hombre. — El demonio está esperando allí fuera, y le juro que es la verdad.

— No sea usted loco, hombre — exclamó el dueño de casa, con irritación — Seguramente ha estado bebiendo.

— No he tomado una gota en todo el día — exclamó el sumillero

Haciendo un gesto de impaciencia, Francis se volvió hacia sus invitados y les dijo:

— Si quieren, caballeros, podemos registrar la casa, y tratar de descubrir qué es lo que ha visto este insensato.

— Le seguimos — dijeron todos. Indíquenos el camino.

—Les ruego que lo hagan sin ruido— dijo Francis — No quisiera que las señoras oyesen hablar de estos disparates. Es inútil alarmarlas.

Teniendo al sumillero asido de un hombro, Francis abrió la marcha, seguido por los invitados.

— Ahora pues, McShee — dijo — Muestrenos donde está el duende para que concluyamos con él.

El hombre temblando de terror, condujo á los que le seguían hasta un an-


ES EL MEJOR
LONGINES
En Venta
en todas
las
RELOJERIAS



Parecía resplandecer con un extraño fuego

cho corredor situado entre el vestíbulo y las cocinas.

—Ya no veo más nada, señor. Pero allí estaba de pié, — afirmó McShee señalando hacia la extremidad del corredor. — ¿Acaso no vi las llamas que arrojaba? Pero; gloria á los espíritus que se lo llevaron consigo!

Hubo una carcajada general á expensas del pobre sumillero, cuando el doctor Kiernan dijo:

— Los espíritus no tardarán en llevarlo á usted, McShee si no procede con más prudencia. Me parece que le tienen bien agarrado ahora, por lo menos los del vino. No vaya á decir una palabra de todo esto á la señora — agregó con severidad — ni á ninguno de los sirvientes, ó abandonan inmediatamente mi servicio.

—Volvamos al comedor terminemos nuestro oporto — siguió diciendo Francis, dirigiéndose á sus invitados, que parecían más ó menos desilusionados con ese final tan trivial de un incidente que parecía destinado á causar sensación. Más tarde se reunieron las señoras, pero ninguno de ellos habló del susto del sumillero.

Pocos días después de este incidente, el doctor Kiernan recibió orden de embarcarse en su buque sin dilación. Fué mucho su pesar al tener que separarse tan pronto de su reciente esposa, y como es natural, Mónica se mostraba más pesarosa todavía. Sin embargo á medida que trascurrió el tiempo comenzó á con-

solarla la esperanza de su regreso. Era una muchacha valiente y se las arregló para ocupar su vida con la administración de su hogar y otras muchas pequeñas ocupaciones. Sin embargo no puede censurársela porque tuviese algunos ataques de nostalgia y depresión. Cierta noche en que estaba sentada en la sala, ocupada en bordar un par de zapatillas para su esposo oyó el súbito estruendo de gente que corría precipitadamente, mezclado con gritos de terror. Se abrió la puerta de repente y un grupo de sirvientes, pálidos, temblorosos y evidentemente aterrorizados penetró como una tromba hasta donde estaba ella. Ninguno de ellos parecía en estado de poder hablar, pero al fin Brígida Callaher, una enorme mujer huesuda, dijo con voz entrecortada:

— ¡Oh! Señora! Le juro que acabamos de ver al espíritu del Maldito! Nos viene á buscar á todos. Está allí junto á la puerta del vestíbulo. ¡Sálvenos, señora, sálvenos!

Y casi á punto de desplomarse se abrazó de Roberto, un jovenzuelo muy pequeñito de unos diez y ocho años, que cejó bajo el peso de la voluminosa mujer.

— ¿Están ustedes trastornados? — exclamó Mónica, poniéndose de pié — ¿Qué significa esta comedia?

—Disculpe señorita Mónica — dijo la vieja Mary, su camarera, que antes había sido su nodriza y no podía acostumbrarse á tratarla de señora — Nos ibamos á acostar. McShe dijo á Roberto que cerrase la puerta del vestíbulo antes de subir. Estábamos en la otra extremidad des vestíbulo. Cuando de repente vimos al diablo que nos miraba á través de la ventana de vidrio. Le juro que es la santa verdad de Dios, señorita, y que estaba ardiendo con fuego verde.

Con oculta alarma Mónica oyó este relato, pues le recordaba lo que había oído decir de lo ocurrido á los Robinson Se sentía presa de horrible miedo, pero logrando dominarse, se dirigió valientemente hacia la puerta diciendo:

— Ya veré de qué tienen ustedes miedo.

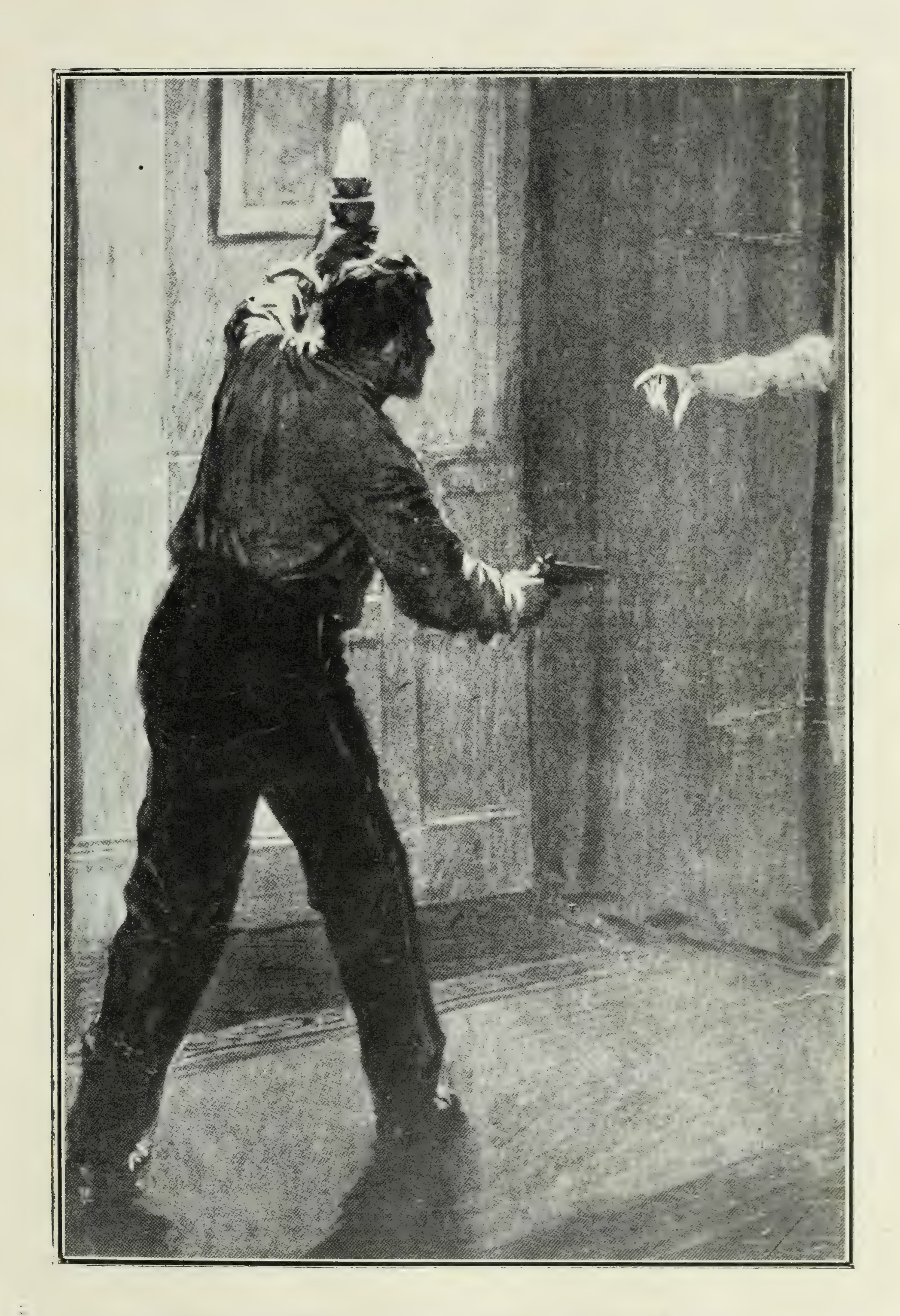
Seguida por el grupo de los sirvientes, incluso Roberto y la cocinera, que se sostenían mútuamente, avanzó por el vestíbulo. Todo estaba tranquilo, apacible y tenía su alegre aspecto acostumbrado. Un gran fuego ardía en la chimenea, y no se veía huella alguna de apariciones. Con una gran sensación de alivio, Mónica se volvió hacia los sirvientes.

— ¡Qué disparate!—exclamó—Aquí no hay nada que pueda asustar á nadie. Vamos María, agregó, con risa algo nerviosa — debe de haber sido el reflejo del fuego en los vidrios de la ventana. Bueno, vayanse á acostar y no se dejen llevar por la imaginación. María — agregó, dirigiéndose á la anciana — venga usted á mi cuarto que tengo que hablarle.

Esto no era más que un pretexto para no quedarse sola, pues en realidad se sentía muy asustada por el relato de los sirvientes, y se daba cuenta de que no se atrevría á quedar sin compañía esa noche.

Durante algún tiempo más no se produjo nada anómalo, y aunque Mónica tuviese períodos en que se sentía terriblemente nerviosa, la servidumbre en general parecía haber olvidado su pánico y haber aceptado la explicación de su ama acerca de lo que habían visto.

Sin embargo Mónica tenía como una intuición de que las cosas no seguirían tan apaciblemente por mucho tiempo. Esperaba á cada instante oir ó ver algo de índole alarmante, y no se equivocaba, según lo demostraron los acontecimientos. Se había quedado cierta noche á leer hasta muy tarde en la sala, cuando de repente oyó que la puerta se abría. Creyendo que era McShee que efectuaba su último recorrido por la casa para cerrar las persianas, no alzó la vista, pues su lectura la absorbía. Pero un ruido que oyó la obligó á mirar. Fué milagro que no perdiese inmediatamente el conocimiento ante el espectáculo que se ofreció á su vista. Sentado sobre un alto banco en un rincón del aposento, y con las piernas cruzadas, se veía un monstruo horrible. Parecía brillar con extraña llama. Su rostro era seguramente el que desde tiempos inmemoriales se atribuían á su Majestad Satánica. se veía una sonrisa cruel y sardónica en sus labios, refulgían sus miradas, y grandes cuernos salían de su frente. Mientras Mónica lo miraba boquiabierta tratando de cobrar bastante aliento para gritar, la terrible visión se puso en pié,



Ante los ojos asombrados del doctor, pareció surgir un largo brazo, flaco.....

dejó escapar una horrenda carcajada, y señalándola con el dedo se dirigió hacia ella.

Esto fué más de lo que Mónica podía resistir. Con un esfuerzo desesperado consiguió mover sus miembros paralizados por el terror. Se precipitó hacia la puerta, tratando inútilmente de gritar, Sin saber á donde iba recorrió todo el corredor, abrió la puerta de la cocina y cayó desmayada en brazos de la anciana Mary. Como es natural, el asombro y la alarma de los sirvientes fueron inmensos y todos se esforzaron en cooperar en devolverle el sentido. Después de mucho quemar plumas, mucho golpearle las manos, mucho arrojarle agua, Mónica volvió á abrir los ojos. Sus primeras palabras fueron.

— ¡Oh, nodriza, querida nodriza, sálveme! ¡No deje que me lleve!

— No tema nada hijita mía — dijo Mary, calmándola — Nadie la tocará mientras Mary este con usted. ¿Pero qué es, amita mía, lo que tanto la ha alarmado?

— He visto un terrible duende en la sala — dijo ella con voz apagada — igual al que vieron ustedes la otra noche. Tenía cuernos y cola, y arrojaba llamas. — Y la joven se estremeció violentamente al recordar.

— ¡Eso mismo! — exclamó McShee con tono de triunfo! — Eso es lo que yo vi también, y todos me dijeron que era un embustero. Pero ha de ser un mal demonio el que se atreve á asustar á una señora como la señora! Estamos en la casa del diablo, y no hemos de salir vivos de ella.

La señora de Kiernan comenzaba á reponerse un tanto de la emoción sufrida, y bajo la influencia de un alegre fuego y de un poco de vino caliente que la anciana Mary le había inducido á tomar, comenzaba á sentirse menos sobresaltada.

—Bueno, Mary — dijo — Tengamos aquí un buen fuego, y quede usted conmigo, y también todos los que quieran quedarse, porque no me atrevo á regresar á mi cuarto. He resuelto que mañana á primera hora nos vayamos todos á la casa que tiene mi esposo en Calway y allí nos quedaremos hasta que regrese porque seguramente me moriría si tuviese que soportar otro susto como el de esta noche.

El día siguiente por la mañana nadie perdió mucho tiempo en preparar sus cosas y estar pronto para partir, aunque la luz del día hubiese hecho olvidar un tanto á la servidumbre la idea de que la casa estaba embrujada.

Después de entregarlo todo al cuidado del mayordomo, hombre de confianza que había cuidado la casa durante muchos años antes que el doctor Kiernan la comprase, se dirigieron todos hacia la ciudad.

Al llegar á Calway, la señora de Kiernan se dirigió á casa de un tío anciano que allí vivía y que era el cura de la parroquia. Al oir este el relato de lo ocurrido, el sacerdote, aunque no prestase fé á esas cosas, la tranquilizó sin tratar de desengañarla é insistió para que permaneciese en su casa mientras sus sirvientes disponían la que iba á habitar.

Pocos días después se instaló en esa y se mostró muy satisfecha de tener una casa tan cómoda en una ciudad en que estaba rodeada de amigos y parientes y no tenía nada que temer de las fuerzas sobrenaturales.

Pocos meses después nació su primer hijo, cuya llegada la llenó de satisfacción aunque la entristecía un tanto la idea de la ausencia de su esposo. Este debía llegar cuatro meses más tarde.

El tiempo trascurrió sin incidentes. De tiempo en tiempo el mayordomo traía informaciones acerca de lo que ocurría en Grenville Park y entregaba el dinero procedente de las cosechas y de los productos del corral y del establo.

McSee á quien correspondía verificar las cuentas y recibir el dinero, observó cierto día á su ama:

—Por Dios que la ausencia del amo se hace sentir en todo. Sweeney, (el mayordomo) no saca casi renta de la propiedad. Es un hombre demasiado simple. Se deja engañar por aquellos á quienes vende los productos. Además no está satisfecho de tener que vivir allá, y dice que si no fuese por ustedes dejaría la casa abandonada pues tiene terrible reputación y tiene miedo de andar por ella de noche. Es una gran lástima que la hayan comprado, señora.

— Si, es una gran lástima, McShee, por nada volveré á vivir en ella.

En esto estaban las cosas cuando re-

gresó el doctor Kiernan. La reunión de los jóvenes esposos dió lugar á muchas fiestas, y el niño fué causa de mucha alegría para ambos. Lo único que disminuía la felicidad del doctor Kiernan era el hecho de que su esposa hubiese abandonado á Grenville Park, propiedad á que había cobrado mucho cariño. Por supuesto, hubo largas explicaciones al respecto, acerca de las causas de la fuga, y Kiernan comprendió que la resolución de Mónica de no regresar allí era muy firme. Muy escéptico en todo cuanto se relacionaba con lo sobrenatural, las insensateces de su esposa y de los sirvientes le contrariaban mucho, y le hicieron concebir el propósito de descubrir si tenían algún fundamento.

— Escucha querida mía — dijo cierto día á su esposa, después que esta le hubo descrito la terrible visión que había visto.—Voy á pasar algunos días en Grenville Park y trataré de ahuyentar para siempre á ese duende.

Mónica se mostró muy sobresaltada, y le imploró que no lo hiciese; pero él se mostró firme.

— Tengo que ir á visitar la propiedad — dijo — y conviene que aproveche para concluir una vez por todas con esos disparates, puesto que ni tú ni los sirvientes quieren volver allá. Tengo á Sweeney para acompañarme; y créeme, si logro una sola vez que la famosa aparición me haga el honor de visitarme sabré pesuadirla de que no le conviene volver á molestarnos con su compañía.

Mónica estaba verdaderamente alarmada con la idea de lo que le proponía su esposo, é hizo cuanto pudo por disuadirle.

— Compréndeme, Francis. Piensa en lo que he de sufrir sabiendo que estás solo en aquella terrible casa. Sweeney no se está allá la noche entera, y nadie se acerca á ella después que ha oscurecido.

La paciencia del doctor parecía estar á prueba con esa insistencia supersticiosa de su esposa y concluyó por pedirle que no volviese á hablarle de eso hasta despues de su regreso de Grenville-Park.

Se dirigió á Genville en un cochecito que manejaba personalmente y fué recibido por el mayordomo, individuo de rostro astuto, y agudo, que era difícil suponer capaz de asustarse de cualquier cosa.

—¿Qué tal, Sweeney, cómo estamos?— preguntó el doctor—¿Ha visto muchos duendes en estos últimos tiempos?

— Por favor, señor, no hable de los demonios — exclamó precipitadamente Sweeney— Me alegro mucho no estar solo por algun tiempo porque vivo en continuo terror de ver algo terrible mientras estoy aquí solo.

—Todo eso son disparates, Sweeney, dijo el amo— Deja esas imaginaciones para las mujeres. Lo que me preocupa es que la propiedad no parece tan lucrativa como debía ser. ¿A qué es debido?

—Eso mismo, señor. Tiene usted razón. Debia producir más. La estación no ha sido muy buena y me ha faltado gente. Para decirle la verdad, señor, muy pocos son los que quieren trabajar acá; temen acercarse desmasiado á la casa. La semana pasada, sin más, la vieja Tilda,—esa que anda sin zapatos en los piés —renunció á seguir ordeñando las vacas y dijo que nunca más volvería á poner los piés en el establo, porque uno de los terneros se había asustado de algo que había visto junto á la puerta. Y las cosas andan mal sobre todo desde que la señora vió esas cosas que la obligaron á irse de la casa.

— ¡Bendito Dios!—exclamó el doctor Kiernan con irritación— No quiero que vuelvan á hablarme de estos disparates. Me parece que todos andan locos por acá, pero usted está por encima de esas cosas, Sweeney. Ya trataremos de dar con el duende todos las noches mientras yo permanezca acá.

—¡Oh señor!— exclamó el hombre con accento de horror— ¡No me pida usted eso! Aún cundo me empapasen en agua bendita no me atrevería á pasar la noche en esta casa. Por amor del cielo, señor, no me pida usted que lo haga.

Viendo que el mayordomo parecía sinceramente asustado, Francis, con una carcajada le dijo:

—Puesto que es usted tan nervioso, Sweeney, no lo obligaré á que pase la noche en la casa, pero espero que vendrá cada mañana á las seis.

—¡Que Dios lo guarde y lo salve del Malvado!— dijo Sweeney al despedirse. —Vendré mañana temprano á ver si está usted vivo todavía.

Y después de esta alentadora observación se dirigió hacia el pabellón que habitaba con su mujer, dejando á Francis solo en la casa desierta. Este no tardó

en instalarse en su cuarto, tan cómodamente como le fué posible.

El silencio de la casa era profundo. Los muebles crugían de vez en cuando, y otro tanto hacia la escalera de encina, pero esto no perturbaba los nervios del doctor. Se estuvo leyendo hasta tarde, (ó más bien temprano) en la madrugada y luego, no habiendo notado nada que lo recompensase por su velada, se acostó y se durmió profundamente.

El mayordomo llegó á las seis y pareció maravillarse de que su amo no hubiese sido arrebatado por los espíritus. Viendo que estaba acostado comenzó á alabar á todos los santos que pudo recordar.

—Está muy bien todo eso— dijo el doctor Kiernan— estoy vivo y perfectamente sano. Ningún duende me ha incomodado est noche. Ahora vaya á buscarme el desayuno.

También transcurrió la noche siguiente sin que se produjese nada alarmante, aunque debe decirse que el doctor Kiernan fué despertado hacía las dos de la mañana por un grito extraño y un ruido metálico que se oían en el piso bajo. Se apoderó de las pistolas que tenia siempre junto á su lecho y se dirigió inmediatamente hacia allí para cerciorarse de lo que ocurría, pero no fué recompensada su investigación, y regresó á su cuarto volviendo á dormirse hasta la hora en que el mayordomo vino á despertarlo.

—¡ Cuánto me alegro de volverlo á ver vivo, y sin huellas de que por acá haya andado el demonio— dijo Sweeney.

— Oh, estoy muy bueno, Sweeney! contestó el doctor— y no he visto nada alarmante; pero fuí despertado por un ruido que no puedo explicarme y por más que busqué no encontré nada.

—Es usted muy valiente, señor, puesto que se atreve usted á pasar la noche solo en esta terrible casa— dijo Sweeney.— Ni el mismo padre Flaherty quiso venir de noche, aún cuando sabe como se hace para ahuyentar á los espíritus.

—Siempre el mismo disparate — exclamó el amo.— Esas versiones han salido de las imaginaciones de gentes que sufrían de indigestión ó estaban sobreexcitadas. Mucho me temo que no veré ningún duende.

Pero el doctor Kiernan se equivocaba, pues esa misma noche tuvo el placer algo problemático de ver á la aparición.

Como estaba cansado se había acostado temprano, y no tardó en dormirse con el sueño del justo. Algo le despertó —¿ qué era?, no pudo darse cuenta. La obscuridad era intensa, pero tuva la intuición de que alguien ó algo estaba en su mismo aposento. Permaneció perfectamente inmóvil, con los nervios tendidos, escuchando y esperando, sin saber qué. De repente, de la oscuridad de la pesada cortina surgió una mano huesuda, terriblemente fría, que le rozó la cara y le asió de la muñeca. Dando un brinco que habría hecho honor á un acróbata, el doctor Kiernan saltó de la cama y encendió una lamparita que tenía sobre la mesa de noche. Luego tomando sus pistolas registró el cuarto, pero sin el menor resultado. ¿ Qué podía haber sido? Comenzaba á creer que había sufrido una pesadilla, cuando oyó un ruido extraño, semejante al de cadenas que se arrastran, y que parecía venir de algún rincón de la casa abandonada. Sin el menor temor, y resuelto á descubrir la causa de ese ruido bajó rápidamente las escaleras, con una luz en una mano y una pistola en la otra.

Al pié de la escalera se detuvo, escudriñando el vasto vestíbulo y elevando la luz sobre su cabeza. ¿ Qué era aquello? Las ventanas de la extremidad estaban cubiertas con una oscura cortina de terciopelo, de cuyo centro, ante los ojos asombrados del doctor, pareció surgir un largo brazo, flaco, con una mano semejante á una garra, que despedía un extraño resplandor y que le señalaba con el índice. Las cortinas se apartaron lentamente y una figura diabólica se acercó á él. Cuernos, cola y horrible expresión en el rostro.

De sus brazos colgaban cadenas que sonaban con siniestro ruido, y el doctor se sintió presa de un terror que nunca en su vida había sentido antes, según lo confesó más tarde.

Lentamente se fué acercando la aparición, y el doctor Kiernan, incapaz de proferir un grito, se apartó para dejarle paso, y vió que se dirigía por el corredor que conducía á los cuartos de servicio. El ruido de la puerta, volvió á devolverle el dominio de sus nervios y exclamó: "¡ Deténgase ó hago fuego!" precipitándose hacia la aparición que parecía dejar tras de sí un extraño olor sulfuroso. Guiado por este le siguió por varios corredores, y le alcanzó cundo iba á desa-

parecer por la puerta que conducía al sótano.

Sin vacilar, el doctor Kiernan bajó la empinada escalera, detrás de la aparición, levantando la pistola gritó en voz alta: "Quien quiera que sea, demonio ú hombre, detengase ó hago fuego— y le prevengo que no erro tiro!"

Con una carcajada horrenda el terrible monstruo se volvió, dejándose ver en todo su horror. Se acercó de nuevo á Francis, quien en un arrebato de terror hizo fuego. Con una risa burlona el demonio pareció coger la bala en el aire con la mano y arrojarla de nuevo al doctor. Este descargó la otra pistola, con igual resultado. Enceguecido por el terror y la ira, Kiernan se precipitó sobre la aparición y con ansias de matar la derribó al suelo golpeándola con la culata de las pistolas. En la excitación que le dominaba no notaba que el sér que tenia asido entre sus manos daba la sensación de algo tibio y humano y siguió golpeando hasta que una voz débil que le imploraba le devolvió conciencia de lo que hacía.



Francis que estaba trastornado por el terror alzó una de las pistolas é hizo fuego

Apoyándose contra la pared contempló asombrado el cuerpo tendido á sus piés.

—¡Perdón!— exclamaba este—¡Perdón, mi amo! ¡Usted está endemoniado, casi me ha muerto!

Con un puntapié, Francis hizo que se incorporase el individuo. Al hacerlo se separó de su cuerpo una piel de vaca

que parecía envolverlo, y quedó en descubierto el rostro aterrorizado de Sweeney, el mayordomo.

—¡Qué significa todo esto! — exclamó Kiernan enfurecido.

—Perdón, perdón, mi amo!— era todo cuanto el infeliz Sweeney podía decir.

—Suba las escaleras— le ordenó su amo, secamente—y llevese esta atrocidad,—agregó indicando el cuero de vaca.— Le encerraré bajo llave, mientras llamo á la policía.

El abatido Sweeney subió las escaleras seguido por su amo, el cual al llegar al vestíbulo le señaló la puerta de la biblioteca, cuarto de pequeñas dimensiones, diciéndole:

—Aquí permanecerá usted el resto de la noche. Le encerraré bajo llave y le custodiaré desde aquí. Y cuidadito con lo que hace, porqué á la menor ocasión, lo mato como á un perro. Por la mañana, antes de entregarlo á la justicia, le exigiré une explicación completa.

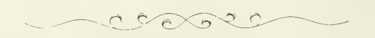
Aún cuando se sentía aliviado por haber resuelto el misterio, el doctor Kiernan no durmió mucho esa noche. Sus nervios habían sufrido por efecto del sobresalto y del terror que había experimentado, y también le preocupaba la resolución que adoptaría con respecto al mayordomo.

Por la mañana siguiente, cunado fué á llevar al hombre algo de comer, fué recibido con súplicas, lágrimas é imprecaciones, todo junto. La confesión fué completa.

Juraba que todo lo había hecho por su mujer y sus hijos. Los tiempos eran malos, y cuando no había nadie en la propiedad, lograba hacerse de algún dinerillo suplementario. Por eso tenía resuelto ahuyentar á todos los propietarios de la finca para manejarla sin fiscalización inmediata. La noche anterior había extraído las balas de las pistolas del doctor, y sentía haberlo alarmado tanto, pero quería que se fuese y no volviese. Si su amo le perdonaba, iría á confesarse con el padre Flaberty y asistiria á misa todos dos domingos del año.

Esta súplica no produjo mucho efecto sobre Francis, quien sin embargo pensó que lo mejor era deshacerse cuanto antes del mayordomo y echar tierra al asunto. Después de obligarle á formar una confesión por escrito, destinada á ser leída por Mónica, permitió que el infeliz se fuese, con tal que le prometiese dirigirse inmediatamente á América con su mujer y sus hijos, y no volver á acercarse á aquella propiedad. Esto lo prometió gustoso Sweeney, tanto más cuanto que el doctor se comprometió en pagarle su pasaje y el de su familia.

Así fué como quedó ahuyentado para siempre el duende de Grenville-Park y como regresaron allí la señora de Kiernan, su niño y los sirvientes, sin que ningún acontecimiento sobrenatural volviese á perturbarlos en lo sucesivo.



Las personas que no saben escribir se ven precisadas á substituir la firma de su nombre por una cruz (x). Los reyes y los nobles han usado también esa firma en la antigüedad; pero no por ignorancia. La usaban tanto los que sabían como los que no sabían escribir, como símbolo de que la persona que firmaba así, aseguraba solemnemente, por su fé cristiana, ser verdad todo lo escrito más arriba.

Por espacio de algún tiempo la ciudad de Lyon, (Francia), ha venido utilizando el vidrio para las veredas en reemplazo del ladrillo ó de la piedra. Se pone en blocks de ocho pulgadas cuadradas, conteniendo cada block dieciseis cuadritos á semejanza de un tablero de ajedrez. Ha resultado de mayor duración que la piedra y mucho más barato.

Una Emperatriz de Novela

Hace unos sesenta años era muy conocida en las principales ciudades de Europa una señora española, viuda y de alta categoría, muy dada á cambiar frecuentemente de residencia y que era más conocida todavía por el hecho de que estaba continuamente acompañada de dos hermosas hijas. Esa señora era la condesa de Montijo, quien también tenía derecho de llamarse condesa de Teba, puesto que su esposo tuvo muchos títulos. La condesa de Montijo era hija de un escocés-irlandés llamado Kirkpatrick y sus hijas revelaban en sus rasgos ambas descendencias. La mayor era esencialmente española, de cabello negro, y altiva en sus modos. La hija menor, Eugenia, por su aspecto, por lo menos, poseía un tipo de belleza más septentrional, puesto que su cabello era castaño oscuro, sus ojos violetas, su rostro hermosamente oval y su cutis maravillosamente puro y delicado.

La madre era dada á llevar una vida semibohemia y por eso viajaba de una brillante capital á otra, acompañada por sus dos hijas, aún cuando estas estuviesen todavía en una edad en que las costumbres españolas de entonces habrían exigido que no saliesen del convento. Sea como fuese veían mucha sociedad y tuvieron muchas relaciones de alta categoría y posición, aunque se observaba que era mayor el número de hombres que de mujeres que iban á visitarlas. Si la condesa y sus dos hijas hubiesen sido norteamericanas ó inglesas, no se las habría criticado por eso; pero puesto que eran españolas y pasaban todo su tiempo en el continente, se las consideraba con cierto espíritu burlón y hasta con cierta suspicacia.

Se citaba en aquella época con respecto á estas tres personas una frase de Beaumarchais:

''Una mujer debe ser bonita, si puede; debe ser cumplida, si quiere; pero es de toda necesidad que sea absolutamente respetada''.

Pues bien, las dos hijas de la condesa de Montijo eran más que bonitas—eran exquisitamente hermosas; pero no eran notables por la perfección de su educación, ni puede decirse en verdad que fuesen respetadas en el alto significado de la palabra. Muchos eran los que las juzgaban interesantes, y todos admitían que eran amables; pero según las ideas del continente europeo en 1846, las señoras de cierta categoría no debían vivir en los hoteles ni comer en público.

Sin embargo, la hija mayor contrajo un brillante enlace con el duque de Alba, para quien, á la verdad, fué resucitado el ducado histórico. Una actriz discreta comentó en esta forma este casamiento:

''El duque de Alba es en realidad un hombre afortunado; porque á la condesa de Montijo podía habérsele puesto en la cabeza hacerlo casar con sus dos hijas por permiso especial del papa. Nada es imposible para la condesa de Montijo cuando se trata del interés de su hijas. Viaja mucho pero nunca sin sus muestras''.

Esta clase de comentarios eran repetidos por muchas personas que veían en la condesa una casamentera empedernida. Nadie, sin embargo, suponía que alcanzaría un éxito superior á sus más exageradas esperanzas y que conseguiría para la menor de sus hijas un enlace destinado á revolucionar la historia de Europa.

La Señorita Eugenia de Montijo

Esta hija menor, á los veinticinco años, poseía un carácter muy complejo. Sus admiradores tenían mucho que

(*Del Munsey's Magazine*)



Eugenia, emperatriz de Francia, cuatro años después de su casamiento con Napoleón III
Retrato por Winterhalter, pintado en 1857

decir de sus admirables rasgos. Los que no la querían tenía muchas anécdoctas que contar para desacreditarla. Si se tienen en cuenta todos los testimonios resulta que era orgullosa, y para muchas personas, algo reservada; que era más bien egoista é ingrata; y finalmente que en su seno ardía el fuego de un temperamento impetuoso y apasionado. Solía aceptar las atenciones más marcadas, para manifestar luego una extraña indiferencia é ingratitud. Por otra parte, casi se arrojó á los pies de uno ó dos nobles de atrayente presencia, por quienes concibió un amor tan súbito como ardiente.

En cierto tiempo estuvo muy prendada del conde de Calva, hermoso joven español. Le reservaba privilegios que otros habían solicitado en vano. Cuando por fin él le dejó entender con claridad que no pensaba en ella, Eugenia se dejó llevar por arrebatos de desesperación y trató de envenenarse absorbiendo el contenido de un frasco de betún.

Esto era característico en Eugenia de Montijo. Su amor y su desesperación podían muy bien excitar la simpatía; pero tratar de suicidarse con betún trasformó la simpatía en carcajadas; de suerte que el marqués de Hereford cuando supo el hecho, observó:

"Le habría exigido menos tiempo el matarse con estricnina ó ácido prúsico, sin contar el desagradable riesgo de que en el otro mundo confundiesen su alma con la de un negro".

M. Albert Vandam resume su carácter diciendo que alejaba á sus admiradores por su falta de sencillez mental.

Desde muchos puntos de vista toda su vida fué española y nunca fué comprendida del todo por el pueblo francés. Tenía, ciertamente, el valor de los españoles, que la llevó á visitar los campamentos de coléricos en Amiens; pero también era muy dada á las intrigas lo que se manifestó en su afición á organizar casamientos uno de los cuales fué el desgraciado enlace de Adelina Patti con el marqués de Caux. Era amiga de los extranjeros; en su lenguaje se deslizaban á veces expresiones del "caló" francés, y á veces otras que no estaban bien en labios de una señora. Era además extremadamente supersticiosa, y más tarde hizo la fortuna del "medium" espiritista Daniel Home. También se dejaba llevar á flirtear como pocas mujeres que se respetan suelen flirtear; y sin embargo siempre permanecía fría é indiferente.

Tal, pues, era Eugenia de Montijo en 1851, cuando tenía exactamente veinticinco años de edad y cuando la condujo su madre á París, una ciudad que más que todas en aquella época atraía la atención del mundo. Poco tiempo antes Luis Napoleón había sido electo presidente de la segunda República Francesa. Ese mismo año se produjo el famoso golpe de Estado, en el cual las tropas del príncipe presidente mataron á tiros á centenares de personas inocentes en los bulevares. Este golpe audaz tuvo éxito; consiguió Napoleón ser reelecto por un período de diez años, y en 1852 ser proclamado Emperador de los Franceses, bajo el título de Napoleón III.

La personalidad de Napoleón III

El nuevo gobernante abrió su corte en las Tullerías con espléndida magnificencia. Trató de conseguir que su nuevo régimen se asemejase á un imperio establecido desde mucho tiempo atrás. Lisonjeó á los antiguos realistas, y solicitó casi en forma patética la buena voluntad de los demás soberanos de Europa; pero al principio su éxito fué limitado.

Su usurpación realizada en forma sangrienta disgustó á millones de personas en el mundo entero. Además personalmente, no se le respetaba. Su vida anterior había sido turbia. Varias veces había tratado de restaurar el imperio, pero en forma tal que solo había conseguido ponerse en ridículo. Estuvo un tiempo preso y la forma en que se evadió fué poco digna. Había pasado un año y más en los Estados Unidos, residiendo en Hobeken en un alojamiento muy humilde. Su reputación general era que se trataba de un soñador, de un fantástico impracticable. Hasta se sabía que su éxito reciente había sido conseguido gracias al dinero de una inglesa que había sido su querida durante años y con quien más tarde tuvo no pocos disgustos hasta que consiguió que Miss Howard, pues así se llamaba ella, fuese expulsada por la policía francesa.

Por otra parte existían muchas circunstancias que fueron obrando paulatinamente en su favor, hasta que llegó á ser considerado como el monarca más hábil y poderoso de Europa. En primer lugar llevaba el nombre mágico de Bonaparte, aún cuando hay motivos para poner en duda si existía en sus venas una sola gota de la sangre nepoleónica. En segundo lugar prometió reinar con mano firme y asegurar así la tranquilidad en Francia. Tenía la ayuda de los consejos de su medio hermano natural, el duque de Morny, hombre extremadamente hábil. Era personalmente valiente, ó por lo menos manifestaba una indiferencia fatalista con respecto al peligro; y finalmente la forma espléndida en que quedó establecida la corte en París halagó el gusto de los franceses por la grandeza y la ostentación.

Existe otro rasgo en el tercero de los Napoleones que aunque sea casi increible para los anglosajones, no parece haber perjudicado de ningún modo en Francia la reputación del emperador. Era su afición por los amores pasajeros, y la lista de las favoritas que se le conocen sería muy larga. Aún durante su corta permanencia en los Estados Unidos, dejó un hijo natural, que no olvidó, y á quien envió una pensión anual hasta la caída del imperio. Sus amores no duraban nunca mucho tiempo, Tuvo relaciones con muchas actrices y cantantes y más tarde con damas de la corte. Hemos visto ya como la inglesa Miss Howord le ayudó á conseguir el trono.

Y todo esto es tanto más notable cuanto que durante muchos años fué muy pobre, y no poseía atractivos personales evidentes. Su rostro era trigueño, su cabello largo y difícil de peinar, sus ojos poco brillantes, y su modo de andar algo encorvado. Sin embargo

existen unánimes testimonios de que poseía cierto magnetismo que hacía que muchas mujeres le juzgasen atrayente, aún cuando nunca supusieron que podía llegar á ser monarca. Por lo tanto no es necesario recordar el antiguo refrán francés según el cual "ningún rey es feo á los ojos de una aventurera". vieron realizadas sus esperanzas ambiciosas.

Pero Napoleón no pensó un solo instante en casarse con esa atrayente joven española. Deseaba robustecer su trono mediante una alianza con alguna mujer de sangre real. Pidió al príncipe Hohenhole la mano de la princesa Adelaida de Prusia. Se dirigió á la duquesa viuda de Baden para que le ayudase á hallar novia entre las princesas. La reina Victoria y el príncipe Alberto fueron consultados al respecto. Es cosa segura que si cualquier mujer de categoría real le hubiese aceptado, se habría casado con ella de muy buena voluntad. Y sin embargo se iba enamorando cada vez más de la señorita de Montijo; pasaba horas junto á ella; flirteaba con ella abiertamente y halagaba en la imaginación de su madre el ensueño de que su hija podría llegar á ser emperatriz.



La casa donde nació la emperatriz Eugenia, calle de la Gracia No. 12, Granada

Encuentro de Eugenia con Napoleón

Fué en 1851 y antes del golpe de Estado cuando el príncipe presidente vió por primera vez á Eugenia de Montijo y á su madre. Fué fascinado por la belleza de la joven, y algo había en lo bohemio de su vida que gustaba á ese hombre que tanto tiempo había llevado carrera aventurera. Por lo tanto, sin más formalidades se dedicó á enamorarla. Tanto ella como su madre fueron invitadas á las recepciones del palacio del Elíseo y su amistad con el futuro emperador iba creciendo rápidamente. Fueron de las que lo felicitaron en cuanto estu-

Todos los planes matrimoniales de Napoleón fracasaron. Se vió desairado

y más de una vez humillado y con todo no habló nunca de casamiento á la hermosa Eugenia. Sin embargo, si todas las informaciones son de creer, le ofreció un enlace de la mano izquierda. Ella no sería reconocida como su esposa, pero gozaría de magnífica pensión y compartiría su corazón aún cuando no compartiese su trono. A esa proposición se asegura que dió la famosa respuesta:

''Su majestad sabrá que solo por la puerta de la iglesia ha de llegar á mi dormitorio''.

Luego le volvió las espaldas y lo dejó y durante algún tiempo se negó á volverlo á ver porque la había insultado. Esto era exactamente el tratamiento que necesitaba Napoleón para obligarle á rendirse. Lamentó su ausencia y su amor llegó á hacerse frenético. Además ¿no había sido humillado por los reyes y príncipes de Europa?

Un último impulso vino á decidirlo. Su tío, el príncipe Jerónimo, ex rey de Westfalia, que odiaba á su sobrino, propaló el rumor de que Napoleón tenía motivos físicos para no casarse. Esta versión circuló por todas partes. Se asegura que Bismarck la creyó, y era también tenida por cierta por los miembros de la Facultad de Medicina de París por que no sabían que el emperador, en sus días de destierro, había tenido muchos amores.

Cuando Napoleón supo lo que se decía, por intermedio del ministro de policía, adoptó una rápida resolución. Volvió á llamar á Eugenia á su residencia de Compiégne y en los bosques románticos que rodean al castillo fueron pronunciadas las palabras decisivas. El emperador y Eugenia se pasearon lentamente por el parque. Media docena de cortesanos seguían á la pareja á respetuosa distancia y observaban cada gesto de su amo.

Se dice que el final de la conversación fué curioso. Napoleón preguntó á la señorita de Montijo si había tenido algún afecto serio. Esto significaba que de fuentes poco favorables le habían llegado rumores acerca de su carrera anterior. Ella se detuvo un momento y mirándole en los ojos le dijo:

—Le engañaría, sire, si le dijese que mi corazón no ha sentido cariño, y más de una vez. Pero puedo asegurarle una cosa y es que soy todavía la señorita de Montijo.

Cuando hubo terminado de hablar en forma tan delicada como explícita, el emperador se sonrió y le dijo:

—Pues bien, *señorita,* pronto será usted emperatriz.

Arrancó de un arbusto varias ramitas verdes y las retorció en forma de corona. Lo colocó luego sobre la cabeza de la joven, diciéndole: — Lleve usted esta ahora, más tarde le daré otra.

Desde ese instante Eugenia fué aclamada emperatriz de Francia. El 31 de Enero de 1853, ella y Napoleón se casaron en la catedral histórica de Nuestra Señora, con mucha pompa y ceremonia y comenzaron su notable reinado en el cual mucho bueno se mezcla con mucho malo.

Eugenía, Emperatriz

La posición de la pareja imperial fué al principio difícil. Eugenia por no ser de sangre imperial se sentía algo molesta. Sus enemigos tanto políticos como sociales hacían circular toda clase de anécdotas contra ella. El mismo Napoleón que había recorrido el mundo en forma tan poco digna hallaba dificultad en asumir la actitud de quien ha nacido en la púrpura. Fué bastante atolondrado para publicar una proclamación con respecto á su casamiento en la cual decía de la joven esposa:

''Acaricio la firme esperanza que, graciosa y buena como es, al ocupar una posición semejante, resucitará otra vez las virtudes de Josefina''.

¡Las virtudes de Josefina! Esta frase hizo reir á los cínicos parisienses, pues recordaban las muchas infidelidades de Josefina tanto antes como después de su casamiento con el gran general. No era prudente en aquella época publicar ni decir nada que fuese directamente hiriente; pero la agudeza parisiense halló un recurso ingenioso. La capital se vió inundada de tarjetas que llevaban el retrato de la nueva emperatriz. Debajo se veía impresa esta frase ambigua:

''El retrato y las virtudes de la emperatriz; todo por dos centavos''.

La influencia de Eugenia sobre su esposo fué siempre considerable; y lo arrastró á hacer muchas cosas que eran, según lo demostraron los hechos, peligrosas para el imperio; pero durante veinte años Francia fué victoriosa en la guerra y magnífica en la paz. La corte relum-

braba con brillantes trajes y recibía á los soberanos del mundo entero. En París, Saint Cloud, Versailles, Compiegne y Fontainebleau se reunían en grandes grupos los huéspedes frívolos pero discretos. Se cazaba durante el día y se bailaba por la noche. Todas las formas de despilfarro eran alentadas y en medio del lujo y del esplendor la emperatriz brillaba con la irradiación suprema de la fascinación femenina.

Haussmann quien barrió los callejones y casas vetustas que habían existido diez siglos y trazó grandes avenidas, con hileras de árboles, en los diversos barrios de la ciudad. El costo del gobierno imperial llegó á hacerse muy pesado y Francia acumuló una enorme deuda; pero la prosperidad reinaba y eran muy pocos los que se quejaban y preveían las calamidades que se iban acercando.

Se ha dicho que la emperatriz seguía



Los reyes de Inglaterra, el emperador y Eugenia en la representación de Gula en 1859
De izquierda á derecha: Napoleón III, Victoria, Eugenia y el príncipe Consorte

En aquella época fué cuando empezó á decirse "Cuando los Americanos que han sido buenos, se mueren, van á París". Otro tanto habría podido decirse de los rusos buenos, de los turcos buenos, de los buenos griegos y españoles; pues París se hizo el centro de la sociedad internacional. Eugenia daba la moda para las mujeres del mundo entero. Les impuso las extraordinarias crinolinas que se usaron en los años mil ochocientos cincuenta y tantos y los grandes moños que se vieron en todas partes en los años sesenta y tantos. Todo lo que hacía ó decía era imitado y copiado así en los harenes del sultán de Turquía como en las remotas ciudades occidentales de los Estados Unidos.

Su capricho transformó á Trouville de un puerto de pesca en la capital veraniega de Francia. Con su consentimiento París fué transformado por el barón

conservando el afecto de su veleidoso esposo y ese afecto se aumentó cuando en el año 1856 le dió un heredero, el príncipe Luis, que estaba destinado á tener un fin tan trágico. Pero en ciertas cosas Napoleón se iba apartando de ella. Era un hombre de carácter fácil, con instintos burgueses, y no le gustaba ver que ella se entrometiese en las cuestiones políticas. A pesar de esto, con su afición á la intriga, ella consiguió formar un partido cuyos miembros declaraban abiertamente en la Cámara de Diputados que constituían el "partido de la emperatriz" y más de una vez torcieron la política del emperador.

Además éste había descubierto que, por lo menos, desde cierto punto de vista, su consorte lo había engañado. Antes de su casamiento habían cambiado muchas cartas y las de la joven estaban escritas con cierta gracia y encanto. En



La emperatriz Eugenia viajando sobre un camello durante su visita á Egipto en 1869, para la inauguración del canal de Suez

realidad nunca escribió Eugenia esas cartas. Era completamente incapaz de escribirlas, pues nunca fué una mujer muy instruída. Eran escritas por Prosper Merimée, el distinguido autor tan conocido por su historia de la "Le Venus de Mille" y otras fantasías curiosas. Algún tiempo después de casada la emperatriz viajó por Escocia y las cartas que envió fueron, en comparación con las brillantes epístolas de Merimée semejantes á las de una cominera. Se dice que el mismo Merinée declaró cierta vez:

"Dios dió á las Montijo que escogiesen entre la belleza y el cerebro y prefirieron poseer belleza".

Desde muchos puntos de vista la influencia de Eugenia fué mala, aun cuando personalmente era, como siempre ha sido indudablemente, una mujer cuyo carácter era fundamentalmente sano. Se la acusó de flirtear, y puede ser que haya flirteado; sin embargo nada peor se ha dicho de ella. Muchos hombres, sin duda alguna se enamoraron de ella, pero por lo menos sabía asumir la dignidad debida á su situación.

No hace mucho se ha recordado una novela de su vida; pero no arroja ningún escándalo sobre su vida. Un joven cretense, llamado Juan Callerghis, cuyo padre había sido compañero de destierro de Napoleón, fué designado para formar parte de la casa del emperador. Este joven oficial, joven y ardiente, y perteneciente á la famosa compañía de tropas, conocida con el nombre de los Cien Guardas, se hallaba necesariamente á menudo junto á la emperatriz. Era extremadamente romántico, llegó á enamorarse profundamente de su ama imperial. Para ella no era más que un muchacho bien parecido é interesante y no tomó las cosas á lo serio. Pero cierto día en que la vió conversar á solas con el príncipe Murat, el joven Callerghis euvo un arrebato de celos. Perdiendo por completo la cabeza se dirigió hacia la emperatriz y prorrumpió en un torrente de reproches. Ella dió cuenta de lo ocurrido al emperador, quien se rió de ello; pero, para evitar que el joven provocase algún escándalo con sus imprudencias la policía le detuvo sin ruído alguno y le condujo hasta la frontera con prohibición de volver á cruzarla.

El relajamiento en la Corte Imperial

Ocurrieron tal vez otros incidentes semejantes. Eugenia gustaba de rodearse de gente joven. Admiraba á la juventud, la salud y la belleza, y en esto se fundaron muchos rumores que circularon contra ella. Pero lo peor que puede decirse con alguna verdad es que su descui-

do, su falta de dignidad ocasional inducían á los que la rodeaban á olvidarse de las conveniencias, de modo que la corte napoleónica se fué haciendo paulatinamente viciosa y depravada. Una cara bonita, facilidad en el epígrama, ó una reputación de aventuras románticas, aseguraban un puesto y honores á quienes eran totalmente indignos de ellos. Mujeres de reputación equívoca eran admitidas libremente en los palacios imperiales; y las operetas cínicas y lascivas de Offembach eran por decirlo así el tipo musical del Segundo Imperio. Así se produjo poco á poco la decadencia que apolilló el sistema militar de Francia é hizo de este país una fácil presa de los invasores alemanes de 1870.



La emperatriz Eugenia á los treinta y ocho años
Retrato pintado por Winterhalter en 1864

Pierre de Lano cuenta un hecho instructivo. Madame de Matternich, esposa del embajador austriaco, propuso cierta vez que se asistiese á las carreras con polleras cortas, con el objeto de tener mayor libertad de movimientos. La idea pareció divertida á la emperatriz, y la mayor parte de sus damas la aprobaron también. Sin embargo una de ellas no podía pensar sin disgusto en que la emperatriz de los franceses se exhibiese en un traje tan excéntrico, y protestó, diciendo á madame de Matternich:

—Pueden convenirnos esas polleras cortas, pero no á la emperatriz. ¿Aconsejaría usted á la emperatriz de Austria que se vistiese en esa forma?

—Seguramente no, — exclamó imprudentemente Madame de Matternich. —

F. I. A. T.

El automóvil probado y de confianza. Un ejemplo superior del arte de ingeniería, construído con el fin de satisfacer las necesidades de la República Argentina. El más popular. La preferencia de la aristocracia en todo el mundo.



UNICOS AGENTES

BUXTON, CASSIDI Y C[illegible]

SUIPACHA 602
BUENOS AIRES

SA[illegible] LORENZO [illegible]
ROSARIO



La emperatriz Eugenia y su hijo, el príncipe imperial

Esta enécdota demuestra muy á las claras una de las fuentes de la impopularidad de Eugenia. Por que no era de sangre real habría debido más que ninguna observar más estrictamente el ceremonial. Y por que no era de sangre real, las mujeres de Francia preguntaban naturalmente:

—Puesto que el emperador Napoleón no pensaba casarse con una princesa, por que no lo hizo con una de nosotras?

Y así fué como se llamó desdeñosamente á Eugenia "La Española" del mismo modo que María Antonieta fué apodada "La Austriaca".

Eugenia en el pináculo de su gloria

Ese reinado de cerca de veinte años constituyó una extraña carrera. La emperatriz concluyó por ser recibida por los jefes de las familias reales. Ella y su esposo visitaron Inglaterra. Napoleón se ganó la voluntad de la reina Victoria que hasta entonces se mostraba recelosa, y los encantos personales de Eugenia conquistaron al príncipe Alberto. Inglaterra y Francia habían luchado juntas en la guerra de Crimea, y cuando las cuatro personalidades reales ocuparon el palco especial en el Haymarket de Londres durante una representación de gala, fueron recibidos con un trueno de aplausos por la concurrencia que se puso de pié para aclamarlos. El hombre que en otrora había sido agente de policía en las calles de Londres era actualmente emperador "por la gracia de Dios". La

hermosa mujer que había recorrido Europa con su madre de gustos bohemios y había tragado betún para terminar una desgraciada aventura amorosa, era ahora emperatriz y bienvenida en todas las cortes de Europa.



Capilla de San Michael en Farnborough, en Surrey, donde será enterrada Eugenia junto á su esposo y á su hijo

Eugenia fué tres veces regenta de Francia. La primera cuando Napoleón se hallaba con el ejército en Italia, durante la guerra de 1859; luego en 1865 cuando Napoleón visitó á Argelia y por fin en 1870, durante la guerra franco-prusiana.

Cuando se inauguró el canal de Suez en 1869, la emperatriz asistió en representación del pueblo francés á las fiestas extraordinarias ofrecidas por Ismail Baja, Khedive de Egipto, conocido como el mayor derrochador de los tiempos modernos. Las ceremonias combinaban el lujo del Oriente con el arte del Occidente. Se asemejaban á un sueño deslumbrador, con millones de luces que brillaban sobre pabellones dorados, largas hileras de soldados cubiertos con el fez y los salvajes jeikes del desierto. De un día para otro se construyeron palacios y en todas partes había música, banquetes y orgías.

Montada en un camello de blando andar la emperatriz se dirigió al punto central de las fiestas y allí presenció la apertura de esa gran obra de ingeniería que los egipcios habían proyectado millares de años antes; que el primero de los Napoleón había estudiado en el te-

rreno, que un francés, M. de Lesseps, había llevado á término, y que era abierto al mundo por Eugenia de Montijo. Su construcción había costado cerca de quinientos millones de francos, muchos de los cuales habían sido arrancados á los desgraciados fellahs. En una de aquellas noches se representó en la forma más lujosa y por primera vez la ópera "Aida" de Verdi. La princesa ocupaba el palco khedival acompañada del mismo Ismael, quien había pagado á Verdi ochenta mil francos por la música de esta ópera admirablemente hermosa y apropiadamente oriental.



La emperatriz Eugenia paseándose en el jardin de su residencia de invierno en Cap Martin, cerca de Menton

Cada vez que Napoleón dejaba á la emperatriz en el cargo de regenta, antes de ausentarse, lo hacía con la condición expresa de que no convocaría al Parlamento. Sabía muy bien que sus tendencias para la intriga podían traer consigo perturbaciones políticas. Pero cuando estalló la guerra francoprusiana en 1870, ella no tuvo en cuenta esa recomendación.

Ha sido desde muchos puntos de vista el mal genio de su esposo. Lo había inducido á establecer el desgraciado imperio de México contra la voluntad de los Estados Unidos y para poder dominar un pueblo de habla española. Cuando cayó ese imperio y Maximiliano fué fusilado, fué el principio del fin para Francia, pues la estrella de Napoleón comenzaba á palidecer.

Fué el partido de la emperatriz el que se mostró ansioso de que hubiese guerra con Prusia y la impuso virtualmente á Napoleón, aún cuando supiese éste muy bien cuan poco preparado estaba el país para ella. Después de los dos primeros grandes desastres de la campaña, Napoleón habría deseado regresar á París para preparar la defensa de la capital, y salvaguardar la dinastía; pero la terquedad de Eugenia ya no conocía límites. Le escribió que no debía regresar con la vergüenza de dos derrotas y convocó al parlamento.

Había hecho cuanto dependía de ella para traer el desastre. Se había negado á permitir que el rey de Italia ocupase la ciudad de Roma, aunque en cambio habría prestado sus ejércitos á Napoleón. Al alejar á Italia también enajenó á Austria que al principio habría podido unirse á la alianza.

Privó al país de sus aliadas, dejó que su esposo cayese prisionero en Sedan, el parlamento que había convocado la destronó así como á su esposo; el brillante imperio en el cual había resplandecido su belleza, cayó con tremendo estruendo. Su vida se vió amenazada por el populacho de los arrabales, de modo que por fin, desalentada y disfrazada, fué muy feliz al hallar refugio en la casa de un dentista americano, el doctor Evans, quien la condujo, así como á una de sus damas hasta la costa del mar, desde donde un yate inglés la llevó en medio de una terrible tormenta hasta el abrigo de un puerto británico.

Toda la gloria y el orgullo de su vida

la habían abandonado. Cuando el emperador caído fué dejado en libertad, después de su cautiverio en Alemania y se reunió con ella así como su hijo, se retiraron á una residencia modesta en Chiselhurst, en Kent, donde, tres años más tarde el Napoleón sucumbió á consecuencia de una enfermedad que lo venía atormentando desde años atrás.

Parecía que la suerte no podía reservarle mayores amarguras. Sin embargo estaba destinada á nuevos sufrimientos. Su hijo, el joven príncipe Luis, quien, según esperaba, podría un día reconquistar el trono de Francia, fué educado de acuerdo con esas esperanzas. Se le instruyó cuidadosamente en la escuela militar de Sandhurst. Era un joven de buenos modales, amable y atrayente de veintitrés años cuando fué enviado al Africa del Sur en 1879, con el objeto de prestar servicio activo en la campaña contra los zulúes. Se creyó que esto halagaría el instinto militar de los franceses; pero estos se contentaron con tomarlo á broma y en sus cafés cantantes se hizo de moda una canción que tenía el siguiente estribillo absurdo:

Loulou! Loulou!
Il chasse les Zoulous!

Pero los franceses cambiaron su risa en pesar cuando "Loulou" cayó muerto por las azagoyas de los salvajes que lo sorprendieron en una emboscada y quedó abandonado á su suerte por un oficial inglés que creyó por error que el príncipe había llegado hasta su caballo y logrado huir con el resto del destacamento.

Se cuenta una anécdota según la cual el príncipe Luis se había enamorado de una joven inglesa que vivía cerca de Chiselhurst, joven de situación humilde, y que quería casarse con ella. Así han explicado algunos que fuese enviado el príncipe al Africa del Eur. Creen que esto tenía por objeto separarlo de la joven á quien amaba. De ser cierto, hay en ella una nueva fuente de pesar para la ex emperatriz, pues ella habría sido quien causó el desastre de México, la derrota y rendición de su esposo, la caída de su imperio y la muerte de su hijo único.

Después que su primer tiempo de dolor hubo transcurrido abandonó á Chiselhurst y compró una propiedad en Farnborough, donde construyó el mausoleo de su esposo y de su hijo. Tiene actualmente ochenta y cuatro años, pero su rostro conserva todavía huellas de su antigua belleza. Visita frecuentemente á París donde no es molestada por nadie. Hasta los parisienses más radicales tratan con respeto á esa mujer encorvada, vestida de riguroso luto.

No hace mucho, por primera vez después de treinta años, se encontró con el emperador Francisco José. Los recuerdos que esta entrevista suscitó le causaron tan hondo pesar que se asegura que cayó de rodillas ante el emperador llorando con acongojado remordimiento del pasado.

Recientemente un escritor italiano la vió en la Riviera, donde pasa una parte del invierno. La habló con tacto, y ella, mirándole con infinita tristeza le contestó:

"Yo soy el pasado. Soy el horizonte distante, donde existe un miraje, una sombra, un fantasma, un pesar vivo. Es todo el ensueño que ahora se ha disipado. Es un ensueño que ha sido muerto por la fatalidad. Quiero desaparecer con él. Ese ha sido mi deseo desde que la trama de mi ensueño ha sido deshecha. Soy una mujer vieja, pobre en todo cuanto enriquece á una mujer. He vivido. He sido lo que he sido. No pido más. Solo pido que no se acuerden de mí".

El timón Perturbador

La armada turca, á lo que parece, dispone de navíos muy anticuados. Pueda ser, sin embargo, observa "The London Chronicle", que su oficialidad sea algo mejor que lo que era hace cincuenta años. Cuando en 1854 visitó Lord Carlisle á Constantinopla tuvo ocasión de tratar á un almirante turco, cuya ignorancia en materias navales corría parejas con su horror al mar. Si le tocaba realizar un crucero estaba invariablemente mareado.

En cierta ocasión, hallándose postrado en su cabina, oyó un ruído que hizo estremecer sus nervios. Preguntó de donde provenía aquel ruído y se le contestó: "Del timón del buque". — Entonces que se saque inmediatamente el timón.— ordenó el afligido almirante.

La Dalila de las Joyas



Era ella una persanita tan bonita, de aspecto tan cándido con sus grandes ojos azules llenos de asombrado interés, sus mejillas redondas, de curvas suaves y ligeramente tostadas por el aire del mar, y su rizada cabellera castaña que el alto joven americano que había estado rondando durante varios minutos en torno de ella y del caballero que la acompañaba, no pudo contener por más tiempo su admiración:

—¡Es una preciosura! — monologaba con éxtasis, mientras circulaba por el andén observando con mirada pentrante á cada uno de los que llegaban.— ¡Y se dirige hacía donde yo voy! ¡Vaya, Stanley, hijo mio, estás de suerte!

No pudo dejar de oir á donde se dirigía. El caballero anciano y locuaz que venía dictando instrucciones en aquellas orejitas rosadas desde hacía diez minutos lo repetía con mucha claridad. E igualmente evidente era la impaciencia juvenil con que ella recibía sus consejos.

¡Por Dios, que ella no era una chicuela! acabó por declarar indignada y todas las palabras de su voz cristalina llegaron á los oídos del joven. Y todos habían sido amables á más no poder con ella en el vapor y estaba segura de que ocurriría otro tanto en el tren.

El americano apoyó tácitamente esta afirmación; pero de todos modos opinaba que no estaba bien que semejante cria-

(Del *Royal Magazine*)

tura viajase sola. ¿En qué pensaba la gente, se decía con cierta indignacción, al permitir que atravesase la América sin protección alguna? Y resolvió tomar en manos el asunto, y tanto como le fuese posible guardarla y custodiarla contra todo daño. Hacer el papel de perro de guardia de aquel pimpollo de rosa inglés constituiría un delicioso entretenimiento que lo distraería de sus obligaciónes.

Cundo se dió la señal para que los viajeros subiesen al tren, la joven trepó con soltura los escalones del vagón, y con un suspiro de alivio tomó asiento en un cómodo vagón Pullman. Mientras disponía su modesto equipaje contestaba con una sonrisa al recuerdo de los consejos que parecían perseguirla entre el ruido de metal y de vapor sibilante que hacía el tren al salir lentamente de la estación.

Si la gente había sido amable con ella en el vapor, no lo fué menos en el tren. Su rostro hechicero y sus modales encantadores y graciosos no tardaron en granjearle simpatías entre los pasajeros y los empleados del tren. Los camareros mulatos luchaban unos con otros para servirla y el conductor hallaba mil pretextos para ir á preguntarle si no necesitaba nada y señalarle los puntos interesantes que hallaría en el paisaje que cruzaba el tren.

La suerte favoreció al agraciado americano desde el principio; se las arregló para sentarse frente á ella en la mesa y desde ese momento no le fué dificil entrar en relaciónes. La cosa comenzó con un tímido pedido para que le tendiese el salero, siguió con la explicación de los platos americanos que constituían el menú y antes que llegasen á la primera estación ya conocían mutuamente sus nombres y su destino.

Ella se llamaba Dalila Carnforth, y se dirigía á Helena, estado de Montana—según sabía él ya — á casa de un tío suyo. Esta era su primera visita á los Estados Unidos y estaba segura de que le gustaría muchisimo. ¡Hasta entonces todos habían sido tan amables con ella!— (No es extraño, pensó el joven)— y estaba segura de que los americanos eran el pueblo más delicioso que conocía.

¿Y él? El era Stanley Cardiner, un detective perteneciente á la policía de Nueva York, y había sido enviado para vigilar á un individuo sospechoso, uno de los que pertenecían á una cuadrilla de contrabandistas de joyas que habían llegado de Inglaterra con diamantes y otras piedras preciosas por valor de varios millares de dollars.

Los ojos azules que contemplaba al hablar manifestaban intenso interés.

—Pero ¡qué interesante! — exclamaba —¡Y qué amable es usted en decírmelo todo, para que comparta las emociones de su empresa. ¿Y qué ocurre si resulta que el hombre que sospecha es el contrabandista?

—Soy ascendido, con toda seguridad— contestó él sonriendo.

—¿Y tiene usted idea de quien es el individuo?— preguntó ella. Habría sido necesario una persona más observadora que el joven momentáneamente absorbido en su contemplación para descubrir el asomo de ansiedad que se reveló en su mirada y en su voz. El hizo que "sí" con la cabeza, pero un resto de prudencia le contuvo y evitó que revelase mayores detalles.

—¿Quién es? ¡Dígamelo! — dijo ella con zalamería, acercando su florido rostro al del joven, al punto que su aliento tibio y perfumado llegaba á acariciarle las mejillas. — Dígamelo despacito. Nadie lo oirá y yo no se lo contaré á nadie. Todo esto me interesa tanto, es tan novelesco para quien ha pasado toda su vida en un pueblito pequeño. ¡Diga!

Sabía él que iba á cometer una indiscreción, pero no podía evitarlo. La voz zalamera y los ojos acariciadores le hacían perder la cabeza é imposibilitan toda resistencia. Dejando pues á un lado la prudencia:

—Es aquel hombre de aspecto militar, con bigotes negros que está sentado algunos asientos detrás de usted — dijo en voz baja y rápida. — Lo sospechamos, pero no estamos seguros. Mi papel consiste en seguirlo hasta Saint Paul, á donde se dirige, y antes de llegar tengo la esperanza de reunir pruebas contra él.

—De modo que usted no está absolutamente seguro de que es la persona que busca?

—No; absolutamente, no. Pero casi convencido, sí.

Una lucecilla brilló en los ojos de la joven, y se puso á reir de un modo tan delicioso como contagioso.

—Si es así, tanto podría usted sospechar de cualquiera — dijo con travesura. — Por las pruebas que usted tiene,

lo mismo podría ser yo.

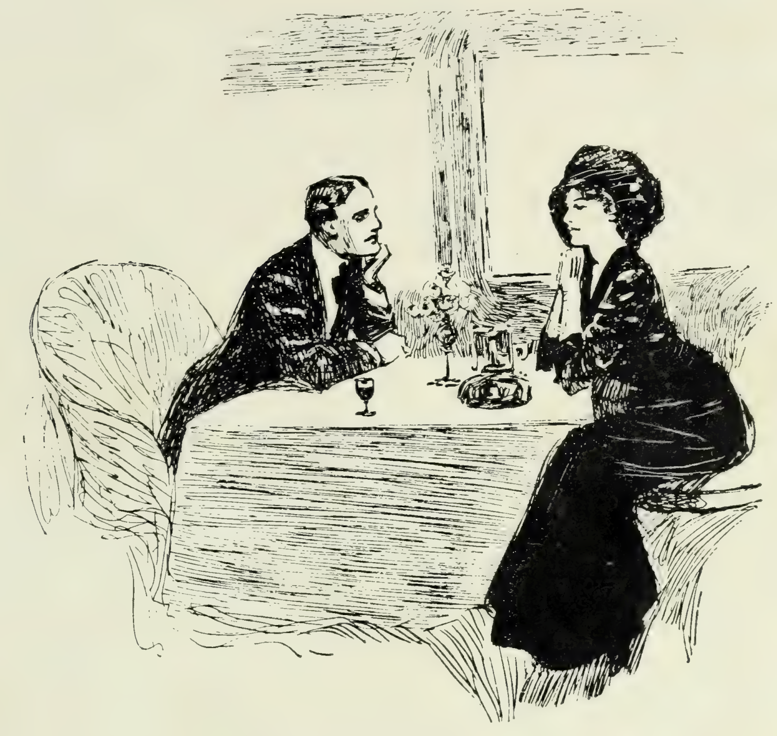
—Es verdad — dijo él riéndose ante la ocurrencia. — ¿Debo detenerla inmediatamente por sospechas? — preguntó, colocando la mano sobre la de la joven con ademán brusco, mientras sus ojos confesaban lo que los labios no se atrevían á decir.

A su contacto la joven palideció levemente y un extraño brillo, casi medroso lució en sus ojos encantadores. Pero sobreponiéndose, se puso de pié y se dirigió hacia el vagón - salón.

—¡Qué susto me ha dado usted! — exclamó cuando se hubieron sentado, volviéndo á revelar travesura en su mirada. — Durante un segundo creí que hablaba usted de veras.

—¡Si pudiese....! — comenzó á decir el joven con petulancia; pero la llegada del conductor del tren con un magazíne le interrumpió y le evitó una declaración. La oportunidad quedó perdida y no volvió á presentarse. Durante la mayor parte del resto del viaje la joven permaneció sentada, leyendo un tomo lujosamente encuadernado de las poesías de Longfellow y comiendo de vez en cuando algún dulce que sacaba de una caja de tamaño notablemente grande, la cual así como el libro la acompañaban á todas partes, lo que divertía mucho á Cardiner.

—Pues bien le diré que me fueron regalados por una persona muy amiga mía antes que partiese — le explicó para contestar á algunas observaciones semiburlonas del joven — y como yo sé lo aficionados que son los americanos á las golosinas, creo que no sería prudente dejar la tentación á su alcance.



Se las compuso para sentarse frente á ella en la mesa y desde ese momento no le fué difícil entrar en relaciones

—Le regalaría otra caja si le robasen ésta — dijo él, pensando con cierto sentimiento de celos en la ''persona amiga''... que suponía del sexo masculino.

—Sí; pero no serían los mismos — dijo ella — estos son muy preciosos para mí —y con una mirada llena de inocente coquetería completó la conquista del joven detective.

Al acercarse á Saint Paul, Dalila, el detective y el hombre sospechoso eran casi los únicos viajeros que quedaban en el Pullman. Mientras el primero recogía el equipaje de la joven el hombre sospechado se levantó y salió del vagón. Cardiner, disculpándose, se apresuró á seguirle. Dalila se arregló lentamente el

sombrero, se puso los guantes y estaba á punto de levantarse y salir del vagón, cuando el detective, revelando en su rostro horror incrédulo y sobresalto, regresó acompañado de un hombre bajo y grueso, de uniforme.

—Y ¿había acertado usted — comenzó á decir la joven, pero se interrumpió y contempló con cierto asombro al desconocido que comenzaba en voz alta á leer una lista minuciosa de las características de la joven y comprobaba su exactitud con miradas rápidas y penetrantes.

—Altura, cinco pies y tres pulgadas, ¡bueno! Ojos azules y cejas unidas. Cabello castaño dorado que rizan naturalmente. Nariz levemente remangada, labio superior corto, dientes blancos, pero irregulares. Un hoyuelo en la barba y un lunar junto á la boca. Perfectamente exacto. Creo que esta vez hemos dado con la que buscábamos. Siento incomodarla señorita, pero le pediré que venga usted conmigo.

Dalila le contempló con altivez, pero sin moverse.

—¿Qué significa esto? — preguntó — ¿Porqué quiere usted que yo vaya con usted?

—Porque tengo una orden de arresto contra usted por haber introducido de contrabando por valor de cincuenta mil dollars en diamantes, rubíes y ópalos — fué la asombrosa contestación que recibió.

La sorpresa pareció enmudecerla, pero luego exclamó:

—¡Usted debe estar loco! ¡Yo? ¡Contrabandista! ¡Qué disparate! ¿Quien se figura usted que soy yo? Me gustaría saber.

—Usted es Rosa Trench, la más hábil de una pandilla muy hábil, que se dirige á San Francisco con las piedras. Es inútil negarlo, señorita, su filiación corresponde en todos sus puntos con la descripción que me ha sido telegrafiada hoy mismo.

—Pero yo no me llamo Rosa Trench —protestó ella con vehemencia — y no voy á San Francisco. Yo soy Dalila Carnforth, y voy á visitar á mi tío, el senador James D. Carnforth, de Helena. Puede usted telegrafiarle y preguntarle si no esperaba á su sobrina por este mismo vapor. Señor Cardiner — agregó dirigiéndose al joven. — Usted sabe que todo esto no es cierto. ¡Por favor ayúdeme!

Sus labios temblaban y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Estoy seguro señor... — dijo el joven calurosamente. Pero el teniente de policía le interrumpió:

—Será como usted dice — dijo con un poco más de respeto—pero no puedo correr riesgos. Las órdenes que he recibido son muy explícitas y además sabrá usted que se han visto simulaciones muy hábiles; y mientras no esté seguro de que no existen rastros de las joyas sobre su persona cumpliré con lo que se me ha ordenado y la haré registrar.

¡Registrarla! Esa palabra hizo sonrojar á la joven y las lágrimas corrieron con más abundancia por sus mejillas cayendo sobre el libro que llevaba. Cardinier muy apenado, se sentía impulsado á arriesgarlo todo y defenderla contra su superior. Pero sabía que sería inútil. Debía someterse á permitir que la ley se cumpliese.

Lentamente se puso de pié Dalila. El libro y la caja de dulces que tenía en las rodillas cayeron al suelo. Cardiner los recogió y conservándolos en la mano la siguió, mientras bajaba el tren. Durante el largo y riguroso examen hecho por dos empleados de la aduana en un cuarto reservado, el teniente Croom atendía á otras obligaciones en la estación y Stanley, muy impaciente, trataba de distraerse con los poemas, pero no podía ver las letras de imprenta, pues ante sus ojos se interponía la imágen persistente del rostro juvenil y asustado de la pobre joven.

Casi dió un grito de júbilo, cuando las empleadas encargadas de efectuar el registro informaron que no habían podido desubrir rastros de las joyas ni sobre la persona ni en las ropas de la joven. Se levantó impulsivamente para ir á su encuentro cuando volvió á aparecer, con las mejillas todavía sonrojadas y las pestañas húmedas por las lágrimas vertidas y les tendió la mano con una alegre sonrisa.

El teniente Croom estaba absolutamente desconcertado ante el resultado y sólo acertaba á contemplar á la joven que miraba humillada. Era el caso más extraordinario de error de identidad que conocía y comenzaba á sentirse algo malesto al pensar en que el Senador Carnforth podía muy bien tomar represalias contra él cuando supiese los ultrajes á

que había sido sometida su sobrina. Por lo tanto trató de cantar la palidonia.

— Espero que está usted convencido de que hoy la señorita Carnforth — dijo Dalila secamente, después de escuchar

no! Es demasiado precioso para que lo regale. No sabría que hacer si no lo tuviese — agregó sonriéndose.

— Supongo que otra persona se lo habrá dado — dijo él con celos.



El desconocido que leía en voz alta una lista minuciosa de las características be la joven y comprobaba su exactitud con miradas rápidas y penetrantes

muy gravemente las excusas presentadas
hecho lo que yo le pedía al principio me
con voz temblorosa. — Si hubiese usted
habría sido evitada esta degradante humillación. Mucho me temo que mi tío se muestre terriblemente irritado cuando sepa lo que me ha sucedido — agregó con tono pensativo — ¡es muy violento cuando se enoja!

Volviéndose hacia Cardiner le dijo.

— Creo que hay un tren para Helena, casi inmediatamente, señor Cardiner, ¿Me atreveré á pedirle que me reserve usted un coche dormitorio, mientras yo me arreglo?

Media hora más tarde, vuelta á ser la misma que antes, aunque con exhuberancia algo reprimida por lo ocurrido, la señorita Carnforth esperaba junto á Gardiner el momento de la partida del tren.

—¿Volveré á verla algún día? — preguntaba él con interés.

—¿Quién sabe? Tal vez. ¡Suceden tantas cosas!

— Déjeme esto como recuerdo — dijo el joven indicando el libro que ella tenía debajo del brazo.

— ¡Cómo! ¡Mi Longfellow? ¡Oh, no,

Ella se sonrió enigmáticamente, pero no contestó.

—¿Me escribirá usted? — suplicó el joven.

—Veremos — dijo ella. — ¡Bueno, sí, escribiré! — agregó conmovida por el pesar sincero que veía en el hermoso rostro del joven. — Pero es tiempo de subir al vagón. ¡Aquí le dejo esto en recuerdo mío!

Y al decir estas palabras le deslizaba algo en la mano.

Una semana más tarde el joven recibía la carta prometida. Después de leerla se sintió el hombre más desgraciado del mundo y determinó no prestar más fé ni confianza á mujer alguna en lo sucesivo. ¡Todas ellas eran semejantes á Dalila!

Hé aquí la parte más importante de aquella carta:

San Francisco

....También tengo que darle las gracias por la ayuda inconsciente que me prestó usted al encargarse amablemente de mi libro y de la caja de dulces mientras me registraban. Porque los diamantes estaban ocultos dentro de los dulces y los ópalos hábilmente disimulados

dentro de las espesas tapas de mi Longellow. Puedo regalárselo ahora, porque ya no me sirve para nada.

Espero que la verdadera Dalila Carnforth habrá llegado actualmente sana y salva á Helena. Me hice amiga de ella durante el viaje y al saber que pasaría unos días en Nueva York, asumí su personalidad por un tiempo. ''Todo está permitido en la guerra y en el amor'' como dice el refrán, pero mucho me temo que no sea usted ascendido esta vez. Creo que desempeñé muy bien mi papel ¿qué le parece? El teniente Croom no estaba muy equivocado en lo que decía de mí. Salúdelo amablemente en mi nombre.

Sinceramente suya

Rosa Trench.

P. D. — Si usted no me cree, abra la almendra garrapiñada que le dí en Saint Paul, si es que no la ha tirado ó tragado entera. — *Rosa.*

Lanzando una exclamación sorda Cardiner se registró con agitación los bolsillos en busca de la almendra que había puesto en ellos, sonriéndose ante la idea pueril del regalo de la joven y en el cual la había dejado olvidada. La rompió y algo salió de ella y cayó y rodó por su escritorio. Contempló el objeto con estupefacción. Era un diamante pequeño pero perfecto, un brillante de primera agua!

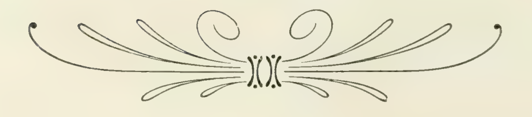
RISA Y LLANTO

Juntos los dos reímos cierto día
¡Ay!, y reímos tanto
Que toda aquella risa bulliciosa
Se tornó pronto en llanto!

¡Después juntos los dos, alguna noche
Lloramos mucho, tánto,
Que quedó como huella de las lágrimas
Un misterioso encanto!

Nacen hondos suspiros, de la orgía
Entre las copas cálidas,
Y en el agua salobre de los mares
Se forjan perlas pálidas.

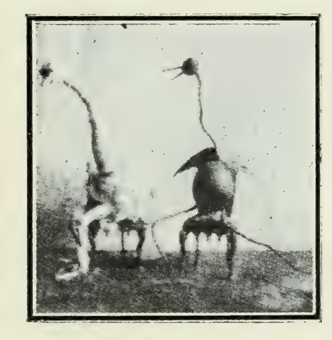
José A. Silva.



Curiosidades Mundiales

Lo que hemos denominado "La declaración" es realmente una comedia sin palabras. Nuestros lectores desearán conocer la explicación de las tres ilustraciones. Hela aquí: Estos dos "pájaros" han sido hechos con dos cáscaras de huevo. Las patas son pequeños alambres retorcidos, que en la punta inferior se separan á semejanza de los dedos de los pájaros, y en la superior rodean ajustadamente la cáscara. El cuello está hecho en la misma forma. La cabeza es un corcho, y el pico dos fósforos. A uno de los "pájaros" se le ha cubierto de lana, y adornado con plumitas. Al otro, después de haberlo provisto de unas hermosas alas de cartón, se le pintó de rojo. La diminuta silla es de acero, con cojines de felpa.

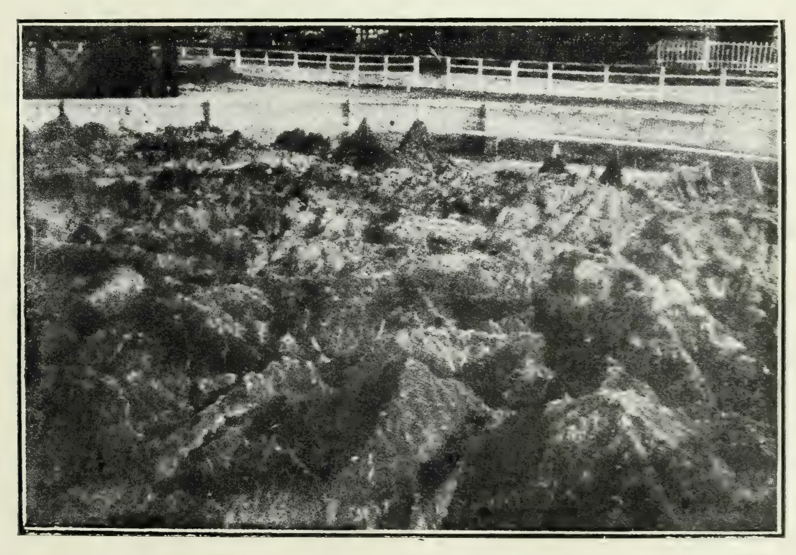






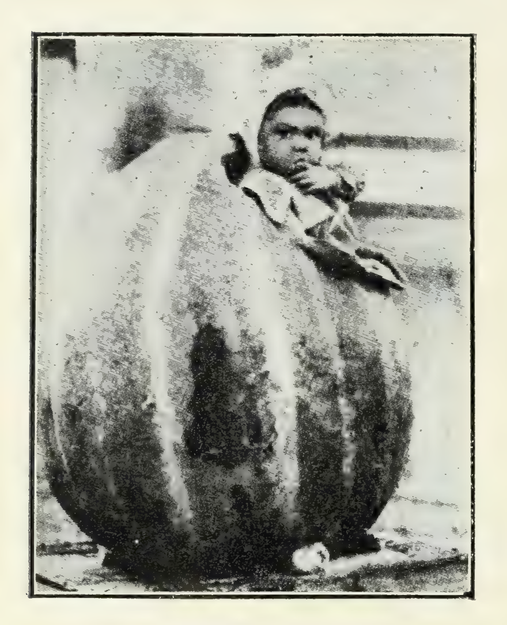
«La Declaración» en tres escenas

El curioso hacinamiento de montañas, que se observa en la ilustración, fué construído por el presidente de Guatemala, Sr. Cabrera, como una lección de paciencia dada á la turbulenta juventud de ese país centro americano. Es un mapa exacto de Guatemala hecho por escala en unas doscientos varas cuadradas de tierra, y contiene de relieve y en miniatura todas las montañas y pueblos de la república.



Un País en miniatura

El enorme zapallo, dentro del cual se halla una niña, de cuatro años, sentada en una silla común, ha sido cosechado en Santa Paula, con la peculiaridad de que en la misma quinta se cosecharon doce más de un peso medio de 90 kilogramos cada uno. El que figura en el



Zapallo enorme

grabado pesa nada menos que ciento diez kilogramos; su circunferencia á lo ancho es de más de dos metros; á lo largo, de tres metros; y el alto es de 1 m. 20. El afortunado quintero ha cosechado, con estos trece ejemplares, en un reducido espacio de terreno, mil doscientos kilogramos de zapallo.

En la Colombia Inglesa hay un pequeño periódico, denominado *Kamloops Wawa,* que circula entre algunas tribus de indios noreamericanos. Se imprime con caracteres estenográficos Algunos años ha, el misionero bretón Rev. J. M. Le Jeune llegó al país para tomar á su cargo un territorio de 50 millas cuadradas. Uno de los obstáculos con que tropezó fué la carencia de escritura por parte de los indios. Emprendió entonces la tarea de enseñar la escritura común y sus esfuerzos fueron vanos. Ya desesperaba de obtener el resultado apetecido cuando trabó relación con un taquígrafo francés llamado Dunployau, y concibió la peregrina idea de enseñar á los indios á escribir estenográficamente en su



Periódico extraño

idioma. Adaptó los signos á la lengua indígena, y el experimento tuvo el resultado más óptimo. Hoy existen trescientos indios que escriben y leen perfectamente en estenografía, y el misionero ha hallado el medio de comunicarse con ellos. La página del diario que se adjunta es un artículo sobre la cuestión de los boxers en China.

Este encantador de serpientes trabaja en un rincón del mercado de Tánger. Toma á la serpiente con sus manos y la obliga á que le pique en la lengua. Enciende un puñado de paja y lo aplica al cuerpo del reptil, asegurando que el fuego hace descender el veneno de los col-



Un domador de serpientes

millos. Mientras dura la operación otra persona toca un instrumento que se parece á una sartén. Al cabo de cierto tiempo el moro se levanta y muestra á los asistentes las dos heridas hechas en la lengua por los colmillos, para demostrar que éstos no habían sido extraídos previamente.

Se gasta más en automóviles que en navíos

Para el que acaba de pagar una cuenta de reparaciones ó de faroles, carburadores, etc., el automovilismo como pasatiempo no es más que aparente.

En los Estados Unidos se ha gastado ya más de 1.000.000.000 de pesos oro, lo que sería suficiente para cubrir toda la deuda nacional, ó para pagar el doble de los dreadgnoughts que se construyen y han sido construídos en el mundo.

Y aún esa cifra no indica todo lo que cuesta al mundo su juguete. El número de los dueños de automóviles crece sorprendentemente. Hace diez años, sólo existían en Estados Unidos 3.500 coches; al finalizar 1909 había 250.000; ahora, pasan de 400.000. En 1908, solamente 55.000 coches, procedían de las manufacturas norteamericanas. Al año siguiente el número aumentó á 80.000. En los diez primeros meses de 1910 se construyeron 175.000 coches, y se exportaron por un valor de 11.190.220 pesos oro. Se fundaron dos fuertes compañías, la una con un capital de 60.000.000 de pesos oro, que disponía de más de veinte fábricas, y la otra con 16.000.000 de pesos oro y unas diez fábricas.

Los estados han invertido sumas ingentes en la adquisición de buques de guerra.

Se creyó al principio que el dreadnought inglés con sus 17.900 toneladas constituiría la última palabra en construcciones monumentales. Pero actualmente la Gran Bretaña tiene catorce buques de igual ó mayor tonelaje. Alemania tiene doce, Estados Unidos ocho, Rusia cuatro, Brasil tres, España tres, la Argentina dos, Italia dos, Francia dos y Japón dos. Estos 52 dreadnoghts cuestan en término medio 10.000.000 de pesos oro cada uno, lo que da un total de 520.000.000 pesos oro.

Pero no obstante, esta cifra colosal resulta pequeña si se la compara con el costo de producción y manutención de los automóviles norteamericanos durante los últimos diez años, que asciende á 1.055.000.000 de pesos oro aproximadamente.

El Vestido Rosado de Lentejuelas

Cuento de un desafío de vestidos

I

—Lo siento mucho, amigo mío, pero si tienes interés en que vaya al baile de los Créhanges, tendrás que darme dinero. No quiero de ninguna manera ir con mi vestido rosado de lentejuelas.

La voluntad de Susana era irrevocable. Juan Darzas sentía deseos de decir á su señora cuán poco le importaba que fuera al baile ó nó. Pero la probabilidad de los reproches que podría acarrearle el argumento, le hizo callar momentáneamente, animándose por fin á la siguiente reflexión:

— Pero es un vestido muy bonito y te queda admirablemente. Así lo dijo la señora Dubreuil el otro día...

— Yo no iré al baile con mi vestido rosado.

—¡Pero si está flamante!

—¡Qué disparate! ¡Lo he llevado más de cuatro veces! Todos me lo han visto ya. ¡Me hace una figura ridícula!... Preferiría... Se detuvo; y con voz más grave continuó. ¿Sabes quién va al baile de Créhanges?

—No, por cierto.

— Nada menos que la princesa Dougloff, una de las señoras más elegantes de París; siempre aparece en los diarios la descripción de los vestidos que se pone, y es ella la que lanza la moda y la impone á su gusto.

— Bueno, ¿y qué quiere decir eso?

— Pues, se espera de mí que la derrote, y no quiero que se hagan comparaciones en las cuales salga yo perdiendo. Mi coraza rosada está ajada y pasada de moda; no me la pondré á menos...

— ¿A menos qué? — replicó el esposo, con esperanza.

— A menos que estuvieras en dificultades y no pudieras disponer de dos mil francos... en cuyo caso..

— Te parece que con dos mil francos...

— Sí, Raquín me lo hace muy módicamente. Me mostró el modelo.

Mira querido, la túnica está toda bordada á mano... es un dibujo tan lindo... y tiene una infinidad de perlas admirables...

El la miró sin escuchar y otra vez su esposa que era el orgullo y alegría de su vida le paralizó con su mirada expresiva, sus labios divinos y la expresión alternativamente frívola y seria de su rostro encantador. La amaba con todos sus caprichos como se ama á una criatura irresponsable. La amaba así tiránica y exigente como era porque sabía que ella le amaba con todo su corazón y, al mismo tiempo era tan débil!

— Encarga tu vestido. Susana, dijo, y sé tú la mas bonito del baile, Muy bien sabes que nunca te niego nada.

Pareció algo sorprendida de su fácil victoria, y al mismo tiempo algo chasqueada, pues había preparado un fila de argumentos que deseaba defender con toda energía. Entonces cedió á un impulso generoso y dijo:

— Trataré de gastar lo menos posible. Mi vestido rosado no es muy nuevo pero está bueno aún, y lo voy á vender.

— ¿Te parece que lo podrás vender?

— Sí, se me indicó una mujer que paga muy buen precio por vestidos de segunda mano. Estoy segura que me dará doscientos ó trescientos pesos, talvez más. Vamos á ver, déjame hacer y verás.

II

Juan le dió carta blanca para hacer su gusto, contando con que no se desviaría demasiado de las condiciones normales de la vida. La dejó que encargase el vestido deseado, como también zapa-

tos que hicieran juego con el traje y los guantes; y el abanico también adecuado al conjunto.

Susana estuvo muy ocupada haciendo los preparativos, hasta que llegó el día en que iba lucir su escogido toilette.

Por su parte Juan Darzas siguiendo trabajando, sin interrupción, ausentándose por las mañanas para Courbevoie donde estaba la fábrica, almorzando



apuradamente en su oficina, y no volviendo sino para la hora de la comida. Llevaba en su frente las huellas de la preocupación, el rostro cansado, los hombros encorvados, y en toda su fisonomía existían huellas evidentes de una idea fija que no era más que la obsesión de los gastos exagerados de su casa y el temor al futuro, y sin embargo, en medio de todo, se sentía feliz.

— Llegó la noche.

Se cambió de ropa, luego se dirigió al dormitorio de Susana, que le esperaba ya pronta, radiante de belleza.

— A propósito, Susana, aquí está el dinero, ya sabes que no me gusta deber nada... ¿cuánto me dijiste que era?

— Ya te lo dije, dos mil francos.

— ¿Pero no me decías que ibas á vender tu traje rosado?

Susana se sonrojó y dijo trémula:

— Sí, lo vendí también, solamente que no calculé con exactitud.

Bien decía yo que había perdido toda su frescura, que estaba algo pasado de moda, y que no sería fácil encontrar quien lo quisiera. Me conformé con aceptar 50 pesos... Peor es nada ¿no es así?

Tienes razón, dijo Darzas, mientras ponía la suma indicada en una cajita donde ella guardaba su dinero.

Susana lo miró satisfecha y contenta.

Mírame, ¿qué te parece, estoy bien? Admira á tu esposa, querido. Raquin me ha confeccionado una verdadera obra de arte... La princesa Dougloff tendrá ciertamente que renunciar á sus laureles.

Y estaba radiante, adorable y espléndida, con esa belleza particular que raras veces las más hermosas mujeres logran obtener en circunstancias especiales, excitadas y transfiguradas por ciertos estados de ánimo.

El exceso de la vida y de juventud la arrastraba, y no se cansaba de charlar y de bromear en el camino al palacio de Créhanges.

—¿Conoces tú á la princesa de Dou-

—No la he visto nunca.

—Tampoco yo la conozco... me han dicho que es una mujer muy hermosa y se viste con mucho gusto! Ya veremos... Tiene reputación de haber alcanzado éxitos completos en París.

Ella ponderaba á su rival con la evidente intención de hacer más meritorio su propio mérito, pues abrigaba la certidumbre de salir victoriosa de la contienda. Una mujer tiene la conciencia de su propio valer, como la tiene el hombre de su fuerza; hay momentos en que se reconoce invencible.

Su entrada al salón de baile fué un gran triunfo, expresado al principio por un silencio elocuente, seguido luego por un murmullo de admiración que invadió todo el salón.

—Querida, le decía la dueña de casa, está usted encantadoramente linda. ¡Qué traje magnífico! ¿Es obra de Raquin?

—Sí, es de lo de Raquin.

—Raquin interpretado por usted es todo lo que se puede pedir en gracia y magnificencia! Es lo más precioso; en

verdad, es exquisito!...

—¿Llegó ya la princesa Dougloff? —preguntó Susana con interés.

—Todavía no.

—No dejará de presentarme ¿no es cierto?

Conocer la princesa Dougloff era lo que en ese momento más anhelaba Susana. Era un especie de desafío esa introducción de dos célebres beldades, bajo la mirada de numerosos espectadores impacientes de pronunciar su dictamen entregando la palma ó reprobando en esta contienda social.

Susana esperaba ansiosa, sus ojos se dilataban y su corazón latía de alegría, pues estaba segura de su triunfo; de ello era prueba evidente los cumplimientos con que la agobiaban de todos lados. Se humedeció los labios en una copa de champagne y todo su ser se estremecía de gusto. Los caballeros la rodeaban y la colmaban de admiración: La envidia misma de las mujeres no dejaba de agradarla pues era un homenaje sincero á su valer.

Se oyó ruido apagado de voces en el salón contiguo á aquel en que se hallaba nuestra heroina. Los caballeros iban en esa dirección.

—¡Debe ser mi rival!—se dijo Susana.

Se puso en pié, miróse al espejo, y con satisfacción natural se sonrió llena de confianza en sí misma: estaba segura del triunfo.



Pronto, querida, dijo la señora Créhanges que vino en su busca, "la princesa quiere que la presente enseguida".

Darzas pasó en ese momento y Susana le llamó pues deseaba que su esposo presenciara el duelo.

—Quieres tomar mi brazo, — la dijo.

—No, no quiero que nadie me acompañe; quiero ir sola, completamente sola...

Había dos bandos en la concurrencia, y el ruido de voces se interrumpía al acercarse el momento decisivo.

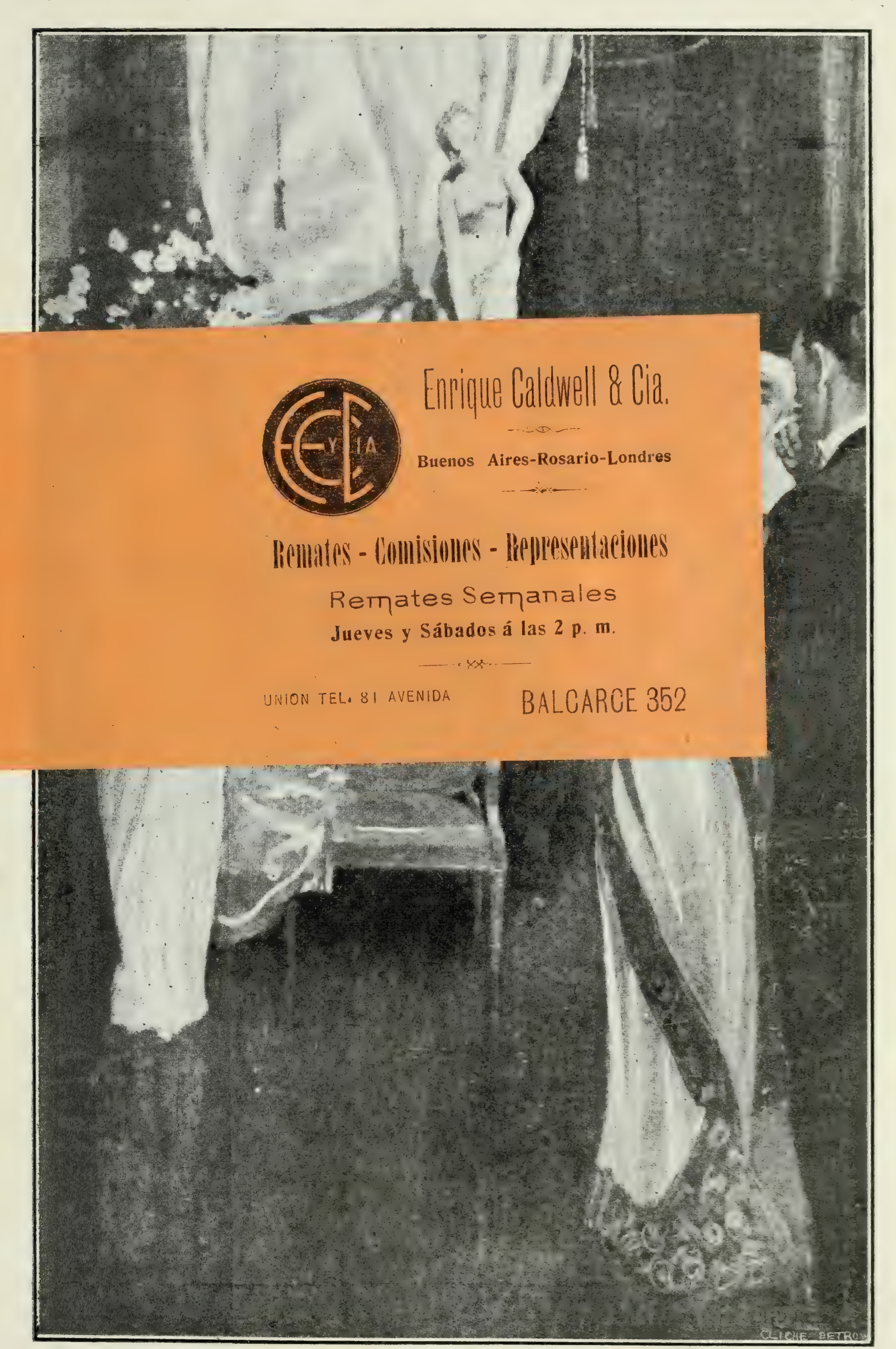
Susana seguía su camino, graciosa y gentil, su cuerpo moldeado en la túnica de seda flexible, que ponía de relieve sus encantos y su belleza.

Le abrían paso y estaba cerca de una mujer que no era joven, pero en cuya actitud reconoció en el acto el sello más acabado de nobleza y distinción, caracterizado por una discreta habilidad en poner de manifiesto sus encantos y atractivos.

Y esa mujer tan bella, que tuvo en suspenso por un momento la concurrencia, lucía el traje rosado de lentejuelas que había rechazado Susana...

III

El encuentro respondió plenamente á



Ma princesa Dougloff llevaba el vestido rosado.....

verdad, es exquisito!...

—¿Llegó ya la princesa Dougloff? — preguntó Susana con interés.

—Todavía no.

—No dejará de presentarme ¿no es



cierto?

Conocer la princesa Dougloff era lo que en ese momento más anhelaba Susana. Era un especie de desafío esa introducción de dos célebres beldades, bajo la mirada de numerosos espectadores impacientes de pronunciar su dictamen entregando la palma ó reprobando en esta contienda social.

Susana esperaba ansiosa, sus ojos se dilataban y su corazón latía de alegría, pues estaba segura de su triunfo; de ello era prueba evidente los cumplimientos con que la agobiaban de todos lados. Se humedeció los labios en una copa de champagne y todo su ser se estremecía de gusto. Los caballeros la rodeaban y la colmaban de admiración: La envidia misma de las mujeres no dejaba de agradarla pues era un homenaje sincero á su valer.

Se oyó ruido apagado de voces en el salón contiguo á aquel en que se hallaba nuestra heroina. Los caballeros iban en esa dirección.

—¡Debe ser mi rival!—se dijo Susana.

Se puso en pié, miróse al espejo, y con satisfacción natural se sonrió llena de confianza en sí misma: estaba segura del triunfo.

Pronto, querida, dijo la señora Créhanges que vino en su busca, "la princesa quiere que la presente enseguida".

Darzas pasó en ese momento y Susana le llamó pues deseaba que su esposo presenciara el duelo.

—Quieres tomar mi brazo, — la dijo.

—No, no quiero que nadie me acompañe; quiero ir sola, completamente sola...

Había dos bandos en la concurrencia, y el ruido de voces se interrumpía al acercarse el momento decisivo.

Susana seguía su camino, graciosa y gentil, su cuerpo moldeado en la túnica de seda flexible, que ponía de relieve sus encantos y su belleza.

Le abrían paso y estaba cerca de una mujer que no era joven, pero en cuya actitud reconoció en el acto el sello más acabado de nobleza y distinción, caracterizado por una discreta habilidad en poner de manifiesto sus encantos y atractivos.

Y esa mujer tan bella, que tuvo en suspenso por un momento la concurrencia, lucía el traje rosado de lentejuelas que había rechazado Susana...

III

El encuentro respondió plenamente á



Ma princesa Dougloff llevaba el vestido rosado.....

la espectativa de las dos rivales. Eran dignas una de otra, la elegancia de la una equilibraba la belleza de la otra, y Susana tuvo la satisfacción de ser declarada por unanimidad á la altura del árbitro de la elegancia parisiense.

—Mi buena amiga, le dijo la señora Créhange, es usted la primera mujer que ha podido medirse con la princesa. Puede usted con fundamento tener orgullo de sí misma.

Por lo que era Susana, no tenía la menor satisfacción de tan ponderada hazaña, y cuando se retiraba, momentos después bajaba con visible preocupación las escaleras que había ascendido con tantas ansias un poco antes. En el carruaje permaneció silenciosa y envuelta en sus pieles. No levantó la cabeza durante todo el trayecto.

¡La princesa á quien ella hubiera querido eclipsar había salido airosa del lance, habiéndose valido de las armas rechazadas por ella! Todo el efecto había sido producido por el vestido rosado de lentejuelas que ella había vendido por una insignificancia! Susana no podía conformar del fácil triunfo de su rival labrado por propia imprevisión y extravagancia.

La herida era profunda: ¡Susana sintió intensamente el dolor inferido, y lo que más la confundía era que su esposo había reconocido el traje y debía de haber hecho sus reflexiones y juzgado á su esposa con juicio no muy favorable.

. . . .

¿No me quieres hablar?

Habían llegado á la casa, y según costumbre al volver de alguna fiesta, Juan la había acompañado á su habitación y se le ofrecía para desabrocharle.

Ella no le contestó, se echó sobre un sillón y quedó inmóvil. La fisonomía tenía la expresión de sus momentos de enojo, y un gesto de marcada contrariedad.

¿No me quieres hablar repitió él?

Esperó, pues sabía por experiencia que valía más esperar una explicación y concluir con el asunto. Sabía también que en esos momentos de exasperación, sufría Susana tanto ó más que él mismo.

Ella se levantó, se acercó al tocador, titubeó unos minutos... ¿cuál sería su intención?

Se sacó sus anillos, los hilos de perlas de su garganta, y se dió vuelta hacia su esposo en actitud de quererle hablar, pero no habló.

Se miraron uno ó otro por un miuuto, después ella se levantó una vez más, abrió la caja en que guardaba su dinero, sacó los dos billetes de banco que le había dado Darzas y entregándoselos dijo:

—Aquí los tienes, no los necesito ya.

El se quedó mirándola, sin comprender lo que según él significaba un insulto.

—¿Qué es eso? — dijo al fin — yo no lo puedo permitir...

Susana hizo un gesto de enojo.

—Guárdalos, le dijo, yo no los necesito, pagaré á Raquin cierta cantidad todos los meses, de lo que economizaré en mis gastos, para él es lo mismo, y así al menos...

—¿Al menos qué?

—Al menos no tendrás nunca motivo de reproche...

Nunca te reprocho.

Si me reprochas, me reprochas siempre... con esa expresión de cansancio eternamente en tu rostro, la expresión del hombre arruinado por las extravagancias de su mujer.

El la observaba, trató de leer sus pensamientos secretos en la profundidad de su mirada.

—Yo nunca te he dicho que me mataba el exceso de trabajo.

Nunca lo dijiste, pero lo puedo ver sin que nada me digas. ¿Tú te imaginas que no lo veo? ¿Crees que yo no sé que todos tus trabajos no tienen otro objeto que procurarme dinero?

—Me quieres, y no me sabes negar nada. Tú eres demasiado bueno y condescendiente, ¿comprendes ahora?

Se detuvo y se inclinó sepultando la cabeza entre las manos y el sonido de sus sollozos dominaba el silencio.

La emoción le impedía hablar.

—Susana querida. ¿Qué es lo que dices?

Ella le extendió la mano en la que tenía aún los billetes:

—Toma, dijo. Hazme el favor de no rechazarlo... y no trabajes tanto; estás tan cansado á veces... cierto que me gustan las cosas lindas, y vestirme mejor que nadie, y ser más linda que nadie... pero también me parte el corazón ver lo que tú haces y tienes que hacer... no te niegues á recibir el dinero, te lo ruego... y así me sentiré feliz, mucho, más feliz que antes...

El Pozo de Argerich

Hace tiempo que la prensa mteropolitana nos viene suministrando noticias referentes al llamado ''vivero de Argerich'', pero sólo ante un éxito decisivo y completo se ha logrado despertar la curiosidad y entusiasmo del público.

Fácil es para quien conoce los terrenos arenosos y secos del Río Negro, cubiertos de arbustos raquíticos como la jarilla y la vidriera, y de pastos como el coirón, ahogados por los arenales y el sol abrasador, aquilatar toda la trascendental importancia que tiene la obra del doctor Argerich, que acaba de resolver en forma plausible el problema del agua en esas regiones, dotando sus campos de agua surgente, tras de esfuerzos y sacrificios inauditos.

El problema del agua afecta al país entero, puesto que de su resolución ha de surgir la transformación maravillosa de esos campos patagónicos, verdaderos eriales improductivos y estériles, en campos fértiles, que pronto se entregarán á la agricultura y á la ganadería,



Dr. Juan Antonio Argerich

aumentando considerabemlente la potencia económica y productiva de la república.

Considerando ''Atlanta'' todo el interés é importancia que tiene el asunto ha creído de su deber dar una información completa á sus lectores, y en tal sentido se ha dirigido al doctor Juan Antonio Argerich, quien con la bonhomía y gentileza que son proverbiales en su familia, nos ha suministrado los antecedentes requeridos y nos ha invitado á que hiciéramos una visita á su establecimiento ''La Gleba'', lugar donde ha realizado tan titánicas proezas.

El citado señor posee, á 35 minutos de Bahía Blanca, línea á Neuquén, en la Estación Argerich, tres estancias: ''La Gleba'' (matriz), ''La María Ignacia'' y ''La Tina''. En la primera de las tres es donde se han realizado los trabajos, que han dado por resultado el hallazgo de un pozo artesiano, de agua surgente.

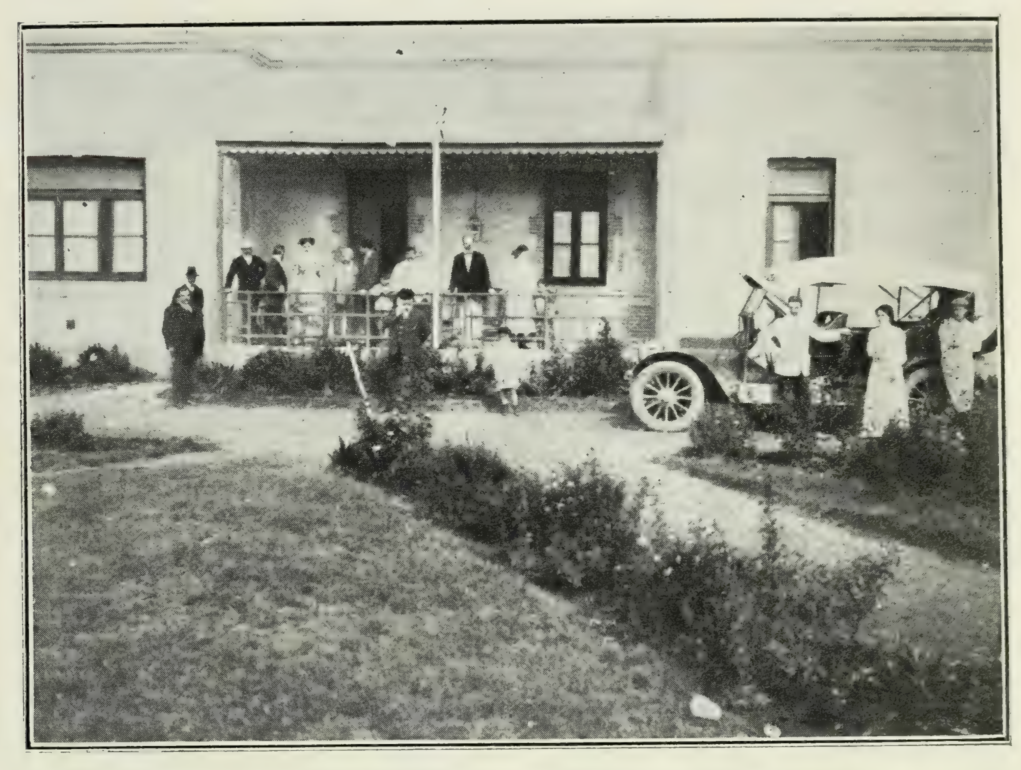
El trayecto que media entre la estación del ferrocarril y ''La Gleba'', no prepara al viajero para las sorpresas que le están reserdas; por el contrario el camino es accidentado y arenoso, el paisaje mustio y desolado. Y sin embargo, al entrar en la estancia, nos encontraremos en un verdadero oasis. ¡Pero qué oasis! Allí la inteligencia del hombre ha triunfado soberana, disciplinada científicamente, merced á una voluntad férrea y á una paciencia sobrehumana. En aquel suelo, antes estéril, sediento, movedizo casi, que los hombres más inteligentes y emprendedores despreciaban, se han aclimatado variadísimas especies de plantas de todas las graduaciones templadas.



Arroyo de «La Gleba»

En medio de los médanos, que biparten á ''La Gleba'', apercíbese el manantial, que la prensa diaria ha hecho ya famoso, elevándose el agua blanquecina á una respetable altura del suelo. Aun cuando su volúmen ha sido reducido al mínimum de extracción, la columna surgente es tal que más bien parece una erupción volcánica. Los estudios practicados por la Oficina de Geología y Minas permiten pronosticar una napa de agua potable mineral.

Entusiasma observar el fenómeno de la trans formación en los hermosos planteles de viña, de árboles frutales, en el desarrollo sorprendente que adquiere la alfalfa, así como el de las acacias, pinos, cipreses, etc. Para darse una idea de la feracidad del suelo bastaría ver en su lozano verdor los naranjos de Tucumán.



Estancia «La Gleba»

Junto á las cerezas de Anatolia y manzanos de Crimea, que el doctor Indalecio Gómez — entonces en Berlín — mandara al doctor Argerich, se encuentran manzanas y peras de Nueva Zelandia, cerezas de Francia, Italia, Alemania é Inglaterra y albaricoques españoles.

Todo eso demuestra el amor, paciencia y actividad desplegados para crear tal establecimiento modelo, donde la rutina no vió sino tierras de escaso valor..

Hemos tenido ocasión de conocer cuántos sacrificios ha debido realizar y cuántos obstáculos salvar la energía perseverante y encomiable del doctor Argerich.

El doctor Argerich dedica preferente atención á la reproducción de miles de ejemplares de las llamadas manzanas de la Cordillera, que se considera como las de mejor calidad del mundo; así como á la del Northern Spy de la Nueva Zelandia, refractario á los daños del pulgón lanígero.

Lo que se refiere á la viña es sencillamente admirable, á pesar de los estragos de la seca, en los dos años pasados. De Palestina, de Esmirna, de Francia, Italia, Estados Unidos, Mendoza, Entre Ríos, Chile y Uruguay, se han traído ya semillas, ya sarmientos, ya barbados, con que han sido plantadas como trescientas clases de cepas.

El desarrollo rápido de las plantaciones ha permitido realizar otra obra fundamental, cual es la protección y defensa contra los fuertes vientos, que en esa región constituyen todo un azote para la agricultura. El olmo de Bohemia; diez y siete clases de tamariscos, el árbol del cielo, los álamos de hojas perennes y el álamo criollo constituyen la base de esa defensa.

Es realmente curiosa la falta absoluta de enfermedades criptópicas, y la característica de la fruta (durazno, damasco, peras, manzanas, melones, cerezas, membrillos) es su ex quisita dulzura, debida á la riqueza de ácido fosfórico y potasa de aquelals arenas.

Muchos olivos han dado ya fruto y crece el azafrán, productos éstos cuya importancia es notoria, al lado de un plantel de 400 naranjos tucumanos actualmente en plena fructificación.

Vense extensos planteles de cebollas, melones, sandías, papas, lechugas, maíz de Guinea, lúpulo, ruibarbo, jazmín del país, crisantemos, variadas clases de claveles y leguminosas.

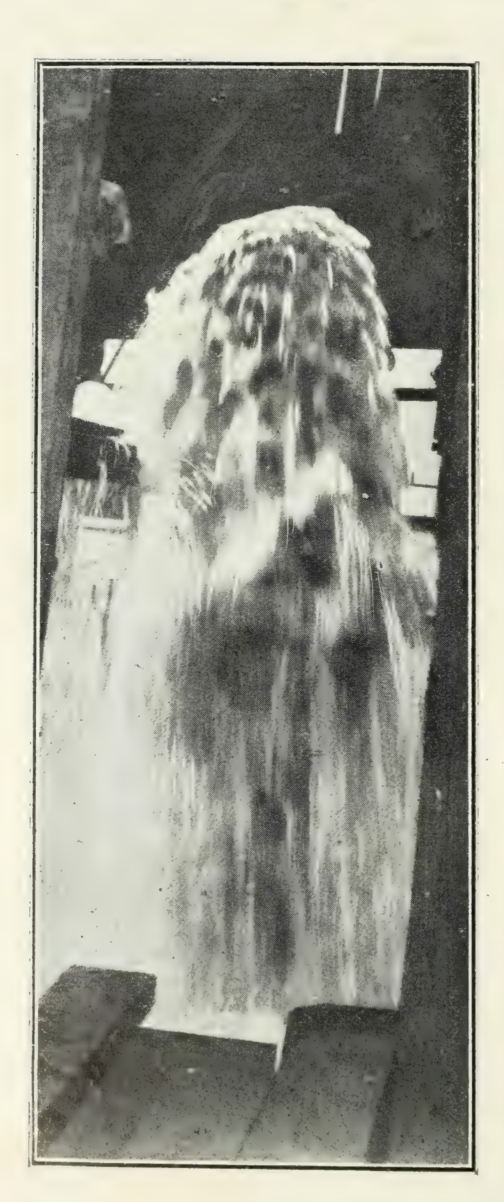
Es interesante observar que en la latitud en que se hallan los campos de Argerich, fuera de Sud América, no hay más tierra en el mundo que el pequeño pedacito que forma la isla de Nueva Zelandia, y que allí también la particularidad de la región son los manantiales de aguas caielntes, como el de ''La Gleba''. Se ha visto allí que las aguas no solamente tienen grandes propiedades curativas sino que la inhalación de los vapores es también muy beneficiosa para ciertas enfermedades. El gobierno

de aquel país se ha hecho cargo de esto y establecido un gran balneario.

Antes de terminar, no es grato hacer un justiciero recuerdo de la importante ayuda que el doctor Eleodoro Lobos ha prestado, desde el Ministerio de Agricultura, al señor Argerich, El doctor Lobos visitó en enero del año pasado el establecimiento "La Gleba", y tan buena impresión le causó el observar los trabajos realizados, que ofreció patrióticamente el apoyo del gobierno, enviando inmediatamente á aquel lugar perforadoras y otras máquinas de suma utilidad.

El doctor Argerich no se declara aún satisfecho del feliz resultado de su iniciativa y prosigue en su tren de mejoramiento del primer establecimiento agrícola que existe en la República Argentina.

Vivero de Argerich



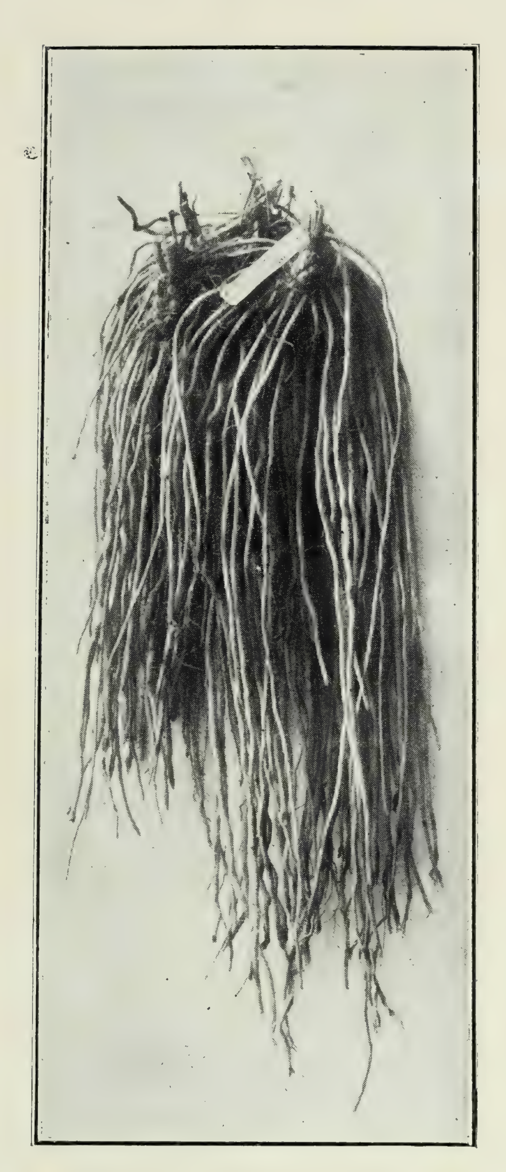
El Chorro, reproducción de «El Diario»



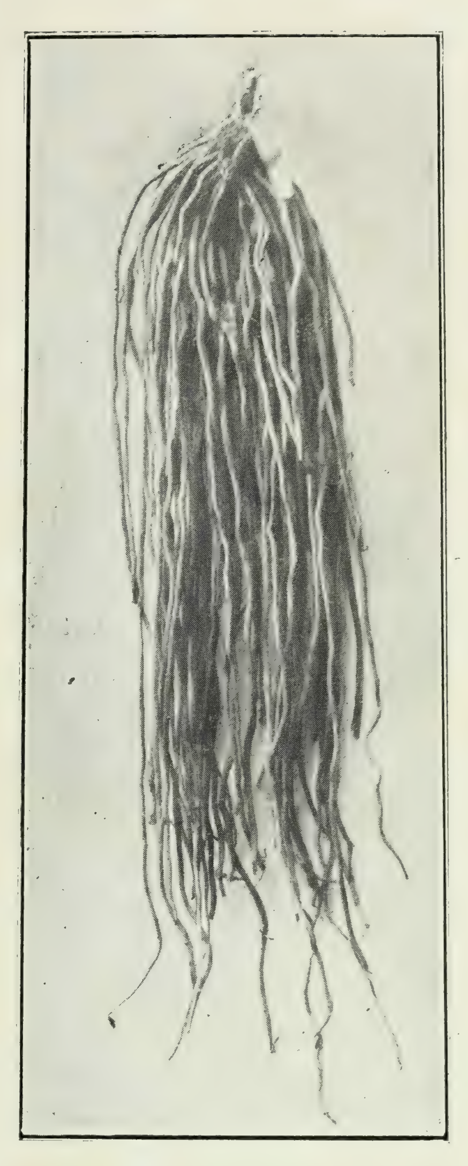
Plantaciones del vivero



El Dr, Argerich en su estancia «La Gleba»



Espárrago de Argenteuil (2 años)



Espárrago de Ehrfúrt (2 años).



Viña en la arena viva (2 años)



Estancia «La María Ignacia»

Las Mujeres de los Césares

POR GUILLERMO FERRERO

SEXTA PARTE

Es posible que, según nos dice Tácito, su casamiento con Claudio representase para Agripina la más alta ambición; aunque también es posible que fuese un acto de suprema abnegación en una mujer educada en las tradiciones de la aristocracia romana y que por lo tanto no se consideraba más que como el medio de mejorar la situación política de sus parientes y de sus hijos.

Me siento más inclinado á aceptar esta segunda explicación al casarse con Claudio, no solamente contraía Agripina casamiento con un tío que le llevaba muchos años y que debía resultar necesariamente un esposo desagradable, sino que además unía su suerte á la de un emperador débil cuya vida estaba amenazada perpetuamente por conspiraciones y rebeliones y cuyas vacilaciones y terrores parecían ser pronóstico seguro de que algún día sería precipitado de la autoridad imperial por alguna terrible catástrofe. Para Agripina, ese enlace significaba que arriesgaba ciegamente su vida y su honor, y que perdería una y otro si no lograba compensar el sinnúmero de deficiencias de su raro marido, mediante su propia inteligencia y su fuerza de voluntad. Todos reconocerán las dificultades de la tarea que había emprendido.

Pero en los comienzos, la fortuna favoreció á Agripina en la tarea que emprendió audazmente. Las insensateces de Calígula y los escándalos de Mesalina habían provocado inmenso disgusto en Roma y en Italia. Parecía que la paciencia había llegado á su límite. Tanto el Senado como el pueblo reclamaba un gobierno más fuerte, más coherente y más respetable, que pusiese fin á los escándalos, juicios y atroces luchas personales y familiales que destrozaban á Roma. Agripina era hija de Germánico y nieta de Druso y corría en sus venas la sangre de los Claudios con todo su orgullo, su energía, su espíritu puritano, conservador y aristocrático y en el momento en



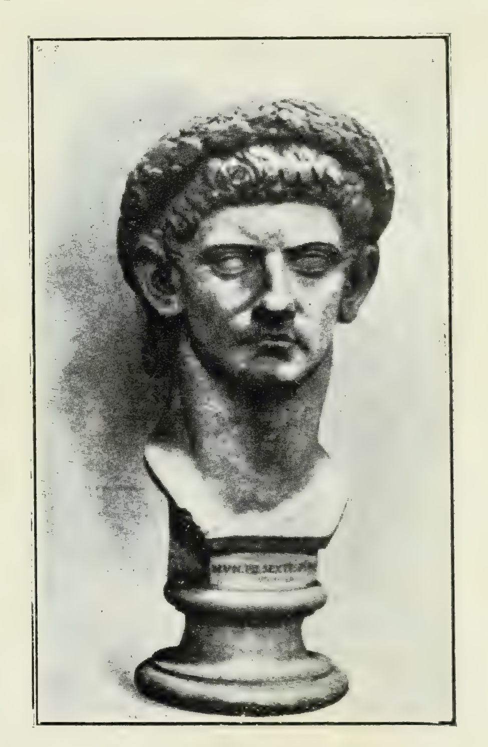
Mesalina, ercera esposa de Claudio

que surgió, todas las esperanzas quedaron reconcentradas en ella. Aunque fuese algo así como una Tiburcio femenina,

(Del *Century Magazine*).

y que por la pureza de su vida se asemejase á su madre y á su abuela Livia, no deja Tácito de mencionar con malignidad sus relaciones con Pallas y con Séneca. El hecho de que Mesalina á pesar de su odio implacable, no lograse provocar su caída con ayuda de la *lex de adulterii,* demuestra la inexactitud de esas versiones, y el mismo Tácito lo demuestra cuando dice que nunca faltó á la castidad excepto en provecho de su poder (*Nihil domi impudicum nisi dominationi expediret*). Esto significa que Agripina fué una dama de vida irreprochable; pues si algo resalta claramente en la historia de esta mujer notable es que tanto su elevación como su caída dependieron de causas de índole tal que sus encantos femeninos no habrían podido ni acrecentar su poder ni aplazar su ruina. Todos los corazones, pues, alentaron esperanzas cuando vieron que esta mujer respetable, activa y enérgica se asociaba al débil Claudio, pues evocaba la memoria de los personajes más venerados de la familia de Augusto.

La nueva emperatriz, alentada por estas demostraciones de favor, se aplicó con todas las fuerzas de su naturaleza apasionada á la tarea de hacer efectivas en el Estado esas ideas tradicionales de la nobleza en que había educado Livia á Tiberio y Druso y luego á Cermánico y á la misma Agripina. En ésta, su descendiente, reaparecía el espíritu de la bisabuela que había sido eclipsado por la terrible lucha entre Tiberio y Agripina, por la locura de Calígula y por los escándalos ridículos de la primera parte del reinado de Claudio. Todo esto contribuyó á devolver al Estado un poco de ese vigor en la autoridad que la nobleza en la época de su esplendor había considerado como el más alto ideal de gobierno. Tácito dice de su gobierno que era tan severo como el de un hombre (*adductum el quasi virile*). Esto significa que bajo la influencia de Agripina la relajación y el desórden de los primeros años del reinado de Claudio fueron reemplazados por cierto orden y disciplina. Había severidad y más frecuentemente soberbia. (*Palam severitas ac saepius superbia*). Los libertados que antes fueran tan poderosos y agresivos, no intervinieron ya, señal evidente de que su petulancia había sido puesta á raya por la energía de Agripina. Las finanzas del Estado y la fortuna de la casa imperial fueron reorganizadas, pues Agripina, á semejanza de Livia y de todas las damas de la gran nobleza romana, era una excelente administradora, frugal y vigilante con respecto á sus esclavos y libertos. y cuidadosa en la gestión de los recursos y de los gastos. La aristocracia romana, como todas las demás aristocracias, odiaba á los advenedizos, á los hombres enriquecidos de repente, traficantes afortunados y personas cuyo único objeto era reunir caudales. Sabemos que Agripina trató en cuanto le fué posible de evitar las malversaciones de los dineros públicos que habían enriquecido á los libertos de Claudio. Después que alcanzara el grado de emperatriz se tiene conocimiento de numerosos juicios seguidos contra personas culpables de haber dilapidado



El Emperador Claudio

el tesoro público, mientras que en tiempos de Mesalina no se entabló ninguna demanda de esta índole. Sabemos además que restableció la fortuna de la familia imperial, que probablemente había quedado seriamente comprometida por los gastos sin tasa de Mesalina. A esto se refiere Tácito en una de sus frases, que, como de costumbre lleva huellas

de su malignidad: *Cupido auri inmensa obtentum habebat quasi subsidium regno paratetur.* (Trató de enriquecer á su familia, bajo el pretexto de proveer á las necesidades del imperio). Lo que Tácito llama un pretexto era, por el



El emperador Calígula

contrario, el antiguo concepto de la riqueza, que en la opinión de las grandes familias estaba destinada á ser un medio de gobierno y un instrumento de poder; la familia la poseía con el objeto de emplearla en beneficio del Estado.

En pocas palabras, Agripina trató de resuscitar las tradiciones aristocráticas de gobierno que habían inspirado la política de Augusto y de Tiberio. No solamente trató de conseguirlo, sino que además, por extraño que parezca, lo consiguió casi sin lucha. El gobierno de Agripina constituyó un gran éxito desde sus comienzos. Desde el instante en que llegó á ser emperatriz se observa en toda la administración mayor firmeza y consistencia. Ya no parece estar Claudio, como antes, á la disposición de sus libertos y á la merced del impulso del momento y hasta las sombras oscuras de la época se iluminan durante algunos años. Cierta concordia y tranquilidad volvieron á reinar en la casa imperial, en la aristocracia, el senado y el Estado. Aunque Tácito acusa á Agripina de haber impulsado á Claudio á cometer toda clase de crueldades, es cosa segura que los juicios, los escándalos y los suicidios fueron mucho menos frecuentes bajo su gobierno. Durante los seis años que vivió Claudio después de su casamiento con Agripina las tragedias escandalosas se hicieron tan escasas en Roma que Tácito, viéndose privado de sus materiales acostumbrados, reune la historia de esos seis años en un solo libro. En otras palabras, Agripina no halló virtualmente ninguna oposición, mientras que Toribio y hasta el mismo Augusto, cuando trataron de gobernar de acuerdo con las tradiciones de la antigua nobleza, se vieron obligados á combatir el partido de la nueva aristocracia, con sus tendencias modernas y orientales. No parece que este partido existiese ya cuando Agripina indujo á Claudio á que prosiguiese resueltamente la línea de conducta de sus antecesores, pues un solo partido, el de la antigua nobleza, parecía dirigir la política del país, con Agripina. Esto debe de haber sido consecuencia, en parte, del disgusto causado por los escándalos de la década precedente que convencieron á todos de la necesidad de restaurar una disciplina más seria en el gobierno y, en parte, al aniquilamiento en que se hallaban ambos partidos á consecuencia de tantas luchas, represalias, juicios y escándalos. La fuerza de la oposición fué disminuyendo paulatinamente en ambas facciones. Todos parecían dispuestos á aceptar sin resistencia la dirección del gobierno y la autoridad del emperador y de sus consejeros adquirió mayor importancia á medida que disminuía la oposición en la aristocracia y en el Senado.

Sea como fuese, el imperio ya no se veía obligado á soportar el espectáculo ridículo y escandaloso de la debilidad é incongruencias que habían comprometido seriamente á la autoridad suprema en el primer período del reinado de Claudio. Pero Agripina no se ostentaba con proveer en la mejor forma posible

para el presente sinó que se preocupaba también del porvenir. Tenía un hijo de su primer esposo, y cuando se casó con Claudio este niño tenía unos once años. Los cargos más serios hechos por Tácito contra Agripina se relacionan con sus planes en favor de este hijo. Según su relato, Agripina trató de asegurar á su hijo, el futuro Nerón, la sucesión de Claudio, mediante la exclusión de Británico, hijo de Mesalina. Para llegar á sus fines, no descuidó, según dice Tácito, ni intrigas, ni fraudes, ni engaños; hizo que fuese llamado Séneca desde el destierro y le nombró tutor del niño. Privó de sus cargos á los dos comandantes de la guardia pretoriana que eran hechuras de Mesalina, y los hizo reemplazar por un hombre de su confianza, cierto Safranio Burrho. Tendió celadas á Británico, y lo rodeó de espías, y en el año 56, mediante muchas intrigas y muchos halagos, consiguió por fin que Claudio adoptase á su hijo. Pero toda esta historia no es más que una novela complicada y fantástica, tejida sobre un trama de verdad comparativamente sencilla. El mismo Tácito nos dice que Agripina era una madre muy severa; es decir una madre al estilo de las antiguas romanas, *trux et minax,* según sus propias palabras. No adoptó los métodos más suaves de la nueva educación, que se iban introduciendo en las grandes familas, y había educado á su hijo con la más severa sencillez. Es bueno recordar además que ni Británico ni Nerón tenían el menor derecho al trono de Claudio. El principio hereditario no existía todavía en el gobierno imperial; el Senado tenía libertad de elegir á quien quisiese. Es verdad que hasta entonces su elección había recaído siempre en un miembro de la familia de Augusto; pero no había sido sino porque era más fácil encontrar en ella personas que fuesen conocidas y respetadas, soldados de las regiones apartadas, y que contasen con la admiración de los que hubiesen recibido alguna preparación para los deberes diversos y á menudo difíciles del cargo. Y esta era precisamente la razón por la cual tanto Augusto como Tiberio siempre se habían preocupado de preparar á más de un joven para ese altísimo cargo, tanto con el objeto de que el Senado gozase de cierta libertad en su elección como para que quedase uno en reserva en caso que uno de los jóvenes defraudase las esperanzas del imperio ó falleciese prematuramente. Que Agripina persuadiera á Claudio de que adoptase á su hijo no significaba por lo tanto que desease hacer á un lado á Británico para aventajar á Nerón. Demuestra sencillamente que no quería que la familia de Augusto fuese alejada del poder supremo y por esa razón deseaba tener prontos, no uno, sino dos sucesores posibles. Para comprender lo acertado y razonable de esa conducta debe recordarse que Nerón tenía cuatro años más que Británico, y que por lo tanto en el año 50, fecha de su adopción, el último no tenía más que nueve años. Como Claudio ya tenía sesenta, habría sido muy imprudente no contar más que con un niño de esa edad como sucesor posible. Otra prueba de que Agripina no pensaba en destruir la raza de Claudio y Mesalina es el hecho de que antes de la adopción casara á Nerón con Octavia que era hija de ambos. Octavia era una mujer dotada de todas las virtudes apreciadas por la antigua nobleza romana y apta por lo tanto para robustecer el poder de la casa. Agripina había celebrado el noviazgo de los jóvenes, cuando eran aún muy niños, de acuerdo con una antigua costumbre y con la esperanza de que



El emperador Nerón

constituirían una pareja que serviría de ejemplo á las familias de la aristocracia. En breves palabras, lejos de tratar de debilitar la casa imperial mediante la destrucción de los hijos de Mesalina, Agripina introducía á su hijo en dicha familia, para robustecerla. En Agripina renacía la sabiduría de sus grandes predecesores, y tanta satisfacción causaba al pueblo su conducta que le confirieron los altísimos honores, que la misma Livia no había recibido; se le permitió circular en el recinto del Capitolio en un coche dorado (*carpetum*) honor que hasta entónces sólo había sido dispensado á los sacerdotes y á las imágenes de los dioses. Fué rodeada de adoración semireligiosa, evidencia de sincero y profundo respecto, pues, aunque los romanos dispensaban á veces adulaciones humanas á sus potentados, no era frecuente que otorgasen honores de carácter tan sagrado.

La muerte inesperada de Claudio interrumpió bruscamente la tarea en que estaba empeñada Agripina. Claudio tenía sesenta y cuatro años cuando cierta noche del mes de octubre del año 54, falleció á consecuencia de una enfermedad misteriosa después de una cena en que como de costumbre había comido inmoderadamente. Tácito pretende saber que Agripina virtió veneno en un plato de setas. Pero agrega que durante la noche, temerosa de que Claudio sobreviviese llamó al médico de Claudio, Jenofonte, que le era afecto. Este, mientras pretendía inducirlo á vomitar le introdujo en la garganta una pluma empapada en violento veneno y le mató. Esta versión es tan extraña y tan poco probable que el mismo Tácito no se atreve á afirmarla, pero dice que "muchos creen" que esas fueron las circunstancias de la muerte de Claudio. Pero si aún quedan bastantes personas crédulas para creer que el jefe de un gran estado puede ser envenenado en un abrir y cerrar de ojos por un médico que le pinta la garganta con una pluma, es más difícil comprender con qué objeto habría envenenado Agripina á su esposo. Según Tácito esto se debe á que la preocupaba el hecho de que desde cierto tiempo atrás Claudio demostrase que prefería Británico á Nerón. Aun cuando fuese cierto el hecho semejante motivo sería ridículo. Augusto tenía mucho mayor cariño por Cermánico que por Tiberio; y sin embargo, á su muerte el Senado eligió á Tiberio y no á Cermánico, porqué así lo exigían las circunstancias. A la muerte de Claudio, Británico tenía trece años y Nerón diez y siete Había probabilidades pues de que el Senado no escogiese á ninguno de los dos. Esto es tan cierto que otros historiadores han supuesto, por el contrario, que Agripina se había indispuesto con alguno de los libertados más poderosos de Claudio y que, como viese que Claudio vacilase entre ambos, lo mató para no tener un fin semejante al de Mesalina. Pero también esta hipótesis es absurda, pues una emperatriz era virtualmente invulnerable, de lo cual había sido una prueba Mesalina, que cometió impunemente toda clase de excesos. Agripina protegida por el respeto de todos, investida de honores que le daban carácter casi sagrado no tenía nada que temer de Claudio ó de sus libertados. La acusación de envenenamiento no tiene pues base alguna.

Era tarea difícil obtener del Senado que designase á uno de los dos jóvenes para emperador y comandante de los ejércitos, aun cuando fuesen los únicos sobrevivientes de la raza de Augusto. Esto es tan cierto que Tácito nos dice que Agripina ocultó durante horas la noticia de la muerte de Claudio, prueba más de que ésta la tomó de sorpresa. Agripina debió de comprender que había gran peligro de que el Senado se negase á conferir el poder supremo á cualquiera de los dos jóvenes. El único medio de evitar este peligro era hacer presión sobre el Senado con ayuda de las cohortes pretorianas que eran fieles á la familia de Augusto. Debía presentar uno de los jóvenes á los guardias y obtener que le aclamasen, no como jefe del imperio sinó como jefe del ejército. Esto obligaría al Senado á proclamarlo jefe del imperio, como había acontecido con Claudio.

Tácito nos dice que, impulsada por ilegítima ambición, Agripina escogió á Nerón. Es muy probable que Agripina desease que fuese favorecido su hijo; pero aún cuando hubiese preferido á Británico, se habría visto obligada á proceder del mismo modo, en atención á las edades respectivas de ambos jóvenes.

Con ayuda de Séneca y Burrho, el plan de Agripina se llevó á cabo con rapidez y éxito. El trece de octubre, después que todo estuvo convenido con las tropas, fueron abiertas las puertas del palacio; Nerón acompañado de Burrho se adelantó hacia la cohorte que estaba de guardia. Esta le recibió con alegría, le colocó en una litera y le condujo al cuartel de los pretorianos, donde fué aclamado jefe del ejército. El senado, aunque de mala gana, confirmó la elección.

Nerón era un joven de diez y siete años, educado á la antigua, bajo la tutela de una madre severa. Ignoraba el lujo, los placeres y la elegancia que se había generalizado entre las grandes familias; era dócil para con su madre y no demostraba poseer ningún vicio. Sólo se le conocía una particularidad; había estudiado con mucha afición la música, la pintura, la escultura y la poesía, y había llegado á distinguirse en esas artes, que eran consideradas como frívolas é inútiles en un joven noble. Por el contrario había descuidado la oratoria, que era considerada como un arte necesaria en la aristocracia romana, cuyos deberes incluían discursos en los consejos, los tribunales y el Senado, tanto como empleaba la espada en el campo de batalla. Pero por lo general se creía que no era más que un capricho pasajero de la juventud.

Agripina era demasiado inteligente para no darse cuenta de que un emperador de diez y siete años no podía tener autoridad y que se vería expuesto á toda clase de envidias y de intrigas, así como á la oposición tanto oculta como descubierta. Consiguió mitigar este peligro mediante una idea feliz — restauró virtualmente la antigua constitución republicana. Después de los funerales de Claudio, Nerón lo anunció personalmente ante el Senado, en un discurso modesto y pulido, pareciendo disculparse de su juventud y declarando que de todos los poderes ejercitados por sus antecesores sólo quería conservar el mando del ejército. Esta restauración de la república fué la obra maestra de Agripina y señala el cenit de su poder. Nerón debía ser considerado por la posteridad como el más terrible de los tiranos era pues el emperador romano que disponía de poderes más limitados. Esta medida tuvo completo éxito. La ilusión de que la autoridad imperial no constituía más que una medida transitoria exigida por las guerras civiles y que podría algún día quedar abolida seguía profundamente arraigada en la nobleza romana. Los primeros actos del nuevo gobierno parecieron justificar el optimismo con que fué recibido. El Senado reasumió sus antiguas funciones y el imperio gobernado por éste y por Séneca, Burrho y Agripina pareció progresar de un modo asombroso.





Sextercio de bronce, con la cabeza de Británico

Pero pronto cambió la situación. Agripina seguía manteniendo á Nerón bajo su autoridad materna. Pero cabe poner en duda si existió jamás temperamento más apto para rebelarse contra esta especie de educación que el de Nerón. Era uno de esos temperamentos dispuestos á hacer precisamente lo contrario de lo que la tradición, la educación y la opinión general de la sociedad en que viven han prescripto como necesario y reconocido como legítimo. En el caso de Nerón los defectos y peligros de su educación á la antigua no tardaron en hacerse evidentes.

El primero de esos peligros resultó de su temprano casamiento. Un año después de su elevación Nerón conoció á una mujer cuya belleza encendió sus sentidos y su imaginación al punto de hacerle olvidar á Octavia, con quien se

había casado por sentimiento de deber y no por amor. Esta mujer era Acte, hermosa liberta asiática, y tanto se enamoró de ella el joven inexperimentado, ardiente y aficionado á exotismos, que cierto día propuso repudiar á Octavia para casarse con Acte. Pero este matrimonio era imposible pues la *lex de maritandis ordinibus* prohibía el casamiento de senadores con libertas. Era natural que Agripina, descendiente de Livia, Druso y Cermánico, educada en las ideas más estrictas de la aristocracia romana se opusiese á tan escandalosa *mésalliance* Pero el joven, arrastrado por su pasión, resistió. No repudió á Octavia, pero la descuidó y vivió con Acte como si fuese su esposa. En vano trató agripina de lograr que abandonase esas relaciones escandalosas. Madre é hijo riñeron, y Nerón, después de haber resistido á Agripina en esta ocasión, se acostumbró á resistirle en lo sucesivo. Con energía creciente fué sacudiendo la autoridad materna que antes aceptara con docilidad.

Aunque Agripina gozase de mucho prestigio, tenía muchos enemigos. Se sabía que su influencia había contribuído á evitar derroches, malversaciones de dineros públicos, y todos los gastos destinados á placeres tanto en el Estado como en la familia imperial. Sus virtudes y su enesmitad con Mesalina le habían dado gran prestigio, y el respeto que le manifestaba el emperador había obligado por mucho tiempo á sus enemigos á ocultarse y contener su hostilidad. Pero ésto cambió cuando la discordia incipiente entre madre é hijo permitieron á muchos prever la posibilidad de valerse de Nerón contra ella. A medida que Nerón sentía más afecto por Acte, se iba separando más de su madre y á medida que se apartaba de esta, iba revelando su carácter caprichoso, fantástico y rebelde. El partido de la nueva nobleza fué cobrando valor. Se iban olvidando de los escándalos de Calígula y Mesalina, el gobierno severo y económico de Agripina daba señales de que se iba debilitando, en muchos espíritus nacía el deseo de novedades.

Los dos partidos de la antigua y nueva nobleza se reconstituyeron en torno de Agripina y de Nerón. Pero el primero necesitaba un hombre que pudiese oponer á Nerón, como candidato posible y preferible para la dignidad imperial.

Agripina, en su carácter de verdadera matrona romana á la antigua, sólo consideraba á la familia como un instrumento de poder político, y por lo tanto sacrificaba sus afectos personales ante el poder del público. Comenzó por pensar en Británico, hijo de Mesalina, que parecía dotado de cualidades más serias que Nerón. Circulaba el rumor de que pensaba darle el puesto de su propio hijo cuando, de repente, Británico falleció en el año 55 durante una comida á la que asistía Nerón. ¿Fué envenenado por Nerón, según nos dice Tácito? Esta vez la acusación parece más probable que en otras ocasiones. Esta muerte fué un golpe fatal para Agripina y su partido. Tácito nos dice que causó gran terror á la madre de Nerón y es fácil ver porqué. Aunque personalmente Nerón fuese joven y débil, la dignidad de su cargo le hacía más poderoso que todos los miembros de su familia, por enérgicos é inteligentes que fuesen. Se



Agripina, la hermana de Calígula y madre de Nerón

veía además sostenido por todo un partido, que aumentaba diariamente en número y fuerza, pues con la paz prolongada las tendencias eran más blandas y refinadas.

Agripina no se desalentaba fácilmente y siguió luchando. Durante dos años más, entre las intrigas, sospechas y oposición, conservó influencia considerable y pudo contener al nuevo gobierno en la dirección hacia la cual se inclinaba. Esto se debía á que Nerón, aunque no fuese obediente á la voluntad de su madre, era todavía demasiado débil, vacilante y empapado en las ideas de su primera educación para rebelarse abiertamente ó también porque Séneca y Burrho trataban de conciliar atinadamente las ideas ultraconservadoras de la madre con las nuevas tendencias del hijo.



El emperador Nerón

La ruptura definitiva con Agripina y sus ideas políticas ocurrió en el año 59 en el cual Nerón olvidó á Acte para enamorarse de Poppea Sabina, que pertenecía á una de las grandes familias romanas en que habían penetrado más profundamente las nuevas ideas y las nuevas costumbres. Ambiciosa de ser emperatriz dió al joven el impulso decisivo que debía trasformar al discípulo de Agripina en el emperador pródigo y disoluto que conoce la historia. La alentó en su deseo de agradar al populacho, y no combatió seguramente su amor á la Grecia y al Oriente que resultó finalmente en la manía de imitar al Asia y volver á las tendencias de Calígula, aunque en forma más moderada. Tácito nos dice que criticaba continuamente á Nerón por la sencillez de sus costumbres, la falta de elegancia de sus maneras y sus gustos rudos. La citaba como ejemplo la elegancia y lujo de su propio esposo, uno de los miembros más refinados y pomposos de la nobleza romana degenerada. No contenta con esto asumió el papel de consejera en política. Lo convenció de que la severidad y economía de su madre era perjudicial á su popularidad y le sugerió la idea de proceder con liberalidad hacia el pueblo, lo que le granjearía el afecto de las masas. Después de conocer á Poppea Sabina, Nerón, que hasta entonces no había demostrado mucha iniciativa en negocios del Estado redactó y propuso al Senado muchos proyectos revolucionarios en favor del populacho. Concluyó por proponer que fuesen abolidas todas las *vectigalia* del imperio, es decir todos los impuestos indirectos. Los conservadores del Senado demostraron que esto causaría la ruina de las finanzas del imperio y convencieron á Nerón de que no debía insistir. Nerón, deseoso de agradar de cualquier modo á la masa popular dictó un edicto disponiendo que se publicara la tarifa de todas las *vectigalia*, y que el pretor de Roma, los propretores y procónsules provinciales resolvieron suriamente en todos los pleitos contra los arrendatarios de impuestos. Exentó á los soldados de dichas *vectigalia.*

A pesar de lo justo de algunas de estas reformas, esta nueva política causó la ruptura final entre Agripina y su hijo. Dejaron de verse, y en las pocas visitas que por obligación Nerón debía hacer á su madre, trataba siempre que hubiese terceros presentes. La influencia de Agripina siguió declinando, á la vez que aumentaba la popularidad de Nerón, Popea, alentada por todo esto, insistía con más atrevimiento en que Nerón repudiase á Octavia, para que pudiese casarse con ella.

Pero Agripina no era mujer que se diese tan fácilmente por vencida. Siguió luchando contra su hijo, contra la amante de éste, y contra el grupo que rodeaba al emperador. Se opuso en particular á la repudiación de Octavia, que, por ser debida á un mero capricho habría causado escándalo en Roma. Nerón no se atrevía todavía á rebelarse abiertamente. Por fin Popea comprendió que no podía llegar á ser emperatriz mientras viviese Agripina y desde este momento quedó esta condenada. Popea era alentada en sus propósitos por todos los nuevos amigos de Nerón que querían destruir del todo la influencia de Agripina, y por sus palabras y sus actos llevó finalmente á Nerón á decidir la muerte de su madre.



Agripina la joven

Pero este proyecto era tan peligroso como abominable, pues se trataba de matar á la madre de Germánico, á la mujer que el pueblo miraba con veneración casi religiosa; que era hija de un hombre que solo por una muerte prematura no había llegado á ser jefe del imperio, y había sido, hermana, esposa, y madre de emperadores. Por esto se discutió mucho la forma en que se e fectuaría el crímen para que permaneciese secreto, pues Nerón no quería consentir en él mientras el medio propuesto no ofreciese toda seguridad al respecto.

Fué el liberto Aniceto, comandante de la escuadra, quien en la primavera del año 59, propuso el medio buscado, estando Nerón con su corte en Baias, en la Bahía de Nápoles. Debían valerse de un buque, que según nos dice Tácito había de abrirse en medio del mar. Si Nerón lograba que su madre se embarcase en ese buque, Aniceto cuidaría de que el secreto de su muerte quedase sepultado en las profundidades del mar. Nerón dió consentimiento á este plan abominable. Pretendió que deseaba reconciliarse con su madre y la invitó á que se dirigiese de Antium, donde se

á su madre en forma tan atenta y res-
hallaba entonces á Baias. Nerón trató
petuosa, que al regresar á Antium, se sentía esta completamente tranquila. Nerón la acompañó hasta el buque fatal y se despidió de ella con un abrazo cariñoso. Era una noche tranquila y estrellada. Agripina estaba entretenida en hablar con una de sus libertas del arrepentimiento de su hijo y de la reconciliación que se había producido entre ambos cuando, después de haber alejado al buque de la costa, los conjurados trataron de llevar á efecto su plan infernal. No se sabe exactamente lo que ocurrió El relato aparentemente pintoresco de Tácito es en realidad vago y confuso. Parece que el buque no se hundió tan rápidamente como esperaban los conjurados y que en la confusión que se produjo á bordo, la madre del emperador, resuleta y activa, logró salvarse, arrojándose al mar y nadando hacia la costa. Mientras tanto los asesinos mataban á la liberta confundiéndola con Agripina.

Sea lo que fuese, Agripina logró llegar sana y salva á una de sus villas, con ayuda según parece, de un buque que la recogió mientras nadaba, é inmediatamente mandó uno de sus libertos para que anunciase á Nerón el peligro que había ocurrido y del cual había escapado por la bondad de los dioses y la buena fortuna del emperador! Agripina había adivinado la verdad, pero se resolvió á abandonar la lucha, y envió al mensajero para que quedase entendido que ella lo perdonaba todo. En realidad ¿qué otro medio le quedaba, mujer y sola, de resistir á un emperador que se atrevía á levantar la mano contra su propia madre?

Pero el miedo impidió que Nerón comprendiese. En cuanto supo que Agripina había escapado perdió la cabeza: en su imaginación la vió acudir á Roma, denunciar el horrible crimen á los soldados y al Senado; fuera de sí, á impulsos del terror, mandó en busca de Séneca y de Burrho para que le aconsejasen. Es fácil comprender la impresión causada en los dos maestros de su juventud por el relato de esta terrible historia. Tampoco ellos comprendieron que Agripina se daba por vencida y así lo declaraba. También ellos temieron que provocase el más terrible escándalo ocurrido hasta entónces en Roma, y no sabiendo que consejo dar, ó más bien, no viendo más que un medio de salir de la dificultad, y siendo este en realidad demasiado grave y horrible, se mantenían callados mientras Nerón les pedía que lo salvasen. Por fin Séneca, el filósofo humanitario, se volvió hacia Burrho y le preguntó que sucedería si los pretorianos recibían la orden de matar á Agripina. Burrho comprendió que Séneca, aunque primero en dar el terrible consejo, deseaba sin embargo dejarle la responsabilidad más grave de llevarlo á



Agripina la joven

efecto, pues Burrho en carácter de comandante de la guardia se habría visto obligado á dar la orden. Se apresuró pues á contestar que jamás darían muerte lo spretorianos á la hija de Germánico, y agregó que si en realidad había que deshacerse de Agripina, lo más conveniente era dejar que Aniceto terminase la obra emprendida. Este consejo era el mismo de Séneca, pero hacía recaer sobre su tercero la responsabilidad más grave. Había sin embargo, excogido con mayor acierto á este tercero, pues Aniceto no podía negarse. Si Agripina vivía, él sería quien correría peligro de cargar con toda la culpa de esta terrible



La muertede Agridina

aventura.

Aniceto aceptó. El liberto enviado por Agripina para anunciar su desgracia fué arrestado y en cadenado, para hacer creer que se había descubierto que era portador de armas escondidas destinadas á atentar contra la vida del emperador por orden de su madre. Aniceto se apresuró luego á dirigirse á la villa de Agripina y la rodeó de un destacamento de marineros. Entró en la casa, y acompañado de dos oficiales penetró en su cuarto, en que Agripina, reclinada en un lecho hablaba en ese instante con una sirvienta y le dió muerte. Tácito nos dice que cuando Agripina vió que uno de los oficiales sacaba la espada dijo que castigara al cuerpo que había dado luz á su hijo.

Así murió la última mujer de la casa exaltada algunos grados más arriba de la antigua aristocracia. Los hombres y las mujeres, los jóvenes y los viejos, los villanos y los generosos, los sabios y los insensatos de la familia, todos sin excepción de sus fundadores y de aquellos que como Druso y Germánico, tuvieron la felicidad de morir jóvenes, Roma los privó á todos y hasta á la misma Antonia, ó de su vida, ó de su grandeza ó de su honor y no pocas veces de las tres cosas á la vez. Aquellos que como Tiberio y Agripina defendieron la antigua tradición romana, fueron odiados, calumniados y difamados con poco menor escarniamiento que Calígula y Nerón, que trataron de destruirla. Ninguno de ellos cualesquiera que fuesen sus tendencias ó intenciones, logró ser comprendido por su época ó por la posteridad; fué su destino común ser horriblemente calumniados. El destino de las mujeres fué todavía más trágico que el de los hombres, pues la época les exigía como compensación del gran honor de pertenecer á esta familia privilegiada que poseyesen todas las virtudes más raras y más difíciles.

¿Cuál fué la causa de todo esto? ¿Cómo fueron posibles tantas catástrofes, y como pudo la tradición engañarse tan gravemente? Es casi un crímen que la posteridad haya estudiado virtualmente de Augusto y, con excepción de Livia, la figura femenina más notable de la familia. Murió por su familia, por su casta por Roma, sin ser recompensada siquiera por el respeto de la posteridad, pues en la lucha no sacrificó solamente la vida, sino también el honor y la fama. Eso fué el destino comun de toda la familia, y con excepción de Augusto y Livia, la pareja privilegiada que la fundó, no sabemos si debemos considerarla como la más feliz ó la mas desgraciada del mundo antiguo. Es imposible no sentir una impresión de horror ante la ferocidad vengativa que Roma manifestó hacia esta casa, que, para restablecer la paz en Roma y conservar el imperio, había sido siempre esta inmensa tragedia con la base de las adulteraciones crudas y su-



Joven Roma de la epoca de los Césares

perficiales que nos ha suministrado Tácito. Pocos episodios de la historia suhecho de que el progreso del mundo es gieren más poderosamente á la mente el uno de sus fenómenos más trágicos. Aquel que no haya vivida en un tiempo en que un mundo antiguo desaparece y otro nuevo se abre camino no puede darse cuenta de la tragedia de la vida, pues en esas épocas el mundo antiguo es suficientemente fuerte para resistir á los asaltos del nuevo, y este, aunque vaya creciendo, no es bastante poderoso todavía para aniquilar ese mundo sobre cuyas ruinas solamente logrará prosperar. Los hombres se ven entonces llama-

dos á resolver problemas insolubles y á intentar empresas que son á la vez necesarias é imposibles. En todas partes existe confusión, en la mente interna y en el mundo exterior. El odio separa frecuentemente á los que deberían ayudarse ven obligados á luchar los unos con jeto y la simpatía une á los hombres que se entre si pues tienden á un mismo oblos otros. En aquellas épocas las mujeres sufren generalmente más que los hombres, pues cada cambio que ocurre en su situación parece más peligroso, y es justo que sea así. Pues la mujer es por naturaleza la vestal de nuestra especie, y por esa razón debe ser más conservadora, más circunspecta, y más virtuosa que el hombre.

No hay estado ni civilización que haya dan resultados extraños. El que quiere conservar, á menudo destruye, de modo que la virtud parece vicio, y el vicio parece virtud. Precisamente por eso es más difícil para una mujer que para un hombre que consiga llenar su propia misión, pues está más expuesta al peligro de errar camino y de malograr su función especial y por estar más expuesta á errar en la realización de su destino natural, se verá más probablemente condenada á una vida de desventura.

Esa fué la suerte de la familia de Augusto, y especialmente de sus mujeres. Los extranjeros que visitan á Roma, van á menudo, los domingos por la tarde á escuchar la música excelente que puede oirse en un salón situado en una de las pequeñas calles cerca de la Piazqa del



Restos de la casa de las vestales

entendido en los más altos hechos de la vida que no se haya visto obligada á inculcar en sus mujeres, más bien que en sus hombres, el sentimiento de todas las virtudes de que depende la estabilidad de la familia y de la raza. En cada período, es ésta cuestión de vida ó muerte. Cuando muere un mundo para dar nacimiento á otro, todos los conceptos quedan confundidos y todas las tentativas

Popolo y que se llama el Corea. Este edificio fué construído sobre una antigua ruina de forma circular, que todos pueden ver al entrar. Esta ruina es la entrada de la tumba construída por Augusto en la Via Flaminia para sí y para su familia. Casi todos los personajes cuya historia hemos relatado han sido sepultados en ese mausoleo. Si cualquiera de los lectores que han seguido esta historia,

se halla algún día en Roma escuchando un concierto en el antiguo Corea, que actualmente ha sido rebautizado con el nombre del emperador Augusto, que dedique un recuerdo á aquellas víctimas de tan terribles circunstancias, ocurridas hace tanto tiempo, y recuerde que allí en donde á principios del siglo XX escucha suaves melodías y dulces acordes —allí tan solo, hace veinte siglos, pudieron lo smiembros de la familia de Augusto hallar refugio contra el hado trágico, y después de tanta grandeza, reducidos á polvo y ceniza, descansar por fin en paz.

Restos del puente de Calígula en el palacio de los Césares



SUSPENSIÓN

Pintado por A. Johnston

(Lámina-obsequio del mes de Febrero)

Los escritores — se dice — escriben á menudo sus libros, dejando para después de concluídos la determinación de sus títulos. Por analogía, puede presumirse que los artistas adoptan el mismo sistema pintando primeramente sus cuadros, para darles luego el nombre más apropiado que encuentren. Con este procedimiento la obra no es el producto de una inspiración preconcebida sino el resultado de una idea posteriormente asociada, que, mediante el nombre, adquiere una espiritualidad definida. La suspensión es un estado de ánimo que presenta muchas dificultades para ser expresado inequívocamente en un cuadro. Si la expresión debe ser manifestada por una sola persona, como ocurre en el cuadro del señor Johnston, la interpretación del espectador resulta muy variada, aunque pocas veces acierta con lo que el artista ha intentado hacer. Puede provenir la suspensión de una alegría anticipada ó de una pena que se espera, y en cada caso la expresión difiere, y es asunto de suma dificultad el de determinar, sin una clave, qué circunstancias son las que han producido ese estado de ánimo. En la presente lámina aparece en el rostro un cierto grado de ansiedad, de ansiedad suave, no de aquella que estremece cruelmente el alma, como cuando somos testigos de una escena terrible en que la vida ó la muerte dependen de una leve inclinación de la balanza. La ''Suspensión'' no proviene de un placer anticipado, pues una sombra de inquietud nubla la serenidad del rostro. Sin discutir si el cuadro ha recibido ó no el título más apropiado, puede afirmarse que Johnston ha producido un meritorio retrato, cuyos rasgos acabados bien á las claras ponen de manifiesto una profunda y tierna solicitud en la ejecución

Alejandro Johnston nació en Edimburgo, Escocia, en 1816, y exhibió por primera vez sus cuadros en la Real Academia, en 1836. Sus primerass obras se inspiraron en escenas escocesas, pero luego produjo composiciones históricas. Casi todas ellas han sido reproducidas, incluso el famoso cuadro ''Melancthon sorprendida por un Peregrino Francés'', que pintó en 1854, y ''Tyndal traduciendo la Biblia'' pintado en 1855.

LA LOBA BLANCA DE KOSTOPCHIN

POR GILBERT CAMPBELL

Encuéntrase en Lituania, en la Polonia rusa, una vasta llanura sin atractivo alguno, y en medio de sus campos cultivados, una gran casa blanca, y más allá, en lontananza, las colinas arenosas y pinares propios de la región.

Esta propiedad, conocida con el nombre de Kostopchin, pertenecía á Pablo Sergyevitch, caballero rico, hombre el más descontento de toda la Polonia rusa. A semejanza de la mayor parte de los moscovitas ricos, había viajado mucho, derrochando en orgías por todas las capitales de Europa el oro amasado por el sudor de sus siervos. La persona de Pablo era bien conocida en los salones de las *demi mondaines*, y en las casas de juego. Todo hacía creer que no pensaba en el porvenir y que sólo aspiraba á no ver nunca interrumpida su vida licenciosa. Sus riquezas, á pesar de ser lo inmensas que eran, iban desapareciendo todas y continuamente daba órdenes á su intendente para que le remitiese nuevas sumas de dinero. No hubiera podido su fortuna resistir por mucho tiempo los duros embates que él le daba; pero un inesperado suceso le detuvo en su carrera: había tenido un desafío con un joven de grandes esperanzas, hijo del primer ministro de la región en que entonces residía, y por suerte ó desgracia le dió muerte. Llevóse el asunto al Zar, y éste llamó á Pablo Sergyevitch, y, después de echarle una severa reprimenda, le ordenó fuese desterrado á sus estados de Lituania. Sumamente contrariado, pero sin atreverse á desobedecer las órdenes del Zar, se sepultó como quien dice en Kostopchin, paraje que no había visitado desde su infancia. Al principio procuró distraerse atendiendo al cultivo de sus vastos dominios; pero la agricultura no ofrecía para él ningún encanto, y lo único que sacó fué reñir con su intendente alemán y despedirlo, sustituyéndolo luego por un antiguo siervo, Miguel Vassilitch, que había sido ayuda de cámara de su padre. Después empezó á recorrer el país, escopeta en mano, y al volver á casa se sentaba á beber cognac, muy pensativo, y á fumar innumerables cigarrillos, maldiciendo á su dueño y señor, el Emperador, por haberle reducido á tan maldito prosaísmo y aburrimiento. Hizo esta vida sin objetivo ni fin alguno, durante dos años, y por fin, y apenas sin saber por qué, contrajo matrimonio con la hija de un rico propietario vecino. El matrimonio no fué feliz; la joven jamás se había sentido inclinada hacia Pablo, pero se había casado por obedecer los mandatos de su padre, y Sergyevitch, cuyo temperamento fué siempre brutal y violento, trató á su esposa, al principio con cierta indiferencia, y luego con salvaje crueldad. La infeliz falleció á los tres años y dejó dos hijos: un niño y una niña, Alejo y Catalina. Pablo vió la muerte de su esposa con indiferencia; pero no se volvió á casar; amó con entrañable cariño á la pequeña Catalina, y de Alejo no tuvo jamás el menor cuidado. Al poco tiempo volvió á correr el país escopeta en mano y acompañado por sus perros. Ya habían pasado cinco años desde la muerte de su esposa. Alejo era un hermoso y robusto niño de siete años y su hermana Catalina tenía diez y ocho meses menos. Pablo estaba encendiendo un cigarro á la puerta de su casa, cuando llegó la niña corriendo hacia él.

—Papá — dijo, — eres muy malo; ¿porqué no me has traído todavía aquellas lindas ardillas grises que me prometiste? ¿no decías que me las traerías la primera vez que fueses al bosque?

—Pues no te las he traído, por que no las he podido encontrar, tesoro mío — respondió el padre levantándola en alto y comiéndosela á besos. — Porque no las he encontrado todavía, mi reina de oro; pero yo iré en busca de Ivanovitch, el cazador de vedado, en el bosque, y él me enseñará dónde están, y lo que él no me diga, no me lo dirá nadie.

—¡Ah! padrecito — interumpió el anciano Miguel, usando el tratamiento con que los rusos de posición humilde hablan á los de más elevada alcurnia; —¡ah! padrecito, ten cuidado, vas demasiado á esos bosques.

—¿Crees que tengo miedo de Ivanovitch? — replicó el señor con una carcajada grosera. — Bah, él y yo somos los

mejores amigos, y de todos modos, aunque él meroba, lo hace á las claras, y mantiene á los otros cazadores furtivos lejos de mis bosques.

—No es á Ivanovitch á quien me refiero — contestó el anciano, — cuando yo cruzaba el tremedal desde la cabaña del pastor Kosma (el cual, señor, sabes ha sido picado por una víbora y está gravemente enfermo), pues cuando cruzaba anoche el tremedal, repito, ví algo semejante á centellas de fuego entre los grupos de alisos que están á mano derecha. Con curiosidad de saber qué pudiese ser aquello, me acerqué un poco más, encomendando mi alma á la protección de San Vladimiro. No había dado ni dos pasos cuando llegó á mí un aullido salvaje que me heló hasta la médula de los huesos, y luego me acometieron unos diez ó doce lobos, tan flacos y hambrientos como se les vé en invierno, señor. A su frente iba una loba blanca tan grande como cualquiera de los machos, con colmillos relucientes y unos ojos amarillos que despedían fuego horrible y espeluznante. Yo tenía al cuello un crucifijo que me dió el cura de Streletza; lo conocieron las bestias y huyeron cruzando el tremedal, levantando lodo y agua en su carrera; más la loba blanca padrecito, dió tres vueltas á mi alrededor como para encontrar algún sitio donde poder atacarme. Dió tres vueltas y luego con un chasquido de sus labios y rugido de impotente malicia corrió como unas cincuenta yardas, y entonces se sentó, observando todos mis movimientos con sus feroces ojos. No me detuve más en tan peligroso paraje, como te lo puedes imaginar, Gospodin, sino que me vine apresuradamente á casa, haciendo á cada paso la señal de la cruz; y tan cierto como estoy vivo, que aquel demonio blanco me siguió todo el tiempo á distancia de cincuenta pasos, y de cuando en cuando, hacía un ruido con la boca que me ponía la carne de gallina. Cuando pasé el último cercado antes de llegar á la casa grité llamando á los perros, y pronto oí el fuerte ladrido de Trosca y Brauskoe que venían saltando hacia mí. La loba blanca lo oyó también y dando un gran salto aulló fuertemente como contrariada y se volvió muy tranquila hacia el tremedal.

—Raro en verdad — murmuró Pablo pensativo, — si es que todo eso es verdad, y no obra del *vodki*...

—Señor — replicó el anciano con acento de reproche, — desde joven te serví y serví á tu padre durante cincuenta años, y nadie dirá jamás que vió á Miguel Vassilitch borracho.

—Nadie duda de que eres un taimado ladrón, Miguel — replicó el amo con su risa vibrante y áspera; — pero de todas maneras, esas historias de haber sido seguido por los lobos, no me impedirán ir hoy al bosque.

No se veían señales del cazador furtivo, y cansado de buscarle, hizo resonar los bosques con su nombre. El gran perro Trosca, que había seguido á su amo, le miraba al rostro ávidamente y á una segunda repetición del nombre de Ivanovitch, dejó escapar un aullido lastimero y después, volviendo la cabeza á Pablo, como invitándole á seguirle, avanzó poco á poco adelante, hacia un lugar más espeso del bosque. Abriéndose paso encontróse Pablo de repente en un espacio abierto de unas diez ó veinte yardas de diámetro. A un extremo de él había una cenagosa laguna en cuyas aguas valizábanse cuando Pablo y su perro aparias serpientes de extraño aspecto desrecieron al raso. Casi en el centro había una rota cruz de piedra y junto á su base yacía un montón obscuro, cerca del cual se paró Trosca y levantando de nuevo su cabeza, dió un aullido melancólico. Durante un minuto ó dos Pablo contempló dudosamente el informe montón que yacía bajo la cruz, y después, reuniendo todo su valor, adelantóse y se inclinó ansiosamente sobre él. Una mirada le bastó para reconocer el cuerpo del cazador furtivo Ivanovitch horriblemente mutilado. Dando un grito de sorpresa se arrojó sobre él y se estremeció al ver las terribles heridas que tenía. El desgraciado había sido evidentemente atacado por algún animal salvaje, porque en el cuello mostraba marcas de dientes y tenía la vena yugular casi destrozada. El pecho del cadáver había sido abierto evidentemente por largas garras y ademas había un agujero muy espacioso en el lado izquierdo alrededor del cual la sangre había formado un parche de coágulos. Los únicos animales que se encuentran en los bosques de Rusia capaces de causar tales heridas son el oso ó el lobo, y saber qué clase de estos animales le había atacado era muy fácil

Casamiento Ackerley Forni



Niñas de Roca

FOTOGRAFÍA C. MERLINO
Libertad 1219

mirando á la tierra húmeda, la cual mostraba las huellas del lobo enteramente diversas de los rastros plantígrados del oso.

—Brutos salvajes — murmuró Pablo. —Después de todo, acaso las historias de Miguel sean verdaderas y el viejo idiota habrá dicho verdad una vez en su vida. Pero ¡bah! esto no es de mi incumbencia; si alguno quiere merodear en mis bosques para matar la caza, en lugar de permanecer en su cabaña, encontrará su merecido. Lo extraño es que las fieras no lo hayan devorado á pesar de haberlo mutilado tan horriblemente.

Al dejar la floresta y llegar á la llanura, un apagado aullido pareció sonar entre las tinieblas; pero los nervios de Pablo estaban tan excitados que no supo si esto era realidad ó solamente creación de su imaginación calenturienta. Al cruzar el prado abandonado que se extendía frente de la casa, el viejo Miguel le salió precipitadamente al encuentro con muestras de convulsivo terror en el rostro.

—¡Oh, señor, señor! ¿No es terrible?

—¿No ha acontecido nada á mi Catalina? — preguntó el padre sintiendo que un repentino malestar le atravesaba el corazón.

—No, no, la señorita está sana y salva, gracias á la bienaventurada Vírgen y á San Anselmo de Nevskoi — replicó Miguel; — pero ¡oh! señor! la pobre Marta, la hija del pastor...

—Bueno; ¿qué le ha pasado á esa puerca? — preguntó Pablo, porque ya su repentino y momentáneo temor por su hija había terminado y le importaba muy poco lo que pudiese acontecer á la hija de un siervo.

—Ya te dije que Kosma se estaba muriendo — respondió Miguel. — Pues bien, Marta fué á través del tremedal esta tarde para llamar al párroco, pero ¡ay! ella no ha vuelto.

—Pues ¿quién la detuvo? — preguntó el dueño.

—Uno de los vecinos que iba á ver cómo se encontraba Kosma, encontró al pobre anciano muerto; su rostro estaba horriblemente contraído, con la mitad en el lecho y la mitad afuera, como si hubiese querido llegar á la puerta. El vecino corrió á la villa para dar la señal de alarma, y cuando varios hombres se dirigían á la cabaña del pastor, encontraron el cuerpo de Marta en una espesura cerca de los grupos de alisos del tremedal.

—¿Su cuerpo? ¿luego estaba muerta? —preguntó Pablo.

—Muerta, mi señor, muerta por los lobos — respondió el anciano. — Y ¡oh señor! esto es demasiado terrible, su pecho estaba terriblemente lacerado y su corazón había sido extraído y devorado porque no se ha podido encontrarle en parte alguna.

Pablo se estremeció, porque la terrible mutilación del cuerpo del cazador furtivo Ivanovitch le vino á la memoria.

Tres veces en el transcurso de una semana ocurrió la misma sangrienta tragedia: una niña, un robusto labrador, y una anciana, todos fueron encontrados con las mismas señales de mutilación, y en todas estas ocasiones el mismo mechón de pelo blanco se encontró cerca de los cadáveres. Sobrevino un pánico horroroso y excitados los siervos, rodearon la casa de Kostopchin pidiendo á su dueño Pablo Sergyevitch que les salvase de aquel maligno espíritu que había sido soltado sobre ellos, proponiendo cada cual varios remedios, los cuales querían que se pusieran inmediatamente en práctica.

Pablo sentía una extraña aversión á adoptar cualquier medida activa. Cierto sentimiento, del cual no se podía dar cuenta, le inclinaba á permanecer inactivo; pero los siervos rusos, cuando sufren un acceso de terror supersticioso, muy peligrosos de tratar; por lo cual, aunque con gran repugnancia, Pablo Sergyevitch dió las instrucciones necesarias para buscar al monstruo por todo su estado, y para que se diese una batida general en los pinares.

La partida de ojeadores mandada por Miguel, se hallaba presta á los primeros rayos del naciente sol, formando una tropa rara y casi grotesca, armada con mohosos y antiguos fusiles, pesados garrotes y hoces atadas al extremo de largas pértigas. Pablo, con su escopeta de dos cañones al hombro y un afilado cuchillo de caza á la cintura, se puso á la cabeza de los siervos acompañado de los dos grandes perros, Troska y Branskoe. Cada rincón y escondrijo de los setos fué examinado y todos los grupos de arbustos fueron revisados pero sin resultado; por último, se formó

un largo círculo alrededor de una gran porción del bosque y con fuertes gritos, sonido de cuernos y golpear de utensilios de cobre, la multitud de los ansiosos siervos cruzó el bosque en varias direcciones.

El círculo se iba estrechando cada vez más cuando de repente resonó entre los pinos un grito salvaje y un rumor confuso. Todos se precipitaron al sitio de donde salía, y descubrieron á un joven que se estaba revolcando en su propia sangre terriblemente mutilado, aunque aún le duraba la vida. Unas pocas gotas de vodki derramadas en su boca le hicieron poder hablar y dijo que la loba blanca había saltado de repente sobre él y arrojándolo á tierra había comenzado á desgarrar la carne sobre su corazón. Hubiese sido inevitablemente muerto si el animal no le hubiese abandonado, alarmado por la aproximación de los monteros.

—La fiera se ha escondido dentro de esta espesura — dijo el joven y cayó de nuevo en un estado de insensibilidad.

Las palabras del herido corrieron prontamente de unos á otros y al punto se hicieron diferentes proposiciones.

—Peguemos fuego á la espesura — exclamó uno.

—Hagamos unos disparos contra ella —sugirió otro.

—Entremos denodadamente y quitemos á patadas la vida á ese monstruo —añadió un tercero.

La primera proposición fué aprobada y cien activas manos reunieron en un momento palos y hojas secas, y bien pronto se encendió el fuego. Precisamente cuando iba á empezar á arder, salió de la espesura una voz blanda y dulce.

—No peguéis fuego á la floresta, mis queridos amigos, dadme tiempo para salir. ¿No es bastante que esa horrible criatura me haya dado un susto mortal?

Todos retrocedieron espantados, y Pablo sintió en el pecho una extraña y repentina emoción al oir acentos tan dulces y musicales.

Oyóse un ligero roce entre los arbustos y de pronto apareció una visión que llenó las almas de los que la contemplaban de grandísima sorpresa. Al separarse los arbustos, una hermosa mujer envuelta en un manto de blanca lana con una gorra de viaje de terciopelo verde puesta fantásticamente sobre la cabeza apareció ante ellos. Era excesivamente bella, y sus largos cabellos caían despeinados sobre sus hombros.

—Buenas gentes — dijo con cierto aire de superioridad aristocrática en su voz, — ¿está aquí vuestro amo?

Como movido por un resorte, Pablo se adelantó y se descubrió mecánicamente.

—Yo soy Pablo Sergyevitch, y estos topchin. Una temerosa loba viene cometiendo horribles devastaciones en mi gente, y hemos procurado darle caza. Un muchacho, al cual acaba de herir, dice que huyó á esa espesura de la cual usted acaba de salir con gran sorpresa nuestra.

—Ya lo sé — respondió la señora fijando su clara y acerada mirada sobre el rostro de Pablo. — Ese terrible monstruo pasó huyendo cerca de mí y se escondió en una ancha caverna de la tierra, en el mismo centro de la espesura; era una gran loba y yo tuve gran temor de que me devorase.

—¡Eh, siervos! tomad la azada y el zapapico, y á limpiar toda la espesura porque ya la tenemos en nuestras manos. Señora, yo no sé qué casualidad la ha conducido á usted á esta salvaje soledad, pero la hospitalidad de Kostopchin está á vuestra disposición, y con vuestro permiso os conduciré allí tan pronto como haya exterminado esta plaga del país.

Entre tanto los siervos, aguijoneados por el temor, trabajaron con las azadas y zapapicos vigorosamente. Muy pronto alargaron la cavidad, pero al llegar á la profundidad de unos ocho pies, vieron que terminaba en una pequeña madriguera la cual no era bastante para ocultar un conejo, cuando menos una bestia del tamaño de la loba.
ron la señal de la cruz y huyeron á escape ridiculamente. La misteriosa desapraición del monstruo que había acometido atrocidades tan horrendas había helado los corazones de los ignorantes campesinos; y desoyendo los gritos de su dueño, abandonaron la floresta que parecía ya envolverse en las tinieblas de alguna calamidad próxima.

—Perdone la ignorancia le estos patanes — dijo Pablo cuando se vió á solas con la desconocida señora, — y permítame que la escolte hasta mi pobre casa,



Con útiles de oro, plata y marfil

Surtido el más grande en Sud América

Importación Directa **Precios Módicos**

Remitimos catálogos á vuelta de Correo

BARLOW & Co.

484 - Florida - 488

porque utsed debe tener necesidad de descanso, de refrigerio, y...

—¿Y usted — interrumpió la dama con la misma apagada sonrisa; — y que usted está muerto de curiosidad por saber cómo he salido tan de repente de la espesura de vuestro bosque? Usted dice que es el señor de Kostopchin. Entonces ustel es Pablo Sergyevitch, y seguramente sabrá usted como acostumbra el Emperador de las Rusias á tratar á sus súbditos.

—Luego usted me conoce — exclamó Pablo con sorpresa.

—Sí, he vivido en países extranjeros como usted y he oído frecuentemente su nombre.

—¡Ah! — exclamó Pablo roncamente; — evidentemente usted me conoce, pero, ¿quién demonios es usted?

—Sencilamente, una mujer que vivió en sociedad y leyó los periódicos y que ahora es una fugitiva perseguida.

—¿Una fugitiva? — replicó Pablo calurosamente — ¿Quién se atreve á perseguirle á usted?

La dama se acercó un poco más á él y murmuró á su oído:

—La policía.

—¿La policía? — repitió Pablo dando uno ó dos pasos hacia atrás.

—Sí, Pablo Sergyevitch — replicó la señora, — y ahora, Pablo Sergyevitch, dígame si se atreve á esconder una fugitiva proscrita como yo.

—Señora — replicó Pablo mirando con ansiedad el hermoso rostro de la dama que brillaba por la excitación producida por el relato, — Kostopchin siempre está abierto á la desgracia y á la hermosura — añadió con una inclinación de cabeza.

—¡Ah! — exclamó la señora con una carcajada en la cual había algo de siniestro.—Yo espero que la desgracia llamará por mucho tiempo á su puerta si va acompañada por la belleza. Sin embargo yo se lo agradezco y acepto su hospitalidad; pero si le sucede algo malo acuérdese de que no soy yo la culpable.

Y colocando su mano sobre el brazo de Pablo, se dirigieron mecánicamente hacia la gran casa blanca, en medio de la llanura. Los pocos criados que había en ella no mostraron sorpresa alguna ante la aparición de la señora porque algunos de los siervos que habían vuelto habían narrado ya la repentina aparición de la misteriosa desconocida; además no estaban acostumbrados á inquirir los actos de su arbitrario señor.

—Si tiene alguna mujer en su casa haga que me enseñe mi habitación porque estoy medio muerta de sueño — dijo ella.

Pablo tiró del cordón de la campanilla y la desconocida se levantó de su asiento y, diciendo buenas noches, se dirigió á la puerta, al mismo tiempo que el anciano Miguel aparecía repentinamente en el umbral. El anciano administrador dió unos cuantos pasos atrás, como para evitar un tremendo golpe, y acto continuo echó su mano al crucifijo que llevaba suspendido del cuello y con cuya protección esperaba defenderse del poder de las tinieblas.

—¡Vírgen bienaventurada! — exclamó; — Sagrado San Ladislao, protegedme! ¿dónde la he visto yo antes?

La señora no pareció notar el terror del anciano y pasó pronto al corredor.

Entonces el anciano se acercó temerosamente á su dueño, el cual estaba bebiendo un vaso de coñac sentado en un sillón junto á la chimenea á la cual miraba meditabundo.

— Señor — dijo Miguel atreviéndose á tocarle en el hombro. — ¿Es esa la señora que has encontrado en el bosque?

— Sí — respondió Pablo sonriendo; — no es verdad que es muy hermosa?

— ¡Hermosa! — respondió Miguel santiguándose. — Sí que es hermosa, pero con la hermosura del demonio. ¿Dónde la he visto yo antes? ¿Dónde he visto yo esos brillantes dientes y esa fría mirada? No se parece á nadie de por aquí y sin embargo yo jamás me he separado de Kotospchin. Estoy completamente atolondrado. ¡Ah! ¡ya lo tengo! el pastor que murió, nótalo bien, Gospodin, ten cuidado. Te digo que esa señora desconocida es la misma imagen de la loba blanca.

— ¡Necio! — murmuró el dueño ásperamente; — haz que yo oiga otra vez tal tontería y te desollaré vivo.

Hasta muy altas horas de la noche estuvo Pablo pensando en los sucesos de aquel día.

Después de un rato quedó dormido profundamente en el sillón. Despertóse por un ligero golpecito que le dieron en el hombro, y levantándose vió junto á él á la desconocida del bosque.

— En verdad que es usted muy amable — dijo con su acostumbrada burlona sonrisa. — Sabía usted sin duda que no me encontraría á gusto en sus dominios y se ha levantado muy temprano para disponer los caballos; ¿ó es que ha estado aquí fumando tanto cigarro y vaciando esa botella de coñac? Pablo Sergyevitch, usted no se ha acostado en toda la noche.

Oyéronse por el pasillo algunos pasos, abrióse luego la puerta violentamente y con un grito de alegría entró Catalina en la habitación, seguida de su hermano Alejo que caminaba más despacio.

— ¿Estos son sus hijos? — preguntó Ravina, al ver que Pablo tomaba á la niña y la colocaba cariñosamente sobre sus rodillas, mientras que el niño quedaba á poca distancia de la puerta contemplando admirado á la desconocida señora, de cuya aparición no se podía dar cuenta. — Ven aquí, pequeño — dijo ella, — supongo que eres el heredero de Kostopchin aunque no te pareces mucho al padre.

— Más se parece á su madre — replicó Pablo con desprecio. — Cómo has pasado la noche, mi querida Catalina?— añadió dirigiénodse á su hija.

— Perfectamente — respondió ella; pero ¿dónde está la hermosa piel de loba que me prometiste?

— Tu papá no la encontró — respondió Ravina con una sonrisa; — la loba blanca no es tan fácil de cazar como él imaginaba.

Alejo había avanzado algunos pasos hacia la señora, y estaba escuchándola con gran atención.

— ¿Es muy difícil matar á los lobos? —preguntó.

— Así parece, niño mío — repuso la señora, — puesto que tu padre y todos los vasallos de Kostopchin no han podido hacerlo.

— Pues yo tengo una pistola que me ha dado el buen viejo Miguel, el cual me ha enseñado á dispararla y estoy seguro de que mataría á la loba si la viese — dijo valientemente Alejo.

— ¡Bravo, muchacho! — replicó Ravina, con una de sus sonrisas; — ahora bien, ¿no querrás venir á sentarte en mi regazo? porqué á mi me gustan mucho los niños...

— No, no te quiero — respondió Alejo después de un momento de perplejidad, — porque, dice Miguel...

—¡Vete de aquí, insolente rapaz! — interrumpió su padre con voz de trueno. — Gastas mucho tiempo con Miguel y los demás siervos, y bien se te conoce que te estás volviendo tan patán como ellos.

Dos pequeñas lágrimas corrieron por las mejillas del niño, el cual obedeciendo las órdenes de su padre dió media vuelta y abandonó la habitación mientras que Ravina le seguía con una rara mirada de disgusto. Sin embargo, tan pronto como se hubo cerrado la puerta tras él, la hermosa dama se dirigió á Catalina.

— Bueno, quizás no serás tú tan grosera como tu hermano. Ven conmigo — dijo al mismo tiempo que le tendía los brazos.

La niña se arrojó en ellos sin titubear, y comenzó á acariciar las sedosas trenzas que caían alrededor del cuello de Ravina.

—¡Hermosa, hermosa! — murmuró ella, — ¡hermosa señora!

— Ya ves, Pablo Sergyevitch, como tu hijita me ha cobrado enseguida cariño.

— Se parece á su padre, que siempre se ha distinguido por su buen gusto — replicó Pablo inclinando la cabeza; — pero ten cuidado, señora, porque la chiquita te va á romper el collar.

Y, de hecho, la niña había desabrochado aquel adorno brillante y lo contemplaba con júbilo.

— Es una curiosa joya — dijo Pablo llegándose á la muchacha y tomándole de las manos el collar.

Este, en efecto, estaba adornada con extraño gusto; parecía hecho con pedacitos aguzados de cuerno engarzados en oro y pendientes de una culebra del mismo precioso metal.

— ¡Oh! esto son garras — continuó él mirándolo con más atención.

— Sí, garras de lobo — respondió Ravina tomando su collar y volviéndoselo á poner en el cuello. — es un recuerdo de familia que siempre he llevado puesto.

Al principio parecía que Catalina iba á gritar al ver que le quitaban su juguete, pero con las caricias y cariños de Ravina pronto se sosegó.

— Mi hija te ha cobrado un gran cariño — dijo Pablo sonriendo agradable-

mente. — Has tomado posesión de su corazón.

— Todavía no — respondió la señora con extraña sonrisa, — aunque puede ser que después lo haga — y al decir esto apretó á la niña contra su pecho y miró á Pablo de tal manera que le hizo experimentar una sensación completamente nueva para éi.

Pablo y Ravina permanecieron silenciosos por algunos cuantos instantes, y después rompió ella el silencio, diciendo:

— Lo que me resta ahora, Pablo Sergyevitch, es abusar de tu hospitalidad pedirte que me prestes algún disfraz y me ayudes para poder llegar al pueblo más próximo que creo que es Vitroski.

— ¿Y por qué te quieres marchar? — preguntó Pablo al mismo tiempo que un vivo carmín le asomaba al rostro.

— ¿Que por qué me quiero marchar? — respondió Ravina poniéndose en pie y mirando con sorpresa á su interlocutor. — ¿Puedes preguntarme tal cosa? ¿Cómo es posible que me quede aquí?

—Sé mi esposa Ravina — dijo él,— sé mi esposa, estás aquí suficientemente segura de toda persecución y si no te conviniera permanecer, yo convertiría mis grandes estados en una inmensa suma de dinero y huiríamos á otras tierras donde no tuvieras nada que temer de la policía rusa.

— Escucha: seriamente y bajo determinadas condiciones consentiré en ser tu esposa.

— Concedidas — interrumpió Pablo ávidamente.

— No prometas sin saber el qué — respondió ella; — sino escucha. Por ahora no siento nada por tí; por otra parte, tampoco siento repugnancia alguna. Yo permaneceré aquí durante un mes en unos departamentos que mandarás preparar para mí. Todas las noches te visitaré; y mi última determinación dependerá de si sabes hacérteme agradable.

—Pero, supongamos que tu decisión sea desfavorable — preguntó Pablo.

— Pues entonces — respondió Ravina con una sonora carcajada, — me marcharé, como tú dices, llevándome tu corazón.

— Muy duras condiciones son esas — repitió Pablo. — ¿Por qué no acortar el tiempo de la prueba?

— Mis condiciones son inalterables— respondió Ravina dando un golpe en el suelo. — ¿Te conviene ó no?

— No tengo otro remedio — respondió él tristemente; — pero acuérdate de que diariamente te he de ver.

— Por dos horas — dijo ella,— de manera que ya puedes procurar hacérteme lo más agradable que puedas en ese tiempo; y ahora si das las órdenes para que me arreglen las habitaciones, me acomadaré en ellas sin pérdida de tiempo.

Pablo la obedeció y en el corto espacio de dos horas se le arreglaron tres lujosas habitaciones en una parte retirada de la casa.

El despertar de la loba

Los días transcurrían pesada y lentamente, sin que Ravina diese muestras tiempo, vagaba por la casa de campo y de ablandarse. Pablo, para entretener el por la villa, cuyos habitantes se habían recobrado ya del antiguo pánico porque la blanca loba no había aparecido más para repetir sus crueles ataques contra los campesinos que venían rezagados del campo. Las sombras de la tarde habían ya caído cuando cierto día volvía Pablo de su acostumbrado paseo, regocijado con la idea de que la hora de la visita de Ravina estaba cerca; de pronto sintió que le daban un ligero golpe en el hombro y volviéndose vió junto á sí al anciano Miguel. El rostro del administrador aparecía sumamente lívido, sus ojos brillaban con el brillo del espanto y sus dedos se cerraban y abrían convulsivamente.

— Señor — exclamó con entrecortado acento; — ¡Oh, señor! escúchame, porque tengo terribles noticias que con-

— ¿Qué pasa? — preguntó Pablo más impresionado de lo que él hubiese querido manifestar, por el terror del anciano.

— KLa loba blanca, la loba! Yo la he visto otra vez — murmuró Miguel.

— Tú estás soñando — replicó su dueño enfadado. — Te la has metido en la imaginación y un carnero blanco ó cualquiera de los perros te habrá parecido que era ella.

— No estoy engañado — respondió el anciano firmemente, — y, ¡oh, señor! no vayas á casa, porque está allí.

— ¿Ella? ¿Quien? ¿Qué quieres decir? — replicó Pablo.

—La loba blanca, la loba! Yo la trar. Tú sabes que las habitaciones de esa señora extranjera están en el piso bajo en el lado occidental de la casa. Yo vi al monstruo que venía trotando por el campo y como si conociese perfectamente bien el camino, llegó á la ventana central del salón de recepción; la ventana cedió al empuje de la pata delantera el monstruo saltó dentro. ¡Oh, señor! no penetres, yo te digo que no hará ningún daño á la señora desconocida. ¡Ah! permíteme...

Pero Pablo apartó fuertemente el brazo del anciano que le retenía y tomando un hacha se precipitó dentro de la casa llamando á todos los criados para que le siguiesen á las habitaciones de la desconocida. Echó mano al picaporte, pero la puerta estaba sujeta fuertemente; lleno de terror, golpeó las hojas con el hacha. Durante unos segundos no se oyó más que el golpe del hacha y el volar de la puerta hecha astillas; pero pronto oyóse la clara voz de Ravina que preguntaba la causa de tan violento proceder.

— ¡La loba, la blanca loba! — gritaron unas cuantas voces.

— Estaos quietos que yo abriré la puerta — respondió la hermosa señora. — Debéis estar locos porqué aquí no está la loba.

Abrióse la puerta de par en par y la multitud de los criados se precipitó dentro registrando todos los escondrijos y rincones, pero sin encontrar señal alguna de la loba; Pablo y sus criados, medio avergonzados, estaban para marcharse cuando la voz de Ravina los detuvo diciendo:

— Pablo Sergyevitch, explícame el

por qué de esta intrusión en mis habitaciones privadas.

Aparecía hermosísima con el brazo derecho extendido y agitado violentamente el pecho, lo cual era sin duda causado por su ira al ver tan inesperada invasión.

Pablo le repitió brevemente lo que había oído del siervo; Ravina se burló de él extraordinariamente.

— Es decir — gritó fieramente, — ¿conque no es más que á las habladurías de este necio á quien debo agradecer tal invasión? Pablo, si tienes esperanzas de poseerme algún día, prohibe á ese hombre el entrar de nuevo en casa.

Pablo hubiese sacrificado todos sus siervos á una señal de la bella; despojóle, pues, del oficio de administrador y lo recluyó á una habitación de la villa con orden de que nunca volviese á pisar la casa.

Al cabo de tres días de destierro, el anciano Miguel no pudo ya soportar su inquietud acerca de la seguridad de Alejo y de Catalina; dejando pues aparte sus supersticiosos temores, comenzó á vagar durante la noche por el exterior de la gran casa blanca, y á mirar curiosamente por las ventanas que, tal vez, habían quedado entreabiertas. Al principio temía continuamente á la terrible loba blanca; pero su amor hacia los niños y la confianza que tenía en su crucifijo hicieron que continuase los nocturnos paseos por Kostopchin y sus alrededores. Frecuentaba más la parte occidental de la casa, pues tenía cierto pre-

sentimiento, del cual no se podía dar cuenta, de que allí había de suceder algo. Una tarde, bastante anochecido, estaba haciendo su acostumbrada visita de inspección, cuando el quejido de un niño llegó á sus oídos. Inclinó la cabeza escuchando intensísamente y oyó de nuevo la voz de su pequeña y querida Catalina; apresurándose hacia las ventanas del piso bajo, de las cuales salía un débil rayo de luz, aplicó su rostro á los cristales y miró al interior. Presentóle un horrible espectáculo. A la tenue luz de la lámpara, vió á Catalina extendida en el suelo, y sin gemir ya, porque tenía un pañuelo metido en su boquita. Sobre ella se inclinaba una forma horrible, cubierta, al parecer, de una blanca vestidura. Catalina yacía perfectamente inmóvil y las manos de aquella figura removían apresuradamente las ropas de su pecho. Pronto quedó éste al descubierto; brilló después una acerada hoja y la cabeza de la figura se inclinó sobre el pecho de la niña.

Con un grito de terror, el anciano se precipitó por la ventana y empuñando el crucifijo avanzó osadamente al interior de la habitación. Púsose en pie aquella figura y el vestido de piel blanca que cayó de su cabeza permitió ver las facciones de Ravina; blandía un corto y ancho cuchillo en la mano, y los labios aparecían tintos en sangre.

— ¡Vil hechicera! — gritó Miguel adelantándose y tomando á la niña en sus brazos. — ¿Qué obra infernal estás haciendo?

Ravina miró con fieros ojos al anciano, que se había interpuesto entre ella y la presa. Levantó la daga y estaba para saltar sobre él cuando al divisar la cruz que tenía en su brazo extendido lanzando un agudo grito arrojó el cuchillo y retrocedió unos cuantos pasos.

— No he podido remediarlo; yo quería mucho á la niña, pero tenía mucha hambre — murmuró.

Miguel hizo muy poco caso de sus palabras, muy ocupado en examinar á la desmayada niña, cuya cabeza se recostaba flojamente sobre sus hombros. Tenía una herida en el lado izquierdo del pecho de la cual manaba sangre, pero parecía ser ligera. Tan pronto como quedó satisfecho de su examen, volvióse á la mujer que daba muestras de gran terror ante la cruz, lo mismo que las fieras tiemblan ante el látigo del domador.

— Yo me voy á llevar la niña — díjola él muy despacio; — atrévete á decir una palabra de lo que yo hago ó donde me la llevo y entonces sublevaré á toda la villa. ¿Y sabes lo que pasará? Pues bien: todos los campesinos del lugar vendrán con hachas encendidas para prender fuego á esta maldita casa y á

sus endemoniados habitadores. Guarda silencio y yo dejaré que prosigas tu maldita obra. No haré nada por salvar á Pablo Sergyevitch, el cual se ha entregado asimismo al poder de las tinieblas, dando albergue á un demonio en su pecho.

A la mañana siguiente los habitantes de Kotospchin se hallaban aterrorizados y sorprendidos, pues Catalina, el ídolo del corazón de su padre, había desaparecido y no se descubría señal alguna de ella. Hízose todo lo posible por encontrarla, bosques y campos fueron explorados con cuidado; por fin, hubieron de juzgar que algunos ladrones la habrían robado con el fin de obtener un buen rescate de su padre.

Pablo Sergyevitch no mostró tanta ansiedad como se podría haber esperado del amor que siempre había tenido á Catalina; pues su alma toda estaba absorbida por la pasión que aquella desconocida mujer le había inspirado.

El día siguiente, con el cual había cesado también la busca de la niña, entró Ravina en la habitación donde ella sabía que la aguardaba Pablo. Llegó una hora antes de lo acostumbrado y el señor de Kostopchin púsose de pie sorprendido.

Te admira el verme — dijo ella, — pero sólo he venido á hacerte una visita de pocos minutos. Ya estoy convencida de que me amas, y sólo quisiera librar mi corazón de algunas dificultades que se me ofrecen para poder ser tuya.

— Dime qué escrúpulos son esos —

gritó Pablo adelantándose hacia ella y tomando sus manos en las suyas; — ¿está segura de que yo encontraré medios de vencerlos?

— Escucha — dijo ella, retirando la mano; — voy á tomar dos horas más para reflexionar. Durante este tiempo todos los de Kostopchin dormirán; después sal á encontrarme á la esplanada, cerca de los tejos, allí en el fondo del jardín, y yo te daré mi respuesta.

Salió de la habitación, pero dió un grito de rabia. Había estado á punto de caer en el pasillo sobre Alejo.

— ¿Pero por qué no está este rapaz en la cama? — preguntó furiosamente; — por poco me hace caer.

— A la cama, muchacho, prontamente — exclamó su padre; y el niño, mirando terriblemente á la señora, se retiró.

Poniéndose un abrigo de piel y un gorro de viaje que le llegaba hasta las orejas, Pablo abrió una puerta lateral y salió al jardín. Era la luna llena, y brillaba siniestramente sobre los deshojados árboles cuyas ramas y troncos parecían ser blancos fantasmas. Los paseos del jardín estaban cubiertos de blanca escarcha y, de cuando en cuando, soplaba un viento cortante que á pesar de todos los abrigos helaba en sus venas la sangre de Pablo. Pronto vió ante sí la sombra de los tejos, y un momento después estaba bajo sus obscuras ramas. Junto á otro viejo árbol, unos pocos pasos enfrente, veíase una delgada figura envuelta en un abrigo blanco semejante á la lana. Parecía completamente inmóvil, y Pablo Sergyevitch sintió de nuevo que un terror indefinible le invadía los nervios y los músculos.

— ¡Ravina! — exclamó con tembloroso acento. — ¡Ravina!

— ¿Me has tomado por un fantasma? — preguntó la hermosa riendo fríamente; — no, no, todavía no lo soy. Está bien: Pablo Sergyevitch, he venido para darte mi respuesta; ¿estás muy ansioso por saberla?

— ¿Cómo puedes preguntármelo? — replicó él. — ¿No sabes que mi alma entera se ha estado regocijando al pensar en ella? No me tengas más tiempo en la incertidumbre. Sí ó no.

— Pablo Sergyevitch — respondió la jóven acercándose á él y poniéndole las manos sobre los hombros y clavándole su mirada extraña; — ¿me amas realmente, Pablo Sergyevitch?

— ¡Amarte! — repitió el señor de Kostopchin; — ¿no te he dicho un millón de veces que mi alma entera se va hacia tí, que sólo vivo y respiro en tu presencia y que más quisiera morir á tus pies que vivir sin tí?

— Muchos hablan de la muerte y no saben cuán cerca la tienen — respondió la hermosa dama sonriendo tristemente; — pero dime, ¿me das tu corazón?

— Todo lo que yo tengo es tuyo, Ravina — respondió Pablo, — nombre, riqueza y mi eterno amor.

— Pero ¿y tu corazón? — insistió ella; — lo que yo quiero es tu corazón; Pablo, dime que es mío y que es únicamente mío.

— Sí, mi corazón es tuyo, queridísima Ravina — respondió Pablo procurando abrazar aqella bella forma en sus apasionados brazos; pero ella se desasió de él y después, con un ligero salto, volvió á arrojarse sobre Pablo, mientras

que en su rostro birllaba una luz terrible; sus ojos relucían con fantástico fuego, sus labios se entreabrían mostrando sus blancos y agudos dientes; su respiración se hizo agitadísima.

— Tengo hambre—murmuró;—¡oh! estoy hambrienta; pero ahora, Pablo Sergyevïtch, tu corazón ya es mío.

Fué tan repentino é inesperado aquel movimiento, que él se tambaleó y cayó pesadamente á tierra; ella cayó también sobre su pecho. Entonces fué cuando Pablo vió todo el horror de su situación y comprendió claramente la suerte que le esperaba; pero un frío un terrible entumecimiento le impedía mover las manos para libertarse de aquel feroz abrazo que paralizaba todos sus músculos. El rostro que le estaba contemplando parecía estar sujeto á un horrible cambio y sus facciones iban perdiendo todo su aspecto humano. Con un movimiento rápido y vivo rasgóle el vestido sobre el pecho y en un momento le perforó, con terrible herida, su lado izquierdo, é introduciendo sus delicadas manos sacóle el corazón y lo empezó á morder rabiosamente. Ocupada en tan horrible banquete, no se preocupó de las horribles convulsiones que agitaban el ya casi cadáver del señor de Kostopchin. Ni distinguió tampoco á una diminuta forma que se aproximaba, escondiéndose de árbol en árbol, hasta llegar á diez pasos del sitio de tan terrible tragedia. Entonces los rayos de la luna se quebraron en el bronce reluciente de una pistola que un niño con ambas manos

estaba apuntando sobre la mujer asesina. Después, ligero y agudo salió el tiro; oyóse luego un grito salvaje, y Ravina, á manera de fiera, saltó desde el cuerpo del difunto Pablo y retrocedió hasta unos arbustos á diez pasos de distancia. El niño Alejo había oído la cita que se habían dado y siguió á su padre hasta unos arbustos á diez pasos de distancia. El niño Alejo había oído la cita que se habían dado y siguió á su padre hasta el sitio designado. Luego de disparar desamparóle su valor y huyó hacia la casa gritando: ¡Socorro! Los espantados siervos encontráronse pronto en la presencia de su asesinado señor, pero todos los auxilios fueron superfluos, pues el tirano de Kostopchin había dejado de existir. Temblando de temor, los supersticiosos campesinos miraron al grupo de arbustos y retrocedieron horrorizados al ver á una blanca loba que yacía muerta con un corazón humano entre sus garras medio devorado.

La lucha con el Oso

Ferrol llegó á ser una figura cada vez más importante y apreciada en la casa solariega de Casimbault, en la cual los Lavilettes, habían establecido su hogar en cuanto se verificó la boda. La antigua alquería se había convertido, al mismo tiempo, en el punto de cita del misterioso Nicolás Lavilette y sus compañeros de rebelión. Mr. Ferrol lo sabía. Una noche detuvo á Nic, en el momento de salir de la casa, y le dijo:

— Oye, Nic, hijo mío, ¿qué es lo que pasa arriba? Yo bien sospecho algo... ¿á qué viene jugar al escondite?

— ¿Qué es lo que sabéis Ferrol?

— Lo que hay entre vos y Vanne Castine, por ejemplo. Venid, pues, confesad y decídmelo todo. Yo soy inglés; pero, á pesar de eso, soy amigo de Nic Lavilette.

Puso en la inflexión de su voz aquel dejo especial irlandés que tenía costumbre de usar cuando quería mostrarse persuasivo. Nic le tendió la mano en una expansión de amable franqueza, y le dijo:

— Esperadme en la bodega de la alquería vieja, á las nueve, y allí os lo contaré todo. Tomad la llave.

Y entregándosela á Ferrol, le estrechó la mano con efusiva confianza, y partió á escape. Nic Lavilette era por aquel tiempo un personaje importante, según su propia opinión y la de otros muchos en Bonaventure. El boato de su familia adquirió en él una forma individual.

Antes de la hora indicada, Ferrol penetró en el gran salón desmantelado de la antigua alquería. Sus pasos sonaban á hueco en los cuartos vacíos. El polvo lo cubría todo, y un ambiente de abandono y ruina reinaba en aquel lugar, á despecho de las sólidas vigas, seguros pisos y macizos antepechos de las ventanas. Sacó su reloj: eran las nueve menos diez. Pasó por el salón pequeño á la bodega, y abrió la puerta de ésta. Dentro de ella la obscuridad era completa. Al alumbrarse con un fósforo, vió una bujía sobre el antepecho de una ventana, y aproximándose á ella la encendió con un trozo de pedernal y un eslabón que al lado había. La ventana estaba fuertemente cerrada. Por curiosidad tan sólo, trató de abrir el postigo; pero no era posible moverlo. Mirando á su alrededor descubrió otra bujía en el antepecho de la ventana opuesta. En-



cendida también y como por instinto trató de forzar los postigos de aquélla; pero tampoco había forma de abrirlos. Aproximóse á la puerta que daba al patio y la encontró bien asegurada. Por más vueltas que dió á la cerradura no consiguió abrirla.

Llamó entonces su atención el brillo de un objeto que había sobre uno de los travesaños de madera empotrados á la mitad de la altura de la pared. Alcanzólo y al examinarlo vió que era una bayoneta rota, que algún insurrecto poco cuidadoso había dejado allí. Volvió á dejar el acero donde estaba, y comenzó á pasearse pensativo de un lado á otro.

Acometióle entonces un golpe de tos. Duróle el acceso un minuto ó tal vez más, por lo que colocó el brazo sobre la ventana, dejando caer la cabeza sobre él. Después, cuando la fuerza de la tos disminuyó, le praeció oir que una llave rechinaba en la cerradura. Alzó la cabeza; pero sus ojos estaban nublados y nada vió, volviendo otra vez á reclinarla sobre el brazo.

De repente sintió que algo andaba cerca de él. Volvióse con rápidez y vió al oso de Vanne Castine á menos de cincuenta pies de distancia, que puesto sobre las patas traseras, y moviendo con viveza sus ojos rojizos, se dirigía hacia él. Tomó la bujía del antepecho de la ventana, arrojóla á la cara del animal y escapó hacia la puerta.

Pero la halló cerrada. Volvióse de nuevo. La terrible bestia le seguía lanzando fuertes gruñidos.

Encontróse, pues, encerrado entre cuatro sólidas paredes con una fiera hambrienta. Entonces revivieron todos sus instintos. Pocas esperanzas tenía de salvarse ; pero estaba resuelto á hacer cuanto estuviese en sus manos para conseguirlo.

Su primera intención fué apagar también la otra vela. Esto lo dejaría en la obsuridad y creyó por un momento que sería más ventajoso para él que no hubiese luz. Fuése derecho hacia el oso, y después ejecutó de repente un violento cambio á la izquierda, confiado en su mucha mayor agilidad. Los movimientos de la fiera eran casi tan rápidos como los suyos, y cuando se deslizó á lo lar-

go de la pared para coger la bujía, pudo oir su ardiente respiración completamente en su espalda.

Al pasar por la ventana, cogió la vela en sus manos é iba á tirarla al suelo ó á la cara del oso, cuando cayó en que, en la obscuridad, el olfato del oso había de ser tan penetrante como su vista, mientras que él carecía de esta ventaja.

Corrió precipitadamente hacia el centro de la estancia, con la vela en la mano, y allí volvió á encontrar á su enemigo, que se precipitó sobre él con ímpetu salvaje. Evitó su acometida y huyó cuando hubo pasado; volvióse el oso y le acometió otra vez, esquivando él el cuerpo de nuevo. Repitióse esta escena media docena de veces, sin que la luz se apagase; pero no podía durar mucho. El oso estaba enfurecido: sus movimientos eran cada vez más rápidos: sus malignos dientes y labios estaban cubierto de espuma, que caía sobre el suelo y á veces salpicaba las ropas de Ferrol cuando pasaba á su lado. Jamás torero alguno jugó con un toro bravo, como Fe-

Continuará

Chistes Importados

El recién casado (con mucho orgullo) — Yo siempre le cuento á mi mujer todo lo que sucede.

El esposo de muchos años: — ¡Puf! Eso no es nada. Yo le cuento á mi señora muchas cosas que no suceden''.

María (dijo una senora á su mucama). Ya van varios días que estoy notando que los platos que pone usted en la mesa están completamente sucios. Hay que arreglar esto de algún modo...

—Tiene usted mucha razón, señora, contestó la muchacha: ''Debería comprar platos de colores oscuros, y así no se notaría tanto la suciedad''.

En un hotel: — ''Vea señor gerente, aquí me han robado el paraguas!''

''Permítame que le diga, señor, que en esta casa no se roba. ¡Aquí sólo desaparecen las cosas!...

MALSANO

Caballero (á un amigo). — No seguiré más los consejos de los médicos. ¡Fíjese usted el otro día me aconsejó uno que debía dormir con la ventana y la puerta abiertas, lo hago, y ¿qué sucede? — Al despertarme la mañana siguiente, encontré que me faltaba el reloj y la cadena que había dejado sobre la mesa de noche!

—*El inspector* (muy serio): ''Entonces debe usted pagar la diferencia''.

Pasajero (en un coche de segunda clase): ''Creo que me he equivocado de coche''.

Pasajero (riéndose): — Justamente. Pues me devolverá usted un peso veinte, porque mi boleto es de primera''.

La señora: — ''No le había dicho ya que no volviese más por acá''.

ESCRUPULOS

''Toma, hija'', dijo el esposo, dándole unos billetes de banco á su señora, ''ahí tienes suficiente dinero para comprarte un vestido. Es lo que gané anoche, jugando al poker en el club''.

La escrupulosa señora tomó los billetes, manifestando al mismo tiempo cierto desprecio, y luego con una expresión de rectitud, dijo:

''Aborrezco la idea de gastar dinero que procede del juego; pero Enrique, después que hayas ganado lo suficiente para comprarme un sombrero para llevar con este vestido, me has de prometer que no volverás á jugar al poker ni ningún otro juego de azar. ¡No quiero que se diga que mi esposo es un jugador!

Hijito, dijo una solterona á un niñito que le había faltado al respeto ¿Díme no tienes mamá, que te enseñe á portarte bien?

''¡No!'' contestó el precoz niño, ''pero sepa que papá ha dicho, que no se casaría con usted aunque no hubiese otra mujer en el mundo''.

Pérez: — Permítame una palabra señor Ramírez, ¿cuándo piensa usted pagarme los cincuenta pesos que me debe?

Ramírez (indignado, pero con mucha altivez): — Ya van dos veces en el espacio de tres años que me molesta usted por esa pequeña suma. En una época lo consideraba como amigo, pero desde hoy quedan cortada nuestras relaciones. Y entienda usted bien que jamás volveré á pedirle un solo centavo más. Ahí tiene usted mi ''Ultimatum''. ¡¡Adiós, señor!!

La señora de Juárez, hablando con una amiga; "Yo realmente no sé bajo que cuenta voy á hacer figurar el gasto de mi sombrero nuevo, para que mi marido o nse fije.

La amigo: Pon sencillamente: "Por refacciones en la azotea".

— No me parece, dijo el abogado, que usted pueda pedir divorcio por el solo hecho de que su esposa tiene el defecto de tirar los platos al perro.

— Pero, contestó el marido (con la cabeza vendada), pero... es que cada vez que le tira algo al perro me pega á mí.

Un inspector de colegio le peguntó á un niño, que le gustaría más: media naranja ú ocho diez y seis avos.

La mitad, contestó el niño.

¿Y poqrué? le preguntó el inspector.

Porqué dividiénodla tantas veces, se pierde mucho jugo.

— Juan, ¿le dijiste al maestro que yo te había ayudado en tu ejercicio de francés?

— Sí, papá.

— ¿Y qué dijo?

— Dijo que no me iba á dar penitencia hoy, porque no era justo que yo sufriese por causa de tu ignorancia.

Entra un bromista y pregunta con burla:

— Diga, señor boticario, ¿tiene usted espíritu de contradicción?

El boticario sin inmutarse:

— Sí, señor.

Y luego añade, dirigiéndose á su dependiente:

— Suba usted y dígale á la señora que venga un momento.

— ¿Es usted casado? pregunta el gerente á un joven que venía á solicitar un empleo.

— No señor.

— Entonces no puedo emplearlo; aquí empleamos sólo á hombres casados.

— ¿Puedo preguntar á usted el por qué de esta disposición?

— Es sencillamente por que hemos notado que los casados saben obedecer mucho mejor que los solteros.

Se habla de un pintor cuya pereza es proverbial.

Es tan perezoso — dice uno — que no hace más que paisajes de invierno para no tomarse el trabajo de poner hojas en los árboles.

EN LA COMISARIA

— ¿Confiesa usted haber llamado burra á esta señora?

— No puedo negarlo.

— Pues tiene usted que pagar una multa...

— Muy bien; pero, dígame, señor comisario, si llamase *señora* á una *burra* ¿también me multaría?

— No.

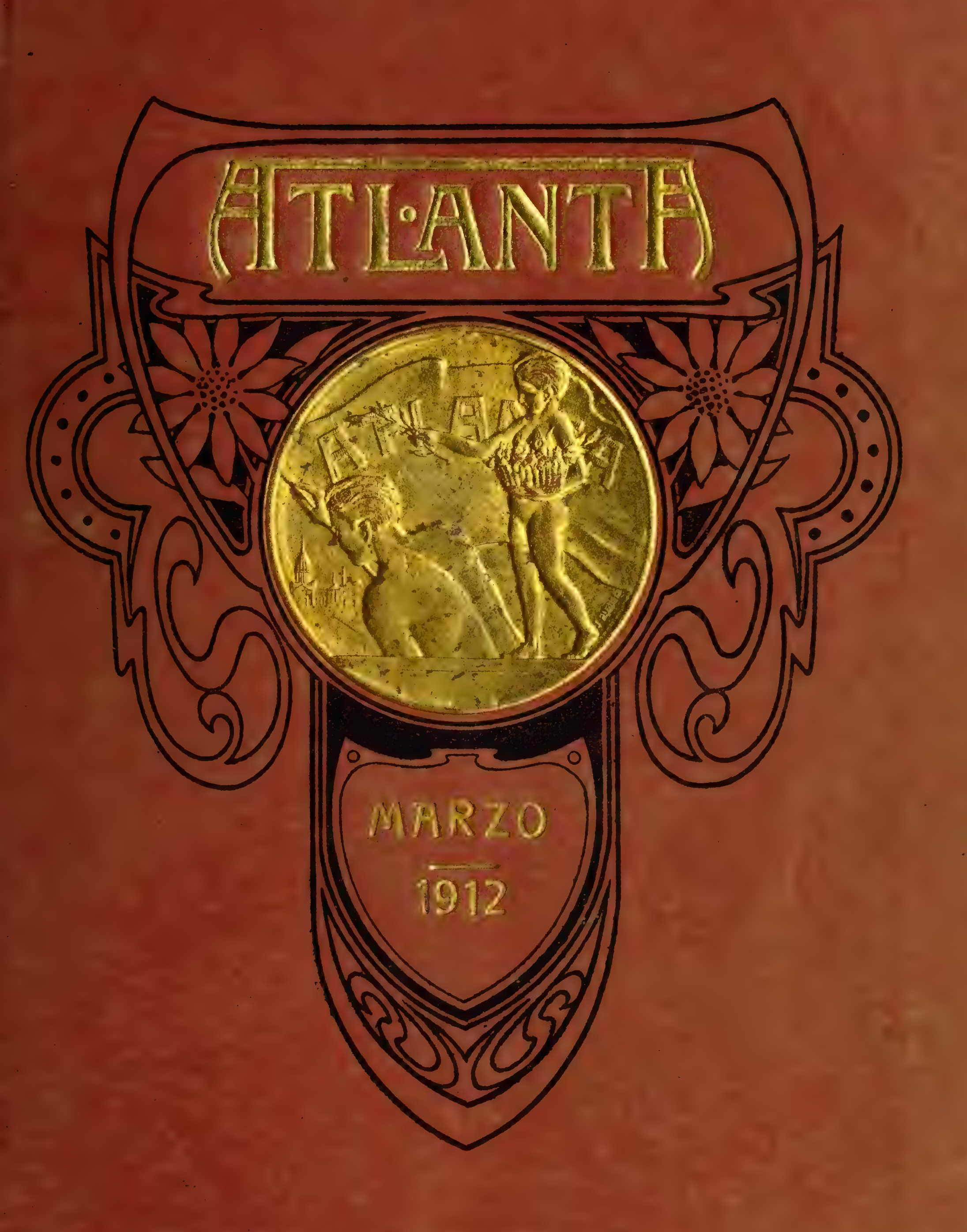
El sujeto, dirigiéndose galantemente á la dama:

— Bueno: ¡adiós *señora!*



AÑO II

Núm. 12



MAGAZINE ATLANTA
PUBLICACIÓN MENSUAL

MAIPU 427
BUENOS AIRES

Número Suelto:

CAPITAL FEDERAL	$ 0.60
INTERIOR	" 0.70
EXTERIOR	" 1.00

Subscripción anual:

REPÚBLICA ARGENTINA	$ 6.00
EXTERIOR	£ 1-0-0

NEUMÁTICOS

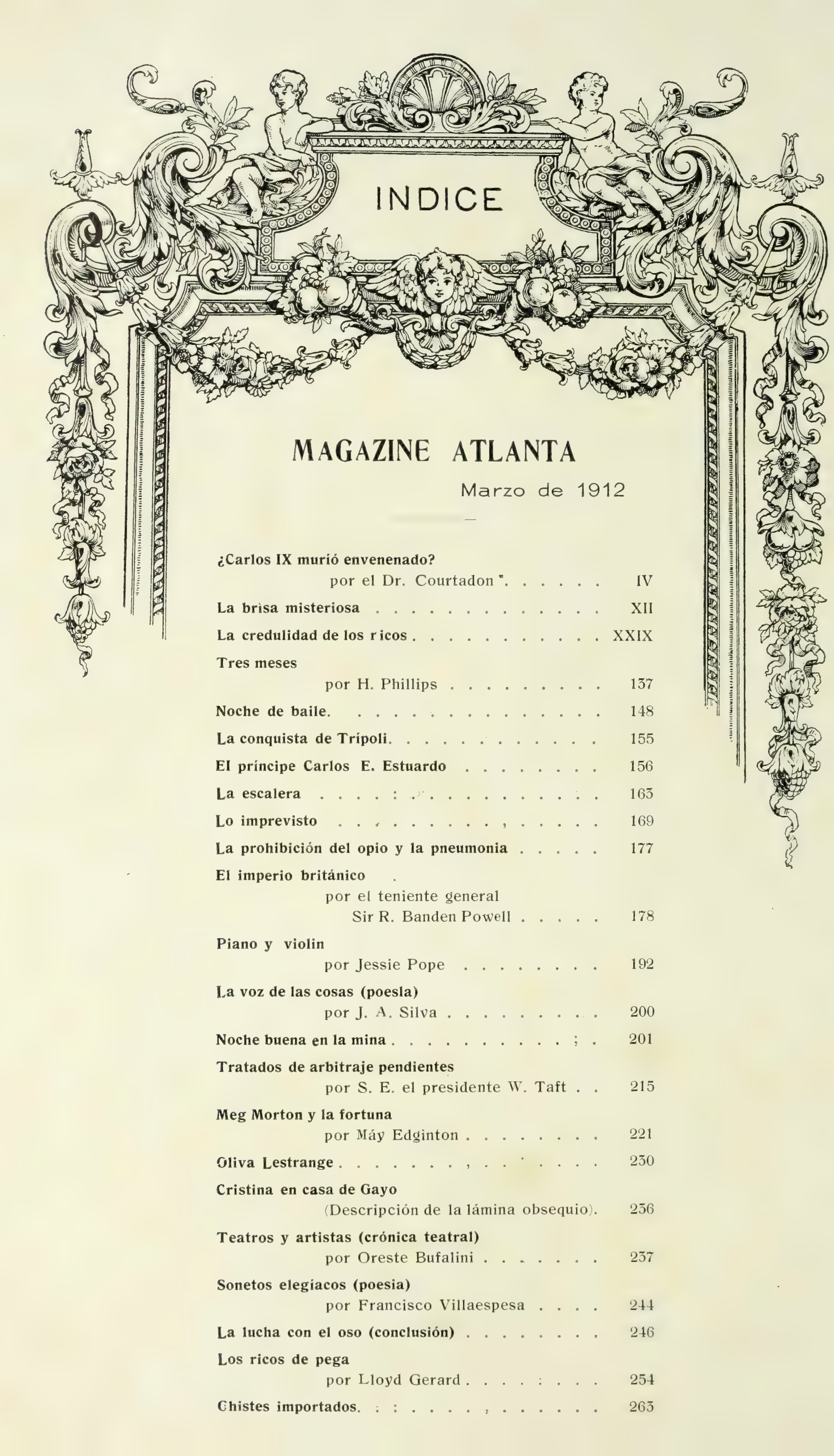


CONTINENTAL

Compañía Transatlántica de Caoutchouc Soc. An.

Buenos Aires, 738 - Viamonte - 740

Rosario: Entre Rios 675, - Montevideo: 25 de Agosto 111, - Mar del Plata: Agencia Mantels



MAGAZINE ATLANTA

Marzo de 1912

CORSETS DE PARIS — FORME DROITE RATIONNELLE

PREMIÈRE MARQUE DU MONDE

C.P.

A LA SIRÈNE

PARIS

EN VENTA EN

A la Ciudad de Mexico

Modelo CAVATINE

Corsé muy largo de abajo, sistema especial de ligas que permiten todas las posiciones del cuerpo sin molestia. Para talles desde el 50 hasta el 73
$ 30.00

Modelo LOLLA

Corsé de ultima moda largo del bajo envolviendo el cuerpo dejandole una entera libertad de movimientos. Para talles desde 50 hasta 78, . $ 15.50

Modelo REX

Incomparable para Señoras gruesas y de alta estatura, muy elegante. En rica batista de seda blanca, celeste y rosa á
$ 36.50

Modelo DEA

Corsé gran chic para vestidos ajustados dibujando admirablemente las formas. Para talles desde el 50 hasta el 70 á
$ 27.50



Modelo FELINE

Elegante corsé envolviendo las partes bajas sin ninguna molestia en cu alquier posición. Para talles desde el 50 hasta el 78 á $ 25.00

Á LA CIUDAD DE MEXICO

Florida esq. Sarmiento

¿Carlos IX murió envenenado?

Por el Dr. Courtadon.



Uno de los monarcas franceses, que ha tenido mayor resonancia histórica es Carlos IX, cuyo nombre se confunde con el de la noche de San Bartolomé noche de la matanza de todos los protestantes de París, decretada por aquel rey, que dió en persona la señal, disparando su arcabuz desde una de las ventanas de su palacio.

Carlos IX era el tercer hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis. Sucedió en el trono á su hermano Francisco II el 5 de Diciembre de 1560 y murió en 1574.

A propósito de su muerte un panfleto de aquellos tiempos ''La leyenda de don Claudio de Guisa'' refiere el episodio siguiente: ''La reina Catalina con el propósito de deshacerse de Enrique de Navarra — el futuro Enrique IV — preparó las páginas de un libro sobre cacería, que el joven príncipe debía leer, untándolas con una sustancia venenosa, que pegaban unas páginas á otras. Al llevar altenativamente sus dedos á las hojas y luego á su boca para humedecerlos el envenenamiento tenía que producirse irremisiblemente. Pero por una fatalidad Carlos IX tropezó en el departamento de su cuñado ausente con el libro referido, en el momento mismo en que acababan de dejarlo preparado sobre una mesa. Atraído por el fatal volumen Carlos IX lo tomó entre sus manos, lo examinó, comenzó á hojearlo, se interesó en su lectura, y no se desprendió del funesto volumen hasta no haber recorrido todo su texto. A cada página que pasaba, humedecía los dedos en sus labios. Las páginas estaban ligeramente pegadas unas con otras por un veneno activo, que el monarca iba absorbiendo sin darse cuenta... Poco tiempo después moría misteriosamente.

Otros acusaron á la reina madre de haber querido desembarazarse de su hijo, mediante un veneno, que logró hacerle tomar. El fundamento de este rumor está en el distanciamiento que al final de su reinado se produjo entre Carlos IX y su madre, á causa de que el joven rey juzgaba que aquella lo mantenía bajo tutela demasiado estrecha. Los protestantes han pretendido demostrar este atentado con presuntas pruebas, que no confirman en nada sus díceres. En especial traen á colación esta frase de Catalina á su tercer hijo Enrique cuando de tan mala gana partió para Polonia:

— Id, hijo mío. No necesitaréis quedaros allá mucho tiempo.

De allí á deducir que la reina madre había comenzado ya el envenenamiento del rey, cuya muerte descontaba para darle la corona á su hijo preferido Enrique, hay mucho distancia.

De todos modos esta versión del envenenamiento de Carlos IX por su madre gozó mucho tiempo de crédito. Bassompierre le recomendaba un día á Luis XIII siendo niño, que no tocara tanto el cuerno de caza, porque aparte de que eso podía producirle trastornos en su salud, ataca mucho al pulmón ''y he oído decir que el difunto rey Carlos á fuerza de hacer sonar el cuerno se rompió una vena en el pulmón, lo que fué causa de su muerte''.

— Usted se equivoca le replicó Luis XIII no fué por tocar el cuerno, que murió, sino porque se indispuso con la reina Catalina, su madre... Si no hubiera vuelto á su lado, no habría muerto tan pronto.

Carlos IX, dice por su parte Le Laboureur, tuvo el fin previsto por su madre, que era indudablemente muy sabia para decidir del destino de los miembros de su familia.

Se lee también en una memoria de aquella época:

— ''Le sobrevino al dicho señor el ansia de beber, y habiéndolo hecho le acometió un gran vómito de materias

AUTOMÓVILES

LÈON-BOLLÈE



LES SABLONS-LE MANS

UNICOS AGENTES

EDUARDO BALTAR & C^{ia}

TUCUMÁN 678

BUENOS AIRES

viscosas, amarillentas y muy negras. Después lo asaltó un gran temblor. Era un vómito sospechoso, manifestaron algunos, tanto más cuanto que el príncipe había sufrido ya de perturbaciones intestinales.

Finalmente Brantome dice: "Es general la opinión de que fué enevenenado cuando su hermano partió para Polonia, y según se dijo, con polvos provenientes del cuerno de una liebre marina. Ese tóxico comenzó por hacerlo languidecer primero y después poco á poco lo fué extinguiendo como una luz que se apaga. Aquellos á quienes se atribuye el crimen no tuvieron mejor fin".

"Muchos conjeturaron, nos dice Sorbin, que la causa de la enfermedad del rey era el veneno, y á decir la verdad habrá argumento para pensar en una de estas tres cosas: ó veneno, ó arte diabólica, ó inteligencia con los que habían podido conocer la enfermedad del rey y recetarle".

Catalina de Médicis, la italiana supersticiosa, no podía menos que prestar oído favorable á todos esos rumores. Por orden suya los médicos La Mole y Coconnas que asistieron á Carlos IX en su última enfermedad fueron detenidos, juzgados y decapitados (30 de abril de 1572). Ambos habían tramado un complot contra el rey preparando la fuga del duque de Alenzon. Se les acusaba de haber fabricado, de acuerdo con el nigromántico Cosme Ruggieri, muchas figuras de cera encantadas y usado de arte diabólica para hacer morir al rey. "La lectura de su proceso é interrogatorio no deja ninguna duda á este respecto. En esta circunstancia los presos parece que creían que los envenenadores estaban entre las personas que rodeaban de cerca al rey. Catalina creyó muy firmemente en el maleficio, y habló de él en una carta en la que refiriéndose al médico La Mole decía: "ese conspirador ha construído una figura de cera á la cual de descargaba golpes en la cabeza". Agregaba después que era contra el rey y exigía, que se le hiciera declarar "si ha hecho algún encantamiento para malograr su salud".

—

Cuando en una familia los hijos nacen tan enclenques, como en la de Enrique II y Catalina de Médicis, cuando el hijo mayor es un raquítico y el segundo muere dos años después de nacido, se hace indispensable velar por la salud ulterior del tercero, alejando de su lado desde su edad más temprana todas las causas de fatiga y de agotamiento.

Carlos IX bajo la dirección de su preceptor Amiot, célebre traductor de Plutarco y de su gobernador M. de Siprene parecía preludiar su futuro reinado con estudios serios. Su educación fué esmerada, y se sabe que era amante de las artes, de la música, y construía el verso francés con bastante habilidad, correspondiendo á menudo con el poeta Ronsard.

Desgraciadamente se entregó desde temprano y con ardor inmoderado á los ejercicios corporales. Era buen jugador de pelota, elegante bailarín, y se hizo pronto un excelente jinete. Desde entonces experimentó por la casa verdadera pasión, pasándose las noches casi sin dormir para ser el primero que al despuntar el alba, estaba sobre la pista y cabalgando furiosamente por toda la comarca.

Si permanecía en su palacio forjaba el hierro, fundía armaduras y tiraba la espada sin descanso, ejercicios que en cambio lo alejaban de otras diversiones menos sanas, no obstante la opinión contraria de ciertos autores y entre ellos Brantome, que tenía mala idea formada sobre las costumbres privadas del rey, de lo cual no habría porqué sorprenderse, dada la vida licenciosa de la corte en aquellos tiempos.

Carlos IX era sin embargo un monarca sobrio, bebía vino muy rara vez, comía poco, y no dormía casi.

Era de elevada estatura, aunque algo encorvado, rostro pálido, ojos amarillentos, biliosos y amenazadores, nariz aguileña y cuello un poco torcido. El resto de su cuerpo era bastante bien proporcionado, no obstante la debilidad de sus piernas que no guardaban armonía con las proporciones superiores de su cuerpo, contribuyendo á su valetudinaria complexión la cual era tan grande, que no trascurría un mes sin que se viese indispuesto.

De Thon encontraba al rey de bonita estatura, mirada altanera, rostro pálido y plomizo, cuerpo bien proporcionado.

Si se contempla el busto de Carlos IX hecho en 1568 por Germán Pilon, cuando el príncipe contaba dieciocho años, se nota el cuerpo encorvado y la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda. La caja del cuerpo es normal, el ros-



tro ovalado, la nariz fuerte y un poco punteaguda, el surco naso-labial poco marcado, los labios delgados, los cabellos cortos, muy abundantes, el rostro todavía imberbe. El conjunto de la fisonomía no tiene nada de atrayente y no despierta sino un sentimiento de indiferencia absoluta. La cabeza es ancha en los lados, indicio de destructividad según los frenólogos. Los labios delgados como los de Robespierre indican la crueldad.

El carácter del rey respondía bastante bien á estos indicios físicos. El joven príncipe era cruel. Desde su infancia había asistido á la matanza de animales salvajes, experimentando en este espectáculo un gran placer, como Catalina de Médicis era, dice de Thon, de un temperamento colérico y arrebatado y el ejercicio continuo y violento del caballo unido á la fatiga de las noches en vela, fortificaban aún más esas inclinaciones de tal suerte que á pesar de su disimulo profundo se dejaba arrastrar muchas veces por una especie de furor. Además juraba y perjuraba por causas nimias. Blasfemar del nombre de Dios, disfrazar su fe y su religión era lo que le habían enseñado á hacer desde su infancia, con la mayor naturalidad. No hacía por otra parte sino seguir las tristes tendencias de la corte, cuyas costumbres en esa época eran muy relajadas.

Este débil organismo tuvo todavía que resistir las contrariedades de un reinado, que se tiene á justo título por uno de los más agitados y nefastos de nuestra historia. De mala índole y disimulado, recibiendo malos consejos de todas partes, Carlos IX cometía pronto la San Bartolomé (24 de agosto de 1572). Luego dormía muy mal. Su sueño se veía interrumpido por atroces pesadillas y el canto de sus pajes no lograba hacerle recuperar el sueño.

El rey padecía de frecuentes hemorragias, que le repitieron en la Navidad de 1575. Es conocida la historia de la famosa sangría hecha por Portal, sangría á que siguieron síntomas aterradores y cuyos efectos contribuyó á detener Ambrosio Paré, sin que la cosa tuviera después ninguna influencia sobre la salud del enfermo. Es á esta curación que se atribuye la consideración del rey por su cirujano, que por esta causa, y no obstante ser protestante, escapó de la matanza de la San Bartolomé.

Padecía también el rey de alucinaciones, que lo incomodaban con frecuencia, especialmente poco antes de su matrimonio. "Cazando en cierta ocasión en el bosque de Roan, dice Brantome se le apareció de pronto una llama de fuego del tamaño de una pica. El rey sin asombrarse y muy sereno echó mano á la espada, emprendiendo la persecución de ese fuego, hasta que se desvaneció.

Así remordimientos, desenfrenos arrebatos violentos, galopes prolongados á caballo, mañanas enteras consagradas á tocar el cuerno de caza, excesos de cacerías, todas estas causas físicas, fisiológicas, psíquicas y morales, unidas á antecedentes de familia, alteraron la salud del joven rey. Era lo bastante para prepararle la cama á la tuberculosis.

—

En mayo de 1574 Carlos IX cayó en cama y fué asistido por Juan Mazelle, su primer médico, que en vista de los síntomas que ofrecía la enfermedad, reunió á sus demás colegas de la facultad. Fué decidido en esa consulta sangrar al monarca sin que esta operación produjese ningún resultado. Las fuerzas del enfermo disminuían sin cesar y se le veía extinguirse aquejado por una débil y continua respiración que no lo abandonó hasta su muerte.

"En uno de los últimos días de su vida dice el conde de Cheverny en sus memorias, el rey me dispensó el honor de hablarme desde la cama en que estaba postrado. La impresión que su voz me produjo fué profunda. Articulaba los sonidos con la mayor dificultad, respiraba angustiosamente y tenía en sus ojos la expresión de los moribundos. Lleno de inquietud, corrí á buscar á la reina madre y le transmití mi impresión".

Catalina muy confiada en lo que decían los médicos no veía la gravedad del rey. Sin embargo ante la alarma manifestada por Chaverny resolvió, que los médicos celebrasen al día siguiente una consulta.

El 27 de mayo se realizó esa consulta concurriendo á ella los médicos Mazille, Simon Pietre y Legrand, en presencia del canciller de Birague y de las consejeros Morviliers y Linoges, arribándose á la conclusión de que la enfermedad del rey era una simple fiebre terciana que no ofrecía el menor peligro.

The Pacific Steam Navigation Co

The Royal Mail Steam Packet Co

Buenos Aires, Reconquista 264
Rosario, Barnett y Cia.
Bahia Blanca, C. C. Cumming
Montevideo, Maclean y Staplepon

R. M. S. P.



P. S. N. C.

SERVICIO CORREO ENTRE
RIO DE LA PLATA, BRASIL, LISBOA, VIGO, CHERBOURGO E INGLATERRA
PERÚ, CHILE, COSTA SUD, RIO DE LA PLATA, BRASIL, LISBOA, VIGO; LA ROCHELLE-PALLICE, INGLATERRA

SALIDAS DURANTE MARZO 1912

Oropesa	5.364 tonel.	1 Marzo	Para las Islas Malvinas, Punta Arenas, Coronel, Talcahuano, VALPARAISO, Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, y Callao.
Avon	11.073 »	1 »	Para Brasil, Lisboa, VIGO, Cherbourgo, é Inglaterra (Southampton)
Danube	5.885 »	8 »	Para Brasil, Lisboa, VIGO, Cherbourgo y Inglaterra (Southampton)
Oriana	8.806 »	8 »	Para Brasil, Las Palmas, Lisboa Leixoes, VIGO, Coruña, La Rochelle-Pallice é Inglaterra (Liverpool)
Aragon	9.441 »	15 »	Para Brasil, Lisboa, VIGO, Cherbourgo, é Inglaterra (Southampton).
Orita	9.290 »	16 »	Para Punta Arenas, Coronel, VALPARAISO, Coquimbo Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo y Callao.
Clyde	5.618 »	22 »	Para Brasil, Lisboa, VIGO, Cherbourgo é Inglaterra (Southampton)
Orissa	5.359 »	23 »	Para Brasil, Las Palmas Lisboa, Leixoes, VIGO, Coruña, La Rochelle-Pallice y Inglaterra (Liverpool),
Oravia	5.374 »	29 »	Para las Islas Malvinas, Punta Arenas, Coronel, VALPARAISO, Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo y Callao.
Araguaya	10.537 »	29 »	Para Brasil, Lisboa, VIGO, Cherbourgo é Inglaterra (Southampton)

Se ha instalado en todos los paquetes de estas Compañias el telégrafo Marconi.

OFICINA PRINCIPAL:

LA MALA REAL INGLESA

264 Reconquista - Buenos Aires

Maclean y Stapledon
MONTEVIDEO

Barnett y Cia.
ROSARIO

C. C. Cumming
BAHIA BLANCA

El rey mientras tanto sintiéndose de mal en peor hizo llamar á la reina madre y á la reina su mujer... No bien llegaron estas le acometieron fuertes accesos de tos, acompañados de temblores. Viendo que las fuerzas le abandonaban, suplicó que no le hablasen sino de oraciones y de preces.

Mirando después á su nodriza que era hugonote, y que sentada sobre un cofre comenzaba á dormirse lanzó un gran suspiro y en medio de sollozos dijo:

— Ah, mi nodriza, mi amiga, mi bueno y tierna servidora, cuantos y cuantos asesinatos ¡oh que malos consejos he seguido! Dios mío perdóname y ten misericordia de mí. No sé donde estoy, de tal modo me siento perplejo y agitado. ¿En qué parará todo esto? ¿Qué será de mí? ¡Estoy perdido!

Entonces la nodriza le dijo:

— Sir, los asesinatos caerán sobre la cabeza de quienes os indujeron á cometerlos, pero no sobre vos, que estáis arrepentido. Además Dios no os lo imputará, cubriéndolos con el manto de la justicia de su hijo, único á quien en este terrible trance debéis recurrir. Pero por honor de Dios y de vuestra majestad, cesad de llorar El rol de la mujer de Carlos IX, Isabel de Austria, es casi nulo durante esta enfermedad. Unicamente Brantome — que estimaba mucho á la joven reina — le ha consagrado un capítulo muy elogioso, en el cual nos la representa como á una esposa modelo, no obstante las faltas y los yerros de su real esposo.

La noche del 29 al 30 de mayo el rey hizo llamar de nuevo al médico Mazille, pues experimenta fuertes dolores. Ningún autor de la época si no es d'Aubigne habla de aquellas hemorragias cutáneas, que fueron el preludio de la muerte de Carlos IX. "En medio de grandes dolores, dice, el príncipe perdía sangre por todos los poros". Si este fenómeno hubiera existido ¿cómo explicarse el silencio que sobre este punto guardan todos los historiadores?

¿Cómo explicarse, además, las palabras tranquilizadoras dirigidas por el médico Mazille á la reina madre Catalina? Por otra parte las hemorragias extracutáneas son un fenómeno muy raro para no atraer la atención de los médicos de una manera muy especial.

El 30 de mayo, día de Pentecostés, el médico le aseguró todavía á Catalina que el rey sanaría, que no tenía sino una crisis. Sin embargo, Carlos IX acababa de firmar la ordenanza confiriéndole á su madre la regencia del reino. Dos horas después de recibir este aviso del médico la reina madre se había dirigido á oir misa en el castillo de Vincennes, cuando llegó Mazille é interrumpiéndola en sus oraciones le manifestó que el rey estaba muy grave.

Al medio día vómitos y tenblores. La agonía comenzó en seguida y la muerte sobrevino á las tres y media de la tarde. Carlos IX tenía veinticuatro años menos un mes y había reinado cerca de trece años y medio.

—

Era muy importante hacer la autopsia del cadáver para saber qué grado de crédito podía acordarse á los malévoles rumores que circulaban. Esta se verificó al día siguiente de la muerte. El primer médico y el primer cirujano secundado por los médicos y cirujanos ordinarios estaban presentes, así como el gran chambelán, el primer gentilhombre de cámara, el maestre del guarda ropa, acompañados de las personas del servicio de la cámara real.

Brantome hablando de la muerte dice:

"Al día siguiente su cuerpo fué abierto en presencia del magistrado, no habiéndose encontrado adentro ninguna huella de veneno".

No nos detendremos á discutir la hipótesis de un maleficio pero ¿existía el veneno? ¿murió Carlos IX envenenado? Los partidarios del veneno, todos los cortesanos que tenían interés en adular á la reina madre para hacerla cómplice de rencores, que ella no deseaba otra cosa, que compartir, insistieron sobre la circunstancia de que el corazón estaba reseco, quemado en cierto modo, y que el pericardio al revés de lo que sucede ordinariamente no encerraba ningún líquido. Si se admite que regularmente no se encuentra allí, salvo cuando el corazón y su envoltura están alterados más de 15 á 20 gramos de serosidad, se comprenedrá fácilmente, que la ausencia de tan débil cantidad de líquido constatada por anatomo-patilogistas tan poco adelantados como los médicos y cirujanos del tiempo de Carlos IX, no tiene ninguna importancia.

Hay que abandonar la fábula del veneno. Carlos IX sucumbió de una bronco-neumonia agregada á lesiones antiguas de tuberculosis pulmonar.

La Brisa Misteriosa

Esta es la verdadera historia del cuadro que tengo á la derecha de la gran chimenea de mi taller. Se me han hecho muchas preguntas al respecto, y hasta ahora las había dejado sin contestación porque me causaba pena el pensamiento de traducir en palabras esta triste historia. Pero han transcurrido ya tantos años desde que aquellos extraños y patéticos acontecimientos se han desarrollado á mi vista por decirlo así, que la intensidad de mis sentimientos al respecto ha venido á quedar atenuada aunque no dejo de sentir como una congoja y la necesidad de reprimir mis lágrimas al escribir estas palabras.

Después de todo no pueden perjudicar á Julio Larue y tengo una idea de que de algún modo ha de agradarle que el mundo sepa que se ha producido por fin el gran Perdón. En otrora mantuve el secreto por dos motivos. Uno de ellos era porque la gente decía que Julio Larue estaba casi loco — y habrían dicho que lo estaba del todo si entonces hubiesen visto el cuadro. Mi segundo motivo es que mi propia opinión pasaba por un estado de incertidumbre tal, que no habría podido resistir á un contraexamen. Pero el tiempo ha surtido su efecto y ahora puedo recordar aquel verano sin más sentimiento que el de una compasión enternecida. El mucho pensar ha venido desentrañando la trama de mis perplejidades — Ya no abrigo dudas. Pero no debo dejarme arrastrar por las disgresiones, si bien es difícil resistir cuando los pensamientos se atropellan para abrirse paso.

Hace diez años, regresé á Francia después de pasar dos en un viaje á Persia. Había terminado la tarea que me propusiera realizar y los que han visto mis ilustraciones de Omar pue-

(Del *Pall Mall Magazine*).

den apreciar si esos dos años fueron bien empleados.

Ansiaba ya volver á ver mi querida Bretaña y, en cuanto llegué á París, hice el propósito de pasar el verano en Port Larere. Supe que allí estaban dos de mis mejores amigos: Jean Berthault y Tommy Craham. Escribí á este último preguntándole si podía proporcionarme un local adecuado para instalar mi taller. Recibí en contestación un telegrama entusiasta con una larga descripción de una habitación ideal, inmediata á la que ocupaba. No se recuerda que Tommy haya escrito jamás una carta; pues aunque sólo cuente con unos tres mil francos anuales para vivir, realiza toda su correspondencia por telégrafo.

Empaqueté mi ropa y todo lo que necesitaba para pintar y me puse en viaje.

Los muchachos me recibieron con alegre bienvenida. Además de Jean y de Tommy hallé en el querido pueblito otros muchos amigos antiguos. Constituímos un grupo alegre y pasamos la primera velada en mi taller, recordando los tiempos pasados. Por supuesto hablamos mucho de nuestro arte y cualquiera extraño que nos hubiese escuchado se habría aburrido mortalmente.

Al día siguiente me levanté tarde, tomé un baño en el mar y salí á pasear, con el objeto de explorar las inmediaciones y escoger algún rincón hermoso que se prestase á su boceto que me proponía comenzar al día siguiente. El tiempo era espléndido, sin ser demasiado caluroso, aunque lo bastante para que la vista del mar exquisitamente azul comunicase una impresión de frescura.

Trepé el acantilado, y anduve por un sendero encantador; luego crucé un campo dirigiéndome hacia una colina de forma cónica, abrigada por árboles y cubierta de esas hermosas moles de piedra de un color gris azul cuyo color se combina tan deliciosamente con el paisaje.

Descansé un instante al llegar á la cumbre. Luego volví un recodo del camino y observé la presencia de un hombre que pintaba. Estaba sentado en una sillita plegadiza y me volvía la espalda, de modo que yo podía distinguir toda la tela en que estaba ocupado con excepción de la parte que ocultaba su cabeza.

Quedé un instante inmóvil, dominado por la admiración. No conocía al artista. pero algo había en la extraordinaria vitalidad de su obra que me pareció vagamente familiar.

El paisaje que tenía por delante había sido trasportado á la tela en un boceto rápido y atrevido. Su procedimiento era de *"premier coup"* aunque no se veía en su obra nada de las crudezas de color de la escuela que entonces comenzaba á llamar la atención. El colorido era admirable y la atmósfera vibraba. Se trataba seguramente de un gran artista é hice esfuerzos para recordar dónde había visto antes cuadros de la misma mano.

En ese instante preciso deslizó mi pie sobre una piedra que cayó rodando por la pendiente y, sin dejar los pinceles se volvió él para mirar quien estaba allí. Tuve un gesto de sorpresa, pues nunca había visto antes un rostro parecido al suyo, ni por los rasgos ni por la expresión. Era de aquellos que las mujeres habrían calificado de divinamente hermoso. Cabello de rizos cortos que encuadraban una noble frente, nariz delgada y recta, un mentón y un labio superior afeitados que dejaban ver una quijada firme y una boca maravillosamente móvil. En su rostro tostado por el sol brillaban ojos del más puro azul, cuyo color era acentuado por lo obscuro de las cejas y de las pestañas. Esos ojos me fascinaron. Me dirigieron la mirada más dolorosa que jamás he visto. Algo más que dolor había en ellos... había horror, un horror semejante al que tendría las miradas de un mártir que contempla como se erige en torno suyo la hoguera en que ha de arder su cuerpo.

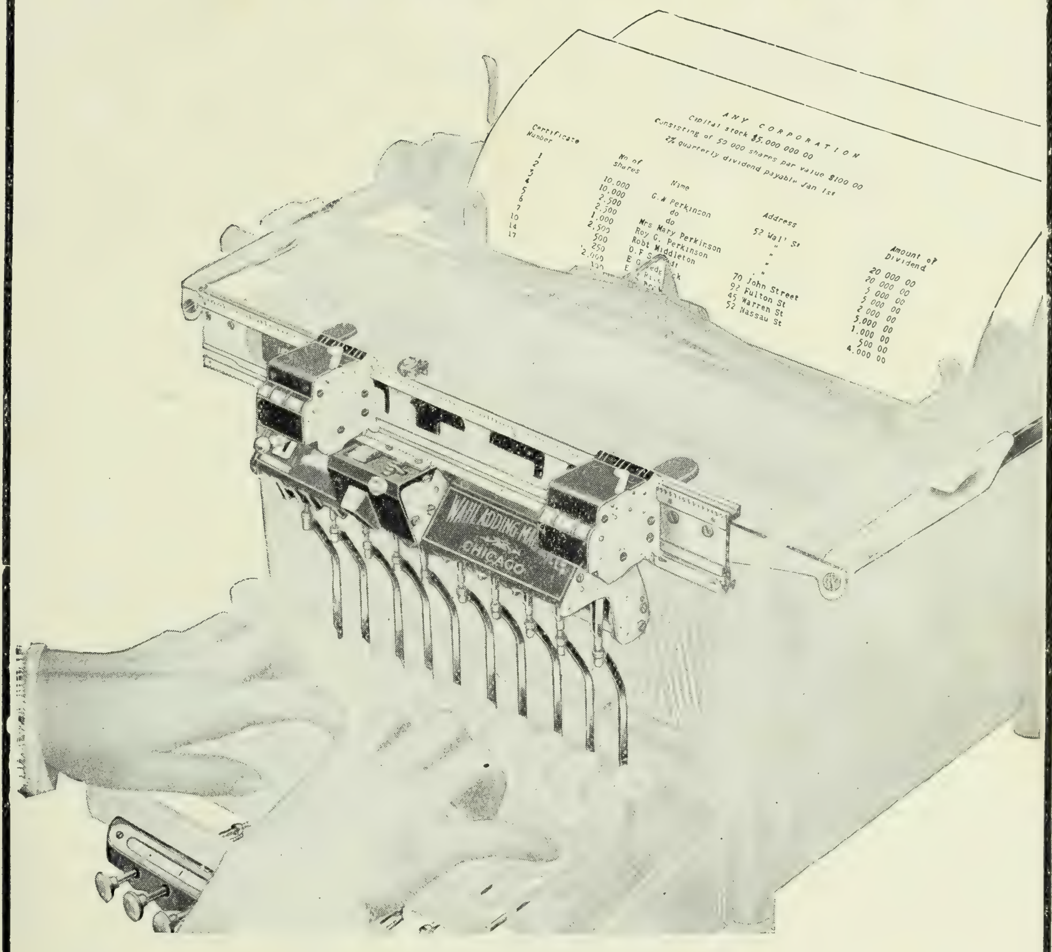
Me estremecí y dirigí mi mirada hacia otro lado. Luego miré el cuadro con la intención de decir algunas palabras que manifestasen mi admiración á la vez que me disculpaba por indiscreción:

Pero no pude hablar y temo que mi boca haya quedado entreabierta un instante con el gesto de idiotez de quien se ve de repente sobrecogido por el asombro.

En el primer plano del cuadro, en el justo medio, en el sitio de la tela que hasta entonces había quedado oculta por la cabeza del artista, estaba pintado un rostro. ¡Pero qué rostro! Mi sangre se heló en mis venas al contemplar aquella horrible, vívida y poderosa reproducción de lo que la expresión humana tiene de más bestial. Era un rostro trigueño, con gruesas cejas negras, fruncidas

Si usted desea economizar tiempo y labor en hacer su trabajo de contaduría, ésta es la máquina que usted precisa.

LA REMINGTON-WAHL



Máquina de escribir, sumar y restar

Solicite Catálogo N°. A 3

Remington Typewriter Company

729 = FLORIDA = 735 Unión Tel. 4099, Av. **Buenos Aires**

Treinta y Tres 156, Montevideo

y ocultando á medias los ojos grises, semi cerrados. La frente era baja pero ancha; un bigote negro ocultaba en parte una boca cruel y sensual que en el cuadro intentaba una sonrisa de triunfo. Esa cabeza estaba aislada, sin cuerpo, y aparecía en medio de aquel paisaje sonriente como una arruga en un rostro juvenil.

Me costó dominarme lo suficiente para hallar palabras con que interrumpir un silencio que se hacía penoso y concluí por decir sin más ceremonias señalando el cuadro:

— ¿Porqué ha puesto usted eso allí?

Los ojos azules miraron hacia el rostro espantoso y luego volvieron á fijarse en mí. Sonrió... espero que jamás he de volver á ver sonreir de un modo tan lastimoso.

— Viene... — me contestó suavemente. Su voz era como su rostro, refinada y musical.

— ¿Viene? — repetí sin comprender.

— Si, nunca puedo pintar un cuadro ahora, sin que él esté. En cuanto termino aparece para echar á perder mi obra.

— ¡Pero usted no está obligado á pintarlo! — exclamé. — Ese cuadro es una obra maestra. ¿Qué necesidad de echarlo á perder?

— Debo hacerlo.

No puedo imaginar tres palabras tan preñadas de dolor y de fatalidad como aquel *"Il le faut"*.

No pude observar. Observé silenciosamente sus manos delgadas y bien formadas mientras fijaba trozos de corcho en los ángulos del cuadro. Luego con palabras que no debieron de tener significado alguno, me volví y emprendí el regreso.

Durante todo el camino hasta la ciudad me persiguió el recuerdo de aquel rostro que había visto pintado y también el del artista — tan hermoso, tan culto, tan terriblemente triste.

Entré al comedor del hotel que nos estaba reservado y tomé el asiento que se me señaló junto á Tommy Craham. Llegaba atrasado; ya estaban por la mitad del almuerzo, y me disculpé cerca de la gruesa *patronne*. Luego antes de que se me sirviese mi *omelette* exclamé.

— Díganme, muchachos, ¿Quién es el

Subscripción única $ 6.00 por año

Señor Administrador:

Sírvase anotarme como subscriptor de su Magazine á partir del mes próximo, cobrandome á domicilio.

Nombre ....

Domicilio ....

Ciudad ....

Provincia ....

IMPORTANTE.—Para los abonados de la Capital Federal se ruega exigir el recibo correspondiente al cobrador antes de pagar. Los Subscriptores del interior deberán acompañar el importe correspondiente junto con esta orden.

y ocultando á medias los ojos grises, semi cerrados. La frente era baja pero ancha; un bigote negro ocultaba en parte una boca cruel y sensual que en el cuadro intentaba una sonrisa de triunfo. Esa cabeza estaba aislada, sin cuerpo, y aparecía en medio de aquel paisaje sonriente como una arruga en un rostro juvenil.

Me costó dominarme lo suficiente para hallar palabras con que interrumpir un silencio que se hacía penoso y concluí por decir sin más ceremonias señalando el cuadro:

— ¡Pero usted no está obligado á pintarlo! — exclamé. — Ese cuadro es una obra maestra. ¿Qué necesidad de echarlo á perder?

— Debo hacerlo.

No puedo imaginar tres palabras tan preñadas de dolor y de fatalidad como aquel *"Il le faut"*.

No pude observar. Observé silenciosamente sus manos delgadas y bien formadas mientras fijaba trozos de corcho en los ángulos del cuadro. Luego con palabras que no debieron de tener significado alguno, me volví y emprendí el

Mappin & Webb

VENTA DIRECTA
—DE LA—
FABRICA AL
PUBLICO

Casa establecida desde hace más de cien años

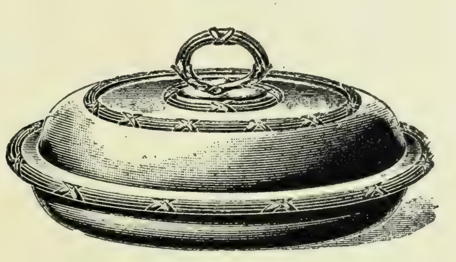


Fuente oblonga de almuerzo:
largo 28 cts. $ **95**.—

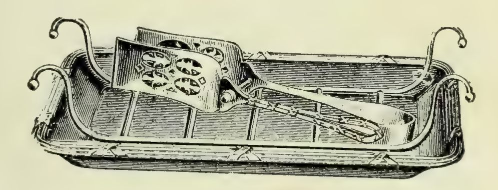
Vajillas de mesa
DE
„Plata Princesa“

El único metal plateado cuya duración queda garantida por **50 años**

SE REMITEN PRESUPUESTOS
A VUELTA DE CORREO



Fuente ovalada para entradas
Largo 30 cts. $ **50**



Fuente para espárragos $ **30**

Se hacen vajillas de todos tamaños y en varios modelos

Precio
tijo
é
inalterable

Precio
fijo
é
inalterable

Fuentes ovaladas para carne

25 cm.........	$ 30.00
30 cm.........	$ 35.00
35 cm.........	$ 40.00
40 cm.........	$ 50.00
45 cm.........	$ 60.00

Pidanse
catálogos ilustrados

Pidanse
catálogos ilustrados

BUENOS AIRES
36 - Florida - 36

Mar del Plata
Rambla Bristol

Mar del Plata
Rambla Bristol

LONDRES — PARIS — RIO DE JANEIRO — LAUSANA — BIARRITZ — JOHANNESBURG

pintor que tiene el rostro de un dios? Le encontré esta mañana. Su manera me recuerda la de un gran artista — la amplitud, el colorido — ¿Quién es?

Todos aquellos rostros despreocupados asumieron una expresión solemne y reinó un instante de silencio después que Jean contestó:

— Es Julio Larue.

— Claro, pues. Debí reconocer su pincelada. El hombre que hizo la "Juana de Arco" y "Sin Trabajo". Pero... ¿qué ha venido haciendo últimamente?

Seguía reinando en el comedor el mismo silencio extraño y uno ó dos de los presentes se agitaron en sus asientos.

— ¿Vió usted el cuadro que pintaba, antes ó después que lo terminase? — me preguntó Jimmy Bertram.

Sentí que mi rostro se cubría de rubor mientras volvía inútilmente mi tortilla en mi plato y la cubría de pimienta.

— Comprendo — dijo Jimmy — ¿No es una lástima?

— Pero... pero... dije con cierta vacilación — ¿Quién es aquel hombre? y porqué dice él que está obligado á pintarlo cuando aparece?

Tommy bebió un poco de sidra, se ahogó, tosió, y volvió á mirarme con ansiedad.

— ¿Quiere usted darnos á entender que no se ha dado cuenta? ¿No conoce usted la historia?

— ¿Darme cuenta de qué? ¿Qué historia? No sé nada sino que era tenido por un maestro y que todos predecían que llegaría á la cumbre antes que yo regresase de Persia.

Jean Berthault había concluído de almorzar, y encendió un cigarrillo. Luego se inclinó y me miró muy gravemente.

— ¿No oyó usted contar nada durante su viaje? ¿No ha leído usted nada en los diarios?

— Nada. Díganme, pues.

— Puen bien, ¡está loco! ¡Pobre muchacho! Y no es extraño.

—¡Loco! ¿Aquel hombre? ¡Qué disparate! Pinta mejor que nunca.

— Sí, pero ninguno de sus cuadros puede venderse ahora. En todos ellos aparece el rostro.

— Pero, ese rostro ¿de quién es?

— Ese rostro no existe en la tierra — contestó Jean sacándose el cigarrillo de la boca y arrojando lentamente el humo. — Lo mató.

Dejé caer mi tenedor, que sonó al dar contra el plato. Alejé este último de mí y dije:

— Cuéntenmelo todo.

Lo que me contaron fué lo siguiente:

Poco después de mi partida para Persia Julio Larue, á quien nunca había visto, aunque hubiese oido hablar de él, se había enamorado de una joven muy hermosa, hija de M. de Lesteron, el ministro. Su padre se mostraba favorable al enlace pues además de ser un artista reputado, Julio pertenecía á una buena familia y poseía un fortuna considerable.. Elena de Lesteron correspondía al amor que había inspirado al joven, pero desgraciadamente el año anterior había flirteado con el secretario de uno de los colegas de su padre. Este hombre, Luis Codard, era un meridional de carácter ardiente y apasionado. Había hecho el propósito de casarse con Elena y al saber su noviazgo con Julio, la amenazó, la persiguió, no salió de las inmediaciones de su casa y se portó en todo como un demente.

Cierto día en que Julio visitaba la casa de los de Lesteron, Luis Codard consiguió penetrar en ella casi por fuerza y llegó hasta el salón en que estaban los novios con la señora de Lesteron. Se desató en gritos y amenazas; Elena aterrorizada, se refugió junto á su novio, mientras que la señora trataba inútilmente de alejar al insensato. De repente Codard sacó un revólver del bolsillo y apuntó con él á Julio. Con un grito desesperado, Elena se interpuso en el instante en que salía el tiro, lo recibió en la cabeza y cayó muerta. Julio trasportado por el dolor y la ira, se precipitó de un salto sobre el matador y le asió del cuello. La desesperación le prestaba fuerzas sobrehumanas y fueron inútiles los esfuerzos de Codard para escapar á los dedos que le tenían sujeto como tenazas. Cuando llegaron los sirvientes, atraídos por la detonación y los gritos, Luis Codard había muerto estrangulado.

Por supuesto, el proceso no fué más que una formalidad. Julio fué absuelto entre las aclamaciones del público. Estuvo enfermo durante mucho tiempo. Poco á poco se fué reponiendo y volvió á pintar. Pero en todos los cuadros que pintó desde entonces se veía un horrible rostro, retratado con terrible parecido, el de Luis Codard.

Los médicos le habían examinado y

Teléfonos Internos



Modernice su casa

Haga colocar esta instalación y tendrá la satisfacción de poder dar sus órdenes

Directamente á la cocina ú otros puntos distantes sin la intervención del servicio y á la mayor brevedad posible.

Toda casa moderna tiene hoy el Telefóno Interno

Su costo es ínfimo y la mantención cuesta tanto como las campanillas eléctricas, equivale decir: = NADA



Para datos completos y presupuestos

H. Straube & Cia.

CANGALLO 1701
Buenos Aires

Unión Telef. 113 Libertad
Coop. Telef. 200 Central

declararon que estaba cuerdo en todo excepto en ese punto especial.

Aseguraba él que Luis Codard le aparecía cada vez que terminaba algún cuadro y le amenazaba con vengarse sobre el alma de Elena para obligarle á que pintase en el primer plano el retrato de su rostro.

La historia era horrible. Yo me sentía perseguido por aquella mirada de miedo y de horror que había visto en los ojos de Larue. Habría jurado que era cuerdo y sin embargo...

La personalidad de aquel hombre me atraía poderosamente. Algo había en él que compelía no solamente mi compasión sino también mi admiración.

Dos días después de conocer su trágica historia, se produjo un leve incidente que volvió á ponernos en relaciones. Le encontré en momentos en que vendaba la pata de un perro que se había herido. Le presté mi pañuelo para ayudarle en la operación y nos pusimos á conversar sobre mil cosas distintas. Según parece, había oído hablar de mi excursión á Persia y le había interesado mucho. Le invité á que visitase mi taller y le mostré los apuntes y bocetos que había traído.

Desde aquel día nos hicimos amigos íntimos. Me inspiraba mayor simpatía que todos los hombres que conocía. Coincidimos en todos nuestros gustos, pensamientos y sentimientos, y tuvimos juntos muchas conversaciones interesantes.

Me propuse entonces curarlo de su locura y le invité á que fuésemos á pintar juntos. Consintió de muy buen gra-

do. Tal vez fuese ilusión mía, pero me pareció que observaba cierta leve expresión de esperanza en su rostro — ¿era la esperanza de que no se presentase su terrible modelo cuando hubiese un extraño presente?

Comenzamos juntos una copia del mismo paisaje, una vista del mar por entre los pinos y abedules. En el primer plano se veían grupos de arbustos y matas de plantas. El pintaba los árboles con admirable superioridad. En cuanto á los míos dejaban algo que desear. Me dió no pocos consejos y todos los progresos que he venido haciendo los debo casi exclusivamente á sus indicaciones.

Seguimos trabajando durante varios días y los cuadros estuvieron casi concluídos. El día en que nos sentamos para terminarlos no pude reprimir un suspiro al comparar su obra con la mía — ¿Podía esperar que jamás pintaría yo así? Mi cuadro, según esperaba yo, era bueno, pero el suyo era mejor, infinitamente mejor. Reanudamos nuestro trabajo.

Era un día cálido y de completa calma. No se movía una hoja, y el mar brillaba al sol como una masa de diamantes depositada sobre terciopelo azul.

Miraba los arbustos que tenía frente á mí, preguntándome como haría para reproducir el admirable efecto de la luz reflejada, cuando observé que un abedul se agitaba. Era un arbolillo de tres á cuatro pies de alto, crecido de alguna semilla caída de un árbol vecino.

— Parece que el viento se levanta — pensé. — Pero luego observé que no se movía ninguna otra hoja y que los demás árboles estaban tan inmóviles como las copias que de ellos había hecho.

Fruncí las cejas, suponiendo que algún conejo ó cualquier otro animal se hallaba oculto al pie del árbol. Miré con detención. Podía distinguir todo el tronco hasta el musgo que cubría el suelo y no se veía ningún ser viviente.

Luego oí un suspiro, un largo y profundo suspiro, y, volviendo la cabeza ví que Julio tenía los ojos clavados en aquel abedul que se movía y que en ellos aparecía esa expresión de dolor y miedo que había visto el día en que le conocí. Miró detenidamente. Luego tomó algunos botes y esparció colores por su paleta. Me estremecí al observar qué colores escogía, pues todos ellos eran matices de carne. Estaba como clavado en

mi asiento y contemplaba sin poder moverme como se ponía á pintar rápidamente, sin un momento de detención mirando de vez en cuando en dirección al arbusto. Bajo mi mirada fascinada fué formándose aquel rostro espantoso, creado á pinceladas rápidas y hábiles. Arranqué de él mis miradas y volví á fijarlas en el abedul, tratando de ver lo que allí veía mi compañero. No abrigué un instante la duda de que no viese él en realidad lo que estaba pintando. Su mirada tenía la concentración de la del pintor que reproduce un modelo en su tela — los ojos semicerrados, las cejas contraídas, la boca levemente torcida, la cabeza echada atrás, como para ver mejor. ¡Y yo no veía nada! Pero el árbol se agitaba de vez en cuando, y volvía á quedar inmóvil, como si una mano lo tocase por momentos.

Confieso sinceramente que me sentía con miedo. Allí, en aquel hermoso país, en pleno día, en una gloriosa mañana de verano. Sentía miedo como nunca lo sentí en mi vida. Permanecí inmóvil sin soltar mis pinceladas ni mi paleta y concentrando toda mi voluntad en el deseo de ver lo que aquel hombre veía — pero solo veía aquel arbolillo que á veces se agitaba y á veces estaba inmóvil y un rostro pintado que se iba desarrollando bajo el rápido pincel del artista y que llegaba á ser aquel horror con esa expresión de odio y triunfo que había visto días antes en otra tela.

La práctica había perfeccionado á Julio. Había pintado aquel rostro muchas muchas veces. No tenía pues ninguna vacilación. Echaba una mirada rápida de vez en cuando, pero sus pinceles no se detenían.

No sé cuanto tiempo habré contemplado su tarea. Me pareció una eternidad, pero á juzgar por las sombras, no debió ser más de media hora. Luego echó él la cabeza hacia atrás y volví á oirle suspirar mientras depositaba su paleta en el suelo.

Miré de nuevo hacia el arbusto. Se agitaba en aquel momento. Luego noté que otro arbusto vecino se movía á su vez y luego otro, un poco más lejos. Me pareció que pasaba alguien invisible para mí. Alguien que se iba alejando y á su paso los arbustos se encorvaban y volvían á enderezarse.

Me puse de pie. Tenía ganas de gritar, de agitarme, de hacer algo para desprenderme de la impresión que sentía y deshacerme de aquel miedo tan poco viril. Pero Julio habló:

— Esperaba que él no vendría hoy puesto que usted estaba presente — dijo tristemente. Y agregó. — ¿Lo vió usted?

Tosí para aclarar la voz. Me parecía que tenía la garganta oprimida y ardiente:

— No, contesté — sólo ví que aquel árbol se movía.

Miró hacia los árboles con una expresión absorta y lejana. Luego se puso á arreglar sus telas y sus útiles y dijo al cabo de unos minutos:

— Supongo que ahora ya no querrá usted volver á pintar conmigo. Su presencia me sirvió de algo. Por lo menos hoy no habló.

Cinco minutos antes habría declarado que nada en el mundo me induciría á volver á pasar por las mismas emociones. Pero después de ver esa mirada triste y de oir esa voz patética anuncié mi intención de pintar en su compañía mientras permaneciese en Bretaña. Al recordar lo que ocurrió doy ahora gracias al cielo por haber consentido. Por lo menos alivié el dolor de aquella alma atormentada. Sé que mi compañía fué buena para aquel hombre solitario, aún cuando no estaba en mí el arrancar del todo el peso que agobiaba sus pobres hombros.

Día tras día salíamos juntos, colocábamos nuestros caballetes al lado uno de otro y pintábamos el mismo paisaje. Una vez tras otra, mi sangre se heló en mis venas, mi pulso dejó de latir mientras aquel modelo invisible era copiado por mi amigo. Muchas veces ví agitarse los árboles, oí el suspiro de Julio al ponerse á copiar aquel rostro y ví como iba saliendo de la tela bajo sus pinceladas.

El verano se fué deslizando y las hojas comenzaron á ostentar los colores gloriosos del otoño. Había hecho todo cuanto había podido por evitar que Larue pintase aquel rostro — agotado todos los argumentos, toda mi ingeniosidad, sin resultado alguno. Con el tiempo me relató la tragedia, me contó la primera aparición de su terrible modelo. Había luchado para no tener que pintar ese rostro, pero á ello lo había obligado las amenazas de que sería atormentada el alma de Elena — amenaza que se había sentido impelido á creer por cierto poder que no podía explicar. Cierta vez había implorado á gritos á

Elena, llamándola, pero la horrible boca se había reído, y aquellos labios le habían dicho con burla que Elena no vendría — que no podría venir, — que cuando lo pudiese todo quedaría arreglado — pero que eso no lo esperase jamás, porque no sucedería.

— Por momentos tengo tentaciones de concluir con todo de una vez — me dijo mi amigo — Pero ''él'' adivinó un día esta terrible tentación y me dijo que ella sufriría si yo me mataba... en cuanto á mí ¿que me importaría? ¡Oh!, ¡Dios mío! ¡cuánto tiempo ha de quedado arruinada. Amaba á mi arte. Sigo amándolo y soy feliz cuando pinto... hasta que he terminado mi cuadro. Cada vez vuelvo á esperar que no vendrá. ¡Ah! si pudiera pintar un solo cuadro... uno solo sin que él viniese! Volvería á esperar de nuevo. Usted me ha reconfortado. Se lo agradeceré eternamente. Por lo menos me ha evitado el volverlo á oir.

Nadie que hubiese oído hablar á Julio ó hubiese presenciado sus actos, habría podido dejar de creerlo. Nadie habría podido decir que no era más que un loco. Juro que era tan cuerdo como cualquiera. De que veía á Codard — fuese materialmente ó solamente con la imaginación — estoy del todo seguro. Yo nunca ví más que el movimiento de los arbustos. O una brisa repentina, una brisa que se iba alejando lentamente después que el rostro estaba concluído de pintar.

Cierto día de septiembre Larue y yo debíamos comenzar una bonita vista de las rocas y la arena desde lo alto de un barranco. Allí no había árboles y yo llevaba un propósito. Deseaba saber si yo también me daría cuenta del momento en que... ¡Ah! ¡ya sé que también direis que estoy loco si vuelvo á insistir en aquella brisa!

Debía encontrarme con Julio en el sitio designado á las diez de la mañana. pero me ví detenido por un contratiempo molesto. Una parte del cielo raso de mi estudio se había venido abajo y me había visto obligado á entenderme con los obreros para que aquel cuarto volviese á ser habitable.

Eran cerca de las doce cuando pude salir y por lo tanto no llevé conmigo nada de lo que necesitaba para pintar, pues me proponía llegar cuanto antes al barranco y regresar con Julio para almorzar — él nunca sabía la hora que era

cuando pintaba. De todos modos, juzgué que debía irle á explicar el motivo que me había obligado á faltar á la cita.

Andaba ligero para poder estar de regreso para los doce y media. Llegué á la parte baja del barranco y comencé á trepar por él.

De repente me pareció ver una mancha azul en la parte alta y traté de distinguir que era. Era el azul de un traje de mujer, el color de los ojos llamados gris azul. "Alguna viajera" pensé y esperé que no habría interrumpido á Larue en su tarea — ¡algunas mujeres son tan indiscretas! Luego la mancha azul se dirigió hacia la derecha y observé como se internaba entre los árboles.

Apresuré la marcha y llegué cerca del caballete. Fué lo primero que ví en cuanto mi cabeza dominó una gran piedra. Con gran sorpresa observé que la tela estaba cubierta con una figura que acababa de ser pintada.

Representaba una mujer vestida de azul, de pie, con los brazos tendidos, como llamándome. Lo primero que observé fué la actitud general y me detuve un instante á admirarla tal era la vida que había en aquel cuadro.

Luego contemplé el rostro.

Dejé caer el bastón y exhalé un grito... ¡Era el rostro de Elena de Lesteron, tan parecido y resplandeciente, tan exquisito, que me pareció que estaba mirando en los ojos á un ángel de Dios!

No me cabía duda alguna acerca de su identidad pues Julio me había mostrado una admirable miniatura que de ella conservaba. Era uno de aquellos rostros que no se confunden.

Luego recordé la mujer de azul que había visto y me precipité hacia adelante.

Julio Larue yacía tendido en el suelo y conservaba en la mano un pincel con pintura azul.

Estaba muerto. Pero al arrodillarme junto á él observé la expresión gloriosa de su rostro, alcé la vista y dirigí al cielo una oración de agradecimiento.

Sabía que por fin Elena había podido venir y que se había llevado consigo el alma de Julio. Regresé con la tela y la escondí. La reemplacé en el caballete con una tela nueva. ¿Cómo permitiría que la muchedumbre viese aquella obra? Sólo habrían sabido repetir que estaba loco. Todavía lo repiten cada vez que se habla de él; lo dicen con un suspiro al recordarlo:

— ¡Pobre muchacho, estaba desequilibrado, pero sabía pintar!

Digan lo que quieran. Pero yo sé que ví la brisa que movía á los árboles y que también ví á la mujer de azul...

Muebles de Estilo

Ingleses y Franceses

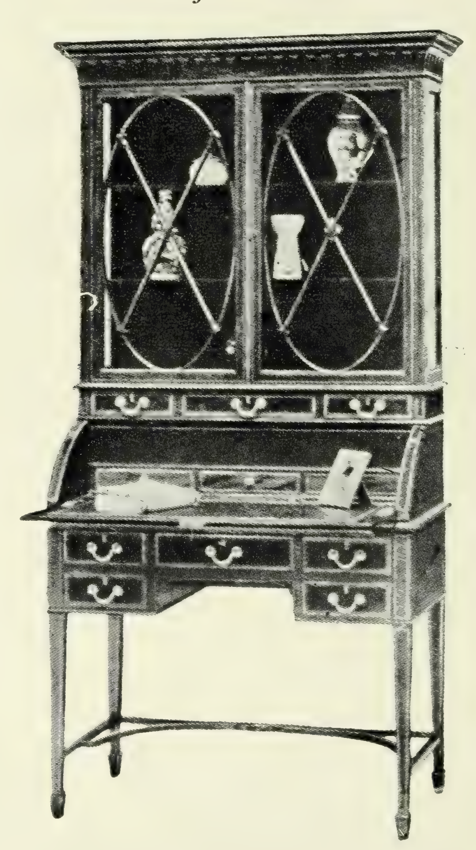
IMPORTAMOS LOS ÚLTIMOS MODELOS
DE LAS MEJORES FÁBRICAS DE EUROPA

En nuestros salones se encuentra verdaderamente una exposición de objetos de arte

Juegos de Sala

Juegos de Comedor

Muebles de Mimbre



Juegos de Vestibulo

Juegos de Dormitorio

Artefactos para Luz electrica

La casa se encarga de toda clase de

DECORACIONES INTERIORES

LONDRES



PARIS

330 · C.PELLECRINI · 340

La credulidad de los ricos

La larga, variada é interesante historia del engaño humano no ofrece tal vez lecciones más evidente que la siguiente — que con mucha generalidad no es el pobre el que se ve defraudado de su dinero, ni el sustento de la vida el que se desaparece á consecuencia de la estafa, sino que algún rico resulta embaucado y robado. Lo que ha tracionado en esos casos á su poseedor ha sido su llamada ''aptitud para los negocios'' y no el sentido común dei vulgar mortal que lucha para que alcancen sus medios á hacer frente á sus necesidades y lucha constantemente contra el encarecimiento de la vida.

William M. Chase, el artista, dice que existen cincuenta mil falsos Corots en este país. (1) Pero no se hallan en casa de los repórters, empleados de comercio, maestros de escuela, editores de diarios, libreros, agricultores ó motormen. Se hallan en casa de los ricos de los ''príncipes del comercio'' y otros por el estilo.

La manufactura de ''telas de maestros'' y de antigüedades se realiza al por mayor en Europa y los ricos americanos constituyen su principal mercado.

1) Los Estados Unidos.

Muchas obras maestras de quince mil dólares que se ostentan en las galerías de algún millonario yanqui valen otros tantos centavos, excluyendo el marco. Hasta el finado E. H. Harriman ha sido ''clavado'' al comprar cuadros y J. P. Morgan ha adquirido imitaciones.

La famosa Cassie Chadwick no pedía prestado á gente pobre — y por dos razones. En primer lugar no le habrían podido prestar lo suficiente para hacer frente á sus exigencias; y en segundo lugar no habría encontrado entre las pobres gentes suficientemente ávidas y obcecadas por la codicia para que le confiasen sus dineros.

Los Humberts en Francia no pedían pequeñas sumas. Madame Humbert no permaneció mucho tiempo entre los campesinos. Sus operaciones no habrían durado veinte días en ese ambiente. Se fué á París entre los ricos y la gente á la moda, y durante veinte años obtuvo dinero por millones de francos á la vez.

Si un hombre enteramente desconocido fuese á contarle, lector, ó viniese á contarme, que sabe donde pueden comprarse libros muy raros y valiosos por cinco mil dólares para venderlos después á algún rico coleccionista por veinte mil, es muy probable que le pregunta-

(*Del Munsey's Magazine*).

ríamos qué clase de libros eran esos, que interrogaríamos al hombre que quiere venderlos y al rico que quiere comprarlos antes de entregar los cinco mil dólares á un desconocido. Hasta podría ocurrir á nuestra mediana inteligencia la necesidad de conocer los antecedentes del desconocido. Como no poseemos esa clase de cerebro que proporciona la fortuna, seríamos bastante estúpidos para proceder con suspicacia — ó por lo menos con cautela.

Y sin embargo ese antiguo "cuento" del libro ha dado y sigue dando frecuentemente resultado tratándose de hombres y mujeres de fortuna. Sin ir más lejos, el invierno pasado, una viuda rica entregó cuarenta y ocho millones de dólares para comprar libros raros que habían de ser vendidos á un coleccionista. Más tarde descubrió que tal coleccionista no existía, ni que tampoco existían los libros; pero el dinero de la viuda — por valor de cuarenta y ocho mil dólares — había desaparecido.

Aún más, si un hombre viniese á vernos, á usted ó á mí, con la pretensión de que ha inventado alguna máquina ó procedimiento, desconocido hasta la fecha por la ciencia, y destinado á revolucionar alguna industria importante, hay probabilidades de que, antes de poner nuestros pocos y preciosos centenares de dólares en este negocio, exigiríamos una investigación completa por parte de gente entendida, reconociendo humildemente nuestra ignoranrancia. Pero eso sucedería por falta de capacidad para los negocios". El verdadero método del hombre de negocios consiste en embarcarse con los ojos cerrados.

El verano pasado se estableció un "generador solar eléctrico" en el techo de un edificio en el corazón mismo del distrito financiero de Nueva York, y se invitó á los capitalistas á que fuesen á contemplar como se alimentaban lámparas con la corriente procedente de los rayos de sol. Inspectores de la oficina de correos descubrieron más tarde que las lámparas se hallaban en conexión secreta con los cables eléctricos ordinarios. Pero los "inventores" habían conseguido interesar á varios hombres acaudalados en su proyectos y habían vendido acciones en paquetes de cinco mil dólares cada uno.

No debe sorprender qúe los ricos sean la presa indicada. Las mismas cualidades á que deben frecuentemente su riqueza los hacen también avaros ó los mantienen en la ignorancia. Además son muchos los que se han hecho ricos por un golpe de suerte, que no tarda en transformarse á su propios ojos en el resultado de su golpe de vista; y desde entonces confían en que su "golpe de vista" es infalible, descuidan las precauciones ordinarias, y la sana suspicacia de la ignorancia.

La gran estafa de Cassie Chadwick

Consideremos una de las más famosas estafas de estos últimos años — los maravillosos engaños de Mrs. Cassie Chadwick. Antes de que fuese desenmascarada había conseguido que le prestaran unos tres millones de dólares. De ellos cerca de ochocientos mil procedía de J. W. Friend y F. N. Hoffstot, presidente y vicepresidente de la Pressed Steel Car Company, de Pittsburg, personas ambas que gozaban de la reputación de ser astutos hombres de negocios. Los préstamos arriesgados que esa mujer consiguió obligaron á un banco de Cleveland á cerrar sus puertas y arruinaron al presidente y al cajero. Y la señora Chadwick obtuvo todo ese dinero sin más base que un paquete imaginario de títulos y acciones, una firma falsificada de Andrew Carnegie, y el rumor que se hacía circular secretamente, y que era ridículamente falso, de que era hija natural de Mr. Carnegie.

Al casarse con el doctor Lewy S. Chardwich, esa mujer cuyo pasado era bastante sospechoso, (aunque nadie se dió el trabajo de reunir antecedentes) consiguió cierta posición social que le permitió pedir prestado suficiente dinero como para abrir una cuenta importante en un banco. Luego, apoyándose en esta cuenta, presentó cierto día al cajero, para depositarlo, un paquete de "títulos y valores" y un pagaré por quinientos mil dólares firmado por Andrew Carnegie.

Al cajero confió en voz baja el "secreto" de su nacimiento, luego, mostrándole la firma le pidió que certificase el depósito de títulos por valor de cinco millones de dólares. Al principio vaciló, pero como ella le pidiese indignada que examinase los títulos, certificó el depósito sin siquiera mirarlos. Era ella una importante cliente del banco y deseaba no ofenderla. Además estaba deslumbrado con el nombre de Carnegie.

Provista del recibo del cajero, sus operaciones fueron rápidas y desenvueltas.

Con un depósito de cinco millones de dólares en títulos y el falso rumor de su parentesco, obtuvo que le prestasen dinero á derecha é izquierda, y por supuesto, prometiendo crecido interés. Prestar dinero con usura sobre títulos de Carnegie, y con la perspectiva de entrar en posesión de esos títulos si el dinero no era devuelto constituía una tentación á la cual muy pocos hombres ricos podían resistir.

Y sin embargo el cajero, sobre la base de cuyo recibo la señora Chadwick conseguía prestado, no había visto nunca esos títulos, y nadie se dió el trabajo de preguntarle si los había visto ó no. Mediante una estampilla de dos centavos podía interrogarse á Carnegie y toda la defraudación quedaba descubierta en cualquier momento; y nadie escribió á Carnegie. Una aventurera, una mujer que había sido condenada á prisión, con un cuento absurdo y sin pruebas consiguió estafar á dos bancos y á dos hombres de negocios por valor de tres millones de dólares.

Si esos hombres no hubiesen estado deslumbrados por el brillo del oro de la señora Chadwick — prestado la víspera por otro de ellos, por supuesto — en posesión de aquella gran fortuna, y también por el nombre de su pretendido protector, no habrían sido víctimas tan fáciles. Entre trabajadores de cabeza dura, los planes de la señora Chadwick no habrían durado diez minutos. Pero... la gente trabajadora no tiene aptitudes para los negocios.

Los Humbert y el motor de Keely

Otro tanto ocurre con la estafa de los Humbert en Francia. Madame Humbert era la hija de un aldeano, que se casó con el hijo de un ex ministro de justicia para asegurarse la deseada posición social, y luego inventó una inmensa fortuna que según ella le había dejado un millonario americano imaginario, llamado Crawford. Inventó pleitos para vincular esa fortuna con antecedentes judiciales. Los Humbert mostraban la caja de hierro en la cual se hallaban encerrados los millones, bajo sello, é inventaron herederos de Crawford para que el asunto se tramitase ante los tribunales y les sirviese para robustecer su engaño.

Mientras tanto conseguían dinero

prestado, y generalmente á alto interés, prometiendo devolver cuando entrasen en posesión de aquella gran fortuna. Durante veinte años se valieron de los instintos usureros de los ricos, y cuando por fin fué abierta la caja de hierro por orden del tribunal y se vió que no contenía más que un diario viejo y un botón de camisa, el público manifestó muy poca lástima para con las víctimas de los Humbert.

Muchos lectores recordarán probablemente el caso del motor de Keely. John Worrell Keely inventó lo que llamó un motor hidro-pneumático-vacuno pulsante. Decía que las pulsaciones de un diapasón ó de una guitarra lo ponían en marcha dando libertad á una misteriosa fuerza etérea. Comenzó á exhibir su motor en 1874 y durante veinticinco años obtuvo dinero de los capitalistas crédulos. El motor rompía barras de hierro una vez que se le ponía en marcha haciendo sonar un diapasón y en cierta época realizó maravillas ''poniendo en libertad la fuerza etérea del agua''.

— Con un litro de agua— exclamaba Keely — podía hacer viajar un tren de un lado al otro del Continente.

Oyendo lo cual la señora Bloomfield Moore, la más rica y benévola de sus comanditarias le dió más dinero todavía. Finalmente, el hijo de la señora de Moore, después de la muerte de Keely, hizo lo que usted ó yo habríamos tenido tentación de hacer desde el primer momento: llamó á hombres de ciencia y les pidió que examinasen el motor. Se descubrió que el piso y las vigas estaban llenos de tubos ocultos, que iban del motor á una máquina escondida en el sótano y que las maravillas del motor habían sido realizadas evidentemente mediante el aire comprimido.

Extracción de oro del agua del mar—

Un caso por el estilo fué el de la máquina destinada á producir oro sacado del agua del mar, y mediante la cual John S. Moore hábil banquero y especulador de bolsa, de cuantiosa fortuna, fué bonitamente estafado. Han existido muchos proyectos para sacar oro del mar, y muchos dólares han sido sacados de los capitalistas crédulos; pero J. S. Moore no era un capitalista crédulo — muy lejos de ello. Era uno de los magnates de Wall Street, que había reunido millones — á veces gracias á la credulidad de los demás. Y sin embargo fué vencido por la picardía de los yanquis del estado del Maine.

La máquina con la cual debía extraerse oro del mar fué hundida junto á un muelle frente á su residencia de Sorrento. Era sacada cada día y contenía evidentemente oro. Mr. Moore hizo ensayar el metal y no quedó lugar á dudas. El oro sacado del mar le pareció un buen negocio y puso fondos en él — pero de repente la máquina dejó de extraer metal amarillo de las profundidades verdes del agua. Una investigación demostró que simultáneamente había dejado de zambullirse en el agua el cómplice del inventor con el objeto de poner oro en el aparato.

Nunca ha podido explicarse de modo satisfactorio como es que se dejan engañar esos hombres de negocios por los estafadores á base de espiritismo. Los hombres de mentalidad científica investigan el espiritismo; algunos como Sir Oliver Logge llegan á aceptar su existencia. Pero no por eso entregan su cartera al primer ''medium'' hábil que se

presenta, y no aceptan cualquiera manifestación sin experimentos é investigaciones minuciosas. Y sin embargo la historia del espiritismo abunda en casos en que hombres de fortuna y capacidad para los negocios han sido grosera y cruelmente embaucados, á veces hasta llegar casi á perder la razón. Es porque los cerebros de negociantes, acostumbrados á tratar solamente hechos materiales no saben desempeñarse cuando se internan en regiones que no son materiales?

Las victimas de los "mediums"—

El caso más famoso por supuesto es el del pobre Lather R .Marsh que fué estafado groseramente, primero por la notoria Anna O'Delia Diss DeBar, y luego por Clarisa J. Huyler. Marsh era un hombre acaudalado, uno de los primeros en el foro neoyorkino, que había sido socio del abogado Daniel Webster, un orador y un hombre entendido en negocios. Y sin embargo la Diss DeBar le engañó completamente, mediante los recursos más vulgares del arte espiritista por escrituras espirituales y cosas de la misma índole. Concluyó por instalarse en su hermosa residencia de Madison Avenue y allí fueron pintados los famosos cuadros espiritistas — para lo cual bastaba restregar el polvo blanco

que cubría algunas malas copias de antiguas telas de pintores célebres que la DeBar y su esposo poseían.

Mr. Marsh regaló su casa á dicha mujer, además de grandes sumas de dinero. Se dejó embaucar por completo. Pero sin embargo, concluyeron por intervenir sus amigos, la mujer fué juzgada y convicta de fraude y Mr. Marsh aceptó el consejo de irse á vivir á una propiedad del norte de Nueva York. Pero antes de llegar allí cayó entre las garras de la segunda ''medium'' de la cual se dice que consiguió apoderarse de la mayor parte de la fortuna que había escapado á las tretas de la primera.

En años más recientes hemos presenciado un caso semejante aunque menos notorio. Un rico comerciante en maderas de Brooklyn, viudo, fué víctima de una 'sacerdotisa espiritual'' á quien regaló su hermosa casa y con la cual concluyó por casarse. La hija del primer matrimonio inició un proceso para que se quitase al padre la administración de sus bienes y lo ganó.

Un caso más reciente fué revelado en el juicio entablado para tratar de anular el testamento de la señora Ole Bull, viuda del famoso violinista, que poseía una fortuna de cerca de medio millón de dólares. Su hija atacó el testamento en el cual hacía importantes legados á varios individuos de ambos sexos que era ''mediums'' y discípulos de un pretendido culto hindú, el Rajá Yoga, y se adujeron notables testimonios para evidenciar como la señora Ole Bull había tenido ''meditaciones'' místicas en su casa; como había entrado en comunicación con su difunto esposo; como había absorbido tónicos y se había sometido á curaciones misteriosas. El abogado de su hija caracterizó todo esto de confabulación psíquica.

Pero, evidentemente, las víctimas de las estafas espiritistas lo son sobre todo de su propia imaginación y de su falta de espíritu científico. No se puede dejar de tenerles alguna lástima. Las víctimas de otras clase de estafa, son víctimas de la codicia, lisa y llana, y no merecen más simpatías que sus estafadores.

El cuento de las carreras—

Un caso notorio de esta índole ocurrió no hace muchos años — en 1906. El presidente de un banco de New Britain, Connecticut, William F. Walker, hombre con reputación de habilidad y de excelente posición social, se halló gravemente comprometido á consecuencia de algunas desgraciadas especulaciones en acciones. En esta situación le sorprendió recibir la visita de un desconocido. bien vestido y educado, que estaba al corriente de todas sus dificultades. El forastero dijo que era administrador del telégrafo Western Union, y se hallaba en condiciones de retrasar las noticias de carreras. Indujo al banquero á entrar en el negocio con una suma de quinientos dólares, y se marchó. Al día siguiente el banquero recibió un cheque de tres mil dólares.

Este era el cebo dorado. El banquero apurado por las circunstancias descuidó toda cautela y tragó cebo, anzuelo y flotador. Fué á Nueva York con el objeto de consultar á su ''bienhechor'' acerca de un ''golpe'' importante. Un mensajero le esperaba en la gran estación Central y le condujo á las oficinas de la Western Union. Allí encontró al administrador que pasaba apresuradamente y sin sombrero por un corredor, dirigiéndose según manifestó á una reunión del directorio. Estaba demasiado ocupado para hablar entonces con Mr. Walker y quedó fijada una cita para la noche en un hotel.

Como resultado de esa entrevista, el banquero, dos días más tarde, puso cien mil dólares en un caballo — y perdió. Se le explicó que su fracaso había sido debido al error de jugarlo á ganador y no á ''placé''. Creyó en ello, regresó á Connecticut, se hizo prestar doscientos cuarenta mil dóllars en acciones del banco, volvió á jugar — y volvió á perder.

Entonces se dió cuenta de que lo habían estafado, y huyó del país, notable ejemplo de codicia que prepara para el engaño á un hombre de negocios reputado.

El instinto del juego ha arrastrado á más de un hombre rico mucho más allá de los límites de la prudencia vulgar. En un juicio reciente de divorcio la esposa de un dueño de garito declaró bajo juramento que ''cierto rey del acero'' había perdido ciento cuarenta mil dólares en la ruleta.

Tal vez recuerden muchos lectores la sorpresa del garito de Canfield en Nueva York y las revelaciones consiguientes — como se supo que la rueda estaba adulterada y que un descendiente de los Vanderbilt había perdido cincuenta mil dólares mediante esa treta



Á NUESTROS LECTORES

Los pedidos de subscripción del interior deben venir acompañados del importe correspondiente, ó sea **Seis pesos** m/n. c/l. en bonos postales y á nombre del Administrador: Sr. Luis J. Védére.

Avisamos á los interesados en la compra de números atrasados que se han agotado las ediciones de Abril y Junio de 1911, quedando un reducido número de los demás meses, que se venden en esta Administración, á razón de $ 1.00 cada uno.

Las tapas que ofrecemos para coleccionar el Magazine están artísticamente trabajadas, siendo su tamaño para tres ejemplares de **Atlanta.**

Precio para cualquier punto de la República......	$ 2.00
» » el exterior..........................	» 2.50

La administración no se encarga de la encuadernación. Los subscriptores del interior que no reciban con regularidad los ejemplares de **Atlanta**, deben apersonarse al correo local y quejarse inmediatamente. En esta forma el correo prestará mayor atención y las irregularidades serán subsanadas.

La Administración.

Fraudes en objetos de arte—

Pero sobre todo al comprar cuadros y antigüedades es cuando son los ricos más fácilmente víctimas del engaño. Esto es muy natural. En primer lugar los ricos, en general, entienden muy poco de arte — es decir desde el punto de vista técnico — de modo que no son capaces generalmente de decidir por sí mismos acerca de la autenticidad de un cuadro. En segundo lugar los fabricantes de imitaciones son tan hábiles que consiguen engañar á los mismos peritos. Y finalmente pasar por aficionado y poseer una colección es actualmente una de las grandes ambiciones de los millonarios americanos. Son presa indicada para los falsificadores.

Cuando hombres como William M. Chase y John W. Alexander aseguran que existen millares de falsos Corots en América, cuando visita á París revelan los rincones en que se pintan esos Corots, cuando se sabe que este artista ha sido objeto de más copias que cualquiera otro maestro, parece increíble que haya todavía un hombre sensato que pague millares de dólares por una tela que se le atribuya, á menos que haya sido prolijamente examinada por peritos y artistas hábiles. Y sin embargo no pasa invierno que no se vendan en remate Corots en Nueva York, por docenas á la vez y siempre á hombres ricos y á buenos precios.

Esos hombres no comprarían acciones sin valor en Wall Street. ¿cómo es que están dispuestos á comprar cuadros sin valor en los remates? El hecho de que el cuadro proceda de la colección de algún hombre conocido no es garantía de autenticidad. ¿Dónde lo ha comprado? ¿Dónde lo había comprado el que se lo vendió?

No hace mucho, el doctor Bode, director de la Galería de Arte Nacional de Berlín, pagó cuarenta mil dóllars por un busto de cera que declaró ser obra de Leonardo de Vinci. Más tarde resultó ser obra de un obscuro escultor inglés que vivió en el siglo XIX. Si el doctor Bode puede engañarse tan fácilmente ¿cómo evitar que no ocurra otro tanto con los compradores vulgares?

El doctor Bode había sido uno de los peritos empleados por Mr. Morgan, de modo que el mismo Mr. Morgan no está á cubierto de equivocaciones. ¿No compró una copia del famoso busto de San Martín que había sido sacado de la



iglesia de Soudeilles, creyendo que era auténtico? Ulteriormente no aparecieron menos de seis bustos ''auténticos'' iguales.

Hará un año el arresto de los llamados conde y condesa de Aulby en su castillo de Francia demostró como habían vendido muchos de sus cuadros de ''familia'' — Corots, Daubignys, Ticianos, Murillos — á la señora Charles Hamilton Paine, de Boston, por cuarenta mil francos. Todos esos cuadros eran falsos.

No hace mucho, un perito visitó la galería de un mercader muy rico de Nueva York, y allí vió un Botticelli.

— Para asombro mía — relataba después — observé que esa pintura había sido hecha al óleo, y no al temple, como todos los cuadros de Botticelli.

Ese cuadro había costado al coleccionista muchos centenares de dólares — los que habría economizado si hubiese comenzado por consultar á un perito.

En 1910 un rico neoyorquino, hombre de negocios y hombre de ciencia, de mente educada, entabló demanda contra un negociante en cuadros para que le devolviese varios millares de dólares que le había pagado por un cuadro pretendido de un famoso pintor holandés del siglo XVII y también por un falso Rubens. Como prueba de que esos cuadros eran falsos presentó el testimonio escrito de varios peritos holandeses, autoridades en esa escuela de pintura. Pero no parece haberlos consultado hasta después de pagar quince mil dólares por ellos. La credulidad humana en nuestros días no puede manifestarse mejor que por la fé en un mercader de cuadros.

El engaño por correo—

El cuento llamado del detenido español es uno de los que se intentan más frecuentemente desde lejos, y que á menudo hace víctimas entre las personas adineradas. El plan es sencillo. Se dirige una carta á algún extranjero que acaba de fallecer, notificándole que ha heredado una valiosa parte en alguna propiedad minera situada en alguna región apartada de Méjico ó de los Estados Unidos, y pidiéndole que se sirva ir ó mandar á dicho sitio para la transferencia de propiedad y demás formalidades. Por supuesto, los herederos leen la carta y caen frecuentemente en la trampa.

El cebo empleado al principio era un depósito de oro y de joyas de un pariente olvidado que había muerto en una cárcel de España. Esto fué lo que dió nombre al cuento. Una vez que el cebo ha surtido efecto, se induce al representante de la familia á que efectúe un importante depósito de dinero para la transferencia de la propiedad, ó para comprar la mina inmediata, ó con cualquiera otro objeto. Por supuesto jamás vuelve á ver ese dinero.

Y esta treta surte efecto. Sin ir más lejos, en 1909, un inglés fué estafado de ese modo en más de veinte mil dólares.

Un ejemplo curioso de la facilidad con que caen en la trampa las gentes de dinero fué suministrado no hace mucho en Wall Street. Una de las casas bancarias más famosas del país, efectuó una emisión de acciones. Estas fueron ofrecidas á los bancos y corredores regulares del país, digamos al tipo de 92 1|4 por ciento. Mientras tanto, y tal vez para despertar el interés del público los emisores hacían que se ofreciese algunas acciones á 92 y 3|4 mientras que otros agentes suyos los compraban á ese tipo. Un corredor observó el hecho. Se dirigió sin perder tiempo al banco emisor, compró todas las acciones que pudo á noventa y dos y cuarto, regresó á la bolsa y las vendió á los agentes desprevenidos del mismo banco. Se ganó dos ó trescientos dólares en diez minutos.

Pero aquí viene lo más divertido. El jefe del banco lo llamó á su presencia y le reprochó haber faltado á la ética de los negocios. ¡Admirable cosa!

Si hubiese espacio podrían multiplicarse los ejemplos por millares, para demostrar que la credulidad no es exclusiva de la gente de cortos recursos, ó enteramente sin recursos y que la falta de cautela y de examen no es falta exclusiva de los pobres y de los ignorantes, sino también de los ricos y de los que pasan por hábiles y astutos.

Debemos pues llegar á la horrible conclusión que la gran fortuna y la habilidad para los negocios no es una señal infalible de sabiduría y de todas las virtudes? Si nos vemos llevados á esta conclusión desconsoladora, por supuesto es completamente contraria á la opinión que al respecto abrigan los ricos; pero éstos han sido tan frecuentemente engañados bajo otros conceptos que también es posible que se engañen en la opinión que tienen de sí mismos.

A LA CIUDAD DE LONDRES

CARLOS PELLEGRINI Y CORRIENTES - BUENOS AIRES

Lunes 4 de Marzo hasta el Lunes 18 de Marzo incluso

POR 15 DÍAS SOLAMENTE

EXPOSICIÓN



ROPA BLANCA

para Señoras, Señoritas y Niñas,

Layettes (Ropa para Bebés), Parures, Pañuelos, Corsés, Ropa de Mesa, Ropa de Cama.

Ocasiones Excepcionales durante los 15 días de Exposición

ROPA BLANCA PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS

Camisas muy buen bramante, con anchas tiras bordadas y puntilla **0.70**

Camisas percal fino, adornadas con pasacinta bordado, cintas de seda y puntillas muy finas **0.90**

Camisas percal fino, adornadas con entredós y puntillas muy finas y lindas aplicaciones bordadas **1.20**

Camisas percal fino, adornadas con muy lindo entredós, bordados y festones finos, cintas de seda **1.75**

Calzones muy buen bramante, adornados con lindas tiras bordadas **0.70**

Camisas de hilo garantido, sin mezcla ninguna de algodón, muy bien festoneadas y bordadas á mano **3.90**

Corsés cutil floreado, rosa, celeste, lila, bien emballenados, modelo práctico y elegante, 1 par ligas **1.30**

Soutien gorge de tul griego, adornado con rosa, celeste ó todo blanco, ballenas, muy livianas **3.25**

ROPA BLANCA PARA NIÑAS Y CRIATURAS

Camisas bramante, adornada con festones, para niña

2/3	4/5	6/7	8/9	10/11	12/13	14
0.30	0.35	0.40	0.45	0.50	0.60	0.65

Pañuelitos de algodón vainillados, blancos, con guarda de color y todo blanco, clase buena, para Señora, la docena **1.20**

Pañuelos de algodón, dobladillados, blancos, con guarda de color, y todo blanco, para hombre, la docena **1.25**

Pañuelos de algodón, vainillados, blancos, con guarda color y todo blanco, para hombre, la docena **1.50**

GÉNEROS BLANCOS

ROPA DE MESA - ROPA DE CAMA

Calzones percal fino, adornados con pasacinta bordado y puntillas finas. **0.90**

Calzones percal fino, adornados con entredós y puntillas muy finas, y lindas aplicaciones bordadas. **1.20**

Calzones percal fino, adornados con muy buenas tiras bordadas y entredós, cintas de seda. **1.75**

Batas de cama, shirting superior, adornadas con festón ó puntillitas **0.75**

Batas de cama, batista, adornadas con entredós y puntillas finas **1.30**

Camisones shirting superior, adornados con alforcitas y tiras bordadas. **1.25**

Camisones bramante, buena clase, adornados con entredós y tiras bordadas, muy buena clase **1.90**

Camisones percal, adornados con entredós y puntillas, cintas de seda. **2.75**

Corpiños muy buen bramante, adornados con puntilla y pasacinta bordado. **0.50**

Corpiños de percal fino adornados con entredós y puntillas valencianas. **0.90**

Corpiños de madapolam fino, adornados con tiras bordadas y puntillas finas, cintas de seda **1.40**

Enaguas blancas, shirting superior, volado adornado con alforcitas y puntillas **1.25**

Enaguas blancas, muy buen percal, adornadas con 2 volados de tiras bordadas **2.75**

Enaguas blancas, percal, ancho volado con alforcitas, 2 entredos y ancha valenciana **3.75**

Combinaciones de batista fina, toda adornada con entredós y puntillas valencianas, cintas de seda **10.90**

Camisas muy buen bramante, festoneadas. **0.95**

El calzón, haciendo juego **0.95**

Camisas percal, festoneadas, ojales bordados para pasar cinta de seda **1.40**

El calzón, haciendo juego **1.40**

Calzones en bramante, adornados con festones, para niñas

2/3	4/5	6/8	8/9	10/11	12/13	14
0.30	0.35	0.40	0.45	0.50	0.60	0.65

Camisas en bramante buena clase, adornadas con puntillaa y pasacinta y cinta, para niñas

2/3	4/5	6/7	8/9	10-11-12-13-14
0.60	0.60	0.70	0.70	0.80

Calzones en bramante buena clase, adornados con puntilla y pasacinta y cinta, para niñas

2/3	4/5	6/7	8/9	10-11-12-13-14
0.60	0.60	0.70	0.70	0.80

Enaguitas en bramante, adornadas con tiras de festones, para niñas

2	4	6	8	10	12
0.55	0.65	0.75	0.85	0.90	0.95

Enaguas redondas, en bramante buena clase, adornadas con volado y puntillas, para niñas, largos 65 á 90 cm. **1.90**

Camisones en bramante, con cuello volcado, para niñas

2-3	4-5	6-7	8-9	10-11	12-15
0.95	1.20	1.40	1.60	1.80	1.95

Delantales percal, surtidos en colores, adornados con cachepoint, para niñas

2-3-4	5-6-7	8-9	60
1.30	1.50	1.70	2.00

Delantales en nansouk, adornados con tiras de festón, para niñas

2-3	4-5	6-7	8-9	10
1.80	2.10	2.40	2.70	2.90

Delantales en dril rayado, blancos con tablones, para varón

2-3	4-5	6-7	8-9	10
1.50	1.80	2.10	2.40	2.70

PAÑUELOS Y PARURES

Pañuelitos de algodón, blancos, guarda de color y todo blanco, vainillados para señora, la docena **0.75**

Pañuelitos de algodón, blancos, con guarda de color y todo blanco, vainillados, clase mejor, para señora, la docena **0.95**

Bramante A LA CIUDAD DE LONDRES, N.o 500, clase buena; lavado, la pieza de 20 yardas **3.95**

Bramante A LA CIUDAD DE LONDRES, N.o 10, ancho 90 centímetros, la pieza de 10 yardas **4.95**

Sábanas de uso doméstico, buena clase, 155×250, dobladilladas, la sábana **1.45**

Sábanas de uso doméstico, buena clase, 193×275, dobladilladas, la sábana **1.90**

Sábanas de uso doméstico, 195×275, clase extra, vainilladas, la sábana **2.35**

Sábana de uso doméstico, buena clase, 195×275, con una inicial bordada, la sábana **1.95**

Sábanas de uso domésticos, 105×270, clase extra, vainilladas y una inicial bordada á mano **2.50**

Fundas de algodón, vainilladas, cama camera **0.55**

Fundas de algodón, vainilladas, cama camera, con inicial bordada á mano **0.70**

Fundas de algodón, vainilladas y festoneadas, cama de una persona **0.50**

Para cama camera **0.85**

Cuadrada 63×63 **1.10**

Servilletas para mesa, 55 × 55, doc **1.25**

Servilletas para mesa, 60 × 60, hilo y algodón, buena clase, la doc. **2.95**

Juegos de mantel y servilletas para mesa, puro hilo, 160 × 160, 6 cubiertos, el juego. **4.95**

Juegos de mantel y servilletas para mesa, puro hilo, 160 × 200, 6 cubiertos, el juego **5.95**

Juegos de mantel y servilletas para mesa, puro hilo, 100 × 230, 12 cubiertos, el juego. **8.95**

Juegos de mantel y servilletas para te, 150 por 150, 6 cubiertos, el juego **1.95**

Juegos de mantel y servilletas para te, 150 por 250, 12 cubiertos, el juego **3.75**

Repasadores para cocina, 60 × 60, la doc. **1.95**

Repasadores para comedor, buena clase, 65 × 85, la docena. **4.75**

Colchas blancas, buena clase, cama de una persona **1.75**

Toallas turcas, buena clase, con inicial bordada, la toalla **0.50**

INVITAMOS

á nuestras favorecedoras de la Capital y Provincias á hacer sus compras ó pedidos antes del Lunes 18 de Marzo para aprovechar de los PRECIOS DE EXPOSICIÓN. **Al mismo tiempo** pondremos en venta la primera serie de las **Novedades de Otoño.**

PIDAN EL NUEVO CATÁLOGO DE BLANCO Y LENCERÍA. - SE REMITE GRATIS

Magazine Atlanta

Publicación Mensual

AÑO II MARZO 1912 N.o 12



Derecho de traducción exclusivo para «ATLANTA»; clichés originales traídos expresamente de Europa

En primer lugar la carta la perturbó: le traía como un aroma de los campos verdes, de las praderas mecidas por el viento y de las frescas brisas, que la asaltó deliciosamente en su saloncito privado.

El ambiente lujoso que le rodeaba parecía agobiarla con su esplendor; las espesas carpetas y alfombras, los cortinados rosados, y el pequeño escritorio de ébano que la señora de Blent-Smythe le había dado el día en que asumió el puesto de cesretaria de esa señora de tantas ocupaciones sociales, parecieron causarle cierto malestar y la llevaron á desear un período de completa é ilimitada libertad.

Además ¿No le había prometido un
Volvió á tomar la carta y á leerla detenenidamente, observando la calidad
asueto la señora de Blent-Smythe?
común del papel y del sobre que le recordaban irresistiblemente el lugar en que había pasado su juventud.

¿Qué decía Dick?... Que deseaba que volviese, y que la aldea le parecía cambiada desde que ella la había dejado... Dejó caer la carta sobre sus rodillas y durante un instante se quedó pensativa... Claro está que quería mucho á

(*Del Wide World Magazine*)

Dick, y que también quería mucho á la aldea; pero renunciar á todo "aquello" y regresar... cuando solamente comenzaba á saber lo que era vivir, según lo había aprendido de aquella ciudad inmensa! ¡La cosa era enteramente imposible!

— Pero les debo una visita y he de ir allá aunque sea por pocos días—se dijo á su misma, convencida de que cumplía religiosamente con un deber—Y la señora de Blent-Smythe me indicó que preferiría que fuese la semana próxima. Bueno, pues, iré,... y si aquello es demasiado insoportable...

Se interrumpió encogiéndose de hombros con un gestecito afrancesado que se le había contagiado en el viaje hecho á París el mes anterior cuando acompañó á la señora de Blent-Smythe. Volvió á colocar la carta en su sobre que deslizó en un cajón con la inteción de volver á leerla más adelante.

Y así fué como, cuatro mañanas más tarde, Elena Dorrington dejó la gran mansión habitada en Park Lane por la señora de Blent-Smythe y su familia y, con una valija en una mano y su cartera de viaje en la otra, se dirigió á la estación y realizó aquel viaje que venía prometiendo desde tanto tiempo atrás.

En su bolsillo llevaba en un cheque su salario del mes — era un cheque importante que le comunicaba un sentimiento de independencia — y su valija contenía entre otras cosas regaladas por la señora de Blent-Smythe un traje de baile hecho por madame Leslie, de Bond Street, que había resultado sentar mal á aquella señora.

Al pensar en ésto y en el cheque se mantenía animada de un sentimiento de seguridad y de tendencias de "gran señora" que hasta tres meses antes había desconocido por completo.

Tomó su boleto — de segunda clase — cosa que en otros tiempos habría calificado su mamá de derroche inútil, y subió al tren, sentándose junto á la ventanilla abierta, por donde entraba una brisa de otoño que le apartaba del rostro el cabello y agitaba las alas de su elegante sombrero negro. Se sacó los guantes, cruzó las piernas y se sumió en la lectura del libro que había traído, una de las novelas más recientes, escrita con extraño talento, chispeante de ingeniosidades agudas, que no siempre se entendían fácilmente. No se le ocurría que existieran otros libros que tal vez fuesen tan interesantes y un poco menos dañosos. La señora de Blent-Smythe se lo había dado, después de haberlo leído, diciéndole "es muy interesante, querida mía" y por lo tanto, confiada en esa indiscutible autoridad, lo había traído consigo para leerlo en el tren.

El viaje era largo y tardó tres horas; mientras tanto Elena comía los chocolates que contenía una caja que el señor Tredennis le había dado al despedirse la noche anterior y leía, capítulo tras capítulo, buscando las agudas ingeniosidades que la señora de Blent-Smythe había calificado de muy interesantes.

Como el libro le pareció aburrido lo dejó caer junto á sí en el asiento y se entregó á sus pensamientos. ¡Qué diferente era ella tres meses antes! ¡Qué vida distinta la que llevaba y qué ambiente tan diferente! ¡Le era difícil imaginar que pudiese volver á vivir en la aldea y en la forma en que lo había hecho, sin bailes ni diversiones para combatir la monotonía de la vida. ¡Qué simple muchacha de campo había sido! Se rió de sí misma al recordarlo. Y Dick, el grande, rústico y mal vestido Dick. ¡Pensar que ella había podido pensar en él como en un posible esposo futuro! ¡Qué exagerados le parecían su tamaño, su rusticidad y lo mal que vestía, cuando lo comparaba con el señor Tredennis! Bendijo en su alma á Lila Mortimer por haberle dado la recomendación que le había asegurado un empleo tan excelente.

— Puesto que es necesario ganarse la vida, más vale hacerlo con comodidad — pensó y se sonrió á sí misma con entera satisfacción.

Y ¡qué placer tendría Dorotea al verla! ¡Querida pequeña Dotty, tan aficionada á los lindos trajes y á la vida y al movimiento, que soñaba con los diarios de modas parisienses, y siempre trataba de parecer vestida "á la derniere" — lo que le había valido el mote de "figurín" en la aldea de Brentford. ¡Cómo enseñaría á peinarse, al modo de las grandes damas de la ciudad y á ponerse el sombrero con el chic que exige el buen gusto! ¡Ya vería ella qué gran dama se había vuelto su hermana!

El pensamiento de todo lo que la esperaba la llenaba de un placer pueril.

... Y pensar que tres meses antes no

conocía nada de todo aquello! Tres meses antes no conocía al señor Tredennis, no había recibido más regalos que flores sencillas del campo, en lugar de aque-



Su «mas querida» volvía nuevamente á casa.

llos hermosos ramos con costosas rosas; no sabía lo que era ser admirada... ni se lo había dicho... un hombre verdaderamente de la ciudad!...

Volvió á arrellanarse en su asiento y contempló como iba dejando atrás las estaciones. ¡Otras dos más y habría llegado! Y volvería á la casa polvorienta, y al tedio incesante de los quehaceres domésticos, y de la cocina. Y... Dick!... ¿Qué le diría? ¿Qué pensaría de la metamorfosis, que había transformado á la cenicienta en la princesa de cuento de hadas? Podía figurarse la sorpresa que expresaría su rostro cuando fuese á buscarla á la estación.

¡Latchett!... ¡Brentford! ¡Había llegado por fin!

Bajó del tren y puso el pie en el pequeño andén rural. Nada le parecía distinto, nada había cambiado, pero todo le parecía carecer abominablemente de "distinción".

Tomó en sus manos su valija y su cartera de viaje y con andar de dama de la ciudad cruzó la estación y se dirigió hacia un coche que esperaba en la calle estrecha.

Al acercarse oyó una voz cordial que exclamaba en tono de bienvenida. "¡Elena!" vió que el mocetón alto que poco antes tenía las riendas saltaba del pescante, las entregaba á un muchacho y se dirigía hacia ella; al verlo su corazón tuvo un estremecimiento, pero casi instantáneamente pareció dejar de latir bajo el golpe de la desilusión.

¿Y éste era Dick?... ¡Qué abominablemente mal cortado estaba su traje! y porqué se peinaría de un modo tan horrible?... Más tarde le enseñaría á hacerlo como el señor Tredennis.

— ¡Hola! — dijo ella con tono tranquilo, mientras él le tomaba ambas manos y las agitaba como quien saca agua con una bomba — ¿Cómo andan las cosas por aquí?

— ¡Superior! — exclamó él observándola con detención. — Se ha vuelto muy pueblera, Elena. No la habría reconocido con esa ropa tan paqueta. ¿Dónde está su equipaje?

Ella le indicó el sitio donde había dejado su valija.

— Allí está — dijo, mirando de soslayo su rostro animado y preguntándose como era que nunca hasta entonces Dick le había parecido feo. — Puede ponerlo en el coche. Estoy ansiosa de llegar á casa, me siento muy cansada.

El extremó sus atenciones.

—¡Lo siento mucho! ¡Pobre chica, debía haberlo supuesto! Suba pues. ¡Qué linda está así! Pero no me acostumbro á ese sombrero — parece una francesita —¿dónde aprendió usted á usarlos?

Ella irguió la cabeza y trató de hablar con indiferencia.

— No recuerdo. Probablemente en París. Las señoras son admirables allí... quisiera que las viese... ¡yo no soy nada!...

El sacudió la cabeza con terquedad.

— No tengo deseo de verlas. Y eso de no ser "nada"... Se interrumpió para ayudarla á subir al alto asiento y luego saltó y se instaló á su lado y acarició el lomo de su caballo con la fusta.

— No ha olvidado "aquello" ¿No es cierto, Elena?

Ella tuvo un suspiro de desaliento. ¿De modo que habían llegado á eso, como sabía ella que debía suceder tarde ó temprano? Y él se atenía á aquella promesa de niña que le había hecho, como si esas puerilidades fuesen cosas formales después de todo lo que ella había visto.

— ¡Oh! — dijo ella con tono mal seguro, y apartando de él su mirada — háblaremos de eso más tarde. Y se apresuró á cambiar de conversación.

El trayecto hasta su casa le proporcionó alguna satisfacciones. Las miradas de asombro y los rostros boquiabiertos que la contemplaban á su regreso á la aldea le causaban placer y halagaban su vanidad. Después de todo se daba cuenta de que ahora era "alguien". Se sintió inconscientemente superior cuando María Halliday — su antigua amiga y confidente — se detuvo y siguió contemplando el dogcart que se alejaba como si no pudiese creer sus ojos y Elena se irguió instintivamente y contempló lo que la rodeaba con los aires de una reina que regresa á sus dominios

Pero á pesar de todo esto, la aldea le parecía horrible. Eran siempre los pequeños tenduchos que había visitado cada día durante tanto tiempo, para comprar los víveres y otros artículos de necesidad; la misma oficina de correo y confitería combinadas, donde cuando niña gastaba cada semana su penique en azúcar con la cual se pringaba los dedos; el mismo humilde "cottage" donde por la módica suma de dos peniques los

viajeros podían comprar un vaso de limonada espumante y un gran bollo con pasas... ¡Qué familiar era todo aquello!... ¡Y qué horrible! Trató de ahogar esos sentimientos nuevos y de verlo todo tal cual lo veía tres meses antes. Pero el trato de la alta sociedad tiene por efecto privarnos del corazón y en vez del placer que habría debido causarle la vista de aquellas cosas que habían constituído su vida diaria, solo sentía una impresión de extrañeza desdeñosa al pensar que la gente podía contentarse con ellas.

— ¡Hemos llegado! — exclamó Dick de repente deteniendo al caballo y saltando al suelo. — Aquí tiene usted su casa, Elena. ¿Es linda, no es cierto? Ya me figuro lo que usted siente... lo mismo sentí yo á mi regreso del Canadá. Baje, pues.

Ella sintió que el rubor le subía á las mejillas é inclinó la cabeza para ocultarlo. Por nada del mundo habría querido que Dick supiese lo que pensaba — después de todo, sólo por no haber estado en la sociedad como ella podía él figurarse que no había sitio como aquel. Bajó pues del coche en silencio, se sacudió el polvo del traje gris, se arregló el sombrero y se dirigió hacia la casita que ya había asumido aire de fiesta y de la cual salían ruido de voces y palabras de bienvenida.

La puerta se abrió y salió una mujer, de cabello castaño y ojos grises, con aquellas señales de cansancio en torno de la boca y en las mejillas que revelan las preocupaciones y el trabajo constante para hacer que alcancen para todo recursos ridículamente mezquinos. Su traje de tela impresa estaba escondido por un gran delantal que la cubría del cuello á los pies y su rostro traspiraba por efecto del calor de la cocina.

— ¡Elena! ¡Querida mía! ¡Qué contenta estoy de verte! — exclamó tamándola en sus brazos sin reparar en otra cosa sino que tenía de regreso á su hija mayor y más querida. — ¡Y qué buena cara traes! y, ¡Dios mío! ¡qué gran señora! Eres demasiado elegante para nosotros, Elena.

Elena habló con voz tierna. Algo le oprimía la garganta á la vista del rostro cansado de su madre, á la vez que cierta humedad invadía sus ojos y hacía temblar ante su vista ese rostro familiar y querido. — Yo no soy nada en comparación de la mitad de las amigas elegantes de la señora de Blent-Smythe. ¡Quisiera que la vieses, mamá! ¡Lo quisiera!

La señora de Dorrington meneó la cabeza y se alisó el delantal con manos endurecidas por el trabajo.

— No tengo el menor deseo. Entra, hija mía; el viaje ha sido largo y el té estará servido dentro de un instante.

La condujo por una estrecha senda rodeada de flores, teniéndola abrazada por los hombros, mientras Dick seguía á retaguardia.

Cuando volvió á hallarse en aquella casa diminuta, Elena miró en torno de sí, y de nuevo volvió á apoderarse de ella esa sensación de que todo le era á la vez extrañamente familiar y ajeno. ¡Cuán diferente le parecía todo! Sí... eran las mismas sillas con sus curiosos respaldos altos y sus asientos forrados de rojo en el comedor; y el mismo reloj del abuelo que hacía oir su ''tic-tac'' eterno en el vestíbulo; pero distinto. Aquellos pájaros polvorientos bajo un globo de vidrio de la sala, ¿cómo podía haberse figurado jamás que fuesen bonitos?... Y aquella horrible tela que cubría las sillas del estudio de había sentido el deseo de hacerse un traje con los retazos. Un olor á comida invadía la casa, y el calor húmedo de la cocina daba una impresión de encerrado.

¿Porqué no cerraría su madre la puerta de la cocina? Se levantó del asiento del comedor en que la habían dejado pora que descansase mientras se preparaba el té y se dirigió al vestíbulo.

Su padre no había regresado todavía de su trabajo y la casa estaba comparativamente silenciosa excepto alguno que otro rumor de voces que llegaba de la cocina. Fué hasta ella y el espectáculo que hirió su vista desacostumbrada le causó pena é irritación.

El ambiente era húmedo y cálido y Sally, sucia y mojada, con un delantal roto y una gorra torcida se apresuraba á arreglar las cosas, sin conseguir aparentemente más que aumentar el desorden. Una pila de platos sin lavar yacía sobre la mesa, y otra, mayor todavía, llenaba la pileta é invadía mal equilibrada los estantes, mientras que, junto á la hornalla, su madre cocía algo en una gran cacerola.

— Estoy haciéndote dos huevos pasados por agua. — Te vendrán bien des-

pués de tu viaje — le dijo levantando la vista de su tarea, con el rostro colorado y el pelo desaliñado, pero sonriente. — Dentro un ratito estarán prontos, querida mía.

Entró y besó aquella mejilla calurosa. Era muy buena su madre de darse ese trabajo y se lo agradecía pero... huevos ¡huevos!... cuando estaba acostumbrada á meriendas delicadas y á los exquisitos bizcochuelos franceces. Sólo pensarlo le causaba malestar.

— Para qué se ha molestado. Muchas gracias, dijo con calma, y salió de la cocina, cruzó el vestíbulo y entró en el estudio de su padre. Allí reinaba el caos, como siempre había sucedido cuando ella no se había ocupado de enmendarlo, pues su madre tenía demasiado en que ocuparse con los dos hijos menores que iban á la escuela y no regresaban hasta la hora del té, mientras que Dorotea trabajaba en la oficina de correo todo el día hasta las cinco.

Instintivamente buscó en el cajoncito de la izquierda del escritorio, donde se solía guardar un plumero. Sí, allí estaba. Lo tomó y se puso á sacudir. ¡En qué estado estaba todo! Después del escritorio, limpió la chimenea, las sillas y hasta el banquito en que solía su padre descansar los pies mientras leía.

¿Qué es lo que ocurría? No recordaba haber visto tanto polvo y desaseo. ¿Era bía sido en realidad tan inútil que no sabían arreglárselas tan bien en su auque hacía ella falta en la casa? ¿Hasencia como cuando ella prestaba su ayuda?

Un pequeño estremecimiento de placer le reconfortó el corazón y reanudó su tarea con nuevas energías. Había mucho que hacer.

Diez minutos después el cuarto estaba arreglado. Se volvió y vió á Dick de pie en el umbral, contemplándola con ojos sonrientes.

— Da gusto volverla á tener por acá — dijo sencillamente, observándola.

— ¿De veras? — le dijo por encima del hombro, mientras enderezaba un cojín torcido del sofá de crin. — Pues bien, tengo placer en estar acá... Aunque por supuesto todo me parece terriblemente diferente.

— Sí, supongo que es terriblemente diferente — dijo él con calma pero con cierta inflexión extraña en su voz profunda. Ella se volvió bruscamente y le examinó mientras una manchita rosada aparecía en cada una de sus mejillas.

— ¿Qué ocurre? — preguntó.

El encogió los robustos hombros.

— Nada... ¡Aquí está Dorotea! — Y al mencionar el nombre de la hermana su rostro se iluminó visiblemente. Elena le dirigió una mirada de sorpresa. Tal vez, después de todo estuviese ella equivocada, y hubiese él olvidado aquella promesa, como ella... tal vez no le concediese ya tanta importancia.

Probablemente sólo por sentimiento de deber se había referido antes á aquella promesa. Y ahora se trataba de Dorotea y no de ella. ¡Qué espléndidamente se arreglarían las cosas si resultaba así! ¡Dick y Dorotea!... El señor Tredennis y...

Interrumpió sus pensamientos sonrojándose sin poderlo resistir.

— ¿Qué ocurre? — oyó que preguntaba Dick, como ella le había preguntado antes sacudiendo la cabeza lentamente y mirando por la ve ntana á la joven que llegaba corriendo por el sendero.

No ocurría nada sino que... Dorotea había crecido y estaba más bonita que nunca. Besó la boca rosada y acarició tiernamente la tersa mejilla. Sí, Dorotea era ciertamente una belleza... y sabía peinarse además, aunque ¡Dios sabe como había llegado á aprenderlo! Luego se rió al ver la mirada de adoración de los ojos de Dorotea.

— Sí, es bonito. ¿No? — dijo echando una mirada sobre el traje gris que llevaba puesto. — Lo compré como ocasión en Regent Street. Siempre tienen cosas encantadoras allí. Algún día te llevaré conmigo y las verás, si es que quieres venir. Creo que Londres te gustaría. ¡Oh Dorotea, es espléndido!

— Sí, es hermoso. — dijo con tono tranquilo, recordando su salita con sus colgaduras de brocato rosado, y su espesa alfombra de Turquía y recordó al mismo tiempo al señor Tredennis —

No tuvieron tiempo de reanudar la conversación, pues los niños regresaron de la escuela, y, claro está tuvo que tomarlos en sus rodillas, y dejar que admirasen su hermoso vestido y la tirasen de los ricitos que colgaban de los lados de su rostro para ver como volvían á encogerse, como resortes. Y cuando por fin se sirvió el té se sentaron todos en torno de la mesa y Dorotea por una parte cortó rebanadas de pan y las

muy hermoso, querida Elena.

La hermana mayor inclinó la cabeza.

— ¡ Ya lo creo que sí ! — exclamó Dorotea con entusiasmo, palmoteando. Dick me pormete que algún día me llevará á pasar todo un dia. Debe ser un sitio



Inclinóse hacia élla y oprimió su mano

cubrió con monteca espesa y amarilla, que tomaba de un trozo poco apetitoso que descansaba en un platillo de loza, mientras Ceraldo, el menor de los dos niños se servía jalea de frutilla y conseguía echarse más encima que en el plato.

La vista de todo eso molestaba á Elena. Consiguió comer un huevo, y apartó el otro diciendo que no tenía apetito. ¿Porqué era todo tan diferente... tan cambiado? No le parecía posible que hubiese vivido toda su vida en ese ambiente y se sintiese satisfecha. Mordisqueó un trozo de pan con manteca, cortándolo en cuadritos en su plato y lo comió de mala gana.

— ¿No es rara? — exclamó Gerardo señalándola con su índice pringado de dulce — parece que comiese con miedo.

La señora de Dorrington meneó la cabeza.

— ¡Cállate, hijo mío!... No comes mucho, Elena.

— No puedo — contestó ella, sonriendo á su madre que tenía enfrente. — No tengo ningún apetito, de veras, mamá querida.

— Está demasiado cansada — dijo Dick, con conocimiento superior — La encontré que estaba sacudiendo el estudio cuando regresé de la oficina de correo y necesita descansar... no hay otra cosa. No se puede comer cuando se está cansado.

¡La oficina de correo! Elena comprendió el significado de estas palabras y su corazón tuvo un curioso estremecimiento. Dorotea trabajaba en el correo y allí era donde había ido Dick después de acompañarla hasta casa... ¡Pobre pequeña Dorotea! Como desearía hacerle conocer un poco la verdadera vida antes que se fijase para siempre en medio de "aquello".

— Lo hice con gusto... y no era gran cosa — dijo y volvió á sumirse en el silencio.

Y así trascurrió el día. A la hora de la comida regresó el padre á casa.

— Tengo noticias para tí — dijo, después de besarla y mientras fumaba una pipa como aperitivo. — Alguien acaba de llegar á la aldea... un amigo tuyo, un joven llamado Tredennis... lindo muchacho de bigote negro. Llegó en un gran automóvil rojo, y bajó en el hotel donde pasará la noche... Vendrá á visitarte después de comer.

La familia comenzó á manifestar interés, y le dirigió preguntas sonrientes, y guiñadas y gestos, como si todos supiesen de qué se trataba, y ella sintió que sus mejillas ardían, y su corazón comenzó á latir, y su pensamiento voló hasta el hotel, donde el señor Tredennis... "su" señor Tredennis y su gran autimóvil rojo pararían la noche... ¡Y él vendría!

— Voy á arreglarme un poco — balbuceó al concluir de comer y se dirigió corriendo á su pequeño dormitorio en lo alto de la escalera.

¡El señor Tredennis! Y había hecho todo ese viaje! Recordaba ahora que le había dicho que pensaba viajar por esa región, pero nunca esperó que le vería. ¡El señor Tredennis!... Y rico como era podía sacarla para siempre de en medio de todo "eso"! ¿Qué importaba si era tenido en la ciudad por el flirteador más incorregible? Siempre eran los hombres de ese tipo los que se enamoraban más profundamente cuando les llegaba el turno. Y seguramente le había dado á entender que ella le gustaba, aun cuando no fuese más que la secretaria de una gran dama. Cosas más raras habían ocurrido y seguirían ocurriendo mientras existiese el Amor, el Gran Igualador.

Se arregló la blusa, alisó su pollera, y volvió á bajar, consciente de la emoción que la embargaba.

¡El señor Tredennis vendría! Ahora vería Dick qué clase de hombres trataba ella.

Se dirigió al jardín donde toda la familia se había reunido en la galería. En ese instante sonó el timbre de la puerta y ella volvió á entrar precipitadamente.

— ¡El señor Tredennis! — exclamó ella, abriendo la puerta y tendiendo la mano al joven que entreveía en la obscuridad.

—Papá acababa de decirme que usted vendría. Tenemos mucho placer en verlo.

El joven alto, envuelto en abrigo de chauffeur se sacó la gorra y al tomarle la mano le dió un aprentoncito familiar. Hasta en la media luz podía darse ella cuenta de lo bien vestido que venía... tan diferente de Dick con su traje llano de corto rústico.

— Es usted muy amable por cierto — dijo él, dejando que retirase ella su mano y siguiéndola. — Espero que no causo molestia, pero ocurrió que tenía que pasar por acá — estoy invitado en Ches-

ham Hall — y pensé que debía venir á saludarla. ¡En qué lindo rincón vive usted!

Elena se mordió los labios. Notaba el tono de cortés interés que manifestaba su voz, pero con todo, sus oídos susceptibles creían percibir una flexión sarcástica. ¿Qué pensaría él de su casa?

— Sí, es bonito el lugar — dijo con voz indiferente, y siguió guiándolo hasta la pequeña galería.

— Mamá, el señor Tredennis. Señor Tredennis, mi madre.

Concluídas las presentaciones, se sentó satisfecha de que ese paso por lo menos estaba dado. Oía la voz de su madre que hablaba tranquilamente del modo lento que le era habitual y las contestaciones del señor Tredennis, pero personalmente seguía silenciosa. Dick también de vez en cuando decía algunas palabras y en cierta ocasión se inclinó hacia ella y le dijo algo en voz baja, pero ella no lo oyó. Tenía clavados los ojos en el rostro del señor Tredennis y sus oídos se esforzaban para percibir todas las inflexiones de su voz cortés y refinada.

El parecía tener placer en la compañía Dorotea, pues le decía en voz baja cosas que la hacían sonrojar y reirse, y que eran otras tantas puñaladas para su corazón celoso.

Dorotea ya le había quitado á Dick, no era que ella lo sintiese — pero de veras era demasiado que ahora le quitase al señor Tredennis!

Suspiró inconscientemente y se agitó en su asiento.

— ¿Está Vd. cansada? — preguntó Tredennis, inclinándose hacia ella y mirándola el rostro. — ¿Por qué no viene á dar un paseíto en el automóvil? ¿Le haría bien y volvería á cubrir de rosas esas mejillas pálidas. Y además tengo que decirle algo. — Ella no pudo dejar de notar que había bajado la voz al decir esto. — ¡Venga pues!

Vaciló Elena un instante, ¡Tenía algo que decirle!... ¡Algo que decirle! Y quería decírselo á solas! Ciertamente eso no podía interpretarse más que de un solo modo.

— ¡No vaya, por favor! — le dijo Dick en voz baja, pero ella se puso de pie sacudiendo sus polleras con una risita.

— Sí, iré con gusto — dijo sencillamente y pasó junto á Dick, sin siquiera dirigirle una mirada. Le pareció que oía un suspiro mientras bajaba los peldaños de la galería y entraba á la casa en busca de su sombrero y se rió de placer y excitación.

Cuando regresó, Tredennis estaba pronto y esperaba.

— La traeré sana y salva, no se preocupen — dijo á la señora de Dorrigton, al cambiar con ella un apretón de manos y una inclinación de cabeza, con el mismo gesto que si fuese una duquesa. — Un paseíto de media hora y le prometo andar con mucho cuidado. ¿Está usted pronta, señorita Elena? ¡Buenas noches!

Y después de saludar con el gorro, puso el automóvil en marcha.

Durante los diez primeros minutos anduvieron en silencio. Luego, cuando salieron de la aldea y llegaron á la pradera, Tredennis se inclinó hacia ella y puso sobre la suya su mano izquierda.

— Tengo mucho placer en volverla á ver, Elenita — le dijo, acercándose tanto que su aliento movía los rizos de la joven. — Recuerde aquel día en que la señora de Blent-Smythe le permitió que paseásemos á solas por el río. Cómo nos divertimos. ¿No? ¡Qué diría ahora si nos viese!

Se rió y Elena se rió con él, pero cierto suspiro con qué terminó la risa hizo que él la mirase atentamente el rostro. El automóvil osciló en su marcha como un hombre abrió y se salió del lado del camino que le correspondía.

— ¡Oh! Vaya usted con cuidado — exclamó ella. — Podría suceder algo y... ¡Oh!... ¡Qué hace usted!... ¡no quiero!

Pues, de repente él se había inclinado hacia ella y había apoyado sus labios sobre la mejilla de la joven.

— ¿Porqué no, hija mía? — dijo él muy suavemente volviendo á besarla otra vez, sobre el rizo que se agitaba junto á su orejita. — Cuando una muchacha gusta á un joven, pues bien, algo por el estilo suele suceder. Usted es una coqueta y nada más.

Ella se cubrió con las manos el rostro ardiente, y sintió que su corazón latía á grandes golpes. ¡Cuando una muchacha gusta á un joven! ¡Así, ella le gustaba! ¡Qué diría la aldea al ver que ella llegaba á ser una gran dama! ¡Pobre Dick! ¡Cuántas felicidades no debería ella á esos benditos tres meses!

— No sabía yo que... le gustaba... — confesó, con mucha timidez, mirándo-

le de soslayo por entre las pestañas. El volvió á reirse, acortó la marcha y rodeó su talle con un brazo.

— ¡Gustarme! Como si usted pudiese dejar de gustar. ¡Si es usted la cosita más bonita que he visto en mi vida! ¡Si me gusta!

La apretó con tanta fuerza, que ella gritó, y la besó una y muchas veces en la mejilla.

— Oh, no, por favor... decía ella tratando de alejarlo... no,... no debe hacerlo. No puedo permitirlo... ¡por favor!...

— Sí, que debo. Y que lo haré..' contestó él, mirándola con ojos entornados. — ¿Sabe que ese sonrojo le sienta divinamente, querida mía? debe usted cultivarlo más. Ahora deme usted un beso, como una muchacha buena... ¡vamos!

Pero instintivamente ella alejó su rostro. Estaba muy bien estar comprometida con un hombre pero... algo la contenía.

—No—dijo con decisión—¡oh! ¡no!

El automóvil se detuvo de repente y soltó el manubrio.

— ¡Es una tontera! ¡Debe usted darme uno!... ¡uno, nada más! — agregó con tono suplicante que la hacía estremecer intensamente. — No tenga miedo. — Es el primero que le pido. Vamos, no le pediré más que uno. ¡Por favor!

La tomó en sus brazos y trató de besarla en la boca, pero instintivamente ella alejó la cabeza. Algo le impedía hacer lo que le pedían. Tal vez más adelante, cuando se conociesen mejor... Aún tenían tanto tiempo por delante...

— No, no,... otro día, ¡por favor!... ahora no, — repetía con voz asustada — Prefiero que sea otro día, si usted no se enoja.

El la soltó y se encogió de hombros.

— ¡Oh! como usted quiera. Sólo que estamos de vuelta á su casa, y quería un solo beso, como recuerdo suyo. Sólo quedan pocos minutos y después tendremos que decirnos adios... ¡Uno solo, querida mía, por favor!

Ella cerró los ojos y vaciló. Qué otra muchacha en el mundo tenía semejante novio. ¡Dick!... oh Dick estaba muy lejos de parecerse á él. Y ella no había besado nunca á Dick, aunque él la había besado una vez, el día que le hizo aquella promesa tonta. Pero no había sido más que en una mejilla. Recordó de repente que le había tomado las manos y se las había besado. ¡Qué proceder tan tonto! Pero...

— No, no puedo ahora, — repitió ella, y se alejó involuntariamente al ver la expresión irritada de su rostro.

— ¿Con que no puede, no? — dijo Tredennis volviendo á poner en marcha el automóvil — Pues está muy bien. Solo lo pedía en recuerdo de otros tiempos. Pero no importa. No volveré á besarla á pesar suyo. Muchas gracias. No soy tan torpe.

Ella se inclinó hacia él y le puso tímidamente una mano sobre su brazo.

— Siento mucho, solo que... compréndame. No me atrevo ahora.. Tal vez otro día...

El se rió:

— ¡Qué diablito! Pero mucho me temo que no se presente otra ocasión, porque, sabrá usted que acabo de comprometerme con lady Phillis Hamilton, y no creo que que me permita que bese á las muchachas bonitas en lo sucesivo. Eso era lo que tenía que decirle. Usted la conoce. La vió en el baile de la de Carrington la semana pasada... una linda muchacha también.

Durante un instante Elena se estuvo callada, mientras los colores abandonaban su rostro y sus ojos se desencajaban como con horror. ¡Comprometido con lady Phillis! *¡Comprometido... con... lady... Phillis!* Aspiró ruidosamente el aire, y se apartó de él cuanto pudo. ¿Qué clase de hombre era pues? ¿Qué se había propuesto esa noche? ¿Porqué la había besado y acariciado y dicho que le gustaba.... cuando estaba comprometido con lady Phillis? Ninguno de los hombres que ella conocía habían hecho jamás nada parecido. Cuando besaban á una joven significaba que la querían y querían casarse con ella, mientras que él... el señor Tredennis, que ya no era más "su" señor Tredennis... estaba comprometido con lady Phillis... Y no tenía intenciones de casarse con ella, ni nunca las había tenido y había flirteado con otras muchas muchachas en la última estación. Y ella — tonta y loca — había creído que la cosa iba en serio. Debía haberse figurado. Debía haber adivinado en vez de dejar que se burlasen así de ella. Después de todo ¡muy poco había aprendido en esos tres meses!

— Reciba mis felicitaciones — dijo secamente, y su voz sonaba con rudeza.

— Quiere usted tener la bondad de apresurar la marcha. Estoy cansada.

El le dirigió una mirada.

— Como quiera. Supongo que tendrá ganas de irse á la cama. Es un viaje un poco largo hasta este rincón olvidado. Me extraño que pueda usted aguantarlo. Yo no podría. Pero, por supuesto, usted ha sido criada acá. Esto, supongo, es una diferencia.

— Sí... es una diferencia — dijo ella tranquilamente, pero el tono de dignidad de sus palabras lo obligó á callarse.

Entre la obscuridad brilló una luz solitaria que le arrancó un suspiro de alivio. ¡Su casa! Por primera vez desde su regreso dió gracias á Dios por ello. Se iban acercando ahora... se acercaban... se acercaban...

— Adios y gracias por el paseo— dijo ella con calma, en el momento en que el automóvil se detenía y saltó al suelo. — No creo que volvamos á vernos. Me quedo acé definitivamente. Felicite usted por mí á lady Phillis. Adios.

— Adiós — contestó él y se alejó en su gran automóvil rojo que no tardó en perderse en la obscuridad.

Ella tropezaba al andar, con los ojos húmedos, por la senda estrecha. En los escalones de la galería estaba la familia esperando su regreso. Un grupo confuso en la luz blanca de la luna. Se dirigió hacia ellos.

— ¿Se divirtió? — preguntó Dick con voz bronca, poniéndose de pie y ofreciendole un sitio á su lado.

Ella inclinó la cabeza.

— Sí. Muchas gracias... Venga á visitar el jardín, Dick. ¡Hace tanto que no me sentía en mi casa!

El estuvo inmediatamente á su lado:

— ¿De veras?... Elenita.

Ella clavó en su rostro sus ojos humedecidos y él pudo leer en ellos el desencanto.

— ¿Qué sucede? — preguntó él — ¡Si aquel nidividuo se ha atrevido!... Elena... yo...

Pero ella lo contuvo con un gesto de la mano.

— ¿Qué hay con Dorotea? — le preguntó con voz significativa, y mirando hacia el jardín.

El la contempló un momento en silencio.

— ¿Dorotea? — dijo él, sin comprender. — ¿Dorotea? — luego su rostro se cubrió de rubor. Ella inclinó la cabeza al notarlo, y las lágrimas turbaron á tal punto su vista que durante un instante no vió nada... ¡Así pues nadie la quería ya! ¡Nadie más! ¡Ni siquiera Dick!

El se inclinó hacia ella de repente, le tomó ambas manos y la llevó una tras otra á sus labios.

— ¿Dorotea? No... es usted, Elenita... y siempre fué usted, — dijo con voz de adoración. — Solo que temía que la ciudad la hubiese cambiado y que usted... que yo... bueno, que no le gustase más. Y cuando los ví juntos, á usted y aquel otro, difícilmente pude impedirme de ponerle las manos encima y comprendía que todo había concluído para mí... Y después de todo, no soy hermoso, no soy nada, pero soy sincero y honrado...

Estas palabras penetraron en el corazón de Elena con extraña fuerza; si era sincero y honrado, ¡Gracias á Dios! Dick era sincero.

— ...y yo la amo tanto Elenita. Es todo lo que sé decir... todo lo que puedo ofrecerle además de mi casita en la colina... Pero soy honrado, Elena, soy sincero.

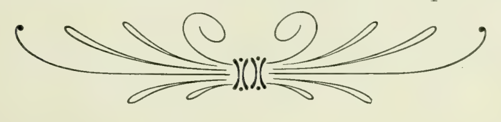
Ella cerró los ojos de repente y se inclinó hacia él... Aquel traje de Bond Street que Madame Lisle había hecho vendría espléndidamente para el casamiento y después se lo regalaría á Dorotea... á Dorotea que era amiga de los lindos trajes, pero nunca más volvería á mirarlo.

Sus ojos estaban llenos de algo más que lágrimas cuando lo miró de nuevo.

— Oh, Dick — exclamó sollozando junto á su hombro, mientras él la tenía envuelta en sus brazos robustos y alejaba de su rostro húmedo con su mano ruda y grande los rizos que la ocultaban, mientras los campos se agitaban bajo la brisa, y el río hacía oir su eterno murmullo.

— Oh, Dick — gracias á Dios, que estoy de nuevo en casa.

Y se sentía feliz ahora de no haber besado á Tredennis, pues Dick tendría por derecho su primer beso.





Noche de Baile

Mientras corría entre los árboles y volvía á colocar el revólver en su bolsillo, llegaron á sus oídos, desde la casa distante, los acordes de un vals y hasta le pareció oir el ruido que hacían al deslizarse por la alfombra los pies de los que bailaban. Se detuvo bruscamente, sin alientos, y preguntándose porqué corría. Le había arrastrado algo así como la idea de que había dejado algo olvidado. En realidad, ahora que lo pensaba más detenidamente, aunque en medio de una profunda turbación, no sabía ya si había olvidado nada. Tantas cosas habían transcurrido en pocos segundos que no sabía donde se hallaba en un mundo que le parecía girar en torno suyo, ni lo que haría en el minuto siguiente. Y esto era extraño porque lo había calculado todo. en sus menores detalles, con varios días de anticipación.

Hacía tiempo ya que sabía que deseaba matar á Eugenio Dorrington. Se había levantado de la cama con el recuerdo presente de que debía matar á Eugenio Dorrington, se había acostado con la idea que había trascurrido el día sin que lo hubiese realizado, pero con el deseo intenso y fijo de que no pasase un día más sin hacerlo. Y ahora lo había hecho... y lo había hecho bien. Se preguntó un instante mientras se detenía á respirar entre los árboles si el alma de Dorrington se habría reunido con Dios; poco le importaba el cadáver de Dorrington que flotaba entonces insensible en el agua del río.

Y dejándose llevar por sus pensamientos, recordó cuanto tiempo hacía que la idea de matar al hombre había asaltado mezclada con otras ideas... otros me-

(*Del Royal Magazine*Q.

dios de deshacerse de él; pero esos planes no habían dado resultado. Y cuando se había resuelto á dar muerte á Dorrington sólo le quedó combinar el modo.

La primera idea de deshacerse de Eugenio Dorrington se le presentó cuando comprendió que Eugenio estaba enamorado de Meggie Jarvis y que ésta correspondía á su amor. Recordaba como había tratado de excusar á sus propios ojos ese deseo de matar — como se había dicho que los hombres habían procedido así en épocas menos civilizadas, y que se les había disculpado por ello. ¿Y porqué no ahora? ¿Porqué ocurría que vivía en el siglo XX y que llevaba frac en lugar de trajes más pintorescos? ¿Porqué habían de cambiar las costumbres? El amor no había cambiado, ni tampoco los celos ni la pasión de la venganza.

Su resolución databa del día en que había visto á Dorrington con las manos de la joven entre las suyas y mirándola en los ojos. No había podido soportarlo, porque durante años y desde que la niña se había transformado en una mujer hermosa había resuelto que él, y él solamente, sería el hombre que tomase sus ojos. La venía amando desde siempre, manos entre las suyas y la mirase en los desde una época que no recordaba. ¿No había crecido ella bajo el mismo techo en que el vivía?

Martín Lambard se dirigió lentamente hacia la casa, apartándose de las ventanas iluminadas y acercándose á los fondos, donde las luces eran escasas. Dominaba al rumor apagado del baile el murmullo constante del río que se deslizaba entre sus márgenes. Algo arrastraba el río esa noche — algo muerto, que debía flotar con espantosos movimientos — algo que había sido Dorrington. Formuló el deseo de que ese cadáver no quedase detenido por ningún obstáculo y tuviese tiempo de apartarse mucho antes de ser descubierto.

Llegó á la casa, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta lateral. Llegó inmediatamente á sus habitaciones, lejos del ruido de la música y del baile. Con paso seguro recorrió el corredor y abrió otra puerta; deslizó la mano á lo largo del marco, halló el botón eléctrico y encendió la luz. Esta reveló un cuarto cómodo, con las paredes cubiertas de libros — el cuarto de un estudioso.

Era extraño pensar que Eugenio Dorrington había estado allí esa misma noche; aún se veía en el cenicero que estaba sobre la mesa la colilla del cigarro que había fumado; allí estaba el vaso que había tenido en la mano. Martín Lambard miró esos objetos con cierto temor y permaneció algo apartado de ellos, casi como si le pareciese que el espíritu del hombre estaba allí sentado y que dedos de duende tenían asida la copa. ¿Seguiría ocurriendo esto mismo? ¿Seguiría pensando sin descanso en Eugenio Dorrington?

Trató de recordar los acontecimientos de esa noche. Poco amigo de bailar, había andado por la casa, reuniéndose de vez en cuando con los invitados, y regresando por momentos á su aposento.

Allí se sentía más á gusto que entre el ruido del baile, podía sentarse á sus anchas, sin que nadie lo molestase. Y era curioso recordar que precisamente esa noche Eugenio Dorrington sonriente alegre y conversador como de costumbre hubiera venido á verle y á charlar un instante.

— ¡Qué cómodo está usted acá! — había dicho al entrar, recorriendo el aposento con la mirada. — Le ruego que me disculpe si lo molesto; pero se deja usted ver muy poco en estas ocasiones.

— Estoy encantado con su visita — había contestado Martín Lambard, con cierta turbación. Era curioso que no pudiese reprimirse del todo en presencia de aquel hombre; el odio violento que contra él abrigaba parecía luchar para hacerse visible. — Mi tía, la señora de Jarvis, es muy buena conmigo. Estos cuartos están enteramente á mi disposición y puedo entrar y salir á mi gusto.

Habían charlado durante un rato y luego habían ido á reunirse con los demás. Según parecía Eugenio había obtenido de Maggie la promesa de que le reservaría la pieza que iba á empezar.

Después de esa pieza Martín Lambard se dedicó á observar á Dorrington, pues esa noche debía cumplirse lo resuelto; no volvería á presentarse una oportunidad tan favorable. La suerte ayudó á Lambard, Maggie había permitido que otro compañero la sacase á bailar, sin esperar á Eugenio, y este salió á dar un paseo por el parque, dirigiéndose hacia el río.

Martín Lambard salió rápidamente, después de deslizar un objeto en su bolsillo; salió por la puerta lateral que cerró y fué en busca de Dorrington.

Se le acercó sigilosamente en momentos en que el otro se paseaba por la margen del río. Aquel era un sitio generalmente solitario, y especialmente de noche. En aquel instante no se divisaba á nadie en las inmediaciones. Martín Lambard esperó largo rato entre los árboles, acercándose cada vez más, hasta que Dorrington se detuvo en la misma orilla del agua. Entónces avanzó y valiéndose de la luz de la luna apuntó detenidamente é hizo fuego. Vió que su víctima alzaba los brazos y caía al río. Quedó sorprendido de que la cosa hubiese trascurrido tan rápidamente.

Y ahora se hallaba de regreso en la casa, y nadie le había visto. Más aún, nadie sabía siquiera que poseía un revólver. Había tenido buen cuidado de comprarlo en un rincón apartado de Londres y presentado para ello una licencia extendida bajo otro nombre. Además había comprado un arma de tipo muy común, que se vendía por millares. Sentía ahora no haber arrojado el revólver al río, después de tirar. Lo haría mañana. Era una imprudencia guardarlo consigo.

Se sirvió un poco de aguardiente en un vaso y lo bebió á traguitos. Le molestaba que su mano estuviese tan insegura. En el instante en que bebía sus miradas vieron una fotografía, colocada sobre una mesita en un rincón del cuarto. Dejó el vaso en la mesa y se dirigió bruscamente hacia la fotografía y la tomó en las manos. Era el retrato de una joven — de la joven que siempre había llamado ''mi prima Maggie''.

Ella era indiscutiblemente hermosa; le sonreía en el retrato como muchas veces le había sonreído el original, mientras él la observaba con ardor y se decía que debía esperar antes de hablarle.

Entonces no era más que su amigo y esperaba llegar pronto á ser algo más para ella.

Y mientras consideraba aquel rostro retratado le pareció ver que cambiaba, y se suavizaba y se matizaba en asombrosas luces y sombras — y todo por él. Habría tiempo bastante para ello cuando se hubiese olvidado el misterio de la muerte de Eugenio Dorrington.

Volvió á dejar lentamente el retrato sobre la mesa y miró hacia la puerta que conducía al corredor, pues le había parecido oir un ruido. El hecho era tan increíble pues nadie solía venir hasta esa parte de la casa, excepto él. ¿Quién podía ser á esas horas? Se dirigió hacia la puerta y puso la mano sobre el botón. Pero de repente se detuvo, sin soltar ese botón y tembló.

¿Qué hallaría del otro lado de la puerta, en cuanto la abriese? Recordaba relatos de muertos que habían vuelto al mundo y se habían presentado á sus asesinos — muertos salidos del río, chorreando agua y espantosos, que habían amenazado silenciosamente á los que los habían quitado la vida. ¿Si abría la puerta se vería frente á frente con algo así?

Escuchó atentamente, pero no oyó ruido alguno. Había debido de ser una ilusión suya; estaba nervioso y eso le hacia oír ruidos. Regreso hasta la mesa, sin dejar de mirar hacia la puerta, alzó su vaso y lo apuró de un trago. Eso era bueno, le devolvía el valor y le calentaba la sangre. Con eso podía alejarse á los duendes.

Esperaba que su temblor le pasase para regresar en medio de los que bailaban; y allí preguntaría como casualmente por Eugenio Dorrington. Si... era una buena idea; lo haría con tono indiferente, debía desempeñar bien su papel, é irse preparando para el momento en que aquello, tan espantoso, sería sacado del río. Sabía que le harían preguntas y repreguntas; era posible que alguien, uno de los seivientes tal vez, le hubiese visto salir de la casa. Era posible que registrasen su cuarto y diesen con el revólver. Porqué no había pensoda en arrojarlo al río? Lo haría al día siguiente, se levantaría temprano y no dejaría de hacerlo. Pero no esta noche; por la noche vagan los espíritus.

Abrió la puerta situada en la otra extremidad de su cuarto é instantáneamente llegó hasta él, desde el interior de la casa, el ruido atenuado de la música. Eso duraría todavía durante unas horas... hasta que amaneciese, y el mundo volviese á despertar. Y le era necesario pasar esa larga noche... alerta, atento, y temblando.

Volvió á cerrar la puerta, con lo cual desapareció ese leve rumor de música: luego miró en rededor suyo, buscando un

sitio en que ocultar su arma. ¿Dónde la pondría? ¿dónde no pensarían en irla á buscar? Seguramente no sería en su escritorio; si no lograba deshacerse de ella por la mañana alguien podría reclamarle las llaves y allí encontrarían el revólver con un cartucho descargado. No, en su escritorio no. Podía servir aquel mueble antiguo del rincón. hacía años que nadie lo usaba. Se dirigió rápidamente hacia él.

Golpearon á la puerta — golpes rápidos y leves. Tenía el revólver en la mano y lo seguía contemplando con mirada estúpida, mientras la puerta se abría; de repente lo deslizó en su bolsillo. Se estuvo de pie inmóvil, estremecido y mirando la puerta. Y esta se abrió un poco más, y apareció por ella un rostro alegre y brillante — el rostro de una joven.

— Primo Martín... ¿Puedo entrar? — preguntó ella mientras se deslizaba en el cuarto.

— Por supuesto... por supuesto... — tartamudeó Martín — ¿Ocurre algo?

Todavía tenía la mano puesta en la culata del revólver que acababa de ocultar en su bolsillo.
quieres que ocurra? Pero creo que yo

— ¿Ocurrir? — exclamó ella — ¿Qué debía preguntárselo á usted. Querido Martín... ¡está usted pálido como un muerto! ¿Está enfermo?

— No... no.. estoy bueno.. Un poco cansado... nada más. — Y tratando de hablar con un tono más alegre y hasta simulando deseos de reir — ¡Con que ha venido á verme! — ¿Eh? Siempre tengo mucho gusto en verla.

— Tenía calor, y estaba cansada y nerviosa — dijo Maggie Jarvis, sentándose con desenfado sobre la mesa con los pies colgados y oscilando. — Sea usted un ángel, Martín y deme un poco de soda.

El tomó un vaso, y luego volvió á dejarlo precipitadamente; era el vaso en que había bebido Dorrington. Tomó otro y lo acercó al sifón; á su primera tentativa la mitad del líquido cayó sobre la mesa. Maggie lo miró con cierta sorpresa, y sonrió.

— Primo Martín, usted seguramente no está bueno — dijo — Algo lo ha perturbado, estoy segura de ello. Mire como tiembla su mano.

— No tiembla... está muy firme — dijo él poniendo el vaso sobre la mesa con cierta irritación — ¿Porqué viene usted á buscar estas cosas acá? No le faltaba seguramente que beber en toda la casa.

— Le ruego que me disculpe — dijo ella, algo secamente, saltando de la mesa al suelo — Si hubiese sabido, no lo habiera molestado. Pero deseaba conversar con usted. Lo siento mucho, primo Martín. Me retiraré.

— Vamos... vamos... no haga usted eso — exclamó él — Creo que tiene usted razón; no estoy muy bueno esta noche; por lo menos estoy cansado. Pero por nada del mundo quisiera serle desagradable, Maggie; siento haber hablado tan precipitadamente. Siéntese donde estaba, y charlemos. Siéntese... y beba su soda.

Volvió ella á sentarse sobre la mesa sin dejar de examinarlo con curiosidad; tomó el vaso y se puso á apurarlo á traguitos. Observó que había quedado sobre la mesa el vaso de Martín... y aquel otro que había sido tocado por la mano de un hombre que ahora estaba muerto. Y al dejar el que tenía en las manos comentó el hecho.

— ¡Cuántos vasos, primo Martín! — dijo —Aquí está el suyo... y el mío... y el de otra persona. Ha tenido usted visitantes.

El creyó un momento que no podría hablar; se volvió y se ocupó muy atentamente en la tarea de rascar un fósforo para encender un cigarrillo.

—Darrigton vino á verme un rato... y yó... le invité á beber — dijo por fin, con un esfuerzo enorme para pronunciar las palabras y sin atreverse á mirarla.

— ¡Ah¡ ... el señor Dorrington... — dijo Maggie — A propósito.. . que se ha hecho el señor Dorrington?

El se volvió hacia ella bruscamente, olvidándolo todo:

— ¿Qué diablos quiere usted decir? — preguntó.

— ¡Primo Martín! — exclamó ella con ojos que expresaban sorpresa y casi miedo.

— Le... le ruego que me disculpe — dijo él — Sólo que ¿á qué viene usted á preguntarme por Dorrington? ¿No tengo encargo de custodiar á Darrington?

— Nunca pensé que lo tuviese — dijo Maggie con calma — Sólo que le había concedido dos piezas y no vino á sacarme ninguna de las dos veces. Esto es muy extraño en él. Es de aquellos que siem-

pre cumplen. Pensé que tal vez, puesto que había estado aquí, usted sabría donde había ido.

—Eugenio Darrington estuvo un instante, bebió un vaso, conversó... y luego se fué — dijo Martín Lambard con mucho esfuerzo. — Esto ha ocurrido hace más de media hora... y es todo lo que sé de él. — Se detuvo, sin decidirse á agregar más y luego preguntó: A usted le gusta mucho Dorrington... ¿no es cierto?

— Es la persona más simpática del mundo — exclamó ella con entusiasmo.

Algo allá en el río — algo muerto, empapado y horrible — pareció repetirle esas palabras como un canto que le zumbaba á los oídos. — ¡Yo soy la persona más simpática del mundo! ¿Lo has oído?

— ¡Ha sido tan buen amigo para mí! — agregó la joven. — No puedo decirle hasta que punto lo ha sido. Alguien con quién podía conversar, como con ningún otro... un amigo seguro, y delicado y espléndido. — Los piecesitos que no alcanzaban al suelo se movían nerviosamente al compás de estos elogios, y el mentoncito se eleva con altivez. — Nunca lo alabaré lo bastante, y lloraría de agradecimiento al pensar en él.

Seguramente sería Dorrington quién andaba ahora por la extremidad del corredor, moviendo la cerradura con manos mojadas, y tratando de entrar, y de acercarse á ella, y de decirle lo que había ocurrido; debía de ser la respiración de Dorrington la que empañaba los vidrios de la ventana, él era quién gemía allí, quién trataba de entrar y decir á la joven lo que había ocurrido. ¿Y sería siempre así, durante años y años?

— ¡Y sin embargo no cumplió esta noche! — seguía diciendo Maggie — le prometí dos piezas y no me vino á sacar.

Lombard hizo un esfuerzo y dijo:

— Sí; es muy extraño en él.

— Ya lo creo. Tendré que hablarle muy formalmente cuando lo vea, — contestó la joven. — Ya lo he buscado en varios sitios. Me parecía tan raro que no lo viese. ¿No salió con usted... por el parque?... ¿no es cierto? — preguntó.

Dirigía su brillante mirada hacia Lambard. El se preguntaba como le era imposible mantener quieta esa mano con que tenía asido el cigarrillo.

— Yo le dije que estuvo aquí, y se fué,... y no he vuelto á verlo — dijo. Para estar más seguro de sí mismo, apoyó la mano con que tenía el cigarrillo sobre el mármol de la chimenea, y miró en el espejo cruzando sus miradas con las de otros ojos extraviados que le parecieron muy distintos de los suyos. Más allá de esos ojos extraviados podía ver á la joven sentada sobre la mesa.

— Está usted muy poco amable esta noche, primo Martín; — le dijo ella mirándole por el espejo. — ¡Y esta es para mí la noche de las noches!... y yo habría querido que fuese usted bueno conmigo. Vea si puede... se lo agradeceré mucho.

Era de imperativa necesidad que el se volviese, y que le hablese con su tono natural. Le era necesario contenerse un poco, porque en este momento crítico de su vida debía evitar los errores; no debía haber nada que ella más tarde recordase y de que pudiese hablar.

—Siempre deseo ser amable con Vd. Había logrado darse vuelta dando las espaldas al espejo y á la reflexión de su rostro desencajado. Y mientras la contemplaba pensó que nunca había sido ella más deseable... con aquella cabecita delicada... esa corona de cabellos de oro... y aquellos piecitos que colgaban y oscilaban... No había nada que se le asemejase en todo el mundo de Dios. Tenía tentaciones de caer de rodillas, besar esos pies y confesarle todo lo que sentía por ella. Pero ¡ahora nó!.. todavía nó.

— Quería decir que era usted raro conmigo — dijo ella suevemente, mirándolo con una sonrisa. — Este día ha sido muy feliz para mí.. ha sido el día más grande de mi vida. No sé como decírselo: El amor es una cosa tan maravillosa... ¿No es cierto?

— Es la cosa más maravillosa del mundo, según dice la gente — contestó Martín Lambard, devorándola con las miradas.

— Ahora vuelve usted á hablar como el querido primo Martín que he conocido todos estos años — dijo ella. — Oh... usted no sabe hasta que punto deseaba contárselo todo... desde el principio... Estaba seguro de que usted comprendería... de que usted me ayudaría muy gustoso... No suena como un disparate — dijo ella extendiendo sus manecitas — no suena como un disparate el que yo estuviese enamorada.

— Seguramente alguien golpeaba la



Era un anillo liso, de oro. Lo deslizó, á la vez que se sonrojaba, en el anular de la mano izquierda y con un gesto entre triunfante y tímido, alzó la mano para que la viese Lambard

puerta cerrada de afuera. ¡Qué extraño era que ella no lo oyese!... Eran golpes como truenos!

— Creo que me enamoré de él en cuanto le conocí; no tenía su igual en el mundo. Nos veíamos secretamente; temía que alguien lo supiese, no comprendiese cuanto nos amábamos y tratase de sepa-

rarnos. Primero nos vimos en el bosque, y casi no necesitamos hablarnos. No hablamos á nadie porque nadie habría comprendido. Nadie gustaba de él... por lo menos mamá no lo quería; tenía que esperar que mejorase su situación. Nos prometimos fielmente que nada nos separaría... porque, verá usted, primo Martín, nuestro amor era el más grande del mundo.

El tiempo llegaría en que Martín Lambard le enseñaría á olvidar que aquel era el amor más grande del mundo. El tiempo llegaría en que secaría las lágrimas vertidas por un hombre que no le había enseñado á amar como Martín Lambard había de enseñarle.

— Claro está que usted comprende, primo Lambard, que no podíamos escribirnos; mamá habría descubierto sus cartas. Debíamos buscar otro medio de enviarnos noticias — de hacernos saber uno á otro que aún vivíamos, que nos seguíamos queriendo tanto como el día anterior. ¿No parece todo esto una locura?

El meneó la cabeza y le dirigió una sonrisa indefinida; todo esto era nuevo para él. En su ignorancia de las divinas exigencias del amor no sabía que estas cosas debían repetirse día tras día. Tenía mucho que aprender... pero con el tiempo ella le enseñaría.

— Y entonces fué cuando intervino Eugenio Dorrington — prosiguió ella. — El excelente Eugenio comprendió la situación como nadie la habría comprendido; me entusiasmaba oirle hablar de ello. Eugenio sabía lo que era amar; conocía mil pequeñas tretas para hacer llegar noticias á mis manos y trasmitirle mis cartas. ¡Era admirable!

Martín Lambard se esforzó en prestar mayor atención, mientras seguía clavando la vista en el rostro de la joven; tal vez no hubiese escuchado bien, pero no comprendía del todo lo que ella decía. No dejaba un instante de oir los golpes que daban á la puerta, pidiendo que le abriesen, aquella cosa muerta y ahogada que había visto caer al río.

— ¿Qué necesidad tenía Dorrington de llevar cartas? — preguntó con voz apagada.

— Pues.. Godofredo y yó no podíamos vernos todos los días — contestó ella con sorpresa. — Usted no ha escuchado, primo Martín. ¿No conoce usted á Godofredo Bland?

Recordó que había visto á aquel joven; un yerno poco deseable desde el punto de vista de la señora de Jarvis, un joven de modos agradables; pero que aún tenía que hacerse una posición en el mundo, y que tenía suficientes años por delante para lograrlo. No había pensado nunca en ese Godofredo Bland.

— Godofredo y yo resolvimos todo desde el principio — prosiguió diciendo la joven — y el querido Eugenio nos ayudó muchísimo, hasta inventó un código de señales para que pudiese saber, cuando Godofredo no podía hablar conmigo, si estaba bueno y si seguía queriéndome.

— ¡Godofredo Bland! ¡Era Godofredo Bland! — dijo él con voz siempre apagada y sin dejar de contemplarla.

— Sí... nunca hubo nadie sinó Godofredo — dijo ella — No podía ser otro. Y esta mañana, antes casi que estuviese nadie despierto, huímos juntos acompañados de Eugenio Dorrington, como testigo... Mire esto, primo Martín.

Después de echar una mirada hacia la puerta y se llevó ella de repente la mano al pecho, y sacó algo que tenía escondido en la bata. Era un anillo de oro liso. Lo deslizó, á la vez que se sonrojaba en el anular de la mano izquierda, y con un gesto entre triunfante y tímido alzó la mano para que la viese Lombard.

— ¿No comprende usted? Esto significa que soy la señora de Bland. ¡No es admirable! Por eso vine á verlo esta noche... porque necesito su ayuda. Tengo mucho miedo... y es necesario que mamá lo sepa. Eugenio vendrá también; Eugenio tenía mucha influencia sobre mamá. Entre ustedes dos lograrán tal vez convencer á mamá de que es cosa concluída y terminada y que no debe guardarme rencor. Vea... beso este querido símbolo de mi enlace... y soy la mujer más feliz del mundo. ¿No me felicita usted, primo Martín?

Ella se había deslizado al suelo, se acercó á él y levantó hácia el suyo su rostro casi juvenil. La mirada que vió en sus ojos pareció casi asustarla; se apartó un poco, lo miró fijamente como si no comprendiese... como si tuviese miedo de algo.

— ¡Oh! ¡insensata! ¡insensata! — balbuceó él — ¿Porqué no me contó usted? ¿Porqué no comprendí yo?

— ¡Primo Martín! — Ella se apartó aún más de él dirigiéndose hácia la puer-

ta. Volvió á mirarla, mientras él se quedaba de pié en el mismo sitio, mirándola con mirada vaga, y con algo así como una sonrisa extraviada.

— Voy en busca de Eugenio... del señor Dorrington.

Sin dejar de mirar, abrió él la puerta, y luego salió corriendo.

Y ahora parecía que eran más fuertes que nunca los golpes insistentes que oía en la puerta del corredor; no le era posible dejar de oirlos. Por la otra puerta por la cual se había alejado ella llegaba el rumor lejano de la música. Muy lentamente, sin moverse del sitio en que había quedado entre las dos puertas, fué sacando el revólver del bolsillo. Necesitó mucho timpo para alzar el brazo hasta que la boca del arma se apoyase en su sién. Cerró los ojos.

— Debo decirlo á Dorrington — dijo en voz baja. Y apretó el gatillo.



LA CONQUISTA DE TRÍPOLI

Se calcula que la ocupación de Trípoli y Cirenaica vá á costar á Italia pesos 30.000.000 oro aproximadamente. En esta suma se incluyen los gastos acarreados por las expediciones militares y las expensas correspondientes á los tres primeros años de ocupación, y como se abrigan dudas sobre si la conquista de ese territorio se merece tales sacrificios de sangre y pecuniarios, el "Giornale d'Italia" se ha dirigido al profesor Halbheer de la Universidad de Roma y jefe de la misión arqueológica italiana en Trípoli, para que éste suministre informaciones fidedignas de la importancia comercial y agrícola de Trípoli y Cirenaica.

El profesor dice que, salvo pequeñas regiones rocosas y arenosas, la tierra es extraordinariamente fértil. Las tierras bajas que se extienden á lo largo de la costa están bien cultivadas, mientras las tierras altas, que llegan hasta los mismos bordes del desierto, están cubiertas de lujuriosa vegetación y espesos bosques.

Además de los cipreses, que crecen hasta una altura de veinte y siete metros y que suministran buenas vigas, existen en profusión algarrobos, enebros, olmos y olivos. El olivo crece silvestre y el fruto no es recogido por los nativos, excepción hecha de Upsellata, en cuyo lugar se elabora un abundante y espléndido aceite. Las plantas de olivo se encuentran cerca de las ruinas de antiguas ciudades, lo que hace suponer que fueron introducidos por los romanos, que cultivaron el suelo.

La parte este de las tierras altas hacia Bengazi es apta especialmente para la producción de granos y cereales, pues hay allí una llanura de unas cinco leguas kilométricas de ancho por diez de largo, es decir, cincuenta leguas cuadradas ricas en humus y con agua excelente. Piensa el profesor que los pozos artesianos darían muy buen resultado en esta región. Existen varios manantiales de agua fresca en Bubba, Sacharish y Messen, en las vecindades de Derna, y ellos han sido utilizados desde el tiempo de los romanos.

No hay animales salvajes en la campaña, pero ís pequeñas gamas esparcidas en abundancia y también cabras y ovejas cuyo número es extraordinario.

Famosas Afinidades de Historia

El Príncipe Carlos Eduardo Estuardo

Las familias reales de Europa son muy conocidas, aunque no todas gocen de igual nombradía. Así, la casa de los Romanoff, aunque comparativamente reciente ocupa gran puesto en la imaginación con caracteres algo bárbaros y más intensidad que la casa austriaca de los Hapsburgo, que es la más antigua familia reinante de Europa, pues sus orígenes se pierden en la oscuridad de los tiempos. Los Hohenzollern de Prusia son relativamente modernos, por lo menos en lo que se relaciona con su título real. Los vástagos de los Borbones mantienen su altiva tradición en la persona del rey de España, aunque Francia que ha sido gobernada por tantos de los miembros de la familia no volverá á tener probablemente ningún otro rey de esa dinastía. Los derrocados Braganza llevan un nombre que es antiguo, pero que sin embargo tiene dejo de oropel.

—¡Bah! ¡Mi nobleza data del día de Marengo!

Y el tercero de los Napoleón, al anunciar su próximo casamiento con la señorita de Montijo, empleó la palabra de ''parvenu'' al referirse á sí mismo y á su familia. Su franqueza le ganó los corazones del pueblo francés y le ayudó á reconciliarlos con la idea de su casamiento en el cual la novia era de muy escasa nobleza.

En la historia de Inglatera existen dos grandes nombres, por lo menos dos nombres que excitan la imaginación. Uno de ellos es el de Plantagenet que parece encerrar la esencia misma de todo lo patricio, lo magnético y lo regio. Recuerda inmediatamente á Ricardo Corazón de León, cuyo corto reino estuvo lleno de novelescas aventuras que tuvieron por teatro Inglaterra, Francia, Austria y la Tierra Santa.

Pero tal vez sea nombre de mayor influencia todavía el que une la real familia británica de nuestras días con las tradiciones del pasado, y que evoca las leyendas y la historia de grandes hechos de antaño. Es el nombre de los Estuardos acerca del cual podría escribirse un volúmen para recordar todo lo que encierra en cuanto á sugestiones y reminiscencias.

La familia Real de los Estuardo

El primero de los Estuardos (en inglés Stuart, y antiguamente Stewart) de quién se tenga algún conocimiento obtuvo su nombre del título de ''Steward of Scotland'' (1) que permaneció en la familia durante varias generaciones hasta que el sexto de la dinastía, por su casamiento con la princesa Marjory Bruce adquirió la corona de Escocia. Esto ocurrió en los primeros años del siglo XIV; y finalmente á la muerte de Elisabeth de Inglatera, el hijo de su rival ,Jaime VI de Escocia y 1o. de Inglaterra, unió bajo una sola corona á dos reinos que tantos años habían estado en guerra casi incesante.

Es casi característico del escocés el que, con escaso territorio, poca riqueza, y un puesto ostensiblemente humilde entre sus pares, concluye poco á poco, por absorber las posesiones de los demás y llegar á ser el amo de todos. Seguramente los orgullosos Tudor, cuya dinastía terminó en Elisabeth, debieron despreciar á las ''Stewards'' cuyo reino era pequeño, triste y frío, y que no podían dominar á sus propios vasallos.

Podemos imaginarnos también, con Sir Walter Scott, los altivos nobles de la corte inglesa, burlándose ocultamente del torpe y pesado Jaime, pedante y leído. Sin embargo su diplomacia fué casi tan hábil como la de la misma Elisabeth; y aunque cometió algunos desaciertos, estaba muy lejos de ser insensato.

Por su aspecto, Jaime no era muy diferente de Abraham Lincoln — tipo muy poco regio — sin embargo, así como Lincoln, cuantas veces las circunstancias lo exigían podía alcanzar esa digni-

---

(1). — El cargo de ''Steward'' era hereditario bajo los reyes normandos, y correspondía al de Senescal. Fué conferido por primera vez en el siglo XII á Walter, lord de Oswesthy, antepasado de los Estuardo, por el rey David I (Nota de traductor).

(Del Munsey's Magazine.)

dad que hace sentir la presencia de un rey. Fué el único de los Estuardo que pudo tacharse de deficiente en la figura ó en la gracia eterna. Su hijo, Carlos I, fué tal vez uno de los peores gobernantes que haya tenido Inglaterra; pero la dignidad de su vida, su rostro hermoso aunque melancólico, la gracia de sus ade-



Heroína del episodio más novelesco de la vida del príncipe Carlos Eduardo Estuardo

manes, y el elemento fuertemente religioso de su carácter, á la vez que el hecho de que fuese decapitado después de ser entregado por traición á sus enemigos — todo eso junto lo ha transformado casi en un santo, Hay todavía ingleses que hablan de él llamándole el "rey mártir" y que en ciertos días del año piden á Dios, en sus oraciones, perdón por la ejecución de Carlos.

Los miembros de la llamada liga de la Rosa Blanca, fundada para perpetuar en Inglaterra la fidelidad á la línea directa de los Estuardo, son dados á observar una conducta completamente absurda. Se niegan á rezar por el rey actual de Inglaterra y profesan la opinión de que la princesa María de Baviera es la verdadera reina de la Gran Bretaña. Todo esto revela la huella de sentimentalismo que aún persiste entre los ingleses. Ellos opinan que los Estuardo fueron los últimos reyes de Inglaterra que reinaron por la gracia de Dios y no por la gracia del Parlamento. En realidad, la actual familia reinante de Inglaterra se enorgullece de derivar de una antigua rama de la sangre real de los Estuardo, descendiente de Jaime I, y por intermedio de los Hannover.

Este sentimiento en favor de los Estuardo no tiene nada que ver con la razón, y pertenece á la esfera de la poesía y de lo novelesco; y sin embargo es tan arraigado en algunos que ha llegado á manifestarse en la forma más inconsistente. Cuando Jorge IV visitó á Edimburgo, Scott se dejó arrastrar por su entusiasmo de lealtad. No le fué posible ver que el hombre que tenía por delante era un bebedor, un libertino y un licencioso. Le consideró como una encarnación de todos los nobles rasgos que deben personificar á un rey. Se apoderó de un vaso en el cual Jorge había bebido vino y le llevó consigo para conservarlo en adelante como un objeto digno de reverencia. Sin embargo, en el fondo de su corazón, y frecuentemente en sus palabras, Scott parecía ser un Tory convencido y hasta un Jacobita.

Hay precedentes de este hecho. La emperatriz Eugenia, solia decir, riéndose, que era la única verdadera realista en la corte imperial de Francia. Estaba bien en ella en sus días de frivolidad. Sin embargo nadie acusó á la reina Victoria de ser frívola, y no se le suponía muy amiga de reirse y, con todo, después de escuchar el sonido de las dulzainas y las baladas románticas cantadas en Escocia, se asegura que observó con un suspiro:

— ¡Cada vez que oigo esta música me parece que Inglaterra pertenece en realidad á los Estuardo!

Ya se ha contado en estas "Afinidades Históricas" como antes del nacimiento de la reina Victoria, y cuando ninguno de los hijos de Jorge III, tenía herederos, se insistió para que el duque de Kent se casase, de modo que la familia tuviese sucesores. Al resistir á estos consejos, dijo entre otras cosas, lo siguiente que llama la atención:

— ¿Porqué no volvéis á llamar á los Estuardo? No les es posible que reinen peor que algunos de los últimos reyes que hemos tenido?

Pero por fin cedió y se casó. De su casamiento nació Victoria, quien realmente tenía la gota sagrada de sangre de los Estuardo que dió Inglaterra á los Hannoverianos; y á ella tocó redimir los errores y tiranías de ambas casas.

La fascinación de los Estuardo comenzó probablemente con la historia de María, reina de los escoceses. Su brillo, su audacia y su belleza, y especialmente lo patético de su muerte, no nos permiten recordar más que su intensa femenidad, que también en sus tiempos era la primera cosa que atraía la atención. Otro tanto ocurre con Carlos I, figura romántica y caballeroso carácter. Se lamenta su muerte en el patíbulo, aún cuando su ejecución fuese necesaria para el desarrollo de la libertad.

Muchas personas se dejan fascinar igualmente por Carlos II, tipo muy diferente, con su alegría, su buen compañerismo y su facilidad de carácter. No sorprende que muchos de sus súbditos, aún cuando no lo hubiesen visto nunca. le cobrasen mucho cariño, pues no sabían que era egoista, pusilánime, y casi un vasallo del rey de Francia.

No es extraño, pues, que los Estuardo, con toda su gracia, sean muy difíciles de desarraigar. Jaime II con ayuda de los franceses, combatió tenazmente hasta que las tropas británicas en Irlanda derrotaron sus dos ejércitos y le obligaron á desterrarse. De nuevo en 1715 — y este es un episodio inmortalizado por Thackeray en su historia dramática de "Henri Esmond" — el hijo de Jaime acudió con el objeto de aprovechar la vacante dejada en el trono por la muerte de la

reina Ana. Tal vez sea el hijo del pretendiente, el último de los Estuardos militantes, quien atrajo mayores simpatías inspiradas por sentimientos caballerosos.

Historia del joven pretendiente

Para sus adherentes era el "Joven Caballero", el verdadero príncipe de Gales; para sus enemigos era "el Pretendiente". Una de las páginas más novelescas de la historia es la que nos relata su brillante embestida á la costa de Escocia, en la cual desembarcó con pocos adherentes, después de rechazar el apoyo de un ejército francés.

— No es con la ayuda de extranjeros — dijo — sino con mis propios súbditos leales que quiero reconquistar el reino de mi padre.

Fué una empresa audaz, cuyo lado brillante ha sido conmemorado á menudo, y principalmente en "Waverley" de sir Walter Scott. Vamos al bizarro príncipe, moviéndose en una especie de panorama militar, y con éxito durante algún tiempo. La mayor parte de las tropas británicas se hallaban fuera del país, ocupadas en Flandes, y los pocos regimientos de que podía disponerse para hacerle frente estaban atemorizados por la ferocidad y el valor temerario de los highlanders, que se precipitaban como fieras de sus colinas y caían con sus espadas y sus "dirks" sobre las baterías de los británicos.

Veamos á Sir John Cope retirándose á Falkirk y la asombrosa victoria de Prestonpans, en la cual las tropas británicas disciplinadas huyeron presas de pánico en la niebla de la mañana. dejando abandonada la artillería y la impedimenta. También es Scott quien nos hace ver al príncipe dueño de Edimburgo por un tiempo, en tanto que la Rosa Blanca de los Estuardo volvía á prevalecer en la capital escocesa. Luego vemos al Caballero penetrando en Inglaterra, donde esperaba constituir el ejército inglés en apoyo de su causa. Pero sus highlanders desdeñaban por completo á Inglaterra y los ingleses — hasta la nobleza católica — se negaban á levantarse en su ayuda.

Personalmente poseía todas las cualidades dignas del trono. Hermoso, de carácter arrebatado, valiente, sabía también dominar su carácter y escuchar los consejos por poco halagüeños que le pareciesen.

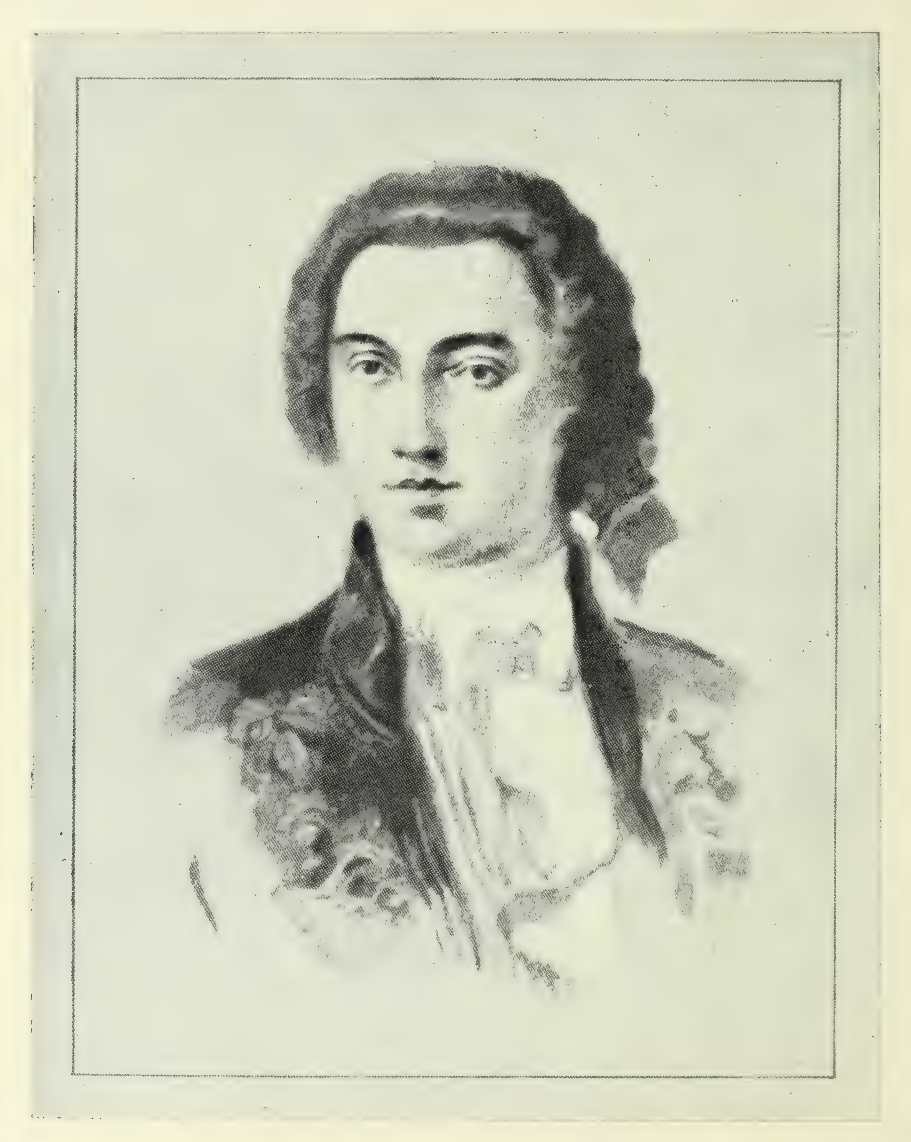
El momento era propicio. Las tropas británicas habían sido derrotadas en el continente por el mariscal de Saxe y por el mariscal d'Estpées. Jorge II era un rey que pocos respetaban. Le era difícil hablar otro idioma que no fuese el alemán. Maltrataba groseramente á su esposa. Se dice que en cierta ocasión en un arrebato de ira, dió un puntapie á su primer ministro. Escasos eran los que abrigaban sentimientos de lealtad personal hacia él y pasaba la mayor parte de su tiempo fuera de Inglaterra en su dominio de Hanover.

Pero precisamente esto último era lo que disponía en su favor á los ingleses. Personalmente, entre él y el brillante Estuardo no habría habido vacilación si se hubiera tratado de escoger entre ambos hombres solamente; pero se creía que el retorno de los Estuardo significaba algo así como el retorno del gobierno absoluto, de los impuestos sin sanción legal y de la persecución religiosa. Bajo el hanoveriano Jorge, el pueblo inglés había comenzado á gobernarse en gran parte de sí mismo. La tenaz oposición del Parlamento lo obligaba de vez en cuando á ceder; y mientras se hallaba en Hanover los ingleses trataban de resolver el problema del gobierno libre.

Por lo tanto, aún cuando el príncipe Carlos Eduardo fascinase á cuantos le trataban, y aunque se levantase en su apoyo un pequeño ejército, los ingleses poco novelescos y de buen sentido opinaban que las cosas andaban mejor que en épocas anteriores y muchos se negaron á tomar las armas en favor de una causa hacia la cual los atraían sin embargo razones sentimentales. Por lo tanto aun cuando el Caballero causó agitación en toda Inglaterra y alarmó á los funcionarios del Estado en Londres, sus soldados le fueron abandonando paulatinamente y los escoceses insistieron en regresar á su país. Aunque las tropas de su excursión hacia el Sur, no tardaron en verse rechazadas hasta Escocia y perseguidas por un ejército de unos nueve mil hombres á las órdenes del duque de Cumberland, hijo de Jorge II.

Cumberland no era buen militar; había sido derrotado completamente por los franceses en los famosos campos de Fontenoy. Pero poseía firmeza, y una es-

pecie de brutalidad dominadora que, con tropas disciplinadas y abundante artillería, bastaban para obtener la victoria contra los highlanders desorganizados.



Príncipe Carlos Eduardo Estuardo, el joven pretendiente

La tragedia de Culloden

Al producirse el encuentro, cinco mil de esos montañeses se precipitaron gritando contra las líneas inglesas, con el Caballero en persona á la cabeza. Reinó un momento de sorpresa. El duque de Cumberland había bebido tanto que no le era posible dar órdenes verbalmente. Se dice sin embargo que uno de sus oficiales entró á su carpa, en la cual traderó de un mazo de cartas, tomó una y taba de jugar á la baraja.

El oficial puso algunas observaciones y concluyó por pedir que semejante orden le fuera dada por escrito. El duque se acercó tambaleando á la mesa, se apoen ella escribió la orden necesaria, que fué trasmitida á los jefes que se hallaban al mando de las tropas.

Los highlanders no pudieron resistir á la artillería, y la victoria quedó en manos de los ingleses.

— ¡Que no haya cuartel! — masculló.

— ¿Qué hacemos con los prisioneros? — preguntó el oficial.

El duque trató de contestar pero tenía la lengua trabada por la bebida.

Y la saña de los soldados se desencadenó por la región.

Fué un período de fantástica y diabólica brutalidad. Un preboste de la ciudad fué maltratado á puntapies por una tímida observación acerca de la destrucción del local en que se reunían los episcopales; otro fué condenado á limpar los establos. Hombre y mujeres fueron fustigados y torturados por leves sospechas, ó para arrancarles informaciones. Cumberland manifestaba abiertamente el desprecio y el odio que le inspiraba el pueblo que le rodeaba, pero castigaba de un modo salvaje los latrocinios cometidos por los soldados en provecho propio.

— La moderación no serviría de nada — escribió á Newcastle.

Al partir del Norte en el mes de julio decía:

— ''Todo el bien que hemos hecho ha consistido en verter un poco de sangre que ha debilitado el espíritu de rebelión pero sin curarlo; Y tiemblo de miedo al pensar que este vil rincón puede ser todavía la ruina de la isla y de nuestra familia''.

Tal fué la famosa batalla de Culloden, derimida en 1764 que puso fin á las esperanzas de los Estuardo. En cuando á la orden de Cumberland de no dar cuartel, si puede haber alguna excusa á esa brutalidad, podría hallarse en el hecho que los jefes de los highlanders por su parte habían resuelto no perdonar á ninguno de los enemigos que cayesen en sus manos.

Esta batalla dejó también un nombre que se da generalmente al nueve de oros, que es llamado ''la desgracia de los Estuardos'' porque se dice que sobre esa carta fué escrita la orden sanguinaria de Cumberland.

Esta es en breves palabras la historia de la valiente tentativa del príncipe Carlos para conquistar el trono de sus antepasados. Aunque derrotado no quiso abandonar inmediatamente á Escocia. Una escuadra francesa se aproximó á la costa no lejos de Edimburgo. Había sido mandada para llevarle tropas y una importante suma de dinero, pero no lo aceptó y regresó á los Highlands á pie, perseguido de cerca por los soldados ingleses y los espías de los llanos.

Esta parte de su carrera es en realidad la más romántica. Se veía perseguido de muy cerca, como un ciervo acosado por perros. Durante varias semanas, solo durmió las pocas horas de que podía disponer con alguna seguridad y hubo momentos en que sus perseguidores estuvieron muy cerca de detenerlo. Pero nunca se mostró más animoso. Según la expresión que Kipling pone en boca de uno de sus personajes de *Mowgli*: ''le gustaba tirar á la muerte por las mismas barbas''.

Era una vida como nunca la había llevado antes. Vagaba por las hondas quebradas, trepaba las escarpadas rocas, escuchaba el trueno de las cataratas, junto á las cuales dormía frecuentemente, con un solo acompañante fiel que lo custodiase. La historia de como escapó es casi increíble, pero esto no le impedía de beber y reirse y revolcarse por el césped cuando no corría peligro. Charlaba con los montañeses de aspecto más rebarbativo, con quienes bebía la humeante cerveza del Norte, y vivía como podía de pescado, cebollas, tocino y aves silvestre, con un apetito que nunca había tenido en la corte lujosa de Versailles y Saint Germain.

El príncipe y Flora Mac Donald

En medio de esas aventuras hubo una más novelesca, que, según cree el autor, habría deseado el príncipe transformar en algo más. Después de la batalla de Culloden habría sido capturado á no ser por una joven escocesa llamada Flora Mac Donald, á quien encontró en su fuga. Esta le aconsejó que se vistiese con el traje de su mucama y así consiguió esconderlo en la isla de Skye.

Allí, durante algún tiempo era imposible seguirle; y allí vivieron ambos, casi solitarios. Semejante proximidad no podía dejar de excitar la imaginación novelesca de un joven príncipe. Por otra parte no parece que la joven pensase en el amor. Pero, sin embargo, si leemos atentamente el relato de Campbell, podemos ver — aunque tal vez no lo vea el autor — que el príncipe Carlos dió todos los pasas que se avenían con su delicado recuerdo de su respeto caballeresco y de los servicios recibidos.

Parece haber pensado que si ella le tenía cariño, ambos podían amarse; y le ofreció todas las oportunidades de manifestarle sus sentimientos. El príncipe de veintiún años y la joven de veinticuatro se paseaban por la pradera cubierta de largo césped ó se sentaban

á descansar á los rayos del sol y á contemplar el mar. El príncipe solía reclinar su cabeza sobre las rodillas de la joven y ella jugaba con sus rizos dorados, alguno de los cuales cortaba á veces para regalar á sus amigas. Pero él era demasiado ó demasiado poco para ella, según su modesto modo de pensar. Era un príncipe real, heredero de un trono, ó un niño con quien podía jugar á su antojo. No podía ser un amante — en la idea pura y hermosa que ella concebía de él.

Esos fueron tal vez los días más deliciosos de toda la vida de Carlos y un hermoso recuerdo para Flora. Con el tiempo regresó á Francia, volvió á verse envuelto por las intrigas que rodeaban al otro Estuardo que se hacía llamar Jaime III, y consevaba todavía el aspecto de un rey desterrado. Al presenciar las intrigas y maquinaciones de esos pretendidos cortesanos, ¡cuántas veces no habrá recordado á su inocente compañera de las soledades de los Highlands!

En cuanto á Flora, fué detenida y encarcelada durante cinco meses en los buques de guerra ingleses. Fué devuelta á la libertad y se casó en 1750. Ella y su esposo se embarcaron para América poco antes de la Revolución. En esa guerra MacDonald sirvió como oficial británico contra sus conciudadanos de adopción. Por este motivo talvez, regresó Flora á Escocia, donde falleció á los sesenta y ocho años de edad.

El príncipe real, que le habría dado su cariño vivió una vida mucho menos digna en los años que siguieron su regreso á Francia. Ya no quedaban esperanzas de reconquistar el trono inglés. No le quedaba más que la vida ociosa y libertina de la corte en que vivía su padre

El príncipe y su esposa

A la muerte de Jaime III, su corte se desintegró, y el príncipe Carlos llevó una vida desordenada y licenciosa, bajo el título de conde de Albany. En sus viajes conoció á Luisa María, hija de un príncipe alemán, Gustavo Adolfo de Sholberg. Tenía diez y nueve años esta joven cuando experimentó la fascinación que emanaba todavía del príncipe; pero fué un casamiento desgraciado para la princesa, pues no tardó en cerciorarse de que su esposo era un ebrio consuetudinario.

Poco después la vida común se le hizo tan intolerable que consiguió del papa que los separase. El pontífice la confió al hermano de su esposo, el cardenal York, quien la colocó en un convento, y más tarde la trajo consigo á su residencia en Roma.

Aquí comienza otra novela. Era visitada frecuentemente por el poeta Vittorio Alfieri, el gran dramaturgo italiano. Alfieri era un hombre acaudalado, que cuando joven había repartido su tiempo alternativamente en períodos durante los cuales estudiaba asíduamente el dedecho civil y canónico, y otros que dedicaba á los hipódromos y viajes sin rumbo por Europa, sin otro objeto que cansar los caballos de posta en centenares de millas de camino. Su vida, por lo tanto, era excéntrica hasta la insanía; pero en cuanto conoció á la condesa de Albany, se produjo un cambio notable. Ella despertó en él cuanto tenía de bueno; tanto que solía decir más tarde que le debía lo mejor de sus obras dramáticas.

A los diez y seis años de casada, murió el esposo de la condesa, anciano gastado y ruina prematura, después de haber sido cuando joven un modelo de hombría y caballerosidad. En los últimos años había caído en completa abyección, y no se sabe si fué por desdén ó por sentimiento de lejano parentesco que Jorge IV le otorgó una pensión anual de cuatrocientas libras. Esto, más que todo, demostraba que los Hanoverianos se habían consolidado en el trono inglés.

A la muerte del cardenal York no quedó más Estuardo de la línea masculina, y la condesa fué la última en llevar el nombre regio escocés de Albany.

Se asegura que á la muerte del príncipe, su viuda se casó con Alfieri, y que durante el resto de su vida vivió en Florencia, aunque Alfieri falleciese veinticuatro años antes que ella.

Aquí hemos recordado una parte de lo novelesco que evoca el nombre de Estuardo — en el príncipe caballeresco, arrastrando á los highlanders en su arremetida contra la bayoneta de los ingleses, pasando días felices en las Hébridas, y terminando por ser un borracho y el esposo de una princesa que lo repudió y que á su vez fué amada por un poeta famoso. Pero después de todo es este Estuardo en quien pensamos cuando oímos las dulzainas tocando el "Over the Water to Charlie" ó "Wha'll be King but Charlie?".

LA ESCALERA

Una operación me obligó á regresar á Londres en un plazo de media hora. No presentaba ninguna dificultad especial y cualquier cirujano habría podido realizarla pero el cliente puso su confianza en mi reputación y debía agradecérselo acudiendo á su llamado. Interrumpí por lo tanto mis breves vacaciones y regresé de Escocia por el tren nocturno.

Todos los coches dormitorios estaban tomados, pero conseguí estar solo en un compartimento de primera clase. Me tendí en los asientos y concilié un sueño que debió durar varias horas. Me desperté en la última estación en que paraba el tren, miré mi reloj — las tres y media — y volví á dormirme inmeditamente. Pero volvieron á despertarme en el instante en que el tren reanudaba su marcha, una corriente de aire fresco y un hombre que entraba al coche. Me bastó echarle una mirada para que se disipase mi sueño por completo y me senté en el asiento en que había estado durmiendo.

Personalmente, el hombre parecía bastante inofensivo — un joven pequeño y endeble de unos veinticinco años — pero su actitud y el desorden de su traje hacían de él un compañero sospechoso. No tenía sombrero, llevaba el saco roto y tenía el cuello desprendido. Sus manos estaban cubiertas de arañazos, su ropa salpicada de un barro que también cubría por completo su calzado. Su respiración anhelosa indicaba que había corrido. Tenía la mirada extraviada y parecía evidentemente presa de gran excitación.

Contestó á la muda pregunta de mis ojos.

— Sé que mi aspecto es extraño — dijo — pero... soy persona decente. No tiene usted nada que temer de mí.

Me reí con cierta irritación. Un par de hombrecillos como él no me habrían asustado; pero me molestaba el que me hubiese depertado y me molestaba mucho más la perspectiva de verme mezclado en calidad de testigo en algún asunto desagradable.

— Ya trataré yo de que tenga usted oportunidad de demostrar que es persona decente en cuanto lleguemos á la ciudad, — le dije. — No necesita usted mirar el timbre de alarma. No tengo intención de llamar. Me sabría defender solo, en caso necesario.

Apoyó su cabeza en una mano y permaneció silencioso y agitado por estremecimiento. Parecía menos culpable que desgraciado... Supongo que los médicos nos acostumbramos á ser compasivos. Sea como fuese le tenía lástima.

— La policía, — dije — lo juzgará al modo de la policía. Yo lo juzgaría como hombre. ¿Tal vez prefiera usted explicarse conmigo?

Me miró con cierta duda.

— Usted no puede juzgarme imparcialmente—dijo.—Es un hombre grande y fuerte. Si usted fuese un hombrecillo... ¿Sabe usted yue habría preferido matarlo antes que exponerme á lo que ha de suceder al llegar á la ciudad?

Meneé la cabeza con calma.

— Apreciaré esto con lo demás — dije — y trataré de juzgarlo recordando que es un hombre débil.

— Y un cobarde — agregó amargamente.

— ¿Veamos? — pregunté — ¿Qué ha hecho usted?

Y hé aquí lo que me contestó:

Siempre había sospechado yo que era un cobarde, pero no lo había confesado, ni siquiera á mí mismo, hasta hace pocos días. Trataba de convencerme de que me

(Del *London Magazine*).

apartaba de los deportes rudos y de las luchas físicas porque mi constitución me aseguraba el fracaso y no por temor de ser herido ó golpeado. Era bien visto por las personas con quienes trataba: estudiantes, escritores y artistas. Fuí estudiante y mi carrera ha sido satisfactoria. Obtuve numerosos triunfos y premios en Cambridge. Terminé mis estudios hace cuatro años. No tengo profesión alguna. Mi padre me dejó una fortuna. A veces pienso que ha sido una desgracia en vez de una suerte. Mis aficiones eran las matemáticas y la historia.

Tenía un amigo que preparaba alumnos para los exámenes de ingresos en el ejército. Se enfermó poco antes del término de los estudios y no pudo encontrar quien le remplazase en la clase de matemáticas. Yo me encargué de ellas por simple amistad. Uno de los alumnos era el honorable Frank Exbury. Estaba terriblemente atrasado en matemáticas, pero me era particularmente simpático. No economicé esfuerzos para enseñarle y conseguí sacarlo del paso. Se mostró muy agradecido y no sabía que hacer para demostrarme su aprecio. Sabía que yo no aceptaría remuneración. Por lo tanto me invitó á pasar unos días en Exbury Hall. Se halla esta residencia á tres millas de la estación en que subí al tren.

Allí me sentía yo como un pez fuera del agua. Era un estudioso, retirado, y sin músculos, entre un grupo de jóvenes gigantes que no pensaban más que en atletismo y deportes. Si me hubiese contentado con "estar fuera del agua" todo habría pasado bien. Ellos no se proponían tratarme mal. Pero yo no quería confesar que era incapaz de hacer todo lo que ellos hacían. Nadie consiente en confesar su debilidad delante de las mujeres. Fueron las mujeres las que me perdieron... Por lo menos una mujer. No me importaba lo que podían pensar las demás. Y así me puse en ridículo, No era que ellos me diesen cuerda sino porque su presencia me inducía á hacerlo, especialmente las muchachas. Ayer me indujeron á montar en un bruto de caballo... Pues bien, sólo les dejé ver que no sabía montar; no que tuviese miedo. Pero más tarde estuve enfermo á consecuencia del julepe. Positivamente enfermo.

Iban á un baile por la noche, pero me sentía demasiado mal para acompañarlos y me quedé. Tenía que presentar alguna disculpa. Dije que no sabía bailar. Se rieron de mí. Uno de ellos me dijo que era precisamente lo que suponían que yo podría hacer!... Cobarde ó no, le habría pegado, si hubiese tenido la menor probabilidad de éxito en un pugilato... Lo que ustedes, los hombres fuertes considerais como valor, no es tal cosa. Es solamente fuerza... Pero con todo, soy un cobarde. Lo he descubierto esta noche.

Una de las jóvenes se quedó también, la señorita Carter. Se había recalcado el tobillo. Es una espléndida muchacha. Tiene dos pulgadas de alto más que yo. Es muy hermosa. Si yo hubiese sido otro hombre... Pues, bien esa era la que me interesaba. Pero, por supuesto, sabía que no tenía la menor probabilidad en mi favor y por lo tanto evitaba de demostrarle mi admiración.

No fuí tan necio que tratase de aburrirla mucho tiempo con mi conversación, aún cuando se mostró muy amable y pretendiese interesarse en lo que le decía y hasta cantó para entretenerme. Le dije que estaba cansado y que me acostaría temprano. Pareció algo extrañada — está acostumbrada á que los hombres se disputen su compañía y se asegura que es muy dada al flirteo.

— Pienso quedarme y esperar el regreso de los demás, dijo — si es que no concluyo por aburrirme sola.

Me miró por entre las pestañas y yo me sentía tentado; pero sabía que me pondría por completo en ridículo si me quedaba con ella. Ella me atraía fuera de toda razón; y no quería transformarme en el hazmereir de toda esa gente. Me fuí á la cama y ella se quedó en la sala. Supongo que también se retiraron los sirvientes, porque... Bueno, ya verá usted.

Me acosté y me dormía,. Algo me despertó, un grito, un grito de mujer. Me pareció que era un grito "suyo". Si no lo hubiese creído así, supongo que me habría cerciorado de que la puerta estaba bien cerrada, y hundido luego la cabeza entre las sábanas tratando de volverme á dormir.

Sea como fuese, me puse la bata y salí al corredor. Estaba oscuro excepto en la parte en que pasa por encima del gran vestíbulo á cada lado de la escalera. Una tenue vislumbre procedente del piso bajo llegaba hasta allí. Distinguí las



Sé que mi aspecto es extraño—dijo—pero....soy persona decente. No tiene nada que temer de mi.

voz atenuada que parecía extraña en sus labios.—Una conversación muy tranquila. ¿Me comprende usted?

— Sí.... comprendo — contestó ella, como si tuviese dificultad en emitir las palabras.

—Un cuarto de hora de conversación. Terminará á las dos en punto; á menos que seamos interrumpidos antes. Luego.... habremos pagado nuestra deuda. Yo no he de errarle, Beatriz; ni tampoco he de errarme después.

Yo temía que oyese mis estremecimientos.

—¡Piedad! — exclamo ella, pero sin alzar la voz ¡ Piedad!

¡—Estése callada!—ordenó el.

Ella se estuvo callada. Muy callada. Pero yo casi grité. Me contenía de miedo que llegase á oirse mi temblor.

¿Que debía yo hacer? ¿Que podía hacer? Si me hubiese hallado directamente encima de él podía haber dejado caer una silla ó un mueble pesado sobre su cabeza. Pensé en ello.

Pero él se hallaba, no debajo de la galería, sino al pie de la escalera. Si yo bajaba me mataría antes de matarla. Sabía que debía bajar, aún cuando me expusiese á que hiciese fuego contra mí; pero me paralizaba la idea del revólver, y no podía moverme. Me clavé las uñas en la carne, pero no por eso conseguí moverme. Me parecía que mis sentidos estaban entumecidos. Ni siquiera oí lo que decían durante algún tiempo; pero por fin llegó hasta mi la voz de la joven y me pareció que despertaba.

— Soy tan joven! — suplicaba ella — ¡Tan joven! ¡No quiero morir!... ¡No... quiero morir!

Supongo que no hay nadie que sea tan cobarde que "nada" llegue á arrastrarlo á arriesgar su miserable vida. Esa voz lamentable me arrastró. Decidí que iría en su ayuda aun cuando sólo bajase las escaleras para ser muerto de un tiro; pero trataría de salvarla. Traté de pensar.

Eran entonces las dos menos nueve. Pasados esos nueve minutos, ella moriría. Si yo no lograba salvarla, también moriría. Necesitaba hallar un arma, ba-

dos armaduras completas que parecen custodiar la escalera. Me parece volverlas á ver cuando cierro los ojos. Me deslicé hasta allí y miré á través de la balaustrada. Mi sangre se heló en mis venas.

La señorita Carter estaba de pie en el vestíbulo, inmóvil, de espaldas al gran reloj y semejante á una estatua de mármol. Tenía las manos detrás de la espalda y la cabeza erguida. Su boca estaba entreabierta; como si hubiese gritado y se hubiese interrumpido bruscamente.

Al pie de la escalera de espaldas á ésta estaba el capitán Maybury. Es el hombre más robusto que conozco, un sujeto inmenso, pelirojo, de voz sonora, todo músculos; no del tipo pesado y lento, sinó agil como un rayo. Supongo que usted lo conocerá de nombre. Se asegura que es el hombre más fuerte y el mejor tirador de revólver del ejército. Le ví arrancar los cuatros aces de la baraja, uno después de otro, á veinte yardas, no hace dos días. El capitán apuntaba á la joven con su revólver.

— Es necesario que tengamos un ratito de conversación — decía con una

jar silenciosamente y tratar de tomar de sorpresa al capitán. Aun cuando me oyese y se volviese, ella tendría una oportunidad de escapar. Ella era casi tan agil como él. Miré en torno mío y ví algunas clavas de golf en un rincón del corredor. Me deslicé hasta allí y elegí una. Me quité las zapatillas para andar sin ruido sobre la espesa alfombra, esperando sorprenderlo de atrás, puesto que estaba de espaldas á la escalera. Todo eso lo pensaba mientras oía la voz que suplicaba. Esa voz parecía arrastrarme hacia ella; y mi miedo parecía arrastrarme en sentido opuesto. Su voz iba prevaleciendo lentamente, muy lentamente. Si no hubiese sido un cobarde habría acudido corriendo... Solo quedaban seis minutos, cuando llegué á la parte alta de la escalera.

Usted me juzgará cobarde entre los cobardes. Perdí allí un minuto en vacilaciones. Mis miembros se negaban á moverse. Traté de imaginarme como me precipitaba sobre él y le derribaba de un golpe antes de que volviese; pero otro cuadro acudía á mi imaginación. Me parecía ver en el rostro de la joven una mirada que me traicionaría... tal vez gritase al verme... y él se volvería y... el estallido del revólver... Traté de figurarme que me erraba que me precipitaba y le derribaba; pero en lugar de eso veía los cuatro aces arrancados por los proyectiles uno tras otro... ¡pan! ¡pan! ¡pan! ¡pan!... Conté los escalones; diez hasta el descanso, y otros catorce después... Me pareció que pasaría el resto de la vida contándolos... Era un cobarde.

— Cinco minutos más — dijo él. — Y después ¡la muerte!

¡La muerte!... bajé un escalón, y conté los demás. ¡Quedaban *veintitres!*

— ¡La muerte! repitió ella, y se estremeció. Se había dejado caer en una silla y se escondía el rostro entre las manos. Por eso no se veía.

Bajé otro peldaño... quedaban veintidós... Si ella no levantaba la cabeza ni gritaba, era pobable que no me vería mientras no llegase al descanso, por lo menos... *Veintiuno...*

¡La muerte! Esas palabras parecían hallar eco en mi mente y me helaban... No podía moverme... Ella sollozó y eso me impulsó á avanzar *¡Veinte! ¡Diez y nueve!...* Oí el ruido de mi paso, á pesar de la espesa carpeta. ¡Si él llegaba á oirme!

—Tiene usted algo más que decir?—preguntó. Aproveché el momento en que hablaba para bajar otro peldaño.

—Concédame una probabilidad de salvarme—suplicó ella — Nada más que una probabilidad.

El se rió. Esa risa cubrió el ruido de otro paso mío.

—.....Una sola probabilidad!...... Yo siempre creí que era jugador leal.

El se rió casi fuerte, y bajé otros dos peldaños. *¡Quince!*

—......Soy una mujer, nada más que una mujer.

—Desearía — dijo él — que no fuese usted una mujer. Ojalá fuese usted un hombre. No tendría entonces que matarla de un tiro.—Gruñó cqmo un perro irritado. Mis miembros cobarde volvie-



—! Silencio! — exclamó

ron á sentirse paralizados. — ¡ Ojalá fuese usted un hombre! — repitió. Su voz parecía clavarme en el suelo... Ella sollozó... Yo avancé... *¡Catorce!*... Había llegado al descanso que formaba ángulo. ¡ Si llegaba á volverse!... ¡ Qué rápidamente había atravesado esos cuatro aces. ¡ Pan! ¡ pan! ¡ pan! ¡ pan!

Ella volvió á sollozar. *¡Trece!* Bastaba que él desviase la vista en mi dirección y era yo hombre muerto.

— Si usted fuese un hombre — decía, y su voz era algo peor que brutal, era diabólica, bestial — ¡ haría algo más que matarla de un tiro!

¡Doce!... La muerte era una cosa tan espantosa... la obscuridad... ¿Y después qué?... Me parecía seguir con la imaginación mi propio féretro... No me era posible llegar hasta abajo.

— Un momento más — suplicó ella— Tengo miedo... *¡Once!*... Por amor de Dios... tengo miedo! *¡Diez!*... Ella se puso de pie *¡Nueve!* ¡ Por su antiguo amor!... ¡ Recuerde que me ha querido!...

— ¡ Silencio! — exclamó él. — ¡ Sólo le queda un minuto!

Ella levantó los barzos y alzó la mirada y me vió... *¡Ocho!*... Ella gritó y me señaló: él se volvió hacia mí. Yo alcé la clava y me precipité sobre él. ¡ En aquel solo instante no fuí cobarde!.

— ¡ Huya!—grité á la joven—¡ Huya!

Pero ella se interpuso entre él y yo, extendiendo los brazos como para detener mi golpe.

— Es una comedia — exclamó ella — ¡ Estamos ensayando una comedia!

No la creí en el primer instante; pero cuando ví el rostro del capitán comprendí que era cierto. Si él se hubiese reído, no la habría creído; pero *¡él trataba de no reirse!*

Me detuve tambaleando en aquella escalera que había bajado tan cobardemente.

— ¿No sabe usted? — exclamó ella— mañana tenemos representación... ¿No oyó usted que me llamaba Beatriz.. Yo me llamo Evelina. Por supuesto, usted debía saberlo.

Recordé que debía representarse una comedia y que ambos debían ser los protagonistas. Si el miedo no me hubiese obstruído la memoria, habría recordado que ella se llamaba Evelina.

Dejé caer la clava. Ella se rió de repente — se rió á carcajadas. Yo fuí cobarde hasta el fin y caí desvanecido.

Cuando volví en mí, me hallé tendido en mi lecho. Me habían trasladado hasta allí y dejado solo. La puerta estaba abierta. Oía que se reían en el piso bajo Los demás habían regresado y por supuesto le contaban el ridículo ataque: —Oía la risa de la joven entre otras. había obrado como un aldeano ignorante que se precipita sobre el escenario para acudir en auxilio de la protagonista... Pero eso no era lo peor. No solamente había sido ridículo, sino que me había asustado por nada, que me había desmayado. Había sentado plaza de cobarde ante todos ellos.

Concluí como había empezado. Huí como un cobarde; me vestí y me deslicé por la escalera de servicio y por una puerta lateral. Recordé que debía pasar un tren á esa hora. Corrí entre setos y zanjas. Tenía el valor de los cobardes para correr. Y aquí me tiene usted... Supongo que me haría saltar la tapa de los sesos sino fuese un cobarde...

— Usted no es un cobarde — declaré cuando hubo concluído de hablar. — Usted es un hombre valiente... Tome un trago de brandy.

— ¡ Para adquirir valor! — dijo él riéndose amargamente.

— Precisamente en esto consiste su error — dije yo con mi tono más profesional. — Usted pone su valor en pruebas demasiado rudas; y abusa de su valor. Lo principal de las hazañas es debido á la fuerza y á la habilidad. El valor entra por mucho menos. Usted se exige demasiado á sí mismo. No tendría usted miedo de andar á caballo si aprendiese usted á andar. Un tirador le impondría mucho menos temor si usted supiese tirar. Pues bien usted no contaba más que con su valor al bajar aquellas escaleras, y su valor lo condujo hasta abajo.

— No era valor — dijo él. — Era el amor de una mujer.

— ¿Y no podría ese amor hacerle subir otras escaleras? — le sugerí yo.

Su rostro adquirió la expresión firme y tenaz de un hombre valiente. Conozco esa mirada.

— Fuí un cobarde al huir — exclamó — Regresaré por la mañana y les diré que estaba nervioso por la lucha que había sostenido conmigo mismo y por el temor de que se riesen de mí; y si cual-



¡Un minuto más!

quiera cree que soy un cobarde podrá medirse conmigo en igualdad de condiciones.

— Si — dije — pero no debe usted dar mucha importancia á esto último. Son caballeros y damas inglesas y su risa habrá sido muy indulgente. La cosa tiene su lado gracioso, y usted debe reconocerlo... De todos modos tengo mucho gusto de haberlo conocido. Venga á visitarme cuando regrese á la ciudad. Seremos buenos amigos.

El se levantó, le presté un cepillo que llevaba en mi valija y pudo arreglarse, le dí la gorra que llevaba para el viaje. Parecía otro hombre cuando llegamos á la ciudad; y allí se produjo algo que constituye un bonito episodio de esta historia. Un empleado recorría el tren con un telégrama en la mano: "¿Quién se llama Hastie?" iba preguntando. Era el nombre de mi compañero de vagón. El telegrama decía lo siguiente:

"No hemos contado lo cusedido. Ni lo contaremos. Dijimos que usted recibió un telegrama anunciando tía enferma. Ambos admiramos su intención valiente. E. desea usted sepa risa era meramente histérica. Esperámoslo manaña de regreso. — *Maybury*."

—Aquí tiene usted el veredicto de uno de los hombres más valientes de Inglaterra — dije yo. — Le es favorable.

El hombrecillo asintió en silencio. Creo que no tenía confianza en su voz en aquel momento.

—Un par de buenos muchachos — dijo un instante después — me han ayudado á subir las escaleras esta noche... y una excelente muchacha.

Son las muchachas las que ayudan más á los hombres. Cuando volví á verlo estaba él en compañía de la joven. Fué en un garden - party y fuí presentado. Era una simpática joven: sana de cuerpo y alma, bonita y sensible. Era evidente que él le había contado nuestra conversación.

—El señor Hastie ha pasado la última quincena en Exbury, — me dijo ella de un modo significativo. — Le he enseñado á montar á caballo y á tirar, y él me enseñó á ser valiente.

—¿Y nada más? — pregunté yo, también de un modo significativo. Era evidente su mutuo cariño.

—A subir la escalera — me dijo muy tranquilamente — juntos.

—¡Ah! — dije — la escalera de la vida, á la cual damos tanta importancia, nosotros los pobres cobardes.

Ella me sonrió con una mirada de sus valientes y claros ojos.

—Nunca hay que temer de recorrerlas cuando se tiene quien nos acompañe —agregó ella — y en este peldaño hemos encontrado un amigo ¿no es cierto, doctor?

—Dios la bendiga, hija mía — le contesté yo.




ES EL MEJOR
LONGINES
En Venta
en todas
las
RELOJERIAS



Bargiela, Posadas y Cia.

Alsina 970 - Buenos Aires

LO IMPREVISTO

Derecho de traducción exclusivo para "ATLANTA"; clichés originales traídos expresamente de Europa

Durante los diez y siete años que habían transcurrido desde su casamiento, el señor Jaime Basset había hecho "negocios" en la City. Acerca de cuales habían sido esos "negocios", nadie, ni siquiera el mismo Basset, parecía estar exactamente informado. Lo cierto es que su esposa nunca tuvo seguridad al respecto. ¡Variaban de tal modo! En cierta época había vivido ella bajo la impresión de que los negocios de su esposo se relacionaban principalmente con la venta de máquinas agrícolas de los Estados Unidos — "en comisión". La señora de Basset no estaba tampoco muy segura de lo que significaba eso de "en comisión"; pero sabía que su resultado fué reducir de tres libras esterlinas por semana á dos libras la suma destinada á los gastos de la casa. Eso había ocurrido en los primeros días de su vida matrimonial y hacía ya mucho tiempo que las máquinas americanas habían sido reemplazadas por una agencia anunciadora que había elevado la renta semanal casera á la suma de seis libras esterlinas, durante un breve período. Pero, de repente, cuando ya comenzaba á acostumbrarse á esa cifra, sucumbió la agencia anunciadora, y el señor Basset dedicó su actividad á una rama de la industria que según suponía sin certeza alguna su esposa, tenía que ver con nitratos, superfosfatos, guanos, y otros raros cuxiliares químicos de la agricultura científica. Contemporáneamente con este nuevo aspecto de la cuestión la renta para gastos caseros sufrió una depresión que la redujo á treinta chelines por semana. Luego vino lo que, según infirió la señora de Basset de breves y poco inteligibles informaciones suministradas por su esposo, constituía la explotación de ciertos derechos de patentes y la renta casera subió de repente á cifras que se acercaron á diez libras por semana. Y otra vez, antes que la señora de Basset se hubiese acostumbrado del todo á la gran casa á la cual se habían mudado, ó hubiese aprendido á desempeñarse en la dirección de los varios sirvientes que su esposo había insistido en agregar á su personal doméstico, los derechos de patente resultaron patentemente un fracaso y la renta casera volvió á quedar reducida á cantidades microscópicas.

La señora de Basset se había atrevido á protestar, pero el optimismo de su esposo había predominado sobre las protestas, sin darles tiempo de ser formuladas.

— Mi querido Jim, — había dicho ella, con cierta perplejidad — no creas que voy á quejarme, pero...

No pudo preseguir. El grande, alegre, activo señor Basset se puso de pie de un salto y amenazándola con un dedo, aunque con gesto sonriente, le dijo:

— No hija mía, no digas nada... no digas nada... Ya sé lo que estás pensando... y tienes perfectamente razón. Tienes perfectamente razón, viejita mía, y también estoy en lo cierto yo.

Y al decir eso se golpea sonoramente el ancho pecho.

— Estás por decir — prosiguió — que no está bien que no te avise de antemano acerca de las influctuaciones de nuestros recursos... y tienes razón, desde tu punto de vista. Pero todo anda bien. No tienes porque preocuparte. Créeme hija mía, algún día me verás llegar á casa, dueño de veinte mil libras esterlinas... y tal vez más. Tengo puestas tantas cuerdas en mi arco, que con alguna de ellas he de dar en el blanco de la fortuna, tarde ó temprano. Y una gran fortuna.. un gran montón de dinero, tú y los muchachos lo gastaréis. Y verás que placer... carruaje con dos caballos, casa de campo... ¡todo! Y me aseguraré en diez mil libras, en caso que... Si, hija mía, formalmente, es cuestión de semanas... de días, talvez.

(Del Strand Magazine)



No, hija mía, no digas nada........no digas nada.... ...

Sé que no soy muy generoso contigo actualmente, pero es todo lo que puedo hacer por un día ó dos... Gasta ese dinero, hija mía, gástalo hasta el último penique, y saca el mejor provecho de él. Lo que te doy no lo necesito para mis negocios y sé de cuanto puedo disponer para la casa. Y te aseguro que es cosa de pocos días antes de que dé con la veta. Así pues, dame un beso, y no vuelvas á preocuparte de todo esto, ó realmente te doy de coscorrones... ¡palabra de honor!

Y la había abrazado cariñosamente, con lo cual había dejado ella á un lado todas sus incertidumbres... por un tiempo.

Pero eso había ocurrido hacía años y años... y desde entonces la fortuna había huído del señor Basset. Aún seguían pasando alternativas de desahogo y estrechez; pero él no manifestaba ni menor entusiasmo, ni menor actividad que al principio. Siempre seguía siendo "cuestión de días". Pero son muchos los días que hay en diez y siete años, y el transcurso de esos días había dejado sus huellas en el bonito rostro de la esposa. Había en él arrugas que nada quitaría. Y también habían nacido los hi-

jos... cuatro en todo. Habían heredado el buen parecer de sus padres, y cada uno de ellos manifestaba el optimismo sin límites de Basset. Y esto preocupaba más á la madre de lo que habría podido suponerse. Ella no poseía el temperamento de su esposo ni de su hijo, ni de ninguna de sus tres hijas... prefería la seguridad, la certeza, la consistencia. Deseaba entonces, como lo había deseado toda su vida, una renta... pequeña, si era preciso, pero fija y segura. Odiaba las fluctuaciones... porque las temía. No podía olvidar aquel terrible mes en que, después de recibir de su esposo una renta semanal de cerca de veinte libras esterlinas por espacio de tres meses, él se había visto de repente en la imposibilidad de darle nada, y durante treinta días habían vivido de fiado... hasta que otra cuerda del arco de su esposo estuviese en situación de sacarlos de apuro.

Y aquella famosa póliza de seguro por diez mil libras nunca había sido una realidad.

De modo que á los diez y siete años. Elena Basset, seguía careciendo de esa tranquilidad de espíritu acerca del porvenir á que tenía derecho, y que merecía, como cualquiera esposa que se le pareciese. Todo lo que había conseguido era una convicción ... Sabía que su esposo era jugador. No, por supuesto, en el sentido vulgar de la palabra, apostando; pues su ''puesta'' sin que él se diese cuenta de ello, era la felicidad y el bienestar de la familia que amaba y su adversario, ''Lo Imprevisto''.

Para Elena Basset, La Imprevisto, se presentaba enorme, monstruoso, siniestro y aterrador, como un ser cruel y mortífero, que esperaba en algún sitio del camino, oculto y en emboscada. Había llegado á temerlo... á odiarlo. No pasaba noche sin que rogase por que se viesen todos ellos libres de Lo Imprevisto.

Y durante los tres años que completaron los veinte de su vida de casada, se preocupó de armarse contra ello... en forma secreta, vergonzante y furtiva.

Debe recordarse que su cariño por su esposo al cabo de tantos años era tan firme como á las veinte semanas de casada; que él nunca había dejado de repetirle sus deseos acerca del empleo del dinero que le daba para los gastos de casa; que siempre había insitido en que gastase toda la renta casera, fuese poca ó mucha, en provecho de la familia, y completamente, y que tenía en ella una fe ciega.

— Gasta lo que te doy, querida mía— le repetía — pues te doy aquello que no necesito para ninguna otra cosa. Saca provecho de ello. Cuando doy poco, espero poco... cuando doy mucho soy como un Shylock y quiero sacar de ello cada onza de su valor. Me sostiene y me dá alientos el saber que tengo que conseguir dinero para tí, semana por semana.. y me ayuda á conseguirlo.

Y hacía tres años que ella venía desobedeciendo. Hacía tres años que venía ahorrando sobre la renta semanal.

Esto había comenzado el día en que se dió cuenta, con una especie de pánico, de que su hijo Roy era idéntico á su padre. Roy tenía entonces diez y siete años, y estaba en vísperas de embarcarse en el mundo á su vez. Como temperamento era la copia fiel de su padre... excepto, según sospechaba la señora de Basset, en que le faltaba esa fibra de acero que se notaba en el carácter de su padre, aunque en forma poco manifiesta.

Pero ahora sus ahorros secretos habían alcanzado á una cifra que llegaban á asustarla. Estaba más cerca de las quinientas que de las cuatrocientas libras, y cuando miraba las cifras de su libreta de banco, le parecían muy grandes, pensaba, con cierta nerviosidad. Tal vez por no tener á mano esas quinientas libras, su esposo había dejado escapar fortunas. Por supuesto, ella sabía que habrían debido ser gastadas en su integridad... pero era lo mismo. Le parecía ser una criminal.

Y Roy marchaba bien, y parecía prometer... había ingresado en las oficinas de Sacey, el rematador y agente de propiedades de la localidad.

Ella se sentía inclinada á confesar lo que había hecho, en la noche precisamente en que llegó su esposo con el aspecto más deprimido que jamás había revelado.

Por primera vez de su vida se dió cuenta de que comenzaba á parecer avejentado y cansado y un poco gastado.

Comió en silencio, esperó que las hijas se fuesen al jardín, y luego después



¡Embustera y ladrona!—exclamó Basset con ojos fulgurantes y entonación iracunda y brutal

de encender un cigarro, se puso á quejarse de su suerte.

— Podría haberme ganado diez mil libras esta tarde, en diez minutos, si hubiese tenido solamente quinientas libras disponibles — dijo, del mismo modo que otras veces había dicho cosas por el estilo. Pero esta vez su esposa se sonrojó con una sensación de remordimiento. El no se dió cuenta de ello, pues estaba demasiado ocupado en tenerse lástima á sí mismo.

— ¡Diez mil libras, por el trabajo de levantar un dedo y dar unas miserables quinientas libras de seña! Siempre es así... las verdaderas oportunidades se presentan más que cuando no se está en situación de aprovecharlas.

Chupó con irritación el cigarro durante un instante y luego cambió de tono. No solía ser pesimista durante largo rato.

Su esposa vaciló. Se sentía inclinada á confesarle que tenía ahorradas quinientas libras, pero cierto instinto extraño la contuvo. ¿Qué sucedería si ese gran proyecto resultaba igual á tantos otros — si solo servía para absorver un dinero que nunca más volvería á verse? Contuvo las palabras que tenía en la

punta de la lengua, dándose cuenta de que, por más pena que le causase la idea de haber ahorrado sobre la cuenta semanal sin que su esposo lo supiese, más pena le daría todavía perder esos ahorros.

No dijo nada. Pero se sintió muy desgraciada.

Durante los días siguientes, el pensamiento de aquel dinero la persiguió como una pesadilla... lo odiaba y sin embargo estaba contenta de tenerlo. Y parecía que nunca había tenido su esposo tantas oportunidades de hacer fortuna, ni se había visto tantas veces obligado á renunciar á ella por falta de capital como en aquel período. No se daba cuenta de que Basset hallaba esas oportunidades solamente porque se sentía dispuesto á arriesgar más. Un hombre sin capital siempre se figura dispuesto á correr más riesgos que aquel que tiene mucho dinero.

Por fin, tan frecuentes fueron las alusiones de su esposo á las maravillosas oportunidades de realizar sumas fabulosas con un capital de quinientas libras, que acabó ella por sospechar que él tuviese conocimiento de sus ahorros. Desde entonces le observó con ansiedad, le observó en todos sus modos de ser, en sus miradas y en sus gestos. Y al fin de la semana había llegado á la convicción de que él lo sabía todo.

— Si tuviese quinientas libras disponibles, Elena — volvió á repetir una noche — ó si solamente pudiese obtener que me prestasen quinientas libras, podría ganarme diez mil en un mes.

Ella miraba por la ventana, pero se daba cuenta de que él la observaba atentamente.

— ¡Qué lástima que no las tengas! — dijo. odiándose á si misma por pronunciar esas palabras.

Oyó una exclamación de impaciencia pero consiguió no volverse. Reinó un corto silencio. Luego su esposo volvió á hablar.

— Es una dee sas oportunidades como se presentan muy pocas en la vida — dijo, con tono poco convencido — ¿No conocerías á nadie que me pudiera prestar ese dinero, Elena?

Ella meneó la cabeza.

— No, Jim. — contestó con voz casi apagada.

— ¿Supongo que no habrás venido ahorrando sobre el dinero que te daba, por casualidad? — preguntó él, con una risa curiosa, semiforzada, y como ver-

Ella simuló no haber oído, y él repitió su pregunta.

gonzante.

Se daba cuenta Elena de que había llegado el momento en que debía decidirse entre el temor de Lo Imprevisto y la confianza en la habilidad de su esposo para hacerle frente. Pensó rápidamente, y al pensar le volvieron todos los presentimientos de desastre. Le parecía que estaba viendo en el porvenir los peligros que los amenazaban. Y pensó en los niños... en el joven y sus hermanas... y, acabó por decidirse.

Su esposo se había puesto de pie y se había acercado á ella.

— ¿Supongo que no habrás ahorrado nada sobre lo que yo te daba? — volvió á preguntar por tercera vez.

Ella lo miró en los ojos, y vió en ellos algo completamente nuevo para ella. Algo que se asemejaba al odio.

— No, Jaime — murmuró — Nohe ahorrado nada.

Su corazón latía con violencia y sus manos temblaban.

— ¡Embustera y ladrona! — exclamó Basset, con los ojos fulgurantes, y entonación iracunda y brutal — Imaginas que yo no sé. Lo sé todo. Lo supe días pasados en el banco. Pero puedes guardar ese dinero. ¿Acaso te he tratado tan mal en tantos años que no puedes confiarme esa miserable suma que has venido royendo de nuestros gastos... de los de tus hijos y de los míos? Me he humillado pidiéndote... y me has negado. ¿qué piensas sacar de ese dinero?

La ira y la mortificación le volvían incoherente.

— Era... era en caso que ocurriese algo, Jim — dijo ella con voz entrecortada — Temo... temo que nos volvamos á quedar sin nada. Era una precaución contra la desgracia. Sabes que nunca hemos pensado en el porvenir.

— ¡Precauciones! — exclamó él con tono amargamente desdeñoso — Yo soy tu salvaguardia contra la desgracia. Y te pregunto por última vez ¿quieres darme ese dinero?

Ella volvió á hacerle frente:

— ¡No! — exclamó valientemente — No te lo daré. Te estás volviendo jugador — sollozó — Puedes matarme aho-

ra si quieres... no me importa... yo no soy ni una embustera ni una ladrona... siempre te he querido á tí y á los niños... y todo lo hice por vuestro bien... y no por mí... era un caso de secretos, no habían tenido más resultado ¡Era imposible... increíble!

Oyó las voces de sus hijas que regresaban. Habían ido á jugar al tennis á casa de una compañera de colegio.



—Se acerco á Roy y se mantuvo de pié detrás de su silla

que alguno de ustedes se enfermase...

Se llevó las manos al rostro, se dejó caer sobre el sofá, y lloró como nunca había llorado antes. Oyó confusamente y como á gran distancia el golpe de una puerta que se cerraba, y se dió cuenta de que su esposo la había dejado sola.

Allí permaneció llorando. ¡Estaba recompensada de sus dudas, sus ansiedades, sus temores de los tres últimos años! Su esposo la había recompensado. *¡Embustera y ladrona!* Esas palabras trágicas y terribles le parecían escritas en letras de fuego en la ardiente oscuridad de sus párpados cerrados. *¡Embustera y ladrona!* ¡Todo lo que había hecho, los minuciosos cuidados, sus dolores de cabeza para reducir sus cuentas, sus economías ocultas, y todos sus esfuerzos

Se apresuró á incorporarse, se dirigió á su cuarto, cerró la puerta y se arrojó sobre el lecho.

Transcurrió una hora que le pareció una eternidad, y la oscuridad invadió el cuarto. Pero ella seguía con el rostro oculto en la almohada, paralizada por el dolor.

Y alguien llamó á su puerta... el ruido de los golpes le pareció apagado y lejano al principio y no se dió cuenta de ellos. Los golpes fueron aumentando en intensidad. Una voz la llamó por su nombre.

— ¡Elena! ¡Elena! ¡Déjame entrar, Elena!

Era la voz de su esposo, pero le fué difícil reconocerla, pues temblaba y por la entonación revelaba intensa pena y

una especie de terror.

Se levantó del lecho pesadamente, y abrió la puerta.

Vió á su esposo, con el rostro muy pálido. La luz del descanso de la escalera le permitió observar que sus labios temblaban. Parecía haber envejecido de muchos años.

— ¿Qué ocurre? — preguntó.

— Se trata de Roy — dijo él — Ven abajo.

— ¡Roy!

En un instante su propia pena quedó olvidada ante el terror insensato que el nombre de su hijo en esas circunstancias le infundió.

— ¿Roy? — exclamó — ¿Qué le ha pasado?

— ¡Ven abajo! — repitió el esposo, obstinadamente, como un niño asustado

Arreglándose el pelo mientras bajaba le siguió hasta el piso bajo y hasta el cuarto que solían llamar el estudio.

Allí estaba Roy, sentado junto á la mesa, muy pálido, y con ojos extraviados que miraban fijamente sin detenerse en nada. Frente á él estaba un hombre que trataba de demostrar que no estaba de ningún modo cohibido silbando entre dientes con una nerviosidad que le desmentía. Reconoció en él á Sacey, el rematador y agente de propiedades en casa de quien estaba empleado Roy.

Se dió cuenta de que algo grave ocurría... algo desesperadamente grave. Se acercó á Roy, y se mantuvo de pie detrás de su silla, apoyando las manos en sus hombros. Bajo ese contacto, de los labios del joven, se escapó un extraño sonido, mezcla de sollozo, y de exclamación de verguenza.

— ¿Qué ocurre, señor Sacey? — preguntó ella lenta, muy lentamente, no porque estuviese tranquila sinó porque estaba aturdida por el temor.

Sacey era un hombre cuyo rostro revelaba largas luchas por el éxito, y muchos desengaños. Alzó la vista, lo miró, y su rostro reveló más nerviosidad que nunca.

— Señora de Basset,... dijo vacilando, y se detuvo. Luego volvió á decir — Señora de Baset, yo... usted... yo quisiera que usted me creyese cuando le aseguro que rogaría al cielo para no tener motivos de venir esta noche á esta casa. Yo también tengo hijos. y... sé lo que son los disgustos. Pero he tenido que pasar por ellos, y salir del paso. El hecho es que... es que su hijo, que aquí está, ha venido haciendo disparates. Supongo que en algo tengo la culpa... Le dejé demasiada responsabilidad. El hecho es que... me... me... robó cerca de trescientas libras, y yo no estoy en situación de perderlas.

Roy retiró de repente los hombros de debajo de las manos de su madre.

— No me toques, mamá — dijo. Su voz era casi un gemido impregnado de desprecio de sí mismo. Ocultó el rostro entre sus brazos.

Sacey se puso de pié, pálido y tembloroso.

— No crean ustedes que yo no comprendo lo que esto representa para usted y su padre, señora — dijo — Me pongo en su lugar. Yo también tengo un hijo... Quiero proceder en forma razonable, arreglar las cosas del mejor modo. Hágame usted un cheque por doscientas cincuenta libras, señor Basset, y más tarde hablaremos del saldo. Dejaré que ustedes hagan con Roy lo que les parezca. Sé que no es más que un deliz... no está destinado á ser un falsificador. Creo que después de esta lección se portará bien.

Era evidente que el pobre Sasey no estaba á sus anchas, y que deseaba terminar el asunto cuanto antes.

Basset dirigió una mirada á su esposa, y ésta no olvidó jamás en su vida la angustia que vió en aquellos ojos.

— ¡Elena! — dijo con voz sorda — Ella compredió. El no tenía el dinero. ¡Elena! — y sacudió la cabeza.

Las palabras desdeñosas, que él había pronunciado poco antes volvieron á su mente.

— ¡Precauciones! ¡No soy tu salvaguardia para el porvenir!

Ahora era puesto á prueba y confesaba su inutilidad.

Ella se daba cuenta de que aquel era para él el momento más amargo de su vida, y el pesar y la lástima le desgarraron el corazón.

Se dirigió rápidamente á su escritorio, secó su libreta de cheques y escribió febrilmente. Entregó el cheque al señor Sacey.

— Es usted una buena persona — dijo sencillamente — Dentro de uno ó dos

días iré probablemente á verlo y á darle debidamente las gracias. Sólo que ahora... en este momento... No puedo proseguir.

Sacey comprendió. Pronunció algunas palabras confusas, manifestando su simpatía y su pesar por todo ello y se retiró.

Elena Basset quedó sola con su esposo y su hijo. Y ambos estaban hundidos, muy hundidos, en un abismo de vergüenza y humillación, y ambos la necesitaban, una á la madre, otra á la esposa, como nunca la habían necesitado antes.

Los miró, — á su esposo, decaído, y vencido, perdida toda la confianza, parado junto á la ventana; á su hijo silencioso y con el rostro oculto en sus brazos junto á la mesa. Y las miradas de Elena eran tiernas y cariñosas y brillaba en ellas una luz asombrosa.

Ya no se trataba de saber quien había procedido bien ó mal. Todo eso era repentinamente trivial á infinitamente pequeño. Lo imprevisto había ocurrido, había dado su golpe, había pasado. Nada quedaba ahora sinó perdonar, volver á empezarlo todo y tratar de hacerlo mejor.



Se acercó á él y rodeó su cuello

Se dirigió hacia su esposo.

— Jim — le dijo en voz baja — todo ha quedado arreglado.

Pero él no quiso mirarla.

— Dios me perdone por haberte dicho "aquello" — dijo, mirando siempre por la ventana — Yo merecería... merecería... Sus labios temblaban, y de repente ella oyó algo terrible — ¡el llanto de un hombre! Fué para ella como un latigazo.

— ¡Oh, Jim! — exclamó — ¡Oh, no!... ¡Te perdono!... ¡te perdono!... — Se acercó á él, y rodeó su cuello con sus brazos. El se inclinó lentamente, gentilmente, casi con reverencia y la besó.

— ¡Oh mi querida esposa! — exclamó con tono de adoración. Y así permanecieron un instante, y luego de común acuerdo se volvieron hacia el hijo.

Lo pasado había pasado... nada podía cambiar una palabra ni un acto del pasado. Pero les quedeba el porvenir... y cuando, terminadas las explicaciones, los tres dejaron el pequeño estudio, trémulos por las nuevas esperanzas y la prometida felicidad, el sentimiento por lo pasado no estaba del todo libre de agradecimiento por el presente en el corazón de Elena Basset.

La prohibición del opio y la pneumonia

La venta del opio ha sido recientemente prohibida en el imperio chino. Naturalmente, el público lo compra aún pero como las operaciones se hacen subrepticiamente el opio es caro y de mala calidad.

Los chinos, tanto los ignorantes coolíes como la clase media, hombres de sentido común y alguna perspicacia, afirmaban y afirman aún, que la peste pneumónica es simple y únicamente una enfermedad originada por la mala calidad del opio que se ven obligados á consumir. Si habláis con ellos, os hacen notar enseguida que la clase que más consume el opio de mala calidad, es la que suministra el 95 por ciento de las víctimas. Muy pocos de los comerciantes y traficantes nativos, que pueden pagar el alto precio del opio de buena calidad, son atacados por la plaga. Pero los chinos ya comienzan á apercibirse de la gravedad de la enfermedad y lo oportunas que son las precauciones sanitarias.

Esta plaga ha dado lugar á escenas horribles. Un hombre que caminaba tranquilamente por una vereda sentía de pronto cierto malestar y caía al suelo inmediatamente. Si la cosa ocurría en pleno día, la víctima era vista y conducida á los hospicos de los infectados; pero el alba solía descubrir á menudo espectáculos horripilantes: aquí un cadáver, más allá otro, en tal cantidad que las calles parecían campos de batalla.

La única salvación posible era el aislamiento.

El Preestan, formado por las aldeas situadas á lo largo del ferrocarril, incluyendo el puerto de Harbin y el río de Sungaría, que es el lugar en que la epidemia se hizo sentir con mayor crudeza, fué dividido en seis distritos, cada uno de los cuales fué perfectamente incomunicado, aún con sus mismo suburbios. De esta manera se pudo señalar con precisión los lugares infectados, y establecer inmediatamente la regularización de las cuarentenas de calles y casas.

Los europeos tenían poco que temer. La experiencia demostró que la saliva de la tos de alguna persona atacada ofrecía muy poco peligro de infección. Sin embargo, se abrigaba el temor de que la moneda robada de los bolsillos de las víctimas llevaba gérmenes de la epidemia. Los bancos y aún las casas de negocio, solían someter el papel moneda ruso y del país á una operación de esterilización.

La mayor parte de las víctimas europeas fueron los médicos y practicantes que permanecían en contínuo contacto con los enfermos; las restantes, fueron los rusos de la clase más baja, que no contentos con la menguada paga de sesenta rublos (30 $ oro) que mensualmente pagaban las autoridades á los hombres encargados de retirar de las calles los cadáveres ó de llevar á los hospicios á los apestados, sacaban partido de las circunstancias robando el dinero y ropas de las víctimas. Naturalmente, pagaban caro su avaricia.

El Imperio Británico

NOTABLES EPISODIOS DE SU CREACION

DIBUJOS HISTORICOS DE R. CATON WOODVILLE.

Texto del teniente general Sir Robert Banden-Powell



Con motivo de la reciente coronación del Rey Jorge V. como emperador de las Indias en Delhi no podíamos dar á nuestros lectores una idea más cabal de la satisfacción y el orgullo con que los ingleses contemplan el inmenso imperio creado en siglos de esfuerzos que la que se desprende de este artículo de uno de los principales jefes del ejército británico. También se desprende de él la forma en que el autor concibe los deberes que impone á la nacióu inglesa la soberania sobre tan vastos dominios.

Vemos á un enfermo arroparse estrechamente con el temor de resfriarse, y renunciar á toda esperanza de recobrar por completo la salud, cuando, si quisiese darse cuenta exacta de su estado vería que su enfermedad es interna y puede ser curada por el aire y el ejercicio. Son muchos los que en nuestro país están dispuestos á esperar la muerte, sin resistencia. Consideran sin esperanza alguna los peligros que nos amenazan desde afuera y no ven que el mayor de todos lo tenemos dentro.

Sufrimos una enfermedad específica de la cual deberíamos curarnos y entonces nada tendríamos que temer de nuestros enemigos del exterior. Esa enfermedad no es desesperada. Es en parte pesimismo; reconocemos que no estamos bien pero nos imaginamos estar peor de lo que realmente estamos. Otra parte de nuestra enfermedad, (que parece estar constituída por ''P's'') es la idea exagerada del valor de los partidos políticos, lo que nos hace perder todo sentimiento de las proporciones; y pasamos el tiempo arrojándonos barro en torno del charco de la parroquia, mientras olvidamos nuestros deberes más importantes hacia la Nación y hacia el Imperio. Y otra forma de la enfermedad es el deseo de Prosperidad Personal resultante del desarrollo del egoísmo. Estas enfermedades son comunes á todas las clases sociales.

Si pudiéramos traer remedios á todas esas ''P's'', nuestra nación en conjunto sería fuerte. Tenemos á nuestra disposición el mejor material posible en las generaciones que van creciendo, y tenemos los mejores remedios en la experiencia de nuestros mayores.

La serie de incidentes históricos reproducidos en estas páginas son una lección de cosas de primer orden. No sólo recuerdan á la mente á los héroes más conocidos de épocas pasadas, sino también que arrojan luz sobre hechos menos importantes, pero que también contribuyeron á crear el imperio y á formar el carácter nacional.

Nuestros pesimistas están dispuestos á considerar esos hombres como muertos y desaparecidos para siempre; olvidan que su ejemplo vive y que sus monumentos permanecen en el imperio que vemos en torno nuestro. También olvidan decir que en nuestros días viven y obran hombres que se inspiran en el mismo espíritu y energía y en la misma audacia y sentimiento de sus deberes.

Tenemos en nuestros días Cromers, y Kitcheners, y otros muchos que abren la marcha, y están seguidos de otros, de nombres menos conocidos, tal vez, pero poseídos igualmente del sentimien-

to del deber y de la fuerza de la devoción á su patria. Basta viajar por la haz de la tierra, en cualquiera dirección para encontrar hombres de nuestra raza que aún prosiguen la obra de exploración y administración, de difusión del evangelio y del desarrollo de la civilización en los rincones más apartados.

Considerad las provincias del Sudan donde los jóvenes británicos administran y desarrollan estados que tienen un tamaño tiple que el de la Gran Bretaña casi con responsabilidad é iniciativa exclusimavente propia. Considerad nuestra administración en la India ó en Africa, donde nuestros misioneros y exploradores, lo mismo que en el Canadá y en la América del Sur, realizan su obra. La gente conoce difícilmente el nombre de muchos de ellos, pero se podría pasar larga lista de hombres como Grenfell, en el Labrador, Bayd-Carpenter en el Africa Central (para quien al nombrársele habría que contestar "Muerto en el campo de acción"). Fawcett en los Andes, Younghusband en el Tibet, Lugar en Nigeria, Shackleton y Scott en el Antártico, y otros centenares, cuya obra se va revelando, pero cuyos nombres quedan desconocidos.

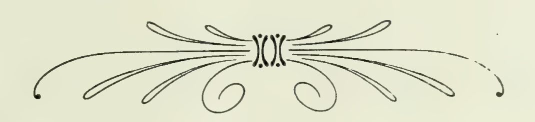
Estos últimos son los que tienen importancia para nosotros, porque están más en contacto con la mayor parte de los ciudadanos y así pueden sugerirle la posibilidad de que también ellos pueden hacer algo en una escala más reducida, en favor de su patria.

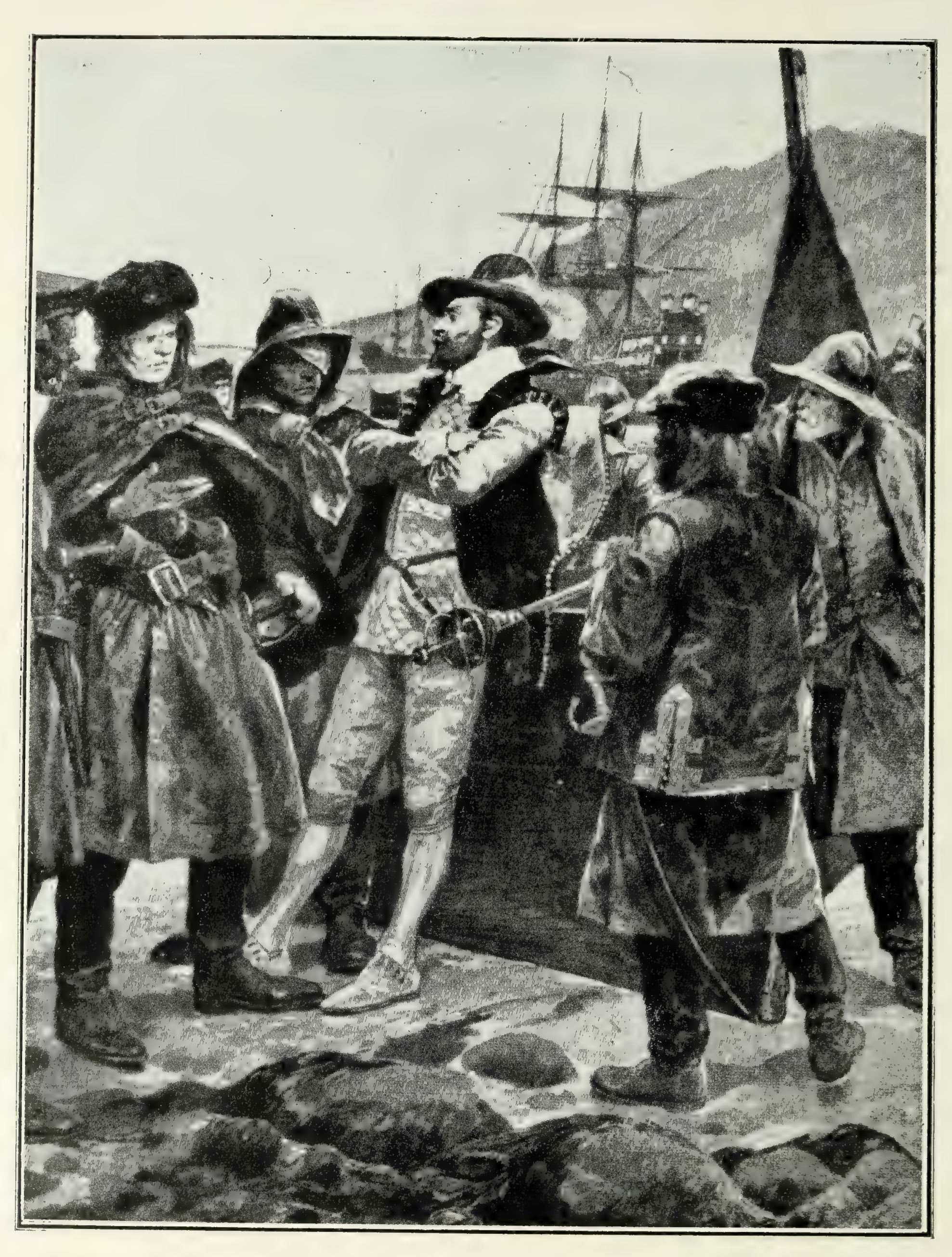
Todos nosotros tenemos un puesto en este imperio nuestro. Somos los ladrillos de un gran edificio y si cada cual llena debidamente su puesto el edificio servirá para grandes cosas en el mundo; pero si algunas de nosotros nos mostramos dispuestos á abandonar nuestro sitio y á escapar á nuestras responsabilidades, el esfuerzo que habrán de soportar los demás y el resto de la fábrica será mayor, este último podrá quedar debilitado en alguno de sus puntos importantes y ya no ofrecer seguridad ni estará en condiciones de llenar su papel.

Afortunadamente nuestros ladrillos son de mucho mejor material que los de cualquiera otra nación, como también el armazón de nuestro edificio es mayor y toda la fábrica es capaz de realizar la obra más grande y más noble en pro de la humanidad. Estamos solamente en el umbral del desarrollo en vez de hallarnos en la pendiente final, como parecen creer muchos de nuestros pesimistas.

Con todos estos dominios en torno nuestro, dominios que fueron colonias dependientes, y que ahora llegan á ser estados autónomos de nuestra sangre y raza, tenemos la perspectiva de un imperio como jamás lo ha visto el mundo. Semejante imperio, grande en sus proyectos, y unido en su política constituiría la mejor garantía práctica que podría imaginarse para la paz y la prosperidad del mundo. Y todos los británicos pueden ayudar á esta noble tarea.

Las promesas son muy halagüeñas, basta que nuestro pueblo se ponga á la altura de las circunstancias. Parecen existir indicios de que así se está haciendo, y existe espearnza de que lo hará á tiempo. Sólo puede lograrse si cada uno examina su conciencia mira más allá de las brumas de nuestra pequeña política partidista, y adquiere la voluutad de hacer algo por el país, antes de hacer algo para si mismo, y de curarlo de las enfermedades de que sufre. Si considera sus deberes desde este punto de vista, buscando ejemplo en los recuerdos de sus antepasados; buscando para sí mismo y sus compañeros campo de acción patriótica en el presente, entonces se presentarán brillantes perspectivas para nuestra raza y será esta una potencia útil en el mundo del futuro.





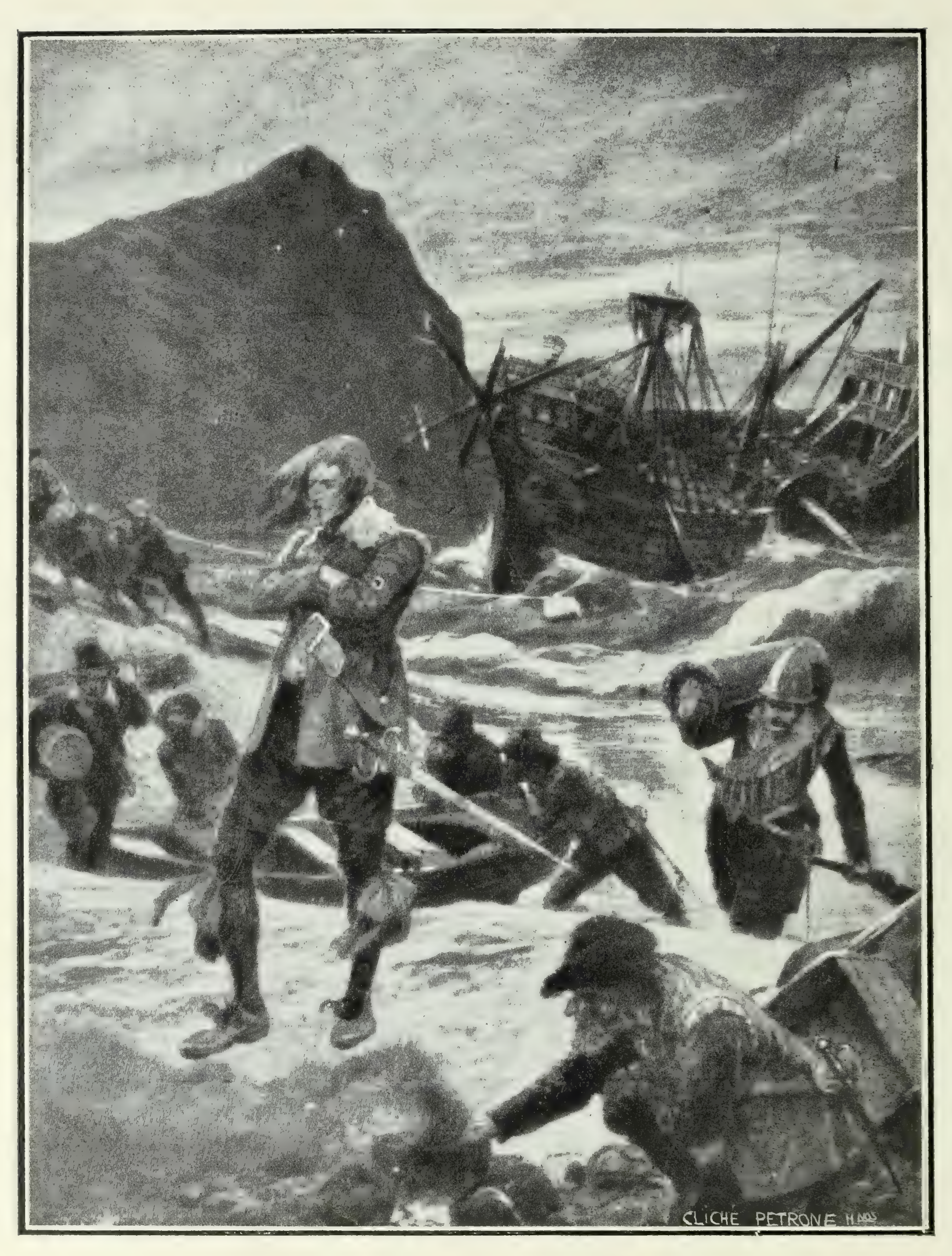
Sir Humphrey Gilbert desembarcando en Terranova en 1583

En 1577 Gilbert publicó un discurso: "Cómo podría Su Majestad hostilizar al rey de España alistando una flota de buques de guerra, bajo pretexto de un viaje de descubrimiento, y atacando á los buques enemigos, destruyendo su comercio con Terranova y las Indias Occidentales y apoderándose de ambas regiones". El año siguiente obtuvo de Elisabeth una patente autorizándolo á implantar una colonia. Tuvo que hacer frente á dificultades interminables, pero por fin, en agosto de 1583 tomó posesión del puerto de Saint John en nombre de la reina y anexó esa región.



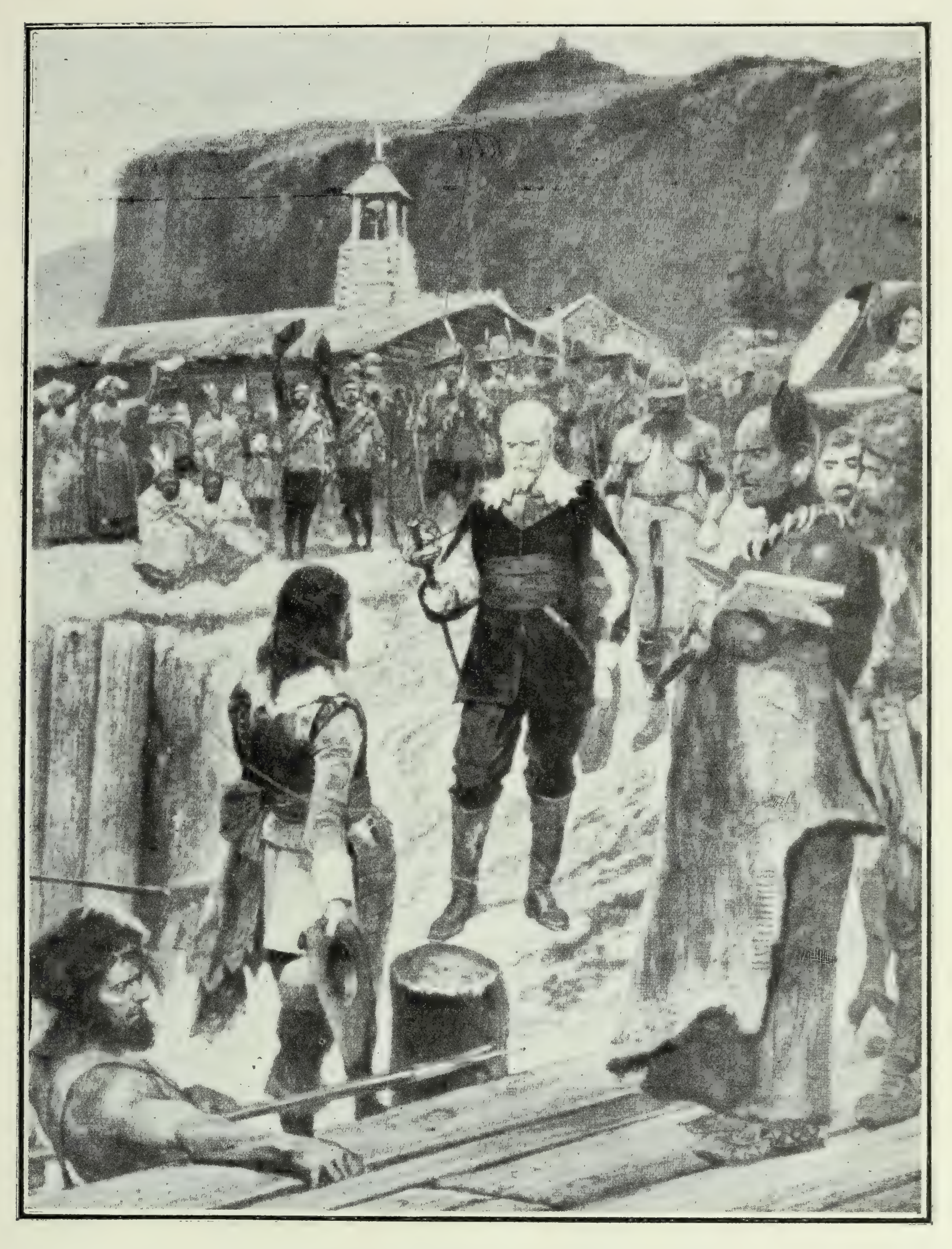
Sir John Mildenhall, negociando con el Emperador de Delhi

En 1599 los holandeses que tenían en sus manos todo el comercio de la India Oriental aumentaron el precio de la pimienta en Inglaterra de 3 chelines á 6 y luego á 8 chelines. El resultado directo de este acto fué promover una combinación de los mercaderes de Londres quienes constituyeron una asociación para comerciar directamente con la India. La reina Elisabeth alentó el proyecto y despachó á Sir John Mildenhall en carácter de embajador ante el emperador de Delhi para que obtuviese facilidades y privilegios comerciales. Esta fué la primera piedra del Imperio de la India.



La llegada de los ingleses á Bermudas

El 2 de junio de 1609 se embarcaron para Virginia una pequeña partida de colonizadores ingleses bajo el mando de Sir George Cummers, uno de los principales iniciadores de la Compañía de Virgina del Sur. Sorprendidos por una fuerte tormenta, y después de muchos sufrimientos y privaciones, naufragaron en las islas, muy poco conocidas entonces que debían su nombre á Juan Bermudas, el marino español que las vió por primera vez en 1515. Cummers tomó posesión de esa isla en nombre del rey Jaime I.



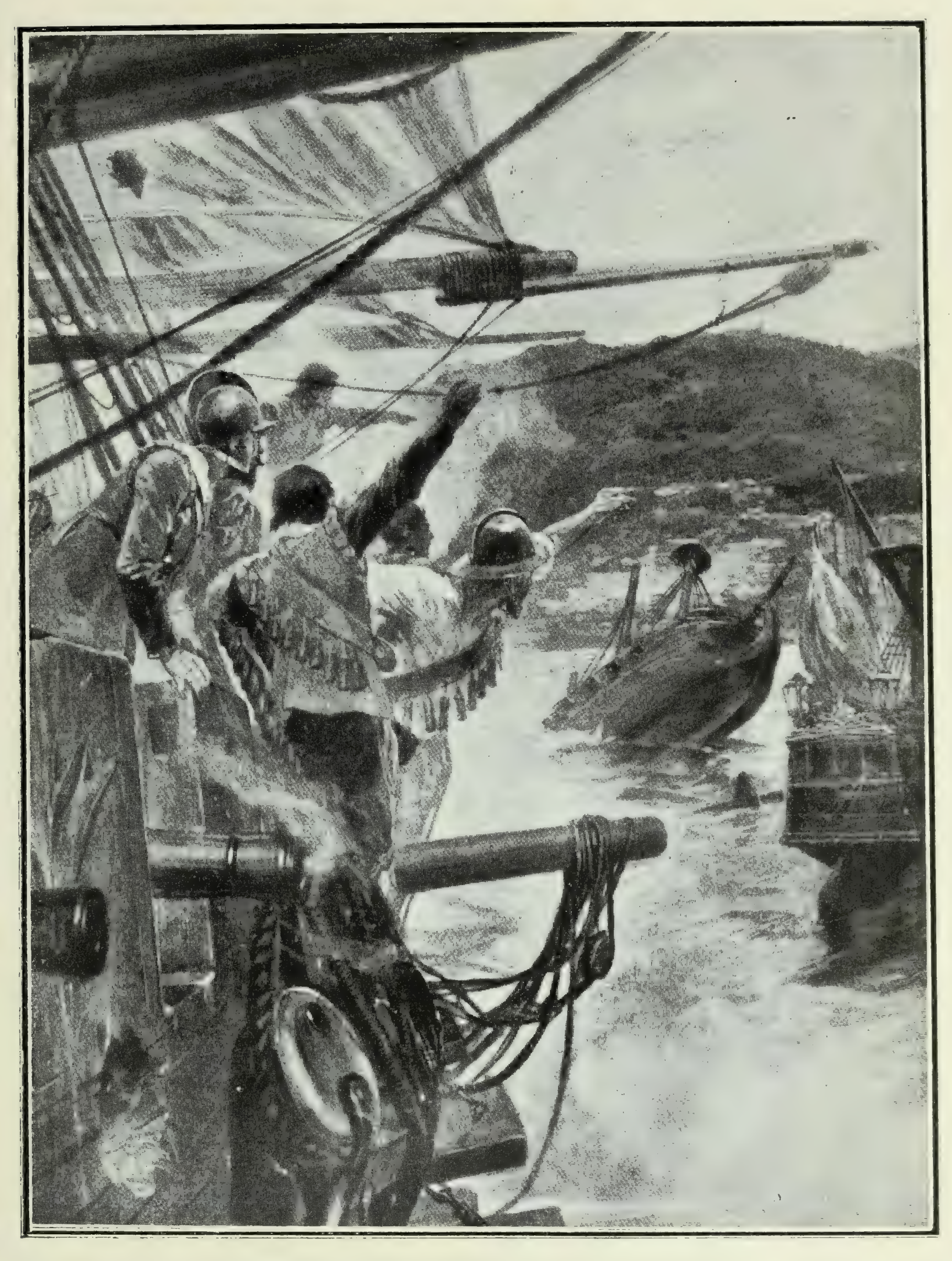
Champlain rindiéndose al almirante Kirke

En 1608 el francés Champlain fundó la ciudad de Quebec, puerta de acceso del Canadá. La ocupación de los franceses se mantuvo hasta 1629, año en que Champlain se rindió al almirante Kirke, el 20 de julio. La ocupación británica no fué continua, y por fin la región cayó definitivamente en sus manos en 1759, cinco días después que Wolfe ganó la famosa batalla de las llanuras de Abraham.



Primeras fortificaciones británicas en la India

En 1638 la Compañía de la India Oriental se mostró descontenta del estado de sus defensas en aquella región. A consecuencia de ello envió á Francis Day para que eligiese mejor sitio para establecer el cuartel general. Day compró una extensión de terrenos al Rajá de Chandrajori. Allí, en marzo de 1639, construyó un fuerte y almacenes, llamado Fuerte San Jorge, nombre que todavía conserva oficialmente Madrás, que se desarrolló con la base de ese pequeño establecimiento.



Toma de la Jamaica por los británicos

Jamaica fué la primera posesión inglesa en las Indias occidentales que fué adquirida por la fuerza. En el invierno de 1654, Cranwell despachó una escuadra á las órdenes de Renn y de Venables, quienes llevaban ordenes selladas. Llegaron á las Indias Occidentales, y desde varios encuentros se apoderaron el 3 de mayo de 1655 de la isla de Jamaica después de echar á pique á los buques enemigos. A su regreso á Inglaterra Renn y Venables fueron encerrados en la Torre de Londres y esa fué la única recompensa por los servicios que prestaron al Imperio.



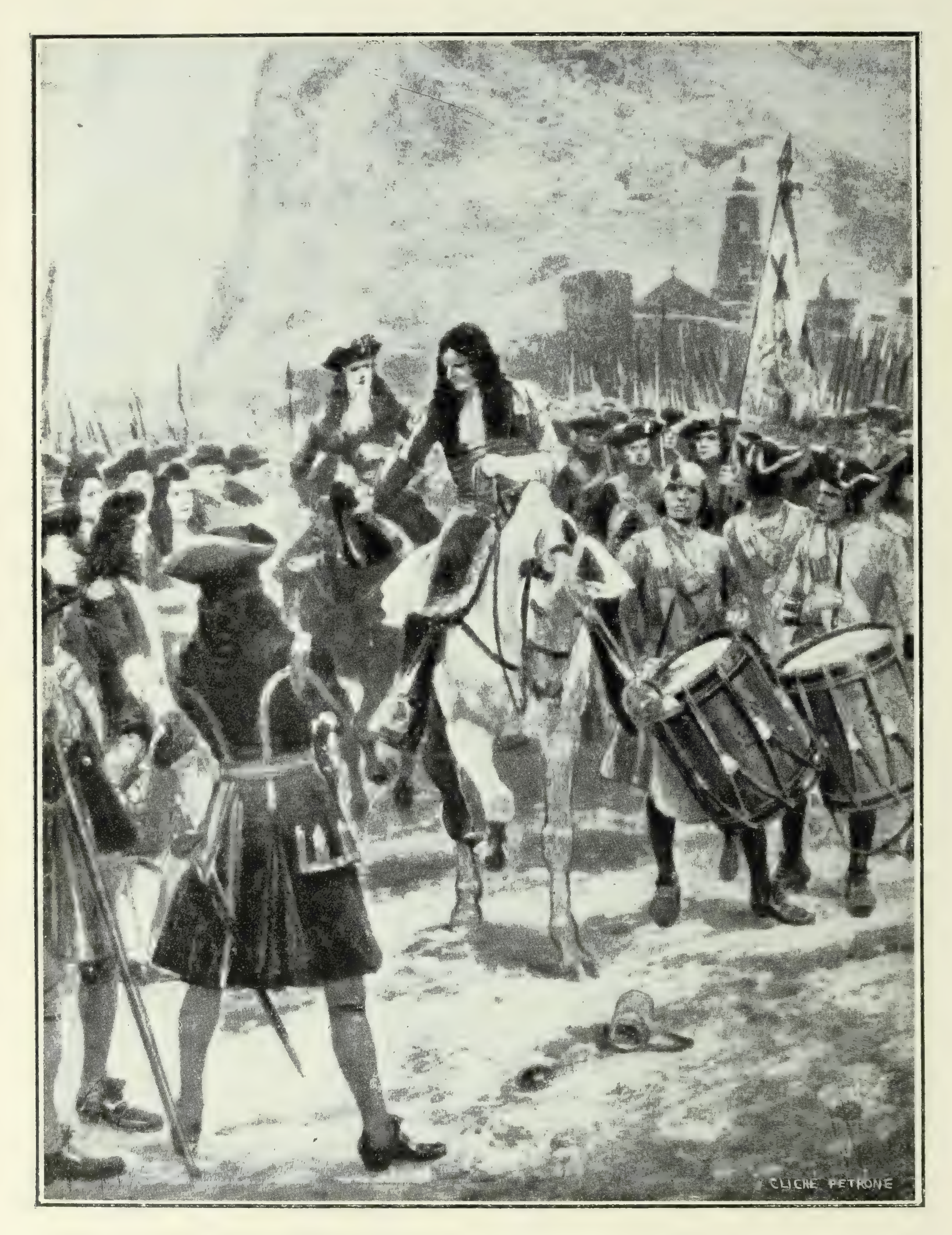
Negociaciones en la Costa de Oro en 1672

Los primeros europeos que se establecieron en la Costa de Oro fueron portugueses y holandeses, atraídos allí por la sed del oro. Pero los británicos no tardaron en llegar en 1664; atacaron con éxito las defensas de los holandeses y así lograron poner pie en la región. En 1672 nuestro embajador firmó tratados con varios potentados indígenas, que concedieron completas facilidades comerciales. Pero solamente en 1844 quedaron fijados los límites de esa colonia.



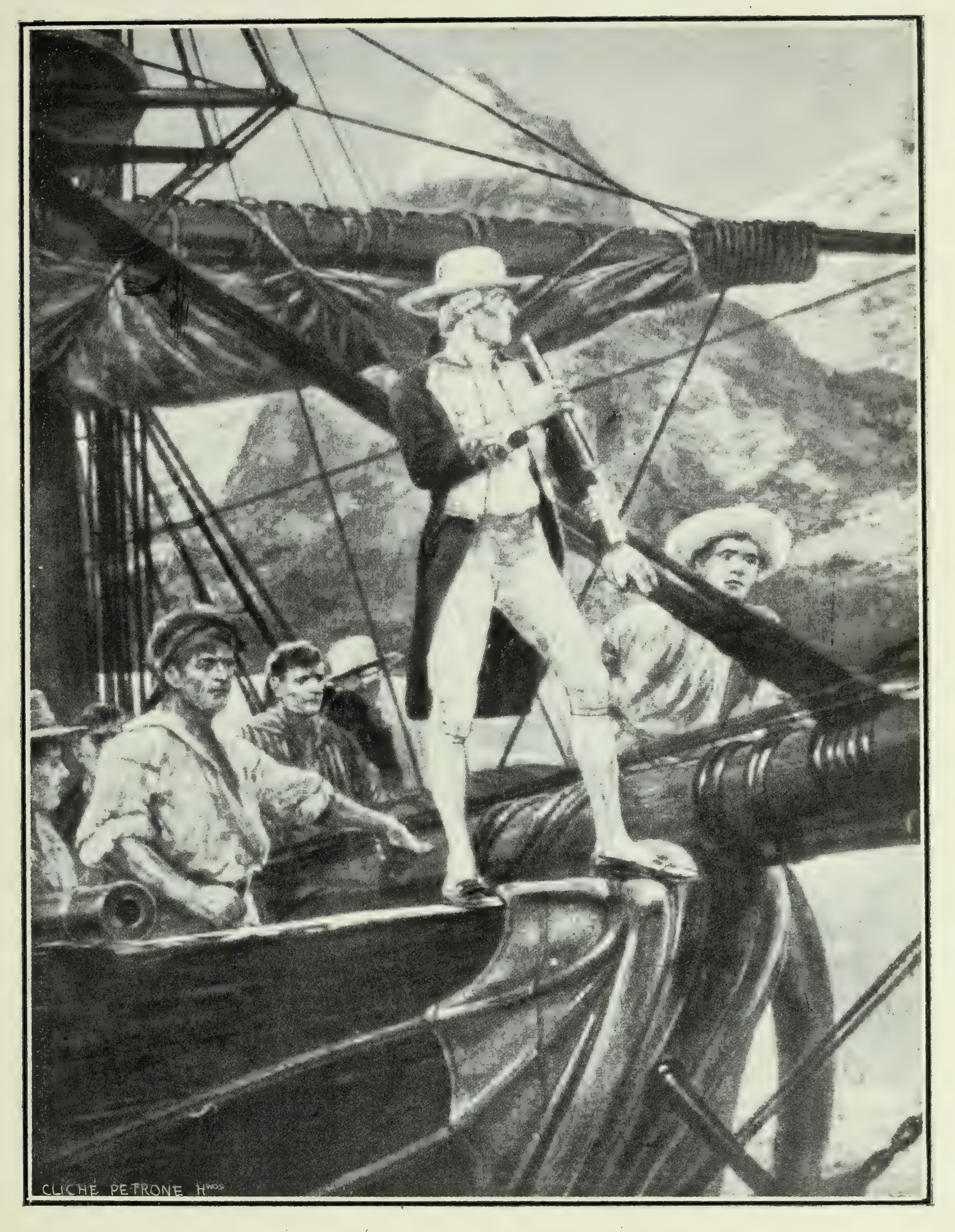
El primer desembarco de ingleses en Australia

El primer inglés que puso pie en Australia fué el famoso filibustero y pirata capitán Dampier. En 1868 desembarcó en la bahía de Roebuck donde pasó cinco semanas. Dos años más tarde regresó, después de haber iniciado vida nueva y en carácter de comisionado del Almirantazgo. Este grabado lo muestra mientras conversa con los aborígenes que le explican el uso de su arma, el bumeran.



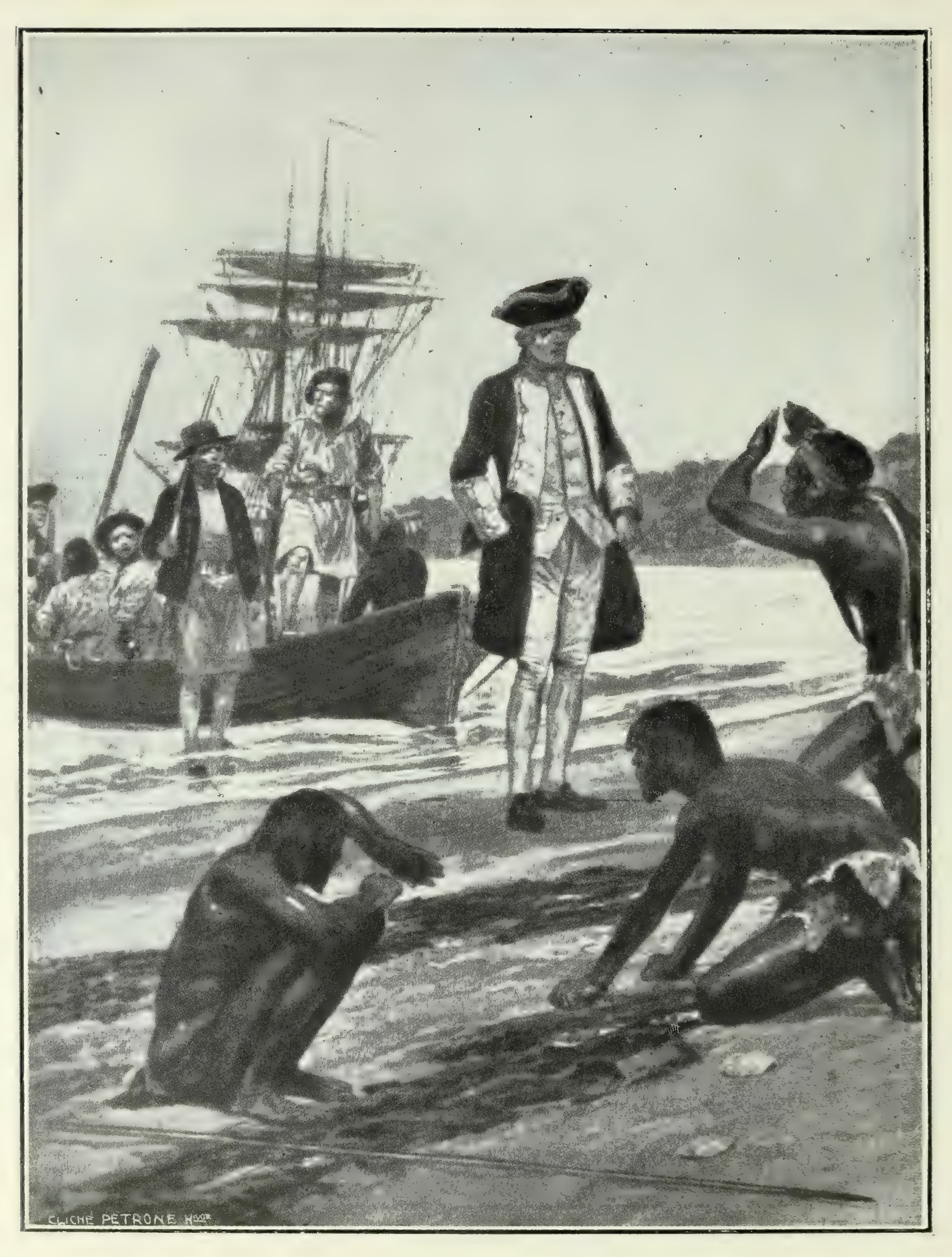
Rendición de Gibraltar en 1704

Fué durante la guerra de la sucesión española cuando cayó en manos de los ingleses la valiosa fortaleza de Gibraltar. La plaza estaba sitiada por una fuerza combinada de ingleses, holandeses y austriacos. Efectuada la rendición se proclamó la soberanía del archiduque Carlos de Austria, pero esto no impidió que el almirante inglés, Sir George Rooke izara la bandera inglesa y reclamase la ciudad en nombre de la reina Ana.



Viaje del capitan Cook en torno de Nueva Zelandia en 1769

En 1642, Nueva Zeelandia fué descubierta por Tasman, quien, sin embargo no desembarcó allí. El primer europeo que puso el pie en sus playas fué el capitán Cook. En 1769 pasó seis meses navegando en torno de la isla y estableciendo una carta completa de las aguas. Ese mismo año desembarcó y tomó posesión formal del país en nombre del rey Jorge III.



Desembarco del capitan Cook en Tasmania en 1777

En Noviembre de 1777, el capitán Cook zarpó de la ciudad del Cabo en un viaje de descubrimiento por las islas del Pacífico del Sur. Después de un largo viaje llegó á Tasmania, llamada entonces Tierra de Van Diemen, desembarcó en la bahía Aventura y tomó posesión de la isla en nombre de la Gran Bretaña.



Primera colonia de penados en Sydney

En 1770 el capitán Cook, en su buque "Endeavour" visitó la costa Oriental de Australia. Allí tomó posesión de una gran extensión de tierras que llamó Nueva Gales del Sud. Los primeros colonos fueron una partida de 750 penados que llegaron en enero de 1788.

Sydney la capital de Nueva Gales del Sud y la ciudad más antigua de Australia fué fundada en el mismo año.

PIANO Y VIOLIN



Por JESSIE POPE.

— ¡ Pues es ocurrencia por parte de esa mujer la de enfermarse de influenza en la noche de nuestro baile de trajes!— exclamó Clara Porteous, joven de cuerpo proporcionado y lindo cabello pero de boca dura y fea.

— ¡ Influenza! — exclamó su hermana Evelina, quien también habría sido bonita á no ser por la forma de su boca, segunda edición de la primera. — Seguramente que le habrán ofrecido una corona más para que tocara en cuclquier otro baile. Yo no creo en esa influenza.

— Pues bien, sólo queda un recurso — dijo la señora de Porteous, persona bien conservada, de tipo grueso, y cuya boca revelaba el orígen hereditario del defecto que afeaba á sus hijas — Elena la reemplazará.

Y arrojó al canasto de papeles la carta en que le anunciaba la indisposición de la mal pagada pianista.

— Tal vez haga dificultades Elena — dijo Clara. — Estaba ridículamente entusiasmada con su traje de guindas.

— O tal vez pretenda que nos turnemos con ella. — dijo Evelina.

— De ningún modo — contestó la señora de Porteous. — No permitiré que mis hijas toquen música de baile en su propio baile. Además tengo particular deseo de que el señor Morton halle amplias oportunidades de bailar con ustedes dos, tantas veces como lo desee; en realidad con ese objeto solamente doy esta fiesta, de modo que si Elena pretende cosas tan absurdas tendré que hablarle muy claramente. ¿Dónde está? Díganle que quiero hablar con ella.

— Está cosiendo las guindas sobre su corpiño, en el aula — dijo Clara — Ven conmigo Evelina, es mejor que no estemos presentes.

Elena acudió al llamado de su tía, con andar ligero y despreocupado. Era una personita graciosa que llamaba sobre todo la atención por la belleza de sus ojor pardos. En aquel momento brillaban de placer y excitación pues la idea de su traje de disfraz venía brillando desde días atrás como un arco iris en la existencia gris que llevaba en calidad de útil agregada al hogar de su tía.

La señora de Porteous observó el encanto del brillante rostro de su sobrina y pensó — al recordar la anunciada presencia del señor Morton al baile — que tal vez las cosas se arreglaban del mejor modo. Sin embargo asumió un tono de contrariedad para decir:

—La señorita Simpkins está con influenza, hija mía.

— ¡ Pobre señorita! — contestó Elena con su voz suave y musical.

—Es posible — dijo la señora de Porteous — pero, de cualquier modo, no puede, ó no quiere, tocar esta noche, de modo que te verás obligada á reemplazarla.

Elena se puso muy pálida y la alegría de su mirada desapareció.

(Del *Royal Magazine*).

—Sin duda alguna, — se apresuró á agregar su tía — te dás cuenta de que no te desempeñarás tan bien como una pianista profesional, pero no seremos muy exigentes y te perdonaremos algunas notas falsas, con tal que pongas mucho cuidado en el compás. Ya sabes que es lo principal en la música de baile.

—Pero ¿tendré que tocar toda la noche?

—Naturalmente, puesto que no hay quien lo haga; y estoy segura, hija mía, que harás lo posible por tenerme contenta, y no serás tan desagradecida que quieras complicar la dificultad en que me veo.

—Si...; pero... estoy muy contrariada — tartamudeó Elena.

—Yo también — dijo su tía — porque la señorita Simpkins tiene un modo de tocar tan poderoso que con ella el piano y el violín valen por cuatro instrumentos. Representa ciertamente una economía. Pero tu harás lo que puedas.

—¿Me pondré mi traje de guindas?

—No me parece conveniente. Estaría completamente fuera de lugar. Tu papel en el baile será el de pianista y debes estar vestida de acuerdo con ello. Tu pollera negra y tu blusa de seda son lo mejor para el caso. No te moverás de la antesala y nadie te verá. Además no deseo que te vean, porque podría parecer raro. He telefoneado al violinista diciéndole que venga temprano, así pueden repasar algunas piezas antes que lleguen los invitados. Convendría que fueses desde ahora al aula y les dieses un repaso.

Elena se dirigió á la clase; pero en aquellos cortos minutos había cambiado para ella el mundo entero, el horizonte estaba oscurecido con esa gran decepción, y hasta el rayo del sol de invierno que penetraba por las ventanas de la escalera le pareció brutal y antipático. Sintió como un deseo incensato de volverse é implorar á su tía para que hallase otra reemplazante á la señorita Simpkins y se detuvo, pero sólo un breve instante. Elena conocía su propia debilidad y la firmeza de su tía y sabía que todo el torrente de súplicas se detendrían en sus labios ante la mirada helada y amenazadora de aquella señora; que su tentativa fracasaría ignominiosamente y que se atraería la mala voluntad de su tía sin ningún provecho. Reunió pues un paquete de piezas de baile y se dirigió hacia el aula, sin notar que Clara y Evelina la atisbaban desde las puertas de sus respectivos dormitorios y cambiaban entre sí miradas de satisfacción, á espaldas suyas mientras iba subiendo las escaleras.

Pelham Porteous, su joven y grueso primo, estaba en el aula cuando regresó á ella Elena. Pelham era un muchacho no muy agudo, pero de buen carácter, y hacía muy buenas migas con Elena durante las vacaciones. Ni su madre ni sus hermanas lo interesaban y ese sentimiento era recíproco — aunque Folham había alcanzado gran importancia á sus ojos, pues por su intermedio fué presentado al señor Morton al círculo de la familia.

Pocos meses antes era el señor Morton un profesor ayudante en la escuela á que asistía Pelham, y, como muchos otros era un cualquiera desde el punto de vista de la instrucción. pero superior en los juegos; adorado por los muchachos, pero demasiado apartado del convencionalismo en sus métodos para ser aprobado por sus colegas. Socialmente no era nadie. Pero entendía de fisonomías y caracteres y transformó á Pelham en uno de los mejores boxeadores de la escuela, para disgusto de su mamá y de sus hermanas. Y de repente, del modo menos pensado, el insignificante maestrillo heredó una hermosa fortuna, y comenzó á gozar la vida, con ayuda de un círculo encantador de amigos que le llegaron de todas partes. La señora y las señoritas de Porteous dieron en proclamar en esa época que nunca le agradecerían lo bastante el que hubiese desarrollado los talentos de Pelham y estaban ansiosas de que se presentase oportunidad de manifestárselo personalmente.

Así fué como quedó concertado un baile en su intención para el día de Reyes y ese baile debía ser de trajes, no solamente en atención á la fecha (1) sinó y sobre todo porque Evelina estaba convencida de que estaría encantadora en el papel de Lydia Languish y Clara se admiraba de antemano en traje de Geisha. El señor Morton aceptó la invitación en parte porque sentía amistad hacia Pelham, en parte porque pensaba divertirse en un baile de esa índole, pero sobre todo porque hacía meses que venía ad-

(1) Costumbre inglesa en la 'Twelfth-Night" ó noche del día de Reyes. (N. del T).

mirando una fotografía de Elena que tenía Pelam en su dormitorio del colegio y le agradaba la oportunidad de compararla con el original.

Esta admiración no era enteramente desconocida de Elena, pues algunas palabras de Pelham le habían hecho saber lo que el señor Morton pensaba de su retrato, y este conocimiento no había contribuído en poco al placer anticipado con que había visto llegar la fecha del baile. Pero cuando regresó al aula no pareció notar que Pelham deseoso de darle una broma se había puesto su traje de guindas y que la esperaba con los brazos abiertos haciendo ridícula figura con las manguitas cortas por encima del saco, ni tampoco que varias guindas se habían desprendido y rodaban por el suelo. Se sentó al piano y se puso á repasar un lanceros.

—¿Qué sucede? — preguntó Pelham dándose cuenta de que había ocurrido algún desastre y que á eso se debía el fracaso de su broma. — Si estás con deseos de oir música, te tocaré "Loin du Bal" — Había venido estudiando trabajosamente ese vals todas las vacaciones con la paciente ayuda de Elena.

Elena no contestó y siguió tocando.

—¿Te incomoda que me haya puesto tu traje? — preguntó Pelham algo contrariado.

—De ningún modo — contestó su prima sin siquiera volverse.

—Vamos á ver ¿qué ocurre?—preguntó Pelham, asiéndola bruscamente de las manos y obligándola á girar en redondo para hablarle cara á cara.

—Puedes hacer girones ese traje si quieres — dijo Elena. — No he de ponérmelo. Tampoco he de bailar. Debo reemplazar á la señorita Simpkins y tocar el piano toda la noche en la antesala. Ahora tengo que repasar, así que te ruego que me sueltes las manos.

—¡Qué indignidad! — exclamó Pelham soltando las manos al hablar. Pero Elena no aprovechó su libertad para seguir tocando. Se abrazó del muchachote, escondió el rostro entre las guindas que estaban esparcidas sobre el amplio pecho de éste, y rompió á llorar copiosamente.

—¡Y Morton que viene á bailar contigo! — dijo Pelham frotando afectuosamente sus carrillos contra las mejillas mojadas de su prima.

—No podrá bailar conmigo — dijo Elena sollozando. — Me he de estar sentada toda la noche detrás del piano.

Le llevaré hasta allí y te lo presentaré de todos modos — dijo Pelham.

—¡Te prohibo que lo hagas! — exclamó ella. — Llevaré puesto mi traje viejo de seda — y prefiero que no me vea de ese modo.

—Y yo que tendré que andar vestido de Romeo! — dijo Pelham. — ¡Un traje que me queda demasiado chico! Si sucede un percance y las costuras no resisten ¡caiga la responsabilidad sobre la cabeza de mamá! Y puedes estar segura de que Morton estará terriblemente contrariado si no te ve.

Sin embargo, los demás miembros de la familia estaban enteramente satisfechos de las perspectivas de la fiesta. La señora de Porteous había alquilado un hermoso traje de Catalina de Aragón, y por la noche consiguió entrar en él gracias á la ayuda de Elena.

—Ahora, deja que concluya de vestirme sola, querida — le dijo amablemente — Vete á ver si tus primas necesitan que las ayudes. Dí á Pelham que es tiempo de que se vista; seguramente va á esperar hasta el último momento, y el señor Morton necesitará su cuarto para cambiarse de ropa cuando llegue, puesto que vendrá directamente de la estación. Cuida de que todo esté dispuesto y, de todos modos, no olvides que el violinista ha de venir temprano y que debes estar pronta para repasar tu música con él.

Elena había llorado más de una vez ese día y no se sintió con suficiente valor para ayudar á sus primas á arreglarse. Pero no le era tan desagradable tener que hacer con su primo, así que se dirigió á su cuarto para encarecerle la necesidad de apresurarse. Pelham estaba muy mal dispuesto y con pocas ganas de apurarse.

—Si hubiese sabido — observó—nunca habría invitado á Morton. Es un buen muchacho pero no creo que Clara ni Evelina le caigan en gracia. Ellas necesitan una buena lección, y si yo se la diese no la olvidarían en dos días.

—Bueno, pero no seas cachaciento y apúrate — dijo Elena. — Vamos á tener disgustos si no estás pronto á tiempo.

—¡Oh! ¡Que me dejen en paz! — exclamó el joven — Puedes decir á mamá que me vestiré cuando me plazca y no antes. Todo esto me tiene cansado.

Mientras la esperanza de los Porteous arrojaba así el guante al rostro de su familia, el señor Morton se iba acercando á la casa en una volanta alquilada en la estación. Después de una fuerte helada había nevado y el suelo estaba resbaladiza. Mr. Morton estuvo muy á punto de medir el suelo con su cuerpo al bajar del coche, de modo que no le llamó mucho la atención de ver que un hombrecito cano estaba tendido en el camino, y que al caer había rodado á varios metros de distancia la caja del violín que llevaba debajo del brazo. Le ayudó á ponerse de pie con tanta bondad como energía y se dió cuenta de que no era tanto lo resbaladizo del suelo sino el alegre modo de celebrar las fiestas lo que había causado la caída del anciano. Un frasco vacío sobresalía del bolsillo del hombrecito y su voz indiscutiblemente afectada por el alcohol proclamaba al mundo en general y á la media docena de Mortons que sus ojos veían, que había venido á tocar el violín en la fiesta de la señora de Porteous Después de lo cual mostró una irresistible tendencia á quedarse dormido sobre el hombro de Morton.

—Es el señor Carver y está en uno de sus días — dijo el cochero que conocía á todos los vecinos y sus costumbres. —Eligió mal la oportunidad. Va á perder los cinco chelines y la cena que debía ganar esta noche. No está en condiciones de presentarse.

El señor Morton opinaba lo mismo, y como tenía por costumbre obrar y después pensar, hizo subir al casi insensible señor Carver en su coche, le mandó á su casa con el cochero, y se dirigió hacia la de la señora de Porteous. Mientras iba por el sendero vió la caja del violín que había quedado olvidada en el suelo, y como tocaba personalmente este instrumento, la alzó del suelo con la intención de dejarla en la casa hasta que su dueño estuviese en condiciones de venirla á reclamar.

En el momento que entraba en el vestíbulo con el violín debajo del brazo una joven delgada, vestida con pollera negra y blusa de seda, rostro serio y mirada triste, bajaba las escaleras. El señor Morton se detuvo á contemplarla.

—¡Es Elena! — pensó con una extraña palpitación de corazón, mientras se sacaba el sombrero y se bajaba el cuello de su gran sobretodo, dejando ver facciones agradables, más humorísticas que grises de expresión simpática aunque algo burlona.

Elena se acercó á él.

—Es necesario que nos apuremos — dijo — la pianista no pudo venir, y tengo que reemplazarla, de modo que convendría que repasase algunas piezas con usted antes de que lleguen los invitados. Supongo que usted es el violinista.

—Sí — contestó el señor Morton, sin vacilar un instante. — Sí, soy el violinista.

—Entonces, le ruego que venga conmigo á la antesala, en cuanto pueda. Mientras tanto voy á disponer las piezas de baile en el orden en que hemos de tocarlas.

La joven se alejó, sintiendo singular alegría, que disipaba de un modo incomprensible la tristeza que la había poseído toda esa tarde.

El señor Morton, como de costumbre, había obrado y comenzaba ahora á reflexionar, cuando Pelham, todavía en ropa de casa, bajó las escaleras y vino á saludarlo, aunque con aire muy poco entusiasta.

—Su ropa ha llegado — dijo. — Está en mi cuarto. Si quiere venga ahora á cambiarse, todos los demás cuartos están ocupados.

—Sí; pero escuche, Porteous, amigo mío — dijo su antiguo maestro de box. —Ha ocurrido una cosa curiosa. Acabo de ver á su prima, me ha confundido con el violinista y me dijo que hemos de tocar juntos. Y como no había nada que pudiese agradarme más en el mundo, no la he desengañado.

Pelham lo miró boquiabierto.

—Pero el violinista ha de llegar dentro de un instante ¿qué hace usted entonces?

—No; no vendrá — contestó el señor Morton. — Tuve la suerte de encontrarle ebrio en el camino, y le mandé á su casa en el coche que me trajo. El hecho es que si yo no toco el violín, no habrá quien toque, y sería una lástima echar á perder el baile.

—Pero ¿sabe usted tocar? — preguntó Pelham, con rostro más animado.

—Sí. Y ya me arreglaré para hacer mi papel como es debido. Ya sabe, hijo mío, para ser sincero, que vine con el deseo de conocer á su prima, y me parece que, después de todo, la oportunidad no es tan mala.



En tanto que el Viking caía sentado y dejaba ver á la concurencia las facciones muy coloradas y bañadas en sudor de Pelham.

—¡Ya lo creo que no! — exclamó Pelham que se iba entusiasmando con el aspecto que tomaban las cosas. — Estarán juntos toda la noche sin nadie que los estorbe. Entre cada pieza tendrán diez minutos para charlar á sus anchas.

— ¡Precisamente!

Pelham se estuvo un rato callado, reflexionando.

—Vea — dijo — póngase usted mi frac. Le quedará un poco estrecho, pero creo que podrá entrar en él. Y deje que yo me ocupe del resto. Si mamá pregunta quien es usted, le diré que es el reemplazante de Carver. Y... ¡Eso es!... ¡Superior!.... Yo me pongo el traje que usted traía. ¡El mío es tan tonto!

—Haga como le parezca; pero antes que nada tengo que ponerme su frac, porque me esperan en la antesala.

— ¡Magnífico! — exclamó Pelham completamente contento, — ahora la fiesta no será tan mala como creía, después de todo.

Otro tanto pensó Elena cuando el bien parecido músico en un frac que le sentaba muy mal, fué á reunirse con ella en la antesala. Había algo en los ojos grises humorísticos y en la voz suave y acariciadora del joven, que atraía la confianza y obligaba á la amistad.

—No debe usted tomarme mala voluntad si me equivoco — dijo ella — pero sólo á último momento supe que reemplazaría á la señorita Simpkins.

—Para decirle la verdad yo también soy un reemplazante. El señor Carver no estaba bueno y no pudo venir, y vine yo en su lugar.

—Puesto que es así — dijo Elena, con amable sonrisa — debemos hacer lo posible para ayudarnos mutuamente. No me siento tan asustada ahora — agregó con un súbito arranque de confianza — pero fué para mí una gran contrariedad, cuando supe que tenía que tocar en vez de bailar.

—Lo comprendo muy bien — dijo él cruzando con ella las miradas — porque, vea la casualidad, yo también debía ir á un baile esta noche; pero la... enfermedad del señor Carver destruyó todos mis planes.

—¡Oh! lo siento mucho por usted — dijo Elena.

—Muchas gracias — dijo él. — Pero ahora me siento completamente consolado.

Elena bajó la mirada, y su corazón se puso á latir con mucha más fuerza que de costumbre, lo que le pareció muy absurdo.

—Vamos — dijo. — Es necesario que comencemos á repasar.

Así hicieron y la señora de Porteous, con su traje de terciopelo á lo Catalina de Aragón, tuvo la satisfacción de oir que su orquesta reducida tocaba con un brío y entusiasmo que habrían hecho honor á la señorita Simpkins y al señor Carver.

—Es una muchacha muy útil — pensó — y espero que nunca me arrepentiré de haber cumplido con mi deber para con la hija de mi pobre hermano.

Pero cuando penetró en la antesala para dar algunas instrucciones relativas al orden del baile y á la cena, no fué poca su sorpresa al hallar allí, en lugar del pequeño y encorvado señor Carver, á un joven notablemente bien parecido, que tocaba el violín muy junto á los hombros de su sobrina. Elena se detuvo de tocar al ver entrar á su tía.

—¿Y usted es...? — preguntó Catalina de Aragón dirigiéndose altivamente al violinista.

—El reemplazante del señor Carver— dijo él con una breve inclinación. — Siento decirle que el señor Carver estaba demasiado indispuesto para poder venir.

—¡Dios mío! ¡Qué poca suerte tengo! —exclamó con petulancia la señora de Porteous — Todo parece destinado á andar mal esta noche. Pues bien, Elena, por amor del cielo, haz lo que puedas y recuerda que tienes que tocar algo durante la cena. La gente empieza á llegar y tenemos á Pelham enfermo de un ataque bilioso. Y no es de extrañar, si se tiene en cuenta todo lo que ha comido estos días.

—¡Pobre Pelham! ¿Quiere usted que vaya á ver si no necesita nada?

—No, no es posible, porque el señor Morton ha llegado y se está vistiendo en su cuarto. Está acostado y no necesita nada. Dice que quiere dormir y no quiere que lo molesten bajo ningún pretexto. Recuerda que la primera pieza comienza dentro de diez minutos.

—Sí, tía — dijo Elena. Y agregó — Ese traje le sienta muy bien.

Catalina de Aragón agradeció su admiración con un leve ademán de cabeza y se dirigió á la sala para recibir á sus

convidados. Y estos constituían un grupo abigarrado. Cortesanos y gitanas, cruzados y holandesas, pierrots é indias. La dueña de casa lanzó en torno suyo una mirada de satisfacción, satisfacción que aumentaba al pensamiento de que sus dos hijas, Lydia Languish y la Geisha, eran indiscutiblemente las reinas del baile.

Y mientras discutían el café y los bizcochos y los trajes de las demás en el hall, fué anunciado el señor Morton, quien atravesó el gentío para ir á saludar á la dueña de casa. Llevaba un traje muy notable, el de un antiguo Viking. Cubría su cabeza un pequeño casco con dos alas plateadas, por encima de una peluca de cabello amarillo que terminaba en dos largas trenzas que le llegaban á la cintura. Una terrible barba amarilla y enormes bigotes ocultaban casi por completo sus rasgos y su traje, correcto en todos sus detalles, resplandecía con el esplendor bárbaro de las grandes joyas de vidrio.

Con un gesto de indómita altivez llevó á sus bigotes rubios la mano de Catalina de Aragón y con voz profunda y casi sepulcral solicitó el honor de que le fuesen concedidas media docena de piezas.

—No, no — dijo riéndose, encantada, la señora — una sola. Pero... lo presentaré á mis hijas. ¿Dónde están?

Se volvió y vió que estaban junto á ella. El Viking fijó en ellas una mirada impregnada de evidente admiración, y inscribió una gran "V" en todos los rincones disponibles de sus programas, proclamando, cuando ellas riéndose le dijeron que era insaciable, que no tenía la intención de buscar más compañeras y se contentaba con las que la suerte le había deparado.

—Además soy un rudo normando, dijo, y si se me contraria, las consecuencias pueden ser graves.

Mientras hablaba, se oyeron los primeros compases de la música y el Viking, apoderándose del talle de Lydia Languish, con más entusiasmo que ceremonias, comenzó á bailar.

Tal vez fuese la magia contenida en la alegre fecha que se celebraba, ó bien que la alegría del Viking fuese contagiosa, lo cierto es que el baile transcurrió brillantemente. La música no era perfecta — para decir la verdad las notas falsas fueron numerosas, en algunos instantes el piano dejaba de existir, y el violín solo llenaba el vacío, ó vice versa, — pero pocos eran los bailarines que lo observaban, y muchos menos los que le daban importancia.

No habían llegado á la mitad del baile Lydia Languish y la Geisha, cuando ya parecía que habían salido de lo más recio de un partido de football, tal era la energía de su exuberante compañero. Por supuesto, en circunstancias ordinarias, no se le habría permitido semejante entusiasmo demostrativo; pero diez mil libras por año ocultan muchísimos defectos, y era muy evidente para todos que el corazón del Viking estaba prendado de una de las dos hijas de la dueña de casa. El problema era saber de cual, y ese problema comenzaba á perturbar la mente de Catalina de Aragón.

—¡Qué excelente y alegre joven es! — dijo ella á Lydia Languish, un rato en que pudo hablar con ella. — Parece completamente prendado de Clara.

—No lo creo, mamá — contestó Lydia y la dureza de sus labios se hizo más intensa. — Lo cierto del caso es que solo baila con ella cuando no puede bailar conmigo. Así me lo ha dicho. Y en realidad mientras estábamos conversando hace un rato, tuve mucho trabajo para impedir que se me declarase.

—No habrías debido impedirlo — le dijo la mamá secamente.

—Pero habría sido demasiado prematuro, mamá — contestó la hija. — ¡Qué habría pensado la gente!

—Nadie obliga á publicar la cosa inmediatamente — dijo Catalina de Aragón bajando la voz. — De cualquier modo, si se declara, traémelo á mí... inmediatamente.

Lydia lo prometió y su compañero, un pirata de aspecto cadavérico, vino á reclamarle un vals.

Media hora más tarde, la Geisha se acercó á su mamá, cojeando levemente.

—¡Oh! querida mamá — dijo — el pobre señor Morton está perdidamente enamorado de mí. Sé que ha de declararse en la primera pieza que bailemos juntos. ¿Qué debo hacer?

—Yo suponía que se trataba de tu hermana, hija mía — contestó la mamá muy perpleja.

—¡Oh, no! Solo baila con ella porque se parece á mí. Así me dijo. Dice que soy la muchacha más bonita del mundo, pero me pisa los pies á cada rato.

—Debes disimularlo — dijo la mamá severamente. — Es una persona encantadora y creo... Pero hélo aquí que viene á buscarte para llevarte al buffet.

Lo cierto es que el Viking llevó á cenar á no menos de cinco señoras, y salió del comedor satisfecho del empleo de su tiempo, pues había comido y bebido como un verdadero gigante. Pero antes de ponerse en busca de su compañera para la próxima pieza entró medio cuerpo por la puerta de la antesala donde los dos músicos cenaban frugal, aunque alegremente, detrás del gran piano.

— ¡Hola! Pelirrojo, — exclamó dirigiéndose al violinista — ¿Cómo anda la cosa?

—Muy bien, — contestó el violinista con toda calma. — Pero hemos concluído el pollo y estamos esperando los dulces. Mándenos algunos, quiere.

Elena lo miró con una sorpresa que fué en aumento cuando el Viking contestó: "Ahora mismo" y desapareció.

—Vea que ese es el señor Morton — Lo sé porque yo fuí quien desempaquetó su disfraz. Es enormemente rico, y no debió usted de darle órdenes de ese modo.

Los ojos grises del violinista miraron sonriendo los ojos pardos de la joven, cosa que había ocurrido más de cincuenta veces esa noche.

—No se preocupe — dijo — con tal de que mande lo que hemos pedido.

Y en efecto un mucamo llegó con una bandeja llena de golosinas, y seguido por el Viking.

—Apúrense, y buen provecho — dijo en voz baja. — ¡Aquí viene Su Majestad!

Pero la reina Catalina no se ocupaba más que del Viking y este se retiró llevándola á remolque y dejando que los músicos terminasen su cena en paz y contento.

Al reanudarse el baile, la animación y la alegría fueron creciendo, según lo adivinaban los músicos por las risas, exclamaciones, ruído de pies y palmoteos que les llegaban del salón de baile, del cual estaban casi enteramente separados por una hilera de plantas y palmas. De vez en cuando Elena vislumbraba al Viking que pasaba con sus grandes trenzas amarillas flotando al viento, y arrastrando consigo á Lydia ó á la Geisha, quienes á pesar de sus sonrisas forzadas parecían tan poco á sus anchas que se sentía feliz de que se viese libre de atenciones tan exuberantes, aun cuando lamentaba que su héroe imaginario le causase tanta desilusión al ser conocido en carne y hueso.

Y no era que los músicos dispusiesen de mucho tiempo para echar una mirada á los que bailaban. Su propia tarea exigía toda su atención, pero á pesar de sus dificultades les parecía agradable y suspiraron más de sentimiento que de cansancio cuando llegaron á la última pieza del programa, que era la que Catalina de Aragón había prometido al Viking y de la cual sacó una extraña revelación la pomposa y solemne matrona. Nunca, desde los días de su juventud, había sido zamarreada y sacudida de tal modo. Su compañero la tenía firmemente asida del talle y la obligaba con más vigor que el que la danza requiere á seguirlo en el torbellino de un vals desenfrenado entre la muchedumbre de los demás invitados, quienes aunque sin dejar de reirse, les dejaban prudentemente sitio. Irritada, sin alientos, incapaz de resistir y finalmente, alarmada, acabó por alzar la voz la señora de Porteous:

— ¡Basta, señor Morton, basta! — No puedo más... Basta, por favor... Le digo que basta, señor, déjeme usted!

El violinista oyó estas exclamaciones, que fueron subiendo de tono, y dejó su instrumento. En tres zancadas llegó hasta la pareja, y mientras sostenía á la desfallecida Catalina de Aragón con un brazo, apartaba con el otro al Viking, asiéndolo de un hombro. Pero desgraciadamente á la vez que el hombro su puño asió una de las trenzas amarillas, la sacudida arrancó peluca, barba, bigotes, y yelmo, en tanto que el Viking caía sentado y dejaba ver á la concurrencia las facciones muy coloradas y bañadas en sudor de ¡Pelham!

Consciente de que pasaba algo extraordinario Elena dejó el piano miró lo que ocurría y que le hizo abrir los ojos con asombro.

—¡Eras tú! — exclamó con irritación Catalina de Aragón, sostenida por el violinista, y fijando miradas furiosas sobre su hijo que seguía sentado en el suelo — ¿Qué significa todo esto? ¿Donde está le señor Morton?

—Soy yo, señora, — dijo el violinista, soltándola é inclinándose delante de ella. — Quiere usted permitirme que me

explique, señora. El violinista estaba en realidad demasiado indispuesto para venir, y como yo sé tocar el violín, pensamos que se le evitaría mucha contrariedad si yo lo reemplazaba y si Pelham me reemplazaba á su vez, sobre todo en vista de que es noche de Reyes, si quiere usted tenerlo en cuenta.

Reinó un silencio algo molesto. Pero la alegre mirada del joven y su voz acariciadora realizaron su encanto acostumbrado. La sonrisa de la señora de Porteous salvó la situación, y los convidados se rieron y festejaron lo ocurrido como una excelente broma, con excepción de Lydia Laguish, quien en voz baja prometió á su hermano que nunca se lo perdonaría, y la Geisha que se quejaba de los pisotones recibidos y parecía de muy mal humor. Pero Pelham no parecía preocuparse de ello. Para él había sido aquella una noche memorable. Se dirigió hacia el piano proclamando:

—Ahora, caballeros, voy á tocar yo. No dejen á sus compañeras.

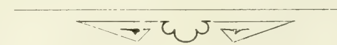
E hizo oir su "Loin du Bal". Un minuto después Elena estaba en los brazos del verdadero señor Morton y era arrastrada en el vals más delicioso que bailó en su vida.

—Me perdona usted por haberla engañado — dijo él en voz baja, mientras bailaban.

Bajo la mirada de aquellos ojos grises que sin perder su suavidad se habían puesto muy graves y ansiosos, la joven, comprendiendo todo lo que su respuesta había de encerrar, le dijo:

—No siento nada de lo ocurrido, y lo perdono con toda mi alma.

Y así fué como, después de todo, tuvo la satisfacción la señora de Porteous, de que la fortuna del antiguo maestro quedase en la familia. En efecto el violinista y la pianista decidieron que puesto que había tenido tanto éxito su dúo en la noche de Reyes convenía proseguirlo hasta el final de sus días.



LA VOZ DE LAS COSAS

Si os encerrara yo en mis estrofas.
frágiles cosas que sonreís,
pálido lirio que te deshojas,
rayo de luna sobre el tapiz
de húmedas flores, y verdes hojas
que al tibio soplo de Mayo abrís;
¡si os encerrara yo en mis estrofas.
pálidas cosas que os sonreís!

Si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasais,
móviles formas del Universo,
sueños confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dais;
¡si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises cuando pasais!

José Asunción Silva.

Nochebuena en la mina

Derecho de traducción exclusivo para «ATLANTA»; clichés originales traidos expresamente de Europa

Unos dos días antes de Navidad llegó por tren á la ciudad de Venado Rojo — situada á menos de cinco millas del río Venado Rojo — un hombre de gran corpulencia que se dió á conocer como esa omnipotencia que odian de igual modo tanto los administradores de minas, como los sobrestantes ó los mismos mineros — el inspector. Era, sin embargo un nuevo inspector, y de ningún modo el ciclón devastador enviado en ocasiones anteriores por la Winnipeg Consolidated Mines Company, sino más bien un hombre de carácter bastante fácil. Llegó una tarde en que nevaba, acompañado de su hermana y de muy poco equipaje y preguntó al jefe de la estación, si el pequeño alojamiento puesto á la disposición de los inspectores viajeros estaba pronto para ser habitado. Allí se dirigió, con su hermana y su equipaje, en el cochecito de la estación, encontró por el camino á un chino desocupado — pues acuden más chinos á las minas de los que se necesitan para el trabajo — y lo contrató para cocinero. La casita resultó habitable pues contenía dos dormitorios, un salón, una casilla exterior para cocina, bastantes sillas, camas, mesas y estufas de gas en buen estado de funcionamiento. El chino preparó inmediatamente la comida, con materia prima sacada quien sabe de donde, y el nuevo inspector había comido y estaba completamente instalado antes que la noticia de su llegada hubiese concluído de difundirse por la comunidad. El administrador de la mina la supo de labios del dueño de la pulpería, quien fué á llevársela á su oficina. La comunicó en seguida á los sobrestantes mientras éstos iban contando los mineros, blancos y amarillos, uno por uno de los pozos de la mina, al terminar el trabajo por la tarde.

— La compañía, les dijo, ha enviado otra vez un inspector sin avisarnos. Jake lo ha visto. Está en Cocodrilo.

Este era el nombre, que Dios sabe porqué, daban los mineros á la casita destinada á los inspectores viajeros.

— Iré á verlo esta noche — agregó el inspector — para tratar de darme cuenta de qué se trata.

Los sobrestantes opinaron que debían esperar hasta que les llamasen á buscar.

— Voy inmediatamente — replicó el administrados, dirigiéndose hacia Cocodrilo, que no estaba á más de doscientas varas de distancia.

La puerta le fué abierta por un chino de gestos suaves y en el salón halló un hombre corpulento, todavía joven, que parecía haber comido bien. El cuarto estaba bien calentado por la estufa y daba una impresión de comodidad y bienestar.

— El *señor* Hock, de la mina — dijo el chino, anunciando al administrador.

El inspector miró á través del humo que ascendía de su pipa y se sonrió con buen humor. Se levantó y dió un apretón de manos á su visitante; luego ordenó que se trajese de beber: Todo esto convencía agradablemente al administrador de que se trataba de un hombre de genio muy distinto del inspector minucioso é inquisitivo que los había visitado en el otoño anterior. Se sentó y dijo que había venido á saludar de paso.

— Así veo — dijo el inspector — Supongo que mi visita es completamente inesperada.

— Sobre todo en esta época, señor — dijo el administrador — tan cerca de Navidad...

— No se me esperaba, pues, dijo con un gesto de aprobación el recién llegado.

— Y la compañía ya había mandado un inspector, el otoño pasado.

— Precisamente — dijo el inspector repitiendo su gesto aprobatorio.

— Se llamaba Laycock — agregó el administrador.

— ¡Ah! — dijo el inspector, preparando hospitalariamente las bebidas — y sin duda ustedes esperaban volver á ver á Laycock por estos parajes. Pero la compañía lo ha despedido.

Observó que el señor Hocks se restregaba las manos, y prosiguió:

— Sí, su señor Laycock fué despedido la semana pasada...

— ¡Oh! — exclamó el administrador

(*Del Strand Magazine*)

— ¡No era "mí" señor Laycock!

Después de asimilarse este dato, el hombre corpulento prosiguió:

Veo que no os dió por acá más satisfacción de la que dió á la compañía, ¡eh! Bueno, bueno, yo me he puesto sus zapatos; aunque estamos algo cerca de Navidad para una inspección, según observaba usted hace un instante. ¿Este whisky no es malo, no?

El administrados contestó lo que convenía.

— Pues bien vacíe su copa, — observó el inspector hospitalariamente — y la volveremos á llenar. Le pediré que me acompañe en un recorrido mañana por la mañana, señor Hocks, pero no efectuaré ninguna inspección seria hasta después de Navidad. Si todo anda bien pasaré algunos días con vosotros.

— Pase una semana — sugirió el administarador con estusiasmo.

El hombre corpulento meneó suavemente la cabeza.

— No, no — dijo — Habré realizado todo lo necesario en pocos días, según calculo. Aquí tiene mi nombre, señor Hocks, y espero que no existirá ningún mal sentimiento entre usted y yo, ó cualquiera de los muchachos, por efecto de mi posición. Se espera, naturalmente, que yo presente un informe severo á la compañía que sirvo. Aquí tiene usted.

Puso una tarjeta sobre la mesa, y Hocks leyó en ella el nombre.

GEREMIAS B. TANT

— Tendré que ser presentado á los muchachos del lugar — dijo el inspector afablemente — Mi hermana me acompaña y las mujeres gustan celebrar esta época del año.

Mientras hablaba, la puerta se abrió y entró la joven de que hablaban. No era costumbre en Venado Rojo que los hombres se pusieran de pie cuando una mujer entraba al cuarto en que estaban sentados. Las pocas mujeres de la ciudad, ni esperaban, ni tal vez merecieran, tanto respeto; pero cuando dirigió hacia ella sus miradas, Hocks se puso de pie instintivamente y la contempló cohibido y enmudecido. Era la cosa más hermosa de la especie femenina que había visto en muchos años; pelinegra, de ojos azules, casi niña y vestida con un traje cortado con un arte desconocido en Venado Rojo. Se detuvo junto á la puerta, algo vacilante al ver que su hermano estaba conversando de negocios con un extraño y con las manos detrás de la espalda puestas en el botón de la puerta, como si estuviese dispuesta á retirarse.

— Entra, querida mía — dijo Tant. Ella se adelantó sonriente. — El señor Hocks, mi hermana. El señor Hocks es el administrador de la mina, Ana.

Así fué como Hocks llegó á ser el primero de la comunidad en ser presentado á aquella belleza. Eran las nueve de la noche cuando salió de Cocodrilo y se dirigió satisfecho á la pulpería. Allí encontró á unos pocos mineros y á dos jóvenes sobrestantes, que bebían con parsimonia, porque los salarios de la semana anterior estaban á punto de agotarse, y los que esperaban remesas con ocasión de Navidad de los sitios lejanos llamados "mi casa" no los habían recibido todavía. Hocks les dió á conocer las nuevas que traía.

— ¡Resulta que es todo un buen muchacho! — exclamó — ¡Aquí tienen su certificado de nacimiento! — agregó entregándoles la tarjeta de visita para que la inspeccionasen — Y me parece que se ha traído á la más preciosa hermanita que se pueden figurar.

Esto fué recibido con aclamaciones.

— Supongo que mañana lo acompañará en su visita — agregó Hocks.

Los dos jóvenes sobrestantes apuraron sus copas y se dirigieron á sus casas para lavar y planchar una camisa para el día siguiente y el dueño de la pulpería convidó á Hocks con una copa en recompensa de los pormenores complementarios que pudiese suministrarle.

Por la mañana siguiente la joven acompañó á su hermano en su visita á la mina. No bajó al fondo, pero se detuvo muy emocionada en la orilla del pozo, conversando con Hocks y con los jóvenes ingleses, y rehusando sus vehementes ofrecimientos para guiarla y protegerla en una visita subterránea. Muy de malas ganas, pues, se vieron obligados á dejarla. El corpulento inspector bajó, pero no habló mucho, dejando que toda la charla técnica fuese por cuenta del administrador y sus subordinados. Incidentalmente suministraban caudales de informaciones que él iba absorbiendo á medida que iban fluyendo.

Era una hermosa mañana de invierno, muy fría pero clara como un cristal; el sol brillaba á lo lejos sobre la cumbre de los montes, cuya blancura nevada se destacaba sobre el cielo. Ana se paseaba lentamente, envuelta en pieles, por la ciudad desaseada. Los desocupados la miraban con una admiración tan sincera como profunda; no solían ver frecuentemente seres de esa especie. Pobres mujeres, esposas sin esperanza de los mineros, salían á las puertas de sus casas heladas para contemplarla. Los dueños de las pulperías — pues había dos, una grande y una pequeña — se sacaron el sombrero cuando pasó. Ella sonreía á todo; una sonrisa que también expresaba despreocupación y atrevimiento. Prosiguiendo su paseo llegó á la plazoleta de la estación en el momento en que salía de ella, con



Se detuvo en la puerta indecisa al ver á su hermano hablando de negocios con un desconocido.

guió su paseo lentamente, con las manos
paso apresurado, un joven de rostro
inteligente.

Este se detuvo y la miró. Ella no le dirigió más que una mirada, al parecer rápida é indiferente, como suelen hacer las jóvenes, pero que bastó para verlo en todos sus detalles, según también suele ocurrir con las jóvenes. Luego prosi-
en su "manchón" y el mentón enterrado en las pieles que le envolvían el cuello. El joven regresó al andén y se dirigió hacia el jefe de la estación.

— Dígame — preguntó sin ceremonia — ¿Quén es esa joven?

— Esa joven es la hermana del hombre corpulento que le reemplaza en su empleo, señor Laycock.

— ¿Cómo? ¿Qué dice? — preguntó el joven después de una pausa.

El jefe de la estación repitió lo dicho,

y aceptó tabaco que le ofrecían dentro de una tabaquera muy elegante.

— Se llama Tant — agregó.

El joven meditó un momento, mientras contemplaba á Ana que se iba alejando.

— Esta es pues su hermana — observó, con tono pensativo — ¿Y cuándo envió la compañía al señor Tant?

— Llegó ayer — contestó el jefe de la estación — Se instaló en Cocodrilo; conchabó un chino. Bajó á la mina con Hocks esta mañana.

— ¿Así es, pues? — murmuró el joven.

El jefe de la estación comenzaba á comprender que la Navidad no sería tan aburrida como había pensado, y que estaría señalada por interesantes acontecimientos.

— Dígame, señor Laycock ¿viene usted á pelearlo?

— Tal vez si, y tal vez no — dijo el señor Laycock.

— El es corpulento — insinuó el jefe de estación — pero usted tiene más nervio. Vea, señor Laycock. Aquí junto al depósito de carbón hay un sitio muy bueno para pelear. Los muchachos tendrán dinero mañana por la mañana y estoy seguro que les gustará apostar. ¿Qué le parece?

— Usted olvida que hay una señorita — dijo el señor Laycock, marchándose.

Esto causó cierta decepción al jefe de la estación, quien maldijo á los puebleros que no se atrevían á pelear é hizo á media voz algunas alusiones á los "cesantes" en cuanto le pareció que el otro estaba suficientemente lejos para no oirlas. Laycock prosiguió su camino con la valija en la mano. Como sabía que Cocodrilo estaba ocupado por su reemplazante en el puesto, se dirigió al hotel primitivo situado á cierta distancia de la estación. Allí después de eludir las preguntas indiscretas del dueño del establecimiento, y de hacer otro tanto con las mucamas y la huéspeda que bajo apariencia de interés ocultaban sonrisas burlonas, alquiló un cuarto y se encerró en él. Se sentó en la orilla de la cama y estudió la situación.

Esta ofrecía diversas posibilidades: un telegrama de la compañía; una visita al próximo destacamento de policía á caballo; un match de box en el depósito de carbón en la mañana de Navidad; una iniciativa inmediata en dirección de la mina. Pero, según había hecho notar al jefe de la estación, había que recordar que había una señorita. Pues la situación también incluía, y era un elemento de importancia, cabello negro, ojos azules y una sonrisa que no tenía igual de Venado Rojo á Winnipeg.

Sentado, pues, en la orilla de la cama, el joven sacó del bolsillo una carta abierta, y volvió á leerla. Decía así:

"Estimado señor Laycock:

En cuanto haya terminado usted la inspección de las minas situadas aguas abajo del río, deseamos que se dirija á Venado Rojo y vea á Hocks, si es posible antes de Navidad. Adjunta recibirá usted la prueba de nuestro agrado por sus servicios.

La Winnipeg Consolidated Mines Company Limited"

Esa prueba de agrado consistía en un billete de doscientos dólares, testimonio del aprecio de la compañía hacia su agente activo y eficaz.

Después que Laycock hubo comido, dió una vuelta por la ciudad para recoger informaciones. Habló poco, pero su cosecha de datos fué suficiente para interesarle intensamente. Se mantuvo apartado de la mina y del alcance de las ventanas de Cocodrilo y pasó una parte de la tarde en ambas pulperías.

Jaké era el dueño de la mayor, y solía contar todo lo que llegaba á su conocimiento. Estaba muy satisfecho interiormente por la despedida del joven inspector. Contó que se festejaría la Noche buena en Cocodrilo. Comenzaría la fiesta con árbol de Navidad ó algo por el estilo organizado por la señorita Tant; después que ésta se retirara el programa incluiría una partida de poker.

— No habrá límite en las apuestas — dijo el dueño de la pulpería — Tant no tiene nada de mojigato. No pertenece á las santas órdenes. Es un muchacho. Hocks tiene excelente opinión de Tant.

Esas alusiones á su propio grado de popularidad fueron recibidas con fría sonrisa por el inspector despedido, quien no teniendo más nada que saber regresó al hotel.

— No me extrañaría — pensó el dueño de la pulpería, mirándolo alejarse — si tuviésemos función mañana.

Pero si Laycock tenía intenciones de pelear, seguramente no sería con sus puños, según lo habría sospechado el pul-

pero si hubiese podido verlo en su cuarto diez minutos después. Volvió á sentarse en la orilla de la cama y llenó muy cuidadosamente el barrilete de uno de los mejores revólveres Colts que se hayan fabricado, sin dejar un momento de sonreír. Pero su sonrisa tenía algo de amenazador.



Se sentó en el lecho y cargó un excelente revólver.

II

Ana estaba vestida con un traje que dejaba boquiabiertos á los hombres á medida que iban llegando; llevaba zarcillos rojos, cabello empolvado, y zapatos con altos tacones. En la sala de Cocodrilo se hallaban reunidos el dueño de la pulpería mayor, el administrador de la mina, y los dos sobrestantes en sus mejores ropas y con los bolsillos henchidos con sus salarios de la semana, las remesas de Navidad, y todo el dinero suplementario que habían podido reunir en previsión de la partida de poker anunciada. Ana había abierto personalmente la puerta y hecho entrar á la sala. Allí se veía en sitio aparente, y como prueba de la promesa del inspector, una mesa dispuesta para jugar con su carpeta, sus sillas y su baraja. La joven indicó esos preparativos con un gesto desdeñoso.

— ¡Qué modo divertido de pasar la noche! — dijo — Pero mi hermano asegura que así lo prefieren ustedes.

Cuatro cordiales afirmaciones apoyaron esas palabras. Ella prosiguió:

— Pero antes tienen que prestarse á mi fiestita, caballeros, y dedicarme una horita, antes que me vaya á acostar. He preparado mis sorpresas de Navidad en la cocina, y trataremos de divertirnos de veras antes de ocuparnos en cosas más serias. Voy á llevaros uno por uno en busca de su respectiva sorpresa — Se rió alegremente — Vamos á ver, ¿por quién empezaremos?

Se detuvo y pensó durante un instan-

te, con un dedo en los labios, y observándolos uno por uno con sus hermosos ojos azules, mientras que ellos de pié, y algo cohibidos, trataban de prestarse á su juego del mejor modo posible. Acabó por escoger al dueño de la pulpería.

— ¡Usted primero! — dijo riéndose — Usted es por mucho el muchacho más grande.

Y mientras los demás se reían puso la mano en la del pulpero y lo condujo hasta la puerta, mientras que aquel hombrote se sonrojaba y se reía con la timidez de un niño. Por encima del hombro ella dirigió una sonrisa á los demás.

— Ya les llegará el turno — dijo en momento en que abría la puerta — Esperen con paciencia, Estense juiciosos.

Otra carcajada le contestó. Ellos se sentaron á esperar.

— ¿No es una preciosura? — exclamó el administrador de la mina con entusiasmo.

Los jóvenes ingleses tenían miradas brillantes y parecían haberse sacado de encima la tristeza con que los agobiaba la monotonía de su trabajo. Suspiraban de vez en cuando, hacían sonar el dinero que tenían en los bolsillos, aunque los ojos azules les hubiesen hecho olvidar por el momento las barajas, y esperaban con tanta paciencia como les era posible hasta que regresó y escogió al administrador de la mina. Este se sentía orgulloso de tener en sus manos la de aquella señorita y ser conducido por ella hasta la casilla exterior donde le esperaba una "sorpresa".

Los jóvenes ingleses permanecían silenciosos, evocando los recuerdos que Ana había agitado en ellos. Transcurrieron tal vez seis minutos antes que esta regresase. Se pusieron de pie cuando entró, volviendo á sus costumbres de otros tiempos. Ella tomó el brazo de uno de ellos. Todo el rostro de la joven parecía reir, excepto los ojos y estos evitaban de mirar á los jóvenes.

— No importa cual sea el primero — dijo retirándose con el que había escogido.

Volvió á entrar cinco minutos después.

— El último en llegar, será el mejor servido — dijo al que quedaba. Su rostro revelaba una nerviosidad extraña y manchas rojas se destacaban en sus mejillas pálidas — Usted tendrá la mayor sorpresa, dijo, porque, como verá, los demás que fueron antes que usted contribuirán á aumentarla.

Mientras ella lo conducía por el patiecito hasta la cocina, él la llamaba "Señorita del Misterio".

— Están muy callados — observó cuando llegaron á la cocina. Ella le hizo entrar precipitadamente. Cerró más precipitadamente aún la puerta desde afuera, dejándolo solo con su "sorpresa" y se apartó corriendo y tapándose los oídos con las manos mientras regresaba á la casa. Allí se dejó caer en una silla, apoyó la cabeza sobre la mesa y se puso á llorar. Ese segundo sobrestante le era simpático y le causaba lástima.

Pero de repente oyó que golgeaban en la puerta exterior. Alzó la cabeza y escuchó. Su rostro revelaba temor. Volvieron á oirse los golpes. Se levantó y abrió la puerta. El que llamaba era un joven que, en cuanto se abrió la puerta puso un pie en el dintel, cuyo acceso ella le impedía.

Recordó ella inmediatamente que era el viajero que había visto por la mañana en la estación.

— ¿Quién es usted? — le preguntó — ¿Y qué desea?

El contestó á su pregunta con otra pregunta.

— ¿Es usted la señorita Ana Tant?

— Per...

— He venido, de un modo algo impertinente, á pedirle que me invite á su fiesta de Nochebuena.

— ¿Con qué derecho...? — exclamó ella con indignación:

— Sin derecho alguno — contestó él mirándola con persistencia, aunque con no poca admiración — Vengo á suplicar. Tuve el gusto de verla esta mañana en la estación.

— No recuerdo — dijo ella con indiferencia. Pero él se dió cuenta de que lo reconocía, y se sonrió.

— ¿Me permite que entre?

Las miradas de la joven que habían evitado hasta entonces las suyas resplandecieron.

— ¡No!

— ¿Por qué?

— Porque yo... yo...

— Tengo la seguridad de que una joven será compasiva con un solitario en la Nochebuena.

— Pues bien, no quiero invitarlo á usted. Nada más.

— ¿Por qué no á mí?

— Por presuntuoso — dijo ella con una risa que tenía de todo menos de alegre — Ya somos bastantes. Mi hermano ya tiene otros invitados...

— Ya sé. El pulpero, el administrador y los sobrestantes.

Ella lo miró con sorpresa.

— He pasado todo el día aquí — agregó él — y estoy informado. ¿Pero dónde están todos ellos?

La casa estaba á la verdad muy silenciosa. La joven trató de explicar su juego de las "sorpresas" diciendo que estaban en la cocina, pero que regresarían y jugarían al poker. Ya veía él que el número de los jugadores era completo. ¿Porqué no se retiraba?

Los ojos de la joven parecían decir "váyase" y sus manos se movían como deseosas de empujarlo. Pero el seguía con el pie firmemente puesto en el dintel y mientras la contemplaba, sus miradas parecían suavizarse.

Sacudió la cabeza.

— No; voy á entrar, si me permite — se sonrió — Usted no sabe lo alegre y sociable que soy yo. Deje que me reuna con los muchachos en la cocina. Ya inventará usted alguna "sorpresa" para mí.



Ella le tomó la mano dulcemente.

— Oh, podría hallar una sorpresa para usted — le dijo ella con audacia.

Pero seguía interceptando la entrada por lo cual él le puso suavemente las manos sobre los hombros, la apartó y entró.

— ¡No quiero que usted entre! — exclamó ella golpeando los pies.

— Escúcheme, hija mía, — dijo Laycock — Yo quiero ser de la fiesta esta noche. Escúcheme. Yo soy Laycock, ingeniero inspector de la Winnipeg Consolidated Mines Company. ¿Qué me dice?

Ella pareció estar al punto de desmayarse. El la retuvo rodeándole el talle con un brazo.

— No tiene usted nada que temer de mí — le dijo savemente.

— ¡Yo no lo temo! — exclamó ella rechazándolo — ¡No entre! Venga usted mañana á hablar con mi hermano.

— Pues estoy completamente resuelto á verlo esta noche.

Ella se apoyó en la pared apretándose el labio entre el índice y el pulgar; parecía á punto de llorar. Laycock la observaba atentamente. De repente exclamó la joven.

— Pues bien, ya que usted quiere, entre usted.

Los colores volvieron á su rostro, su pecho estaba agitado, se apoderó de la mano del joven para guiarlo repitiendo:

— Venga.

Lo hizo cruzar el zaguán, apartando el rostro de él, de modo que sólo veía de ella un perfil perdido. La puerta de la casilla estaba abierta y en ella había gente que hablaba en voz baja.

— ¡Entre! — dijo ella á Laycock, dándole un leve empujón en el instante en que llegaba á la puerta. Volvió á cerrar inmediatamente la puerta desde afuera y huyó. El ingeniero se volvió hacia la puerta para volverla á abrir y llamarla, pero oyó una voz que exclamaba.

— Levante usted las manos, señor.

No debe vacilarse cuando se recibe esa orden en el Noroeste y es prudencia y no cobardía el obedecer. Laycock alzó las manos por encima de su cabeza y se volvió. En lugar de la media docena de hombres que creía encontrar, sólo vió á dos, uno corpulento y un chino. El hombre corpulento le apuntaba con un revólver.

El ingeniero inspector se maldijo á sí mismo por su falta de imaginación.

— Ahora que usted está en la actitud conveniente para contestar cortesmente á mis preguntas — le dijo el hombre corpulento — ¿quién es usted señor?

— Soy Laycock, inspector de la compañín minera de Winnipeg.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó Tant. El chino se sonrió.

— No tengo pues necesidad de preguntarle á qué debo el honor — dijo Tant — No había previsto la contingencia de que la compañía enviase á un inspector en fecha tan próxima á Navidad. No lo esperaba á usted señor Laycock. Pero puesto que está usted acá, mi hermanita tuvo perfectamente razón de hacerle entrar. No tengo mucho tiempo disponible, puesto que pensamos tomar el tren de las doce de la noche; por lo tanto pasaremos á las preguntas más importantes. ¿Qué lleva usted encima?

— Muy poca cosa — contestó el ingeniero, con cierta satisfacción.

— Lo siento mucho — dijo Tant — pero cuando no se espera nada, un algo parece mucho. Y como le dije, no lo esperaba á usted. Mis demás visitantes vinieron bien provistos y me dejaron bien provisto. Parece una adivinanza, ¿no es cierto señor Laycock? Pero usted comprenderá inmediatamente. Jacky, revisa muy cortesmente los bolsillos del señor.

El chino se aproximó, comenzó por dar con el Colt desde el primer momento, y lo colocó sobre la mesa fuera del alcance de su dueño, mientras su sonrisa se hacía más amplia.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó Tant — Somos lentos en sacar el arma, señor Laycock, según parece.

— No tengo esa reputación — contestó Laycock secamente.

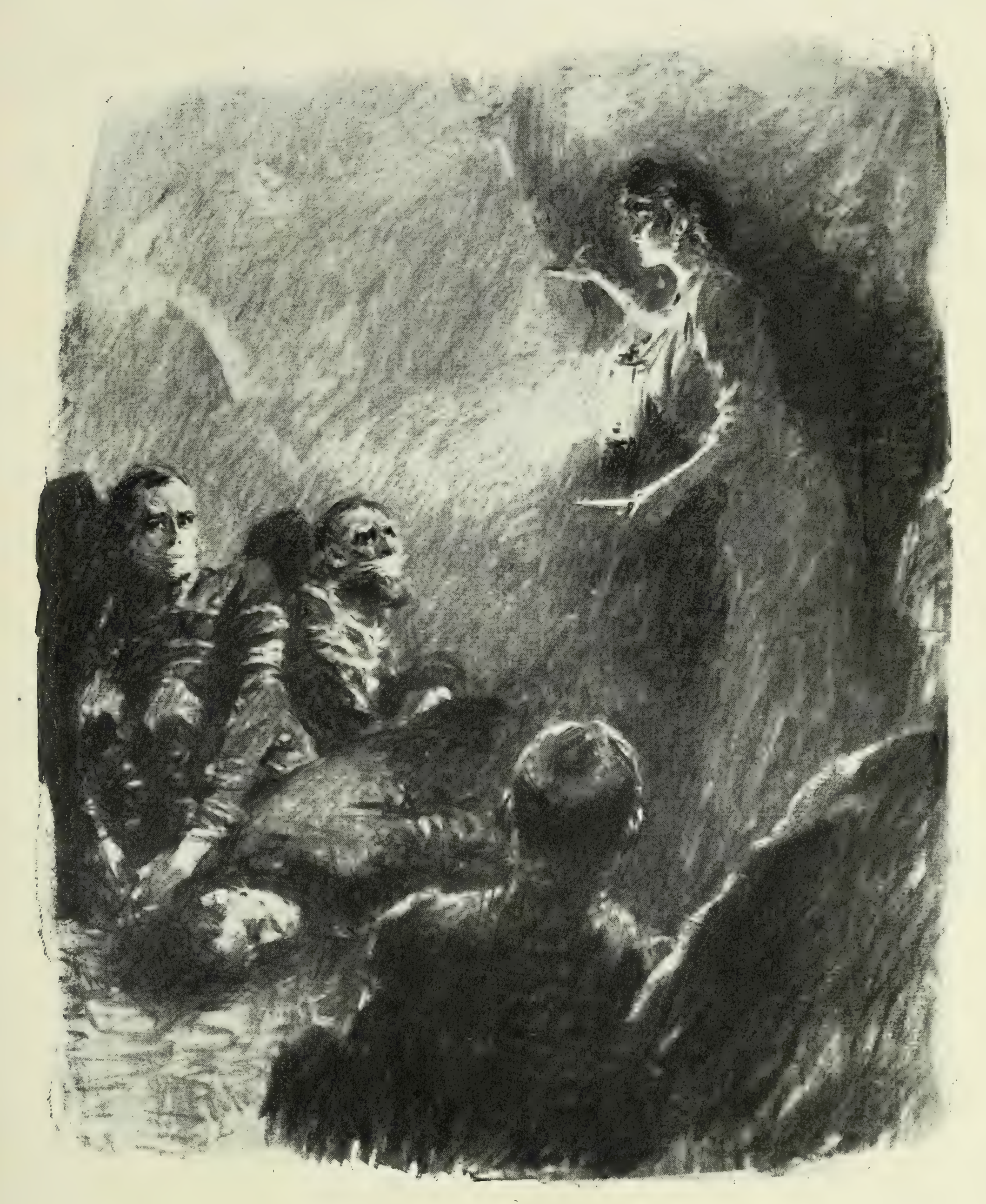
El chino lo resgistró delicadamente. Laycock lo aguantaba sin resistencia física, aunque estuvo á punto de agotar todo su repertorio de maldiciones mientras se efectuaba la operación. Tant seguía sentado y se reía, aunque sin dejar de apuntarle con el revólver. Cuando el chino hubo aliviado al visitante de su reloj de oro, su alfiler de corbata, algunos billetes de un dollar y algunas monedas, se apartó y miró á su amo.

Tant hizo un gesto con la cabeza:

— ¡Rápidamente, Jacky! — dijo.

Jacky salió y regresó casi inmediatamente con una cuerda, un palo, y algunos trapos.

— Mucho me temo, señor Laycock — dijo Tant — que no podamos ser tan considerados con su comodidad como lo seríamos en diversas circunstancias. Nos vemos obligado á atarlo.



Ella se apoyó en la pared.

El ingeniero expresó su opinión con palabras vehementes.

— Su mamá se asombraría al verlo tan mal educado, joven, si lo oyera — dijo Tant — Pero la cosa no tiene remedio, como usted verá — bajó la mano que tenía el revólver y que no había dejado de apuntar un instante al ingeniero — Yo me propongo huir. Quiero dejarlo vivo pero atado, hasta que sus amigos den con usted. ó...

Abrió mucho los ojos y los fijó en el rostro del joven.

El chino manipuló tan diestramente la cuerda y el palo, que en cinco minutos el ingeniero estaba atado en una postura semejante á la de un ave pronta para el asador, con la muñecas atadas junto á los talones, los tobillos ligados, y un palo por debajo de las rodillas para consolidar el conjunto. Lue-

go lo amordazaron hábilmente con tiras de trapo.

— Los demás tienen mordaza en forma de pera, patentadas — explicó Tant — pero se nos concluyó el surtido, y no podemos favorecerlo á usted con lo mismo.

¿Los demás? ¿Dónde están los demás? Pobres desgraciados, atados, amordazados, robados. El cerebro de Laycock bullía. No podía hablar, pero sus miradas interrogaban y Tant contestaba á esas preguntas.

—La fiesta de Nochebuena ha concluído para ellos en el fondo del pozo de exploración situado detrás del jardín. Usted irá á reunirse con ellos. Será una fiesta muy silenciosa y tranquila, pero no estará solo. Le bajaremos con una cuerda, y cuando ésta no alcance más tendremos que dejarlo caer. No creo que se lastime usted mucho. Las ataduras le protejerán muy bien. Además el pozo no tiene más de veinte metros de profundidad, según supongo. Podía decir á Jacky que le dejase caer desde arriba, pero no lo diré. Haré el gasto de una buena cuerda. Soy humano. ¡Ayúdeme á llevarlo, Jacky!

Entre los dos llevaron al cautivo hasta el sitio en qué, bajo las estrellas, se abría la boca del pozo. Tant dirigió una última palabra de consuelo á Laycock en el instante en que trasponía la orilla del pozo.

— Ya verá que todo se arreglará, hijo mío, después que haya usted tenido algún tiempo para reflexionar. Este antiguo pozo tiene una galería de comunicación con la mina. Hace pocas semanas los mineros dieron con ella, según me informó el caballero que administra las obras; la galería es bastante grande para que un hombre pueda pasar. ¡Vé soltando de á poco, Jacky!

La cuerda se fué deslizando entre las manos de Tant y del chino, quienes hacían esfuerzos para resistir, pues el ingeniero no pesaba poco. Para Laycock, le pareció que hacía un siglo que colgaba de la extremidad de aquella soga. De repente dejó de bajar. Adivinó que iban á dejarlo sólo. Y cayó. Unos cuatro metros tal vez, sobre otro bulto semejante al que él mismo formaba. Rodó y tocó otro bulto del cual salieron gruñidos inarticulados.

— Somos cinco — pensaba Laycock — y ninguno puede ayudar á los demás

Concluyó por colocarse en una postura sentada y así permaneció, algo dolorido y maltrecho, pero no mucho, pues según lo había profetizado Tant, la forma en que estaba atado le había evitado roturas de huesos.

Podía mirar hacia arriba y distinguir, á una distancia indefinida, algo más claro que la negrura que le envolvía y que debía ser el cielo, y en medio algo que parecía un punto de oro, y debía de ser una estrella. Fué transcurriendo tiempo. De vez en cuando los demás rodaban hasta donde estaba él, al luchar con las ataduras. Pero él permanecía inmóvil. Sabía que serían inútiles todos los esfuerzos que hiciesen para deshacerse de las ligaduras hechas por el chino; era preferible economizar fuerzas para resistir el ayuno que los esperaba. Echó cuentas; nadie trabajaría al otro día, ni probablemente al siguiente. Eran pues cuarenta y ocho horas de espera. Un rumor distante que parecía venir de arriba hizo estremecer la mina. Debía de ser el rten de media noche en el cual huirían el hombre corpulento y aquella demonio de joven de ojos azules. ¡Las mujeres eran todas...! bueno, eran mujeres. Pero recordó que había hecho lo posible para impedirle que entrase á Cocodrilo.

El tren se detuvo y volvió á marcharse.

Debían de ser las doce menos diez.

Muy pocos instantes después un horrible ruidito hirió el oído experto del ingeniero. Era el ruido de agua que goteaba de algún punto de la mina.

— ¡Agua! — pensó con un estremecimiento.

Sabía que el mes anterior se habían señalado pequeñas infiltraciones. Si por desgracia el agua invadía la galería, esa misma noche!... ¿Habían logrado los mineros cegar eficazmente los manantiales eternos que alimentaban el río cinco millas más arriba? Si la obra había sido mal hecha, llegaría el agua hasta la boca de aquel pozo de prospección ó anegaría solamente las galerías situadas debajo?

¡Drip - drip - drip!...

Laycock permanecía inmóvil, escuchando con asombrosa claridad y agudeza de oído para un hombre que oía acercarse la muerte. Todo el plano de la mina se le presentó ante los ojos con la claridad de un mapa. Sabía que el

agua podía alcanzar hasta donde estaban ellos. Dos ó tres gruñidos apagados se hicieron oír junto á él, y los demás hombres que habían estado inmóviles durante un tiempo, volvieron á rodar de un lado para otro, en sus esfuerzos para romper sus ligaduras. Habían oído también.

Drip - drip - drip... También se dejó llevar á luchar con sus ataduras,

De repente se oyó allá muy lejos una vocecita que hacía "¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!"

Todos ellos se detuvieron en sus movimientos y escucharon con intensa atención en medio de las tinieblas, aunque ninguno podía contestar á ese "¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!"

Volvió á repetirse más cerca, aumentado por el eco y la resonancia, una y muchas veces durante un cuarto de hora



Si algo tienen que arreglar señores tiene que ser conmigo

arrastrado por el pánico, y trató de deshacerse la mordaza mediante movimientos de la mandíbula hasta que el sudor le bañó la frente y su corazón palpitó de cansancio. Drip.... drip... drip... Hacía un frío terrible, pero ninguno de aquellos hombres lo sentía. Forcejeaban y rodaban por el suelo, con mudas plegarias ó maldiciones, según fuese su carácter.

hasta que pareció estar muy cerca. Todos los cautivos habían tratado como les era posible de volverse hacia la dirección de donde venía el llamado, esperando ver alguna luz. A los veinte minutos una tenue claridad llegó hasta el pozo, dejando ver el camino por el cual llegaba la voz y que era una galería que parecía hundirse en el seno de la mina. La luz se fué haciendo más intensa á

medida que se aproximaba y por fin vieron á la joven Ana, cubierta de carbón, pálida de terror, empapada hasta las rodillas, con un cuchillo en la mano y colgada del cuello una lámpara de seguridad Davy que les pareció más hermosa que el sol, la luna y todas las estrellas juntas. Se deslizó trabajosamente por la angosta abertura y luego se detuvo en el fondo del pozo. Ahora podían ellos verse unos á otros, atados como aves prontas á ser asadas, atormentados por las estrechas mordazas, doloridos y extenuados; el pulpero y el administrador lívidos de miedo; los dos muchachos ingleses, con miradas amenazadoras; el ingeniero siempre tranquilo, tratando de inducirla con la mirada á ponerlo en libertad antes que á los demás. Porque era una traidora en medio de hombres furiosos, que su tratamiento había exasperado hasta la locura y el salvajismo.

Como si ella comprendiese lo que él pensaba — y que tal vez pensaba ella también — se acercó rápidamente á él, se arrodilló, y con dedos ateridos que temblaban, arrancó la mordaza de trapo. Luego cortó presurosamente sus ligaduras y le ayudó á ponerse en pié, pues estaba entumecido y dolorido.

— Déme el cuchillo — dijo él, con voz que resonó en el pozo. Ella se lo dió sin decir una palabra. El cortó las ligaduras de sus compañeros. Comenzó por los muchachos ingleses, porque eran caballeros y podía contarse con ellos para que defendiesen á una mujer contra los demás si era necesario. Mientras tanto el ruído del agua resonaba cada vez con más fuerza. Laycock envolvió con un brazo á la joven, que fué á refugiarse junto á él.

— Bueno — dijo con cierta rudeza — usted nos ha salvado.

—¡Después de enviarnos á la muerte! — gruñó el pulpero. — ¡Muchas gracias, mala peste de mujer! Además llega usted demasiado tarde y estamos perdidos. ¡Maldita sea!

Y se puso á blasfemar de un modo horrible.

— ¡Pronto! — exclamó ella sin apartarse de Laycock y toda temblorosa — ¡Pronto! ¡El agua está subiendo! Tendrán que vender hasta llegar al otro pozo.

No era el momento de las recriminaciones. Se deslizaron uno por uno por el angosto pasadizo, un sobrestante á la cabeza, llevando la lámpara, y los otros detrás, Laycock cerraba la marcha con la muchacha. Sentía un extraño deseo de salvarla y dejó que los demás tentasen el paso. Era una carrera por la vida con el agua que subía, en medio de la oscuridad, en aquellos subterráneos resonantes; pero el joven que los encabezaba conocía el terreno, pulgada por pulgada, y no se detuvo un segundo. De vez en cuando se veían obligados á agacharse por lo bajo del techo, y en esos momentos el agua les llegaba á la barba. El ingeniero tenía asida á la joven por el talle y la sostuvo hasta que todos ellos llegaron al pozo de extracción donde se hallaba una jaula del ascensor.

— ¿Cómo vamos á salir? — preguntó el administrador con voz ronca.

La joven le contestó:

— Del mismo modo que entré. Nuestro chino está arriba, para hacer funcionar la jaula. ¡Por amor del cielo no lo asusten hasta que no estemos todos arriba! Le prometí veinte dólares para cuando nos haya subido. ¡Por amor del cielo no digan una palabra!

Ellos entraron á la jaula y ella dió la voz de señal. La jaula subió lentamente, y cuando se fueron acercando á la boca del pozo vieron al chino que trabajaba en mover el mecanismo. Estaba pálido de miedo, tembloroso, y solo obraba por codicia.

Antes que los hombres pudiesen salir de la jaula, el chino gritó:

— ¡Deme lo que me *plometió señolita!* Ella sacó algo del pecho, se lo arrojó, y él después de cogerlo al vuelo, salió corriendo como el viento. Todos los hombres salieron en su persecución, con gritos y blasfemias. Todos, excepto Laycock que quedó junto á la joven. Ambos permanecieron un instante silenciosos, empapados é inmóviles:

Por fin Laycock dijo:

— No conseguirán alcanzar á Jacky.

—¿Qué harán después?...

— Irán á sus casas á cambiarse de ropa, beberán y dormirán — contestó él mirándola con sus ojos penetrantes y bondadosos. — Usted debería hacer otro tanto.

Se dirigieron apresuradamente hasta el desierto Cocodrilo. Ella le indicó donde había fósforos, y el encendió una estufa y puso á calentar agua. Cuando

hubo terminado esas tareas, vió que ella se había dejado caer en una silla, completamente exhausta y que observaba sus movimientos.

— ¿Tiene miedo, hija mía? — preguntó acercándose á ella.

— Estoy sola — contestó.

El comprendió.

— Supongo que su hermano se habrá ido en el tren. ¿No? ¿Porqué no huyó usted con él?

— Porqué ustedes estaban en el pozo — contestó ella.

—¿Bueno, pues?—dijo él lentamente.

— Y cuando llegué á la estación, me escapé. Jeremías había dicho que tal vez el agua...

— ¿Y usted regresó en nuestra busca?

Ella hizo que "sí" con la cabeza.

— Voy á tener que dejarla sola esta noche — dijo él. — Cámbiese la ropa mojada inmediatamente. Haga café. Tome cualquiera cosa fuerte que tenga á mano. Cierre todas las puertas. Y yo — se puso de pie para irse, pero se volvió hacia ella con una sonrisa — yo también regresaré en su busca.

El ingeniero inspector llegó á su hotel y golpeó la puerta ruidosamente hasta que alguien acudió á abrirle, echando maldiciones. Mandó en busca de una botella de whisky, de la cual se tomó una buena parte, se cambió de ropas, y tomó su segundo revólver. Se sentó en la orilla de su cama, mientras lo cargaba, como había hecho la víspera con el Colt, y volvió á sonreirse. No se acostó, sino que se deslizó fuera del hotel á las cinco de la mañana y fué á colocarse de centinela á la puerta de Cocodrilo Temía por los peligros que podía correr la joven durante algunas horas. Pero sus compañeros de cautiverio se habían ido á sus casas y habían bebido para calentarse y caer dormidos todo el whisky que habían hallado á mano.

Estaba todavía recostado contra la puerta, y serían las ocho de la mañana cuando llegó á Venado Rojo, procedente de las colinas, un oficial de policía á caballo y dos agentes. Traían los caballos cansados, habían pasado la noche en persecución de varios cuatreros, y venían en busca de algo que comer para festejar la Navidad. A ellos se acercó el joven y les expuso brevemente una historia extraordinaria, aunque de índole bastante común en el Noroeste y siguió diciendo:

— Me llamo Laycock, soy el ingeniero inspector de la compañía minera de Vinnipeg. Le ruego señor oficial, que haga vigilar ambas pulperías por esos agentes que le acompañan, hasta que los muchachos hayan tenido tiempo de pensar tranquilamente en lo ocurrido. Si se emborrachan esta mañana, el pueblo va á quedar hecho un infierno.

De modo que cuando Jake el pulpero despertó vió junto á su puerta un agente de policía muy cansado, pero con una carabina cargada, y cuando los sobrestantes y el administrador de la mina pretendieron entrar para ahogar en aguardiente sus disgustos, supieron que no había nada que beber. Otro tanto ocurrió en la otra pulpería. Mientras tanto Laycock había regresado á Cocodrilo.

La joven le abrió la puerta, le precedió hasta el salón, y luego se volvió hacia él.

— ¿Qué debo hacer? — preguntó.

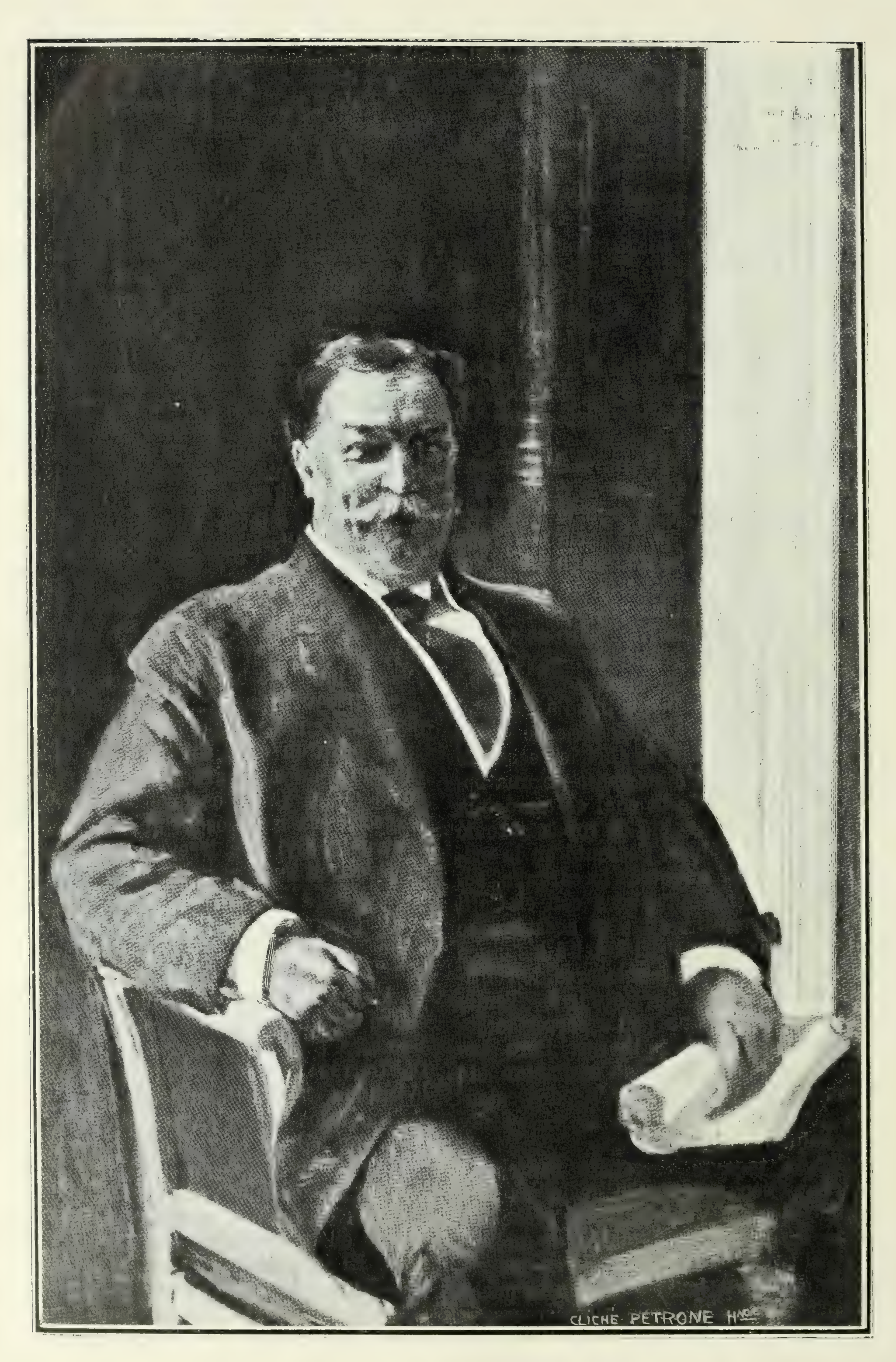
— ¿Seguirá usted mis consejos? — preguntó en voz baja.

Se miraron cara á cara leyendo mutuamente en sus miradas lo que tenían en el alma. Y ambos leyeron lo mismo. Laycock era un filósofo que no luchaba contra lo divino é irrevocable. Tomó á la joven en sus brazos y la besó.

— Voy á preparar un desayuno, — dijo al corto rato.

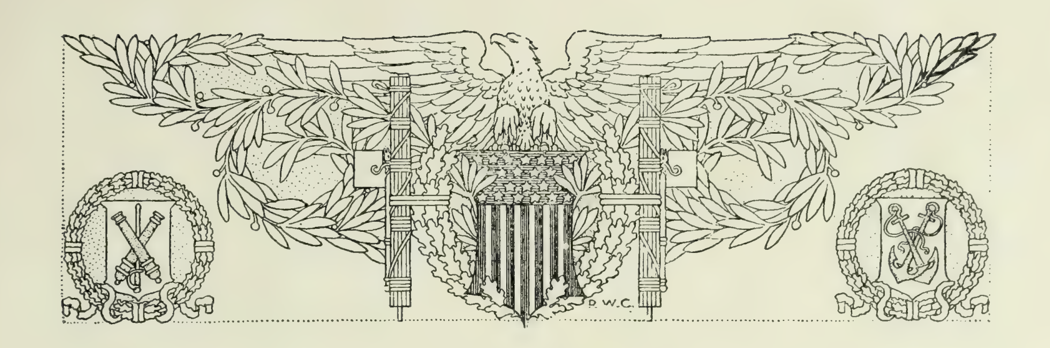
Se desayunaron, aunque poco miraron lo que comían, pues estaban demasiado ocupados en contemplarse y sonreirse uno á otro. De repente cuatro hombres iracundos llegaron á la puerta. Detrás de ellos seguía la mitad de la ciudad, tan irritada como ellos, pero, gracias á los hambrientos agentes de policía que habían custodiado fielmente la puerta de las pulperías, todos ellos estaban en sus cabales. Abrieron la puerta sin más ceremonias y penetraron en el cuarto en que estaban Laycock y la sirena. El ingeniero inspector se puso de pie. Tenía algo terso y brillante en la mano derecha. Con la izquierda hizo un gesto para tranquilizar á la joven.

— Si aquí hay alguna cuenta que arreglar, caballeros — dijo — ¡yo me encargo de todo!



RETRATO DEL PRESIDENTE TAFT

Hecho en la Casa Blanca, por Joaquin Sorolla y Bastida.



TRATADOS DE ARBITRAJE PENDIENTES

ACONSEJANDO SU RATIFICACIÓN

por S.E. el Presidente de los Estados Unidos de Norte América — William W. Taft

Por espacio de mil novecientos años el mensaje "Paz en la tierra, buena voluntad entre los hombres" ha venido trasponiendo las edades, pero han sido necesarias diez y nueve centurias para que los hombres comprendieran su justo significado. A los Estados Unidos se presenta la ocasión de tomar la vanguardia para dar al primer postulado cristiano una forma práctica y concreta.

Menos de cinco lustros hace que un general norteamericano — no en la amargura de la derrota, sino en el triunfo de la victoria — con la misma valentía que había caracterizado su conducta en el campo de batalla, osó decir al mundo la verdad desnuda sobre estos conflictos entre naciones y partes de una nación, verdad que hasta ahora ha sido ocultada y envuelta en la fascinación y brillo de la pompa y poder militar, que por tanto tiempo ha engañado al mundo.

Pero, cuando un tan gran soldado como el general Sherman declaró que la "Guerra es un Infierno", la humanidad se detuvo á pensar y ponderar.

Poco á poco la verdad de esta sencilla aseveración, se ha ido afirmando en la mente y el corazón de los hombres. Propiciada por la civilización cristiana, la aspiración por la paz universal se ha desarrollado, y hoy se presenta á los Estados Unidos una magnífica oportunidad para contribuir en esta causa.

Están pendientes de la resolución del Senado dos tratados, uno con Gran Bretaña, otro con Francia, en que ambos países y éste se obligan á dirimir por el arbitraje todas las cuestiones capaces de determinarse por los principos del derecho y la equidad que se susciten entre esos países y el nuestro.

Estos tratados establecen (1) que todas las cuestiones capaces de determinarse por los principios del derecho y la equidad serán sometidas al arbitraje en los términos de la Convención de la Haya: (2) mediante la creación, cuando la ocasión lo requiera, de una alta comisión, compuesta de tres norteamericanos y otros tres de la nación con quien se hubiera suscitado la controversia; (3) que cuando una cuestión no pueda ser resuelta por los métodos ordinarios de lo diplomacia, ella debe ser sometida á esta comisión, cuya decisión, cuando ella resulte apoyada por el voto de no menos de 5 ó 6 miembros, es inapelable.

Es de notarse que los tratados están facultados para resolver toda cuestión que pueda ocurrir, estipulándose que aquellas cuestiones susceptibles de determinarse por los principios del derecho y la equidad, deben ser sometidas al arbitraje, y estipulándose, además, que todas las cuestiones, incluso aquellas que no entren en la clasificación, deben ser remitidas á la comisión propuesta para su investigación, de modo que las dos mociones pueden gozar del consejo de la comisión conjunta, aunque no están obligadas á someter al arbitraje diferencia alguna que esté fuera del limitado espacio establecido.

El Senado ha hecho objeciones á la ratificación de estos tratados en su forma presente, y ella es resistida por personas que indudablemente son sinceras, pero que, creo yo, no pueden haber tomado en consideración todas las estipulaciones de los tratados, ó se han preo-

(Del Century Magazine)

cupado sólo de las providencias á tomarse para ciertas eventualidades que imaginaron podrían ocurrir.

El princicio fundamental, el que hace someter al arbitraje todos los asuntos susceptibles de arreglos por los principios del derecho y la equidad, á mi entender, no puede ser objetado. Ciertamente, la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado se ha declarado en favor de esta política, al decir en su informe que:

''El Senado es completa y entusiastamente favorable, en opinión de la comisión, á la mayor ampliación, dentro de los límites de lo práctico, del campo de acción de los tratados de arbitraje general''. Y que: ''La comisión y el Senado también, según opinión de la comisión, no abrigan el deseo de circunscribir el amplio alcance que se da al arbitraje en el artículo primero'' de los tratados pendientes.

La 3ª. estipulación del tratado, que establece que la alta comisión conjunta investigará y aconsejará en los casos que no puedan resolverse por las negociaciones diplomáticas, y que no puedan regirse por los principos del derecho y la equidad, ha sido aprobada en general.

Antes de abandonar el estudio de las estipulaciones de los tratados, es importante llamar la atención sobre el hecho que ellos establecen que todo sometimiento al arbitraje deberá hacerse mediante un convenio general ''hecho de la parte de los Estados Unidos por el presidente de los E. U., obrando por iniciativa y con consentimiento del Senado''. Y esto se aplica aún en aquellos casos en que la alta comisión conjunta es llamada á determinar su arbitrabilidad, y los tratados establecen que cuando hayan sido apoyados por 5 ó 6 miembros de la comisión, la cuestión será sometida al arbitraje ''de acuerdo con lo establecido en este tratado''. Es de notar, sin embargo, que el fallo final depende siempre del voto del Senado en el ejercicio de su poder para apoyar el el convenio especial, y, aunque es inconcebible que el Senado pueda ejercer su derecho para anular las resultas de una decisión razonable de la comisión, él podrá ejercerlo en el sentido de prevenir cualquier desvío de la justicia en las manifestaciones de esta comisión.

En cuanto á lo que se refiere á la 4ª. estipulación, á la cual tan serias objeciones se han hecho, es á las objeciones principalmente que voy á poner en discusión. La cuestión ha sido planteada con tono de horror: ¿Puede nación alguna someter propiamente á comisión conjunta, ó á otro cuerpo extranjero, una cuestión que afecta sus intereses más vitales, ó lo que es peor aún, su honor nacional? Yo digo que una nación puede hacerlo. Ciertamente, prefiero cien veces arrostrar el peligro que puede deparar una decisión de la comisión, compuesta de hombres honorables que el que depara el dios de la guerra. Pero los tratados pendientes no estipulan el sometimiento á comisión alguna de ninguna cuestión que afecta los vitales intereses y el honor de la nación sino solamente aquellas cuestiones capaces de ser regidas por las reglas del derecho y la equidad. Lo que debe pues, someterse á la alta comisión conjunta es si la cuestión en litigio, puede ser regida así, y una decisión de esta comisión para el sometimiento debe ser apoyada por dos norteamericanos — los tratados emplean el término diplomático de ''nacionales'' — además de los otros tres miembros de la comisión. La mayor parte de las razones hipotéticas que han sido sugeridas como susceptibles de caer bajo la 4ª. cláusula del tratado pueden ser desechadas con una palabra: ellas no son cuestiones justificadas. Esto es, ellas no pueden ser regidas por las reglas del derecho y la equidad; y ellas no podrían ser jamás pronunciadas por dos norteamericanos de la elevación de los que deben formar la comisión.

Se ha puesto algún tanto de énfasis al sugerir que solamente el Presidente debe poseer, en los términos estipulados en los tratados, la facultad para nombrar los miembros norteamericanos de la alta comisión conjunta. Siendo los tratados convenios internacionales, no eran ellos el lugar propio para prescribir los términos á que había de ajustarse el nombramiento de los miembros norteamericanos de la comisión, pero como quiera que yo he constante y claramente manifestado mi aprobación respecto á que sea el Presidente quien nombre los citados comisionados ''con el consejo y consentimiento del Senado'' no es absolutamente necesario insistir sobre esta objeción.

Se hacen aún algunos reparos contra

la cláusula de que la potencias signatarias pueden pedir que los asuntos de política, asuntos que afecten la independencia y los vitales intereses de este país, sean sometidos al arbitraje. Sobre este punto ha hecho reflexiones importantes el Secretario de Estado, Mr. Knox, quien ha dicho que los tratados "han sido negociados y obligan á naciones respetables que sin duda alguna obrarán con sinceridad y en concordancia con sus propios intereses, que se verán tan rápidamente comprometidas por la invocación de un erróneo y peligroso principio en contra de una potencia extraña á estos tratados como por la invocación del principio en contra de una de ellas mismas".

Es natural que con las providencias tomadas y con las limitaciones propuestas, pocas cuestiones vendrán á recabar el fallo de la comisión. En primer lugar las escasas cuestiones que no pueden resolverse por las vías ordinarias de la diplomacia serán remitidas á la comisión no para que falle sino para que recomiende — y el mero aplazamiento de la acción, además de las negociaciones diplomáticas servirá para aplacar las irritaciones y preparar el camino de un justiciero y amistoso arreglo. En la vasta mayoría de los casos y dado el odio actual á las guerras, un año de dilación evitará un conflicto. Y si la demora y las negociaciones hechas durante ese período no llegan á producir un convenio ó arreglo, la acción de la alta comisión conjunta apoyada como estará por la opinión pública se guardará muy bien de recurrir á las armas. Y tanto la demora como la acción de la comisión harán imposible que la prensa irresponsable fomente la indignación y precipite á la guerra, si las causas no son suficientemente poderosas.

En último análisis, solamente, y en remota é improbable circunstancia habría necesidad de ocurrir á la alta comisión conjunta para decidir si una cuestión está ó nó dentro de los límites del artículo primero del tratado, que sea regible por los principios del derecho y la equidad, y como he dicho la decisión obligaría á las partes sólo cuando hubieran concurrido con su voto dos de los tres miembros norteamericanos de la comisión.

Se han citado los recientes acontecimientos de China y Trípoli como una evidencia contra los tratados pendientes. Ambos ejemplos son, en mi opinión, desgraciados. En el caso de China se argumenta que el afán de fomentar el espíritu militar ha sido el causante, primero, de la pérdida para China de varias provincias que en efecto han sido incautadas por potencias extrañas, y finalmente de la horrenda revolución que el imperio sufre actualmente. El ideal por el cual los sinceros defensores de la paz universal están luchando es una corte de arbitraje ante la cual una nación débil asumiría un mayor poder cuando crea que sus derechos han sido violados por otra más poderosa. Si realmente ha mediado injusta expoliación en China, un tribunal como el de referencia habría neutralizado esos efectos y habría prohibido tal espoliación. Los presentes conflictos de China son puramente asuntos internos, y creo dudoso que tales cuestiones puedan librarse á un tribunal exterior, lo mismo que el cáncer de la esclavitud no podría haber sido sustraído del cuerpo político norteamericano sin la terrible guerra civil. La presencia del gran espíritu militar de este país no es por cierto más eficaz que su ausencia en China para evitar las guerras civiles. Estas revoluciones no entran, sin embargo, en la cuestión que tratamos, aunque la existencia de un tribunal universalmente reconocido y competente para emitir resoluciones justas é imparciales pueda hacer depender de él cuestiones que es menester ahora resolver por guerras internas.

En el caso de Trípoli, como en el caso de Turquía en general, tal tribunal habría servido para asegurar á Turquía sus derechos donde quiera que estuvieran en peligro de ser violados. Es, precisamente, la ausencia de ese tribunal, al cual una nación débil puede recurrir, el que hace posible la violación de sus derechos por una más poderosa. Es, precisamente, la ausencia de ese tribunal lo que hace posible la violación de estipulaciones de los tratados generales que garantizan la integridad de las naciones. Porque la existencia del tribunal, cuando ella se alcanzara, procuraría un sentimiento popular universal que sería tan eficaz para vigorizar el derecho internacional y las reglas de equidad como es la opinión popular de una nación

grande y respetuosa de sus leyes para vigorizar los decretos de sus cortes.

Puede argüirse que los dos tratados pendientes no proveen á la creación de ese tribunal internacional. No, por cierto. Pero constituyen un progreso positivo en ese sentido. El sometimiento al tribunal de la Haya, durante la pasada administración, de grandes é importantes cuestiones ensalza la importancia del tribunal mismo y da un ejemplo al mundo. Pone en evidencia que las más trascendentales controversias entre naciones pueden ventilarse sin necesidad de apelar á las armas. El mostró á los pueblos del mundo la confianza con que este país y la Gran Bretaña por ejemplo, y este país y Venezuela, llevaron al arreglo judicial sus cuestiones internacionales.

El progreso no se hace á pasos gigantescos. Se hace lentamente, por sus pasos contados. Un convenio entre este país y Gran Bretaña, por un lado y este país y Francia, por otro, para someter al arbitraje todas las cuestiones regibles por las reglas del derecho y la equidad constituirá un eficiente ejemplo de la confianza con que grandes, poderosas y civilizadas naciones libran á un fallo judicial las disputas internacionales.

No es necesario esperar á la ratificación definitiva de los dos tratados pendientes para disponer de un ejemplo notable de su potente influencia para prevenir las guerras. El tratado existente entre Gran Bretaña y Japón ha sido delineado por expertos diplomáticos para obligar á esas naciones á prestarse ayuda mutua en el caso de que cualquiera de ellas se viera envuelta en una guerra.

Existe gran diferencia entre ese tratado y estos de que nos ocupamos, pero ha habido una dificultad respecto á si Inglaterra podía ó no comprometerse con los Estados Unidos en vista de sus obligaciones con el Japón. Con la generosidad y amistad hacia los Estados Unidos, que desde hace mucho tiempo ha caracterizado á la diplomacia japonesa, aquel país se adelantó voluntariamente y propuso una modificación á su tratado por la cual Inglaterra quedaba liberada del compromiso de ayudar al Japón, si este país se viera envuelto en guerra con una nación ligada á Inglaterra por algún tratado de arbitraje de la especie de los que tenemos pendientes en este momento. La confirmación, pues, del tratado pendiente entre los Estados Unidos é Inglaterra, importaría esa importante modificación del tratado británico-japonés, lo cual constituye un paso más en la senda de la paz permanente.

Se ha dicho que sería tonto y pernicioso someter á arbitraje toda cuestión que afecte los intereses vitales y el honor nacional de este país. Este argumento presupone que una nación es el mejor juez para las cuestiones que afectan sus propios derechos, cuando la experincia humana claramente está probando lo contrario. Ninguna nación razonable puede desear á otra sino una solución equitativa de tales cuestiones. Y no es preciso demostrar que es mucho mejor recurrir á un fallo equitativo emanado de un sabio é imparcial tribunal, que no recurrir á la propia conciencia ó al popular y á menudo apasionado clamor de una de las naciones cuyos intereses están en juego. Y si aún esto no fuera así ¿á donde apelarán las naciones cuando peligren sus vitales intereses y el honor nacional, si el arbitraje se rechaza? ¿Al arbitraje de la guerra? Y siendo así ¿qué garantías ofrece éste para una justiciera decisión? La guerra demostrará cual de las naciones tiene un mayor ejército, una escuadra más poderosa, pero ¿determinará los méritos y derechos de un caso? Puede resultar justiciera; pero ¿qué hace ella sino dar la razón al más fuerte?

Antiguamente ningún caballero sometía á un tribunal una cuestión que afectara á su honor. Debía luchar. Si alguien había hecho una alusión insultante á un miembro de su familia, él debía desafiar á duelo al difamador. Si el retador era mejor tirador, el insulto quedaba vengado. Pero si el retador resultaba herido ese hecho probaba, supongo yo, ó que el hombre desafiado no había hecho jamás esa alusión, ó que ella era verdad ó que ella no era insultante. Y si es violado el honor de una nación y el violador es una nación menos poderosa, el honor será salvado destruyendo á la nación más débil ó compeliéndola á que pague una indemnización. Pero ¿y si la nación difamadora es más poderosa? ¿Cómo queda el honor de la nación insultada y vencida?

Los días en que regía el código del duelo han pasado. Los hombres han aprendido que la fuerza no es derecho.

Ellos han aprendido también que las personas que se creen insultadas ó engañadas no son los mejores jueces de esos hechos. Ellos han aprendido el recurso á un tribunal más habilitado para determinar la equidad y la razón que cualquiera de las airadas partes de una controversia. ¿Pero debe detenerse el progreso humano en este punto? ¿Acaso las naciones no pueden aprender también? ¿Acaso apelarán siempre al dios de la fuerza? ¿Deberán mostrar siempre su conformidad á la proposición de que la razón en toda controversia estará indistintamente de parte de la nación que posea el más numeroso y mejor disciplinado ejército, la más grande y eficiente armada?

De ese modo, es una tontería y un peligro para toda nación el cesar en sus esfuerzos para poseer la armada más poderosa y eficiente y el ejército más numeroso y disciplinado, no solamente más grandes que los de cualquier otra nación, sino que también capaces de hacer frente á una alianza de naciones. Es tonto y pernicioso pensar en descuidar eso, la única seguridad de que sus derechos sean observados, su honor vengado, su independencia garantida. Y la nación más débil aquella que carece de los recursos y de los hombres para mantener el establecimiento militar más grande es una desgraciada y tonta nación.

¿Y si no puede haber entre las naciones más arreglos que el que proporciona el recurso de la guerra, y es el deber de toda nación mantener un establecimiento militar poderoso á vengar cualquier insulto y resistir por la fuerza cualquier ingerencia en sus derechos, cuál será el término, el límite de esto? Hoy Europa, incitada por este pensamiento, es un campo de armamentos. Cientos de miles de hombres dedican todo su tiempo á adquirir la habilidad y disciplina necesarias para la guerra. No producen. Ellos no agregan un átomo de bienestar á las naciones á que sirven. Millones de dólares se invierten en la construcción creciente y el mantenimiento de navíos, empeñada cada nación en sobrepasar á la otra. Y el costo de estos ejércitos y armadas caen sobre las asendereadas muchedumbres de pobres y de la clase media, quienes son los que contribuyen con sus hombres y sus hijos, que en tiempo de guerra deben morir por millares para vengar el honor de su patria. Estos son hechos que no pueden ser subsanados, que no es posible remediar sino por el alto tribunal que se propone. Tal tribunal, siendo su apelación obligatoria, y sus juicios definitivos, resolvería el problema. Los convenios que se tratan de hacer entre este país y la Gran Bretaña y este país y Francia son un gran paso en esa dirección.

Es verdad, que sucederá talvez que la decisión de la comisión conjunta ó del selecto tribunal que persiguiendo los fines de la comisión debe fallar una causa, nos sea contraria. Ocurrirá acaso que veamos claramente que la decisión de los árbitros es netamente injusta. ¿Pero queremos hacer triunfar un principio sin ningún sacrificio? Nada conseguiremos si pretendemos recurrir al arbitraje solamente en los casos que sepamos que el veredicto nos ha de ser favorable. Tal arbitraje sería una farsa. Será fútil que vayamos al arbitraje si nos retenemos el derecho de decir, en última instancia, si el fallo es ó no justo. La naturaleza humana, bien se trate de la individual ó la colectiva, es muy inclinada á considerar el resultado probable que tendrá una controversia, en vez de procurar una justicia efectiva. Los tratados pendientes determinan, como he dicho, que cuando la comisión propuesta decida por el voto de cinco contra uno que la cuestión suscitada es justificada, ella será sometida al arbitraje; tengo gran confianza en mis conciudadanos para pensar que ellos puedan repudiar este compromiso cuando él haya sido totalmente aceptado por la potencia tratante de los Estados Unidos.

La objeción de que sería inconstitucional para el senado obligarse á sí mismo para el arreglo de las cuestiones ocurrentes en el porvenir, es insostenible. El senado ya lo ha hecho con los tratados de arbitraje existentes que obligan á esta nación á arbitrar innumerables especies de cuestiones, cuya exacta naturaleza es imposible prever. Y finalmente la estipulación de un convenio especial para recurrir en todo caso al arbitraje, cuyo convenio debe recibir la aprobación del senado, desautoriza completamente la opinión de que estos tratados sean constitucionales. Solamente la más estrecha y retrógrada construcción de la constitución podría erigir tal barrera.

Después de decinueve centurias se pre-

senta á los Estados Unidos la oportunidad de marchar á la vanguardia en el movimiento de paz universal. Su grandeza, su abundancia de recursos, y la demostrada bravura de sus hombres, que rechaza aún la sugestión de que obra por cobardía, su facilidad para multiplicar las alianzas, y aún su posición geográfica — todo se combina para hacer que sea esta nación la que marche á la cabeza del gran movimiento. Los pueblos del mundo acogen con cariño nuestros ímpetus por la consecución de la paz.

¿Les haremos sufrir un desengaño? ¿Tendremos que decirles que á causa de nuestra limitada Constitución debemos ocupar el último puesto en el progreso de la civilización cristiana? ¿Tendremos que decir que nuestro respeto por el antiguo código del derecho aplicado á las naciones, aunque esté en desuso entre los hombres, nos impide patrocinar este noble movimiento y hacer las prácticas gestiones que han de darle tanta fuerza y tan incontrarrestables ímpetus?

No soy ni un entusiasta loco ni un ciego optimista. Yo no creo que con lo que hacemos hayamos conseguido el establecimiento completo de la paz, la cual no pueda ser turbada si estos tratados son ratificados. La moralidad de las naciones se mejora paso á paso, y así la aceptación de estos tratados puede considerarse como un paso, pero un paso gigantesco hacia el afianzamiento de la paz en el mundo.

Apelo á vosotros, á cada uno individualmente y al conjunto todo, para que ayudéis al senado á ver lo sabio que será aprobar estas convenciones. Y al hacerlo me dirijo á vosotros llamando vuestra atención sobre las palabras de uno de nuestros más grandes presidentes, Guillermo Mc Kinley, expresadas al pedir la aprobación del tratado de arbitraje Olney-Pauncefote, palabras que son igualmente aplicables á los tratados que se hallan pendientes ante el senado:

"Desde que este tratado... ha sido reconocido como el exponente de nuestra política exterior en nuestra entera historia nacional — ajustar las dificultades por métodos jurídicos en vez de hacerlo por la fuerza de las armas—y desde que él representa para el mundo el glorioso ejemplo de la razón y de la paz, no de odio y guerra, controlando las relaciones entre dos de las más poderosas naciones del mundo, ejemplo que por fuerza habrá de ser seguido por otras, yo, respetuosamente, solicito la acción pronta y urgente del senado, no meramente como un asunto de política sino como un deber para con la humanidad. La importancia y la influencia moral de la ratificación de este tratado en el progreso de la civilización es de tal magnitud que apenas si puede estimarse. Esta acción nos captará las simpatías de todos los estadistas y pueblos del mundo, y no puedo menos que considerar con satisfacción la fortuna que cabe á los Estados Unidos en ocupar el puesto prominente en tan grande obra".



Meg Morton



Y LA FORTUNA

Por May Edginton

El anuncio del diario decía lo siguiente:

SE NECESITA una secretaria hábil en taquigrafía y escritura á máquina, suficiente instrucción general para ser una agradable colaboradora, y persona de conciencia. Edad indiferente. Casa y comida. Salario convencional. Presentarse personalmente.

No se aceptarán las dactilógrafas comerciales usuales. — Tomás Thesiger, Thesiger, Berks, Estación Hillford.

—

— ¿Soy ó no soy una dactilógrafa comercial usual? — se decía Margarita Morton, después de leer este aviso en una biblioteca pública. — No. Mis capacidades comerciales deben de ser virtualmente nulas si se juzga por mi éxito pasado en el mercado del trabajo. Además yo no sirvo para los empleos de tipo clasificado. Este me parece fuera de lo común.

Agregó por lo tanto la dirección indicada á la lista que ya había escrito en una tarjeta.

— "¿Conciencia?"'. Me parece que el señor Tomás Thesiger, quiere muchas cosas por su dinero. ¿Me pregunto cuánto será el salario... incluyendo la conciencia? Me tienta irme á presentar personalmente sin mayores dilaciones, puesto que la falta de consideración de Tomás Thesiger, de Thesiger, exige el viaje. ¿Pagará el pasaje de las candidatas que no sean admitidas? ¿Y cuándo podría ir?

Salió de la biblioteca, y se detuvo en el vestíbulo de entrada para contar las monedas que tenía en su cartera muy poco abultada. Thesiger no debía de ser un lugar muy apartado. Todas sus riquezas consistían en nueve chelines; vaciló en arriesgar una parte en lo que le ofrecía muy pocas probabilidades de multiplicar el total. Pero si no se especula no hay ganancia, y aquella muchacha tenía instinto de jugadora.

Era la una de la tarde. Se dirigió

(Del Royal Magazine)

hacia Paddington diciéndose: "No hay mejor momento que el actual". Llegó allí y después de un leve desayuno consistente en una taza de chocolate vió que podría tomar un tren para Berkshire á las dos de la tarde.

Durante el viaje sus manos acariciaron constantemente un pequeño dijecito de plata, que le servía de mascota y que tenía colgado del cuello. Representaba un oso diminuto y constituía un fetiche en el cual tenía puesto toda su fe. Le pidió su ayuda fervientemente mientras se sonreía á medias de su propia credulidad.

Ya comenzaba á declinar aquella tarde de Noviembre cuando el tren lento de la línea local, al cual se había trasbordado, entró en la pequeña estación primitiva de Hillford. Supo de labios de un empleado que tenía que recorrer dos millas para llegar á Thesiger, y que un camino la llevaba allí directamente. Le ofreció mandar en busca de un vehículo, pero esos son lujos prohibidos cuando no se tienen más que seis chelines por supremo recurso, de modo que rechazó la ayuda ofrecida y emprendió la marcha con su determinación habitual.

Eran cerca de las cuatro cuando llegó á Thesiger, el último cuarto de milla se extendía á través de un parque, algo oscuro entonces por el atardecer, y entre jardines, en medio de los cuales una antigua casa de piedra blanca se elevaba como una gran joya, deslumbrándola con las luces de sus ventanas. Comenzaba á sentir cansancio y frío, y su apetito juvenil hacia sentir sus reclamaciones. Volvió á pedir alientos á su fetiche.

Un sumiller acudió al llamado de la campanilla y la miró con altanería.

— ¿Puedo ver al señor Thesiger?

— ¿Qué nombre, señorita? — Esto en tono de duda porque la luz del vestíbulo revelaba la pobreza del traje de la joven.

— ¿Quiere tener la bondad de decir al señor Thesiger que vengo por el aviso?

El sumiller perdiendo todo el resto de su deferencia ante esa revelación de la situación social de aquella joven contestó que no tenía conocimiento de ningún aviso.

Pero á fuerza de insistencia salió ella con la suya, y él la condujo de mala gana hasta una biblioteca en la cual había fuego encendido y donde la dejó que esperase la llegada del señor Tomás Thesiger.

Entró al cuarto á los cinco minutos un hombre muy alto de cabellos completamente canos. Encendió la luz eléctrica al entrar y fijó la mirada de sus ojos profundos en la joven alta y pálida que se volvió para ir á su encuentro. En el primer momento creyó ella que era un joven de cabello blanco, luego que era un anciano de rostro muy joven, Pero á los dos minutos calculó que tendría sesenta años.

— Buenas tardes — dijo él inclinándose cortesmente.—Sírvase tomar asiento. Supongo que viene usted por el empleo de scretaria.

El también se sentó y cruzó las piernas, colocando las manos sobre la rodilla y reclinando en el respaldo su cabeza canosa, todo ello con actitud lánguida, pero sin dejar de fijar en el rostro de la joven sus miradas interrogadoras.

— ¿Viene usted de la ciudad?

— Sí. Vine por el tren que llega á Hillford á las 3 y 15.

— Una línea terriblemente lenta. ¿No es cierto, señorita...

— Me llamo Morton. Margarita Morton.

— Muchas gracias. ¿Quiere usted decirme qué práctica ha tenido?

Comenzadas las preguntas habituales, ella enumeró rápidamente sus cualidades, con formalidad comercial.

— He tenido seis años de experiencia en trabajos de secretaría, dactilografía, taquigrafía, teneduría de libros y trabajos de oficina en general. Esto se asemeja, ya sé, á la dactilografía comercial ordinaria, que usted desea descartar, pero...

El hizo un movimiento con la cabeza, á la vez que con un gesto de la mano parecía apartar la objeción. Ella prosiguió algo incómoda por este examen que aunque necesario siempre le había parecido odioso.

— Mis padres me dieron una... una buena instrucción general hasta los diez y siete años. Pero murieron y desde entonces trabajé en lo que pude. He seguido buenas clases de dactilografía y taquigrafía en los colegios del Consejo del Condado, y creo que desde ese punto de vista me juzgará usted competente.

El extendió lánguidamente la mano, tomó una hoja de papel de encima de la

mesa, se la pasó y desprendió un lápiz de la cadena de su reloj.

— ¿Quiere usted taquigrafiar lo que voy á dictarle? — le dijo con su voz suave, y con tono de semi disculpa.

Le dictó párrafos de un diario durante tres minutos. Luego se detuvo, miró lo escrito y con un gesto de la cabeza:

— Allí está la máquina de escribir — dijo, señalando un escritorio situado en un ángulo del aposento. — ¿Quiere usted tener la bondad de transcribir lo que le he dictado? ¿Con qué velocidad escribe usted?

Ella contestó aunque con cierta incertidumbre que aspiraba á escribir sesenta palabras por minuto, pero...

— Esto tiene poca importancia para mí — dijo él, y volviendo á apoyar la cabeza en el respaldo de su sillón la contempló mientras cruzaba el cuarto. Ella tenía un cuerpo muy proporcionado y elegante, aunque tal vez algo delgado, con largas líneas armoniosas de la cabeza á los pies. La observó mientras escribía á máquina durante otros tres minutos, luego le pidió que le trajese lo escrito, y se declaró satisfecho.

— Le ruego vuelva á sentarse — dijo luego, después de haberse puesto de pie en el momento en que ella se acercó con la hoja de papel; acto de menuda cortesía que alegró el corazón de la joven. — ¿Y qué decimos de la conciencia?

— Eso es cosa que dejaré á su apreciación — dijo ella alzando sus grandes y honrados ojos grises.

Thesiger la contempló con mirada directa.

— Es el único medio. Es verdad — dijo con un movimiento de cabeza. — Señorita de Morton, le ruego que acepte una taza de té.

Tocó el timbre, y ordenó al sumiller que trajese té y bizcochos, y después que hubo obedecido retuvo á aquel indignado funcionario para que sirviese á la joven que había tratado con tanto desdén pocos instantes antes. Después que ella estuvo servida y que el sirviente se hubo retirado, el señor Thesiger procedió á explicar con claridad lo que necesitaba.

— No le he pedido recomendaciones porque supongo que usted no me exigirá ninguna. Este es el modo en que prefiero hacer las cosas. Detesto el efectuar mis negocios en la forma ordinaria y convencional. Opino, por la impresión recibida, que usted me ha de convenir, y si la impresión que yo le he producido es la misma...

Se detuvo, y como no recibiese más respuesta que una risita algo nerviosa, siguió hablando con cierta volubilidad como para disimular la emoción que acababa de sorprender:

— ... pues bien, creo que estaremos de acuerdo. La tarea será variada y se efectuará según las instrucciones que le impartiré cada día. Se trata de muchos informes y balances destinados á sociedades, fondos caritativos y otras instituciones. Para esto necesito una secretaria durante seis meses. No le diré que el empleo ha de ser permanente, porque después de realizada cierta cantidad de trabajos, no necesitaré quien me ayude, ó por lo menos es lo que creo actualmente. El salario será... digamos ¿diez libras esterlinas por mes?

Ella casi dejó caer la taza.

— ¿Diez libras por mes — casa y comida?

— Perfectamente, si así le conviene.

La mirada del anciano cayó sobre la ropa muy usada de la joven.

— ¿Cuándo podrá usted empezar?

— Pero... en cualquier momento.

— ¿Mañana? — dijo él.

Ella dijo que sí, con las mejillas invadidas por la sangre y los ojos brillantes. El anciano volvió á llenar su taza y la ayudó á servirse.

— Me alegro mucho de que usted haya sido la primera en presentarse. No quería ninguna mujer de negocios típica, y sin embargo necesitaba una persona competente. Me veía de antemano en toda clase de dificultades, y sitiado por toda especie de candidatas, á pesar de las restricciones del aviso. Porque ninguna mujer se cree nunca una profesional usual. ¿Y usted?

— Yo no — dijo ella con franqueza.

— Pues bien — dijo él volviendo á reclinar su cabeza cana, y mirándola con ojos que revelaban mucha bondad y admiración — usted seguramente no es de un tipo "usual". Y por lo tanto creo que estamos conformes en nuestra opinión y en ponernos mutuamente á prueba.

Ella se puso de pie para retirarse y él se levantó simultáneamente para tomarle la taza de las manos.

— Señor Thesiger — dijo ella con evidente sinceridad. — Nunca fueron aceptados mis servicios en una forma tan agradable.

Una sonrisa pasó por el rostro completamente afeitado del anciano. Le tomó la mano.

— Otro pequeño detalle — dijo en tono de disculpa. — Por supuesto me corresponde, como es costumbre pagar el viaje de la candidata. Ya sé que usted me dirá que sería más práctico agregar su valor á mi primer cheque de salario; pero, en atención á mi mala memoria — si usted quiere tener la bondad de aceptarme ahora me evitará seguramente una molestia.

— Tres chelines — dijo ella, con cierta emoción de júbilo. Los seis que tenía en el bolsillo le habrían alcanzado escasamente para su viaje de regreso y para volver al día siguiente á Hillford; pero ahora se abrían ante ella las perspectivas de un buen desayuno al día siguiente.

Esa pequeña suma le fué entregada con las disculpas de Thesiger. A la vez que le agradecía su delicadeza, se daba cuenta de que la mirada perspicaz del anciano había adivinado la inminente necesidad que revelaba la pobreza de su traje y las ojeras de su rostro. Le dirigió una mirada de mudo agradecimiento, y él se la retribuyó con una sonrisa y un apretón de manos.



Meg regresó á la ciudad.... La despedida cordial y cortés de Thesiger desde el umbral de su casa le seguía sonando en el oído como una música.

— El coche la conducirá hasta la estación — dijo, y volviendo á tocar el timbre ordenó al Importante que hiciese acercar el coche para la señorita. Meg regresó á la ciudad dichosa de haber

conseguido un empleo. La despedida cordial y cortés de Thesiger desde el umbral de su casa le seguía sonando en los oídos como una música.

. . . .

El anciano y la joven se hicieron muy buenos amigos. Seis semanas que á la joven parecieron felices, pasaron volando. Las investigaciones acerca de los merecimientos de cada una de las asociaciones caritativas de las Islas Británicas se efectuaron activamente, pero á veces Tomás Thesiger revelaba una creciente falta de interés por la tarea emprendida. Solía estudiar á la joven con ojos pensativos cuando ella no se daba cuenta de su contemplación.

Cierta noche en que ella le servía té en la biblioteca, le preguntó de repente.

— ¿Se siente usted satisfecha, señorita Morton?

— Mucho más que satisfecha — contestó ella. — Soy feliz. Completamente y maravillosamente feliz. Es una sinécura trabajar en estas condiciones, sólo que...

— ¿Sólo qué?...

El entusiasmo del tono de la joven se había enfriado bruscamente al llegar á ese "sólo que". El la observó muy atentamente á la luz de la lumbre. Las llamas arrojaban fulgores sobre ese rostro que se había vuelto repentinamente serio.

— Solo que no ha de durar — dijo ella con un suspiro — No ha de faltar mucho ahora para concluir nuestra investigación y luego, según usted declaró, ya no necesitará secretaria.

— Es cierto — dijo él reclinándose sobre el respaldo, con las manos cruzadas sobre su rodilla, en la actitud lánguida que le era habitual. — Ya no necesitaré más secretaria.

— Pues bien — dijo ella con una risita forzada — espero que me dará ususted un brillante certificado. Si no he trabajado más, ha sido porque usted no me daba más trabajo que hacer.

Reinó un corto silencio. Luego la voz del anciano dijo con suavidad:

— Dejemos á un lado la cuestión del certificado por el momento. No sé si no necesito conservarla á mi lado como secretaria y nada más....

Ella le miró algo intrigada; dijo: — Si en alguna otra cosa puedo servirle, además de mi trabajo actual...

— ¿Quiere usted ser mi esposa? — dijo el anciano Thesiger.

Ella se volvió con un gesto de sobresalto, y se quedó mirando aquel gran sillón desde el cual procedía la voz. Le parecía que una terrible calamidad acababa de afligirla. Su pensamiento rápido comenzó á cavilar cuáles serían las consecuencias de semejante pregunta. Se vería obligada á abandonar su empleo — — era horrible para ella que aquel anciano que en seis semanas había llegado á considerar como un amigo de confianza le dirigiese semejante pregunta á la cual sólo podía dar una contestación.

Le causaba pena la decepción que sufría al ver que Thesiger no la estimaba tanto como suponía, puesto que presumía que se casaría con él por la propiedad y su dinero. Se vió envuelta de repente en tal torbellino de emociones, con la garganta oprimida y las lágrimas en los ojos, que le fué imposible hablar. Reinó un largo silencio entre ambos. Thesiger podía observar, desde la sombra que lo oultaba, las emociones que revelaban el rostro de la joven iluminado por la lumbre.

— ¿Qué me contesta? — preguntó él.

Ella trató de decir algo, pero sólo salieron de sus labios frases entrecortadas, las lágrimas corrieron por sus mejillas. Se cubrió el rostro con las manos para ocultarlas.

— ¿Está llorando? — dijo él suavemente. Se inclinó hacia adelante apoyando los codos en las rodillas, cruzando y descruzando las manos, sin mirarla.— No llore, hija mía. ¡No llore!

— Voy á tener que irme — dijo ella sollozando, sin dejar de cubrirse el rostro con las manos.

— Pero si le estoy pidiendo que se quede, querida mía — dijo Thesiger.

Bajó las manos y sus ojos humedecidos le dirigieron una mirada firme.

— ¿Usted no supone que voy á casarme con usted, señor Thesiger?

— No sé. ¿Porqué no?

El seguía escudriñando su rostro, y puso una mano sobre la de la joven. Ella la retiró; el aspecto de Thesiger le parecía completamente distinto.

— ¿Porqué me pidió usted eso? — — dijo tartamudeando.

Por toda contestación se puso él de pie, hizo que se levantase, y la puso frente al espejo que estaba sobre la chimenea. Estaban junto el uno al otro mirándose por el espejo.

— Querida mía — dijo él — ¿cómo puede usted hacer esa pregunta? Ya lo

sabe... yo la amo. ¿No puede usted amarme?

Ella sacudió la cabeza.

— Pues bien, — dijo Thesiger moviendo los objetos que estaban sobre la chimenea con dedos nerviosos. — ¿Porqué no se casa conmigo, aunque no me ame? Supongo que no le soy odioso... ¿no?

— No. No. No.

— Tal vez — agregó él — no espere yo que usted me tenga el cariño... que tendría á otro hombre más joven. Pero yo la quiero, y podría hacerla feliz, seguramente. Oh... mucho más feliz de lo que es usted en su lucha solitaria por la vida. Podría dorarle la vida, por lo menos.

— Yo no quiero lo menos de la vida. Quiero lo más — dijo ella apasionadamente. — Quiero oro.. no quiero dorado.

— ¿Y le ha dado la vida hasta ahora algún oro hasta aquí?

Ella miró á Thesiger con cierto recelo, escuchándole, con los labios entre abiertos, como Eva debió de mirar al Tentador.

— Le daría todo lo que usted pidiese — dijo el anciano tomándola de la mano. — La llevaría de viaje adonde usted quisiere, y todo el tiempo que quisiese. Viviríamos en Thesiger cuando usted lo decidiese. Podríamos cazar aquí todo el invierno, y tendría una casa en la ciudad, cuando se cansase del campo. Querida mía — agregó tan gentilmente que las palabras perdieron todo huella de ofensa — usted me mira con horror, pero eso es lo que harían muchas mujeres: casarse aunque el corazón no esté en ello pero según el dictado de su cerebro. Y los viejos como yo saben que no deben analizar ni pedir mucho.

El rostro del anciano estaba descolorido. La miraba con una mirada casi agónica en su intensidad, esperando la contestación.

— No, señor Thesiger. — Y agregó ofendida y con audacia.—No me importa ta lo que harían otras mujeres. Yo no... ¡no estoy en venta!

El dió un paso hacia atrás apartándose de ella.

— ¿Es esa su resolución, señorita Morton?

— Sí, — dijo ella, dominándose un poco — Le agradezco lo que usted me ofrece, los viajes, las cacerías, la casa en la ciudad y Thesiger, pero todo eso no basta para comprar un corazón. Usted estipuló al darme un empleo que no serviría una mujer comercial habitual. Pues bien yo no tengo nada de comercial. Por supuesto se lo que esto significa... Tendré que irme. Me iré mañana, usted hallará mujeres por centenares prontas á llenar mi puesto... ó según usted desea, cualquier otro puesto que usted les ofrezca.

— Le ruego — dijo él — que permanezca usted hasta pasado mañana. Tenemos que terminar la investigación comenzada, y puesto que usted no quiere esta propiedad hay que pensar á quien dejársela. Alguien impersonal, como esas asociaciones caritativas. Estoy persuadido de que usted podrá soportarme hasta pasado mañana.

Ella asintió con la cabeza, no atreviéndose á volver á hablar. El le puso las manos sobre los hombros y agregó con mucha dulzura .

— Y tal vez en dos días llegue usted á reconsiderar esta decisión tan sentimental y juvenil.

Ella sacudió la cabeza negativamente y se retiró dejando á Tomás Thesiger, de pie, pálido, junto á la chimenea, pero sonriéndose á solas.

Trabajaron juntos como de costumbre toda la mañana siguiente. Después del almuerzo un caballero vino á visitar á Thesiger, y fué introducido en la biblioteca. mientras que la secretaria esperaba en el comedor las indicaciones de su patrón para el resto del día. Tenía dolor de cabeza y el corazón dolorido. Pensaba en aquella grande Londres, tan inmensa, tan impersonal y tan fría, y en su próxima inmersión en aquella vorágina de lucha por la vida. No le parecía que hubiese sol en ninguna parte.

Miraba con ojos cambiados un mundo cambiado. La residencia de Thesiger ya no le ofrecía paz ni seguridad; ora le parecía tentadora, ora detestable. Esperó hasta que oyó que se abría la puerta que de la biblioteca daba al vestíbulo, y las palabras que llegaban hasta ella. Era evidente que el visitante se despedía. Se levantó y salió del comedor. Thesiger acompañaba hasta la puerta á un caballero de cierta edad y tez trigueña. Pudo vislumbrar al visitante cuando pasó junto á ella.

— Un momento, señorita Morton, y estoy con usted — dijo Thesiger, mientras el visitante miraba atentamente á la joven. Ella no observó el interés con

que la examinaba el forastero. Entró en la biblioteca y se sentó frente á la maquina de escribir.

Thesiger entró lentamente y se detuvo volviendo la espalda á la joven.

— No la necesitaré esta tarde — dijo — supongo que era su propósito preparar su equipaje.

— Sí — dijo ella, sin levantar la vista de sus manos.

Después de una corta pausa él agregó muy suavemente.

— ¿Tiene usted la intención de preparar su equipaje?

— Sí.

— ¿No ha reconsiderado usted?

— No... yo.. Sería completamente imposible.

— ¿Está usted segura, muy, muy segura, hija mía?

— Sí — exclamó ella, dejando caer las manos sobre sus rodillas con cierta impaciencia.

La voz del anciano cambió, tomó tono más convencional.

— ¿Sabe usted quién es ese caballero que acaba usted de ver?

— No.



Fueron sacudidos por un pánico cuando el ayuda de cámara del anciano bajó precipitadamente las escaleras pidiendo auxilio.

— Es... es...— dijo Thesiger lentamente — es la persona que va á seguir haciendo su trabajo, puesto que usted está determinada á dejarme.

Le causó cierto pesar el hecho de que hubiese hallado tan pronta y casualmente quien la reemplazara.

— Pero si usted reconsidera, le diré mañana que no lo necesito.

Ella se puso de pie y salió. ¿Para pre-

parar su equipaje? No, para arrojarse sobre su cama y llorar. Su cuarto estaba lleno de cosas lujosas; un fuego brillante ardía en la chimenea, alegrando esa tarde de diciembre, estaba acostada sobre una cama tendida de raso. Ella contuvo la respiración y los sollozos y se preguntó: ¿Podía... podía yo?

A las cuatro de la tarde le trajeron una bandeja con el té servido. Supuso que Thesiger la enviaba. No necesitaba por lo tanto bajar hasta la hora de la comida. En la bandeja habían otras cosas lujosas... porcelana rara y plata, golosinas que no habían sido escogidas por un sirviente, té aromático. Era un agasajo del anciano Thesiger y volvió á preguntarse "¿No podría?... La jaula es tan grande, apenas si la sentiría... Pensar que todo esto sería mío. Este cuarto... el parque... bolsillos llenos... trajes... viajes..."

Pero se interrumpió y volvió á exclamar con vehemencia: "No" y "No" y "No".

La comida fué muy silenciosa. Cada vez que alzaba ella la vista sorprendía la mirada del anciano que la observaba. Más tarde se dirigió ella á la sala como de costumbre, deseosa de escapar á su mirada. Tomás Thesiger sin fumar su cigarro habitual, la siguió. El recuerdo de esa velada en que hablaron en voz baja no la abandonó nunca. El se sentó cerca de ella y conversó. Su rostro y su voz eran muy tranquilos y tiernos. Ella estaba tan oprimida por esa expresión de calma y ternura que, temiendo sentirse ablandada en su resolución, se levantó y le dió las buenas noches. Entonces por primera vez volvió él al tema que ella temía. Teniéndola de la mano.

— Pues bien, querida mía, le preguntó con un rostro densamente pálido — ¿Ha reconsiderado usted?

— No puedo — exclamó ella casi con violencia. Una extraña expresión de alivio pareció asomar al rostro del anciano; brilló una luz en sus ojos.

— Señor Thesiger, — dijo ella muy humildemente. — Le doy las gracias de todo corazón por el afecto que usted me tiene, pero no puedo ofrecerle en cambio más que el afecto de una amiga.

— Buenas noches, pues — dijo él — Y por lo tanto, las cosas quedarán... como están.

— Es decir que me voy mañana.

— Se va mañana.

Y así fué como se despidieron. Cuando ella se hubo retirado, el anciano se pasó la mano por el rostro, como para disipar un terror reciente, y se sonrió.

. . . .

A las ocho de la mañana siguiente todos los residentes de la propiedad de Thesiger, fueron sacudidos por un pánico cuando el ayuda de cámara del anciano bajó precipitadamente las escaleras, pidiendo ayuda.

El anciano Tomás Thesiger yacía muerto en su lecho. La muerte había venido en su busca durante la noche y se lo había llevado mientras dormía, de modo que abandonó la vida en completa paz.

Meg Morton no podía por lo tanto abandonar ese día la casa. Después que con lágrimas amargas en los ojos, hubo dicho á los sirvientes que cerrasen las persianas, llamasen á un médico, y enviasen... lo agregó vagamente... por el abogado de Thesiger, se ocupó en poner en orden los documentos y las cuentas. Era todo lo que podía hacer fielmente en memoria del anciano.

Se vería obligada á demorar su partida por algunas horas. Después del almuerzo, ó más bien, después de la hora que solía ser la del almuerzo, regresó á la biblioteca, encendió algunas velas y se sentó frente al escritorio sobre el cual se veía un montón de libros y opúsculos. Estaba empeñada en poner orden en ese caos cuando la interrumpió la entrada de un visitante. Reconoció al caballero de tez trigueña y de cierta edad que había visto la víspera en el vestíbulo y se puso de pie.

— Usted habrá oído hablar — dijo ella — del fallecimiento del señor Thesiger, lo que mucho me temo ha de modificar todo lo que había dispuesto.

— Usted me disculpará — dijo él dirigiéndole una mirada intrigada — No la comprendo. ¿No es usted la señorita Margarita Morton?

— Sí. Tenía entendido que el señor Thesiger había dispuesto que usted me reemplazaría en mi puesto, porque ayer había resuelto... dejarlo.

El pensamiento de que era el anciano quien la había dejado hizo temblar su voz y le arrancó lágrimas.

— ¡Ah! — dijo él, con calma — Supongo que él deseaba que usted lo creyese así. Pensaba que eso tal vez la induciría á cierta... reconsideración. ¿Puedo tomar asiento?

Y se sentó.

— Yo era — prosiguió diciendo —

el abogado del señor Thesiger. Me llamo Brabant. Vine ayer á preparar su testamento. El señor Thesiger buscaba un digno objeto para el empleo de su fortuna, pero ayer estaba convencido de que había hallado lo que quería y mandó á buscarme. ¿Sabía usted que sufría de una enfermedad incurable y que era sabedor de que podía morirse repentinamente de un momento para otro?

Ella meneó la cabeza negativamente.

— Su principal temor — siguió diciendo el abogado — consistía en que pudiese fallecer antes de dejar arreglados sus asuntos. He conocido sus ansiedades al respecto. Ayer me parecía muy aliviado y contento. Y su deseo era que en cuanto falleciese su testamento fuese leído á usted privadamente. La ocasión se ha presentado con terrible rapidez.

— ¿A... mí? — dijo ella.

— A usted, señorita Morton. — Sacó una hoja de pergamino del bolsillo, la desdobló y dirigiendo una mirada á la joven comenzó á leer:

"Yo, Tomás Thesiger, de Thesiger, Berks, por éste mi testamento, dejo todas mis posesiones, incluyendo á Thesiger y sus dependencias, y todo el capital á mi disposición, con excepción de" — aquí seguían algunos modestos legados para los sirvientes y para la familia de su hermano — "á la señorita Margarita Morton, porque se negó á casarse conmigo".

(Firmado): *Tomás Thesiger.*

Testigos: *John Brabant, William Williams.*

Un momento de silencio siguió. El abogado cruzó el aposento se acercó á la joven atónita y le golpeó las manos con gesto tranquilizador.

— ¿Cómo? — decía ella, semi desvanecida por la impresión — ¿Cómo? ¿Cómo?

— Y la noche pasada — agregó el señor Brabant — me escribió, encargándome que le dijese ciertas cosas en su nombre cuando la ocasión llegase. Parece que el pobre Thesiger tenía como un presentimiento de la inminencia de su fin.

"Hé aquí lo que me recomendó: Dígale en mi nombre que me siento feliz al dejar todo lo que he reunido á una niña incorruptible que sabe distinguir entre el oro y lo dorado. Dígale que si hubiese consentido en casarse conmigo me habría destrozado el corazón. Tal como es, muero orgulloso de haberla conocido. Dígale que emplee esta fortuna según los dictados de su conciencia, y cuando busque oro sea muy cuidadosa antes de escoger su veta. Y dígale que con mi dinero le dejo mi cariño, mi homenaje y mi agradecimiento por haberme devuelto la fe. Creo que la he puesto á dura prueba, pero al salir del crisol resultó ser el oro puro que yo esperaba".

El abogado leyó estas palabras en una carta que tenía en la mano. Durante la lectura Meg inclinaba su cabeza de más en más. Su mano rozó la mascota que tenía colgada al cuello. Casi la detestaba por aquella "suerte" que le traía. No dijo una palabra.

— ¿Usted desearía quedarse sola? — preguntó él.

Ella hizo que "sí" con la cabeza, y él se retiró dejándola agobiada bajo el peso de la Fortuna.

El doctor: ¿Y entonces se durmió usted?"

El enfermo: "No, ya era hora de levantarme".

Unaldeano presenta su hijo al maestro de escuela, y este, despues de examinar al niño dice:

"Este chico es tartamudo'

— "Si señor, pero es sólo cuando habla".

El: — "Yo creía que tu padre se iba oponer á nuestro casamiento".

Ella: — "Oh, el pobre papá ya no es tan delicado como antes".

El doctor — "Ha seguido usted mi consejo, contado mentalmente hasta conciliar el sueño?"

El enfermo: — "Si doctor: he contado hasta diez y ocho mil".

Oliva Lestrange

Los médicos y los abogados suelen conocer los bastidores de la vida. Su profesión se lo impone. Estoy asociado con otros dos médicos y resido en un respetable suburbio de Londres, sin nada que lo distinga de lo demás. Mi clientela se compone de los vecinos de situación más desahogada.

Los hombres se dirigen por la mañana á la ciudad para sus negocios, y generalmente son gente que está entregada á negocios prósperos. Las mujeres se visitan unas á otras por la tarde. Las jóvenes juegan al tennis. De vez en cuando alguien ofrece comidas, y el tren nocturno del teatro de los jueves trae en general muchos pasajeros. Todo ello es tan tranquilo, monótono y decente como puede desearse.

Pero la naturaleza humana es muy semejante en todas las clases, y no he conocido hasta ahora hombre ó mujer que no poseyese posibilidades criminales. No quiero decir que todos los hombres ó mujeres podrían ser criminales habituales, pero dado cierto cúmulo de tentaciones, de circunstancias y oportunidades, podrían ser arrastrados á lo que la ley califica de crímenes.

En este momento recuerdo un caso por el estilo. Ocurrió hace algunos años y he perdido de vista á las personas que en él intervinieron. Narraré los hechos como ocurrieron, cambiando solamente los nombres de los personajes del drama.

Los Lestranges eran una familia numerosa y próspera. El padre era corredor de Bolsa, y ambos hijos se destinaban al mismo negocio. Las hijas eran cinco — la más joven tenía seis años y la mayor veinte ó veintiuno en la época á que me refiero. Era gente de buen carácter aunque poco interesante, con excepción de Oliva Lestrange, joven de singular belleza, de unos diez y ocho años, y de la señora de Lestrange, persona ambiciosa que conservaba su belleza.

Asistía profesionalmente á la familia. Insistían frecuentemente en que los visitase personalmente y nunca se mostraban satisfechos con mis dos socios, ambos muy competentes. Pensaban tal vez que esto era para mí un cumplimiento, pero en realidad constituía una gran molestia. Frecuentemente iba á jugar al tennis, y era correligionario del señor Lestrange en la política local.

Desde muy temprano me dí cuenta de que Oliva Lestrange era considerada por la familia como el triunfo mayor de la baraja. Se hacía mucho por ella y mucho también se esperaba de ella. Su educación era especializada en los ramos que ella misma indicaba. Una de sus hermanas me dijo, aunque riéndose y sin envidia ,que se gastaba para vestir á Oliva el doble de lo que empleaba cualquiera de las demás.

—Pero claro está que vale la pena, si los resultados son los que merece. ¿No es absolutamente fascinadora?

Contesté lo que de mí se esperaba.

Transcurrió un período peligroso, durante el cual Oliva Lestrange atrajo de Burrowes. Este era un buen joven reun modo obvio las atenciones de Mr. cientemente egresado de Oxford y que estaba en vísperas de ordenarse. Oliva parecía jugar con él. Había días en que le demostraba simpatía y otros en que lo descuidaba terriblemente. Supongo que fué la señora de Lestrange quien puso fin á la cosa.

El pobre joven Burrowes ya no fué invitado al tennis ni á nada más. Cuando encontraba á la señora de Lestrange en otros salones, ésta le trataba con frialdad glacial. Oliva fué enviada á pasar algunos meses al Continente.

Yo sabía perfectamente cuales eran las intenciones de la señora de Lestrange con respecto á su hermosa hija. Nun-

(Del *Pearson's Magazine*).

ca me las había dicho, por supuesto, en forma explícita, pero alusiones frecuentes de los miembros más jóvenes y menos discretos de la familia y el ambiente mismo de la casa no dejaban dudas al respecto. Oliva estaba destinada á casarse con sir Charles Malison.

Este era en realidad un barón de antigua familia solariega, quince años mayor que ella, de ningún modo agraciado, y muy pobre. Por supuesto sus bienes no entraban en cuenta, pues Oliva tendría dinero por dos. El acostumbrado trueque matrimonial parecía en vísperas de producirse. Un título por dinero. Sir Charles, que entre paréntesis no era una mala persona, estaba evidentemente muy enamorado de Oliva.

Conocedor de todo esto, no dejó de sorprenderme el recibir cierta mañana un billete de la señora de Lestrange anunciándome el enlace de Oliva con Mr. Hugh Trevor, de cuyas cualidades y habilidades hablaba con moderado entusiasmo. También solicitaba mi presencia á la comida que ofrecería en la semana siguiente, para presentarme á dicho joven caballero.

— Oliva Lestrange se casa con cierto Hugh Trevor — dije á uno de mis socios — ¿Sabe usted algo de él, por casualidad?

— No — me contestó — pero probablemente sabré mucho antes que regrese de mi jira. Las informaciones locales se difunden muy rápidamente.

Esto resultó cierto. Antes de la tarde ya había oído hablar mucho del señor Trevor. La señora de Lestrange había omitido, por una singularidad extraña, mencionar su profesión ú ocupación. Las habladurías locales me aseguraron que era maestro de escuela. Dirigía un colegio particular en que había sucedido á su padre. Este se había retirado y se contentaba con cobrar una buena parte de los beneficios.

Cuando su padre falleciese, Hugh sacaría unas seis ó setecientas libras anuales de la escuela si ésta seguía prosperando. Se decía que era alto, de cabello negro, de aspecto extranjero, y de grandes conocimientos científicos. Pero en cuanto á lo último cualquiera que se gaste una libra esterlina en aparatos científicos en aquella vecindad se hace acreedor á una reputación de hombre de ciencia. Soy también un gran sabio cuando estoy allí.

No comprendía yo como era posible que una mujer ambiciosa como era la señora Lestrange pudiera admitir semejante enlace. Volviendo á leer su carta, y leyendo entre líneas, llegué á la conclusión que no lo aprobaba. Oliva poseía un carácter raro. Era algo apartada y generalmente reservada, y de repente favorecía á los que estaban junto á ella con alguna vislumbre de sus pensamientos íntimos. No solía decir muchas de las cosas para las cuales no habrían observado el secreto otras jóvenes, pero ocasionalmente confesaba cosas que ninguna otra joven habría revelado.

Era la niña mimada de la familia, y parecía considerar como derecho suyo hacer lo que le diese la gana. Sólo podía llegar á la conclusión de que Oliva se había enamorado de aquel hombre. Enmendé esta conclusión la noche de la comida de la señora de Lestrange.

Estábamos unos veinte presentes, y todos éramos ó parientes ó amigos íntimos de la familia con excepción de Hugo Trevor, á quien no había visto hasta entonces en aquella casa. Oliva era una joven del tipo pelinegro, mucho más que cualquiera otra de la familia. Esa noche resplandecía en un traje de color semejante al del albaricoque.

Estaba comiendo el pescado cuando fuí llamado por teléfono. Es un contratiempo que suele ocurrir á los médicos. En este caso era un llamado perfectamente auténtico, pero debo confesar que á veces me hago llamar intencionalmente por teléfono para escapar al fastidio de algunas comidas suburbanas.

Había hablado unos tres segundos con Hugo Trevor, y cinco minutos con Oliva pues ésta se mostró particularmente comunicativa. Trevor, desde el sitio en que estaba, sólo podía ver y oir á Oliva. Contestaba distraídamente á las personas que le hablaban pero toda su atención estaba concentrada en la joven. La pasión que revelaba dejaba muy pequeñas las atenciones anteriores del joven Burrowes y de Sir Charles para la joven.

Oliva me habló mucho del asunto. El le mandaba flores cada día y cartas dos veces por día. Si almorzaba en la casa y debía comer allí el mismo día y se veía obligado á salir entre ambas comidas no dejaba de escribirle por la tarde. Su anillo de casamiento — y entiendo algo

de diamantes — era absurdamente costoso para un joven maestro de escuela.

Le había regalado una cigarrerita de oro con una inscripción griega en el interior. Me la mostró, pero debo decir que he olvidado por completo el griego. Era una frase poética que aludí al fuego que lo consumía del mismo modo que reduce en cenizas á un cigarrillo. Y le había regalado montones de otras cosas. Parecía que cuando no la veía, ó no le estaba escribiendo, se pasaba el tiempo en comprarle regalos. Se olvidaba de cualquier otra cosa que no fuese ella.

Conozco suficientemente mi profesión para poder adivinar mucho con poco que vea. Ese joven venía durmiendo muy mal y muy poco. Constituía el primer gran triunfo que había obtenido Oliva Lestrange. Ella había recibido demostraciones de admiración, atenciones y amor de cierta clase, pero este era el primer caso de adoración absoluta. Estaba intoxicada con ese incienso. Le estaba agradecida por ello. El le gustaba mucho. Pero no estaba más enamorado de él que yo.

Durante quince días todo pareció andar bien. Trevor estaba dispuesto á reducir terriblemente sus ingresos mediante su seguro sobre la vida que exigía cotizaciones mayores de las que podía pagar. El casamiento debía efectuarse á los dos meses. Ya habían comenzado á llegar los regalos. Y de repente cierta tarde de agosto, mientras regresaba en mi automóvil de una visita á un cliente apartado, crucé en el camino á Oliva Lestrange que iba sola, y que andaba como si estuviese muy cansada. Detuve mi coche — pues iba sólo en él — y ella se sentó á mi lado.

— Es usted muy amable — me dijo — Estoy exhausta, sino de cuerpo, por lo menos de alma. ¿Tiene usted mucha prisa en regresar?

— No tenga ninguna prisa. Estoy enteramente á su servicio.

— Entonces, no ponga en marcha el motor todavía, le ruego. Tengo que hablar con usted. ¿Sabía usted que no me caso con Hugo?

— Cuando la ví, tuve la impresión de que algo ocurría; pero, por supuesto, no sabía que.

— Lo he decidido esta mañana. Mamá me ha estado hablando de ello todos los días, como usted supone.

— Si. Ya me lo figuro.

— Ella tiene razón en lo que dice. No debo casarme con un hombre á quien no amo, y por más que hago no puedo llegar á amar á Hugo. He hecho lo posible. Es horrible y desconsolado arrojar de sí toda la fuerza y la pasión que me ofrece. Ahora regreso de Melton House.

— ¡Cómo! — exclamé — ¿Fué usted sola á hablar con él!

Ella se rió con tristeza.

— ¡Oh! Soy muy valiente — dijo — El es también asombrosamente bueno, pero muy raro. Me dijo cosas extraordinarias. Me asustó.

— ¿Qué quiere usted decir? ¿La ha amenazado?

— No. Pero dice que algún día he de ser suya, y que ninguno de los dos puede impedirlo. Es un disparate, pues, por supuesto podemos poner fin á ello. En realidad, mamá le ha puesto fin... ó más bien dicho, yo. ¿Qué querría decir con ello?

— No sé, y no supongo que diese significado determinado á sus palabras. Supongo que este golpe lo ha aturdido y no sabía lo que decía. Lo mejor sería que ahora llegase usted á su casa.

— Si, — dijo ella. — Tengo que hablar con mamá y pedirle que me aconseje.

En todo el camino no habló más que una vez. Se volvió hacia mi con aire preocupado y me dijo:

Me parece una gran lástima ¿No es cierto?

Yo no era de su opinión. La señorita Lestrange había disimulado sus ambiciones sociales bajo la máscara de los altos principios. Pero quedaba el hecho de que Oliva no amaba al hombre que estaba desesperadamente enamorado de ella. Había conocido casos semejantes que habían concluído felizmente. He visto despertarse el amor de la mujer después del casamiento. Pero esos riesgos son grandes y no creo que deban correrse.

A las 9 de esa noche, se me dijo que el señor Trevor estaba en mi estudio y deseaba hablar conmigo. No lo había asistido nunca antes, y la noticia no me agradó. No presentaba el aspecto de un hombre que sufriese por exceso de emoción. Por el contrario parecía perfectamente tranquilo y dueño de sí mismo. Hablé claramente desde el principio.



"Hugo me dijo cosas extraordinarias. Me dió miedo....
Dice que seré suya pese á quien pese".

— Yo creía que era usted cliente del doctor Anderson — dije.

— No. El doctor Anderson es el médico de la escuela y asiste á mi padre, pero nunca me ha asistido, ó por lo menos, no lo ha hecho desde que soy dueño de mis acciones. Tengo razones especiales para no consultar al doctor Anderson, pero de ningún modo lo atañen desde el punto de vista profesional.

— Muy bien — dije — ¿De qué se trata?

— Duermo muy mal desde hace algún tiempo. Hoy he sufrido una emoción muy violenta. Usted conoce á los Lestrange, y probablemente habrán llegado las noticias á su conocimiento.

— Sí — contesté.

— Por supuesto, éste me trastornó. Me asusto al pensar la noche que voy á pasar. ¿Puede usted darme algo que me haga dormir?

— Veré.

Le examiné, y á las preguntas que le hice me contestó sinceramente. Estaba muy agotado por la falta de sueño y le dí una poción narcótica. No le dí más que una dosis y pareció estar plenamente satisfecho.

Me dió las gracias.

— Usted verá — dijo — Cuando no puedo dormir no estoy en condiciones de trabajar. Y necesito trabajar para apartar mis pensamientos de este desengaño tan grande.

— ¿Usted trabaja? — Pero no es esta la época del año en que los niños están de vacaciones.

Se sonrió.

— Es cierto. Pero solamente durante las vacaciones puedo ocuparme en las tareas que me interesan realmente.

—¿Puedo preguntarle cuáles son?

— Me ocupo de bacteriología. Claro está que no sé mucho por el momento — agregó humildemente. — No soy más que un estudiante. Pero es una ciencia fascinadora.

— Muy fascinadora — dije — Pero no se exceda en el trabajo.

Volví á verlo al día siguiente, y pareció mejor. Me dijo que había dormido bien, y me expresó su agradecimiento.

Exactamente un mes después de esta fecha fué extraído su cadáver del río Rothey. No había pruebas de que hubiese sufrido recientemente de depresión especial y la indagatoria post mortem dejó en suspenso el dictamen. No había dejado tras si ni cartas ni instrucciones, y existía la posibilidad de que la muerte fuese accidental.

Eran las doce del día cuando se extrajo el cadáver del agua. Una hora antes había sido informado por la señora de Lestrange de que su hija estaba comprometida con Sir Charles Malison.

II

El señor Lestrange vino á verme de paso para la ciudad cierta mañana y me dijo que Oliva estaba indispuesta, que parecía haber comido algo que le había sentado mal. Me agradecía si pasaba á verla.

Fuí inmediatamente. El resultado de mi examen fué tal que telefonée á mis socios para que se hicieran cargo de mis tareas de aquel día, envié otro mensaje tenefónico al padre para que regresase inmediatamente, y dí cuenta á las autoridades de que se trataba de un caso de cólera asiático.

Hice todo cuanto podía hacer. Espero haber cumplido con mi deber; pero era un caso extraordinariamente violento y el estado de la enferma parecía desesperado desde el principio. La muerte ocurrió á las trece horas.

La familia estaba abrumada de pesar. Yo mismo no dejaba de sentir intensa pena, y tal vez fuese bueno que tuviese mucho en que distraerme. Un caso de esta índole en un suburbio populoso es un asunto serio, y es necesario buscar su orígen. Gracias á las medidas de precaución muy estrictas que había adoptado, no se produjo ningún otro caso, pero durante tres semanas no pude resolver el problema del orígen del que había sido fatal. Los exámenes de la leche, del agua, y demás pruebas por el estilo fueron inútiles. Ninguno de ellos reveló la presencia del bacilo característico. Eramos muchos, por supuesto, los que estábamos empeñados en esa tarea, y se emitieron numerosas teorías, pero no pudimos llegar á ninguna que diese entera satisfacción.

La señora de Lestrange necesitó también mis cuidados. La pérdida de su hija había afectado seriamente su salud. Deseaba que mudase de ambiente, pero era una mujer obstinada y se negó á

alejarse. Fué casi una suerte que también enfermase uno de sus hijos. La dolencia era poco grave, pero tuvo efecto sobre la señora de Lestrange. Le dió algo en que ocuparse. La curación completa del joven tuvo por efecto reanimar á la madre.

Tres meses después de la muerte de Oliva, la señora de Lestrange me dijo cierta noche que se daba cuenta de que aún le quedaban deberes que cumplir en el mundo. Y al mismo tiempo, sin demasiado exceso de emoción me regaló la pequeña cigarrerita de oro que había sido de Oliva.

— ¿La recuerda usted? — me dijo — Ese joven desgraciado, Hugo Trevor, se la había regalado. Ella se la devolvió por supuesto, con todos los demás regalos, pero él volvió á mandárselos, rogándole que los guardase, diciendo que esperaba que le evitaría por lo menos la idea de que ella opinaba que se los había regalado condicionalmente. Usted sabe lo buena que era Oliva. La afligía inmensamente el verse obligada á causar pena.

"Conservó los regalos, y le mandó una linda carta. Yo la ví, por supuesto, antes que la enviase. Estoy segura que le habría gustado saber que usted tendría la cigarrera. Era la única de mis hijas que fumaba. Su papá no lo aprobaba, ni yo tampoco. Pero Oliva siempre fué distinta de las demás".

Me llevé conmigo la cigarrera esa noche. A mi regreso á casa hallé una carta cuya dirección era de mano de Hugo Trevor. Procedía de Calcuta. Estaba fechada del día anterior á la muerte del joven. Decía lo siguiente:

"Es posible que de resultas de un acto mío haya quedado muy intrigado en cierta circunstancia. De usted no he recibido más que atenciones. Nunca me causó daño intencionalmente. Creo que me causó daño, pero lo absuelvo por la intención. Es posible que ni siquiera lo supiese. Le contaré todo tan franca como completamente. Si usted cree que la publicación de lo ocurrido es esencial, puede usted publicarlo. Estoy seguro, sin embargo, de que puedo contar con su discreción, y que recordará que semejante publicación podría causar la des gracia de otras personas, y seguramente no ha de ser provechosa para nadie

"Yo sabía que Oliva no me amaba. No me sorprendió que rompiese el compromiso. Creo muy probable que si hubiese vivido se habría casado con Sir Charles Malison. Esto se habría debido por entero á la influencia de la madre, pues tampoco lo amaba á él. Ella era una persona peculiarmente reservada, pero sorprendí su secreto. La única persona que amó jamás fué usted, y yo lo felicito por la forma espléndida en que usted lograba mantenerse aparentemente inconsciente del hecho".

Debo detenerme acá para decir que esta opinión con respecto á Oliva y á mí era enteramente fantástica por parte de Hugo. Nunca se me ocurrió que Oliva pudiese estar enamorada de mi. Yo tenía por lo menos quince años más que ella. La idea era absurda. Seguí leyendo.

"Sin embargo, siempre he estado convencido de que las personas que desean muy firmemente una cosa acaban por lograrlo, en esta vida ó más allá. Podía ver que la única barrera entre Oliva y yo era la vida. Cuanto más pronto terminase y más pronto sería ella mía.

La suerte me ofreció una oportunidod. Le rogué que volviese á aceptor los regalos que me había devuelto. Concluyó por consentir. Entre esos regalos había una cigarrerita de oro. Dentro de ella quedaba un cigarrillo. Si usted tiene oportunidad examine la cigarrera. Es una espléndida obra de arte. Cierra tan exactamente como una botella de esencias.

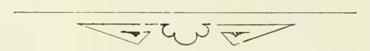
"Como conozco bien á Oliva, sé que algún día, tal vez muy pronto, ha de sentir deseos de fumar, y se hallará sin un cigarrillo á mano. Esto ocurrirá probablemente cuando se halle en su cuarto. Allí tendrá la cigarrera, pues no la llevará consigo, y la abrirá para ver si, por casualidad queda algún cigarrillo en ella. Siempre pone entre sus labios el extremo del cigarrillo que lleva sus iniciales en letras de oro. Esa extremidad del cigarrillo ha sido preparada con mucho cuidado. Dentro de la cigarrera permanecerá húmeda durante un tiempo indefinido. Si ello lo lleva á los labios su muerte es segura. La causa de la muerte parecerá natural; y no tengo duda de que un médico tan hábil como es usted diagnosticará un caso de cólera.

"Mañana habré muerto, y — en algún sitio, no sé donde — esperaré á

Oliva. Envío esta carta á un amigo mío que reside en Calcuta, con instrucciones para que la envíe en fecha determinada''.

Hallé dentro de la cigarrera un hebra de tabaco. Me bastó para producir una colonia de bacilos del cólera. Hecho esto destruí los bacilos. Mis colegas me preguntaban de vez en cuando si había logrado descubrir el orígen de aquel extraordinario caso de cólera. Le contesté que no. A veces alguno de ellos sugiere una teoría y no dejo de decirles que mucho de cierto puede haber en ella.

La señora de Lestrange ha recobrado por completo la salud y la animación. Está esperando un gran acontecimiento. Sir Chales Malison se casa con la hermana mayor de Oliva.



Cristiana en casa de Gayo

por J. GILBERT

(Descripción de la lámina - obsequio del mes de Marzo)

La admirable alegoría de Bunyan, ''El Progreso del puritanismo'', suministra un sinnúmero de escenas muy apropiadas para representaciones pictóricas. El viejo y grande soñador talvez vería en el Arte Pictórico una de las peores abominaciones, y jamás se imaginaría que su obra constituyera algo así como una musa de perenne inspiración en que generaciones de artistas encontraron temas para ejercitar su ingenio. La escena escogida por John Gilbert es el hospedaje ofrecido por Gayo á Cristiana y sus compañeros de peregrinaje. Están en la cena, y habiéndose presentado una fuente de manzanas, Mateo pregunta si debe comerse esa fruta; pues fué con una manzana que la serpiente sedujo á nuestra madre común. Pero Gayo le saca de la incertidumbre diciendo que no es la fruta sino el pecado el que pierde á los hombres, y que la fruta es buena y un excelente alimento. Lo más notable del cuadro, es la gran hermosura y delicadeza de las cabezas de las personas representadas y la expresión de sus rostros. Gayo está de pie, en el acto de dirigir la palabra á sus invitados. En el lado opuesto está Gran Corazón vistiendo aún su armadura. Al lado de Cristiana está Mercia y junto á ella Mateo, su futuro esposo, que es quien ha formulado la pregunta concerniente á las manzanas. El Honesto - Anciano y los dos muchachos, José y Samuel, completan el grupo.

John Gilbert nació en 1817, y en 1836 exhibió su primer cuadro. Es muy conocido como ilustrador de obras literarias, y á él se deben los mejores grabados aparecidos en la antigua revista inglesa ''The Illustrated London News''. En 1871 fué elegido Presidente de la Sociedad Inglesa de Pintores, y poco después recibió el título de caballero.

Teatros y Artistas

LAS

GRANDES TEMPORADAS LIRICAS

EN EL COLÓN Y COLISEO

La temporada lírica de este año se prepara brillantísima pues en los dos teatros Colón y Coliseo funcionarán dos grandes compañías.

En el Colón la compañía de este año, según asegúrase, será muy superior á la del año próximo pasado. Cuando aparezca ATLANTA indudablemente habrá sido publicado el elenco y repertorio de la compañía del Colón cuya dirección en este año ha sido confiada á las expertas manos del celebrado maestro Toscanini, uno entre los contadísimos maestros concertadores y directores de orquesta, que bien conoce y aprecia nuestro público, y cuya fama acrecentada en estos últimos años es una completa seguridad de que la temporada tendrá los resultados y artísticos que se merece un teatro como el Colón.

A propósito de Toscanini se dijo por alguien últimamente — después que la empresa había anunciado su contrato — que ya no vendría, cosa que obligó á la empresa del teatro municipal á confirmar la seguridad de que el maestro Arturo Toscanini se hallaría en Buenos Aires á más tardar del ocho al diez de mayo próximo.

El señor César Ciacchi haciéndose eco de la citada versión según la cual Toscanini no vendría á esta capital dirigió en su oportunidad un telegrama al señor Consigli, representante en Milán de la empresa del Colón, dándole cuenta de esos díceres, pidiendo que telegrafiara lo que pudiere haber de cierto al respecto; y la contestación no se hizo esperar siendo, como hemos dicho de que Toscanini cumpliría con el compromiso contraído, ó sea que vendría al Colón.

Este hecho propalado quizá por algún mal intencionado, de los que nunca faltan, especialmente en cosas de empresas teatrales, constituyó durante más de una semana la nota diaria de los círculos líricos teatrales de esta capital. Recuerdo que cuando empezó á circular la versión de que el maestro Toscanini no vendría ya á Buenos Aires, hubo personas que hasta daban los nombres de Mugnone y de Serafin (el actual maestro de la Scala de Milán) para reemplazar á aquel.

Cuando la empresa del Colón por medio de Ciacchi ratificó la noticia primitiva sobre el contrato del ilustre maestro, todo se acalló como por encanto y nadie volvió á discurrir sobre los díceres, dando razón por lo tanto á aquello de *la calumnia é un venticello...* con lo que sigue.

La venida de Toscanini ha dado lugar á una especie de revolución en el elemento orquestal bonaerense, por cuanto

LOS GRANDES TENORES



JOSE ANSELMI — Que actuará en el Colón

la orquesta de este año, además de ser más numerosa que el anterior, será compuesta de elementos verdaderamente seleccionados.

Para eso, como que Toscanini conoce á la mayoría de los profesores residentes en esta capital y que actuaron muchos de ellos bajo su dirección en la última temporada en que estuviera en la Opera, pidió á la empresa del Colón una nota de los profesores que formaran en la orquesta del año anterior y luego que esta le fué remitida fué devuelta con la selección señalada. Una parte de los profesores serán contratados en Italia para completar la orquesta de este año.

—

En cuanto al elenco artístico de la compañía se ha dicho que será superior al del año próximo pasado por número y calidad de artistas, pues la empresa del gran coliseo, haciendo las cosas como gran señora y no reparando en gastos de ninguna especie, quiere que esta temporada, que es la última que tiene el concesionario Sr. Ciacchi, deje un recuerdo de grandiosidad en nuestro público, y al respecto decía dicho concesionario que la próximo temporada será todo un exponente de arte capaz de satisfacer á los más exigentes en la materia.

Sin embargo como la empresa hasta hoy (25 de febrero) no ha dado á conocer todavía el elenco artístico no se sabe más que vendrán entre los tenores: José Anselmi, cuyas dotes vocales son altamente apreciadas en el mundo lírico, Rinaldo Grassi, tenor que actuó en la Opera y que vuelve por segunda vez á Buenos Aires y también suena el nombre del tenor Ferrari Fontana que formó parte el año anterior en la compañía del Colón.

Entre los barítonos se asegura vendrá Amato y el bajo Nazareno De Angelis, ambos de primer orden y que ya son conocidos en Buenos Aires.

En lo que respecta á sopranos y medio sopranos nada de fijo se conoce aún, pues mucho se ha publicado al respecto por la prensa diaria, pero repetimos que cuando aparezca Atlanta, la incógnita se habrá despejado.

Y lo que toca al repertorio pasa igual que con el elenco artístico se dice mucho bueno á su respecto y se darán dos ó tres novedades en óperas que han sido representadas este año en la Scala de Milán y de la bondad del repertorio, como así de lo imponderable que resultará, no hay que ponerlo en duda habiendo un Toscanini en la dirección de la compañía, la que debutará del 18 al 20 de mayo próximo.

—

En el Coliseo tendrá lugar la otra temporada lírica, organizada por la empresa de "La Teatral" cuyo activo director Walter Macchi promete que será de magníficas proporciones. Y como que Macchi es persona que ha demostrado un tacto especial en asuntos teatrales es de creer que la próxima temporada lírica del Coliseo asumirá la importancia de primer orden.

La empresa de "La Teatral" que desde este año es arrendataria también del Costanzi de Roma, forma una compañía que á juzgar por los cantantes contratados desde ya, compartirá con la del Colón, los elogios de nuestro público.

Es notorio que el maestro Eduardo Vitale, que ahora hállase en la dirección del Costanzi de Roma, y que el año anterior estuvo en el Colón vendrá como concertador y director de orquesta. También ha sido contratada la celebrada soprano Rosina Storchio, cuyos éxitos artísticos en esta capital han dejado brillante huella, la Lina Pasini Vitale, que en el repertorio wagneriano se distinguió debidamente en el Colón en la pasada temporada, la Ersilde Cervi Caroli, nueva para esta capital pero de la que se dan excelentes referencias por su actuación en los principales teatros de Italia y que ahora ha merecido grandes elogios por la prensa de la península por su labor en el Costanzi de Roma.

Entre los tenores se señalan á Borgatti para el repertorio wagneriano que se dará, á Luigi Marini sobre cuyas cualidades vocales y artísticas las referencias son inmejorables; Scampini, tenor dramático que ya actuó en la Opera, años anteriores, luego Polverosi ó Pintucci. Como medio soprano vuelve la Hotkoska que ya estuvo en el Coliseo.

Barítonos han sido contratados Ricardo Stracciari, cantante que figura entre los más celebrados de su índole y cuyos méritos no necesitan elogios por cuanto son conocidos, y Bellantoni, otro barítono apreciable que trabajó en el Colón.

Esto es lo que suena en lo que respec-

LAS CELEBRADAS SOPRANOS



ROSINA STORCHIO — Contratada para el Coliseo

ta al Coliseo el cual próximamente publicará el elenco artístico y repertorio.

La temporada del Coliseo empezará mucho antes que la del Colón, probablemente del ocho al diez de mayo. La compañía de "La Teatral", que fuera de toda duda reserva á nuestro público agradables sorpresas artísticas hará una jira por los teatros de Sud América de seis meses, iniciándola en el Coliseo, luego en el Solís de Montevideo, Opera, del Rosario, teatros del Brasil y por último el Municipal de Santiago de Chile.

Compañía de Bianca Morello

Los empresarios Schiaffino y Tuffanelli, que se dedican á empresas de *tournées* líricas por varios teatros Sud americanos han formado una compañía lírica cuya base principal es la soprano lijero Bianca Morello que estuvo en Buenos Aires hace dos años y que velve ahora acompañada, dicen de buenos elementos artísticos para realizar una segunda jira por los teatros de esta capital, Rosario, Montevideo y Río Janeiro.

En Buenos Aires dicha compañía actuará en el teatro Victoria cuya sala ha sido hermoseada por refacciones que se vienen haciendo y que harán del antiguo teatro Onrubia uno entre los más elegantes de esta capital.

La compañía de Bianca Morello se embarcó el 29 de febrero próximo pasado y verificará su debut en el Victoria el 22 del corriente.

Vitale - Marchetti - Caramba

También este año la opereta tendrá un buen exponente en Buenos Aires pues tendremos tres grandes compañías de la índole, una de las cuales, la de Héctor Vitale acaba de hacer su reaparición en el escenario del Politeama con la opereta de Gilbert "La Casta Susana".

Conocidos son los elementos que componen ésta compañía para detallarlos nuevamente, pues son los idénticos del año próximo pasado que tuvieron tan buena aceptación.

La compañía Vitale que antes de su partida para Italia ha querido dar una temporada de tres meses en el teatro del señor Zamudio, trae buenas novedades de las últimas operetas estrenadas en Viena y entre ellas "Eva" del afortunado compositor Franz Lehar, el autor de "La viuda alegre".

Héctor Vitale que en las anteriores temporadas fué el primero que estrenara en esta capital "La viuda alegre", luego "El conde de Luxemburgo", en italiano y varias operetas más de otros compositores, estrenará este año, antes que nadie, esa "Eva" que según las noticias que se reciben de Europa ha alcanzado tantos éxitos en Viena donde continúa representándose en la actualidad, habiendo sido también representado en Italia con general aceptación.

Por lo tanto "Eva" será la opereta que constituirá la novedad absoluta y más esperada de la nueva temporada de esta compañía, que la pondrá en escena á la brevedad posible.

—

Antes de la compañía lírica trabajará en el Coliseo la *troupe* de operetas dirida por Julio Marchetti y de la que forma parte la tiple Silvia Gordini Marchetti.

Esta compañía funcionará en el teatro de la plaza Libertad desde el 25 de marzo próximo y dará funciones hasta los primeros días de mayo.

En el elenco artístico de la compañía Marchetti hay elementos bien conceptuados en el mundo de la opereta y asegúrase que la *troupe* es muy homogénea en su conjunto.

De las novedades á representarse tiene también entre otras Marchetti, la opereta de Lehar "Eva" que pondrá en escena y así se podrá apreciarla en dos teatros á la vez: Politeama y Coliseo.

Y no sólo está "Eva" — que es como quien dice el *plat du jour* en el género — será dada por Vitale y Marchetti, sino que después de la temporada de ópera en el Coliseo, habrá otra temporada de opereta con la compañía Caramba - Scognamiglio la cual á su vez trae en repertorio á "Eva" y otras de las últimas novedades que se han estrenado en los teatros de Viena cuyos derechos de representación han sido adquiridos por el señor Renzo Sonzogno propietario de la *troupe* de que son directores artísticos los señores Caramba y Ciro Scognamiglio y que es una entre las principales de la índole existentes en Italia.

Oreste Bufalini

CONCERTISTAS DEL DIA



ANTONIO SALA — Notable violoncelista

EN EL ODEON

MAGNIFICA

TEMPORADA DE PROSA

La Pino - Novelli - Guitry

El señor Faustino Da Rosa el empresario inteligente que con su tacto en cosas teatrales ha sabido hacer de la sala del Odeón no sólo el centro aristocrático por excelencia, sino un exponente por excelencia del arte del teatro de prosa, ya sea español, italiano ó francés anima para la temporada próxima varias compañías á cual más interesantes en su clase.

—

La temporada oficial del Odeón — sea permitido así llamarla — se compondrá este año de tres compañías á saber: la española de Rosario Pino, cuyo conjunto artístico aseguran llamará la atención, luego la compañía italiana á cuyo frente figura el célebre Ermete Novelli y por último la francesa de Lucien Guitry.

Además de estas compañías actuará desde la segunda quincena de la próxima temporada la de Clara Della Guardia que se embarcó en Génova directamente para esta capital el 24 del mes próximo pasado.

Clara Della Guardia y su compañía que es la primera de las compañías extranjeras que inaugurará la temporada de este año, viene con un compuesto artístico homogéneo y brillantísimo, á estar á las referencias, y actuará bajo la inteligente dirección del conocido primer actor Paladini.

Este año, diferentemente de otros, las compañías que trabajen en el Odeón harán una jira por los teatros del Brasil, varios de los cuales han sido arrendados por la empresa Da Rosa-Bertini, por algunos años, con ese objeto.

En uno de los últimos viajes que hiciera al Brasil el señor Bertini, tuvo el propósito de arrendar en sociedad con el señor Da Rosa los teatros de Porto Alegre y Río Grande, estableciendo una combinación con otros teatros como ser los del Río de Janeiro y San Paulo.

El "affaire" fué aceptado por el señor Da Rosa, y así las compañías que visiten el Odeón, actuarán también en los teatros brasileños.

—

Se sabe que el viaje del señor Faustino Da Rosa por Europa, del cual acaba de llegar, ha sido muy provechoso para las futuras temporadas del Odeón contándose que entre otros contratos de importancia figura el de la compañía de María Guerrero para el año próximo.

Como dato interesante hé aquí la lista de las compañías que han desfilado en el escenario del Odeón, en estos últimos ocho años:

1903 — Compañía de la Comedia de Madrid, con Rosario Pino. Compañía Antoine de París, 10 conciertos, con 100 profesores de orquesta, bajo la dirección de Camille Saint Saens.

1904 — Compañía del teatro Lara de Madrid; compañía de la Porte Saint Martín de París, con Coquelin ainé; compañía inglesa de opereta de Mr. Morgan.

1905 — Compañía del teatro de la Princesa de Madrid, dirigida por Thuiller, compañía del Alhambra, de Londres, por Mme. Loie Fuller; compañía alemana de opereta de Papke; compañía francesa de opereta, dirigida por Mlle. Dieterle; compañía española de opereta, dirigida por Sagi Barba.

1906 — Compañía de la Comedia de Madrid, dirigida por Enrique Borrás; compañía del teatro de la Porte Saint Martín, de París, dirigida por Coquelin ainé; compañía dramática italiana de Eleonora Duse.

1908 — Compañía dramática española, María Guerrero - F. Díaz de Mendoza; compañía de la Comedie Fran-

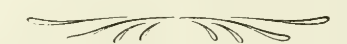
caise, de París, dirigida por M. Feraudy y Marthe Brandés.

1909 — Compañía de la Comedie Francaise, dirigida por Albert Lambert y Silvain; compañía de Ermete Novelli; compañía de la Comedie Francaise, dirigida por Ch. Le Bargy.

1910 — Compañía dramática italiana, dirigida por Gustavo Salvini; compañía dramática española de María Guerrero-F. Díaz de Mendoza; compañía del teatro Varietés de París, dirigida por M. Albert Brasseur; compañía de la Comedie Francaise, dirigida por Marthe Regnier y Abel Tarride.

1911 — Compañía de la Comedia de Madrid; compañía dramática italiana Ferruccio Garavaglia; compañía de la Comedie Francaise, de París, dirigida por M. Lucien Guitry; compañía lírica liliputiense Guerra.

Además de Saint Saens, han desfilado por el proscenio del Odeón, durante los años antedichos, el famoso concertista Kubelick y el trío Litvinne-Wurmser-Hollman.



SONETOS ELEGIACOS

Por Francisco Villaespesa

I

¡Oh, vieja estancia familiar, tan triste;
Recordando talvez en su interior
Aquel pálido rostro que a er viste
En mis brazos espirar de amor!

Espejo donde ella en la mañana
Se peinaba, temblando de emoción,
Escuchando la voz de la campana
Llamar á misa con alegre son.

Siempre que el campanario toca á misa
¿No sueñas con la mística sonrisa?
¿No crujes de dolor al recordar

El rostro blanco, bajo la mantilla
Negra, la fugitiva maravilla
Que nunca volverás á reflejar?

II

Horas de soledad. Por la ventana
Sube el aliento del jardín. Suspira
Una copla tristísima y lejana...
Su faz la luna en los espejos mira.

Hasta el ramo de rosas que en la mesa
En vieja porcelana desı allece,
Al soplo de la brisa que le besa
Querer hablarme de su amor parece.

Mis ojos no la ven, pero la siento
Vagar en torno mío, en el aliento
Que sube del jardín por la ventana;

Y me parece ver en el espejo
La lunar claridad, como el reflejo
De alguna sombra de su sombra hermana.



Sta. Sara Figueroa



Sra. Alice de Vedoya



Sta. Maria Luisa Bouson



Sta. Maria Esther Etcheverry Videla Dorna

FOTOGRAFIA MERLINO
Libertad 1219

La Lucha con el Oso

Continuación del númeio anterior

Jamás torero alguno jugó con un toro bravo, como Ferrol con michel, el oso bailador. Su respiración se hacía cada vez más anhelante, sentia una sensación de ahogo, una terrible opresión en el pecho. No tosió, sin embargo; pero en una ó dos ocasiones sintió en su boca el sabor de las gotas de sangre caliente que salian de su corazon. Una vez se llevó á los lábios el reverso de su mano y quedó sobre ella una mancha rojiza.

En su juventud, y en los primeros años de su edad madura, había sido un buen sportsman; había tenido buena vista, pies ágiles é intrepidez. Pero ¿de qué le servía la bravura en aquel trance? Aunque hubiese tenido en sus manos el mejor de los rifles, siempre se hubiera encontrado en situación desventajosa. Comprendía perfectamente que había llegado su hora; y ya convencido de ello, desaparecieron en él el terror á la fiera y el temblor físico. Como la enfermedad había ido consumiendo poco á poco su vida, no existía en él aquella rebelión contra la muerte que se alza pujante dentro del hombre cuando goza de salud. Estaba haciendo un llamamiento á las fuerzas vitales que restaban á su organismo, las cuales, bien administradas, podrían hacerle tirar un año ó bien darle ahora unos momentos de fuerza sobrenatural, para poder sostener una lucha desesperada.

De pronto se acordó de la bayoneta rota que había sobre el madero empotrado en la pared. Si pudiera cogerla, tendría una probabilidad aunque no fuese más que de vender su vida á cambio de un buen golpe. Miró hacia el sitio en que se encontraba y vió relucir el acero á la luz de la vela.

El oso se interponía entre él y la bayoneta. Fingió un movimiento hacia la izquerda, después otro hacia la derecha, con gran rapidez; pero al hacer esto resbaló y cayó. La bujía se escapó de sus manos y se apagó. Con un claro instinto de conservación, volvióse boca abajo en el preciso instante en que el oso, en su salvaje acometida, pasaba sobre su cabeza. Después recordaba el olor de su caliente y fétido cuerpo y sus terribles pies y garras abiertas. Púsose en pie rápidamente, y corrió hacia la pared. La suerte se declaró hacia su favor. Sus manos dieron casi instantáneamente con el pedazo de bayoneta. Sacó su pañuelo, se arrancó del cuello la corbata y se los lió en la mano para evitar que aquella destorzara sus carnes, mientras luchaba por la vida. Después asiéndola fuertemente, esperó que el oso viniese á él, con el cuerpo inclinado hacia adelante, registrando con los ojos la obscuridad, goteando de su encendido rostro abundante sudor y respirando con gran dificultad y trabajo.

Durante un instante reinó un silencio absoluto, interrumpido sólo por la respiración del hombre y el feroz jadear de la fiera. En aquel momento conocía perfectamente el lugar donde se encontraba la bestia, y escuchaba con gran atención. Sabía muy bien que ahora todo era cuestión de minutos, tal vez de segundos. De repente se le ocurrió que si pudiese trepar hasta el lugar donde la bayoneta había estado, aquello podía ser su salvación. Aunque si el oso se ponía de pie, lo atraparía y entonces todo habría concluído; valía la pena, sin embargo, de intentarlo.

Ocurrieron dos cosas que evitaron este intento: el ruido de uno que llamaba á la puerta y el precipitarse el oso sobre él rugiendo ferozmente. Saltó hacia un lado, asestando un golpe á la bestia al mismo tiempo. La bayoneta entró en la carne y volvió á salir de nuevo. Fuera se escuchaban voces, lo que era prueba de que alguien quería entrar. El oso rugió de nuevo acometiéndole otra vez. Aquello era enteramente un juego de ciegos; pero su olfato, lo mismo que el

del animal, era sutil. Se había quitado la chaqueta y la movía delante de su cuerpo describiendo un semicírculo, y cuando tocaba al oso ocultaba con ella su verdadera posición. Volvióse otra vez hacia un lado, extendió el brazo en la obscuridad y la bayoneta hirió á la fiera en el hocico.

De nuevo oyó llamar con los nudillos, dar martillazos en la ventana y saltar los postigos. Preparóse otra vez para un nuevo asalto; pero de repente sintió que las fuerzas le habían abandonado. Trató de hacer un esfuerzo supremo; pero sus piernas se negaron á sostenerle; temblaba y se caía. ¡Dios! ¿no acabarían nunca de abrir aquella ventana?

Sus sentidos se habían aguzado de un modo extraordinario. Un nuevo ruido atrajo su atención. Una puerta que se abría y una voz, la de Vanne Castine, llamando al oso.

Su corazón pareció dar un salto, seguir después moviéndose con lentitud produciendo un rumor sordo; cayó al suelo cuando el oso se precipitaba sobre él.

Un minuto después Vanne Castine aguijoneaba al salvaje animal para hacerle salir al patio á través de la puerta y la gran sala, mientras Nic penetraba en la estancia por la ventana abierta.

La linterna de Castine estaba en medio del suelo, y entre ella y la ventana yacía Ferrol, empuñando aún la bayoneta rota. Lavillette se arrodilló ante él y tocó su corazón. Aun latía; pero la camisa y el chaleco estaban chorreando sangre por la espalda, en los sitios donde la fiera había puesto sus garras ó sus dientes.

Una hora más tarde. Nic Lavillette hablaba delante de la puerta del cuarto donde dormía Ferrol, en la casa solariega Casimbault, con el cirujano del regimiento, cuando Cristina, pálida y con la mirada extraviada, vino hacia ellos corriendo.

— ¿Está muerto? ¿está muerto? — preguntó como loca. — Acabo de llegar de la aldea. ¿Por qué no me mandasteis á buscar? Decidme: ¿ha muerto? ¡Oh! ¡decídmelo de una vez!

Colgóse del brazo del cirujano y éste la miró con cariño por encima de las gafas, pues había sido siempre una de sus predilectas.

— ¡Vivo, vivo, querida mía! — le contestó. — ¡Mal herido en la espalda, estropeado, débil, destrozado; pero con vida aún por algún tiempo... sí, si.'. *exactamente!*

Ferrol estaba sumido en un profundo sueño. El rostro de la joven tornóse lívido al verlo, encendióse después, y tornóse pálido de nuevo. Dos círculos plomizos rodeaban los hundidos ojos de Ferrol, y tenía el cabello bañado en sudor. Sin embargo, aún estaba hermoso... y desvalido. Los ojos de Cristina se llenaron de lágrimas. Apartó la vista de su hermano y se dirigió sigilosamente á la ventana, no sin antes haber tocado la pálida mano que yacía inerte sobre la cobertera.

—No tiene fiebre — dijo á Nic, — como si tratara de explicar su acción.

Detúvose un momento ante la ventana, mirando hacia afuera, y luego añadió:

—Venir, Nic, y contadme todo lo que ha ocurrido.

Refirióle él cuanto sabía: que había llegado á la casa vieja para la cita con Ferrol; que trató de entrar en la bodega y encontró las puertas cerradas, oyendo dentro el ruído de una animal salvaje; salió precipitadamente, intentó entrar por una ventana, y haciéndola saltar en pedazos, encontró á Ferrol en un desmayo de muerte. Fué á la mesa y trajo la bayoneta rota, diciendo:

—Esto era todo lo que poseía para defenderse. ¡Por vida del demonio! ¡demasiado valor tuvo, después de todo!

—¿Con esto sólo tuvo que sostener la lucha? — repitió ella desliando el pañuelo de la empuñadura; — ¿por qué decís que tuvo demasiado valor... "después de todo"? ¿Qué queréis significar con ese "después de todo"?

—No hay mucho que esperar de un hombre que sólo tiene un pulmón.... ¿eh, *Giroflée?*

—El valor no está en los pulmones — respondió ella. — Después añadió: — Id y traedme una botella de cognac: voy á bañarle los pies y las manos con agua caliente y cognac, en cuanto se despierte.

Cuando la puerta se hubo cerrado, corrió hacia el lecho y se sentó junto á él en una silla, mirando á Ferrol con tristeza y ansiedad.

—Querido mío, adorado mío — murmuró; — ¡cuán hermoso y adorable estáis ahí acostado! ¡jamás ví un hombre

como vos en mi vida! Jamás ofendisteis á Vanne Castine...

Sus dedos se crisparon sobre su falda, y después, cruzándolos con fuerza, continuó:

—Tal vez vais á morir, quizás esta misma noche...

¡Pero no, no; no moriréis! — gritó con espanto y ansiedad, acercándose más á la cama é inclinándose sobre él. — ¡No moriréis! Aún habéis de vivir algún tiempo, oh, sí, por algún tiempo aún — añadió con lastimoso anhelo en su voz, —tan sólo por corto tiempo, hasta que me améis y me lo declaréis! ¡Oh!, ¿cómo pudo ese demonio tratar de mataros?

De pronto se irguió, exclamando:

—¡Voy á matarlo á él y á su oso también! Cuando despertéis, os diré lo que he hecho y entonces... entonces me amaréis, y tal vez me lo confeséis. Sí, sí, voy...

No terminó la frase, porque su hermano entró con el cognac.

—Ponedlo ahí — dijo señalando á la mesa. — Cuidad á Ferrol hasta que yo vuelva. Sólo tardaré una hora y después, cuando despierte, lo bañaremos en agua caliente y cognac.

—¿Quién os dijo lo del agua caliente y el cognac? — preguntó él con curiosidad?

Ella salió de la estancia y entrando en el cuarto de Nic tomó dos pistolas.

Una media hora después apareció ante la casa que había sido de Vanne Castine.

A la luz que ardía en la cocina pudo ver ella al oso, en un rincón, lamiéndose la herida de la bayoneta y restregándose el herido hocico, y á Castine que mezclaba aceite y alquitrán en la cazuela puesta al fuego.

Aproximóse después al oso y agachándose, puso un poco de aquella mezcla en el hocico del animal. Dió éste un resoplido y se restregó el brevaje. pero Castine le untó de nuevo, frotándole después con él la herida del pecho. Entonces el animal le tiró una feroz dentellada á la espalda; evitóla él con habilidad, y pinchándole con un palo de punta afilada. Levántose, por último, y se aproximó al fuego.

Al hacer este movimiento, sintió que la puerta se abría. Volvióse y vió á Cristina que estaba á su lado.

—¡Cristina! — gritó, adelantándose hacia ella.

En el mismo momento, el oso, como si adivinase la intención de la muchacha, se precipitó hacia adelante gruñendo. Tenía la boca abierta, y con sus salvajes embestidas demostraba las ansias de matar que de nuevo sentía. Volvióse Castine, lanzando un juramento, y arrojó entre sus piernas la pica de acero. Acobardóse al pronto la bestia con el grito y el castigo; pero pronto volvió de nuevo á la carga.

Castine vió sacar la pistola á la muchacha y disparar dos veces sobre el oso. Estaba tan turbado, que al pronto no se movió. Después la vió sacar otra pistola. El oso herido daba sin cesar fuertes tirones de la cadena, con rabia inusitada, y al disparar Cristina por tercera vez, saltó la argolla giratoria, y el animal se precipitó sobre ella.

En el mismo momento, Castine se puso delante y contuvo la acometida del animal, arrojándose sobre él y llamándolo por su nombre. Ya nó eran amo y criado, sino dos animales que luchaban en defensa de sus vidas. Castine sacó su cuchillo, cuando el oso, puesto en pie sobre las patas traseras, lo estrujaba entre sus inmensos brazos, y gritando: — ¡Michel! ¡Michel! ¡Abajo, Michel! — hundiólo dos veces en el costado de la fiera.

Los dientes del oso clavados en uno de sus hombros, y la horrible presión de sus brazos, le ahogaban: sentía ya que se aproximaba la muerte, cuando otro tiro de pistola sonó junto á sus mismos oídos y su respiración se restableció de nuevo. Fué á dar vacilante contra la pared y después cayó al suelo hecho un ovillo, al mismo tiempo que el oso vacilaba y caía muerto á su lado.

Cristina había venido para matar á la bestia y quizás también al hombre. Este le había salvado la vida, y ahora ella acababa, á su vez, de salvársela á él, y entre ambos habían matado al oso, que maltratara á Tom Ferrol.

Los ojos de Castine permanecían fijos en el animal. La ira y la pasión luchaban en él en aquel momento.

—Cristina — le dijo; — Cristina, olvidémoslo todo, ¿eh? Hagamos las paces. Cristina, *ma chérie*, ¿no os acordáis cuando teníamos nuestras citas de enamorados? Hagamos las paces y vivamos aquí.... desde ahora mismo... desde esta misma noche... ¿eh?

No pudo continuar por que ella le tiró

á la cara, con todas sus fuerzas, la pistola que fué á dar, produciendo un golpe seco, entre los ojos de Castine; éste cayó hacia atrás ciego, lleno de dolor y desmayado, mientras ella abría la puerta y se precipitaba en la obscuridad.

Habiendo llegado sin contratiempo alguno, subió á su cuarto, puso en orden sus cabellos, lavóse las manos y fué luego al cuarto de Ferrol. Llamó suavemente con los nudillos; Nic abrió la puerta sin demora. Brillaban sus ojos con brillo inusitado.

—¿Dónde habéis estado? — le preguntó él notándolo. — ¿Qué habéis hecho?

—He matado al oso que trató de devorarlo á él — respondió.

Pero habló más recio de lo que fuera su intención y su voz despertó á Ferrol.

—¿Eh? ¡qué! — dijo éste; — ¿habéis matado al oso, *mademoiselle?* ¡Ah, mi querida amiga! ¡habéis matado al oso! Tosió un poco y por su rostro pasó una ligera contracción de dolor.

Movió después afirmativamente la cabeza y le dió á beber un poco de cognac. Sus dedos se juntaron con los de él, al coger el vaso. Este contacto la hizo estremecer.

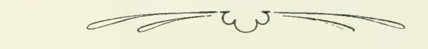
—Es bueno y suave — observó él.

—Ahora, entre Nic y yo, os vamos á bañar en agua caliente y cognac — dijo ella.

—¡Bañarme! ¡Bañarme á mí! — dijo él con un terrror jovial.

—Sólo los pies y las manos — le dijo Nic para tranquilizarlo.

Pocos minutos después al levantarle ella la cabeza, su cara quedó muy próxima á la de él y su aliento le daba sobre el rostro. Bajó los ojos y sus dedos temblaban. De pronto él la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Miró ella con rapidez á su alrededor; ¡su hermano no lo había notado!



LOS RICOS DE PEGA

por Lloyd Gerard.

(Especial para ATLANTA)

Sucedió que el gobierno argentino promulgó una ley que todos conocemos con el nombre de "Ley de Residencia" ó lo qué es lo mismo, de deportación, la cual, aplicada á muchos con razón ó sin ella, alejó del país á un súbdito español que en los ocho años que habitó en Buenos Aires, no vivió de otra cosa que del robo, por cuyo motivo se vió procesado un sinnúmero de veces; siendo de advertir que casi nunca cometía dos robos así fueran simultáneos, de una misma manera, pues el era *punguista, scruchante, salteador, cuentero, biabista,* falsificador y todo lo demás que es necesario ser para vivir de lo ajeno porque su fecundidad para producir arbitrios para el robo era inagotable. Pero como era un derrochador, que cuanto *ganaba* tanto gastaba en juegos y demás vicios, cuando le tocó la *leva* se encontraba el hombre con muy pocos pesos; aunque sí muy bien *empilchado*, porque era de esos ladrones á quienes gusta vestir bien, por lo que llegó á las costas españolas muy *paquete* en un "paquete de ultramar".

No les podré decir en lo que Antonio Muñiz — que así se llamaba el pájaro — iba pensando durante la travesía, pero sí le puedo asegurar que en lo que menos pensó fué en ganarse la vida ó el pan con el sudor de su frente, porque juraba á pié juntillas que el trabajo sólo se había hecho para los burros.

Como la policía no conoció jamás su nombre de pila lo embarcó en el trasatlántico documentado con una interminable lista de nombres y alias y la indispensable recomendación de "peligroso", de todo lo cual se reía grandemente Antonio Muñiz, aunque no le gustara mucho volver á su tierra tan pobre como iba; mas como á falta de recursos pecuniarios contara con los inagotables recursos de su imaginación pensó que afligirse era una pavada y que lo que á él le convenía era llegar á Rivadeo, pueblo de su nacimiento, sin que nadie supiese en qué condiciones había hecho el viaje, y eso no era tan difícil.

En efecto se puso de acuerdo con otro pasajero, no deportado, á quien hizo creer que la causa de su destierro de

Buenos Aires no era otra que el hacer propaganda en favor del proletariado, haciéndole comprender al mismo tiempo la vergüenza y los perjuicios que le podía ocasionar si sabían en su pueblo que había sido expulsado de la República, y entregándole sus ropas y la dirección á donde debía enviárselas, Muñiz desapareció del buque tan pronto como llegó á Lisboa, no notándose su ausencia de á bordo hasta que las autoridades de la Coruña, después de llamarlo por todos los nombres de la lista de remisión sin que aquel contestara y de buscarlo por todos los recovecos del barco sin hallar ni rastros tuvieron que convencerse de que el recomendado huésped se había evaporado.

Como la filiación era lo más vaga y vulgar ya que en ella no figurara ninguna seña particular, Muñiz llegó á Rivadeo, sin ser molestado, á bordo de un vapor costero, figurando en el rol con su verdadero nombre y apellido, y como pasajero de cámara, dando á la familia la grata noticia de que volvía dueño de una fortuna, ganada en espléndidos negocios hechos en esta tierra de promisión, cundiendo luego la fama de su riqueza por todos los ámbitos del pueblo y varias leguas á la redonda, cuando su capital apenas alcanzaba. en verdad, á la suma de quinientos pesos.

Pero como quinientos pesos son diez mil reales, y con tal cantidad puede vivirse en Rivadeo durante un año gastando á trochemoche ó *viviendo como un príncipe,* Muñiz se dedicó á pasear alternando con lo mejor del pueblo, ocupándose, mientras permanecía en casa, en cuidar aves de corral y algunos pájaros á los que decía ser muy aficionado.

Entre estos últimos tenía una urraca y una gaviota que él mismo había criado desde muy pequeñitas, y ambos animales eran queridos y admirados por toda la vecindad: la urraca porque hablaba todo cuanto había que hablar y era muy mansita, la gaviota porque era mansa también y porque ella misma se iba al puerto en procura de su alimento de pescaditos y mariscos, destacándose de

entre la bandada de sus congéneres y acudiendo al llamado en cuanto Muñiz le silbaba desde la ribera.

Hacía unos seis meses que Muñiz estaba en Rivadeo, cuando empezaron á circular rumores de robos llevados á cabo de la manera más misteriosa y casi simultáneamente en varias casas del pueblo y otras de los alrededores, y todos de día, quejándose primero los vecinos entre sí, quien de la falta de una valiosa sortija de oro con brillantes, quien de que le robaron un collar de perlas, un portamonedas con varias monedas de oro, dedales de plata, etc. etc.

Luego las quejas ya fueron llevadas á la autoridad, hechas en formal denuncia, y exigiendo cada cual las garantías á que se creía con derecho como contribuyente que era, para la formación del Tesoro Nacional con que se pagaba á la inútil policía.

Y como aquello era una cosa que no se había visto jamás, porque no quedaba casa que no fuera robada, incluso la del juez y las joyas de las imágenes sagradas de todas las iglesias de Rivadeo y de los pueblos vecinos, sin que se pudiera hallar el menor rastro de los ladrones, ya consistieran éstos en fracturas ú otros signos cualesquiera, hubo que pedir auxilio á la capital porque la cosa se hacía ya insoportable de veras.

Pero es el caso que en Madrid, se estaban recibiendo hacía ya días telegramas de casi todos los pueblos de la costa Cantábrica, en los que se denunciaban robos igualmente misteriosos, llevados á cabo en altamar, á bordo de los vapores *en movimiento*, y esta circunstancia tenía por completo desconcertadas á las autoridades.

Sin embargo se decidió enviar varios de los mejores pesquisantes á Rivadeo, con la recomendación de no omitir medio para poner en claro el misterio y salvar el buen nombre de la institución policial.

Llegaron, en efecto, á la localidad cuatro de los mejores sabuesos madrileños,

cuatro linces con el más fino olfato, cada uno de los cuales había contribuído á esclarecer más de un delito tan obscuro y complicado como el hecho de averiguar si la gallina nació primero que el huevo ó vice versa.

La fama de que venían precedidos y la esperanza de los habitantes de la comarca de verse libres de los habilísimos raspas, fué causa de que se les hiciera á los recién llegados un recibimiento espléndido, saliendo todo el pueblo en masa, con el cura y el alcalde á la cabeza y á los acordes de la banda municipal á dar la bienvenida á los "representantes de la futura seguridad".

Los huéspedes iban animados de la mejor voluntad, y seguros de que en poco tiempo estarían los ladrones entre rejas, y así lo manifestaron públicamente para satisfacción de los damnificados que lo eran todos, casi sin excepción.

Sólo uno en el pueblo dudaba de las promesas de los pesquisas; sólo uno pensaba que se tuvieran que volver á Madrid como habían venido, sin saber otra cosa sino que los robos seguían cometiéndose sin cesar y que los ladrones no podían ser sino *almas del otro mundo*: éste era Muñiz.

De regreso la comitiva, dispuso el alcalde que los cuatro huéspedes fueran alojados en las cuatro mejores casas del pueblo, llevándose él á uno de ellos á la suya, donde había de vivir con toda comodidad, porque don Melitón Reynante es hombre rico y nada tacaño.

Tiene este don Melitón, á su único hijo, Antonio, en Buenos Aires, y éste que siempre había ansiado poseer la preciosa quinta de "Cantalarrana" propiedad de don Balbino Soto, — quien á su fallecimiento se la dejó con todos sus otros bienes al señor cura de Cubelas, desheredando, sin temor al infierno, (que él jamás tuvo), á todos sus parientes. — giró á su padre, mil duros, para que comprara al clérigo dicha casa y la escriturara á su nombre; cobrando don Melitón el mismo día de la llegada de los pesquisas la expresada suma que le fué abonada en cinco papeles de á mil pesetas que guardó muy bien doblados en un portamonedas pequeño, dejándolos sobre el escritorio.

Cuando llegó el alcalde á su domicilio con el pesquisa que le tocara hospedar, que lo era don Camilo del Valle, lo primero que notó fué la falta del portamonedas que contenía los veinte mil reales.

—Esto es el colmo! — exclamó dirigiéndose á su acompañante. — En este pueblo no hay nada seguro ya y creo que el único medio para librarnos de los malditos ladrones que infestan esta tierra es emigrar en masa, cada uno por su lado, si no queremos quedarnos todos sin camisa, pues me parece que la camisa nos van á sacar de encima el día menos pensado.

Y contó al pesquisante cómo había dejado allí "sobre aquella mesa que tenía delante de los ojos" el dinero que había desaparecido.

—Decididamente — dijo don Camilo — estamos en presencia de algo sorprendente, con la agravante de que á su audacia, — pues todos los robos los cometen de día — suman, estos ladrones, la falta de respeto á la autoridad, porque, robar al alcalde, equivale en mi concep-

to, á dar á los ratones la solución del problema de ponerle cascabel al gato.

—Pues ya lo vé, mi amigo. El dinero no está aquí y á Vd. le toca averiguar adónde se ha ido.

—Bueno, — contestó del Valle, — empecemos ya, y obremos con calma y ordenadamente. Dígame Vd. con la exactitud posible dónde dejó el portamonedas y cómo era, pero sin mover ninguno de los objetos del sitio en que están.

—Aquí, — declaró don Melitón, señalando el espacio comprendido entre un tintero y un rodillo de papel secante — y era él un portamonedas chiquito, de color *marrón*, con una cadenita dorada, más bien á guisa de adorno que como objeto de utilidad, porque nadie lleva el portamonedas colgado en un dedo, y sólo para eso podía servir la pequeña cadena.

Procedió don Camilo á examinar toda la habitación sin dejar de mirar debajo de la mesa y por todos los rinco-

nes — como es de práctica en estos casos — cambiando para ver mejor, tres ó cuatro pares de anteojos, terminando por manifestar que el único rastro que creía haber encontrado, era, sobre el escritorio, algo así como si se hubiera golpeado con un plumero—según el polvo arremolinado, y que de tal descubrimiento, poco ó nada se podría deducir,—pues el mucamo había acompañado en la calle á don Melitón después que éste saliera, dejando la puerta del escritorio bien cerrado con doble vuelta de llave.—El ladrón debió abrir la puerta con llave igual—cerrándola luego como la encontrara—pues no era posible que hubiera entrado por una ventana que estaba abierta y daba sobre un jardín á más de seis metros de altura, siendo materialmente imposible que nadie entrara por allí sin ser visto desde la calle y sin dejar la menor huella de su paso, cosa que no existía.

—Es decir — repuso don Melitón — que no hay esperanza de saber quien me ha robado ni tampoco de que yo recupere mi dinero.

—No tanto, señor — replicó el detective — pero confieso que tendremos que hacer uso de todos nuestros recursos para ver de conseguir lo que nos proponemos, y, si Vd. me lo permite, voy á llamar á mis compañeros á fin de que, de acuerdo, estudiemos el difícil asunto; rogándole al propio tiempo no permita que se toque nada de lo que existe aquí.

Resuelto de conformidad el pedido salieron don Melitón y del Valle á ordenar se fuera á llamar á los otros pesquisas los que no tardaron un cuarto de hora en presentarse.

Eran éstos, Joaquín Lage, ventajosamente conocido en la policía de la capital por sus grandes trabajos de indagación, don Pedro Reigada, listo sin rival y capaz de desenredar la madeja más enmarañada y don Juan Pazos, más conocido por el sobrenombre de *"Yan-*

zin" toda una celebridad por su talento deductivo y por su perseverancia á pesar de todos los reveses que pudiera sufrir.

Hallábanse los cuatro reunidos en casa del alcalde, cuando se presentó el capitán del Puerto, don Antonio Novo, manifestando que el capitán del vapor "Nicasio Pérez" procedente de Santander, había denunciado en la capitanía que navegando á la altura de Luarca, con rumbo á Rivadeo, notó la desaparición de su camarote, de un cronómetro de oro, de bolsillo, que tenía en mucho mérito, por ser un premio otorgado por el gobierno, en recompensa de un salvataje y que representaba un valor de mil quinientos duros, por lo que pedía la intervención de los señores *detectives* para descubrir al ladrón.

Trasladáronse inmediatamente á bordo los señores Reigada y *Xanzin* procediendo á inspeccionar el lugar del robo y á oir la declaración del capitán, que aseguró ser imposible la desaparición del reloj, si el mismo diablo *en persona* no había intervenido en ella pues como se podía ver, no había medio de pasar para su camarote si no era por el puente de mando, y en el puente había permanecido él mismo, durante la media hora que transcurrió desde que había dado cuerda al cronómetro hasta que notó su falta.

Efectivamente; nadie podía llegar á la camareta sin pasar por el puente, y, por consiguiente, ó mentía el capitán denunciando un robo que no se había cometido, ó el diablo andaba realmente mezclado en el asunto. Y como no era posible que *el rey de las tinieblas* anduviese *perdiendo el tiempo en robar un objeto que se lo midiera*, cosa del todo inútil en el infierno, donde disponen de una eternidad para sus ocupaciones, no había más sino que el capitán no decía la verdad.

Pero ¿mentía también el alcalde? Mentían igualmente el juez, el cura y los otros cien dannificados que continuamente se quejaban de la desaparición de sus valores?... Tratábase, acaso, de una locura colectiva, y en tal emergencia la manía de que todos estaban atacados

era igual: un *delirium tremens* limitado al despojo?

No siendo creíble semejante aberración de los espíritus en masa, hubieron de convenir los enviados policiales que un nuevo invento en el arte de robar, por cuyo procedimiento los ladrones se apoderaban de las cosas á distancia, sin necesidad de hacer uso del vulgar medio de abrir puertas ó saltar paredes para llegar personalmente á tomar el dinero ú objetos codiciados, venía á revolucionar por completo el actual sistema de indagación y que por lo mismo había que inventar un medio para descubrir los delitos y prender á sus autores sin necesidad de moverse del local de las comisarías.

Con tal objeto se echaron los cuatro pesquisantes á dar vueltas y más vueltas cada cual, á su respectivo magín, segurísimos de que á la corta ó á la larga habían de conseguir su objeto por ser rigurosamente lógico que no hay may que sea refractario á un adecuado remedio y oportunamente aplicado.

Es el amor propio de los detectives algo así como la honra de un honesto comerciante, la cual á pesar de la probidad de todas sus operaciones se ve á veces empeñada por causas completamente ajenas á su voluntad.

En uno de esos casos se hallaban precisamente los cuatro pesquisantes citados: todos ellos eran de los más afamados de la institución á que pertenecían y es por eso que se sentían terriblemente mortificados en la disyuntiva de atrapar á los ladrones ó confesarse émulos del herrero aquél, al cual, machacando hierro, se le olvidó el oficio (!)

De pronto ronpiendo el silencio el talentoso Zanzin, se encaró con sus compañeros y les espetó el siguiente concienzudo discurso que después de meditado y ampliamente discutido dió por resultado la captura de los temibles ladrones y el secuestro de casi todo lo robado cubriéndose de gloria la policía de investigaciones de la capital.

— Señores: en estos tiempos de asombrosos progresos en todos los ramos del saber humano; hoy que los raudos automóviles corren por *calles y plazas sin mulas, caballos ni trolley ni ná.* Como dice la popular canción; hoy que el hombre se ha echado á volar metido en el vientre de un enorme pájaro de tela madera y alambre, que las hondas hertzianas han sustituído al alambre conductor de la palabra humana á través de los mares y continentes no hallándose ya los buques incomunicados, como antes, en el medio del océano; hoy, digo, que ya nada es imposible, creo posible también que el arte de caco haya progresado como todas las buenas y malas artes y que los ladrones no tengan necesidad de ir á buscar lo que quieran robar, al lugar donde se encuentra, sino que lo atraigan por arte de birlibirloque á través del espacio, y que mientras nosotros andamos, como anticuados buscando huellas de pisadas en el suelo é impresiones digitales por los muebles y las paredes, anden las alhajas y dinero volando por los aires en dirección al bolsillo de los científicos cacos. En consecuencia propongo que en vez de perder lastimosamente el tiempo con nuestro inútil sistema de investigaciones nos instalemos cada uno en un tejado y, echados cómodamente en posición decúbito dorsal esperemos ver pasar algún portamonedas ó algo por el estilo, volando; y si tal sucediere no faltará físico que ha de encargarse de inventar un aparato interceptor de objetos volátiles, tan perfecto, que, haciéndoles cambiar de ruta le imprima nueva dirección rumbo á la

comisaría, que no en balde se llaman pájaros á los amigos de lo ajeno. Hé dicho.

Dando un fuerte puñetazo en la mesa levantóse del Valle y dijo:

— Señores: nuestro habilísimo compañero Xanzín nos ha espetado un discurso cuajado de desatinos á cual mayor, pero sus últimas palabras son una incontestable verdad. Desde yá afirmo que nadie sino pájaros son los autores de estos robos. Yo he tenido en cierta ocasión una pega que robaba de continuo horquillas, dedales y cuanta chuchería encontraba. Debemos averiguar, pues, si hay algún pájaro de esa clase en el pueblo ó su vecindad.

El alcalde aseguró que sí; que todo el pueblo sabía que el americano Muñiz poseía una pega y una gaviota.

— Hay que prender en el acto á ese señor — dijeron á la vez los cuatro pesquisas.

En efecto, presos por sorpresa Muñiz y su familia, é incomunicados, se procedió á vigilar á los pájaros siendo el resultado espléndido, porque en las primeras horas de la mañana se les vió llegar á los dos, cada uno con un objeto en el pico, y entrar por unos agujeros ó mechinales que había en la pared del fondo de la casa y que tenían por el lado interior unos cajones y allí depositaban las aves sus robos.

Estando la casa de Muñiz situada en Cabancla, sobre un ribazo que dá al mar, el hombre había enseñado tan á las maravillas á sus aves, que pasaban á grandes alturas por sobre los poblados con el producto de sus robos dando muchos rodeos para entrar indefectiblemente del lado del mar, por lo que, á no mediar la feliz circunstancia de haber poseído del Valle, en su juventud, una pega ladrona, no se hubieran descubierto jamás los robos referidos ni hubiera sido castigado aquel *pájaro* de cuenta que ya había esquilmado á medio Buenos Aires y llevaba miras de hacerlo con toda España por lo visto.

Lloyd Gerard.

CHISTES IMPORTADOS

La señora paseandera: — "Necesito un cambio. El médico dice que mi modo de vivir es demasiado monótono. Necesito algo emocionante".

El esposo: — "¿Por qué no pruebas de conseguirlo quedándote en casa una temporada?"

—

"¿Qué noticias tienes de Pedro?" pregunta un amigo á otro.

— "Bastante malas, de resultas de una caída, ha quedado casi imbécil".

— ¡Pues si es así, no tiene por qué quejarse!

— ¿Cómo?...

— "Si, porque antes de casarse, era un imbécil completo".

—

El recién casado: — Pero mi hijita. ¿No te mandé un telegrama diciéndote que no trajeses á tu mamá?"

La recién casada: — "Es precisamente por esto que mamá desea hablarte; desgraciadamente ella ha leído el telegrama".

—

Ya hacía dos horas que Dieguito lloraba á gritos: habiéndose callado por un momento, la mamá de dijo:

— "Bueno, mi hijito: ¿Te vas á portar bien ahora — ¿Has concluído de llorar?"

— "¡No! — contestó el niñito — no he concluído: estoy descansando — ya volveré á empezar".

—

La mamá — "¿A quién se parece más el nene — á mí ó á su papá?"

La niñera gallega — "A usted señora. El patrón es muy buen mozo".

Aviso que apareció el día siguiente en el diario — Se precisa una niñera competente y de buena educación.

— El tío (á un sobrino que está jugando á la guerra con sus compañeros de su edad) — "Si tú te apoderas de la fortaleza dentro de un cuarto de hora, te doy un peso".

El sobrino (tres minutos después). — "Tío la fortaleza está tomada. dame el peso prometido".

El tío — "¿Y cómo has hecho para tomarla tan pronto?"

El sobrino — "He ofrecido cincuenta centavos á los sitiados y han capitulado en seguida".

—

Rosa: ¿Cómo debo decir, señora: "La comida está pronta ó la comida está servida?"

La patrona: "Si está como la de ayer, me pacere que debes decir: "La comida está arruinada".

—

Uno que se las echa de sabio, decía en una tertulia:

— Yo soy como Sócrates — "Sé que no sé nada".

— Por desdicha — exclamó un contertulio — "también lo sabemos nosotros".

—

El Guía: — "Aquí señoras y caballeros, se encontraba la cárcel del castillo. Al través de sus espesas murallas de tres pies, los gritos, los gemidos de los prisioneros no podían ser oídos afuera".

El turista (dirigiéndose á su esposa) — "Qué lindo sitio sería para tí cuando estás estudiando tu lección de canto".

—

Oscarcito: — "¿Por qué no nos mudamos, mamá?"

La mamá: — "¿Por qué quieres mudar de casa, mi hijito?"

Oscarcito: — Porque ya me he peleado con todos los muchachos de la cuadra, y no hay en que divertirse ahora".

La visita: — "¿Tiene muchas dificultades para conseguir sirvientas?"
La dueña de casa: — "De ninguna manera. — He tenido diez distintas el mes pasado".

—

La prueba más segura de que un hombre ama á su esposa, es cuando le compra todo lo que ella pide.
— ¡Nada de eso! — La única verdadera prueba es, cuando lo compra todo sin resongar.

—

Plácido decía anoche á un amigo suyo en el Club:
— "Hay que tener cuidado... Estos cambios bruscos de temperatura son fatales. Da miedo ver qué cantidad de personas mueren de bronquitis, pulmonía, etc..."
— "Es cierto, pero con tal que no seamos ninguno de los dos": contestó el amigo.
— "Hombre", dice Plácido," con menos me contento. Con tal que no sea yo".

—

— "¿Dígame señora, su estadía en el balneario, le ha producido el resultado satisfactorio que deseaba usted?"
— Sí doctor. "Su consejo ha sido eficaz. Mi hija ha encontrado un novio. ¿Qué mayor satisfacción puedo desear?"

—

Torres: — "Pues, yo no sabía que el viejo Bello era un filántropo, fíjate que ayer lo ví pasando una circular por el barrio, con el fin de recolectar fondos para ayudar á una pobre viuda que no puede pagar el alquiler".
Rivas: — No creas, el viejo Bello sabe lo que hace. El interés en que la viuda pagase el alquiler, responde á que la casa es de su propiedad".

La tía: — Dime Robertito "¿Qué quieres ser cuando seas grande?"
Robertito (quien ha sido castigado un rato antes) "Un huérfano!"

—

En un Restaurant —
El cliente — "Bife — Un peso y cincuenta centavos". Pero esto es un robo. ¿No ha cobrado usted siempre ochenta centavos por este plato?"
El dueño — "Es cierto, señor, pero debe usted considerar que mis gastos generales han aumentado el doble, y no pretenderá el señor que yo sea el damnificado"

—

Una mamá estaba tratando de hacer acostar á su hijito.
"Tito, mi hijito, acuéstate. Todos los pollitos están en la cama".
— "Si mamá, ya lo sé — contestó Tito — pero la gallina vieja se acostó junto con ellos".

—

Señor Casado: — "Permítame que lo felicite. Probablemente este será el día más feliz de su vida".
Señor Sevacasar:— "Se adelante usted amigo mío. Recién mañana me caso".
Señor Casado: — "Lo sé, lo sé — por eso mismo lo felicito por el día de hoy".

—

Una señora que salió de su casa para permanecer ausente durante el día, cerró bien todo y para informar al almacenero, escribió en una tarjeta: "Todos se han ido. No deje nada". Pegó esta tarjeta en la puerta y se fué. Al volver á la noche, encontró que la habían saqueado, habiéndose llevado los ladrones todos los objetos de mayor valor. A la tarjeta de la puerta habían agregado "Muchas gracias: no hemos dejado nada".

Vencimientos

— DE —

SUBSCRIPCIONES

ATLANTA



BOLETA RENOVACIÓN DE SUBSCRIPCIÓN

"ATLANTA"

Avisamos á nuestros subscriptores cuyos recibos vencen este número que deberán renovar su subscripción enviando con esta boleta el importe de $ 6 m/legal para no sufrir interrupción en el recibo de la Revista.

Nombre ....

Domicilio ....

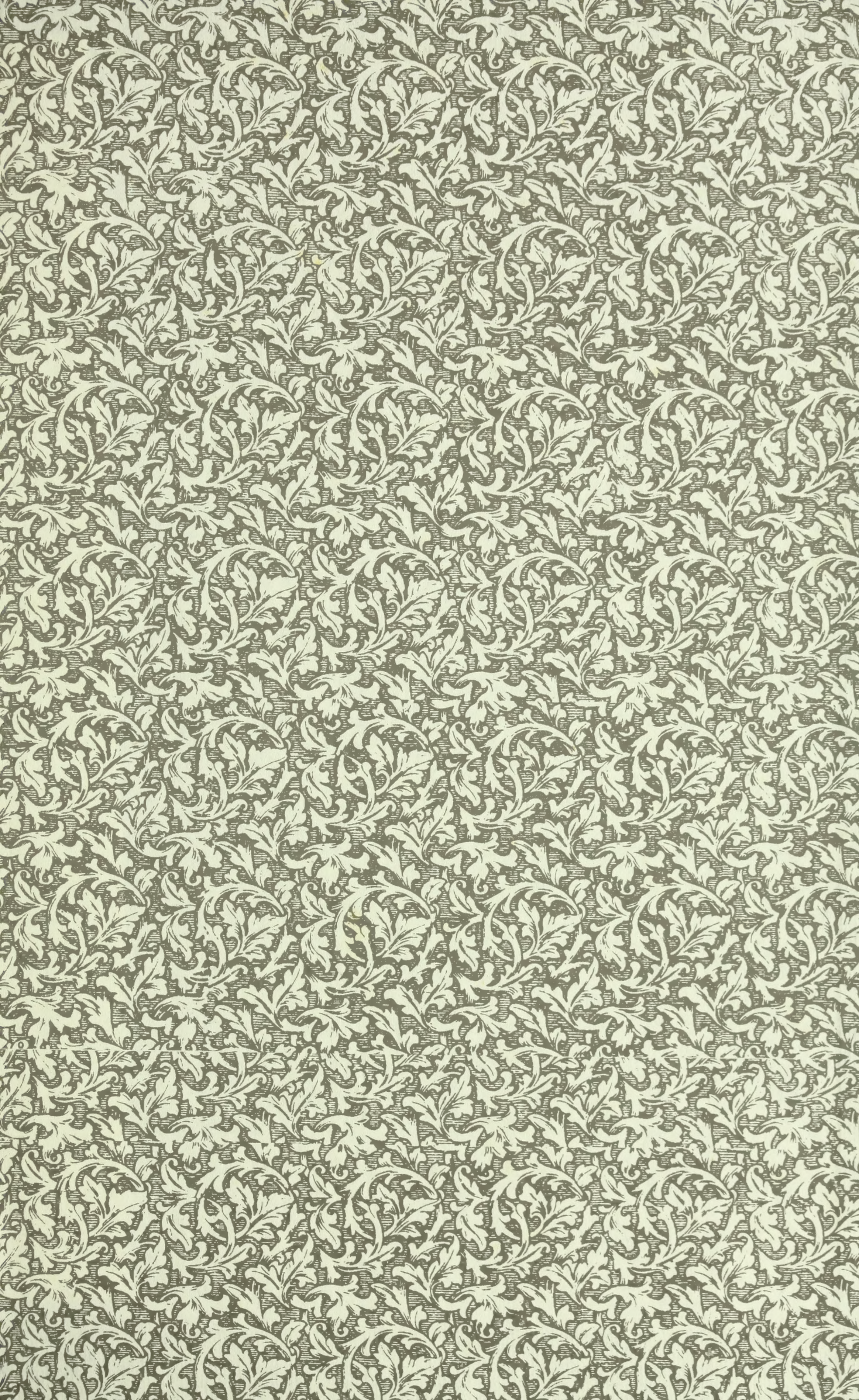
Ciudad ....

Provincia ....

F. C.








UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 057102268